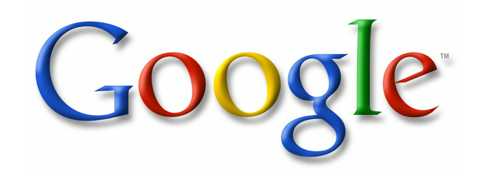


HISTORIA GENERAL

DE

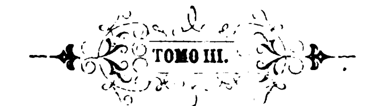
ANDALUCIA

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870.

POR

JOAQUIN GUICHOT.



E. PERIÉ.
SEVILLA.
Librería de los Hijos de Fé.

F. PERIÉ.
MADRID.
S. Andrés núm. 1 duplicado 3.º

1870.

HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCIA.

III.

HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCIA,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870,

POR JOAQUIN GUICHOT.

1.ª PARTE.

HISTORIA GENERAL.

TOMO III.



E. PERIÉ.
SEVILLA.
Lib. de Hijos de Fé, Tetuan 35.

F. PERIÉ.
MADRID.
Calle S. Andrés 1, duplicado 3.

1870.



SEVILLA.—Imp. y lib. de Hijos de Fé, Tetuan 35 y Sierpes 21.

HISTORIA GENERAL

DE ANDALUCÍA.

CALIFATO DE CÓRDOBA.

I.

Abderraman III.

912.

Si es notorio que el pueblo musulman andaluz, cansado de las perturbadoras y sangrientas rivalidades en que vivia la aristocracia árabe desde los primeros tiempos de la conquista, recibió como á su salvador y aclamó lleno de entusiasmo al Emir soberano Abderrahman I, fundador de la dinastía Ommiada en España, no lo es menos que este mismo pueblo, cansado tambien de las asoladoras rebeliones que se sucedian sin interrupcion en el Oriente, en el Centro y en el Mediodia de la Península saludó con júbilo el advenimiento al trono de Córdoba, del nuevo Emir Abderrahman III, en quien cifraba con

justo motivo sus esperanzas como las puso en el primero.

La memoria de su padre Mohammed, el *Asesinado*, en favor de cuyas pretensiones (ignoradas todavía) se habia alzado en armas la mayor parte de la Andalucía Occidental; las prendas que atesoraba aquel aventajado príncipe, encanto y delicias de la espléndida corte de Córdoba, á quien retrata en estos términos la crónica de Al-Makkary: «Habíale dado Dios la mano blanca de Moisés, aquella mano poderosa que hace brotar agua de las peñas, que hiende las olas del mar, que domina, cuando Dios lo quiere, los elementos y la naturaleza entera, y con la que llevó la bandera del Islamismo mas lejos que ninguno de sus predecesores;» la generosa conducta de su tio el valiente Al-Mudhaffar, que renunciando toda pretension al trono de Córdoba, trazaba resueltamente á los ambiciosos la senda que debian seguir en interés de la paz y prosperidad del Estado, y, finalmente, el convencimiento general de que era absolutamente necesario reunir todas las voluntades en quien se encontraba acreedor á tan señalada distincion para poner término de una vez á los enconados ódios, discordias y rebeliones que precipitaban al imperio musulman de España hácia el abismo de su ruina, fueron otros tantos motivos para que toda Andalucía celebrase entusiasmada el advenimiento de aquel príncipe de 22 años, el mas hermoso de los muslimes cuya erudicion, prudencia y gentileza le tenian ganados todos los corazones.

No mucho tardó Abderrahman en justificar las esperanzas que hiciera concebir á los buenos muslimes, pues procediendo con el tino y prevision de un príncipe conocedor de la verdadera situacion de sus pueblos, resolvió aprovechar los primeros momentos del entusiasmo popular para hacer la guerra á los rebeldes de la España Central y Oriental; convencido de que en tanto no destruyese el espíritu faccioso y las dementes ambiciones que mantenian en perpétua lucha media España musulmana contra la otra media, seria absolutamente imposible fundar un órden de cosas al amparo del cual prosperasen los intereses generales y particulares del país.

Al efecto, proclamó la guerra contra los rebeldes musulmanes, y tuvo la rara habilidad de darle en su proclama, un colorido de *Guerra Santa;* novedad estraordinaria entre los mahometanos, y que prueba cuanto era el prestigio del jóven Emir aun entre los mas fanáticos muslimes, así como el progreso de las ideas en Andalucía, puesto que la religion dejaba ya de monopolizar entre ellos el dictado de Santa, y lo repartia con la pátria. No se engañó en sus cálculos el avisado Abderrahman, pues á impulsos del entusiasmo que su nombre producia en todas partes, fué tan crecido el número de los soldados que acudieron bajo su bandera, que se hizo necesario despedir muchos voluntarios para que no quedasen desamparados los trabajos del campo y los cuidados de las familias.

Reunido el ejército en número de cuarenta mil hombres, marchó el Emir contra los rebeldes de

la España Central; y los combatió tan ejecutiva y vigorosamente, que al poco tiempo de empezada la campaña los tuvo desalojados de cuantas fortalezas ocupaban en la comarca de Toledo y encerrados y bloqueados en aquella ciudad último baluarte de la rebelion. Abandonó Hafsun la plaza y se corrió hácia la España Oriental para obligar al Emir á dividir sus fuerzas, conceptuando mas fácil resistir con esta estrategia que luchando en un solo trance contra todas las de Abderrahman. Pero lo que rehuia el rebelde era precisamente aquello que anhelaba el Emir. Así que, abandonó el cerco de Toledo y púsose ejecutivamente en persecusion de Hafsun. Marchando y contramarchando ambos ejércitos hubieron de encontrarse al fin, en una espaciosa llanura que se supone ser la que se encuentra entre los montes de Toledo y la Serrania de Cuenca y trabaron con el mismo desesperado empuje una batalla campal que debia ser definitiva. Muchas horas se mantuvo indecisa la victoria entre los combatientes; pero cerca de la puesta del sol la valerosa caballería andaluza dió una carga desesperada que rompió la cerrada línea de la infantería rebelde, penetró entre sus ya disgregadas filas y acabó por arrollarla en términos de que la dispersion se hizo general. Siete mil hombres dejaron los rebeldes sobre el campo, y Hafsun se refujió con las reliquias de su destrozado ejército tras los sólidos murallones de Hins-Conca (fortaleza de Cuenca). Atribuyóse al príncipe Al-Mudaffar, tio de Abderrahm, la gloria de aquel triunfo por haber mandado la accion.

Satisfecho el EMIR con la buena fortuna que habia coronado su primera empresa militar, dejó encargada la terminacion de la guerra al príncipe victorioso, y regresó á Andalucía seguido de los generales de su guardia y de los jeques de las principales tribus andaluzas.

Dicho se está el regocijo con que seria recibido en Córdoba el jóven soberano que con tan señalada manera habia inaugurado su reinado; así que, ayudado de su buen deseo y del prestigio que le rodeaba, fuéle mas fácil que á ninguno de sus antecesores llevar á cabo en poco tiempo todas aquellas reformas políticas y administrativas que reclamaba la buena administracion del Estado, asi como decretar multitud de mejoras de público embellecimiento en las ciudades. Uno de sus primeros actos (914) fué tomar el título de CALIFA, que usaron sus abuelos en Damasco, y que ninguno de sus antecesores habia llevado en España: los pueblos entusiasmados aplaudieron su resolucion, y agregaron á sus títulos de *Iman* (príncipe de la religion, inherente al Califato y de *Emir-el-Mumenin* (gefe de los fieles) el dictado de *Al-Nassir Ledsin Allah* (defensor de la ley de Dios). Consecuencia de este acontecimiento fué un decreto que dió mandando variar el cuño de las monedas de oro y plata que se fabricaban en España, que hasta aquella fecha solo se habian diferenciado de las de Oriente en la indicacion del año y del lugar de su acuñacion, y poner en ellas, entre otras leyendas la siguiente:

El Iman.

El Nasr Ledin.
Allah Abd-el-Rahman.
Emir el-Mumenin.

A partir de aquel reinado muchas monedas llevaron el nombre del *hajib* (primer ministro) lo cual no dejó de influir en las prerogativas de aquellos altos funcionarios del gobierno.

Entretanto el valeroso príncipe Al-Mudhaffar continuaba hostilizando sin tregua á los rebeldes de la España Oriental. Las noticias favorables que de aquella parte de sus Estados recibia, movieron el ánimo de Abderrahman á precipitar el definitivo desenlace de tantas guerras civiles como venian desangrando la España musulmana, combinando al efecto un ataque decisivo contra los rebeldes de las sierras de Jaen y Elvira. Salió, pues, de Córdoba al frente de las caballerías de su guardia y de las banderas andaluzas, y penetró ejecutivamente por las comarcas que hasta entónces habian vivido en una especie de salvaje independencia, llevando por delante la oliva de la paz enhiesta en las lanzas de sus soldados. Los rebeldes no vacilaron en la eleccion, y cediendo al torrente del entusiasmo general que ponia todas las voluntades en manos del Califa, rindieron las armas á la primera intimacion, y acudieron de todos los puntos á jurarle obediencia, ofreciéndose á servirle lealmente en cuanto tuviese á bien emplearlos. Abderrahman, no solo agasajó con esplendidez á los caudillos hasta entónces rebeldes y á los jeques de aquellas indómitas tríbus, sino que tambien confirió á los unos los destinos que

ambicionaban y á otros confirmó en los que venian desempeñando ántes de su sumision. Asi sin derramar una sola gota de sangre, Abderrahman III terminó aquella rebelion que durante más de un siglo habia mantenido una buena parte de la Andalucía Oriental fuera de la obediencia de los Emires. Por primera vez en la historia de las contiendas civiles de los musulmanes de España, tras una victoria del soberano, las murallas de Córdoba no se vieron *adornadas* con cabezas de caudillos rebeldes. (915)

Las crónicas arábigas no refieren acontecimiento alguno importante ocurrido entre los cristianos de Astúrias y los musulmanes andaluces, desde el año del advenimiento de Abderrahman hasta 918, haciéndose por tanto verosímil que continuasen las treguas asentadas en los tiempos de Alfonso III y el Emir Abdallah; empero las cristianas, y en particular las de Sampiro y el monge de Silos refieren sendas y bravas peleas empeñadas entre aquellos por las fronteras del Duero, en que la suerte de las armas se mostró propicia á los soldados de la Cruz, hasta que en un reñidísimo encuentro ocurrido en un paraje llamado Midonia por Sampiro, y *Mitonin* ó *Britonia* por el monje de Silos, Lúcas de Tuy y Rodrigo de Toledo, los cristianos fueron completamente derrotados muriendo muchos á manos de los musulmanes.

Del silencio de unos cronistas y de las descarnadas narraciones de los otros se deduce que aquellas campañas no tuvieron grande importancia; visto,

además, que el *Califa* no tomó parte en ellas ni le embargaron para continuar organizando el gobierno de sus Estados, y embelleciendo las grandes ciudades de Andalucía en particular Córdoba y Sevilla, cuyas mezquitas-aljamas hermoseó con fuentes de mármol y estensos patios plantados de naranjos y mirtos, y estableciendo en aquellos dos centros de la cultura andaluza, nuevas escuelas dotadas, academias y centros científicos y literarios, donde concurrian confundidos los sábios musulmanes de Oriente y Occidente.

En tanto que la España meridional gozaba de los beneficios de la paz, en la Oriental el príncipe Al-Mudhaffar continuaba acosando con éxito vario la parcialidad del rebelde Hafsun. Cansado al fin de tan porfiada guerra cuyo término se dilataba más de lo que al bien del Estado convenia, escribió al CALIFA proponiéndole un nuevo plan de campaña para acabar de una vez aquella guerra. Aprobólo Abderrahman III y en su consecuencia al despuntar la primavera de aquel año salió de Córdoba al frente de la caballería andaluza, y siguiendo por las provincias de Murcia y Valencia, donde se le fueron incorporando las banderas que de antemano estaban preparadas, llegó por Alcañiz hasta Zaragoza, dispuesto á formalizar el sitio de esta plaza en cuyos muros ondeaba la bandera de Hafsun. Afortunadamente el inmenso prestigio del *Califa* y el numeroso ejército que le acompañaba, rindieron la ciudad sin que se derramara una gota de sangre. Abderrahman entró en Zaragoza en medio de las

aclamaciones del vecindario, y sobre todo de la juventud que le aplaudió con frenesí, prendada de su magestuosa y á la par gallarda presencia. Presentáronsele muy luego los jeques y notables de la ciudad en solicitud de indulto para los partidarios de Hafsun, y el Califa lo concedió sin más escepcion que la de aquel rebelde y los individuos de su familia.

Pocos dias llevaba Abderrahman III en Zaragoza recibiendo el juramento de obediencia de los jeques de las principales tribus de la España Oriental que por diversos motivos habian militado en las filas de la parcialidad rebelde, cuando llegaron dos enviados de Hafsun á proponerle, en nombre de este, la paz bajo la condicion de que el *Califa* le concediese, para él y sus sucesores, el gobierno de la España Oriental. Abderrahman se negó á oir toda proposicion que no fuese la sumision inmediata é incondicional de su rebelde súbdito, y despidió ásperamente á los enviados.

Herida ya de muerte la imponente rebelion que durante tantos años tuvo emancipada la España Oriental del poder de los soberanos de Córdoba, el Califa dispuso todo lo conveniente al buen gobierno de aquellas provincias, y dadas sus instrucciones á sutio el príncipe Al-Mudhaffar para que esterminase los restos de la faccion, dispuso su regreso á Andalucía. No hay palabras para ponderar el recibimiento que se le hizo en la capital del imperio, cuyo vecindario salió en masa á esperarlo fuera de las puertas de la ciudad.

Duraba en Córdoba todavía el regocijo de la venturosa campaña del Califa en la España Oriental, cuando se recibieron noticias de una nueva sublevacion ocurrida en la Serranía de Ronda, con motivo de la presencia entre aquella indómita morisma de un Wazir encargado de cobrar las contribuciones atrasadas. Por más que el motivo fuera relativamente liviano, no lo fué el carácter que tomó la rebelion, puesto que despues de haber dado muerte los rebeldes á la mayor parte de los soldados de la escolta del Wazir, sublevaron todos los pueblos y fortalezas de aquellas escarpadas sierras hasta las Alpujarras inclusive contra el mismo soberano á quien pocos años antes prestaron casi espontáneamente juramento de obediencia. Indignado Abderrahman con tamaña deslealtad, se propuso castigarla personalmente. Al efecto reunió algunas banderas de la Andalucía central, y con ellas y la caballería de su guardia se dirigió á marchas forzadas contra los sublevados, que al saber su aproximacion huyeron desalados á ocultarse en sus inaccesibles cumbres. Sin darse un momento de descanso el Califa recorre en todas direcciones el país, se apodera de los castillos mas importantes, y dejando sino completamente pacificada, al menos sujeta la tierra, marcha por la provincia de Elvira á la de Jaen y entra en esta última ciudad, donde dió por terminada la campaña de aquel año. Despues de dejar al wali de Jaen el encargo de concluir con las reliquias de la sublevacion regresó á Córdoba, donde de allí á poco recibió noticias de su tio Al-Mudhaffar, que

le anunciaba grandes ventajas alcanzadas por sus tropas sobre las del rebelde Hafsun, y la muerte de este famoso rebelde acaecida en la comarca de Huesca. (919)

Tres años despues, de la derrota de Ordoño en Mindonia, esto es, el año 308 de la Hegira (920-921) segun cuentan con su acostumbrado laconismo Sampiro y algunas crónicas arábigas, un ejército andaluz, acaudillado por Abderrahman III, pasó las fronteras del Duero y derrotó en batalla campal al del rey Ordoño, (hijo de Alfonso III y hermano de García primer rey de Leon) en cuyo auxilio acudieran los Navarros y los Franceses. Despues de esta victoria y en venganza del socorro suministrado por el rey de Navarra al de Astúrias, el *Califa* dió órden al príncipe Al-Mudhaffar, que operaba con su ejército en la España Oriental, para que marchase sobre Navarra, donde habrian de encontrarse los dos para castigar á los aliados de Ordoño II. No se descuidaron los cristianos; pues en tanto que los ejércitos musulmanes Oriental y Andaluz operaban su conjuncion los de Leon y Navarra acaudillados por sus reyes respectivos, Ordoño, y García hijo de Sancho, verificaban la suya en el Estado de Alava. Unidos pues, Leoneses y Navarros marcharon en busca del enemigo, á quien encontraron en Val de Junquera entre Estella y Pamplona. Allí se libró una sangrienta batalla que fué memorable por la derrota que sufrió el ejército aliado cristiano, y porque en ella cayeron prisioneros los obispos Hermijio de Tuy, y Dulcidio de

Salamanca, que fueron enviados á Córdoba. Hermigio se rescató dejando en rehenes á un sobrino suyo llamado Pelayo, mancebo á la sazon de diez y nueve años á quien el cielo destinaba la palma del martirio.

Despues del triunfo de Val de Junquera, el ejército musulman recorrió talando todo el país hasta Pamplona; tomó esta y otras plazas cuyas murallas arrasó, y continuó su marcha victoriosa hasta el estremo opuesto de la provincia; esto es, al norte del Pirineo.

En esta ocasion, como siempre, con el regreso del *Califa* á Córdoba, coincidió la llegada de malas nuevas procedentes de la Sierra de Elvira. Parece que el walí de Jaen no habia sido afortunado en sus campañas contra las bandas de salteadores, que envalentonados con la ausencia del *Califa*, y las pocas tropas que habian quedado en Andalucía, se habian descolgado de sus guaridas, y de victoria en victoria llegado hasta Jaen que tomaron por sorpresa.

Por tercera vez salió el *Califa* á campaña contra aquellos fementidos é incorregibles montañeses; los desalojó de Jaen y persiguió hasta encerrarlos en la imponente fortaleza de Alhama, cuyo sitio formalizó ejecutivamente con todo el grueso de su ejército. Larga y porfiada se anunciaba la resistencia de la plaza cuando Abderrahman recurrió para vencerla con la celeridad que convenía al prestigio de su nombre, al medio de abrir brecha en sus murallas, no por medio de arietes, que no podian

jugar, dada la situacion de la fortaleza, sino á una mina, en la que las vigas y el fuego hicieron las veces de la pólvora en nuestros dias. El resultado sobrepujó sus esperanzas, pues derruido un torreon y un gran trozo de muralla, los cordobeses penetraron gallardamente por la abertura y pasaron á cuchillo la guarnicion, y en horas se hicieron completamente dueños de la fortaleza (926). La toma de tan importante plaza de armas, tenida hasta entonces por inespugnable, fué el golpe de gracia para los tenaces rebeldes de aquella parte de Andalucía, que en su vista se apresuraron á implorar la clemencia del soberano, reconociendo su poder temporal y espiritual en términos y con garantías suficientes para que les fuese otorgado el perdon.

De regreso en Córdoba y conceptuado ya pacificado el Mediodía de España, el *Califa* volvió toda su atencion á la provincia de Toledo, donde continuaba resistiendo denodadamente, Djafar, uno de los hijos que dejara Caleb-ben-Hafsum, el célebre caudillo rebelde muerto en 919 en la comarca de Huesca. Con propósito de terminar de una vez aquella pertinaz rebeldía, la única que subsistía á la sazon en el imperio musulman de España, Abderraman III hizo un llamaminto á las armas y reunió un crecido número de banderas de Andalucia, que unidas á las tropas del walí de Zurita, nombrado comandante en gefe del ejército espedicionario, entraron é sangre y fuego la provincia de Toledo. Dos años llevaban los Andaluces de guerrear sin tregua ni descanso contra los rebeldes, á quienes te-

nian ya estrechamente cercados en la antigua córte de los reyes godos de España, cuando se presentó en el real de los sitiadores, el *Califa* de Córdoba al frente de la caballería de su guardia y acompañado de los mas afamados generales de su córte. La presencia del soberano y los crecidos refuerzos que le acompañabán, intimidaron á la guarnicion, que viéndose aislada sin esperanzas de socorro, ni medios suficientes para prolongar la resistencia, determinó abandonar la plaza; lo cual llevó á cabo saliendo en número de cuatro mil hombres á caballo, y rompiendo con desesperada fúria la línea de circunvalacion que los tuviera estrechamente bloqueados.

Aquel mismo dia los notables de la ciudad se presentaron al *Califa* con las llaves de la plaza y en solicitud de perdon, que les fué otorgado generosamente. Terminada esta ceremonia Abderrahman III hizo su solemne y triunfal entrada en Toledo, por la puerta de *Bab-Sagra* (Bisagra) entre las aclamaciones del vecindario, gozoso de verse libre de los horrores de aquella prolongada guerra. El suceso tuvo lugar á fines del año 927, despues de cuarenta y dos que la ciudad se mantuvo emancipada del dominio de los soberanos de Córdoba.

Asi concluyó aquella memorable rebelion que llena un periodo de mas de medio siglo de la historia del imperio musulman de España, comenzada por los años 863 en las escabrosidades de los Pirineos al abrigo de los inespugnables muros de la fortaleza de Rotah-el-Yehud por un menestral de

Ronda, salteador de caminos en la comarca de Trujillo y, por último, afamado capitan, y terminada en 927 en la imperial Toledo donde se proclamara rey un hijo de aquel *famoso bandido Hafsun.*

Esta rebelion, mas bien diremos guerra civil pues tuvo todas las condiciones de tal, pudiera haber sido cumplidamente aprovechada por los cristianos de Astúrias, si dementes ambiciones, si contínuas discordias intestinas hijas de ese espíritu sobradamente inquieto, faccioso y rebelde á toda autoridad, que fué el carácter distintivo de todas las razas que habitaron la Península, no hubiera malogrado lo propicio de la ocasion para precipitar la ruina de sus eternos é irreconciliables enemigos.

En efecto, á los tormentosos reinados que precedieron al de Alfonso III apellidado el *Magno*, sucedieron el suyo y otros no menos calamitosos hasta Ramiro II, ya se consideren bajo el punto de vista de la particion que de sus estados hizo el *Magno* entre sus hijos, ya bajo la indolencia de sus sucesores, Fruela II y Alfonso IV, ó de las enconadas rivalidades entre Leoneses y Castellanos y de las tentativas de restauracion y rebelion de Alfonso el *Ciego* y de los hijos de Fruela.

Así, pues, á mediados próximamente del siglo x la España cristiana y la España musulmana encontrándose en una situacion igual y semejante, consideradas política, geográfica y militarmente, no podian empeñar la última y decisiva batalla que su interés político, religioso y social les aconsejaba, porque ambas á dos se veian en la neccsidad de

contemporizar con su enemigo estrangero á fin de atender al enemigo doméstico que embargaba toda su atencion.

En tal situacion, ó mejor diremos, en los años que venimos historiando, cesan simultáneamente en el campo de los cristianos y en el musulman las discordias intestinas; reúnense en un solo haz cada una de las fuerzas hasta entonces divididas, y para que nadie dude que se acerca á pasos desmesurados el desenlace del drama comenzado en las orillas del Guadi-Becca, frente á Abderrahman III se levanta Ramiro II, y frente al príncipe Al-Mudhaffar el Conde Fernan Gonzalez.

Cinco años despues de la recuperacion de Toledo, con cuya victoria el glorioso *Califa* de Córdoba podia envanecerse de haber pacificado definitivamente la España musulmana, Ramiro II viéndose afirmado en el trono de Leon á beneficio de la fortuna que acompañó sus armas en la contienda que le movieron su hermano Alfonso IV pesaroso de su voluntaria abdicacion, y sus primos los hijos de Fruela, resolvió utilizar el ejército que habia reunido para sostener sus derechos, contra los musulmanes fronterizos cuya vecindad se hacia intolerable á su animoso corazon. Las obras siguieron inmediatamente al propósito; el belicoso Ramiro franqueó la Sierra de Guadarrama, frontera setentrional de los paises cristianos al Norte del Duero, «marcha sobre un pueblo llamado *Majerit* (Sampiro. Esta es la vez primera que suena este nombre en la historia de España) destruye sus murallas, pasa á

cuchillo el vecindario, tras lo cual con el auxilio de Dios, el rey regresa á sus Estados.» Las crónicas arábigas refieren, que la misma suerte que á Madjerit, hizo sufrir el rey Ramiro á Talavera. Al rumor de tan brusca y asoladora acometida acudió el Wali de Toledo con las tropas de su gobierno, mas no pudo dar alcance al ejército Leonés (932).

En justa represalia de las devastaciones hechas por los cristianos en territorio musulman, dispuso el *Califa* que el príncipe Al-Mudaffar, al frente de un numeroso cuerpo de ejército verificase una irupcion por tierras de Castilla. Sus órdenes fueron puntualmente obedecidas y el infatigable Al-Mudhaffar llegó saqueando é incendiando cuantos pueblos encontró á su paso hasta Osnna, donde le salió al encuentro el ejército castellano leonés, acaudillado por el rey Ramiro y el conde Fernan Gonzalez. Empeñóse muy luego la batalla que fué sangrienta y porfiada; pero cuyo resultado no es posible fijar, porque en tanto que la crónica de Sampiro concede la victoria á los cristianos, las Arábigas se la atribuyen á los musulmanes. De todas maneras el resultado de esta campaña (933) no debió ser muy ventajoso para las armas del Califa, puesto que en el verano del año siguiente Abderrahman III acaudilló un nuevo ejército que siguió por Castilla las huellas de Al-Mudhaffar.

Ni en las crónicas de la Edad Media, ni en los historiadores generales hasta nuestros dias, hemos encontrado noticias de la campaña que el ejército andaluz capitaneado por el *Califa* en persona, hizo

el año 934 en Castilla; sin embargo encontrámoslas consignadas y abundantes en curiosos pormenores, en el libro de Dozy (*Recherches* t. 1.° p. 169 y 233), cuyas noticias vamos á condensar.

El año 322 de la Hegira (934 de J. C.) Abderrahman III despues de haber sitiado á Ramiro II en la fortaleza de Osma, se dirijió sobre Búrgos, que redujo á escombros habiendo destruido antes un gran número de fortalezas. En su marcha de Osma á Búrgos, los musulmanes encontraron el célebre monasterio castellano de San Pedro de Cardeña (fundado por la madre del rey Teodorico), y degollaron en él en un dia y en una hora doscientos monjes que lo habitaban, segun consta de una antigua inscripcion, único documento que da cuenta y testimonio de tan feroz y cruento sacrificio.

Era á la sazon gobernador de Zaragoza y de toda la frontera superior, Abu-Yahya Mohammed (Aben Aya, segun Morales y Mariana que así lo nombran con referencia á Sampiro y los prelados de Tuy y Toledo), quien resentido de Abderrahman III por ofensas que este soberano infirió á muchos individuos de su familia, negociara un tratado de alianza con Ramiro II, en el que se comprometia á reconocer por soberano al rey de Leon, en cuanto este le ayudara á crearse un Estado independiente con la provincia de su gobierno. En virtud, pues, de aquel tratado Abu-Yahya se negó á acompañar al *Califa* en la campaña de 934, y se declaró en abierta rebelion. Algunos de sus generales rehusaron tomar parte en tan negra perfidia; mas Ramiro II penetró

con su ejército en la provincia (¿de Zaragoza?) sitió y tomó las fortalezas que estaban por el soberano de Córdoba y las entregó á Abu-Yahya. Despues los reyes de Leon, Navarra y el rebelde gobernador de Zaragoza, firmaron una alianza ofensiva y defensiva, de manera que todo el Norte de la Península se confederó contra Abderrahman III. La situacion era, pues, en estremo grave; pero el *Califa* le hizo frente con su notoria enerjia. Marchó desde luego á la cabeza de su ejército sobre Calatayud, cuyo gobernador, llamado Motarrif, pariente de Abu-Yahya, tenia bajo sus órdenes una guarnicion compuesta de musulmanes y de cristianos alaveses enviados por Ramiro II. Motarrif fué muerto en el primer encuentro; sucedióle en el mando su hermano Hakam, quien tuvo que abandonar la poblacion y encerrarse en la ciudadela. Viéndose en la imposibilidad de prolongar la resistencia, ofreció entregar la plaza bajo la condicion de una amnistia para él y sus soldados musulmanes. Concediósela el *Califa*; pero los alaveses que no habian sido comprendidos en la capitulacion, fueron degollados todos.

Despues de la toma de Calatayud, Abderrahman se apoderó de unos treinta castillos, y luego dirigió sus armas contra el reino de Navarra y contra el rebelde gobernador de Zaragoza. Abu-Yahaya, viéndose estrechamente sitiado en aquella plaza, pidió capitulacion que le fué concedida bajo honrosas condiciones por el Califa. No tenia, Abderrahman, la costumbre de ser blando con sus súbditos rebel-

des; pero como en esta circunstancia no se trataba de un faccioso comun, sinó de un hombre el mas poderoso en el Estado despues del soberano, el Califa le perdonó y además le dejó el gobierno de la provincia.

Esta curiosa narracion que Dozy estracta del célebre historiador Ibn-Khaldun, no solo da noticias desconocidas hasta el dia respecto á la campaña del año 334, que debemos considerar como el prólogo de la memorable verificada en 939, que cubrió de inmarcecible gloria las armas cristianas, sino que tambien rehabilita, hasta donde puede rehabilitarse, la memoria de Abu-Yahya, á quien las crónicas cristianas de la Edad media pintan con los más negros colores, suponiendo que despues de haber sido traidor á su soberano natural, lo fué y voluntariamente á Ramiro II, y al pacto que le unia con este rey y con el de Navarra.

Desde este año hasta el de 937 hubo una tregua no sabemos si tácita ó estipulada entre el rey de Leon y el *Califa* de Córdoba, segun se desprende del silencio que guardan los cristianos y musulmanes respecto á operaciones militares en el trascurso de aquellos años.

Aprovecharemos este momento de reposo en España, para bosquejar en grandes rasgos el estado en que á la sazon, se encontraban las relaciones del imperio andaluz con el de África, y los estraordinarios sucesos que pusieron el Magreb bajo la dependencia ó protectorado de los *Califas* de Córdoba; glorioso acontecimiento que si bien elevó á su ma-

yor apojeo la fama y la grandeza de Abderrahman III, fué, andando ménos de un siglo, la causa verdadera de la ruina anticipada del imperio musulman de Occidente.

Recordarán nuestros lectores que el mismo año de la muerte de Abderrahman I (788) un ilustre proscrito, Edris ben-Abdallah, imitando la conducta del último de los Ommiadas, hizo independiente del Califato de Bagdad todo el Magreb, y echó los cimientos del reino de Fez, conocido por el de los Edrisitas. Otra dinastia, la de los Aglabitas émula de los Edrisitas fundó tambien en la parte central del Magreb un nuevo reino independiente cuya córte estableció primero en Kairwan y más tarde en Túnez.

Asi, pues, Edrisitas y Aglabitas venian reinando en el Magreb con entera independencia del califato de Oriente, desde fines del siglo VIII, cuando á principios del X, estalló en África una revolucion que atrajo sobre aquel suelo los ejércitos andaluces, estrechó mas de lo que debiera las relaciones entre estos y los Africanos, y fué el origen de la ruina que hemos apuntado en un párrafo precedente.

El alma y caudillo de aquella revolucion, lo fué un nuevo profeta apellidado *Al-Mahadi Billah*, que se decia descendiente de Alí y de Fatima la hija de Mahoma. Auxiliado por las fanáticas y numerosas tribus africanas que habia reunido bajo su bandera, aquel célebre impostor fundó un nuevo imperio en el Magreb central, y estableció su córte en una ciudad que de su nombre llamó Almahadia. Tan rá-

pido fué el crecimiento de su poderío, que el año 926, el *Mahadi*, había arrojado á los Aglabitas del Kairwan y puesto á los Edrisitas de Fez bajo su dependencia, en términos que el imperio del nuevo profeta, se consideraba más estenso y poderoso que el de los Abassidas de Bagdad, y el de los Ommiadas de Córdoba.

Graves inquietudes causaban estos acontecimientos á Abderrahman III, quien receloso de aquel desmedido poder que se alzaba en la vecindad de España, á la par que deseoso de estender sus dominios por la costa de África, dispuso terciar ejecutivamente en aquella contienda, auxiliando á los Edrisitas que habian solicitado su protectorado. Al efecto, dió órdenes al Wali de Mallorca, Emir de sus bajeles, para que aprontase una escuadra, en la que envió al África un numeroso ejército que desde luego tomó posesion de Ceuta y de Tánjer, marchó luego sobre Fez, de cuya ciudad se apoderaron los andaluces, y tras una victoriosa campaña, hizo proclamar en los púlpitos de todas las mezquitas principales del Magreb, á Abderrahman III soberano de España y África. (933)

Sumo regocijo causaron en Andalucía estos venturosos sucesos, que renovaban para ella los tiempos en que un emperador romano (Othon 68 de J. C.) puso todas las costas mediterráneas del África, en el concepto de colonias, bajo la jurisdiccion de Cádiz, con el nombre de España Tinjitana.

II.

CAMPAÑA DEL AÑO 939.

BATALLAS DE SIMANCAS Y DE ALHANDEGA.

BATALLA DE SIMANCAS 22 DE JULIO.

Uno de los acontecimientos mas memorables de la historia de España en el siglo x y aquel que mas sensacion produjo no solo en Europa sino hasta en los confines del Ásia, fué la célebre batalla de Simancas, en la que quedó vengado, moralmente, el desastre del Guadi-Becca.

Refiriéndose á este suceso, el erudito orientalista Dozy, dice lo siguiente:

«En el décimo siglo España vivia aislada, hasta cierto punto, del resto de la tierra. La division entre los musulmanes de Oriente y los andaluces habíase hecho mas profunda, si cabe, desde que Abderrahman III cambió su título de Emir independiente por el de Califa. Además, Francia, desde la muerte de Cárlo-Magno el amigo de Alfonso II,

no mantenia relaciones con los reyes de Astúrias; y en cuanto á los condes de la Marca Hispana habíanse aprovechado de la debilidad de los Carlovingios para hacerse independiente; de forma que los lazos que unieron aquella antigua provincia á la Francia estaban definitivamente rotos. Asi, pues, en el Occidente lo mismo que en el Oriente, *nadie se cuidaba ni poco ni mucho de lo que acontecia en este rincon del mundo*, donde dos religiones y dos razas se venian combatiendo con imponderable furia, sin trégua ni descanso desde dos siglos muy cumplidos.

«Solo una vez en el curso del décimo, los Europeos y los Asiáticos fijaron su atencion en España, y fué con motivo de la derrota que las armas de Ramiro II hicieron sufrir al grande ejército del poderoso Abderrahman III. Fué tan completa y brillante aquella victoria que se habló de ella en toda la Alemania así como en todo el Oriente; empero con muy diversos sentimientos. Alegráronse los unos, y afligiéronse los otros; aquellos porque en la victoria de Ramiro veian el triunfo de la Cruz estos porque les causaba graves y fundadas inquietudes.»

Antes de reanudar la narracion, cúmplenos volver por el honor de la España cristiana y musulmana, y sobre todo de Andalucía, injustamente vulnerado con las palabras que hemos subrayado en el primer párrafo de la breve disertacion de Dozy. En efecto; nótase en ellas ese desden ó conmiseracion á que nos tienen acostumbrados ciertos escritores estrangeros que se ocupan de la historia y de las cosas de España de todos los tiempos, sin

conocer mas que muy por encima el asunto que traen entre manos. A estos les disculpa su ignorancia; pero á Dozy no le disculpa nada. El sábio profesor de Historia de la Universidad de Leyde, debió haber manifestado, que si en Occidente y en Oriente *nadie se cuidaba dè lo que acontecia en este* RINCON DEL MUNDO, donde se cultivaban las ciencias y las letras como en los buenos tiempos de Atenas y de Roma; la agricultura y las artes industriales como no han vuelto á cultivarse desde entonces; donde el número de las bibliotecas, el esplendor de las ciudades y la opulencia de los palacios sobrepujaba todo cuanto la imajinacion puede concebir, y donde, por último, nació ese sentimiento de refinada cultura y elegancia, de esquisita urbanidad y y cortesía que caracterizan la moderna civilizacion, fué porque..... Porque en el siglo x el Occidente y el Oriente, tomando ambos vocablos en el sentido que Dozy les dá, esto es, Francia, Alemania y los imperios Griego y Abassida, yacian aquellas naciones en un estado de semi-barbárie, y estos imperios en un estado de completa descomposicion.

En Europa, el Griego se veia obligado á pagar un tributo á los Sarracenos. Francia, sufria el yugo de los Normandos, que se permitian con sus reyes *insolentes familiaridades*, de esos mismos Normandos que fueron espulsados repetidas veces á latigazos, por los Cristianos y musulmanes habitantes de aquel *rincon del mundo olvidado en la tierra;* la Francia, en fin, era una gran nacion en estado todavia embrionario; aniquilada por la anarquía que la de-

voraba hacía mas de medio siglo, y por la tiranía de los grandes que se repartian las provincias. La Alemania se encontraba dividida en cinco grandes Estados semi-bárbaros, rivales entre sí y entregados á todos los horrores de las guerras feudales y de las devastaciones de los Húngaros. La Italia, escepto Venecia, arrastra una existencia trabajosa, oprimida por cien tiranuelos y devorada por los escesos de la anarquía; por último, del vasto y espléndido imperio de Oriente, que dominó el Ásia, el África y una parte de Europa, solo quedaba en el siglo x, un *pontífice-rey*, á quien negaban obediencia todos los gobernadores de las antiguas provincias del Califato, erigidas en Estados independientes.

En todas partes desórdenes, escándalos, traiciones, injusticias, tiranías, desastres y escesos de todo género. Las ciencias y las letras huyen avergonzadas; las tinieblas de la ignorancia cubren la faz de Europa.... Solo en Córdoba, en Sevilla, en toda la Andalucia, en fin, se cultivan la astronomía, las matemáticas, la química, la medicina, la botánica, la historia, la geografía, la poesía la arquitectura.... ¡Cómo no habia de vivir aislada la España en medio de la barbárie que la rodeaba por todas partes! Los hechos se encargarán muy luego de dar cumplida contestacion al equivocado juicio de Dozy.

Volvamos al suceso de la batalla de Simancas, que calificamos de uno de los mas importantes del siglo X y del cual, por desgracia, se conservan muy escasas noticias, y estas consignadas únicamente en las crónicas latinas con su aridez y laconismo

acostumbrado, puesto que las arábigas parece tuvieron á empeño ocultar, ya que no les fuera posible borrar en totalidad esta página de su historia. Sin embargo en medio del laconismo de aquellas, del disimulo de estas y de las inexactitudes ó exajeraciones en que han incurrido los historiadores modernos que se dejaron guiar por Conde, no es imposible que con asídua atencion y reflexionado exámen de todos los documentos que han llegado hasta nuestros dias se alcance un conocimiento bastante aproximado de la verdad. Esto es lo que hemos procurado conseguir, y lo que vamos á exponer con toda la brevedad posible, á cuyo fin sacrificamos controversias que serían ociosas en este lugar, limitándonos á referir los hechos, citando los testimonios que deponen en favor de su exactitud, y á rectificar los errores con toda la posible concision.

En 937, tres años despues de la victoriosa campaña que Abderrahman III hizo en Castilla y por los paises que baña el Ebro hasta Zaragoza, toda la España musulmana gozaba de completa paz, á cuyo amparo prosperaban su cultura y su riqueza como nunca habian prosperado. Vencidos los rebeldes en todas partes y apagados los ódios y rivalidades que dividieron la gran familia mahometana española; en paz con los cristianos de Astúrias; reconocido el *Califa* de Córdoba soberano del Magreb, y solicitada su alianza por los Emperadores de Constantinopla, la situacion del imperio andaluz era tan próspera y lisonjera, que sin temor á pecar de exajeracion nos

atrevemos á decir, que en los años de 937, el blanco pendon de los Ommiadas era admirado y temido desde el Atlas hasta más allá del Rhin, y desde el Estrecho hasta el Bósforo.

Así las cosas, cuando no se divisaban en ningun punto del horizonte señal alguna de próxima borrasca, y cuando la prosperidad moral y material de Andalucía alcanzaba su mayor desarrollo, una intriga de córte, acaso una rivalidad entre familias ó magnates poderosos, llevó á un calabozo y luego al suplicio á un Wazir de la córte del *Califa*, llamado Ahmed ben-Ishac. Segun refiere Masudi, Abderrahman le condenó á muerte por sus *opiniones Schiitas*. «Pero este Wazir, continúa el autor citado, tenia un hermano, llamado Omaiya que ejercía el cargo de gobernador en Santarem, ciudad situada nó lejos del mar, el cual Omaiya, cuando supo la muerte de su hermano, se sublevó contra Abderrahman. De vez en cuando dirigíase á los Estados de Ramiro, rey de Galicia, á quien ayudaba contra los musulmanes, y le indicaba los parajes por donde estos podian ser combatidos con éxito. Cierto dia que Omaiya habia salido á cazar en sus tierras, uno de sus oficiales sublevó la ciudad cerró las puertas al gobernador y envió una comunicacion á Abderrahman dándole cuenta de lo que pasaba. Omaiya ben-Ishac, el hermano del Wazir ejecutado, fuese entónces á la córte de Ramiro, quien le distinguió con su amistad y le nombró ministro. Desde aquel dia Omaiya sirvió en el ejército del rey de Galicia.»

Esta breve narracion de cuya veracidad dan testimonio, el autor del *Akhbar-madjamua*, y el historiador Ib-Kaldun, nos suministra un dato precioso para venir en conocimiento de las causas que movieron á Abderrahman III á emprender, con inusitado y estrepitoso estruendo, la campaña de 939 contra los cristianos del norte del Duero.

En efecto, despues de la rebelion (934) de Abu-Yahya Mohammed, gobernador de la provincia de Zaragoza y su alianza con el rey Ramiro II, cuya soberanía reconoció tambien Omaiya-ben-Yshac, gobernador de un distrito de Lusitania, y el pleito homenage que tributó al mismo Ramiro, revelaban con deslumbrante claridad que el espiritu faccioso de las tribus berberiscas que durante mas de dos siglos habia mantenido encendida la antorcha de la discordia civil en la España musulmana, habíase pasado, despues de su estincion en Toledo y en la Sierra de Elvira, á las familias mas influyentes y poderosas del imperio, que desde la fundacion del *Califato* se manifestaban en mal disimulada oposicion con el absoluto y despótico poder de los soberanos de Córdoba.

En tal virtud, bastaban las mas triviales nociones de la ciencia del gobierno, y las sencillas reglas del sentido comun, para comprender que el primero y principal enemigo que convenia destruir, era aquel que fomentaba las rebeliones de la nobleza, les prestaba su poderoso apoyo, y aseguraba la impunidad á los rebeldes. Aniquilando aquel, estos, faltos de amparo habian de renunciar á todas sus

pretensiones; que no es posible sostener, ni aun las mas legítimas si se carece de una fuerza cuando menos igual á la que se opone á su triunfo.

Por si estas razones no fueran suficientemente poderosas á mover las armas del Califa de Córdoba contra el rey de Leon, éste se encargó de suministrárselas de una naturaleza que no admitia tardanza. Es así, pues, (segun refiere la Crónica de Sampiro) que el belicoso Ramiro II con su aliado Omeiya-ben-Yshac, pasó el Duero, se internó por las campiñas de la Lusitania, llegó hasta Badajoz y Mérida, y regresó por Lisboa á sus Estados arrastrando un riquísimo botin de esclavos y riquezas de todas clases. Esta venturosa espedicion de los cristianos en las provincias musulmanas, debió verificarse á principios del año 938.

La noticia de aquel desman, hubo de colmar la medida de la indignacion del glorioso Abderrahman III, que decretó la inmediata proclamacion de la *Guerra Santa;* pero la verdadera Guerra Santa contra los *infieles,* que el Corán impone como un precepto ineludible á los verdaderos islamitas. Resuena el pregon dia y noche en todas las mezquitas musulmanas, de España y del Magreb dependiente del Califato de Córdoba, y los fieles muslimes entusiasmados aprestan con ardor en todas partes armas, caballos, dinero y cuantos medios conceptúan necesarios para vencer en la formidable lucha que se prepara.

En el otoño de aquel año reúnense, en cumplimiento de las órdenes del Califa, todas las banderas

de las diferentes provincias de España, y el material de guerra en las campiñas que riega el Tormes á la vista de Salamanca (Segun Conde y los historiadores que le siguen; lo cual no es improbable, como luego veremos). Incorpóraseles muy luego el príncipe Al-Modhaffar con las banderas de Mérida y los ginetes del Algarbe; y, por último, en los primeros dias de Diciembre llega al campamento Abderraman III acompañado del Divan de Córdoba, de los jeques principales y de la célebre caballería andaluza. Pasa el Califa revista á su ejército y cuenta en él, segun la version mas generalizada, cien mil combatientes. En esta circunstancia, como se vé, no se cuidó de que las familias y los campos quedasen desamparados y faltos de brazos para su sosten y cultivo. Verdad es, que no iba á combatir contra los rebeldes musulmanes de la España Oriental ó de las sierras de Ronda y de Elvira, sino contra los Gallegos, Asturianos y Leoneses, «que eran, dice Masudi, los enemigos mas temibles de los Andaluces, sin esceptuar á los Francos, que aunque valientes tambien no lo eran tanto como los súbditos del rey de Leon.»

Pasóse el invierno de 939, haciendo los preparativos y trazando el plan de la campaña de aquel año y al despuntar la primavera, el ejército musulman se puso en movimiento para invadir los Estados de Ramiro II.

Aquí comienzan las dificultades que hemos indicado en una de las páginas precedentes, relativas á poner en claro ciertos pormenores de esta cam-

paña, acerca de los cuales encontramos notables divergencias en los historiadores que nos han precedido. Conde, Romey y Lafuente, dicen que el ejercito musulman, *desde Salamanca*, se dirigió al Duero que pasó entre Toro y Tordecillas, despues de lo cual saqueó varias poblaciones cristianas entre ellas *Amaya, Osma, Aranda, San Esteban de Gormaz y puso sitio á...Zamora!!* Ambrosio de Morales. (L. XVI C. 14) que sigue al fidedigno cronista Sampiro, dice «No siguió (Abderrahman) el camino usado de Osma y Santisteban de Gormaz y las otras tierras de los Castellanos; sino fuese derechamente á los primeros confines del reino de Leon, y puso su campo sobre la villa de Simancas, que es la primera plaza fuerte de aquel reino, *en el camino que el moro llevaba.*»

Suponiendo, como lo creemos muy probable, que el punto de reunion en el otoño del 939, del ejército de Abderrahman, fuera Salamanca, basta dirigir una rápida ojeada sobre el mapa geográfico de las provincias que fueron teatro de aquel acontecimiento, para convencerse que Ambrosio de Morales es, entre los historiadores mencionados, el que mas se acerca á la verdad.

Conde y los autores que se inspiraron en su libro, dicen que el ejército musulman puso desde luego sitio á Zamora, y que al tener noticia de la aproximacion del cristiano acaudillado por Ramiro II, Abderrahman y su tio Al-Mudhaffar dispusieron salirle al encuentro, dejando una division de veinte mil hombres sobre la plaza citada. Pero es

el caso, que ninguna crónica española, ni arábigo (escepto Masudi) nombra para nada á Zamora en esta ocasion, y que Sampiro y los Anales Complutenses y Toledanos, dicen con toda claridad que los musulmanes atacaron, no en *Zamora*, sino en *Simancas*, «que es la primera plaza fuerte que debieron encontrar en el camino que llevaban;» nótese bien esta indicacion de Ambrosio de Morales.

Dejando para mas adelante indicar las causas que pudieron inducir en error á los autores citados, vamos á describir la batalla de Simancas, cuyos pormenores tomamos principalmente de Conde (C. LXXX) por ser quien los da mas estensos, siendo á la vez muy verosímiles.

En tanto que el glorioso Abderrahman III reunia sus formidables aprestos guerreros contra el rey de Leon, el belicoso Ramiro II los hacia no menos imponentes para la defensa de su reino y corona. Al efecto hizo un llamamiento al rey de Navarra, al poderoso conde de Castilla (que no respondió á él) á todos los condes y gobernadores dependientes del trono de Leon y á cuantos nobles y hombres de armas le reconocian por señor. Reunido el ejército cristiano y noticioso el Leonés de que los musulmanes habian abierto la campaña, «poniendo su campo sobre la Villa de Simancas situada en la confluencia del Pisuerga y el Duero» (A. de Morales) marchó resueltamente contra ellos, sin dejarse intimidar por lo que la fama pregonaba de su numeroso é incontrastable poder. El dia 18 de julio avistáronse ámbos ejércitos, y acto contínuo sus cam-

peadores empezaron una brava escaramuza que no tuvo resultado importante. A puestas del sol retiráronse á sus respectivos campamentos, donde los generales pasaron la noche haciendo los preparativos para la batalla que no podia dejar de empeñarse al dia siguiente. Amaneció el 19, y en las primeras horas de su mañana ámbos ejércitos se pusieron en movimiento; mas apenas hubieron tomado posicion cuando se oscureció súbitamente el cielo y quedó la tierra sumida en tinieblas. (Este eclipse se verificó en la fecha que queda consignada, segun refieren las crónicas árabes y cristianas, los Anales de Saint-Gall, y los Monges de San Mauro). Este inesperado fenómeno, pavoroso para la supersticion y sencilla credulidad de aquellos tiempos, entibió el ardor de la juventud guerrera, y ámbas huestes se replegaron silenciosas á sus respectivos campamentos. Dos dias permanecieron observándose, inquieto el corazon y oscilando el ánimo entre el temor y la esperanza. Luce, al fin, radiante el sol del 22 de Julio de 939. Los caudillos cristianos y musulmanes mandan tocar clarines y empuñar lanzas, y ambos ejércitos toman posicion. El Leonés formó en línea sus gruesas masas de infantería y caballería, á cuyo frente se colocaron Ramiro II y el wali de Santarem, Omaiya ben-Ishac, causante de aquella guerra, á quien acompañaba un numeroso escuadron de ginetes musulmanes de su parcialidad: el Andaluz se situó en idéntica formacion, mandadas sus alas por los walíes de Toledo y Badajoz y el centro por el príncipe Al-Mudhaffar, en tanto que el *Califa*

con los miembros del Divan, su guardia personal y un cuerpo de tropas escogidas se situó á retaguardia dispuesto á acudir donde su presencia fuera necesaria. En esta situacion permanecieron las dos huestes toda la mañana viendo escaramuzar sus respectivos campeadores, hasta que ya alto el sol el esforzado príncipe Al-Mudhaffar, puesto al frente de los escuadrones de vanguardia, dió la señal de ataque precipitándose lanza en ristre y á toda brida sobre el centro de la línea de batalla de los cristianos. En el acto los ejércitos enemigos avanzaron con igual ímpetu y decision. Los escuadrones cristianos del centro cuyos soldados y caballos estaban cubiertos de lorigas y malla de hierro, resistieron como una muralla de bronce la carga del enemigo, y se la devolvieron con tan brioso empuje que las primeras líneas musulmanas retrocedieron aplastadas bajo los rudos golpes de los membrudos soldados de Leon. El príncipe Al-Mudhaffar reanimó el valor de sus soldados con sus voces y con su ejemplo. Blandiendo su temible lanza penetraba en lo mas apretado de la refriega amontonando víctimas bajo los cascos de su caballo; pero el ínclito Ramiro y el valeroso Omaiya ben-Ishac contrarestaban su pujanza rompiendo y atropellando cuanto se oponia á su paso. Así continuó la batalla en toda la línea por espacio de tres horas, bajo el sofocante calor de una tarde del mes de Julio y envueltos los combatientes entre densas nubes de polvo que les producia una sed abrasadora. A puestas del sol los musulmanes comenzaron á dar seña-

les de cansancio y á perder terreno á ojos vistas. Este movimiento arrancó un grito de júbilo al ejército cristiano; que redobló su empuje, y cual si entrara de refuerzo en la pelea, dió una carga general tan impetuosa, que arrolló el centro del enemigo y puso en completa dispersion su ala derecha mandada por el walí de Toledo. Viendo Abderrahman que la jornada estaba á punto de perderse ordenó á la reserva, que todavia no habia entrado en accion, que se dispusiera para el combate; y él mismo montado en un soberbio caballo blanco, y llevando sobre el arzon delantero de la silla un ejemplar del Corán, cuyos versículos recitaba en alta voz, se lanzó al frente de la incontrastable caballería andaluza sobre un flanco del ejército cristiano. Esta embestida dada con tropas veteranas y que venian de refresco sobre soldados estenuados por la fatiga y que habian perdido su órden de batalla cebándose en la persecucion de los fugitivos, atajó la victoria que ya coronaba las banderas de Leon, y puso de nuevo en duda el éxito de la batalla. Viendo el esforzado Ramiro escapársele la victoria de las manos, acudió disparado con sus pesados escuadrones á contrarestar el ímpetu de los ginetes andaluces, movimiento que trasladó todo el peso de la refriega á uno de los estremos de la primitiva línea de batalla. Fué tan récio y desesperado el choque entre aquellas masas de caballería, que la confusion se introdujo en ellas, y el combate se transformó en espantosa carnicería donde cada caudillo y soldado se batía sin órden ni concierto contra un enemigo y

donde no eran escuchadas las voces de mando de los gefes. El glorioso Abderrahman, haciendo prodigios de valor personal, vió caer á su lado sus mas bizarros generales cuya sangre enrojeció su blanco ropaje y su turbante de Iman. Por fin, despues de siete horas de incesante pelea, ámbos ejércitos diezmados, estenuados de fatiga, devorados por la sed y envueltos entre las sombras de la noche que no les permitian distinguir el amigo del contrario, se separaron sin que *hubiese entre ellos vencidos ni vencedores.*

Esta es, pues, *bordada* y *retocada* la descripcion que de la batalla de Simancas hace el orientalista Conde, sin decirnos, segun su costumbre, de qué autor arábigo la ha tomado; pues si bien nombra, al final del c. LXXX al historiador Masudi, este autor no desciende á tantos pormenores en la reseña que hace de la campaña del año 939, contra el rey de *Galicia.* No discutiremos la certeza de estos detalles, que por otra parte nada tienen de inverosímiles; pero lo que negaremos es el resultado de la batalla, tal cual lo consignan Conde y los historiadores que le siguen, dado que testimonios muy dignos de fé aseveran terminantemente que el ejército leonés obtuvo una completa victoria, y el musulman mas que una derrota sufrió un desastre total.

Demostrémoslo. La crónica de Sampiro, que abraza los sucesos del siglo x hasta 984, dice que el rey Ramiro alcanzó una completa victoria én Simancas, y mató 80,000 moros.

El célebre historiador Ibn-Kaldun, refiere el

acontecimiento en las siguientes lacónicas frases: «En el año 327 de la Hegira (939) Abderrahman hizo la campaña de Alhandega contra la Galicia. Fué completamente derrotado; los musulmanes perdieron mucha gente, y Mahommed Inb-Hachim el Todjibita, cayó prisionero.» (Nótese que Sampiro refiere tambien la prision en la misma circunstancia, de este Mahommed, que es el mismo Abn-Yahya gobernador de Zaragoza, que en 934, se rebeló contra el *Califa* y reconoció la soberanía del rey de Leon).

El autor del libro intitulado el *Akhbar-madjmua*, nos dá los siguientes curiosísimos é interesantes detalles acerca de aquel acontecimiento: «El Califa, (á quien Dios perdone) ensoberbecido con sus triunfos se entregó sin freno á los placeres. Desde aquel punto no el mérito sino el favor obtuvo los destinos públicos. Eligió sus ministros entre personas de notoria incapacidad, é irritó á los nobles encumbrando á los altos puestos del Estado á hombres vulgares como Nadjda de Hirá y otros esclavos de la misma estofa. Dió á este Nadjda el mando de su ejército; le confió los negocios mas importantes del Estado: obligó á los generales y á los wazires, hasta los mismos generales y wazires árabes! á doblar la rodilla ante él y á obedecerle en todo. Es así que este Nadjda era una nulidad, arrogante y estúpido como lo son generalmente las gentes de su clase. Los generales de noble origen conviniéronse, pues, en dejarse derrotar, y cumplieron su convenio en la campaña del año 327 (939). El Califa habia reu-

nido bajo sus banderas un número inmenso de soldados, y gastado sumas enormes para hacer aquella guerra, á la que llamó la *campaña del poder supremo;* pero sufrió la mas VERGONZOSA DERROTA. Durante muchos dias consecutivos los cristianos persiguieron á sus soldados pisándoles los talones, matándolos por todas partes y haciendo numerosos prisioneros. Pocos oficiales consiguieron reunir bajo sus banderas una parte de sus soldados y volverlos á sus hogares.»

En vista de estos testimonios, habrá quien ponga en duda que el resultado de la batalla de Simancas fué un espléndido triunfo para el ejército cristiano, y una completa derrota para el musulman?

BATALLA DE ALHANDEGA 5 DE AGOSTO.

Aparece con bastante claridad en los documentos que hemos examinado, que despues de la derrota que el 22 de julio tuvo el ejército de Abderrahman III en los campos de Simancas, sufrió un nuevo desastre en los primeros dias de agosto en Alhandega: empero preséntansenos tan confusos y enmarañados los pormenores de aquel segundo descalabro, que se hace indispensable un exámen prolijo de aquellos documentos para sacar la verdad en claro.

Empezemos, pues, por fijar aproximadamente la situacion de esta ciudad ó fortaleza, que ha des-

aparecido de la haz de la tierra hace ya algunos siglos. Ibn-Kaldun, en su Historia de los reyes cristianos de España, dice, entre otras cosas, refiriéndose á la campaña de Abderrahman en el verano de 939. «Esta batalla tuvo lugar en Alhandega, cerca de la ciudad de Simancas (?) como lo hemos referido en la historia de Al-Nasir.» Yepes y Ambrosio de Morales, la sitúan cerca de Salamanca; el último dice: «No contento el valeroso D. Ramiro con la insigne victoria, siguió el alcance hasta la ciudad de Alhóndiga en la ribera del Tormes por bajo de Salamanca,» ajustándose en esta relacion á la crónica de Sampiro. Damos entero crédito á Yepes y á Morales, considerando que en el siglo XVI la tradicion del país conservaba todavía cierto carácter de autoridad.

Pero es el caso que Masudi, Conde, ni los historiadores de nuestros dias que los siguen, nombran en ninguna parte de su relacion la ciudad de Alhandega, en tanto que se esplayan á sus anchas en la de los sangrientos pormenores de la toma de Zamora; de la misma manera que las crónicas latinas y arábigas de la Edad media mas dignas de fé, no mencionan á Zamora, y nos hablan de Alhandega donde se dió la segunda batalla el dia 5 de agosto. ¿Cómo concordaremos relaciones tan desemejantes? Dozy, en una oportuna y juiciosa observacion, satisface cumplidamente á la duda.

Los Árabes, dice este distinguido autor, llamaron *al-Khandec* la ciudad que Sampiro llama *Alhandega;* además dieron este mismo nombre de *al-*

Khandec á varios pueblos rodeados de un foso: de aquí procede que cuantas veces se encontré en los autores musulmanes, *wacca al-Khandec*, se tradujo, *batalla del Foso*. El error, pues, de Masudi, (el historiador arábigo—que nunca estuvo en España—á quien siguen Conde, el inglés Murphy, y todos los autores que escribieron despues de estos dos orientalistas) fué el haber ignorado que *al-Khandec*, era un nombre propio; y tomando este vocablo en el sentido de *foso*, creyó que la batalla de *Alhandega* tuvo lugar cerca de un *foso de Zamora*.

Ahora bien; considerando que Sampiro y los autores arábigos mas dignos de fé, aseguran que la batalla del 5 de agosto se dió en la ciudad de *Alhandega, situada abajo de Salamanca*, en cuyos campos se verificó, en el otoño del año precedente, la reunion del grande ejército musulman: considerando que los citados cronistas no nombran á Zamora, y, además, que es inverosímil que aquel ejército, saliendo de Salamanca pasase el Duero entre Toro y Tordesillas; marchase contra Osma, Aranda y San Esteban de Gormaz; retrocediese sobre Zamora; contramarchase sobre Simancas; perdiese el 22 de julio la batalla que lleva este nombre; se rehiciese delante de Zamora, cuyos muros expugnó, perdiendo cuarenta mil hombres, y volvióse sobre Salamanca para ser derrotado, por *tercera vez en* 5 *de agosto*, en Alhandega: considerando, que Ibn-Kaldun y Sampiro nombran con toda claridad á Alhandega, como lugar donde Abderrahman III sufrió la segunda derrota, y que este último cronista dice,

que dos meses despues de aquella *Azcifa,* (campaña de verano) ó sea en el otoño de 939, el rey Ramiro se encaminó con su ejército al Tormes y repobló, entre otras ciudades y villas *Salamanca* y *Alhandega,* que habian quedado desiertas á resultas de la campaña anterior, no nombrando entre aquellas la de Zamora; considerando, en suma, todas estas razones de difícil impugnacion, negamos lo de la batalla de Al-Kandic, ó del *Foso de Zamora,* ó por mejor decir, trasladamos el suceso á Alhandega, en cuyo caso no tenemos inconveniente en reproducir la narracion de Masudi, que sirvió de texto á Conde, Murphy, Romey, Lafuente y demás historiadores de nuestros dias, cambiando solo el nombre de *Zamora* y el *Duero,* por los de Alhandega y el Tormes.

Esto sentado, vamos á *bordar* y *retocar* tambien la narracion que del sitio y batalla de Alhandega hacen Masudi, Conde y otros historiadores.

Muy pocos dias despues del desastre de Simancas el ejército musulman llegó sobre Alhandega. Era esta ciudad una de las fortalezas mas importantes de los cristianos; defendíanla al S. el Tormes, y al N. dos recintos de macisos murallones flanqueados de altas torres, y protejidos por anchos fosos y almenadas barbacanas; además era por su situacion, un punto estratégico para las armas cristianas y la llave que les facilitaba la entrada en las provincias musulmanas del Oeste y centro de la Península. Esta consideracion, ó acaso el deseo de proporcionar á sus soldados un desquite de la rota de Simancas, asi como el no dejar enteramente infruc-

tuosos los inmensos sacrificios que hiciera para emprender la *campaña del poder supremo*, obligaron al Califa á cifrar su empeño en conquistar la plaza; mas todos sus esfuerzos se estrellaban contra la heróica resistencia que le oponia la bizarra guarnicion, que rechazaba gallardamente los impetuosos ataques de los sitiadores, causándoles pérdidas horrorosas. Ocho ó diez dias llevaría Abderrahman de estar batiendo la ciudad, cuando le llegó aviso de que el rey Ramiro acudia con su ejército en socorro de los sitiados; novedad que llenó de inquietud á los musulmanes. En su virtud, el *Califa*, temiendo verse sitiado en sus propios reales, dispuso un ataque general y decisivo contra la plaza. Los musulmanes acercaron todas sus máquinas de batir á las murallas del recinto esterior, en las que abrieron espaciosas brechas por donde se precipitaron como un torrente asolador, entonando el himno de la victoria. Mas viéronse detenidos por un *ancho foso* lleno de agua que defendia el segundo recinto de torres y murallas, desde cuyos adarves y por entre cuyas almenas los cristianos hicieron llover sobre ellos tal nublado de flechas, dardos y piedras, que las primeras banderas que dieron el asalto tuvieron que retirarse en desórden, dejando las dos terceras partes de sus soldados muertos al pié del *foso*. En aquel momento aparecieron por la llanura, á espaldas del campamento musulman, los campeadores y luego todo el ejército del ínclito Ramiro II. La situacion no podia ser mas grave ni comprometida. Los musulmanes

hicieron un supremo esfuerzo; adelantaron á la carrera las banderas de Toledo y del Algarbe; é impulsados por el terror y la desesperacion, arrojaron al *foso* los heridos y los cadáveres de sus hermanos víctimas del primer asalto, y atravesaron el *foso* por encima de aquel puente de carne humana palpitante. Fué tan briosa y desesperada la acometida que los cristianos no pudieron contrarestarla y *allí murieron todos como buenos en el lugar que ocupaban*. Los musulmanes penetraron á sangre y fuego en la ciudad y plantaron la bandera del Islam sobre los derruidos muros de Alhandega. (El suceso debe ser cierto, puesto que segun hemos referido anteriormente, Sampiro dice que dos meses despues de terminada esta campaña el rey de Leon repobló Alhandega y otras ciudades.)

Mas este fué el primer y único triunfo de Abderrahman en esta memorable *campaña del poder supremo*. Con la expugnacion del último baluarte de la invicta ciudad, coincidió la primera carga del ejército leonés contra el del *Califa*, que se habia formado en batalla para rechazarle. Vano intento! El poderoso Abderraman III vió de nuevo su estandarte hecho jirones y sus soldados arrollados, acuchillados y puestos finalmente en completa dispersion por los vencedores de Simancas!

Desde el mismo campo de batalla, el dos veces vencido ejército musulman emprendió aceleradamente su retirada por Salamanca hácia Andalucía. La memorable campaña de 939, cuyos preparativos habian durado mas de un año, se resolvió en quince

dias, desde el 22 de Julio al 5 de Agosto inclusives, y costó á los musulmanes en dos batallas y un sitio una pérdida que el cronista Sampiro hace subir á 80,000 hombres, y que Masudi—historiador árabe, contemporáneo de los sucesos, puesto que hablando del rey Ramiro II dice lo siguiente: «Ramiro reina todavía en los momentos en que escribo, es decir en el año 332 (943 á 944)—calcula en 40 ó 50,000 esto es, en la mitad del grande ejército.

Nos anticipamos á contestar al cargo que pudiera hacérsenos respecto al mayor crédito que debe concederse á Masudi, historiador contemporáneo de los sucesos, sobre los autores que escribieron uno ó dos siglos despues; diciendo, que aquel historiador es tenido por uno de los mas superficiales entre los arábigos, y que nacido en Bagdad y habiendo pasado su vida recorriendo el Ásia y el África, no puso jamás los piés en España, ni habia oido hablar de Alhandega ni de Simancas: por lo cual no nos es posible concederle mas crédito que á la crónica de Sampiro, contemporánea tambien de aquellos sucesos, y á Ibn-Kaldun y el autor *Akhbar-madjmua*, cuyos formales testimonios están en contradiccion con lo que asevera el *célebre polígrafo Masudi*.

Dice Ambrosio de Morales (L. XVI. C. XIV) copiando casi textualmente á Sampiro, que el rey Ramiro despues de haber vencido al *Califa* en la batalla de Alhandega, recuperó *el castillo*, y se volvió victorioso á Leon con los suyos muy contentos con la gran presa de oro, plata, ricas vestiduras y caballos que hubieron en el saqueo de los reales de Abder-

raman. «Es muy famosa y celebrada, concluye, esta victoria en las crónicas arabescas, y llámanla *la del Barranco*.»

Suponiendo que nuestros lectores tendrán deseo de saber la suerte que les cupo á los dos walies traidores, causante de aquella sangrienta campaña, diremos: que Abu-Yahya Mohammed, el gobernador de Zaragoza que en 934 reconociera la soberania de Ramiro II y que luego se encontró en la batalla de Simancas al lado de Abderrahman III, donde fué hecho prisionero (Sampiro é Ibn-Khaldun) permaneció dos años y tres meses aherrojado en Leon; recobrando la libertad al cabo de este tiempo á beneficio de las reiteradas instancias del Califa de Córdoba. En cuanto al wali de Santarem, Omaiya Ben-Ishac, que lidió valerosamente bajo las banderas de Leon en aquella memorable refriega, aparece, segun Masudi, que algun tiempo despues solicitó y obtuvo su perdon de Abderrahman, y que habiendo logrado huir de la corte de Ramiro se refugió en la del *Califa* que le acojió honrosamente.

Por último, cuentan Ibn-Kaldun y el autor del *Akhbar-madjmua*, que Abderrahman III despues de la desastrosa *azeifa* de 939, no volvió á ponerse al frente de sus ejércitos, y pasó los dias de su vida en medio de los placeres y de su afan de edificar alcázares, mezquitas, y de embellecer las ciudades.

El mismo año de la memorahle derrota de los musulmanes andaluces en Simancas y Alhandega, nació, en una aldea junto á Algeciras, Mohammed

ben-Abi-Ahmer, aquel gran capitan del siglo X conocido en la historia con el nombre de ALMANZOR, quien debia vengar el desastre de 939, dando por fronteras al imperio musulman de España dos mares y los Pirineos, y venciendo cincuenta campañas sin perder una sola batalla.

III.

Desde la batalla de Simancas hasta la muerte de Abderrahman III.

939 á 961.

Si hubiéramos de juzgar de aquellos tiempos por los nuestros, nos causaria verdadero asombro el ningun resultado que tuvo, salvo la sangre derramada y los pueblos saqueados y reducidos á escombros, la célebre campaña de 939, para el victorioso rey de Leon y para el vencido *Califa* de Córdoba; puesto que ninguno de ellos ganó ni perdió un solo palmo de terreno, ni tuvo que suscribir á una paz mas ó menos humillante, ni pagar la mas insignificante cantidad como *indemnizacion de los gastos de la guerra*. Esta indolencia de cristianos y musulmanes despues de la victoria ó la derrota, de la que las crónicas de aquellos siglos nos suministran abundantes pruebas, manifiesta con bastante claridad que los cuatro principales móviles que impulsaban aquellas guerras deben colocarse por el órden

siguiente: codicia de presa, ó pillaje; deseo de conservar la integridad del territorio y temor de comprometerlo yendo mas allá de lo que estrictamente exijian las circunstancias; espíritu de conquista ó reconquista pero subordinado á las necesidades del momento, y, por último, la idea religiosa; pero tan mal definida todavia, que cualquiera cosa sirve de pretesto para estrechar alianzas entre cristianos y musulmanes, contra los musulmanes ó los cristianos. Sin embargo; debemos decir en honor de la verdad, que en los tiempos que venimos historiando, los musulmanes son los que se señalan en cometer tan incalificables defecciones.

La campaña de 939, no podia eximirse, pues, de aquella ley fatal que regia la marcha de las dos razas enemigas, en sus continuas y aparentemente infructuosas luchas; sin que sirva de disculpa al valeroso Ramiro II la sublevacion que tuvo que combatir en el año siguiente movida en Castilla por el conde Fernan Gonzalez, deseoso de hacerse independiente de la soberania de Leon, ni al glorioso Abderrahman III su carácter civilizador que le inclinaba mas á las benéficas dulzuras de la paz que á las feroces emociones de la guerra, puesto que el primero pudo despues de sofocada ejecutivamente la sublevacion del conde Castellano, haber intentado, aprovechando el prestigio que ganara en Simancas, adelantar las fronteras de su reino hácia el Tajo, y el segundo haber confiado á su tio el príncipe Al-Mudaffar el encargo de vengar el desastre de Alhandega.

Nada intentaron, el uno para acrecer su prestigio político y militar, ni el otro en desagravio del honor de sus armas. Así trascurrieron algunos años durante los cuales, si se esceptuan las ordinarias correrías de *moros* y *cristianos* por las fronteras del Duero, continuaron en suspenso las hostilidades entre Leoneses y Andaluces; hasta que en el de 944 se ajustaron tréguas por cinco años entre Ramiro II y Abderraman III, que fueron religiosamente guardadas por ambos soberanos. Así lo testifican las crónicas consultadas por Morales y Conde.

A partir de este año y durante los 17 que se sucedieron hasta la muerte del *Califa*, Andalucía gozó los beneficios de una paz completa que se señaló en ella como siempre, ó mas bien diremos como nunca, por el estraordinario desarrollo que alcanzó prosperidad moral y material. En efecto, considerando el estado en que se encontraba el mundo entonces conocido, la imaginacion se pierde contemplando la grandeza, la opulencia y el inmenso prestigio que por su cultura intelectual alcanzó el pueblo andaluz en aquel período de tiempo que se prolongó hasta despues de la muerte del hijo y sucesor del hâjib Almanzor el Grande. Necesitaríamos un espacio mucho mayor del que podemos disponer para detallar circunstanciadamente la próspera situacion en que, bajo todos los conceptos se encontró Andalucía, desde la mitad del siglo x hasta los primeros años del undécimo; y esta falta así como la índole de nuestro libro nos obliga á compendiar

en tres ó cuatro hechos los mas señalados del reinado de Abderraman III, toda aquella cultura moral y material, toda aquella grandeza y todo aquel prestigio y poder que hizo de Córdoba, la admiracion del mundo y la Atenas de la Edad media en Europa.

Refiere Conde (c. LXXIX) que á cinco millas al Poniente de Córdoba, sobre la orilla derecha del Guadalquivir, y en un lugar ameno decorado con toda la pompa de la magnífica vejetacion del clima de Andalucía, estaba situada una pintoresca alquería donde Abderrahman III solia pasar las temporadas de primavera y otoño léjos del bullicio de la córte y libre de los cuidados del gobierno del vasto imperio. Andando el tiempo, parece que para honrar ó complacer á una hermosa esclava llamada Zahara (flor) á quien amaba con predileccion entre todas las de su Harem, mandó trasformar aquella modesta alquería en una hermosa ciudad, en medio de la cual se alzaba el alcázar del *Califa*, en el que se veian compendiadas todas las maravillas de la arquitectura, todos los inimitables primores de la decoracion del tallado y de la pintura del arte arábigo; todo el fastuoso lujo oriental, y toda la grandeza del soberano que habitaba en él, así como la del pueblo que con el sudor de su frente subvenia á aquella demente prodigalidad. Contábanse en él cuatro mil trescientas columnas de mármoles de colores con capitel y basa primorosamente tallados. Los pavimentos y paredes de los salones estaban construidos con pórfido de Córdoba y jaspes de vi-

vos colores. Los artesonados de madera de alerce lucian los mas delicados tallados, el oro y esos vivísimos colores cuyo secreto no se conoce en el dia. En el centro de algunas de aquellas deslumbrantes salas habia fuentes cuyos surtidores elevados á conveniente altura, caian en tazas de mármol de elegante y variada forma, produciendo un dulce y melancólico murmurio. En medio del salon llamado del Califa, admirábase una concha rebozando agua cristalina y en su centro un cisne de maravillosa labor, fundido y cincelado en Constantinopla, y sobre el cisne, pendiente del artesonado veiase la magnífica perla regalada á Abderrahman por el emperador griego Leon IV. Contiguos al alcázar habia magníficos jardines cuajados de árboles, arbustos, plantas y flores de todas especies y de varios climas; las crónicas arábigas se deleitan ponderando el regalo de aquellos deliciosos vergeles, sus emparrados, sus sotos, sus senadores en los que la vid entretegida con la palma y el naranjo, brindaban á porfia sus racimos negros ó dorados entre los dátiles y las naranjas; sus rías artificiales y espaciosos estanques en cuyas aguas se reflejaban los árboles, el cielo y sus arreboladas nubes. Tenian los jardines diferentes baños en pilas de mármol cubiertos con tapices, cortinas y velos tejidos de oro y seda, bordados con delicado primor. En medio de los jardines y sobre una loma que los dominaba, álzábase el pabellon del Califa, donde descansaba cuando regresaba de la caza, sostenido por columnas de mármol blanco con ca-

pitel y basa dorada, y cuyas puertas eran de ébano y marfil incrustradas de metales preciosos; en el centro de una glorieta contigua al pabellon veíase una gran concha de pórfido, y en medio un surtidor de azogue, que al caer á manera de agua, despedía, herido por los rayos del sol ó bañado por la tibia luz de la luna, ya reflejos misteriosos, ya vivos y deslumbrantes resplandores.

Finalmente; el *Califa* mandó edificar en Medina Azahara una mezquita menos grandiosa pero mas gallarda y elegante que la grande aljama de Córdoba; trasladó á la mirífica ciudad la *Zekaht* (casa de moneda) é hizo construir espaciosos cuarteles que daban al rio, para alojar su guardia personal, que se componia de 12,000 hombres; cuatro mil andaluces de caballería, cuatro mil africanos tambien montados y cuatro mil esclavos á pié, que daban la guardia interior del alcázar. Estos cuerpos, los mas brillantes del ejército musulman y los únicos que recibian sueldo del Tesoro, estaban mandados por los príncipes de la familia ommiada y por los jeques mas principales de Andalucía.

Tal era Medina Azahara, el Versalles el Aranjuez de Abderraman III; tal la grandeza del soberano que mandó edificar aquel palacio de hadas, y tal la riqueza intelectual y material del pueblo andaluz, que tales maravillas producía en el siglo x, siendo un *rincon olvidado del resto de la tierra*.

Desgraciadamente de Medina Azahara y su mirífico alcázar solo el nombre y el recuerdo se conserva en nuestros dias. Ciudad, palacio, jardines,



todo ha desaparecido; ¡hasta sus ruinas! de las que apenas vestigios quedan, así como se ignora la época en que fué destruida.

No era posible que la fama de tanta grandeza permaneciese encerrada entre el Occéano, el Mediterráneo y los Pirineos. El brillo de la espléndida córte andaluza y el rumor de aquellas guerras en África y en España, tenia que deslumbrar á los soberanos estrangeros. Así que con cortos intérvalos de tiempo llegaban á Córdoba embajadas procedentes de Alemania, de Francia, del imperio griego y de los reyes cristianos de la Península. Pero entre todas la mas señalada fué, ya por las particularidades que la caracterizaron ó porque se conservan curiosos detalles acerca de ella, la que en 949 envió á Abderrahman III el emperador griego Constantino Porfirojineta, en solicitud de la renovacion de los antiguos tratados de amistad y alianza, estipulados entre los antecesores de las dos casas reinantes, contra los califas de Bagdad. El historiador Ahmad al-Makkary, (traducido por Murphy; Romey, c. xv) es quien nos dá los siguientes pormenores, que son un cuadro en bosquejo del ceremonial de la córte de Córdoba y de los usos diplomáticos de aquellos tiempos.

La embajada del emperador de Constantinopla fué recibida en la frontera por un wazir del consejo, comisionado al efecto por el *Califa*, que vino acompañándola, con lujosa comitiva, hasta Córdoba, en cuyas afueras se le incorporó un crecido cuerpo de la guerdia personal del Califa. Con esta

brillante escolta entraron los embajadores en la capital, donde fueron recibidos por los dos grandes eunucos, mayordomos mayores del palacio, que despues de saludarlos y darles la bien venida en nombre de su augusto soberano, los condujeron al palacio de Merwan, en el arrabal de Córdoba, donde quedaron hospedados é incomunicados. Pocos dias despues (el 7 de setiembre de 949,) dispuso el *Califa* recibirlos oficialmente en el alcázar de Medina Azahara, donde fueron conducidos con todo el aparato correspondiente, y recibidos con el pomposo ceremonial de la córte de los *Califas*. Pasando entre filas de soldados de la lujosa guardia del soberano, y pisando los ricos tapices que alfombraban las escalinatas y el átrio del palacio, los enviados de Constantino Porfirojineta, llegaron al salon de embajadores, donde los recibió Abderrahman III, teniendo sus hijos sentados á su derecha, á la izquierda sus mas próximos parientes y á uno y otro lado los miembros del Consejo de Estado y los altos funcionarios de la córte; al estremo del salon aparecian los hijos de los wazires y los empleados de menos jerarquía vestidos todos lujosamente. Sorprendidos se mostraron los embajadores con el brillante aparato que los rodeaba, y espresándolo así en su semblante y actitud, presentaron al *Califa* la carta del emperador griego. La carta estaba escrita en vitela con letras de oro y azul, y adjunta á esta venia otra escrita con caractéres de plata en campo azul; ámbas en griego, y la primera del puño y letra de Constantino y de su hijo Romano. El encabeza-

miento de la carta decía lo siguiente: «Constantino y Romano, adoradores del Mesías, emperadores y soberanos de Roma, al grande, al esclarecido, al nobilísimo Abderrahman, Califa reinante de los Árabes de España ¡Así Dios dilate su vida!»

Recibida y leida la carta, el *Califa* mandó tributar obsequios á los embajadores por conducto de los literatos y poetas de su córte, que en el acto recitaron composiciones en verso en loor del Islamismo, y pronunciaron elegantes discursos en honor del *Califa,* del emperador de Constantinopla y de los mismos embajadores. Terminada la ceremonia oficial, los enviados fueron conducidos con la misma pompa que acompañara su recepcion á su alojamiento, donde se les dejó en libertad de comunicarse con quien quisieran. Pasados algunos dias que emplearon en admirar las grandezas de Córdoba, presentáronse en audiencia de despedida al *Califa,* quien envió con ellos á Constantinopla al wazir Hescham ben-Hadil, encargado de cumplimentar al emperador Constantino y de ofrecerle en su nombre caballos andaluces lujosamente enjaezados, armas de Toledo y Córdoba y varios artefactos y productos peculiares de Andalucía.

Aquella grandeza y prosperidad de que ningun otro país en el mundo podia envanecerse á la sazon, se vió inopinadamente turbada por un acontecimiento que cubrió de luto al glorioso Abderrahman III, á su familia y córte: suceso que refiere Conde (c. 83) tomándolo de los historiadores arábigos Aben-Hayan y el Dhoby.

Parece, pues, que prendado Abderrahman de las relevantes dotes y gentileza de su hijo primogénito El Hakem, le hizo reconocer y jurar con las prácticas de costumbre por futuro sucesor de su trono. Era el príncipe docto, discreto, modesto y de porte distinguido y halagüeño, cualidades que le granjeaban el respeto y voluntad de los nobles y del pueblo que le amaba por su afabilidad y generoso desprendimiento. Pero tenia un hermano llamado Abdallah, no menos celebrado por su ingénio, erudicion, y por su gentileza en todas las artes de la caballería, quien desvanecido con los favores del áura popular dió oidos á los sujestiones de algunos ambiciosos, que cuidando solo de su propia exaltacion, despertaron en su corazon resentimientos contra el *Califa* por la preferencia que diera á su hermano. Muy luego hubieron de trasformarse los resentimientos en propósitos de franca rebelion contra su padre, á cuyo efecto urdióse una vasta conspiracion en el mismo palacio de Abdallah, en la que se afiliaron no solo los *hombres mas doctos*, aquellos á quienes recomendaba la fama de su *ingénio* y *erudicion* sino que tambien algunos wazires y *caudillos de la guardia* del Califa, formando entre todos una numerosa parcialidad dispuesta á secundar las ambiciosas pretensiones del mal aconsejado príncipe.

Así las cosas, uno de los conjurados hubo de revelar la trama al *Califa*, y le anunció que la sublevacion que tenia por objeto desposeerle del trono y quitar la vida á su primogéniio El-Hakem,

debia estallar el dia de la fiesta de las víctimas que estaba ya próximo.

Abderrahman, prévio acuerdo con su tio Al-Mudhaffar, envió un wazir de su guardia de caballería para que de órden suya redujese á prision á su hijo Aldallah, quien sorprendido á media noche en su palacio de Merwan en compañía de dos de sus cómplices, fué conducido con ellos preso á Medina Azahara, donde se encontraba la córte á la sazon.

El Califa comisionó á dos wazires para que interrogasen al príncipe y formásen su proceso. Parece que de las primeras diligencias resultó convicto y confeso del crímen de lesa-magestad y de conspiracion contra la tranquilidad del Estado; en cuya virtud el *Califa*, desoyendo los ruegos de su hijo El-Hakem y otros hermanos del desventurado reo, y sobreponiendo sus deberes de rey á los estremecimientos de su corazon, firmó la sentencia de muerte del príncipe Abdallah, que fué ejecutado en su propia estancia en el silencio de la noche, y enterrado al dia siguiente en el cementerio de la Ruzafa. Acompañaron sus restos mortales los príncipes sus hermanos y demás individuos de la familia real, y *toda la nobleza de Córdoba*.

Este doloroso y á la par horrible episodio, en el que un padre hace á la vez de juez y ejecutor de su justicia en la persona de su hijo, no es, históricamente considerado, tan interesante por la fiereza que le acompaña, como por el principal rasgo político que le caracteriza. En efecto; por poco que se

cotejen las reflexiones con que el autor del *Akhbar-madjmua* comenta el suceso de la desastrosa campaña del año 939, con las palabras de Aben-Hayan al referir ciertos pormenores de la conspiracion de Abdallah, advertiránse desde luego cierta semejanza, ó mas bien diremos paridad entre aquellas reflexiones y estas palabras, y por consiguiente entre los sentimientos que animaban á los dos historiadores de aquellos dos sucesos contemporáneos en cuanto existieron en la misma época, palabras y sentimientos que retratan con vivos colores las pasiones políticas que trabajaban aquella sociedad.

Estos hombres doctos; estos ingénios famosos por su erudicion; estos caudillos de la guardia que conspiran para derrocar del sólio al Califa lejítimo, y toda esa nobleza que asiste al entierro de un príncipe ajusticiado como reo convicto y confeso del crímen de alta traicion contra el soberano y el Estado ¿no son los mismos generales y wazires árabes que se convinieron en dejarse batir por los cristianos en la batalla de Simancas, irritados porque el *Califa* elejia para los altos puestos del Estado á hombres vulgares como Nadja de Hirá y otros esclavos de la misma estofa?

Y si son los mismos, dada la semejanza de sus tendencias medios y elementos de accion ¿no revelan estas dos conspiraciones tramadas con intérvalo de pocos años la una contra el prestijio y la otra contra el trono de Abderrahman III, que la lucha entablada secretamente, desde la fundacion del Ca-

lifato de Córdoba por el proscrito de Damasco, entre aquellos orgullosos musulmanes gefes de tribu cuyos abuelos á nadie obedecieron en el Desierto, y los Ommiadas que se erigieron desde luego en soberanos, habia estallado al fin ostensiblemente, en cuanto el *Califa*, vencidos todos sus enemigos interiores y esteriores, manifestara sin rebozo su pretension al poder absoluto, y su deseo de convertir en su propio particular provecho toda aquella grandeza, toda aquella cultura, toda aquella riqueza que atesoraba el suelo Andaluz; donde existia, en el siglo de Abderrahman III, una escuela científico-literaria Hispanò-arábiga heredera de las buenas tradiciones de Damasco y de Bagdad, á semejanza de la Hispano-latino-romana del siglo de Augusto, continuadora de la de Virgilio y Horacio, escuela que no debia su desarrollo y esplendor al trono de Córdoba, sino á la ciencia, al talento de aquella aristocracia andaluza que fundaba su orgullo menos en el nacimiento que en el saber?

Esta lucha, cuya primera manifestacion formal fué la guerra civil provocada por el príncipe Mohammed padre del mismo Abderraman III, contra el suyo, que fué algo mas clemente y generoso que el Califa con el sin ventura Abdallh, no mas rebelde que su abuelo, fué el cáncer que devoró aquella sociedad, precipitó la ruina del Califato de Córdoba abriendo las puertas de España á los bárbaros Almoravides y puso de manifiesto lo impotente de la constitucion política que dió Mahoma á su pueblo para que pudiese existir y prevalecer al lado ó de

consuno con toda civilizacion que no nazca del Corán.

Mas no anticipemos los sucesos, visto que ellos se acercan á pasos de gigante. El impulso está dado; la lucha se ha entablado ya francamente en Andalucía entre la aristocracia y el poder soberano, que tambien se apoyará, como entre los cristianos, en el pueblo para resistir; pero á diferencia de lo que aconteció con estos, veremos muy luego al pueblo, al trono y á la aristocracia árabe-andaluza caer juntos en el abismo que les abrió, no la ambiciosa grandeza de Almanzor, ni la espada de los Leoneses y Castellanos, ó la de los Almoravides y Almohades, que fueron simples ejecutores de los decretos de la Providencia, sino la deformidad de su constitucion político-religiosa y civil opuesta á todo progreso, y que solo pudo subsistir, en tanto que la otra constitucion *madre del progreso* no hubo salido del estado rudimentario.

Parece que el Destino quiso castigar la despiadada justicia del *Califa* arrebatándole poco despues del suplicio de su hijo Abdallah, al príncipe Al-Mudhaffar que murió llorando por Abderrahman que le amaba como á un padre.

En el año que fué testigo de estos sucesos, espiró el plazo de las tréguas asentadas entre Abderrahman III y Ramiro II; cuyo génio activo y belicoso mal avenido con el sosiego á que se veia forzado, se dió prisa á renovar las hostilidades, realizando varias correrías afortunadas por las fronteteras musulmanas, hasta que atacado de una grave

enfermedad falleció en Leon en enero de 950, segun unos autores, ó de 951 segun otros.

Los disturbios que á la muerte de aquel esforzado rey se sucedieron en Leon, Castilla y Galicia, dejaron en paz las armas musulmanas fronterizas, hasta que apaciguados aquellos, Ordoño III, hijo y sucesor de Ramiro, abrió la campaña de 954, en la que los cristianos en Lusitania y los musulmanes en Castilla verificaron atrevidas correrias; venturosas para los primeros, segun sus crónicas, ó para los segundos, como afirman las suyas. «Que así se oscurece y confunde la verdad histórica por el empeño de interpretar cada historiador los sucesos de una misma campaña en favor de las armas de su nacion.»

Muerto Ordoño en 955, sucedióle en el trono de Leon su hermano Sancho I, el *Gordo*, llamado asi por su escesiva obesidad. Al año siguiente fué desposeido de la corona, á resultas de una rebelion acaudillada por el conde Fernan Gonzalez, quien la puso en las sienes de un hijo de Alfonso IV (*el ciego*, ó el monge de Sahagun) llamado Ordoño, que mereció de los cronistas de aquellos tiempos, el sobrenombre de *Malo* y de *Intruso*. Huyó Sancho I de Leon, y se refugió en Navarra, cuyo rey, Garcia, su tio segundo, le aconsejó que pasara á Córdoba á ponerse en manos de los célebres facultativos de esta ciudad. Hízolo asi el destronado rey, que fué noblemente recibido por el Califa, y espléndidamente hospedado en su alcázar, donde le asistian los propios médicos de Abderrahman.

Déjase comprender desde luego, que estos sucesos motivaron una prolongada suspension de hostilidades entre cristianos y musulmanes fronterizos del Duero; trégua ó armisticio que fué aprovechada por los Andaluces para continuar sus guerras y conquistas en África.

Encontrábase dueño el Califa de Córdoba de una gran parte del Magreb, si bien guerreando sin trégua sus soldados contra algunas indómitas tribus Bereberes, todavia judías, idólatras ó schiitas, soliviantadas por los Fatimitas; cuando de improviso, allá por los años de 959, apareció por las Sierras de Gomera un nuevo profeta llamado Hamin, que se decia, como Mahoma, enviado de Dios. Auxiliado por los Fatimitas, este impostor hubo de reunir bajo su bandera un enjambre de Bereberes que llegaron á inquietar sériamente los estados del Magreb, dependientes del Califato de Occidente. Los generales Andaluces que mandaban en aquel país, recibieron órdenes apremiantes de Córdoba para sofocar aquella sublevacion, y las ejecutaron con tanta fortuna, que al poco tiempo derrotaron y prendieron al profeta Hamin, y le dieron muerte en el suplicio de la cruz, enviando su cabeza á Córdoba.

Los repetidos triunfos y el prestigio que con ellos alcanzaban las armas andaluzas en África, llegaron á inspirar sérios cuidados al Califa Fatimita de aquella region, y á despertar en él el deseo de encontrar un pretesto para hacer la guerra á su temible y poderoso rival de Córdoba. Un suceso inesperado vino á proporcionarle la ocasion que

anhelaba. Cuentan las crónicas árabes (Conde c. 85) que el capitan de un buque de grandes dimensiones, construido en Sevilla para trasportar mercancías de España á los puertos de Egipto y Siria, navegando en la aguas de Sicilia, combatió y apresó un bajel africano que conducía á un enviado del Califa Moez Ledin Alá con pliegos para el walí de aquella isla. Gozoso de su presa continuó su rumbo hácia Alejandría, en cuyo puerto vendió su cargamento, tomó otro, entre cuyas *mercancías* figuraba una gran remesa de jóvenes esclavas Griegas y asiáticas, é hizo rumbo para España. No bien tuvo noticia el Califa Fatimita del insulto hecho á su pabellon, dispuso se hiciesen á la mar cuantas naves se encontrasen disponibles en los puertos de sus dominios de África y Sicilia para perseguir y apresar los buques mercantes españoles que cruzaban las aguas del Mediterráneo. Hízose á la mar la escuadra africana mandada por Hasam-ben-Alí, y á los pocos dias de su crucero avistó sobre las costas de España la nave sevillana causante de aquel conflicto. Acto contínuo mandó hacer fuerza de remo y le dió caza hasta Almería, donde la apresó, así como á otros buques surtos en aquel puerto. El Califa de Córdoba que miraba con recelo el acrecentamiento de la marina africana, celebró un suceso que le daba pretexto para combatirla. Asi que mandó inmediatamente equipar una fuerte escuadra, y embarcar en ella un numeroso cuerpo de ejército, cuyo mando dió á su Hadjib Amed-ben-Said, con encargo de obtener cumplida satisfaccion ó ven-

ganza del atentado cometido por el walí de Sicilia en un puerto español. Amed, desembarcó en la costa de Orán, reunió á su ejército las tropas andaluzas que operaban en el Magreb, y al frente de unos veinticinco mil caballos entró por las provincias enemigas. Saliόle al encuentro un numeroso ejército Fatimita, que fué completamente derrotado por los Andaluces. Estos, despues de la victoria, marcharon sobre Tunez, ciudad á la sazon muy afamada por su riqueza, producto del gran comercio que hacian sus moradores, principalmente los judios, por el Occidente. Los andaluces, con la esperanza del saqueo, sitiaron tan estrechamente la plaza, que tuvo que rendirse á discrecion. Entráronla á saco los vencedores cual si la hubieran tomado por asalto, y fué tanta la presa que obtuvieron, que no bastando los buques de su escuadra que habian ayudado al bloqueo de Tunez, para trasportar las riquezas que agolparon, las cargaron en las naves que encontraron en el puerto, y dieron la vela para España, entrando en el de Sevilla con doble número de bajeles de los que salieron para la espedicion. Fué tan cuantiosa la presa, que despues de haberse separado de ella el quinto que correspondía al *Califa*, la parte que correspondió á los generales, soldados, capitanes y tripulaciones de los buques ascendió á tan crecida suma, que de la suya el Hadjid Amed, caudillo de la espedicion, separó, segun refiere el cronista arábigo Ibn-Khallekan, el siguiente regalo: 400 libras de oro puro del Thiber; valor de 420,000 zequies en

barras de plata; 400 libras de madera de aloe; 500 onzas de ámbar gris; 30 ropajes de seda blanca bordados en oro; 120 vestas guarnecidas de pieles de marta fina del Khorazan; 48 jaeces bordados en oro y seda para engalanar los caballos; 40 quintales de seda en madeja; 30 tapices de Pérsia de veinte codos de largo; 400 tapices para la plegaria; 1000 adargas y 100,000 flechas; 15 caballos árabes castizos para uso del *Califa*; 80 enjaezados y amaestrados en la guerra para los oficiales de la comitiva del príncipe; 20 mulas ensilladas; 40 esclavos y veinte esclavas jóvenes notables por su belleza y el lujo de su atavío.

Suponiendo que se haya exagerado la opulencia de este regalo, que á ser tal cual lo describen los cronistas arábigos indicaría que se encerraba en Tunez una riqueza que la imaginacion no acierta á calcular, resultarían, sin embargo, dos cosas importantes; y son, que en aquella campaña marítima, la primera que registra la historia de Andalucía en la Edad media, emprendida por defender intereses puramente comerciales, el comercio fué la verdadera víctima, como siempre acontece cuando dos potencias le toman por pretexto para realizar sus miras políticas; y que durante los siglos octavo, noveno y décimo la raza musulmana así en Ásia, en África como en Andalucía, tenian el monopolio de la ciencia, de las armas y de la riqueza del mundo entonces conocido.

En tanto que las armas andaluzas recorrian victoriosas la antigua Mauritania Tinjitana, la Ce-

sarina y la Numidia, tenia lugar en España un suceso verdaderamente estraordinario, y que justifica lo que hemos dicho en otra ocasion; esto es; que la guerra que se hicieron los cristianos del Norte del Duero y los musulmanes andaluces, fué la mas noble y leal, siendo á la vez, entre todas cuantas sostuvieron los Árabes en la Península, la mas porfiada y sangrienta. Y no podia ser de otra manera: eran las dos razas mas cultas y civilizadas de la Península: heredera la una de la civilizacion romano-hispano-goda, y la otra de la de Damasco y de Bagdad. Llamábase la una á la otra, la mas valiente entre todos los cristianos; la mas valerosa entre todos los musulmanes. Reconocianse la una á la otra como la mas ortodoxa en su respectiva fé; y se respetaban, si bien combatiéndose sin trégua, cual si leyeran en el libro de la vida, los Árabes que los Cristianos de Castilla y Leon los habian de vengar cumplidamente de los Almoravides; los Castellanos y Leoneses que habian de adelantar su cultura moral y material con las reliquias que de la civilizacion árabe arrancaron de manos de los Bárbaros procedentes del África.

Hé aquí el importante y significativo suceso á que nos referimos. Sancho I, el *Gordo*, refugiado en Córdoba á resultas de la deslealtad que le lanzó del trono de Leon en 956, habia recobrado la salud y la agilidad á beneficio de los inteligentes y asíduos cuidados de los médicos de Abderraman. Mas habia alcanzado otra cosa no menos importante; y fué, un tratado de alianza con el poderoso *Califa*, en vir-

tud del cual éste se comprometió á intervenir con las armas en favor del monarca destronado; sin mas condiciones, segun lo acreditan los sucesos posteriores, que satisfacer á la obligacion que como rey tenia de amparar los derechos de sus iguales y salvar los fueros de la dignidad real. Y aun llevó mas allá su generoso proceder, pues confió á Sancho el mando del ejército y la direccion de la guerra. Salió Sancho de Córdoba *cum innumerabili exercitu* dice Sampiro (chr. n. 66), y marchó sobre Leon (959). Los musulmanes tomaron á viva fuerza los pueblos que se les resistieron, y trataron como amigos aquellos que franqueáron sus puertas al rey. Ni un desman, ni una tropelia se cometió en aquella campaña, y Sancho I entró triunfante en su capital victoreado por sus numerosos parciales. El usurpador Ordoño IV no esperó su llegada y huyó cobardemente á Astúrias, luego á Navarra, y por último, buscó un refugio en territorio musulman donde murió oscuro y olvidado.

Cumplida su mision el ejército musulman regresó á Andalucía, atravesando como amigo y aliado, acaso las mismas comarcas que veinte años antes recorriera como enemigo irreconciliable dejando en pos de si lagos de sangre y montones de ruinas; y que desanduviera pocos meses despues fugitivo, acosado y diezmado sin trégua ni descanso por la espada de los soldados del padre del rey que acababa de sentar en el trono. La simple enunciacion de estos hechos escusa todo comentario; ellos solos describen cumplidamente el carácter de una

época, y el de dos pueblos; tan mal estudiada, todavía, aquella, tan mal comprendidos todavía estos. Verdad es, que la mayor parte de nuestras crónicas latinas se escribieron no en tiempo de los *Árabes-andaluces*, sino en tiempo de los *Moros*.

La restauracion de Sancho I en su trono, inauguró un largo período de paz y amistad entre cristianos y musulmanes; paz que se hizo estensiva á toda la Península donde durante mucho tiempo no volvieron á sentirse los estragos de la guerra. Desgraciadamente no se dieron tan bien las cosas en África para los Andaluces. Irritado el Califa Fatimita con la toma y saqueo de Tunez por las tropas del Iman de Córdoba, decretó hacerle la guerra hasta lanzarlo de los estados del Magreb. En su virtud, un ejército fuerte de veinte mil caballos penetró en aquella region, donde en la primera batalla derrotó el que acaudillaba el wali de Abderrahman. A esta victoria siguiéronse otras tan afortunadas, que en los principios del año 960, el general Fatimita sitió, tomó y saqueó á Fez, cuya guarnicion, compuesta de Andaluces y Zenetas, se defendió hasta morir. En pocos meses todas las ciudades del Magreb, á escepcion de Tánger, Céuta y Tlemcen quedaron en poder del vencedor; mas fué por poco tiempo. El *Califa* de Córdoba envió crecidos refuerzos al África, que unidos á las guarniciones de aquellas tres plazas, recobraron en esta segunda campaña todas las fortalezas y ciudades perdidas, incluso á Fez, en la primera; y derrotaron en todos los encuentros á los Fatimitas que hubieron, al fin,

de abandonar el país. La fortuna de las armas andaluzas fué tan rápida y completa, que al poco tiempo de empezada esta segunda campaña, el nombre del poderoso *Califa* de Córdoba era aclamado en todos las púlpitos de las mezquitas del Magreb, y en todas las tribus desde Fez hasta el Occéano.

Estaba decretado que todos los sucesos que acontecieran durante el largo y glorioso reinado de Abderrahman III, tuvieran un carácter de grandeza, ó un sello de originalidad que los hiciera memorables en los anales de aquel siglo. En prueba de la exactitud de esta observacion, vamos á narrar un acontecimiento curiosísimo, que tuvo lugar durante los últimos años de la vida de aquel hombre estraordinario, y de la verdad del cual no es posible dudar, toda vez que sus pormenores están consignados en las actas de los Santos de los monges Benedictinos de Mabillon, y en la *Vida de San Juan de Gorza*, héroe y protagonista de este suceso, que se cuenta en el catálogo de los Santos.

El *Califa* de Córdoba habia enviado, (la historia no fija el año ni dice el motivo) una carta al rey de Germania, mas tarde emperador de Alemania, Oton I, en la cual á vueltas del asunto que la motivaba, se contenian las fórmulas consagradas y usuales del Islamismo, es decir, grandes alabanza á Dios y á *su profeta* Mahoma y no pocas frases ofensivas á la religion del Crucificado. Indignado Oton por tamaño desacato, retuvo tres años en su corte á los enviados musulmanes sin darles audiencia ni contestacion á su embajada. Mas co-

mo no fuera posible demorar por mas tiempo la solucion de aquel asunto, el rey germano se avino á contestar la carta del *Califa* con otra cuya redaccion encomendó al sábio Bruno, arzobispo de Colonia y hermano de Oton. El celoso prelado lo hizo, pero en términos que dejaban suficientemente vengados los denuestos vertidos por el mahometano contra Jesucristo. No era esta, ciertamente, la parte mas difícil y espinosa del asunto, sino encontrar un hombre bastante valeroso para esponerse á las contingencias de tan largo viaje y á las violencias á que pudiera entregarse el fanatismo musulman, con el encargado de ponerla en manos de Abderrahman III. Ofrecióse á ello un monje de la abadía de Gorza, llamado Juan, quien fortalecido por la fé y alentado con la esperanza del martirio, partió para España llevando por adjunto á otro religioso de su monasterio llamado Garamano. Los monjes embajadores, provistos de cuantiosos regalos para el *Califa* de Córdoba, llegaron por mar á Barcelona de donde se trasladaron á Tortosa, pueblo musulman fronterizo, cuyo gobernador enterado del objeto de su viaje, los agasajó y dió escolta hasta la Capital del Califato, donde fueron espléndidamente recibidos y mandados alojar por órden del soberano en un alcázar situado á dos millas de su palacio. No obstante del brillante recibimiento y de las delicadas atenciones de que fueron objeto, los monjes embajadores fueron mantenidos largo tiempo en dorada cautividad, á pretesto de que habiendo Oton retenido tres

años en su corte á los enviados de Abderrahman, este en justo desagravio habia dispuesto que permanecieran en la suya los del rey germano tres tantos mas, es decir, nueve. Esta era la razon aparente; pero la verdadera fué, que noticioso el *Califa*, del contenido de la carta de que era portador *Juan*, queria salvar al heróico monje de la pena de muerte fulminada por la ley musulmana contra todos los que blasfeman de Dios, del Libro ó del Profeta, ley de la cual no le eximia su carácter de embajador, toda vez que el mismo Califa ni como soberano, ni como Iman estaba esceptuado de ella. Una asonada que se movió en Córdoba, cuyos habitantes excitados por el fanatismo religioso, dirigieron tumultuariamente al *Califa*, una peticion firmada por los principales jeques y doctores de la ley, exijiendo en ella el cumplimiento de las prescripciones del Corán contra el embajador cuya mision era ya conocida de todos, puso en grave aprieto al soberano, que pensó salir del conflicto, enviando á decir al monje que le recibiría con la condicion de que se abstuviese de presentar la carta de que era portador. Pero Juan rechazó indignado las amonestaciones del judío Hasden, comisionado para convencerle. Pasados algunos meses fué á visitar á Juan en su dorada cárcel, por órden de Abderrahman, el obispo mozárabe de Córdoba, quien intentó reducirle á la obediencia con la fuerza de su autoridad, y poniéndole ante los ojos el grave peligro en que dejaba á los cristianos de Andalucía con su temera-

ria obstinacion: mas el austero monje permaneció inflexible, y no solo rechazó los argumentos del prelado, sinó que tambien le apostrofó enérgicamente sobre ciertas prácticas de su Iglesia, cuyos fieles se *abstenian de comer los manjares vedados por los doctores musulmanes*, y además se *circuncidaban* contraviniendo con esta costumbre el expreso mandato del Apóstol, que habia dicho: *Si os circuncidais no acudirá Cristo á vosotros*. Disculpóse el obispo con la dura ley de la necesidad que les obligaba á someterse á la del mas fuerte, y se despidió de Juan, sin haber obtenido ningun fruto de sus amonestaciones. Pasáronse todavia muchos meses en negociaciones infructuosas, ó mejor diremos de lucha entre la longanimidad del poderoso Califa de Occidente y la inquebrantable constancia del humilde monje embajador. Por último, Abderrahman recurrió á la siguiente estratajema para ver de reducir al animoso Juan. La tolerancia de los musulmanes andaluces autorizaba á los cristianos para que en las principales fiestas del año fuesen procesionalmente á la Iglesia de San Martin, situada extramuros de Córdoba, donde celebraban con ostentacion las augustas ceremonias de su culto; habian concedido permiso á Juan para asistir á estas procesiones y á los divinos oficios. Yendo, pues, un domingo en la comitiva, llegóse á él misteriosa y apresuradamente un mensajero, y le entregó un pliego en el que se le anunciaba con toda reserva que el *Califa* acababa de decretar una sangrienta persecucion contra los cristianos de

Córdoba, la cual deberia comenzar en aquel mismo dia aprovechando la ocasion de hallarse todos reunidos, si persistía en su tenaz resistencia. El inflexible monje despreció el aviso respondiendo con entereza, que estaba dispuesto á sufrir el martirio con todos sus hermanos, antes que faltar á la mision que le habia sido confiada. Tan obstinada y á la par heróica resistencia, llenó de sérias inquietudes el corazon de los cristianos, pues les exponía á ser víctimas de un momento de arrebato de la plebe musulmana cuya paciencia parecía ya estar á cabo. En tal virtud, pidieron y obtuvieron del Califa, que una comision nombrada por la comunidad, celebráse una conferencia con el monje embajador. Verificóse esta, y solo y á duras penas la comision pudo obtener de Juan que se aviniése á escribir á su Soberano, dándole cuenta circunstanciada de todo lo acaecido y pidiéndole nuevas instrucciones. Aprobó Abderrahman el acuerdo é hizo publicar un edicto ofreciendo honores y mercedes á quien se prestase á pasar Alemania con una mision de la corte de Córdoba. El temor de las represalias acobardó á los mas animosos; y ya el asunto estaba próximo á tener un tremendo desenlace, cuando *un lego* llamado Rosemundo que *estaba empleado en la secretaría del Califa*, y era sujeto muy apreciado *por su piedad cristiana*, su vasta instruccion y su conocimiento en las lenguas latinas y arábigas, se ofreció á desempeñar tan arriesgada mision. Mas pidió por recompensa el *Obispado de Iliberis*, vacante á la sazon. *Concedióselo Abderrah-*

man III, y el lego Rosemundo se vió encumbrado, sin pasar por las órdenes intermedias, á la silla de una de las iglesias mas importantes de Andalucía, por *voluntad de un Iman, de un pontífice de la religion musulmana, constituido en patrono de los obispados andaluces.*—Este suceso, acaso único y sin ejemplo en los anales de la historia del Cristianismo, está plenamente comprobado por testimonio de la vida de San Juan de Gorza, y por el historiador latino-italiano, Luitprando, obispo de Cremona en el siglo x; que escribió en Francfort en el año 959, la historia de los emperadores y reyes de su tiempo, á solicitud de *Recemundo obispo de Elvira, y embajador de Abderrahman III en la corte de Oton I.*—Una vez consagrado obispo y provisto de las credenciales y cartas que le dió Juan para el Abad de su monasterio, Recemundo se puso en camino y llegó en 10 de marzo de 958, á la abadia de Gorza, donde fué muy bien hospedado y donde permaneció hasta la primavera del año siguiente, en que marchó á Francfort donde residia la corte de Oton I. Recibióle este rey con distincion y agasajo, y no solo suscribió gustoso á cuanto le fué pedido por el improvisado Obispo embajador, relativo á autorizar por escrito á Juan para que no presentase la carta orígen del gran conflicto, sinó que le hizo acompañar en su viaje de regreso á España, por un nuevo embajador aleman, llamado Dudon, quien llevaba plenos poderes para negociar un tratado de paz y alianza con el Califa de Occidente.

De regreso en Córdoba, Recemundo pasó inmediatamente á conferenciar con Juan, quién prometió obrar con arreglo á las nuevas instrucciones de su soberano. El nuevo embajador Dudon, pidió ser introducido á la presencia del *Califa*, que se negó á recibirle hasta tanto que no hubiese tenido una entrevista con el primer enviado. Por órden de Abderrahman pasaron los wazires de su Consejo á buscar al monje; mas lo hallaron tan andrajoso, sucio y desaliñado el cabello y barba, que no se atrevieron á conducirle en semejante estado á la presencia del soberano. Este mandó se le diera una suma de diez libras de plata para que se comprase un traje decoroso; Juan lo repartió entre los pobres, y contestó á los wazires que agradecia el obsequio; pero que no le era permitido presentarse de otra manera que con el hábito de su órden. Al tener noticia de esta última contrariedad, Abderrahman esclamó: *Que venga, pues, como quiera y aun que sea metido en un saco, que no por eso dejaré de recibirle bien.*

Lució, por fin, el dia tan anhelado por todos de la recepcion del monje embajador, cuya entereza era motivo de respeto y admiracion para la córte y el pueblo de Córdoba. Juan y su adjunto Garamano salieron de la dorada prision en que hasta aquel dia estuvieran encerrados, y se dirigieron, seguidos de una brillante comitiva hácia el alcázar del Califa, pasando por entre una doble hilera de soldados, que los unos blandian sus espadas y venablos haciendo un simulacro de combate, y los otros

sirviéndose de sus largas picas contenian á duras penas la muchedumbre que se agolpaba ansiosa de ver de cerca al intrépido y humilde varon, que durante tres años habia desafiado con riesgo incesante de su vida, la inexorable ley del Corán y el absoluto poder del Califa de Occidente. Al lado de la régia comitiva, entre cuyos altos personajes los mas admirables y eminentes eran aquellos dos humildes monjes cristianos, marchaban gallardos ginetes muslimes montados en sendos caballos de batalla y en arrogantes mulas. Delante de Juan y de Garamano que caminaban al frente del acompañamiento, iba una cuadrilla de *derviches* (frailes musulmanes) andando á saltos, haciendo estrambóticas contorsiones é invocando á gritos el nombre de *Allah*. En esta forma llegó el monje-embajador hasta el átrio del palacio, donde le esperaba una comision compuesta de wazires y de altos personajes de la corte, que le introdujeron ceremoniosamente á la presencia del glorioso Califa. Encontrábase Abderrahman I, en el suntuoso salon de embajadores de su alcázar, sentado con las piernas cruzadas á la manera oriental sobre mullidos cojines recamados de oro. Acercósele Juan, deslumbrado con tanta magnificencia; dióle el *Califa* á besar su mano por la palma, segun las reglas de la etiqueta de aquella fastuosa corte, y le indicó que ocupara un asiento que estaba dispuesto para él. Despues de una larga y familiar conferencia, á una señal del *Califa* se retiró Juan, altamente prendado de la afabilidad del magnífico soberano

de Córdoba. Acto contínuo fué introducida la segunda embajada del rey de Germania. Dudon ofreció á los piés del *Califa* los ricos presentes de que era portador, despues de lo cual espuso el objeto de su mision diplomática.

Pasados algunos dias, Abderrahman hizo llamar de nuevo á Juan, con quien se entretuvo largas horas sobre asuntos de política y estadística, manifestando grande empeño por informarse del gobierno, fuerzas militares y recursos económicos del rey Oton I. No mucho tiempo despues, Juan dió por terminada su embajada, y se puso en camino, con su adjunto Garamano hácia Alemania, admirado de cuanto habia visto, y muy desengañado respecto al juicio que en su país se tenia formado de los musulmanes andaluces.

Tales son los pormenores de la célebre embajada del monje Juan de Gorza, estractados, repetimos, de libros cuya autoridad no puede recusarse; pormenores que necesitan la justificacion de testigos tan abonados para que se les dé entero crédito. En efecto, aquella Iglesia Mozárabe reconocidamente ortodoxa, que practica la circuncision y prohibe el uso de las carnes vedadas por la ley mosáica y la musulmana; aquellos mahometanos que en el siglo x permiten que las procesiones católicas hagan estacion en las calles de la capital de su imperio; aquellos Califas, ó *Vicarios del profeta* Mahoma, que hacen de un lego un obispo, que llega á gobernar una de las diócesis mas importantes de Andalucía, y á quien dirije las siguientes

palabras un célebre historiador, mas tarde obispo de Cremona, en la dedicatoria que le hace de su obra:—«Al Reverendo Señor Recemundo, Obispo de la Iglesia de Iliberis, lleno todo de santidad, Luitprando, diácono de la iglesia de Pavia, en extremo inferior á su mérito, salud.»—En fin, aquella heróica longanimidad de un déspota musulman con un pobre monje que busca el martirio y lo provoca con exajerado celo, son hechos mas dignos de estudio para el crítico imparcial, que las relaciones de combates, saqueos y batallas que solo dan la medida de la barbárie de una época; en tanto que estos hechos suministran un conocimiento mas exacto, que lo que la pasion política y religiosa permitió en los siglos medios, de las costumbres, de las creencias, de la tolerancia y de la cultura de la sociedad que vivió en ella.

Hemos llegado al término de la brillante carrera de aquel grande hombre con quien la Historia no ha sido justa en el hecho de no haber dado su nombre al siglo en que vivió, como se lo ha dado al de Augusto y al de Luis XIV. El año 961, Abderrahman III, el pacificador de la España musulmana; aliado del rey de Leon que le debia el trono; amigo del de Navarra y del Conde de Barcelona; el príncipe cuya alianza solicitaban los soberanos de Francia, Italia, Alemania y Grecia; el *Califa* cuyo nombre sonaba en todas las mezquitas de España y del Magreb, falleció en su mirífico alcázar de Medina Azahara, el dia 15 de octubre, á á la edad de setenta y dos años, habiendo reinado

cincuenta años, seis meses y tres dias (Al-Makkary).

Cuentan que despues de su muerte, se halló entre sus papeles un escrito de su puño y letra, que decia así: «He reinado 50 años y mi reino ha sido siempre pacífico ó victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y de los príncipes mas poderosos de la tierra, he tenido cuanto puede ambicionar un hombre, poder, riquezas, honores y deleites. Pero he contado escrupulosamente los dias que he gustado de una felicidad sin amargura y solo he hallado catorce en mi larga vida.» (Al-Makkary).

Esta suscinta biografia, ó especie de memoria de ultra-tumba del grande Abderrahman III, haya sido escrita por él ó por alguno de sus apasionados historiadores, no puede ser aceptada al pié de la letra. En efecto, contra lo de siempre victorioso protestan las batallas de Simancas y Alhandega donde fué completamente derrotado, siendo las primeras y las únicas en que mandó personalmente su ejército. Del amor de sus súbditos, responden las rebeliones y traiciones de los walies de Zaragoza y Santarem en 934 y 39; el suplicio de su hijo Abdallah y la conjuracion que lo motivó, cuyo trájico suceso refiere el Dhoby en los siguientes breves y significativos conceptos: «Feneció á manos de su padre, por el sumo aprecio que merecía á todos con sus relevantes prendas, como si debiese desagradar á los reyes, el ver á sus hijos muy bondadosos y bien educados;» y responden con no ménos elocuencia, las acerbas pala-

bras con que el autor de *Akhbar-madjmua*, dá cuentra del desastre de la campaña de 939, cuya responsabilidad hace recaer toda entera, sobre la desacertada política de Abderrahman III, que sacrificaba los hombres de mérito á los aduladores y á los esclavos; (veáse la página 42.) palabras que solo pudieron salir de los lábios de un contemporáneo, que participaba de las pasiones de la época. Un escritor posterior no se hubiera dejado influir hasta ese punto por las preocupaciones de la nobleza musulmano-andaluza del siglo x.

En cuanto á lo demás, no es posible negarle la exactitud. El siglo x, cuya mitad y algo más llenó el reinado de Abderrahman III, fué el siglo de Oro de la dominacion musulmana en España; el gran siglo de la Edad Media de Andalucia, cuyo poder, cultura y riqueza rayaron á una altura que la pluma no acierta á describir. El saber del mundo, entónces conocido, se albergaba en su seno; las armas andaluzas recorrieron victoriosas el África y la Peninsula Ibérica toda; sus escuadras dominaron el Mediterráneo; las riquezas del comercio afluyeron en su suelo, y los productos de su agricultura é industria eran moneda corriente en todos los mercados de Europa, de Egipto y de la Siria.

¡Gran siglo fué el 4.° de la Hegira, que podemos llamar el de *las letras* y *las Armas* hispano-musulmanes. Mas grande aun para Andalucia que el de Augusto; puesto que si en los tiempos del pacificador del mundo solo fué una *provincia muy favorecida*, que participó de la grandeza de Roma á que tan-

to contribuyó con sus sábios, sus filósofos, sus literatos y sus soldados, y con la inagotable riqueza de su suelo, en los del glorioso Abderrahman III, no fué provincia sino *cabeza de un imperio;* del imperio musulman de Occidente, rival cuando no superior al de Oriente, cuya ilustracion y conquistas emuló en el siglo x, y por cuya amistad y alianza se desalaron reyes cristianos, emperadores griegos y un emperador de Alemania.

Y cuenta que no solo por la victoria que acompañó sus armas en todas partes, por la pompa y el lujo oriental de su córte y por las maravillas de Medina Azahara alcanzó Andalucía su grandeza y el renombre y la fama de que gozaba en Europa, Asia y África, sino que mas principalmente debió una cosa y otra á su cultura intelectual y material; á sus escuelas, academias y tertulias literarias que hacian de cada una de sus ciudades importantes un centro del saber donde se reunian los sábios, filósofos y poetas más afamados; y de Córdoba, que tan alto concepto gozaba en Europa, el alcázar de la religion musulmana, la madre de los sábios y la *lumbrera de Andalucía.* Así que, acudian de todas partes á ilustrarla ó á ilustrarse en ellas los sábios, los literatos, los doctos mas esclarecidos de la raza musulmana, seguros de encontrar un generoso protector en Abderrahman III, y un pueblo en Andalucía que profesaba apasionado culto á las letras y á las ciencias.

En este siglo, pues, remontó su vuelo la poesía que cultivaban con entusiasmo el pueblo, los gran-

des y hasta el mismo Abderrahman y sus hijos; y llegó á tal punto la fama que alcanzaron los poetas andaluces, que en Oriente los igualaban si no los preferian á los mas renombrados en la literatura Oriental. Verdad es, que á la riqueza de su imaginacion, á su númen poético, unian un lenguaje castizo y elegante cuyos jiros competian con los del Corán, merced al profundo estudio que la escuela musulmano-andaluza hacía de la grámatica y del idioma arábigo. A compas de la poesía cultivábanse con anheloso afan todos los demás ramos del saber humano; las ciencias naturales, las matemáticas, la geografía, la historia, la astronomía, la medicina, la botánica, la arquitectura, la música, en fin, todos los conocimientos científicos, literarios y artísticos que constituyen aquel grado de cultura que necesita un pueblo para merecer el concepto de civilizado en la verdadera acepcion de la palabra. Seria ocioso aquí, por tener un puesto en otro lugar de nuestra historia, presentar á nuestros lectores el largo catálogo de los hombres eminentes é inspiradas poetisas, que florecieron en Andalucía durante el reinado de Abderrahman III, así como enumerar los edificios y obras públicas que mandó fundar ó construir.

A pesar de tanta grandeza, no es posible pasar en silencio sin faltar á los fueros de la verdad histórica, los borrones que afearon los últimos años de su reinado. El martirio del jóven Pelayo, sobrino del obispo Hermogio, que su tio, prisionero en la batalla de Valdejunquera, dejara en Córdoba en

rehenes para rescatar su libertad; la muerte del wazir Amed ben-Ishac, por sus opiniones Schiitas, y que pagó con el desastre de Simancas: la crucifixion del profetá de las Sierras de Gomera, Hammin, decretada por Abderrahman, y por último, el suplicio de su propio hijo Abdallah, sin recordar que á él le llamaron el hijo del *Macdul*, en memoria del castigo que se suponía sufriera su padre, Mohammed, por rebelde cogido con las armas en la mano, son manchas sangrientas que empañan el brillo de su glorioso reinado, y que están en contradiccion con los elogios que muchos historiadores hacen de su carácter magnánimo, generoso y á las veces llano, como lo acreditó en el célebre episodio de la embajada de Juan de Gorza.

No pudiendo fundar la causa de aquellos arrebatos de crueldad en sus inclinaciones naturales, ni llamarlos *obra de su siglo*, demasiado culto para ser feroz, necesario nòs es buscar en otra parte su orígen; y creemos encontrarlo en el ejercício del poder absoluto bajo la forma mas brutal, que consagra el libro de Mahoma. A estas manchas que empañaron los últimos años de su reinado, hay que agregar un error político de inmensa trascendencia que cometió Abderrahman III; y fué la preferencia que otorgó á los eunucos y eslavos sobre la aristocracia andaluza, dejando formados, á su muerte, dos partidos poderosos que se odiaban, y cuyas luchas causaron la disolucion del califato de Córdoba y precipitaron la ruina del imperio Árabe andaluz.

IV.

Al-Hakem II.

961 á 976.

El dia siguiente al de la muerte de *El Nasir Ledin Alá Abd-el-Rahman* III, fué solemnemente aclamado su hijo El Hakem, *Emir el-Mumenin*. Contaba el nuevo *Califa* cuarenta y siete años cumplidos; era de corta estatura, pero de agraciado aspecto, elegantes y finos modales. El acto de su proclamacion, se verificó en el palacio de Medina Azahara, con la pompa que prescribia el ceremonial de la espléndida córte de Córdoba. Los príncipes de la sangre, grandes dignatarios de palacio, generales, wazires, cadies, khatibes, guardia andaluza, esclavona y africana, todos los funcionarios, en fin, de la córte asistieron al acto vestidos de duelo, por la muerte de El Nasir, cubiertos con ropajes blancos, que tal era el color del luto entre los Ommiadas de Andalucía, (costumbre que acaso tomarian de los cris-

tianos, cuyas familias reales la observaron durante la Edad Media, la de España hasta la muerte del principe D. Juan (1498) y la de Francia hasta la del rey Cárlos V (1380).

Fué Al-Hakem II, príncipe doctísimo y apasionado por las ciencias, las letras y las artes, cuyos libros mas preciosos coleccionaba con afan, haciéndolos traer á toda costa de la Persia, Siria, Arabia, Egipto y Africa. Así llegó á formar en su palacio Merwan una biblioteca compuesta de unos CUATROCIENTOS MIL VOLÚMENES, distribuidos en primorosos estantes por órden de materias. El catálogo de estos libros se componia, segun Ibn-Haiyan, de cuarenta tomos, en cuyas fojas solo se contenia el encabezamiento de cada obra. Era pues, Al-Hakem, por sus especiales conocimientos en todos los ramos del saber humano, uno de los hombres mas doctos é instruidos de su tiempo, como biógrafo, historiador y genealojista; y llevaba á tal estremo su amor á los libros que mantenia hospedados en su palacio los mejores pendolistas, miniaturistas y encuadernadores, llegando á formar por estos medios la mas numerosa, rica y preciosa coleccion de manuscrito que hubiese habido jamás en los dominios musulmanes, incluso Bagdad, donde Harun-el-Raschid y sus descendientes habian reunido grandes tesoros de cultura intelectual.

Dicho se está con esto, el nuevo impulso que las ciencias y las letras recibirian de un príncipe tan ilustrado, que así vinculaba todos sus afanes en reunir en su corte los hombres mas doctos de su

siglo, y en su colosal biblioteca las obras mas selectas del saber humano, por alguna de las cuales, como por el *Kitab-el-Aghany*, el mas afamado de los libros del sábio Abu-l-Faraje, dió á su autor mil piezas de oro del valor mas subido, equivalentes á unas mil onzas de la moneda corriente en España (Al-Makkari.)

Así pasó Al-Hakem los dos primeros años de su reinado repartiendo su tiempo entre los libros de la Biblioteca Merwana, las delicias del Alcázar de Medina Azahara y la conversacion con los sábios sin descuidar por eso los negocios graves del Estado, que comenzaron á complicarse cuando menos se esperaba dada la paz general que se disfrutaba en España.

«Uno de los primeros actos del nuevo *califa* segun refiere Al-Makkari, fué nombrar *hajib*, ó primer ministro á Djafar, hombre poderoso y guerrero acreditado; quien agradecido á tan señalada distincion, le presentó un regalo en esta forma: 100 mamelucos europeos, montados y armados de espada, venablo y escudo; 320 cotas de malla; 500 almetes; 300 lanzas arrojadizas; 10 cotas de malla de plata sobredorada; 100 cuernos de búfalo que servian de trompeta, y otros objetos raros y preciosos.»

Mas este primer acto de Al-Hakem, fué tambien su primer error político puesto que añadió nuevo combustible á la hoguera que desde muy antiguo venia ardiendo, y en la que debia morir abrasado su hijo y sucesor Hixem. En efecto; Djafar era *eslavo*, y en tal virtud su encumbramiento al mas

alto puesto del gobierno del país, debia necesariamente producir entre los generales y wasires Árabes, es decir, entre la aristocracia musulmana, la misma irritacion que la confianza puesta por Abderrahman III en Nadjda de Hira y otros esclavos de la misma especie. Esto indicaba que el hijo se proponia seguir la misma política que su padre en cuanto á sobreponer á la rancia nobleza andaluza los eunucos y eslavos de palacio, estrangeros todos de origen no ya humilde sino miserable, por lo cual aviváronse los resentimientos de las familias mas ilustres, convencidas de que el ascendiente que los Ommiadas dejaban tomar en la córte á los eunucos y eslavos, harto ricos ya y numerosos, no tenia mas objeto que servirse de ellos para humillar á los nobles Árabes.

Afortunadamente vino á distraer la preocupacion general uno de aquellos acontecimientos que tenian el privilegio de hacer converjer la mirada de todos los musulmanes hácia un punto de interés general, al menos para los andaluces, que si fueron algunas veces rebeldes á la autoridad de los Califas, nunca fueron traidores al principio religioso que representaba, acaso por encontrarse los mas distantes de los Ramiros de Leon.

Hé aquí el suceso. Cuentan las crónicas cristianas que un conde castellano llamado Vela, que fuera expulsado de Castilla por Fernan Gonzalez, se habia refugiado con sus parciales, por los años 962 en Córdoba, donde se vió bien recibido y agasajado por el *Califa*, á quien instaba contínuamente, para

los fines de su venganza y ambicion, á que hiciese la guerra á sus hermanos de allende el Duero. A los ruegos del traidor, uniéronse para decidir el ánimo de Al-Hakem, los pliegos que con frecuencia llegaban á Córdoba enviados por los gobernadores de la frontera, dando cuenta de las repetidas correrías que los cristianos de Castilla hacian en territorio musulman, saqueando los pueblos, arrebatando los frutos y los ganados, en términos que el país se hacia ya inhabitable para sus moradores.

El califa de Córdoba vivia en paz con el rey de Leon, á quien los mas poderosos motivos de gratitud vedaban el quebrantarla; pero el poderoso conde de Castilla, que se habia emancipado de hecho de la soberanía de Sancho I, no teniendo aquellos motivos, la rompió atropelladamente, y fué causa de que se renovase la guerra, que parecia olvidada desde el año 955, entre cristianos y musulmanes. Aguijoneado, pues, Al-Hakem de un lado por las escitaciones del conde Vela, y del otro por la necesidad de poner coto á las correrías de los castellanos en sus dominios, dispuso abrir ejecutivamente la campaña en los Estados del conde de Castilla; y á fin de activarla así como deseoso de mostrar á sus súbditos que no habia dejado en los estantes de la Biblioteca Merwana el valor guerrero de su estirpe, se trasladó á Toledo para activar con su presencia y autoridad los preparativos militares.

Reunidas las banderas, el *Califa* se puso al frente del ejército, entró con él en tierra de cristianos (Conde, c. 89), y puso cerco á la fortaleza de San

Esteban de Gormaz. Acudieron los castellanos al socorro de la plaza; mas fueron completamente derrotados, despues de cuya victoria los musulmanes tomaron por asalto la fortaleza, pasaron al filó de la espada su guarnicion y arrasaron sus murallas. La misma suerte cupo á Simancas, Coca, Osma y Coruña del Conde, y finalmente á Zamora, (lo cual ponemos en duda, pues esta plaza pertenecía al rey de Leon). Terminada la campaña, el Califa regresó á Córdoba donde se le tenia preparada una entrada triunfal, y se le aclamó *Al-Mostansir Billah* (el que confia en el auxilio de Dios.)

El suceso mas singular de esta campaña, fué, segun testimonio de los cronistas obispos, Rodrigo de Toledo y Lúcas de Tuy, que en ella no solo tomó parte activa el conde Vela con sus parciales, sino que en todos los encuentros se mostró *cruel, cruelísimo* con los cristianos, matando despiadadamente cuantos caian en sus manos. Como se vé, la traicion del wali de Santarem Omaiya-ibn-Ishac, que en 937, buscó apoyo en la córte de Leon para los fines de su venganza, y su conducta en la batalla de Simancas, fué servilmente copiada en los años de 962 y 63 por un conde cristiano. Este es un signo inequívoco de la influencia que las costumbres de los musulmanes ejercieron en los cristianos á medida que el roce político y social se hacia mas frecuente entre las dos razas; y lo es tambien del acrecentamiento de poder del reino situado al Norte del Duero.

La campaña del año 964 no fué menos venturo-

sa para las armas del *Califa* que la del anterior. Castilla, Navarra, cuyo rey, García el Temblon, parece que habia infringido las condiciones de un tratado celebrado con Al-Hakem, y el condado de Barcelona sufrieron alternativamente la devastaciones de los musulmanes, y se vieron en la necesidad de pedir la paz.

Sancho I de Leon, despavorido, dice un historiador de nuestros dias,—¿Por qué? ¿No debia el trono á Abderrahman III? ¿No habia vivido tres años en Córdoba, probablemente en intimidad con el mismo Al-Hakem? ¿No habia observado religiosamente hasta entonces el tratado de amistad y alianza que celebrára con el glorioso *Califa*?—envió mensajeros á Córdoba que entablasen con Al-Hakem negociaciones de paz (léase que renovaran los antiguos tratados). El Califa recibió complacido la embajada; obsequió espléndidamente á los enviados de Leon en su palacio de Medina Azahara, y terminada su mision diplomática, los hizo acompañar hasta Leon por un wazir de su consejo que llevaba encargo de presentar en su nombre, á Sancho I, dos hermosos caballos de pura raza árabe, dos preciosas espadas de fábrica toledana y cordobesa y dos halcones escogidos entre los mas generosos y altaneros (Conde, c. 89). Alentado el Leonés con el éxito de su primera embajada, en el año siguiente solicitó del *Califa* Al-Hakem la devolucion y traslacion á su capital, del cuerpo del santo mártir Pelayo, á lo que accedió el soberano de Córdoba (Sampiro. Annal. Compost.)

El año 966, encontrándose Al-Hakem, en paz con todos los reyes y príncipes cristianos de la Península, pudo entregarse con holgura á su pasion dominante por las ciencias y la literatura, y á los cuidados del gobierno y administracion de su imperio. De estas atenciones vino á distraerle una comunicacion del walí de Cazr abi-Danis (Alcacer do Sal, en Lusitania) que le anunciaba la aparicion de una flota normanda en aquellas costas.

Hé aquí los términos en que el historiador Ibn-Adhari refiere el suceso de la tercera *Invasion de los piratas Normandos*, en las costas de la España musulmana (Dozy, *Recherches*, t. 2.° p. 302).

«El 1.° de Redjeb del año 355 (23 de junio de 966), se recibió en Córdoba la noticia de que una flota normanda habia aparecido en el mar del Oeste; que los habitantes de toda la costa estaban muy sobresaltados, sabiendo que los *Madjiojes* acostumbraban hacer desembarcos en España, y, por último, que la flota se componia de veintiocho naves. Muy luego llegaron otras comunicaciones procedentes del mismo punto, en las que se daban nuevas noticias de los piratas, que habian saqueado la costa y llegado hasta cerca de Lisboa. Los musulmanes les salieron al encuentro y les dieron una batalla en la que muchos de los nuestros murieron como mártires, y no pocos infieles fueron pasados al filo de la espada. La armada musulmana zarpó del puerto de Sevilla, y avistó la de los Madjiojes en el rio de Silves. Los nuestros pusieron varios bajeles enemigos fuera de combate, dieron libertad

á los prisioneros musulmanes que se encontraban en ellos, mataron muchos infieles y dispersaron los demás. Desde entonces llegaron á Córdoba con frecuencia noticias de los movimientos de los *Madjiojes* por el lado de Oeste, hasta que Dios los alejó.»

En otro lugar dice: «En este mismo año, Al-Hakem dió órden á Ibn-Fotais, para que entrase la escuadra en el rio de Córdoba (Guadalquivir) y que mandase construir naves semejantes á las de los *Madjiojes* (esterminelos Dios) á fin de que estos, creyéndolas de las suyas se acercasen á ellas.

Ibn-Kaldun dice lo siguiente acerca del mismo suceso:

«En este año los *Madjiojes* aparecieron en el Océano, y saquearon los alrededores de Lisboa. Despues de una batalla empeñada con los musulmanes, volviéronse á sus naves. Al-Hakem mandó á sus generales defender las costas, y á su almirante Abderame ibn-Romahis que se hiciese inmediatamente á la mar. Despues se recibió la noticia de que las tropas musulmanas habian derrotado al enemigo en todos los puntos.»

Creo, dice Dozy, haber encontrado en Dudon de San Quintin, la relacion de la batalla que tuvo lugar cerca de Lisboa, y de la que dan noticia los cronistas arábigos. Hase creido hasta ahora, que la narracion á que aludo se refiere á una batalla que tuvo lugar en Galicia; pero las palabras de Dudon no admiten semejante suposicion. Dice, que habiendo sido degollados los campesinos en mu-

chos puntos, un ejército español fué enviado contra los Normandos que lo derrotaron, y que habiendo vuelto los piratas tres dias despues sobre el campo de batalla para despojar los muertos, vieron con sorpresa que los *cadáveres* de los negros tenian algunas partes blancas en tanto que otros habian conservado su primitivo color. «Desearia saber, añade Dudon, cómo me esplican este fenómeno los dialécticos que aseguran, que el color negro es inherente al cútis de los Etiopes, y que no cambia nunca.» Paréceme que este párrafo se refiere á los Moros y no á los Gallegos. En los *sagas* (canciones históricas) del Norte, se llama á los Sarracenos *Blamenn, hombres negros*, porque los Escandinavos creian que todos los Sarracenos eran de este color. Asi que al desnudar los muertos en el campo de batalla, los Normandos debieron ver con sorpresa que los moros eran tan blancos como ellos á pesar del color tostado de su rostro, cuello y manos.

Dudon, como se vé, atestigua que los musulmanes fueron derrotados en aquella batalla, lo que en vano trata de disimular Ibn-Adhari. Sin embargo, los Normandos acabaron por ser vencidos; pues por mas valientes que fueran no era posible que pudieran resistir á las *escelentes tropas* y á la *poderosa marina* de Al-Hakem II.

Pocos años despues de haberse alejado de las costas de la España musulmana aquellos feroces y sanguinarios piratas,—que al poco tiempo aparecieron sobre las de Galicia, en cuya provincia fueron al cabo esterminados, despues de haber saquea-

do la comarca de Compostela y estendido sus devastaciones hasta los montes de Cebrero,—llegaron á Córdoba noticias de suma gravedad relativas á los asuntos de África, donde la audacia de los Fatimitas y la traicion del Edrisita El-Hasan, habian vuelto á encender la guerra contra los andaluces.

Parece, pues, que el Califa Fatimita de Kairwan habia enviado, en 968, un ejército al Magreb para avasallar las tribus Zenetas que se negaban á prestarle obediencia. El edrisita Hasan, que gobernaba aquella region á nombre de los Califas de Córdoba, abandonó la causa de su soberano y se unió á los Fatimitas, haciendo proclamar en todas las mezquitas de su gobierno el nombre del Califa de aquella dinastía, Moez Ledin Alá. La guerra que se siguió á esta traicion fué larga y desgraciada para los andaluces, que de derrota en derrota se vieron al fin (972,) encerrados en Tánger y Ceuta, las únicas plazas que quedaban, por entonces, en África bajo el dominio del Califa de Occidente. Alarmado Al-Hakem por aquellos trascedentales descalabros, envió fuerzas considerables al teatro de la guerra; y despidió al caudillo del ejército espedicionario con las siguientes palabras: «No vuelvas á Córdoba sino muerto ó vencedor. El fin es vencer; así no seas avaro ni mezquino en premiar á los valientes, ni olvides que tambien el oro gana batallas.» La intencion del Califa fué comprendida y sus órdenes ejecutadas al pié de la letra. Las tribus que resistieran tan gallardamente á las espadas andaluzas se dejaron ablandar por el oro, y en una

sola noche abandonaron á El-Hasan, que huyó con algunos caballeros á refugiarse en una fortaleza inexpugnable llamada la *Peña de las Aguilas*, donde tenia su haren y sus tesoros.

Bloqueáronla tan estrechamente las tropas andaluzas que hasta llegaron á cortar el agua a sus defensores. El-Hasan reducido al fin á la última estremidad, pidió capitulacion, que le fué concedida, bajo la condicion de venir á España á hacer personalmente sus conciertos con el Califa de Córdoba. Dueños los andaluces en una sola campaña (973 á 974) de todos los pueblos y fortalezas del Magreb, restablecieron la autoridad de su soberano en Féz, dejaron asegurado el pais y regresaron á España embarcándose en Ceuta.

Magnánimo y generoso Al-Hakem, recibió en Córdoba con señalada honra y distincion al vencido y prisionero edrisita El-Hasan; le cedió para morada el palacio Mogueiz, donde se hospedó el desleal con su familia y tesoros, y señaló sueldo á los jeques y ginetes de los Beni-Esdrises, que en número de 700 habian acompañado al ex-emir del Magreb, y que pidieron permiso para avecindarse en la capital.

Permanecieron los Edrisitas en Córdoba hasta el año 975, en el que por motivos de una desavenencia ocurrida entre el *Califa* y El-Hasan, el exemir y los suyos fueron espulsados de Andalucía y desterrados á Oriente, á donde los trasportaron bajeles salidos del puerto de Almería, á fines de aquel año.

Con la pacificacion, ó más bien diremos, reconquista del África setentrional por las armas andaluzas, quedó asentada firmemente la paz general en todos los dominios dependientes del Califato de Córdoba. Paz que desde el año 964, se mantenía inalterable entre cristianos y musulmanes; pero que desgraciadamente no disfrutaron los primeros, entregados á mil rivalidades y discordias intestinas, que los debilitaban y enflaquecian cuando mas necesidad tenían de union y concordia para hacer frente á la robusta consolidacion del enemigo comun; que si bien no quiso aprovecharse *materialmente* de sus antipatrióticas divisiones se utilizó *moralmente* de ellas, ofreciendo á los ojos del mundo el contraste entre la cultura, el órden y la prosperidad en que vivian los sectarios de Mahoma, y la rudeza y anarquía en que yacian los fieles de Jesucristo.

Dicho se está con esto cuanto progresarían todos los intereses morales y materiales de Andalucía bajo el influjo de tan bonancible situacion; y el entusiasmo con que el docto Califa se consagraría casi esclusivamente á sus ocupaciones favoritas de estimular las ciencias, las letras y las artes, y en providenciar todo cuanto su ilustrado celo conceptuaba necesario á la buena administracion del Estado y al fomento de sus intereses bien entendidos.

Por aquel entonces ya fuera presentimiento de su cercano fallecimiento, ya por complacer á su esposa predilecta (segun dice conde) la Sultana

Sohbeya, madre de su único hijo Hixem, hizo celebrar con magnífico aparato el reconocimiento y proclamacion del príncipe á quien dejaba por heredero de uno de los tronos mas respetados y admirados del mundo. Convocáronse al efecto, en Córdoba, los walies de las provincias, los wazires, los khatibes, los jeques de las coras principales y todos los dignatarios de la corte y gobierno del Califato, y se decretaron grandes fiestas y regocijos públicos en la capital y en todos los pueblos del imperio. Los literatos y los poetas contribuyeron como la clase que más, al esplendor de aquellas fiestas, celebrando en sus escritos al Califa literato y poeta tambien, que les honraba y protegia. Con esta ocasion, (Conde, c. 93) le presentaron al soberano elegantes composiciones en verso, de muchos célebres ingenios de España. Admiráronse y aplaudiéronse las composiciones de los hermanos Ahmed y Abdala ben-Ferah, de Jaen; las de Jonas ben-Abdala, Cadí de Badajoz; la elegante descripcion de la comarca de Elvira, presentada por el geógrafo granadino Aben-Isak el Gasani; los escritos de los insignes eruditos de Guadalajara Ahmed ben-Fortun el Madjuni, y Ahmed ben-Yanki: encomiáronse los dulces conceptos del poeta sevillano, célebre por sus poesías descriptivas, Ibrahim ben-Chaira Abes-Ishac; por último, fueron muy festejados por su ingenio Suleiman ben-Chalaf, Cadí que habia sido de Ecija; Yahye ben-Hixem; el docto poeta cordobés, Yahye ben-Hudeil; Jonas ben-Mesaud y Yaix ben-Said de Baena.

No menos brillaron en aquella ocasion por su elegancia y fecundo ingenio, las selectas composiciones de *Lobna*, doncella de celebrada hermosura, y muy docta en gramática, poesia, aritmética y otras materias; de *Fatima* hija de un doméstico de la casa del *Califa*; de *Ayja*, la Cordobesa; de *Cadija;* de *Maryens*, que daba lecciones de erudicion y poesía á las doncellas de las principales familias de Sevilla, y de cuya escuela salieron mujeres tan insignes en el saber, que fueron el encanto de los príncipes y grandes señores, y por último, de *Radhia*, la llamada *Estrella Feliz*, liberta del Califa Abderrahman el Nasir, que fué la admiracion de su siglo, por sus elegantes versos y eruditas historias, y que despues de la muerte de Al-Hakem viajó por el Oriente donde causó admiracion á los doctos.

Despues de esta rápida y estractada enumeracion de los poetas y literatos que celebraron en sus escritos la jura del príncipe Hixem, ¿qué podríamos decir que no fuera pálido, en elogio de la civilizacion de Andalucía en el siglo x, y de la cultura y costumbres de una raza tan mal juzgada y tan calumniada en todos los siglos que precedieron al nuestro, desde el VIII, por cronistas é historiadores latinos no solo españoles sino tambien extranjeros? Estas jóvenes de singular belleza que hacen una ocupacion ó una profesion del cultivo de las letras; que alternan en academias, tertulias y certámenes con los doctos, literatos y poetas; y estas damas que se dedican al estudio de las letras humanas y son luego el encanto de los palacios de

los magnates ¿no revelan que la sociedad donde formaron su inteligencia, rayó á una altura tal de grandeza literaria, es decir, de civilizacion, que cási puede dar celos á la nuestra? Ah! si fué una gran desgracia para España su conquista por los Árabes, y un espantoso cataclismo para la cultura musulmano-andaluza la de los feroces Almoravides, que abrieron las puertas de la Península á los bárbaros Almohades, razas procedentes del Atlas, que fueron á los Árabes de España en el siglo XI, lo que los Bárbaros del Setentrion á los Romanos en el V, no es menos de lamentar que la pasion política y religiosa de nuestros abuelos, haya dejado perder, (que no destruyó, como veremos mas adelante) aquellos inapreciables manuscritos, verdaderos tesoros literarios que contenian, ó en los que debieron coleccionarse, las obras de aquellas elegantes poetisas é inspirados vates, que en el siglo X levantaron á tanta altura la poesía arábigo-española: aquella poesia clásica en cuanto que se inspiraba en los modelos antiguos; aquella poesia, á la que llama Dozy *Hija de los palacios*, que no se dirigia al pueblo, sino á los hombres doctos, á los grandes y á los príncipes.

Esta era, pues, Andalucia, cuando todavía la mayor parte de Europa yacia envuelta en las tinieblas de la semi-barbárie. Esta era la corte de Al-Hakem II, de aquel entre todos los soberanos musulmanes que mas amor tuvo á las letras y que mas se desxeló por su esplendor, si se esceptuan Haarun-el-Raschid de Bagdad, y Abderrahman III de Cór-

doba; de aquel príncipe *andaluz* que llegó á reunir, (segun Casiri) en los últimos años de su reinado, en la famosa biblioteca del palacio Merwan, SEISCIENTOS MIL VOLÚMENES MANUSCRITOS!, cifra enorme increible, para aquellos tiempos, y aun para los nuestros, en los que, á pesar del auxilio de la imprenta, y del fabuloso impulso que este gran multiplicador y propagador de las ideas ha recibido con los progresos de la mecánica, son pocas las bibliotecas en el mundo que reunen tan considerable número de *volúmenes* IMPRESOS.

En aquella inmensa y selecta biblioteca, con cuya fundacion, un Califa andaluz descendiente del mas sañudo perseguidor del *Profeta*, lavó el borron que sobre la raza Árabe habia echado otro Califa, primo de Mahoma, mandando quemar la famosa de Alejandría, existian escelentes traducciones de los mas célebres autores griegos, Euclides, Arquimedes, Apolonio, Perjeo y Aristarco de Samos. Así es, que la escuela filosófico-musulmano-andaluza, se formó con las obras de Aristóteles; los médicos con las de Hipócrates y Galeno, y los jeógrafos con los escritos de Tolomeo. De ella partió y se difundió por el otro lado de los Pirineos el conocimiento de las obras del filósofo de Estajira y preceptor de Alejandro el Grande. En ella existia una traduccion arábiga del Almajesto de Tolemeo que se vertió al latin y se propagó por Europa antes de aparecer el texto; en suma, abundaban en sus estantes diccionarios de varios idiomas, historias, novelas y tratados de ciencias exactas y ciencias naturales,

que estudiaban con afan los musulmanes españoles. Se sobrentiende que los mas numerosos serian las colecciones de poesías, dado el entusiasmo con que la cultivaban los Arabes, y la vehemente aficion que la profesaba Al-Hakem. «Enseñad la poesía á vuestros hijos, habia dicho Mahoma, porque despeja el entendimiento, engalana la sabiduría, y graba en el alma las virtudes heróicas.»

En la escuela musulmano-andaluza de los tiempos de Al-Hakem II se formó uno de los hombres mas notables de su siglo, astrónomo, matemático y mecánico que se llamó Gerberto, y que fué tenido por sus contemporáneos como nigromántico ó hechicero antés de ceñirse la Tiara y tomar el nombre de *Silvestre II.* Gerberto, que debe figurar en primera línea en la historia de las ciencias Matemáticas, vulgarizó en Francia el sistema de numeracion atribuido á los Arabes; y siendo obispo de Reims, construyó el primer reloj, que se habia visto en Europa, cuya posicion arregló á la estrella polar, y cuyo movimiento regulaba con un balancin; habiendo aprendido su construccion y mecanismo de los Arabes de España. Aquel ilustre sábio, ni aun sentado en la silla de San Pedro, olvidó nunca á sus maestros ni á España donde habia formado su inteligencia y adquirido el caudal de ciencia que tan célebre le hizo en Francia, en Italia, en Alemania y en el imperio griego.

Fácil es suponer, que dado el impulso por el sábio *Califa,* y tomando ejemplo de su córte donde los hombres mas doctos ocupaban los primeros pues-

tos del Estado, el movimiento científico-literario se dejaria sentir con intensidad en todas las provincias del imperio, cuyos walíes y familias mas poderosas se estremarian en protejer las letras y en fomentar todos los intereses morales y materiales de los pueblos.

Mas no fué solo la cultura intelectual la que alcanzó tan injente altura bajo el cetro de Al-Hakem II; sino que tambien la material recibió un vigoroso impulso con la proteccion que merecieron al *Califa* las artes, el comercio, la industria y la agricultura. Así es que, segun cuentan los historiadores arábigos, en el empadronamiento general que se hizo en su tiempo, se contaron en la España musulmana, seis ciudades populosísimas capitales de waliatos; ochenta ciudades muy pobladas; trescientas poblaciones de tercera clase, y castillos,aldeas, lugares, alquerías y cortijos en número tan considerable, que en las comarcas que riega el Guadalquivir, existian *doce mil*, y en la Vega de Granada ciento treinta molinos y quinientas quintas.

Solo en Córdoba se contaban doscientas mil casas; seiscientas mezquitas, con sus respectivas escuelas de niños—pues los Arabes-Españoles del siglo x seguian el sistema de los Norte-Americanos de los siglos XVIII y XIX en materia de poblacion y colonizacion—ochenta escuelas para la enseñanza superior, novecientos baños públicos y cincuenta hospicios. Los ingresos anuales del Tesoro ascencendian á doce millones de mitkales de oro, sin

contar el diezmo que se pagaba en frutos. Se esplotaban minas, por cuenta del Califa ó de los particulares, de piedras preciosas, de oro, plata, azogue, cobre hierro y plomo; por último, pescábase coral en las costas de Andalucía, y perlas en las de Tarragona.

La agricultura tan floreciente en los reinados anteriores desde el siglo VIII, adquirió con la dilatada paz del tiempo de Al-Haken un desarrollo incalculable en todas las provincias de España. Abriéronse acequias en Granada, Múrcia, Valencia y Aragon; se trajeron árboles, plantas, flores, semillas de los paises de Oriente para aclimatarlas en España. Fué, en suma, tanta la prosperidad de esta primera y principal fuente de la riqueza de los pueblos, que bajo el providente Califa Al-Hakem, «las espadas y las lanzas, como dice uno de sus historiadores, se convirtieron en azadas y en rejas de arado, y los musulmanes antes tan turbulentos, rebeldes y batalladores, en labradores ó ganaderos apacibles. Hasta los mas egrégios y encumbrados nobles gustaban de cultivar sus jardines y huertas con sus propias manos, de manera que no pocos guerreros ilustres y sábios afamados habíanse trasformado en campesinos.»

Cosa notable es, pero que no nos sorprende dado que las mismas causas producen los mismos efectos: ese rasgo de carácter que distingue en nuestros dias á la aristocracia británica, rasgo que tanto realza sus gloriosos timbres y que tanto contribuye á la fabulosa prosperidad de este gran pue-

blo, fué tambieu peculiar de la aristocracia andaluza en el siglo x......

Con la agricultura prosperó, como no podia menos de suceder, la ganaderia. Perfeccionóse la raza de los caballos españoles á beneficio de su cruzamiento con la arábiga. De aquel tiempo data *el honrado consejo de la Mesta*, de los últimos nuestros, y hoy llamada *Asociacion general de ganaderos*, que entre los Árabes, aun mas que en el dia, llegó á formar una especie de institucion pública. Entonces, como ahora, trashumaban, por el mes de abril inmensos rebaños de ovejas de las dehesas de Extremadura y Andalucía á los pastos de Molina de Aragon, y volvian en octubre á Andalucía y Extremadura. Rebadanes y ganados llamábanse, entre los árabes, *moedinos*, y conjetura Conde, (c. 94) «ser fácil que alterado este nombre, de él haya procedido el de nuestros ganados merinos.»

Debiendo hacer mencion detallada, en la *Historia particular de cada provincia de Andalucía*, de las mejoras que en todos los ramos de la administracion pública se realizaron en cada una de ellas, bajo el sábio y paternal gobierno del último de los Califas Ommiadas, que mereció, tanto ó mas que sus antepasados, el nombre de grande é ilustre, nos limitamos, por ahora, á la reseña general que acabamos de hacer de la prosperidad moral y material en que vivió España y sobre todo Andalucía en los años de su reinado.

Falleció este magnánimo principe el dia 29 de setiembre de 976.

«Pasaron sus dias (Conde, c. 94) como pasan los agradables sueños que no dejan sino imperfectos recuerdos de sus ilusiones: pasó á las moradas eternas de la otra vida, en donde hallaría, como todos los hombres, aquellas moradas que labró antes de su muerte con sus buenas ó malas obras. Murió en Medina Azahara el 2 del mes de Safar del año 366 de la Hegira, á los sesenta y seis de su edad, y quince, cinco meses y seis dias de su reinado. Un inmenso acompañamiento de caballeros de la ciudad, y el pueblo todo de Córdoba y de su comarca siguió el féretro hasta el cementerio de la Ruzafa, donde mandara, en vida, labrar un panteon para colocar sus restos mortales. Hizo la plegaria por él su hijo Hixem, que bajó al sepulcro y salió bañado en lágrimas.

Aquel llanto justísimo, fué, además, un triste presentimiento de la desventura que esperaba al jóven príncipe, pues con su padre sepultóse para siempre la grandeza de los Ommiadas, cuya dinastía se estinguió en el panteon de la Ruzafa, y en la dorada prision donde iba á quedar encerrado el hijo de Al-Hakem II, príncipe á quien por ironía, apellidaron *el protegido de Dios*.

Con la muerte del mas sábio é ilustrado entre todos los Califas de Córdoba, cambió completamente la faz de los pueblos de la España cristiana y musulmana. Al reinado de las letras sucedió inmediatamente el de la espada, bajo la *administracion-regencia* de un génio estraordinario y colosal, que destruyó la aristocracia andaluza y con ella el es-

plendor y grandeza del Califato de Occidente, y que renovó á fines del siglo x la desesperada situacion en que se encontrara la España cristiana á mediados del VIII. Antes de comenzar la narracion de los estraordinarios sucesos que acontecieron en esta época, cúmplenos dar, para su mejor inteligencia, una breve noticia geográfica de la estension que en estos tiempos tenia el Califato de Córdoba en la Peninsula Ibérica.

Sus límites eran: Al Oriente, las costas del Mediterráneo hasta Tarragona; al Norte, el nacimiento ó formacion del Segre siguiendo hácia Poniente por Monzon, Barbastro, Benaverre, Huesca, parte del rio Gallego y Sória, fronteras del reino de Navarra, y desde esta última ciudad todo el curso inferior del Duero hasta su desembocadura en el Occéano Atlántico; al Poniente y al Mediodía, este mar y el Mediterráneo: finalmente, comprendía en sus dominios las islas Baleares.

V.

HIXEM II.—MINISTERIO ALMANZOR.

976.

Vamos á entrar en la época mas interesante y mas conmovedora de la dominacion musulmana en España, y la que más influencia ejerció en los destinos posteriores de Andalucía; la del reinado del glorioso Almanzor, porque en realidad él fué quien reinó, y no el débil Hixem II. Y, sin embargo de su celebridad, es una de las menos conocidas, ó que han sido mas adulteradas en la historia, de cuantas la precedieron en los años trascurridos desde la de la conquista; efecto sin duda de su grande importancia y de que los sucesos que en ella tuvieron lugar, se apartaron de la senda seguida por los que los precedieron, afectando una forma nueva y un género de complicaciones desconocidas hasta entónces en el modo de ser político y social de aquel pueblo extraordinario; cosas todas que ignoraron los cronistas é historiadores latinos de aquellos tiempos, y los posteriores que no tuvieron

á la mano sino escasos documentos, y estos áridos y no siempre dignos de fé.

En efecto; hasta ahora le hemos visto funcionar y desarrollarse solo en las regiones de la literatura, de la guerra y de la religion; mas á partir de este dia lo veremos debatirse en las de la politica,—que en los nuestros llamamos *palpitante*,—sufrir sus terribles vaivenes, debilitarse y entrar fatalmente en el camino de su ruina, donde lo empujaron y precipitaron los *partidos*, las rivalidades que son, por decirlo así la fuerza motriz de los sucesos, y los grandes propulsores que imprimen á la nave del Estado un rumbo no siempre directo, y desde luego por mares tormentosos, cuyas olas son las pasiones de los ambiciosos, la inconstancia del vulgo y los estravios de esa pretendida reina del mundo que se llama la opinion pública. Verémosle, pues, repetimos, entrar en esta senda fatal empujado por los partidos que con los nombres de *Eunucos Eslavos, Améridas, Africanos y aristocracia andaluza*, españoles los unos y estranjeros los otros, destruyeron en poco mas de treinta años la obra de dos siglos y medio muy cumplidos, despues de haber brillado en sus postrimerias con extraordinario resplandor guerrero sostenido por el génio y la fortuna del Gran Capitan de aquel siglo.

Cosa no extraordinaria pero si notable, que debe servir de leccion á los pueblos, enseñándoles que nada, ni aun en politica, es nuevo en el mundo. Mientras los califas avesados por los años ó su esperiencia en la práctica de los negocios públicos,

sostuvieron con despótica, pero robusta é ilustrada mano las riendas del gobierno, los partidos permanecieron enfrenados en Andalucía, ó vencidos en el resto de la España musulmana; la ilustracion llegó á su mayor apogeo y prosperó casi en progresion geométrica el bienestar y la riqueza del pueblo; pero desde el momento en que aquellas riendas cayeron en manos de un menor, de un niño débil y afeminado, soltáronse las ambiciones, estas desencadenaron los partidos para servirse de ellos á sus fines particulares, y comenzó el desquiciamiento social que sepultó en un abismo la grandeza del Califato de Córdoba y con ella el génio, la prosperidad y la sin par riqueza de Andalucía.

Rara coincidencia; en la misma fecha reinaban en Córdoba y en Leon, siendo el primer ejemplo en la historia de España así cristiana como musulmana, dos príncipes menores de edad, bajo la tutelar regencia de sus respectivas madres; viuda la una del rey Sancho I, que murió alevosamente envenenado, y la otra de Al-Hakem que falleció en el apojeo de su gloria.

Hemos dicho que esta época, á pesar de los célebres y extraordinarios sucesos que en ella acontecieron, es una de las menos conocidas y que más adulterada ha sido en nuestras historias de España, é indicado á seguida, en corroboracion, una circunstancia que la caracterizó y que pasó desapercibida para todos nuestros cronistas é historiadores desde Sampiro hasta don Modesto Lafuente; lo cual supone en nosotros la pretension de hacer alguna ó

mucho mas luz que aquellos hicieron en estos acontecimientos. En efecto, así es; pero como no gustamos engalanarnos con las plumas del pavo real, nos apresuramos á decir, que esta mayor luz la hemos sacado del libro, tantas veces citado, del sábio y diligente Orientalista de nuestros dias, Dozy; quien con los muchos manuscritos arábigos que ha traducido con admirable fidelidad y ha publicado, ilustrando como hasta ahora no se habia hecho, el período de la Edad media en España, nos ha suministrado datos importantísimos y curiosísimas noticias relativas á la época de Almanzor, que ni Casiri ni Conde conocieron, ó por lo menos que no consignaron en sus obras respectivas, y que, por lo tanto, permanecieron ignoradas de todos los historiadores de España que bebieron en aquellas fuentes.

Vamos, pues, á demostrarlo, reanudando el hilo de nuestra narracion sin desatender por mas tiempo el precepto del célebre historiógrafo griego, Polibio, que señala como el mejor camino que debe seguir el historiador la narracion no interrumpida de los hechos.

Tendrán presente nuestros lectores las pocas palabras con que dimos cuenta del fallecimiento del Califa Al-Hakem II, y del acto de sus solemnes exequias, copiadas literalmente, y exprofeso, de la obra de Conde, que hasta el dia ha venido siendo autoridad, como dice Romey, en la historia de la dominacion Árabe. Pues bien; quien pretendiese deducir de aquellas lacónicas frases que durante

los dias que precedieron á la muerte del Califa, y en los que le sucedieron inmediatamente, la córte de Córdoba gozaba de completa. tanquilidad y la *política estaba muerta* en Andalucía, se engañaria completamente. Véase, si nó, la situacion, que tenemos por verdadera, en que se encontraba.

«Durante el reinado de Abderrahman III, y el de Al-Hakem II, (Dozy. *Recherches*. 1.ª edicion, p. 208) los eunucos eslavos del palacio, ejercieron una grande influencia en la marcha de los negocios públicos; el último soberano, sobre todo, los habia distinguido señaladamente; así que en la época de su muerte, los eunucos eslavos en número de mil, eran muy poderosos y cada uno de ellos mantenia en su casa numerosos servidores y esclavos (Ibn-Adhari). El gefe de aquellos se llamaba Fayik, conocido con el nombre de an-Nidhamí, gefe del guardaropa de palacio; despues de él el personaje de mas importancia y poder era el eunuco Djaudhar. La enfermedad de Al-Hakem fué larga, y de esta circunstancia se valieron Fayik y Djaudhar para mantener oculta su muerte, hasta que pudieran realizar el proyecto que meditaban, de sustituir en el trono á Hixem con otro príncipe hechura suya, contrariando así la espresa y terminante voluntad del soberano que habia dado á reconocer su hijo por su legítimo sucesor. A pretesto de conjurar las tristes concecuencias de una regencia, dado que el príncipe Hixem contaba solo doce años, lo cual tenia disgustado al pueblo, se convinieron en ofrecer el trono á Al-Mogirah, hermano de Al-Hakem, ba-

jo la condicion de que el favorecido nombrase su heredero al príncipe su sobrino. Con esta combinacion creian conservarse en el poder, siendo el Califa hechura suya, no faltar á la fé que debian al soberano y continuar dirigiendo los negocios del Estado. «El proyecto no era malo,» dice el historiador arábigo, «si Dios hubiese permitido su ejecucion.» Haciales sombra á los dos confabulados eunucos, el *Hadjib*, Djafar al-Mozhafi (como si dijéramos el presidente del Consejo de Ministros) cuyo poder ambicionaban y que querian alcanzar, ya poniendo sobre el trono un príncipe que les debiera su elevacion, ya dando muerte al *Hagib*, como propuso Djaudhar, á lo que se opuso Fayik, que esperaba atraerle á sus miras sin recurrir á medios tan violentos. Al-Mozhafi tuvo conocimiento de los proyectos de aquellos temerarios é intrigantes eslavos, y fingió aprobarlos, con no poca satisfaccion de los dos ambiciosos. Pero quedaron completamente burlados por la habilidad del primer ministro, quien con su aparente adquiecencia solo trató de ganar tiempo para reunir los medios de afirmar su autoridad. Harto conocia Al-Mozhafi, que su poder estaba asegurado con un menor sobre el trono y contando, como contaba, con el ejército; en tanto que con la elevacion de Al-Mogirah su influencia seria nula, y aun temia ser exonerado de su cargo, dado que no contaba con la amistad del hermano de Al-Hakem. (Parécenos estar escribiendo la historia de España de mediados del siglo XIX). Esto considerado, el primer ministro tomó sus me-

didas: reunió sus amigos entre los que se encontraba Mohamed ben-Abi-Ahmer; mas adelante Al-Manzor, pero que á la sazon empezaba á ser conocido, los gefes de las tropas bereberes (los Benu-Birzales), que le eran adictos, y los capitanes de las españolas. Reunidos todos les anunció la muerte de Al-Hakem y puso en su conocimiento el proyecto de los eunucos eslavos, indicándoles cuanto convenia á sus propios intereses el desbaratarlo. La reunion no solo convino en ello, sino que acordó, á propuesta de uno de sus miembros, dar inmediatamente muerte á Al-Mogirah. *Mohammed ben-Abi-Ahmer* tomó á su cargo el cumplimiento del acuerdo, y estranguló al misero príncipe que ignoraba todavía la muerte de su hermano. Noticiosos los eunucos del asesinato de Al-Mogirah, Djaudhar increpó á Fayik porque se negara á seguir sus consejos; pero disimularon sus resentimientos y presentáronse en casa del primer ministro para felicitarle y ofrecerse á él. Al-Mozhafi fingió reconciliarse con ellos; empero la lucha estaba ya empeñada y no podia terminar sino con la muerte de uno de los dos partidos. Los dos eunucos pusieron en juego todos sus recursos para derribar del trono á Hixem; al efecto tramaron una conjuracion que la vigilancia del *Hajib* hizo abortar: por otra parte, *Mohammed ben-Abi-Ahmer* sobornó con ricas dádivas y grandes sueldos á quinientos eunucos; con lo cual Fayik y Djaudhar, viéndose abandonados de sus parciales, pidieron permiso al Califa para hacer dimision de sus cargos y retirarse á sus tierras. Fué-

les concedido, muy contra sus esperanzas, lo que solicitaban. Esto exasperó en tales términos á sus partidarios, que prorumpieron sin rebozo en amenazas de muerte contra Al-Mozhafi y contra *Mohammed ben-Abi-Ahmer*. Un jóven eunuco llamado Dorrí se escedió imprudentemente en esta ocasion. El astuto *Hajib*, se dió tan buenas trazas que logró atraer al imprudente eunuco á la casa del wazirato, (como si dijéramos, de la presidencia del Consejo de ministros), conocido el engaño, Dorrí, intentó regresar inmediatamente al palacio: pero *Mohammed ben-Abi-Ahmer*, lo retuvo por la fuerza; Dorrí se defendió y tiró de las barbas á su adversario. *Ben-Abi-Ahmer* llamó en su auxilio á los soldados que estaban allí inmediatos. Los españoles se abstuvieron de poner las manos en el eunuco, que respetaban dada su categoría, pero los bereberes (los Benu-Birzá) golpearon á Dorrí, y de un sablazo que le dieron en la cabeza, le hicieron perder el conocimiento. El herido fué llevado á su morada donde le dieron muerte aquella misma noche.»

Esta interesante y fidedigna narracion que nos presenta bajo un aspecto enteramente nuevo la sociedad y la política de la raza musulmano-andaluza, nos revela tambien cuanto habia dejenerado, políticamente hablando, á fines del siglo cuarto de la Hegira, aquel pueblo que por su eutusiasmo religioso, por su adhesion al principio que le diera vida, por su sobriedad y por su carácter que le constituia en una escepcion entre todos los pueblos de la tierra, fué la admiracion del mundo y hubiera sido su so-

berano si el cristianismo no hubiera detenido su veloz carrera. Y no solo es interesante bajo este punto de vista, sino tambien porque nos da la clave de los estraordinarios sucesos que tuvieron lugar durante los primeros años del siglo siguiente, y, sobre todo, porque saca por primera vez á la escena histórica, y desde luego con el *principal rasgo de su carácter*, un hombre que ocupa uno de los primeros lugares en la galería de los *Grandes hombres*, no solo de su Edad, sino de todas las conocidas del mundo, como esclarecido é invencible capitan.

Este hombre estraordinario para quien la historia solo tuvo alabanzas, hasta el punto que nuestros cronistas de la Edad Media, que tan parcos son en tributarlas á los *Moros* dijeron de él, (Lúcas de Tuy y Rodrido de Toledo) que lo hacia tan bien con los cristianos *como si fuera nacido y criado entre ellos*; este héroe jamás vencido en cincuenta campañas, justificó, con los dos primeros actos de su vida política, el severo juicio que ha merecido al primero de nuestros historiadores contemporáneos que há podido estudiar su carácter en documentos originales que merecen el mayor crédito.

«Este hombre (dice Dozy) que no retrocedía ante ninguna infamia, ante ningun crímen, ante ningun asesinato á trueque de llegar á satisfacer su ambicion; este hombre, profundo político, el mayor capitan de su siglo, ídolo del ejército y del pueblo y á quien la fortuna halagó en todas las ocasiones, fué el terrible primer ministro, el *Hadjib*, de Hixem II Almanzor, en una palabra. Atento únicamente á

consolidar su poder, se contentó con asesinar los jefes poderosos ó ambiciosos de la casta noble que se le hacian sospechosos; más no intentó destruir la aristocracia propiamente dicha: por el contrario, supo mostrarse amigo de todos aquellos que no le hostilizaban.»—Solo falta, pues, para terminar tan sombrío retrato, las dos siguientes pinceladas: Este hombre profundo conocedor de la época en que vivia, se grangeó la idolatria del ejército manteniéndolo constantemente en campaña durante veinticinco años y prodigándole el oro á manos llenas; y el amor del pueblo fanático, mostrándose mas fanático que él en el hecho de haber arrojado á una hoguera *los libros de filosofía y de astronomía que encontró en la magnífica biblioteca reunida por Al-Hakem II*...

Nuestros lectores deben tomar acta de este *hecho* para sumarlo con otros *iguales* y *semejantes* que irán apareciendo en el curso de nuestra historia, á fin de aliviar á la raza española del peso de la acusacion formulada contra ella por los críticos que le acusan de haber destruido los grandes monumentos de la literatura arábiga.

Salvo el episodio de la *conjuracion ministerial* contra los eunucos de palacio y contra la vida del inocente hermano de Al-Hakem, en la que tan poco envidiable papel representó *Mohammed ben-Abí-Ahmer*, ninguna otra noticia hemos encontrado en Dozy respecto á los *medios* que empleó el matador de Al-Mogirah para ascender al elevado cargo de primer ministro del Califa Hixem. En tal virtud habremos de considerarlo desde el punto en que nos lo pre-

senta inmediatamente Conde, esto es, ejerciendo el cargo de *Hadjib*, poco despues de la muerte de Al-Hakem, gozando de la privanza de la Sultana Soh-beya, regente durante la menor edad de su hijo Hixem, y el favor de este desgraciado príncipe, que pasaba la vida encerrado en el palacio de Medina Azara donde su madre y su *Hadjib*, lo mantenian en dorada esclavitud; ó, mejor diremos con el poeta, «donde lo hacian envejecer en una dilatada niñez.»

Los primeros actos de aquel *presidente del Consejo de Ministros*, que ejerció de hecho la soberania, no faltándole sino el título de Rey, que no quiso tomar probablemente por las *mismas razones* que tuvo Cromwell siete siglos mas tarde para no admitir *la pluma puesta en el sombrero de un hombre*, (aludiendo á la dignidad real) fueron tres, que constituyeron la base de su política y gobierno desde aquel momento hasta el de su muerte. Primeramente, premió con grande liberalidad á todos aquellos que le habian ayudado á escalar el poder, confiando á los unos los empleos mas importantes de la córte y dando á los otros ya feudos, ya el gobierno de las principales provincias; con lo cual si bien robusteció y enriqueció considerablemente á los hombres de su partido, minó por su base la unidad del imperio árabe de España y preparó la disolucion del Califato de Córdoba: despues, como no le inspirasen entera confianza la aristocracia de pura raza ni las tropas andaluzas, hizo un llamamiento á los Bereberes de África que respondieron desalados y en

gran número á él: «Llegaron, dice el historiador arábigo Ibn-Adhari, flacos, hambrientos y cubiertos de harapos, y muy luego se les vió pavonearse en calles de Córdoba vestidos con trajes magníficos, montados en los caballos mas generosos y hospedados en palacios que ni en sueños habia visto su imaginacion: al poco tiempo aquellas tropas sobrepujaron en número á las andaluzas» es decir, que el *Hadjib* ben-Abi-Amer se formó un ejército de pretorianos que siéndole enteramente adicto, mantenía á raya las pretensiones de los partidos que le combatian; y, por último, á fin de grangearse el aura popular, premiaba y aplaudia á los hombres de letras, se mostraba afable ó generoso con todo aquel que se distinguía por algun concepto fuera cristiano ó musulman, y anunció que estaba dispuesto á romper las treguas con los cristianos y decidido á no volver la espada á la vaina en tanto no sometiese toda la peninsula Ibérica al dominio del Califa de Córdoba.

Tales fueron los medios de que se valió para encumbrarse y deshacerse de todos aquellos Árabes de rancia prosapia que pretendieran cortar los vuelos á su ambicion. Dueño ya del palacio, del gobierno, de la administracion y del ejército á beneficio de las numerosas hechuras que tenia colocadas en todos los destinos de importancia, depuso todo miramiento y se apoderó de la autoridad real. Decretos, proclamas, pragmáticas (Al-Makkari) todo se promulgaba en su nombre; rezábase por él en las mezquitas al mismo tiempo que por el Califa; su

nombre, estampado en las monedas, se gravó en el sello del Estado. En una palabra no dejó á Hixem mas prerogativa que la de sonar en las plegarias públicas y en las monedas, con los dictados sonoros pero insustanciales que le dejaba.

Conceptuándose ya seguro en el poder, buscó el medio mas eficáz en aquella sociedad, para perpetuarse en él: la guerra contra los cristianos. Pero aún en esto dió relevantes pruebas de sus altas dotes de hombre de Estado, y de su hábil y sagaz política. A fuer de consumado capitan comprendia que en la guerra no interesa tanto vencer como el no ser jamás vencido; y que no es matando contrarios sobre el campo de batalla como se hace provechosa la victoria, sino debilitando al enemigo é imposibilitándole de presentar ó aceptar las batallas. Además sabia muy bien por el recuerdo de sucesos pasados, que ya no eran los cristianos del Norte del Duero, como en otro tiempo dijo de ellos, Muza al Califa Walid, «mujeres en el llano, águilas en las montañas y leones en sus castillos» sino que maestros ya en el arte de la guerra, se habian hecho leones en todas partes; y érale notorio que con los leones no se juega impunemente. Pero sabia tambien que aquellos leones adolecian de un mal—del cual á pesar de los siglos trascurridos no se han curado todavía—que los debilitaba y enflaquecia. Mal que él se propuso exacerbar para que le fuese menos costosa la victoria ó prevenir la derrota; lo cual consiguió terciando diplomáticamente en sus discordias intestinas ya cohechando á los unos, ya ofreciendo su

intervencion á los otros y abriendo á todos su propia casa y sus arcas para que viniesen á Córdoba á conspirar los unos contra los otros. Así es, que engrosó sus filas con crecido número de cristianos, que en lugar de combatirle agrupados bajo su legítima bandera, le ayudaron á destruir sus propios hermanos y le facilitaron una série no interrumpida de victorias en las cincuenta campañas que venció durante los veinticinco años de su gobierno.

El hecho es tan cierto, que si se hubieran perdido la crónicas arábigas que recuerdan aquellos portentosos triunfos todavía nos quedaría, para dar testimonio de él, la crónica del Monje de Silos, en cuyo capítulo 70, se lee: «Fuéle de gran provecho su mucha liberalidad con la cual *coechó buen número de guerreros cristianos*; y era tan justiciero, como nos *consta de boca de nuestros padres*, que si en los cuarteles de invierno ocurria algun alboroto, para apaciguarlo solia mandar que se ajusticiase á un bárbaro mas bien que á un cristiano.»

Hé aquí, pues, el secreto de los repetidos triunfos de Almanzor sobre los cristianos durante los veinticinco años de su gobierno, y he aqui una leccion que desgraciadamente de poco ó nada servirá al pueblo español.

Ahora bien; dejemos á los hechos comprobar lo que queda expuesto, y reanudemos el hilo de la fatigosa y cruel relacion de guerras, devastaciones y sangrientas batallas entre musulmanes andaluces y cristianos del Norte del Duero, que quedó cortada por los años de 956 con el tratado de paz y alianza

celebrado entre Sancho I el *Gordo* y el Califa Abderrahman III.

Escasas son las noticia que encontramos en las crónicas arábigas traducidas hasta el dia, relativas á las primeras batallas de Almanzor; adoleciendo en lo general de esta misma falta las que se refieren á las posteriores. Sin embargo, irémoslas apuntando las unas en pos de las otras, y estendiéndonos en cada una tanto como nos lo permitan los textos; advirtiendo que seguimos á Dozy, siempre que lo encontramos en nuestro camino con preferencia á cuantos autores tenemos á la vista.

La primera campaña que realizó Almanzor, contra los cristianos del Norte del Duero, tuvo lugar, segun Conde, en el otoño del año 977. Mas bien que campaña fué una entrada por aquellas fronteras, dada tan de rebató que no hubo encuentro formal entre cristianos y musulmanes. Dedúcese de la narracion de Conde, que Almanzor obró en esta circunstancia no como un hombre de Estado, sino como un guerrillero para quien no hay derecho de gentes ni derecho de la guerra, y que en tal virtud ataca como y cuando le conviene sin respeto á los tratados; y sin embargo, nada es ménos cierto. Las hostilidades habianse roto en los años anteriores entre cristianos y musulmanes. Hé aquí cómo el célebre historiador arábigo Ibn-Kaldun, da cuenta de este suceso, en su *Historia de los reyes cristianos de España:* (version de Dozy.)

«Sancho, de la familia de los Beni-Alfonsos, murió y le sucedió su hijo Ramiro (III.)

«Ramiro (III) encontró en las fronteras de sus estados á los musulmanes que las invadieron y los *derrotó*. Los musulmanes sufrieron varias y graves derrotas *despues de la muerte* de Al-Hakem II, hasta la época en que Dios les envió á Almanzor ben-Abi-Ahmer, el *hadjib* de Hixem hijo de Al-Hakem.»

La guerra, pues, estaba ya empeñada, cuando Almanzor hizo su primera campaña contra los cristianos de allende el Duero.

En la campaña ó *Correría* del otoño de 977, tuvo lugar un hecho de armas curioso que dá una idea de las costumbres militares de aquella época y del temple de los guerreros de una y otra raza. Hé aquí como lo refiere Dozy, traduciéndolo de una obra de Ben-abi-Zandaca, natural de Tortosa, que estudió literatura *en Sevilla bajo la direccion del gran Ibn-Hazm*.

«Esto me lo ha contado mi maestro, el cadi Abul-Walid Badji:

»Un dia que Almanzor estaba en campaña, vió, desde la cima de un alto cerro donde se encontraba, el ejército musulman que cuajaba las montañas y las llanuras que se estendian en su derredor. Dirigió la palabra á un general que se llamaba Ibn-al-Mozhafí, preguntándole: «¿Qué os parece este ejército?—Me parece, respondió el interpelado, muy grande y muy numeroso.—Y tambien discurrireis como yo que seria fácil encontrar en él mil valientes?—Y como el general diera la callada por respuesta, Almanzor prorumpió: ¿Por qué no respondeis á mi pregunta; dudais que en todo este ejérci-

to se encuentren mil buenos soldados?—Sí, respondió Ibn-al-Mozhafí, lo dudo.—Pues entonces, continuó Almanzor despues de un breve intérvalo de silencio, habrá siquiera quinientos—No—Pues bien, insistió Almanzor que comenzaba á incomodarse, digámos que hay ciento—No, no hay tantos—Cincuenta....—No—Eres un nécio! esclamó Almanzor montado en cólera; retírate de mi presencia y que no vuelva á verte.

«Cuando el ejército hubo entrado en el país enemigo y encontrádose frente á frente con el de los cristianos, salió de las filas de este un guerrero bien armado, y adelantándose hasta donde pudiera ser oida su voz, gritó, haciendo caracoléar su caballo.—Si hay un campeador, que salga.—Un musulman salió á combatirle pero fué muerto en el acto, y los politeistas prorumpieron en gritos de alegría. Salieron otro y otro musulman, mas ambos tuvieron la misma suerte que el primero. Entónces alguno se acercó á Almanzor, y le dijo:—Solo Ibn-al-Mozhafí puede quitarnos de encima ese hombre. Almanzor le hizo llamar, y le rogó castigase al cristiano por su atrevimiento. Ibn-al-Mozhafí, fuése en busca de su soldado fronterizo. Erase este un hombre mal vestido, ginete en una ruin jaquilla á la que se le podian contar los huesos.—No ves, le dijo Mozhafí, lo que ha hecho ese infiel?—Si; ya lo he visto, respondió el frontero.—Bueno, pues ¿qué hacemos?—¿Qué es lo que deseais?—Que nos vengues de ese hombre.—Así será, si Dios quiere.—Esto dicho, el frontero se armó de un lazo, y sin

mas armas salió al encuentro del cristiano que le miraba asombrado. Ambos adversarios precipitáronse el uno sobre el otro, y el cristiano desmontó al musulman de un bote de lanza. Mas este se repuso con ligereza á caballo y se lanzó de nuevo sobre su enemigo á quien dirigió con tanta certeza el lazo, que le asió por el cuello, lo desmontó y lo condujo arrastrando hasta los piés de Almanzor.—Hé aquí un valiente, dijo Ibn-al-Mozhafi, así es como yo entiendo el valor, y por lo que os dije que en vuestro ejército no habia mil, ni ciento, ni aun diez valientes guerreros.—Almanzor se mostró muy complacido con el general, y le honró mucho.»

Lo cual no fué obstáculo, para que en el mes de marzo del año siguiente (978) lo mandase encerrar con toda su familia en las prisiones de Estado en Zahara, y lo condenase á muerte sin forma de proceso; y eso que Ibu-al-Mozhafi, era general en jefe de caballería y sobrino del primer ministro Djafar Mozhafi.

La falta, ó mejor diremos, el laconismo y confusion que encontramos en las noticias que de aquellos sucesos nos han conservado las crónicas latinas y la obra de Conde, nos obliga á condensar todavía mas la narracion de los permenores de las campañas que se sucedieron sin interrupcion, de alguna de las cuales nos veremos obligados á mencionar solo la fecha, aceptando despues de su comprobacion las que señalan los escritores árabes traducidos por Dozy; asi pues, vamos á referir en globo los sucesos que precedieron á la campaña de 981.

Parece que los años anteriores, Almanzor tuvo harto que hacer en Córdoba á fin de concentrar todo el poder en sus manos, para que le fuera dado pensar sériamente en mover la guerra contra los cristianos. Solo dos hechos importantes han llegado á nuestro conocimiento pero son bastante abultados para que deduzcamos de ellos la medida de los demás, en cuanto á las luchas que el terrible *Hadjib* tuvo que sostener para los fines de su ambicion. Es el primero la caida del primer ministro de los últimos años del reinado de Al-Hakem y de los primeros de Hixem, Djafar al-Mozhafi, quien, segun Conde, fué mandado procesar, sin que consten los motivos, por Almanzor, y encarcelado en un torreon de las murallas donde murió misteriosamente, por lo visto despues del suplicio de su sobrino Ibn-al-Mozhafi, general de caballería: y el segundo, la rebelion de Galib, suegro de Almanzor, y walí de Medina-Celi, de quien el *Hadjib* se habia servido para perder á Al-Mozhafi; hecho lo cual, quiso tambien inutilizar el instrumento de su ambicion, que se vió obligado á tomar las armas para defenderse. Almanzor envió contra su suegro un ejército al mando del príncipe Abdallah, de la familia de los Ommiadas, como descendiente en línea recta de Al-Hakem I, príncipe conocido en la historia de los árabes con el apodo de *Piedra Seca*, que le daban los cristianos y los musulmanes, sin duda por su sórdida avaricia. Abdallah venció á Galib y le obligó á reconocer la autoridad del Califa, quedando en su virtud con el gobierno de Medi-

na-Celi. Mas al poco tiempo, habiendo hecho *alianza con los cristianos*, volvió á sublevarse, obligando al *Hadjib* á ir en persona á combatirle. Dióse una batalla entre Almanzor y Galib, en la cual este último murió, parece que á resultas de un golpe descomunal que se dió en la cabeza contra el cabalhueste, ó silla de armas de su caballo, en el momento en que la victoria se declaraba en su favor.

Parece que despues de esta victoria, el *Hadjib*, nombró gobernador de Toledo al príncipe Abdallah, ó *Piedra Seca*, como en lo sucesivo le llamaremos, en reemplazo de Abdo-l-Melik, que lo era por nombramiento del Califa Hixem.

Vencida la sublevacion de Galib, Almanzor abrió la campaña, (Julio de 981) contra Ramiro III rey de Leon. Dió el mando de la vanguardia de su ejército, compuesto de caballería de Toledo, de las tropás regulares (probablemente los africanos) y de numerosa infantería, á *Piedra Seca*, quien puso sitio á Zamora de cuya plaza no pudo apoderarse. Despechado con el mal éxito de su tentativa, se vengó asolando á hierro y fuego toda la comarca, en uno de cuyos distritos destruyó cerca de mil pueblecillos donde habia muchas iglesias, y regresó á Córdoba con cuatro mil cautivos despues de haber degollado otros tantos cristianos (Ibn-l-Abbar.)

Levantado el cerco de Zamora, Almanzor se dirigió sobre Leon que tambien sitió inútilmente. En el entretanto, Ramiro III habia formado alianza con el conde de Castilla y el rey de Navarra. El ejército

cristiano aliado avistó en la Rueda, al S. O. de Simancas (crónica de Cerdeña) el de Almanzor. Los cristianos perdieron la batalla, y los musulmanes se dirigieron sobre Simancas que tomaron por asalto y destruyeron.

En el año 982, estalló la guerra civil en los Estados del rey Ramiro III. Los condes de Galicia que solo por la fuerza se avenian en reconocer la supremacia de Leon, aprovecháronse del desprestigio que habia caido sobre Ramiro, á resultas de las frecuentes derrotas que sufrieron sus armas, y de las demasías que en daño de la Iglesia y de los nobles de Galicia, de Leon y de Castilla cometia. (Sampiro c. 30, Cronicon Iriense) se sublevaron y proclamaron rey al jóven Bermudo, hijo de Ordoño III que habia sido criado en Santiago. Noticioso de la rebelion, Ramiro marchó con un ejército sobre Galicia; mas los condes sublevados le salieron al encuentro. Avistáronse ambas huestes en las fronteras de Leon y Galicia, en un paraje llamado puerto de Arenas, junto á Monteroso, donde trabaron la refriega, que duró hasta que la noche separó á los combatientes sin que hubiera entre ellos ni vencidos ni vencedores. Ramiro regresó á Leon y los condes gallegos á sus estados.

Si hemos de dar crédito al historiador Ibn-Kaldun, Ramiro III, despues de este suceso, *reconoció de nuevo* la soberanía de Almanzor. Dos años mas tarde, entre los meses de Marzo y Abril de 984, Bermudo que habia enviado mensajeros á Córdoba para entablar negociaciones con el poderoso Hadjib,

auxiliado por éste se apoderó de Leon, de donde huyó Ramiro III. El Cronicon Iriense confirma el suceso con las siguientes palabras: «Y así pudo Bermudo entrar en el reino de Leon *con la ayuda de los paganos.*» Ibn-Kaldun dice, que Almanzor dió á Bermudo «Zamora, Leon y el territorio comprendido entre estas dos ciudades y el mar bajo condiciones que el rey cristiano aceptó.» En Junio del mismo año, Ramiro III murió y fué enterrado en el monasterio de Destriana, dedicado á S. Miguel y situado al S. de Astorga.

Parecía consecuencia precisa, dentro del órden normal de las cosas, que á la intervencion de las armas musulmanas en favor de Bermudo II llamado el *Gotoso*, se siguiese la paz entre el rey de Leon y el *Hadjib* de Hixem II; y sin embargo, aconteció todo lo contrario. Almanzor continuó sus expediciones anuales de primavera y otoño en el pais cristiano, devastándolo sin piedad, en términos de que segun los mismos historiadores arábigos, «Justamente indignado Bermudo de las violencias que Almanzor cometia en tierras de Galicia y del desprecio que manifestaba á los cristianos, se sublevó y recurrió á las armas para vengarse de tantos agravios.»

No se dejó esperar mucho tiempo la venganza del terrible *Hadjib;* pues al tener noticias de los intentos de Bermudo, dispuso dar comienzo á la campaña de aquel año por los Estados de aquel á quien habia ayudado á sentarse en el trono de Ramiro III. En su consecuencia no bien despuntó la buena es-

tacion se puso al frente de un numeroso ejército y marchó hasta sentar sus reales delante de los muros de Leon, cuyo sitio emprendió ejecutivamente. Era esta ciudad una de las plazas de armas mas fuertes de la Península, conservándose en ella todavía en buen estado, las sólidas fortificaciones construidas en tiempo de los Romanos. Bermudo, enfermo é imposibilitado de mantenerse á caballo, se habia retirado al primer rumor del avance del ejército musulman, á Oviedo, dejando encomendada la defensa de la ciudad al conde *Gonzalve* (no Guillermo, como pretenden muchos historiadores) *Gonzalez*. Un año, segun refieren las crónicas cristianas, y en particular la del obispo de Tuy que es quien escribe mas á la larga el suceso, duró el sitio de Leon, sin que durante tan largo trascurso de tiempo, Almanzor lograse ventaja alguna señalada sobre la plaza, Por fin, reunido un numeroso tren de máquinas de batir, los musulmanes embistieron denodadamente á la ciudad y abrieron una espaciosa brecha en sus formidables muros. Las primeras banderas que se lanzaron al asalto fueron gallardamente rechazadas por los cristianos, animados por la voz y el ejemplo del conde Gonzalve Gonzalez, que enfermo y postrado en su lecho se habia hecho conducir en él al sitio del peligro. Tres dias duraron los asaltos por aquella brecha, interceptada ya al cabo de aquel tiempo por montones de cadáveres; mas al cuarto, abierta otra junto á la puerta del Mediodia, y tomada con muerte de sus defensores, las banderas musulmanas penetraron en la ciudad

y derramándose por sus calles como un torrente que ha roto el dique que le contenia, llegaron degollando cuantos cristianos encontraron á su paso hasta la primera brecha que franquearon á los suyos, despues de haber dado muerte á los que la defendieran, y al heróico conde Gonzalve Gonzalez en el mismo lecho donde le tenia postrado su enfermedad.

Tomada la plaza, Almanzor mandó destruir sus murallas y torreones, algunos de los cuales resistieron cuantos esfuerzos se intentaron para arrasarlos. La fecha de la toma de Leon no se encuentra consignada en ninguna crónica cristiana ni arábiga; solo Ibn-Kaldun es quien la fija en el año 378 de la Hegira, (21 de Abril de 988 á 10 de Abril de 980.)

La campaña de la primavera del año siguiente emprendida por Almanzor en territorio de Castilla parece que fué de poca importancia para las armas cristianas y musulmanas; mas en ella tuvo lugar un suceso, mas bien diremos un rasgo de la astuta política del prepotente *Hadjib*, que nos confirmará en el juicio que tenemos formado de su carácter. Este hecho, que como otros muchos que dejamos consignados y continuaremos consignando en las páginas que consagramos á la historia del periodo de la dominacion de los Árabes en Andalucía, no se encuentra en las obras de los autores que nos han precedido, que no conocieron los importantes trabajos del orientalista Dozy. Hélo aquí:

«Abderrahman ibn-Motarrif, gobernador de Za-

ragoza, viendo que Almanzor habia destruido los hombres mas nobles y mas poderosos del imperio y que solo entre todos quedaba él, temió, con fundado motivo, caer víctima de la insaciable ambicion del *Hadjib*. Esta aprension dispuso su ánimo contra el primer ministro en términos de que solo esperaba una coyuntura favorable para alzar la bandera de la rebelion. Desgraciadamente para él sus deseos se vieron satisfechos mas pronto de lo que esperaba. Encontrábase en aquellos dias en Zaragoza un hijo de Almanzor, llamado Abdollah, jóven inquieto y turbulento, que se lamentaba con todo el que queria oirle de la marcada predileccion con que su padre miraba al mayor de sus hermanos. El gobernador de Zaragoza se dió trazas para exitar los resentimientos de Abdollah, hasta el punto que el imprudente jóven se convino con su instigador en rebelarse contra la autoridad de su padre; y pactaron entre los dos que si la victoria coronaba su empresa, se dividirian la España reinando Ahderrahman como soberano absoluto en Aragon, y Abdollah en Andalucía. Tomaron parte en esta conspiracion buen número de nobles y generales residentes en Córdoba, y el gobernador de Toledo, *Piedra Seca*, que despues del descalabro que sufrió ante los muros de Leon, habia vuelto á su wasirato. Almanzor tuvo noticia de estos manejos, y tomó sus medidas para desbaratarlos. Al efecto, hizo venir á su lado á su hijo Abdollah, y le trató con las mayores consideraciones; tambien llamó al gobernador de Toledo, le recibió muy

bien; mas á los pocos dias le destituyó del cargo que ejercía y le dió su casa por cárcel. Esto hecho, anunció la guerra contra los cristianos de Castilla (989) y envió órdenes al gobernador de Zaragoza para que con sus banderas se incorporase al ejército espedicionario. Reunida la hueste y puesta en marcha, el *Hadjib* cohechó las tropas zaragozanas, cuyos soldados, llegado que fueron á Guadalajara, acusaron á su general Abderrahman ibn-Motarrif, de haberse apropiado sus pagas. Almanzor dió oido á las quejas de la tropa, y en su virtud, en principios de Junio de aquel año depuso á Abderrahman de su gobierno; pero como hábil político trató de conjurar el descontento de la poderosa familia del wali exhonerado, nombrando en su lugar á Yahya, conocido con el nombre de *Samedjah*, hijo de Abderrahman. Pocos dias despues, el 11 del mismo mes, hizo arrestar al walí depuesto; pero sin darse por entendido del complót que habia fraguado contra su autoridad: por el contrario mandó que se examinase la inversion de las sumas que se le habian dado para pagar las tropas, y lo hizo condenar.»

Terminada aquella campaña, que como dijimos anteriormente, no dió grandes resultados, Almanzor regresó á Córdoba. Al llegar á su palacio de Az-Zahirah, situado á corta distancia de la capital, mandó degollar en su presencia al infortunado Abderrahman.

Al concluir el estío de aquel año (989) el *Hadjib* abrió la campaña de Otoño contra el conde de Cas-

tilla García Fernandez. Llevó en su compañía á su hijo Abdollah, á quien procuró en vano desenojar prodigándole todo género de halagos y distinciones. Nada alcanzó á convencer aquel hijo rebelde, que profesaba un ódio implacable á su padre. Así que, no bien hubo puesto Almanzor sitio á la fortaleza de San Esteban de Gormaz en Castilla, Abdollah abandonó en secreto los reales musulmanes, y acompañado de sus pages buscó un refugio en el campo de García Fernandez, conde de Castilla y Álava; quien le ofreció ayudarle contra su padre. No bien Almanzor tuvo conocimiento de la fuga de Abdollah, y del refugio que habia buscado, movió ejecutivamente su ejército contra Garcia Fernandez y le intimó le entregase su hijo. Negóse á ello el Conde de Castilla y aceptó la batalla que el *Hadjib* le presentaba. El resultado no fué cual correspondia al hidalgo proceder del Conde de Castilla, cuyo ejército fué derrotado. El de los musulmanes, despues de la victoria, se apoderó de la fortaleza de Osma, en la que puso guarnicion, y pocos dias despues de la de Alcoba.

Es de suponer que en la primavera del año siguiente, 990, se renovarian las hostilidades periódicas, pues por mas que las crónicas cristianas ni las musulmanas den cuenta de esta espedicion, es evidente que debió verificarse puesto que en el otoño de aquel año, segun refiere Ibn-Adhari, citado por Dozy, el conde Garcia Fernandez, viéndose imposibilitado de continuar una guerra tan desastrosa para sus Estados, consintió en entregar

á Abdollah á su padre; en virtud de lo cual Almanzor suscribió á firmar la paz. Abdollah y sus pages ginetes en sendas mulas y fuertemente escoltados emprendieron la marcha hácia el campamento de Almanzor, quien al saber que su hijo se habia puesto en camino envió á su encuentro uno de sus esclavos llamado Sad. Este, no bien le avistó, corrió presuroso á besarle la mano en señal de respeto que el desventurado jóven interpretó como una garantia del perdon que su padre le otorgaba; esperanza que el pérfido esclavo alimentó durante el camino en el pecho del hijo de su amo. Mas cuando la cabalgada hubo llegado á las márgenes del Duero, es decir, á la frontera, Sad, se apartó á un lado despues de mandar á sus soldados que dieran muerte á Abdollah. Los encargados de ejecutar aquella inhumana sentencia, anunciaron al desventurado jóven que era llegada su última hora. El noble Amerida se apeó con entereza de su montura, y con semblante sereno presentó el cuello á la cuchilla del verdugo. Así murió Abdollah, víctima de su ambicion, á la edad de veintitres años, en la tarde del mártes 9 de setiembre del año 990.

Los documentos históricos conocidos hasta el dia, no hacen mencion de suceso alguno importante ocurrido entre cristianos y musulmanes en los años 991 y 992. Este silencio se parece á la calma que precede las tormentas de la Línea; puesto que en el siguiente ocurrieron tales sucesos en Leon, Castilla y Galicia, que hacen de él uno de los mas interesantes de aquella época. En Castilla sublevó-

se Sancho Garcés contra su padre Garcia Fernandez, y en Galicia Gonzalvo Menendez contra Bermudo. La intentona de aquel desapoderado conde que se daba ínfulas de rey, fué muy luego reprimida por el de Leon; mas no así las revueltas de Castilla que duraron hasta fines del año 994.

En el anterior, ó sea 993, ocurrió un suceso estraordinario, sin ejemplo entre los cristianos del norte del Duero, que prueba el estado de postracion y completa decadencia á que habia llegado al finalizar el siglo x, aquel reino tan guerrero, tan próspero y floreciente relativamente, que fundó Pelayo y dilataron los Alfonsos y los Ramiros hasta cerca del Tajo, y que las ambiciones de una nobleza indisciplinada y rebelde redujeron á su primer orígen, ayudadas por las victorias de Almanzor, cuya astuta política se aprovechó grandemente de la impotencia á que la desunion habia reducido las armas que vencieron en Simancas y Alhandega. Este suceso, que hace creibles las siguientes palabras de un historiador arábigo (Ibn-Kaldun): «Almanzor impuso un tributo á los Gallegos, y todos los cristianos reconocieron su autoridad; *de manera que sus príncipes parecian gobernadores nombrados por él*, salvo Bermudo hijo de Ordoño y Menendo Gonzalez, conde de Galicia, que se mantenian mas independientes que los otros.» Este suceso, repetimos, hélo aquí:

«Bermudo, dice el historiador antes citado, envió en 383 (393) su hija á Almanzor, que hizo de ella su esclava, y mas adelante se casó con ella.» A

mayor abundamiento, otro autor musulman, Ibn-al-Khatib, en su artículo sobre Almanzor (Dozy) hablando del casamiento del *Hadjib* con una princesa del Norte, dice: «El gefe de los Rums, (romanos) le temia hasta el punto que quiso entroncar con él, y le ofreció su hija. Esta se hizo la esposa favorita de Almanzor, y sobrepujó á todas las demás en virtud y piedad.»

Este hecho singular, que prueba cómo en aquellos siglos, lo mismo que en los nuestros, la *razon de Estado* se sobreponia en ciertos casos á la moral y á los instintos de justicia, se vé confirmado por una autoridad cristiana. La crónica escrita en los primeros años del siglo XII, por Pelayo, obispo de Oviedo, dedica en su cap. 2.° un largo párrafo á detallar el suceso, del cual tomamos las siguientes palabras, haciendo caso omiso de la parte legendaria: «De su otra esposa Gelsira, le nacieron al rey Bermudo, dos hijos, Alfonso y Teresa. Despues de la muerte del padre el hermano Alfonso, (este es un error; Alfonso, muerto Almanzor, reclamó su hermana, que le fué devuelta, como luego veremos), casó á esta última, contra su voluntad y solo por el bien de la paz, con el rey moro de Toledo (?)» En Toledo no habia rey. Almanzor que lo *toleraba* en Córdoba, no lo hubiera sufrido ciertamente en cualquier otra capital de la España musulmana; lo que habia era un wali, y éste poco temor podia infundir á Bermudo, para obligarle á sacrificar su hija por el bien de la paz.

En el entretanto continuaban en Castilla los

bandos y las parcialidades desasosegando la tierra, hasta que en el año 994 estalló francamente la rebelion de Sancho Garcés contra su padre el conde Garcia Fernandez. La situacion no podia ser mas favorable para la política de Almanzor, quien abrió la campaña de aquel año por el condado de Castilla, donde se apoderó ejecutivamente de Avila, Clunia y San Esteban, fortalezas tantas veces ganadas y perdidas en aquella larga y porfiada guerra. En tan desesperada situacion el valeroso conde Garcia Fernandez, viéndose estrechado entre las armas musulmanas y la rebelion de su hijo, que se habia levantado *con toda la tierra*, prefirió morir en guerra con aquellos á caer vivo en manos de su hijo. Al efecto, con el auxilio del rey de Navarra su pariente, y de los cristianos de Alava y Castilla que quisieron seguir su bandera, salió de Burgos, *mas animoso que fuerte* (Ambrosio de Morales), resuelto á dar la batalla á Almanzor allí donde lo encontrase. Hallólo en la ribera del Duero entre Alcocer y Langa, fortaleza sobre el rio en la comarca de Osma. Trabóse la refriega, que fué porfiada y sangrienta por ámbas partes; pero la victoria se declaró por los musulmanes. El esforzado conde Garcia Fernandez cayó mal herido en poder de sus enemigos. Almanzor le mandó asistir por sus facultativos, cuyos asíduos cuidados no pudieron salvarle de la muerte, que le acometió al quinto dia. Tras esta victoria el *Hadjib* regresó á Córdoba, llevando el cadáver embalsamado del conde de Castilla, que mandó depositar en la iglesia titulada de los Tres Santos, de

aquella capital. Mas adelante, Almanzor se lo devolvió á su hijo Sancho Garcés.

Las crónicas arábigas, dicen los historiadores de España que siguen á Conde, enmudecen acerca de las campañas de Almanzor por los años de 995 y 996; pero afortunadamente para el interés de nuestra historia, el sábio Dozy se ha encargado de llenar esta laguna con la traduccion de manuscritos que fueron desconocidos por el orientalista español. Asi es que nosotros, bebiendo en esta fuente tan autorizada, podemos subsanar esta falta, si nó de una manera tan cumplida como el asunto lo requiere, al menos lo bastante para que no sea tan sensible la *solucion de continuidad*.

«Despues de la toma de Leon (989) y de Zamora, el rey Bermudo (Ibn-kaldun, *Historia de los reyes cristianos de España)* que ya solo poseia algunos castillos en las montañas de la Costa, vivió unas veces en paz y otras en guerra con los musulmanes, en tanto que Almanzor invadia de vez en cuando su pais. Finalmente Bermudo se sometió, retiró su proteccion al *Coraiscita* que se habia sublevado contra el *Hadjib* y se lo entregó en el año 389, (995). Entonces, Almanzor, le impuso un tributo, y pobló Zamora con musulmanes, dejando de gobernador en aquella plaza á Abn-el-Ahwaz Mañ ibn-Abdalaziz.»

Este *Coraiscita*, es el gobernador que fué de Toledo, apellidado *Piedra Seca*, de quien dijimos en la pájina 136 que habia tomado parte en la conspiracion fraguada por Abdollah, hijo de Almanzor, y

el gobernador de Zaragoza contra el *Hadjib*, y á quien el inexorable primer ministro llamó á Córdoba, destituyó de sus funciones y dió por cárcel su palacio. Pero así como Abdollah buscara un refugio al lado del conde de Castilla García Fernandez, así *Piedra Seca* logró evadirse de su encierro y acojerse á la córte de Bermudo II de Leon. Traido preso á Córdoba, en Noviembre de 995, el *Hadjib*, mandó que fuese páseado por las calles de la capital, montado sobre un camello, cargado de cadenas y acompañado de un pregonero que gritaba á voz herida: «Este hombre es Abdollah ben-Abdeloziz, que dejó los musulmanes por vivir entre sus enemigos, y que ayudó á los infieles en sus guerras contra los creyentes.» Oidas estas palabras, *Piedra Seca* esclamó:—«Mientes! Di mas bien: Este es un hombre que cediendo al temor huyó. Ambicionó el imperio; mas no es idólatra ni apóstata.

Terminado este ejemplar castigo—que entre los Árabes no era infamante—*Piedra Seca* fué encerrado en una prision, desde la cual, á fuer de elegante poeta, dirigió un poema á Almanzor suplicándole le perdonase la vida. El *Hadjib*, le indultó de tan terrible pena; mas no le devolvió la libertad, si bien no le secuestró los bienes. *Piedra Seca* dió pruebas de grandeza de alma en su larga prision, escitando con su conducta la compasion general.

VI.

CAMPAÑA DE SANTIAGO DE COMPOSTELA. MUERTE DE ALMANZOR.

997 á 1002.

Sometido Bermudo el Gotoso, en calidad de tributario del Califa de Córdoba, y ocupada militarmente la plaza de Zamora, «Almanzor (Ibn-Khaldun) sitió, tomó y destruyó Astorga capital de Galicia.» En efecto, las crónicas cristianas confirman la toma de esta última ciudad, que despues de la ruina de Leon, habia sido elejida para capital del reino cristiano del Norte del Duero,

«Habiéndose sublevado de nuevo Bermudo, Almanzor, marchó contra Santiago, cerca de la costa de Galicia. Esta ciudad es una peregrinacion de los cristianos, y en ella se encuentra el sepulcro del Apostol Santiago.»

Con tan breves palabras, el historiador Ibn-Khaldun, da cuenta de la campaña de 997, la mas

sonada en los fastos militares de los musulmanes de España. No mas abundantes de detalles acerca de aquel importante acontecimiento se manifiestan la mayor parte de los cronistas de la Edad Media, y por lo tanto nos veriamos imposibilitados de satisfacer la vehemente curiosidad que despierta el recuerdo de aquel suceso, si por fortuna el distinguido escritor Romey, no hubiese publicado en su historia de España, la version que del manuscrito de Al-Makkari, hizo á peticion suya el orientalista Mr. Reinand. Vamos á estractar, pues, esta version que tiene todo el sabor y colorido de un parte militar escrito por un oficial que tomara parte en aquella memorable campaña.

Aparece desde luego, y lo consignamos como un punto histórico del mayor interés, que aquella espedicion fué obra principalmente de los Condes de Galicia rebeldes con Bermudo como lo fueron con los reyes sus antecesores. A esta defeccion y á las muchas semejantes como apuntan las crónicas latinas y arábigas, debió Almanzor, debieron las armas musulmanas sus victorias y largo predominio en España; país condenado fatalmente desde los albores de sus tiempos históricos, á ser víctima de su carácter anti-unitario.

Ningun príncipe islamista, dice Al-Makkari, se habia aventurado en tan arriesgada empresa, dada la distancia y lo escabroso del terreno que habia que recorrer. Estas dificultades no arredraron á Almanzor, que salió de Córdoba el 3 de julio de 937. Esta fué su cuadrajésima octava campaña contra

los cristianos. Emprendió la marcha hacia la comarca de Badajoz. En el camino se le incorporaron varios condes, tributarios de los musulmanes, con sus gentes y *peregrinos arreos militares*. Llega á Bortkal, sobre el Duero, donde le estaba esperando la escuadra que conducia los abastos; manda formar un puente con los barcos y por el atraviesa el ejército el rio. Emprende la marcha para Santiago, cruzando muchas corrientes hasta donde subian las aguas del mar Verde. Atraviésa las fértiles llanuras del país de Farthas y del territorio vecino. Cruza luego el Guadi-Minia, y el ejército se estiende por espaciosas llanuras. Llega al monasterio de San Cosme y á la playa de Balbanei. Toma la fortaleza de Schant Pelay (San Payo, junto á la ria de Vigo). Prosigue su marcha hasta la península de Morazo. Combate en las cumbres á los cristianos que se habian encastillado en ellas, y se apodera de rica presa. Cruza la ria de Pontevedra y el rio Ulla y entra en hermosas y dilatadas campiñas. Saquea uno de los lugares santos de Schant Yakub, (el Padron, problablemente) y, por último, llega á Santiago el dia 10 de Agosto de 997. La ciudad estaba desierta. Los musulmanes se apoderaron de las riquezas atesoradas allí por tantas generaciones; destruyeron iglesias, edificios y murallas, y solo respetaron el sepulcro del Apostol. Sobre el túmulo que era de labor peregrina, encontraron sentado un *jeque de los monges rabanes*: preguntado lo que hacia allí, contestó:—Estoy viviendo con Jaime.—Mandó Almanzor que no se le tocase. Desde San-

tiago siguió el ejército hasta la península formada por las rias de la Coruña y de Betanzos, país nunca pisado por planta musulmana, desde donde, imposibilitada la caballeria de continuar, dispuso Almanzor emprender la retirada hácia los estados de los Condes aliados que tenia en la hueste. Llegado á las cercanías de Ciudad Rodrigo, mandó Almanzor distribuir al ejército incluyendo los condes, el botin de la campaña. Por último, los musulmanes entraron en Córdoba, precedido de cuatro mil cautivos, muchas carretas cargadas de oro, plata y objetos de gran valor fruto de aquella memorable espedicion. Refiere Al-Makkari, y lo corrobora Rodrigo de Toledo, que Almanzor dispuso que los cautivos cristianos condujesen á hombros, durante un viaje de doscientas leguas, las campanas del templo del Apóstol Santiago que mandó colgar, como trofeo que recordase su victoria, en la mezquita mayor de Córdoba, donde sirvieron de lámparas. Ibn-Kaldun, dice, que hizo trasportar las puertas de aquel templo á Córdoba, y las mandó colocar en las azoteas de la mezquita, que en aquella época se estaba agrandando.

Tambien dice este historiador, que despues de tan desastrosos acontecimientos, Bermudo, solicitó la paz, enviando al efecto á su hijo Pelayo (bastardo segun parece) á que se avistase con Abu-el-Ahwaz, gobernador de la plaza de Zamora, quien acompañó á Pelayo á Córdoba donde se ajustaron treguas entre Almanzor y Bermudo.

Tal es la narracion de esta memorable campaña,

tan sonada en los anales de la dominacion de los Árabes en España y tan diversamente contada por nuestros cronistas de la Edad Media, que aseveran que despues de la destruccion del templo y ciudad de Santiago, los infieles emprendieron la retirada cargadísimos de presa; pero que en el camino padecieron tal disenteria, que muy pocos lograron volver á Córdoba.

Este desacuerdo entre ambas narraciones, se hace más notable en lo que respecta á la célebre batalla de Calatañazor y muerte del omnipotente *Hadjib*, que casi todos los cronistas é historiadores de España suponen acontecida en el mismo año, ó en el siguiente de la destruccion de Santiago de Compostela, en tanto que los musulmanes fijan la muerte de Almanzor en el 1002. Conocida la version cristiana, vamos á reproducir la de los autores arábigos, cuyo estracto, y comentarios de Dozy, (*Recherches*, t. 1.° p. 211) traducimos y recomendamos á la atencion de nuestros lectores. Mas antes cúmplenos llenar el espacio de tiempo comprendido entre los años 997 y 1002.

Embargado Almanzor con los sucesos de la guerra de África, en la que su hijo primojénito Abdalmelik el Modhafar, sus generales y las tropas andaluzas se cubrieron de gloria, dejó en reposo á los cristianos de España hasta los años 999 y 1000, en los que renovó las hostilidades contra los cristianos de Castilla. «En la era de 1038, dicen los Anales Complutenses, se dió la batalla de Cervera contra el conde Sancho Garcia y García Gomez.» E Ibn-

Kaldun lo confirma con estas palabras: «Almanzor combatió bravamente la familia de los Gomez. Estos condes reinaban en el país que se estiende entre Zamora y Castilla sobre las fronteras de Galicia. Almanzor tomó su capital que se llamaba Santa María.» (Antiguo nombre de Carrion, cuya catedral estaba consagrada á la Vírgen. Sandoval *cinco Reyes.*)

Ahora, pues, oigamos los comentarios de Dozy, sobre la BATALLA DE CALATAÑAZOR.

«En la primavera del año 1002, cinco despues de su venturosa espedicion contra Santiago de Compostela, Almanzor, á pesar de hallarse enfermo, reunió veinte mil hombres en Toledo, y se puso en marcha para abrir la campaña en el reino de Leon, y principalmente en el condado de Castilla. Estaba escrito en el libro del Destino, que esta campaña, llamada de Canales y del Claustro, por los árabes, fuese la última que hiciese el gran capitan; mas fué venturosa como todas cuantas la precedieron. El condado de Castilla fué devastado, y los musulmanes, como lo indica el nombre que dieron á esta espedicion, penetraron hasta Canales (en la Rioja, á nueve leguas al S. de Nájera) y hasta un monasterio, que debió ser el de San Millan, patron de Castilla.

«Entretanto, la enfermedad de Almanzor empeoraba. Desconfiando de los médicos que no habian sabido ponerse de acuerdo sobre la naturaleza de su mal, y el tratamiento que debia aplicársele, negábase á tomar medicamento alguno convencido

por otra parte de que su padecimiento era incurable. No pudiendo ya mantenerse á caballo, se hacía conducir en silla de manos. Sufría dolores horribles. «Veinte mil soldados, decía, militan bajo mi bandera, y estais seguro que entre todos ellos no se encontrará un hombre tan miserable como yo.»

«Así llevado en litera, por espacio de catorce dias, llegó á Medinaceli. Un solo pensamiento traia embargado su ánimo. Viendo su autoridad *incesantemente combatida*, y *vacilante*, á pesar de sus repetidas victorias y de su celebridad, temia que al saberse su muerte estallase una revolucion y arrebatase el poder de manos de su familia. Atormentado sin cesar por este pensamiento que amargaba cruelmente los últimos instantes de su existencia, hizo llamar á su hijo primojénito Abdelmelik, y desde la cama donde yacia postrado dióle sus últimas instrucciones y le recomendó, que, dejando el mando del ejército á su hermano Abderame, se trasladase sin pérdida de momento á Córdoba, donde deberia asir las riendas del poder y tenerlo todo dispuesto para reprimir cualquier tentativa de insurreccion que se promoviese al llegar la noticia de su muerte á la capital. Abdelmelik prometió cumplir su voluntad; pero la inquietud de Almanzor era tan grande, que volvia á llamar á su hijo y le reiteraba sus consejos cada vez que este, creyendo que su padre habia concluido de hablar, se disponía á retirarse: el moridundo temia siempre haber olvidado alguna cosa, y ocurriasele un nuevo consejo que dar á su hijo. El jóven derramaba abundantes lágrimas, y su

padre le amonestaba para que manifestase la entereza de un hombre. Cuando Abdelmelik se hubo alejado, Almanzor sintiéndose algo aliviado, llamó á los generales de la hueste á su presencia. Estos lo encontraron tan desfigurado que apenas si lo conocieron; demacrado y lívido parecía un cadáver, y hasta habia perdido el uso de la palabra. Así que solo por gestos y con palabras entrecortadas les dió el último adios. Poco tiempo despues, en la noche del lúnes 10 de Agosto, exhaló el postrer aliento.

«Tales son los pormenores que los historiadores arábigos Al-Makkari, Ibn-al-Abbar é Ibu-al-Khatib nos dan acerca de la última campaña y muerte del primer ministro de Hixem II. Pero los cronistas latinos del siglo XIII Lúcas de Tuy y Rodrigo de Toledo, nos suministran muy distinta version. Dicen estos, que Almanzor, aquel héroe jamás vencido, segun testimonio unánime de los cristianos y musulmanes, fué derrotado en Calatañazor entre Osma y Soria, por el ejército aliado Castellano-navarro-leones. Más, por mucha autoridad que se les quiera conceder, ¿deberemos creer á ciegas lo que aseveran acerca de este particular aquellos prelados que escribieron en el siglo XIII? Nos proponemos examinar esta cuestion, y empezamos por traducir la narracion del Obispo Lúcas de Tuy, que es mas antigua y mas completa que la de Rodrigo de Toledo.

«Despues de la expedicion de Almanzor contra Santiago de Compostela, el rey Bermudo envió sus mensajeros al Conde de Castilla García Fernandez,

y á Garcia rey de Navarra, rogándoles que le ayudasen á combatir al terrible enemigo. El rey García movió la mayor parte de su ejército, y el Conde Garcia Fernandez respondió en persona con el suyo. El rey Bermudo tan impedido por la gota que no podia tenerse á caballo, se hizo llevar en hombros, y vino con un grande ejército al encuentro de Almanzor, que despues de haber estragado la tierra de Galicia, se disponia á renovar sus devastaciones por las fronteras de Castilla. Trabóse la batalla cerca de Calatañazor; murieron muchisimos sarracenos, y el mismo Almanzor hubiera sido hecho prisionero á no salvarse favorecido por la oscuridad de la noche. Sin embargo, no fué vencido en este dia y huyó durante la noche. A la mañana siguiente mandó el rey Bermudo que se pusiesen en batalla para combatir los Sarracenos. El ejército llegó al campo del enemigo y solo encontró las tiendas y mucha presa; pero el Conde García Fernandez que seguia á los Sarracenos fugitivos, mató tantos que no se podian contar. Fué milagroso que el mismo dia de la rota de Almanzor en Calatañazor, se oyó en las orillas del Guadalquivir un pescador que con voz lamentable decia ya en Caldeo ya en español:

En Calatañazor
perdió Almanzor
el atambor,

Los bárbaros de Córdoba iban á él; pero se desparecía y luego se mostraba en otro punto repitiendo sus lamentos. Creemos que fuera el diablo que

lloraba la derrota de los Sarracenos. En cuanto á Almanzor, desde el dia en que fué vencido no quiso mas comer ni beber, y cuando llegó á Medinaceli, murió.»

Lo particular del caso es, que ningun autor árabe hace referencia á esta batalla. Verdad es, que se la encuentra mencionada en la traduccion inglesa de Al-Makkari; mas debo decir, con harto sentimiento mio (Dozy) que el traductor se ha tomado la libertad de interpolar en el manuscrito de Al-Makkari, el extracto de un pasage de Conde que se permitió desfigurar la narracion de Lucas de Tuy, dándola como de un historiador arábigo. Estos nó dicen ni una palabra de semejante batalla; así como tampoco los cronistas latinos anteriores al siglo XIII tuvieron noticia de ella, puesto que no se encuentra mencionada en las crónicas compendiadas, en el Monje de Silos, en Pelayo de Oviedo, ni en la *Historia Compostelana*. Y, lo que mas sorprende, es que el Silense, despues de trazar un cuadro sombrio de las calamidades sin cuento que el terrible *Hadjib* hiciera llover sobre la España cristiana, concluye asi: «Al fin el Señor tuvo piedad de tanta miseria; murió Almanzor, y el demonio que le habia poseido vivo se lo llevó despues de muerto.»

«Ademas de que el silencio de todos aquellos autores no abona mucho en favor de la narracion de Lucas de Tuy, se advierte examinándola de cerca, que no es nada verosimil. En efecto; observemos que segun aquella relacion, el *Hadjib* no pasó de Calatañazor donde se vió detenido por el ejérci-

to cristiano confederado; lo cual no es enteramente cierto, puesto que Almanzor penetró en Castilla hasta las inmediaciones de Canalés. Los aliados, pues, no pudieron detenerle en la *Peña del Buitre.* Y, por otra parte ¿quiénes fueron aquellos aliados? Bermudo de Leon, que falleciera tres años antes, y García de Castilla enterrado hacia siete. Hé aquí un imperdonable anacronismo.

«La batalla de Calatañazor forma parte de una série de leyendas que tienen por punto de partida la expedicion de Almanzor á Santiago de Compostela. La derrota, pues del *Hadjib* en Calatañazor fué el corolario de aquella série de leyendas inventadas no todas de una vez, sinó sucesivamente para desagraviar y despertar el honor nacional.»

Hemos llegado venciendo no pocas dificultades, nacidas de la escasez de noticias que puedan ser consideradas como enteramente fidedignas, al término de la vida, de la gloriosa carrera militar y del *largo ministerio*, de aquel hombre extraordinario que la historia ha inmortalizado con el nombre de Almanzor. Hombre á quien hicieron tanto ó mas célebre que sus no interrumpidas victorias sobre los cristianos de toda España, su ciencia de hombre de Estado y su profunda habilidad política, que le permitieron mantenerse en el poder durante veintiseis años á despecho de los partidos y de los grandes intereses conjurados para derribarle. Fué una época grande en la historia de la España musulmana la de la *situacion* que creó el génio de Mohammed ben-abi-Ahmer; y acaso mas extraordinaria que

grande, pues con medios enteramente nuevos, desconocidos hasta entonces en aquel pueblo, trasformó radicalmente su fisonomía político-social, convirtiéndolo de libre é independiente que era, en esclavo dócil y sumiso á la voluntad del peor de los despotismos, el despotismo que no cuenta con otro elemento de existencia sino la fuerza material.

No nos es conocido todavía el secreto de aquella política, vista la escasez, repetimos de documentos y los nueve siglos que van trascurridos, tiempo harto suficiente para que se haya perdido hasta el rastro de la tradiccion; pero si hemos de juzgar por lo poco que de ella ha llegado hasta nosotros, es evidente que se le encuentran no pocos puntos de semejanza con la que impera desde hace mas de medio siglo en la España de nuestros dias, á pesar de la diversidad de pasiones, creencias, costumbres é intereses que no puede menos de existir entre la raza musulmano-española de fines del siglo X y la cristiana española tambien del segundo tercio del XIX. Entonces aquel hombre de Estado, recurrió, como recurren los nuestros en el dia, á una *situacion de fuerza* para salvar la sociedad, es decir, salvarse á si mismo: entonces, como ahora, se echó un velo sobre la *estátua de la ley*, cuya legítima representacion era el Califa; y entonces como ahora, se dió suma preponderancia al elemento militar, el cual entonces como ahora, como sucede siempre que la fuerza material *reina y gobierna*, se deshizo en cuanto faltó el brazo que lo empujaba y la cabeza que pensaba por ella, y dejó el campo expedito

á los partidos que comprimidos demasiado y por demasiado tiempo, trajeron la revolucion, la anarquía y su legítima consecuencia, la guerra civil, que destruyó en un dia la obra de tres siglos cumplidos.

Verdad es que aquellos partidos por ser principalmente hechuras de Almanzor fueron muy conocidos del *Hadjib*, que cuando wizir alentó á uno de ellos y cuando ministro omnipotente creó el otro; y en tal virtud, conociéndolos, repetimos recurrió al único medio capaz de sujetarlos; pero no es menos cierto que dió nueva vida á los partidos tradicionales que existian mucho antes de que Abi-Ahmer hubiese cambiado este nombre por el de Almanzor, amontonando así todo el combustible necesario para producir la hoguera que consumió en horas el imperio musulman de Occidente. La situacion creada por Almanzor fué una de esas situaciones solo posibles en las monarquías donde la escesiva centralizacion del poder produce el mas feroz de los despotismos y en las que tambien solo son posibles los favoritos, los peores de los déspotas; y es notorio, que abi-Ahmer lo fué de la sultana Sohbeya y lo fué de su hijo el Califa Hixem II, fugitiva sombra de aquellos gloriosos soberanos que desde Abderrahman I hasta Al-Hakem II tuvieron vinculada en su persona toda la grandeza del periodo histórico que los contó en su seno.

Con esta privanza, pues, que le concedieron la regente y el imbécil rey de un pueblo el mas culto, vivo é ingenioso, pero al mismo tiempo el mas

atrasado, políticamente hablando, entre todos los pueblos cultos ó semi-bárbaros de la Europa de aquellos tiempos, privanza que ponia en sus manos todo el poder real, y además el sumo pontificado de la religion; con un ejército mercenario estrangero, hechura esclusivamente suya y en tal virtud ciegamente adicto á su persona, es decir, con dos *novedades*, el *favoritismo* todo poderoso, y un ejército *permanente*, instituciones políticas enteramente nuevas por la sociedad político-civil musulmana, que las contempló atónita ó aterrada, visto que en su constitucion escrita ó tradicional, ni se conocia ni existian medios legales para combatirlas; con su estudiada proteccion á las letras—mas no á las *ciencias especulativas* y las distinciones con que honraba á los poetas y á los hombres doctos que se habian granjeado el *aura popular*, para quienes su palacio era una academia, pretendiendo rivalizar en esto con los Califas cuyo poder habia usurpado, y responder de esta manera á las exigencias de aquella culta sociedad, y por último, con su génio, su audacia, su arrojo que no conocia el miedo y desconocia los escrúpulos en punto á derribar cuantas cabezas, incluso la de sus propios hijos, pretendian levantarse al nivel de la suya, pudo crearse Almanzor y sostener aquel inmenso poder, cimentado en la fuerza y apoyado en las masas fanáticas cuyos instintos de feroz intolerancia estimulaba y esplotaba contra la aristocracia, en medio de una raza que conservaba todavía el espíritu de salvaje independencia que trajo del Desierto, y que hasta entonces solo habia

obedecido por costumbre y por respeto á sus primeros y lejítimos soberanos los Califas de Córdoba.

Rara coincidencia; los dos pueblos verdaderamente formidables el uno para el otro, el cristiano de allende el Duero y el musulman de aquende los montes Marianos, que vieron nacer aquel periodo de su respectiva historia, cada uno con un rey menor de edad y en tal virtud inconvenientes en aquellas sociedades cuyo estado natural era la guerra como suprema ley de conservacion, tuvieron tambien cada uno un hombre estraordinario que se hizo superior al rey, que tuvo que apelar á los mismos medios para sostener su usurpada soberania, y que llenó con su nombre aquel periodo de gloriosos triunfos ó desastres para los dos pueblos.

Compréndese desde luego que aludimos al Conde de Castilla y al *Hadjib* de Hixem II. Estos dos hombres que fueron los mas encarnizados enemigos, puesto que si bien se mira estuvieron constantemente en guerra el uno con el otro durante toda la última cuarta parte del siglo x, sin que mediara entre ellos un solo año de tregua, al paso que mediaron muchos entre Almanzor y los reyes de Leon, los de Navarra y condes de Barcelona, estos dos hombres, repetimos, que al parecer se odiaban de muerte, eran, sin embargo, tan necesarios el uno al otro, que á faltar uno de los dos acaso el otro no hubiera podido subsistir. Hé aqui. en parte, el secreto de la politica de Almanzor; hé aqui, en parte el secretro de aquellas cincuenta campañas en el discurso de veinticinco años. El *Hadjib*, necesitaba pa-

ra aherrojar á los partidos que en Córdoba conspiraban contra él y para mantenerse en el poder, un ejército permanente, en un pueblo que no conocia ni necesitaba semejante institucion. El Conde de Castilla necesitaba, para sostener su independencia de los reyes de Leon, un ejército en el que los hábitos guerreros suplieran al corto número de sus soldados. El uno al otro, pues, se tomaban por pretesto para estar constantemente sobre las armas, mas bien que en son de guerra en son de amenaza contra los enemigos interiores que pugnaban por derribarlos. ¿Cómo se esplica sinó, que Almanzor conquistara la Marca Hispana en la primera campaña que hizo en ella, tomara á Barcelona y dejase guarnicion en esta plaza para mantener sugeto al pais; que se apoderase de Zamora en el reino de Leon, y tambien en esta plaza dejase tropas musulmanas y un gobernador para conservar en su obediencia aquel Estado, y que en el Condado de Castilla, á pesar de sus dos campañas anuales, á pesar de ser el pais que le fué mas hostil y con el que no dejó de guerrear ni un momento, nunca tratase de ocupar formalmente tan reducido Estado ó tomar posesion de algunas de sus plazas fuertes ó puntos estratégicos para poner término de una vez á aquella interminable, costosa y sangrienta guerra? Claro está; porque concluida se hacia necesario licenciar el ejército africano, terminado el pretesto de su permanencia sobre las armas, y el poderoso *Hadjib* se quedaba sin el principal medio de accion para tener sujetos á los partidos,

De la misma manera, ¿por qué el conde de Castilla, á semejanza de los reyes de Leon, no solicitó la paz del divan de Córdoba? Porque la hubiera obtenido, y con ella hubiese quedado á la merced de su mas temido enemigo el Leonés.

Creemos firmemente, que la guerra entre Almanzor y el conde de Castilla fué un pretesto para cohonestar las miras de su *política interior*, y en tal virtud un simulacro de guerra; de la que tomaron ejemplo los Condottieris italianos del siglo XV. Porque no es posible esplicar de otra manera, que un Estado pequeño, sean los que se quieran sus recursos, pueda sufrir las desastrosas consecuencias de *cincuenta campañas*, siempre funestas para él, sin quedar literalmente borrado de la superficie de la tierra; y es notorio que el condado de Castilla no quedó en esta situacion, puesto que no muchos años despues tomó una parte activa en la guerra civil que estalló en Andalucia, auxiliando poderosamente con sus armas á los partidos que destruyeron el califato de Córdoba, dejándolo reducido á las murallas de esta ciudad.

Así, pues, haciendo una guerra sin tregua ni descanso por espacio de cinco lustros cuyos estragos no se conocieron en Andalucía, puesto que en ella solo gastó los recursos de los pueblos que sometia con el rigor de sus armas, ni derramó mas sangre que la de sus mercenarios africanos; enriqueciendo y elevando al nivel de la rancia nobleza musulmana la nobleza improvisada de los eunucos y esclavos gefes de las tropas eslavas, y la de los

hambrientos y *haraposos* capitanes de las berberiscas hechuras é instrumentos de su política; esterminando á los jeques ambiciosos de la casta noble que no le eran afectos sin pretender, como profundo conocedor de las condiciones de aquella sociedad, destruir la aristocracia propiamente dicha; halagando las pasiones populares y erigiéndose en protector de las letras y de los sábios; y finalmente, haciendo pedazos entre sus manos los instrumentos que le servian para realizar sus miras cuando estos instrumentos llegaban á inspirarle recelos, es decir, constituyéndose en verdugo de los verdugos de las víctimas de su ambicion, llegó á ser el soberano de hecho del poderoso imperio musulman de Occidente; sin mas títulos que su audacia, talento y fortuna, y sin mas respetabilidad á los ojos de la nobleza que el terror que inspiraban sus decretos de muerte y el ejército africano que le servia de guardia pretoriana y mantenia á raya á todos sus rivales y competidores.

Pero á su viva penetracion se ocultó que su anómala soberanía era un ariete que batia en brecha la única soberanía posible en el pueblo musulman, es decir, el trono de los Califas; que este yacía sin fuerza ni prestigio en daño de la unidad del imperio tan penosa y sangrientamente conseguida, y en provecho de la aristocracia que no cesó de conspirar contra él desde el dia de su ereccion, y que al verle, al fin, postrado y envilecido le negaria resueltamente la obediencia y acabaria por demolerlo sepultando entre sus escombros la obra to-

da del poderoso *Hadjib*, su familia, su partido y los inmensos intereses que se habian creado al amparo de un primer ministro que subsistiera veinticinco años al frente del gobierno del Estado.

Esto no lo vió Almanzor, mas lo vieron sus hijos y herederos de su poder, muy poco tiempo despues de su fallecimiento en Medinaceli; y lo vió, por su mal, Andalucía, que de los brazos de una raza culta, ilustrada y generosa, cayó de improviso en las torpes manos de dos facciones, desechos ambas de dos pueblos extranjeros; compuesta la una de eunucos esclavos, y de bárbaros africanos la otra, las cuales emplearon menos tiempo en demoler el grandioso edificio del imperio Árabe de España, que tardaron los soldados de Tarik y Muza en arrasar el de los Godos.

Se ha pretendido por algun historiador hallar cierta relacion de semejanza entre Almanzor y Augusto, dada la analogía de los medios que aquellos dos grandes hombres emplearon para usurpar el poder supremo, y la circunstancia de que el primero, de la misma manera que el segundo, se hizo mas humano á medida que la consolidacion de su poder le permitió reducir á la impotencia á sus contrarios sin recurrir al verdugo. Sin embargo; existe una notable diferencia entre ellos: Augusto supo conciliarse hasta su muerte el amor del pueblo á quien despojara de su libertad; Almanzor murió preocupado con el temor de que la noticia de su fallecimiento fuese la señal de una sublevacion en Andalucía, para arrebatar el poder de manos de su fami-

lia: Augusto, al morir dejó el imperio en paz y en un estado floreciente; Almanzor lo dejó entregado al furor de los partidos que lo despedazaron y destruyeron para siempre; Augusto murió con la sonrisa en los lábios y el cinismo en la espresion; Almanzor falleció entre los mas acerbos dolores y punzantes inquietudes; Augusto, en fin, fué un gran cómico que representó su papel con general aplauso en un teatro cuajado de espectadores corrompidos ó degenerados; Almanzor fué un déspota musulman con escrúpulos de *ministro constitucional*, en cuanto se referia a la sagrada persona del monarca, que ejerció sus funciones en un pueblo no corrompido ni degenerado, pero que estaba todavía en la cuna, junto al cual el *Hadjib* le abrió una sepultura con las espadas de sus mercenarios africanos.

Vamos á terminar este lijero bosquejo del retrato de aquel hombre estraordinario, con algunas pinceladas, ó sean rasgos de su carácter que pondrán de relieve su fisonomía moral.

Refiere Ibn-Adhari, (Dozy) que cuando Almanzor quiso deshacerse de Djafar, conocido con el nombre de Ibno-el-Andalosi, le prodigó las mayores atenciones, y le invitó á asistir á un banquete que dió en su palácio la noche del 22 de enero de 983. Ibno-el-Andalosi aceptó la invitacion. Sentados los convidados, el copero presentó una copa á Almanzor, quien le dijo:—Ofrécela en mi nombre á aquel á quien distingo entre todos mis huéspedes. —El copero que estaba aleccionado de antemano,

titubeó fingiendo ignorar la persona á quien aludia su señor; y Almanzor le reprendió, esclamando con acento enojado:—¡Al wazir Abu-Ahmed, copero torpe, á quien maldiga Dios!—Lisonjeado con esta señalada preferencia, Ibno-el-Andalosi se puso en pié y apuró la copa. El vino le trastornó en términos que sin respeto al lugar ni á la presencia del primer ministro empezó á bailar en medio de la sala del festin. La alegria de Ibno-el-Andalosi se hizo contagiosa; circularon las copas y todos los demás convidados, tomando ejemplo de él, se pusieron á bailar. Ibno-el-Andalosi, completamente embriagado, salió del palacio del *Hadjib*, á altas horas de la noche acompañado solamente de algunos pajes. De improviso se arrojó sobre él un tropel de soldados andaluces, mandados por Abu-el-Ahwaz, y el sin ventura wazir cayó acribillado de heridas. Su cabeza y mano derecha fueron enviadas á Almanzor quien fingió ignorar la causa de aquel asesinato, y manifestó un profundo pesar. Este Abu-el-Ahwaz, que capitaneó los asesinos de Ibno-el-Andalosi, es el mismo gobernador de Zamora, nombrado por Almanzor en 995, despues que las armas musulmanas arrebataron esta plaza á Bermudo el *Gotoso*, rey de Leon. Mas adelante, sin que se sepa la causa Abu-el-Ahwaz fué mandado matar por el terrible *Hadjib*.

Entre los literatos que frecuentaban la tertulia de Almanzor, habia uno llamado Schalah, que reprendiéndole en una ocasion porque daba poco des-

canso á su cuerpo, pasando las noches en vela, recibió del *Hadjib* la siguiente respuesta: «¡Oh Schalah! no ha de cerrar los ojos el príncipe mientras sus súbditos están durmiendo. Si yo me entregase al sueño ni un solo indivíduo podria dormir en esta populosa ciudad (Al-Makkari.)

En tiempo de Almanzor ben-abi-Ahmer, ocurrió un suceso estraño en Córdoba. Un hombre llamado Casim ben-Mohammed Sonbosi, fué acusado de impiedad, y Almanzor lo mandó encarcelar, así como á *muchos hombres de letras* que pertenecian á las *altas clases* de la sociedad de Córdoba, que se habian hecho sospechosos de *libertinage y de ateismo*. Mucho tiempo permanecieron en la cárcel todos ellos; pero los viérnes, terminados los oficios, los sacaban de la prision y los ponian en la puerta de la mezquita mayor, donde un pregonero gritaba: «Quien quiera que pueda dar testimonio contra estos hombres, que lo haga!» Presentáronse testigos, y el Cadi pudo formular contra Casim un acta autorizada con varias firmas, en la cual aquel hombre se veia acusado de *materialismo* y *de incredulidad*. El acta fué llevada á palacío, y los faquies convocados para fallar en la causa, sentenciaron á la última pena á Casim. Para llevarla á debido efecto, fué conducido el reo al lugar del suplicio donde llegó acompañado de sus dos tiernas hijas y de su padre, anciano, que no pudiendo andar se hizo conducir en silla de manos. Vestida de luto y bañada en lágrimas aquella desconsolada familiá permaneció en la

puerta del palacio. Muy luego llegó el verdugo, que se llamaba ben-al-Djondi, y le presentaron varias espadas. En tanto que escojia y ensayaba la mejor, y que las dos niñas y su abuelo le dirigian miradas despavoridas, vióse llegar al faqui Abu-Omar ben-el-Makwá, el Sevillano. Consultado por la asamblea de los faquies acerca del juicio que le merecia la sentencia dictada contra Casim, la impugnó con tales razones que el tribunal mandó suspender la ejecucion de la sentencia, y seis meses despues la anuló, declarando inocente del crimen que se le imputara á Ibn-Moammed Sonbozi. El Cadi que habia formulado el acta de acusacion fué condenado á pocos dias de cárcel por mandato de Almanzor.

Mal herido y prisionero en la desgraciada batalla entre Alcocer y Langa, el esforzado García Fernandez, conde de Castilla, fué llevado moribundo á los reales de Almanzor, donde espiró al quinto dia. Mandó el *Hadjib* trasportar el cadáver á Córdoba y depositarlo provisionalmente en la iglesia católica de los Tres Santos. Los Castellanos solicitaron su devolucion, y Almanzor mandó poner el cadáver en una caja ricamente labrada, llena de perfumes y cubierta con un paño de escarlata y oro; y así se lo envió á los cristianos, haciéndolo acompañar hasta la frontera por una escolta de honor, y negándose á recibir los regalos con que á título de rescate, los castellanos quisieron pagar su caballerosa generosidad.

Tan familiar como era Almanzor en el trato con sus soldados, á muchos de los cuales conocia por sus nombres, sobre todo cuando lo habian esclarecido en el campo de batalla, y tan pródigo como se mostraba en premiarlos y agasajarlos distribuyendo entre los caudillos caudales y haciendas, granjeándose así una especie de idolatría de parte de sus mercenarios, tan rígido é inflexible se mostraba en punto á la disciplina cuya menor infraccion castigabacon inhumana severidad. Cuenta Al-Makkari, que sus soldados permanecian inmóviles como estátuas en las filas, y que en las paradas y revistas era tal el silencio que reinaba que por maravilla se oia relinchar un caballo. Refiere el mismo autor, que como en una de estas revistas viera brillar inopinadamente en un estremo de la línea la hoja de una espada, mandó comparecer á su presencia al soldado que la desnudó. Preguntado contestó, que se le habia desenvainado el acero inadvertidamente. Mandólo Almanzor, descabezar en el acto; y para que ninguno ignorase la puntualidad con que exigía ser obedecido, y el rigor que estaba propuesto á usar contra la menor desobediencia, hizo pasear la cabeza de aquel desgraciado entre las filas.

VII.

HIXEM II.
ABDALMELIK Y ABDERAMAN, HADJIBES.

1002 á 1009.

A la muerte de Almanzor, es decir, al despuntar el siglo v de la Hegira (XI de J. C.) existian perfectamente organizados y constituidos en Andalucía, dos partidos poderosos; el de los Ameridas ó Eslavos, y el de los Bereberes ó Africanos que habian servido á las órdenes del *Hadjib*. Los jefes del uno y otro bando poseian grandes riquezas como propietarios territoriales ó como feudatarios del soberano. El partido Africano debia su existencia á Almanzor, y fué el sosten mas robusto de su desmedido poder; el partido Eslavo, dicho se está que sería el suyo, cuando se dió á conocer con el nombre de Amerida, que era el de su patrono ó patron, para muchos de aquellos esclavos á quienes manumitió. ¿De dónde pues procedía aquel temor que manifestara á su hijo Abdalmelik, pocos momentos

antes de morir en Medinaceli, de que estallase una sublevacion en Córdoba al tener noticia de su fallecimiento? Probablemente no se fundaria en que aquellos partidos, cuyos intereses estaban estrechamente ligados con los de su propia familia, se amotinasen para arrebatar el poder de manos de su primojénito, en quien procuró dejarlo vinculado; sino en que el partido tradicional, el partido andaluz á quien tuvó continuamente oprimido; la aristocracia tan vejada y humillada por los dos últimos califas que la reemplazaron en los altos destinos del gobierno, de la córte y dél ejército por los eunucos Eslavos; en fin, *las altas clases de la sociedad de Córdoba*, y los *hombres de letras* perseguidos y encarcelados como reos de delito de *libertinaje* y ATEISMO, por él astuto *fanático* abi-Ahmer, serian quienés intentasen promover una sublevacion, que les devolviese su antiguo prestigio y el poder de que se vieran despojàdos por los Califas dignos de este nombre, y última y définitivamente por el *Hadjib*.

No eran, ciertamente, infundados los recelos que atormentaron los últimos momentos de Almanzor. El desprecio público en que habia caido el trono de los Ommiadas rehabilitaba á la antigua nobleza Andaluza, y le daba los medios de obtener el triunfo que venia disputando á aquella familia, desde que el primer Abderrahman se erigió en señor absoluto del país *ganado* por los Arabes compañeros de Muza y Tarik. Rehabilitacion y triunfo fácil para la aristocracia, desde el momento en que con la muerte del terrible *Hadjib*, quedaba con todo su po-

der frente á frente de un Califa imbécil, que ni aun podia con el peso del nombre que Almanzor le dejara.

Desgraciadamente sus temores no se realizaron; y decimos desgraciadamente, porque no siendo posible evitar una revolucion que se habia hecho fatalmente necesaria dada la situacion en que se encontraba el imperio, hubiera sido un bien para la España musulmana que aquella revolucion hubiese caido en manos de la ilustrada y culta aristocracia andaluza, que acaso hubiera podido sostener todavía por muchos años su prosperidad y grandeza, y no que fué á parar á las de dos razas estranjeras, envilecida la una y semibárbara la otra, que todo lo destruyeron porque no estaban en condiciones de edificar nada.

Dicho se está, que de las punzantes inquietudes del moribundo Almanzor participaron sus hijos, su familia y todos sus partidarios; y que la noticia de su muerte produciria en Córdoba y en toda Andalucia, sinó una sublevacion al menos un estado de sobresalto y alarma, hijo de lo desconocido de la situacion en que iba á encontrarse el país, falto de aquella robusta mano, y huérfano de aquella superior inteligencia que durante veintiseis años habia rejido con asombrosa gloria é inaudita fortuna sus destinos, y que hasta en sus últimos momentos procuró hacer con sus consejos lo que ya no le era dado hacer con sus providencias y con su espada.

Cómo cumplió los consejos é instrucciones de su padre, y hasta donde correspondió á sus espe-

ranzas el noble Amerida Abdalmelik, lo dicen con suficiente elocuencia todos los actos de su breve vida y ministerio, ajustados estrictamente al sistema político fundado en la España musulmana por el poderoso *Hadjib*.

Con arreglo, pues, á aquellas instrucciones, trasladóse inmediatamente á Córdoba, despues de dejar confiado á su hermano, Abderame, el mando del ejército, y órdenes, es lo mas probable, para que diese por terminada la campaña y regresase á marchas forzadas á Andalucia, donde la presencia de aquellas tropas era necesaria para tener á raya á los enemigos de su familia, y hacer frente á cualquier eventualidad.

Segun se deduce de los manuscritos arábigos, (Conde, c. 109) llegado que fué á Córdoba Abdalmelik con la noticia de la muerte de su padre, la sultana Sohbeya, (que sobrevivió pocos dias á Almanzor) puso en sus manos las riendas del gobierno nombrándole primer ministro del imbécil Hixem, que continuaba cautivo en los deliciosos verjeles y dorados salones de su palacio de Medina Azahara, sin tomar parte alguna en el gobierno de sus pueblos, que solo le conocian porque oian pronunciar diariamente su nombre en la oracion pública.

Heredero Abdalmelik del talento, alta capacidad y valor de su padre, mas no de su fortuna y perfidia, era respetado del pueblo que se habia acostumbrado á mirar en él el sucesor del grande *Hadjib*, y amado del ejército de cuyas glorias y fatigas habia participado en las guerras de África, y

en las campañas contra los cristianos que hizo al lado de su padre en cuya escuela politica y militar se formó.

Escasas son por demás las noticias que las crónicas cristianas y musulmanas nos han conservado acerca del gobierno del hijo de Almanzor, y aun estas tan confusas y equivocadas, que á no haberse publicado recientemente la traduccion de algunos manuscritos arábigos, hasta ahora poco ó nada conocidos, por Dozy, nos veríamos obligados á desentendernos de los ministerios Abdalmelik, y Abderame, su hermano y sucesor, y á pasar por medio de una brusca transicion, del apojeo de la grandeza y de la gloria en que se encontraba Andalucía en 1002, al abismo de males y miserias en que la contemplaremos seis ó siete años despues.

Parece que las primeras gestiones del gobierno de Abdalmelik tuvieron por objeto poner en órden los asuntos de África; conseguido lo cual, fijó su atencion en los de España, proponiéndose seguir en estos la línea de conducta que le trazara su padre con su ejemplo y sus consejos. Al efecto, dispuso continuar las dos campañas anuales contra los cristianos de la Península: y con aplauso de los buenos muslimes y estraordinario regocijo del ejército abrió la primera del año 1003, en la España Oriental.

Al llegar á Lérida falleció, segun testimonio formal de Ibn-l-Abbar (Dozy) Abdollah, el célebre *Piedra Seca*, á quien Abdalmelik, despues de la muerte de su padre, no solo devolvió la libertad,

sino que reintegró en sus funciones de wazir, y llevó consigo en aquella campaña; pero falleció, no como dicen Conde, y los historiadores que le siguen, *combatiendo con mucho valor*, sino de muerte natural y en el silencio de una alçoba. De Lérida, el ejército musulman, se trasladó á Albere, pueblo situado en la confluencia de los rios Noguera Pallaresa y Noguera Ribagorzana, donde dió una batalla á los cristianos que quedaron completamente derrotados. En el otoño de aquel mismo año, despues de un corto descanso en Córdoba, dirigió sus armas contra el reino de Leon, donde se dió una nueva batalla cuya victoria atribuyen el arzobispo de Toledo á los cristianos y las crónicas arábigas á las banderas de su nacion.

Por los años siguientes llegaron á Córdoba mensajeros leoneses con una embajada ó pretension, que por no estar definida con claridad, ó por venir confundida con sucesos mal esplicados en las crónicas cristianas y en la obra de Conde, ha dado lugar á que nuestros historiadores coetáneos hayan cometido lamentables equivocaciones, y tejido tal cual fábula que no nos detendremos en refutar, limitándonos pura y simplemente á esponer los hechos tal cual aparecen, con todos los visos de la verdad en la *Historia de los reyes cristianos de España*, por Ibn-Kaldem. Dice, pues, este célebre historiador:

«Muerto Bernardo, hijo de Ordoño, de la familia de los Beni-Alfonsos, su hijo Alfonso (v) nieto por parte de madre del señor de Alava García Fernandez (en efecto, su madre llamada Elvira, fué

hija de García conde de Castilla y Alava) subió al trono. Como era todavía menor de edad, el conde de Galicia, Menendo Gonzalez, fué nombrado su tutor y reinó en su nombre: pero Sancho hijo de Garcia y tio materno de Alfonso, disputó la tutoría á Menendo Gonzalez. No pudiendo convenirse los dos contrincantes, decidieron nombrar árbitro á Abdalmelik hijo de Almanzor; mas aquel remitió el litigio *al juez de los cristianos de Córdoba*, quien dió sentencia en favor de Menendo Gonzalez. Alfonso, pues, quedó bajo la tutela del conde de Galicia hasta la época en que este murió asesinado, es decir, hasta el año 398 (17 de Setiembre, 1007, á 4 de setiembre 1008). Desde entonces Alfonso reinó sin tutor.»

Es muy probable que con motivo de estas negociaciones, se estipulase, entre Alfonso v y Abdalmelik la tregua ó paz que menciona Risco en su *Historia de Leon*. Y no lo es menos, que Alfonso, aprovechando las buenas disposiciones en su favor del Hadjib, solicitase que le fuera devuelta su hermana, Teresa; y que por su parte, Abdalmelik no teniendo interés alguno en la permanencia en Córdoba de la viuda de su padre accediese sin dificultad á la peticion de Alfonso. De esta manera, la hija de Bermudo el *Gotoso* y viuda del grande Almanzor, volvió al seno de su familia, tomó el velo en el convento de San Pelayo de Oviedo, segun consta en un diploma, fechado el 22 de Diciembre de 1037, que ella firma (*Sandoval Cinco Reyes*) y donde murió el 25 de Abril de 1039.

Este suceso cuya verdad histórica dejamos sentada y no discutimos, sirvió de tema para la semi-leyenda que el obispo de Oviedo, Pelayo, inserta en su crónica, y para que Conde (C. 103) y los historiadores que le siguen, forjasen sobre él una novela que no carece de interés dramático.

Durante los tres años que duraron las treguas—que este era el plazo que generalmente se fijaba á la cesasion de las hostilidades entre cristianos y musulmanes—estipuladas entre Alfonso y Hadjib Abdalmelik; el primero, dice Ibn-Kaldun, «trató de sujetar á su obediencia los condes que desde el tiempo de su padre, y aun mucho antes habíanse insurreccionado contra la autoridad real. Los venció y reemplazó con otras personas de su confianza; de manera que á partir de aquel dia no se volvió á oir hablar de los Beni-Gomez ni de los Beni-Fernandez, quienes, segun lo hemos referido anteriormente, se sublevaran en los tiempos de Sancho hijo de Ramiro. Pacificado su reino, Alfonso reunió su ejército, y auxiliado del rey de Navarra marchó á combatir á Abdalmelik hijo de Almanzor. Dióse la batalla cerca de Clunia. Abdalmelik derrotó los enemigos y se apoderó de Clunia que se entregó por capitulacion.

Esta campaña fué la última del prudente y valeroso Abdalmelik, apellidado al-Modhaffar, que á su regreso á Córdoba adoleció de una aguda enfermedad que le llevó al sepulcro en el mes de Octubre de 1008.

Habia ejercido el cargo de Hadjib del Califa

Hixem durante seis años y tres meses, con la fortuna de su padre Almanzor; pero sin manchar el tiempo de su gobierno con ninguno de aquellos actos de severa justicia ó crueldad que señalaron el del terrible Abi-Ahmer. Amigo de los sábios y literatos á quienes otorgó decidida proteccion; tolerante, afable con todos, y dando pruebas inequívocas de que abundaban en él las dotes de un verdadero hombre de Estado, se captó el amor del pueblo y la adhesion del ejército que lloraron sobre el sepulcro de Abdalmelik al-Modhafar sus esperanzas agostadas en flor.

Con los dias de Abdalmelik concluyeron los tiempos de la grandeza del Califato de Occidente, la paz y prosperidad de Andalucía, y hasta el nombre de aquella raza tan sábia, culta y guerrera que llenó el mundo con su fama por espacio de dos siglos, comenzó á ser borrado de la haz de la tierra para quedar muy luego consignado solo en los anales de la historia. La semilla que en vida sembró Almanzor produjo sus naturales frutos despues de la muerte de aquel grande hombre, uno de los pocos que pudieron bajar al sepulcro con la satisfaccion de dejar un heredero de su nombre. Sin embargo, á aquel Augusto, á aquel Cromwell musulman no podia faltarle un Tiberio ó un Ricardo. Las mismas causas producen los mismos efectos. Quien siembra vientos recoje tempestades. Las situaciones de fuerza se destruyen por la fuerza. Un hombre puede dar su nombre á un siglo, mas un siglo entero no puede obedecer á un solo hombre. Solo el hom-

bre de génio que crea una situacion política dada es el que puede sostenerla; pero se necesitan tres hombres para llenar un siglo, y entre la muerte de Almanzor y la de Abdalmelik solo mediaron seis años.

Es indudable que el primero tuvo antes de morir un presentimiento del terrible desenlace que despues de su fallecimiento tendria el poema político guerrero, que durante los últimos veintiseis años de su vida escribió ceñida la frente de laureles y mojadas las manos en sangre: mas lo que no pudo ni siquiera sospechar, fué toda la estension que alcanzó aquella inmensa é inaudita catástrofe que él habia provocado; ni que seria tan súbita, inesperada y rápida, que de ella se puede decir, mejor que de otra alguna, que Andalucía sintió el *golpe antes que el amago*. En efecto, poco mas de cuatro meses despues de la muerte de Abdalmelik el-Modhafiar, el espléndido Califato de Córdoba, entró como atacado de una apoplejia fulminante, en el estertor de la agonía. Los elementos disolventes que Almanzor acumulara durante el tiempo de su administracion con su *política personal*, unidos á los grandes vicios de orígen que encerraba aquella sociedad en su seno, tenian que dar este resultado fatal. Mas no anticipemos la narracion de los sucesos que le acercan con pasmosa rapidez.

Muerto Abdalmelik los eunucos eslavos de palacio, es decir, el partido Amerida que ocupaba todos los puestos importantes del gobierno y de la Corte, suplicaron al Califa Hixem, que continuaba veje-

tando en su alcàzar, nombrase para sucederle en el cargo de Hadjib á su hermano Abderrahman, hijo del grande Almanzor; pretendiendo así perpetuar en el poder la familia de aquel grande hombre. Hixem, acostumbrado á no tener mas voluntad que aquella que le imponia la camarilla que rodeaba su trono, accedió á la peticion, y el hermano de Abdalmelik tomó en sus manos las riendas del gobierno.

Era el jóven Abderrahman, segun Conde, mozo de arrogante presencia, parecido en la fisonomía, pero completamente desemejante en cuanto á las dotes morales á su padre el grande Almanzor. Amigo de los placeres y de los ejercicios de caballería descuidaba los graves negocios del Estado, con satisfaccion de los que, conociéndole, le habian elevado al puesto que ocupaba para continuar ellos disponiendo á su albedrío de los destinos del país. Así que, con la esperanza de establecer su poder sobre bases sólidas é indestructibles, y salvar las contingencias de una intriga palaciega que los arrojase de él, urdieron sigilosamente un complót que tenia por objeto derribar una dinastía que la imbecilidad de su último representante habia desprestigiado y hecho impopular y sustituirla con otra amasada por sus manos. La anómala situacion política en que desde tantos años se encontraba la España musulmana; el encanto que para el vulgo tiene siempre la novedad, y el recuerdo de un gran nombre ante el cual inclinaban todavía la frente los grandes lo mismo que los pequeños, les brindaban con la ocasion propicia para obtener un fácil triunfo. Podian, pues,

preguntar al pueblo, como Pepino el *Breve* preguntó al papa Zacarias: «Quién es el soberano, ¿el fantasma de rey que se sienta en el trono, ó el hombre que está ejerciendo el poder real?» seguros dè que la contestacion del interpelado responderia en la medida de sus ambiciosos deseos.

En su virtud, el cadí Dhacwan, y el secretario de Estado, Ibn-Bord, almas del complót Amerida, validos de la grande influencia que ejercian en el ánimo del Califa Hixem, propusieron á este que declarase, visto que no tenia sucesion, por *wali alhadi*, ó presunto heredero del trono, al *Hadjib*, Abderrahman hijo de Almanzor. Accedió á ello el imbécil soberano, y el nuevo título y dignidad del presuntuoso *Hadjib*, se consignó en un acta fecha el último dia de la luna de rabieh del año 399 de la Hegira (Ab-Makkari, en Murphy).

Por mas que los jefes Ameridas procurasen mantener encerrado el secreto de su maquinacion en el misterio de los salones de Medina Azahara, hasta el momento que estimasen oportuno para darlo á luz, hubo de traslucirse fuera de aquel dorado recinto y difundirse muy luego como la luz en todos los centros de la sociedad de Córdoba. La indignacion que produjo en la ciudad la noticia de la perpetracion de aquel atentado político, parece que fué general. La aristocracia se sintió vivamente herida en sus fueros y dignidad con el nombramiento de un futuro rey hecho á beneficio de las intrigas de los *eunucos* y *eslavos* de palacio y los ilustres miembros de la esclarecida familia Ommiada, que tenian mejor ra-

zon y derecho á la herencia del Califato, caso de morir sin sucesion, Hixem II, que aquel advenedizo que servia de instrumento á las bastardas ambiciones de un partido de orígen extranjero y servil, se conjuraron para tomar ejecutiva venganza del agravió que se les hiciera; y, por último, hasta los intereses religiosos, el fanatismo de las masas, protestaron tumultuosamente contra aquella eleccion.

Los siguientes versos de un poeta contemporáneo, del suceso nos darán una idea del estado de exaltacion en que entraron los ánimos en Córdoba al circular la noticia de la eleccion hecha por el Califa Hixem, Dicen:

«Ibn-Dhacwan é Ibn-Bord, han ultrajado la religion de una manera jamás vista ni oida. Se han rebelado contra el Dios de la Verdad, puesto que han declarado heredero del trono, al *nieto de Sancho.*» (Ibn-al-Abbar. Dozy).

Esta condicion del *nieto de Sancho*, con que el poeta arábigo señala al hijo del segundo Almanzor, merece que le dediquemos algunas palabras, siquiera por lo que puedan servir para esclarecer uno de tantos puntos interesantes y todavia ignorados, de la historia de España durante la Edad Media.

Dábase en Córdoba, al *Hadjib* Abderrahman, el apodo de *Sancholo* ó *Sanchillo*, (Dozy); y el arzobispo Rodrigo de Toledo; en su *Historia Arabum*, dice de él: «*derisorie Sanciolus dicebatur*. Abderrahman, era, pues, hijo de una princesa cristiana, y nieto de un Sancho; y este orígen fué, como queda indicado, la principal causa de la irritacion que los faná-

ticos musulmanes manifestaron contra él. La idea sola de que el nieto de un infiel, de un Sancho, se sentase en el trono de los Califas, los llenaba de horror. Mas, ¿de qué Sancho, descendia el hijo segundo de Almanzor? El erudito Dozy, despues de una breve y persuasiva crítica histórica, llega á la siguiente conclusion:

«El Sancho de que se trata pudo muy bien ser Sancho de Castilla (quien, hácia los años de 985 tenía una hija núbil) suposicion admisible, visto que Almanzor le auxilió en su rebelion contra su padre. Pero la madre de Abderrahman, esposa de Almanzor, tambien pudo ser la hija de Sancho de Navarra que sucedió en el trono á su padre García en 970. Quédanos la dificultad de la eleccion entre las dos princesas.»

La primera de las tres parcialidades mencionadas que se levantó para protestar con las armas contra la declaracion hecha por el Califa Hixem II, en favor de Abderrahman hijo de Almanzor, fué la de los Ommiadas. Un príncipe llamado Mohammed, primo de Hixem y biznieto de Abderrahman III, tomó á su cargo vengar la afrenta hecha á su familia. Al efecto, salió secretamente de Córdoba, pasó á la frontera de Castilla donde contaba con numerosos parciales adictos á la causa de los Ommiadas, formó con ellos un ejército, y puesto á su cabeza marchó sobre Córdoba.

Informado Abderrahman del suceso, salió de la capital al frente de la guardia del Califa y de la caballeria africana, resuelto á castigar ejecutivamen-

te la rebelion. Mas antes de que hubiese avistado el ejército de los sublevados, Mohammet con noticias que tuvo de la escasa guarnicion que habia quedado en la capital, y puesto de acuerdo con sus parciales que le ofrecieron franquearle la entrada, se dirigió á marchas forzadas y por caminos desusados sobre Córdoba, de la que se apoderó sin encontrar resistencia, así como de la persona del Califa á quien hizo decretar en el acto la destitucion del Hadjib Abderrahman y su nombramiento para aquel puesto. Muy poco tiempo despues el hijo de Almanzor regresó sobre la capital, donde, creyendo contar con el aura popular, entró con pocas fuerzas, y se dirigió sin darse un momento de descanso á la plaza del Alcazar. Allí le esperaban las tropas de Mohammed engrosadas con los caballeros de la ciudad. Acomételos Abderrahman ardiendo en sed de venganza, y llamando al pueblo en su auxilio; mas este se desentiende ó contesta á su llamamiento con espantosos gritos de muerte, que le obligan á batirse en retirada considerando su causa perdida por el momento. Cárganle con furor sus contrarios; defiéndese denodadamente, hasta que cae mal herido en manos de los enemigos que lo llevan á la presencia de Mohammed. Este pronunció en el acto su sentencia de muerte, que se ejecutó de una manera afrentosa, el dia 16 de febrero de 1009.

Tal fué el trájico y prematuro fin que tuvo el hijo del grande Almanzor y hermano del prudente Abdalmelik, á los cuatro meses y medio (Rodrigo de Toledo) de haber entrado en el poder.

El edificio político á tanta costa levantado por aquel hombre extraordinario, durante veintiseis años de penosa labor, y tan habilmente sostenido por su primojénito durante otros seis, se vino á tierra como un castillo [de naipes al primer soplo de la adversidad; arrastrando en su caida, no ya solo á una familia encumbrada por el genio de un hombre á quien favoreciera ciegamente la fortuna, sino el imperio mas floreciente de Europa al finalizar el primer tercio del período de la Edad Media.

VIII.

Guerras civiles en Andalucia.

1009 á 1036.

Engreido con la rapidez y facilidad de su triunfo, el afortunado Mohammed quiso convertir en su solo particular beneficio la revolucion que le habia elevado al poder y acercado á las gradas del trono. Así que, ó porque no encontrara propicia á sus miras personales la aristocracia andaluza, ó porque fiel á la política de su familia quisiese mantenerla siempre sujeta á fin de que no pusiera obstáculos al despotismo de los califas, es lo cierto que despues de su victoria, si no la persiguió encarnizadamente como al partido Amerida, se desentendió de ella, atento á fomentar solo los intereses de su familia, y á afianzar su poder rodeándose de personas adictas á la dinastía Ommiada. La única preocupacion de su ánimo fué por lo visto, devolver á su familia la grandeza y prestigio con que la ennoblecieron en Oriente y en Occidente, todos los Califas salidos de su seno, y de la cual la habia despojado el dejene-

rado vástago que la fatalidad mantenia sentado en el trono de Córdoba. Devorado por la ambicion, ó cediendo á las apremiantes exigencias del interés de familia, Mohammed se dió tanta prisa por llevar á cabo la empresa que meditaba, que á los ocho ó diez dias de la muerte del Hadjib Abderrahman, resolvió sustituirse ejecutivamente en el trono al imbécil Hixem. Al efecto, y para tomar el pulso á la opinion pública, hizo circular el rumor de que el Califa habia sido atacado repentinamente de una grave enfermedad que amenazaba por momentos acabar con su vida; y la opinion pública correspondiendo á sus deseos, recibió la noticia con la mas completa indiferencia. ¿Qué interés podia tomarse nadie por la salud de un fantasma de rey?

Dado el primer paso por esta senda sin que el terreno se estremeciese bajo sus piés, los demás pareciéronle, si no seguros, al menos fáciles de dar. En su virtud, puesto de acuerdo con el eslavo Wahda, camarero de Hixem, dispuso encerrarle en una segura y misteriosa prision y anunciar su muerte. Mas para que la criminal farsa tuviese todos los visos de la verdad, buscóse en Córdoba un hombre cuya edad, estatura y fisonomía fuese semejante á la del hijo de Al-Hakem II. Hallaron á aquel desgraciado, que, segun Rodrigo de Toledo, fué un cristiano. Arrebatáronlo una noche, lo estrangularon y tendieron su cadáver en el lecho del Califa. Esto hecho, anunciaron la muerte de Hixem II; creyéronlo los grandes y el pueblo, y se enterró el cadáver con la solemnidad acostumbrada

en semejantes casos, junto á los féretros de Abderrahman III y de Al-Hakem II.

Esta indigna comedia se representó el dia 23 de febrero del año 1009. Congregáronse inmediatamente el divan y los altos funcionarios de la córte y del gobierno, y fué proclamado en el acto, Califa del imperio musulman de Occidente, el Hadjib Mohammed, de la ilustre dinastía de los Ommiadas, quien tomó el título de *Mahadi Billá*.

No pudiéndosele ocultar á Mohammed que la causa del envilecimiento en que habia caido el trono de su dinastia, y la de las profundas alteraciones que habia sufrido durante los últimos años el modo de ser político y social del pueblo musulman de España, procedia de la influencia que ejercieran, ó de la participacion que se dió en el gobierno de la cosa pública á las parcialidades estrangeras conocidas con los nombres de eunucos eslavos y de Bereberes; habiendo ya reducido á la impotencia á la primera, juzgó de su deber y para su seguridad, deshacerse igualmente de la segunda; con lo cual, no solo desembarazaba su camino, sino que tambien se granjeaba popularidad entre el vecindario de Córdoba que aborrecia y despreciaba á los Africanos.

Asi que anunció el licenciamiento de aquellas tropas mercenarias, y dictó varias disposiciones encaminadas á espulsarlas *honrosamente* de la capital. Comprendese desde luego la irritacion que estos decretos producirian entre aquellos soldados veteranos de las gloriosas campañas de Almanzor,

que quince dias antes, todavía constituian el nérvio del ejército musulman, siendo á la par el mas robusto sosten de la situacion creada por el glorioso *Hadjib* y continuada por sus sucesores, en méritos de lo cual se vieran tan considerados y agasajados por el poder caido. Aquellos decretos envolvian además, una séria amenaza contra la existencia de los feudos que poseian los gefes africanos, y contra la posesion de la riqueza territorial que Almanzor habia repartido entre los soldados. En su virtud, los Bereberes resolvieron resistir la ejecucion de tales decretos, y se prepararon para defender á todo trance su derecho.

Entre tanto continuaba fatalmente su camino la revolucion producida por el desprestigio y debilidad del poder supremo, y por la profunda perturbacion que desde muchos años se habia introducido en la marcha de los negocios públicos. Crecia el descontento público, bullian los partidos, y ya se murmuraba del Mahadí, á quien el pueblo, por intuicion, por esa especie de adivinacion que le es tan natural, acusaba de haber dado muerte al desventurado Hixem II. Hasta entre los mismos príncipes de la familia Ommiada cundian tales rumores, dando aliento á ambiciones que dejaban de ser criminales desde el momento en que se creia que el crímen estaba sentado en el trono. De este estado de cosas tomó pretesto uno de ellos, llamado Hixem, nieto del grande Abderraman III, para conspirar contra Mohammed. Al efecto, hizo causa comun con los Bereberes, cuyos intereses tomó bajo su

proteccion, y estos, agradecidos, le nombraron su gefe y se comprometieron á sentarle en el trono.

Cuatro meses despues de la jura de Mohammed, estalló, el dia 2 de junio, la rebelion. Los Africanos acaudillados por Hixem se dirigieron al alcázar, pidiendo con desaforados gritos la cabeza del usurpador y asesino del califa legítimo. El Mahadí salió al frente de la guardia andaluza contra los conjurados, y trabó con ellos una empeñada refriega que inundó en sangre las calles de la capital. Unióse el vecindario de Córdoba á las tropas de Mohammed; y los Africanos hostilizados con rigor por todas partes tuvieron, al fin, que abandonar la ciudad, despues de haber combatido sin trégua ni descanso un dia y una noche. Su gefe Hixem, fué hecho prisionero en la refriega, y arrastrado á la presencia del Mahadí, quien mandó fuese ajusticiado en el acto, y arrojada su cabeza por encima de las murallas hácia el campamento que los Africanos habian establecido fuera de la ciudad. Los Bereberes no se dejaron intimidar con la derrota, ni con aquel triste espectáculo; y como contaban con fuerzas suficientes para sostener su rebelion, nombraron acto continuo en reemplazo de su desventurado caudillo á Solaiman, hijo del hermano de Alakem, quien tomó el título de Al-Mostain (3 de junio).

No juzgándose el nuevo general de los Africanos con fuerzas suficientes para sitiar á Córdoba, ni para sostener la campaña contra el Califa en Andalucía, levantó el campó y se dirigió á marchas forzadas hácia Guadalajara. (Seguimos á Dozy en la

relacion de estos dramáticos y á la par interesantes pormenores). Dueño Al-Mostain de esta ciudad, propuso al gobernador de Medinaceli, Wadhih el amerida, nombrado por Al-Mahadi, que se uniese á su causa, á lo cual se negó. Al-Mahadi envió tropas á Medinaceli bajo las órdenes de Kaizar, con las las cuales Wadhib presentó la batalla á Solaiman, quien la aceptó y derrotó al gobernador de Medinaceli, que se refugió en su ciudad donde se fortificó, y desde donde continuó hostilizando en tales términos á los Africanos, que faltos de víveres tuvieron que alimentarse con yerbas del campo. Lo desesperado de su situacion sujirió á Solaiman el pensamiento de enviar embajadores al conde de Castilla, Sancho Garcés, en solicitud de su mediacion para obtener la paz de sus enemigos, y proponerle que en el caso que Al-Mahadi y Waldhih se negáran á firmarla, hiciese alianza con él, y juntos marchasen sobre Córdoba para destronar á Mohammed. Los embajadores de Solaiman encontraron á su llegada á la córte de Sancho, una embajada de Al-Mahadi, portadora de ricos presentes para el conde; regalos con que el Califa solicitaba el auxilio de sus armas contra los Africanos, en pago de cuya alianza el soberano del imperio árabe de Occidente, ofrecía á un Conde cristiano todos los pueblos de la frontera musulmana que fueran de su agrado.

Es decir; que en menos de un año, desde la muerte de Abdalmelik al-Modhaffar (Octubre de 1008) hasta la subleva ion de los Bereberes (Junio de 1009) el poderoso califato de Córdoba que bajo

Almanzor hiciera tributarios suyos á todos los reyes cristianos de España, se vió reducido á tal estremo de flaqueza que tuvo que solicitar humildemente los auxilios de un conde castellano, ofreciéndole en pago una parte de la tierra de sus vastos dominios. Es decir, que en el breve trascurso de once meses, los partidos, las ambiciones personales destruyeron completamente el grandioso monumento levantado en tres siglos de penosa labor á las ciencias, á las letras, á las artes, á la paz y á la sin igual prosperidad de España y particularmente de Andalucía.

Apremiado por los tentadores ofrecimientos de ambas embajadas, Sancho Garcés se declaró por Solaiman, bajo la condicion de que una vez conseguida la victoria este le haría entrega de todos los pueblos ofrecidos por Al-Mahadí. Aceptada por los embajadores Bereberes, el conde desahució á los del Califa. A seguida remitió víveres á Solaiman, y á los pocos dias se le incorporó con su hueste. El ejército aliado cristiano musulman marchó desde luego sobre Medinaceli, á cuyo gobernador hizo de nuevo Solaiman pomposos ofrecimientos, pero Wadhih se negó obstinadamente á aceptarlos como pago de una traicion. Vista la fortaleza de la plaza que hacia necesario un largo sitio para rendirla, el conde cristiano y el jefe de los Bereberes renunciaron á combatirla, y emprendieron la marcha hácia Córdoba (Setiembre 1009) Wadhih salió con la guarnicion de Medinaceli para hostilizar al ejército aliado durante su larga marcha; mas habiendo acepta-

do una batalla que Sancho y Solaiman le presentaron, fué completamente derrotado, perdió todo su bagaje, y se salvó milagrosamente de caer en manos de los vencedores. Wadhih se reunió con las reliquias del ejército de Medinaceli al de Al-Mahadi que estaba acampado en una llanura llamada Fazoes-Soradik.

El Califa Mohammed sobresaltado en estremo en vista de la tormenta que le amenazaba, mandó distribuir armas á todos los vecinos de Córdoba capaces de esgrimirlas, y con ellos formó un numerosísimo ejército de hombres no acostumbrados á las fatigas de la guerra. Así que cuando los Bereberes atacaron á las tropas de Al-Mahadi (5 noviembre 1009) bastó un peloton de treinta ginetes Africanos para sembrar el espanto en la muchedumbre allegadiza. En el desórden de la huida atropelláronse los unos á los otros aquellos improvisados guerreros, que acometidos por todas partes y acuchillados sin piedad dejaron veinte mil hombres, segun afirman los autores arábigos, tendidos sobre el campo ó ahogados en las aguas del Guadalquivir. Esta desastrosa accion de guerra, es conocida en la historia con el nombre de *batalla de Kantisch*. Wadhih se retiró con sus derrotadas tropas á la capital de su provincia. Al-Mahadi, regresó á Córdoba donde la consternacion y el luto eran general. Inmediatamente á su llegada sacó de su misteriosa prision á Hixem II y le presentó al pueblo. Despues envió el Cadi Ibn-Dhacawan (el mismo que persuadió á Hixem para que nombrase presunto heredero del tro-

no al desgraciado Abderrahman, hijo segundo de Almanzor; lo cual prueba que la mancomunidad del peligro habia reconciliado á la sazon, los Andaluces con los Ameridas) á los Bereberes, para anunciarles que estando vivo Hixem, Mohammed se consideraba solo como el primer ministro del Califa legítimo. Solaiman se limitó á responder: «Ayer Hixem se contaba entre los muertos; y vos, así como vuestro emir, rezásteis por él la plegaria de los difuntos; hoy, puesto que vive, se reintegra en el Califato!» El Cadí trató en vano de disculpar á Mohammed. Los habitantes de Córdoba temerosos de las represalias que pudiera ejercer contra ellos el príncipe vencedor, saliéronle al encuentro, le presentaron las llaves de la ciudad, y lo reconocieron por su soberano. Solaiman entró en la Capital en el mes de noviembre 1009. El reinado de Al-Mahadi habia durado nueve meses.

El príncipe destituido se ocultó desde luego en la casa de un tal Mohammed, natural de Toledo, que le facilitó los medios para refugiarse en aquella ciudad, que así como todas las fronteras, desde Tortosa hasta Lisboa, reconocian todavía su autoridad. Preocupado Solaiman con la ídea de apoderarse de Córdoba, habia descuidado someter las demás poblaciones. Asi que, cuando Sancho Garcés le recordó el cumplimiento de sus promesas, vióse en la necesidad de responderle que por entonces no podia cumplirlas, puesto que no poseia los pueblos que le ofreciera en pago de sus auxilios, mas que así que los sometiera á su autoridad se los entre-

garía. Sancho se dió por satisfecho, y el dia 14 de noviembre de 1009, salió de Córdoba cargado de botin, y emprendió la marcha hacia su condado. Solaiman volvió á su encierro al imbécil Hixem II.

Mohammed al-Mahadí llegó á Toledo á fines de diciembre de aquel año, donde fué muy bien recibido por sus habitantes. Solaiman se puso en campaña contra él; mas no le sitió en Toledo, esperando, segun dice un autor arábigo, que la ciudad acabaria por someterse á su autoridad; pero se dirigió hácia la frontera (sin duda con propósito de cumplir las condiciones que le impusiera el conde de Castilla) y comenzó por cercar á Wadhih en Medinaceli. Muchos jefes del partido eslavo que consideraban perdida la causa de al-Mahadí, se pasaron á Solaiman, y entre otros Ibn-Maslamah general de la guardia real. Wadhih evacuó la ciudad de Medinaceli, y se replegó sobre Tortosa, desde donde ofreció someterse á Solaiman bajo la condicion de quedar en la frontera con todo su ejército para defenderla de los ataques de los cristianos. Sus proposiciones fueron solo una estratagema de que se valió para librarse de ser perseguido y ganar tiempo. Solaiman se dejó cojer en el lazo, y dió á Wadhih el gobierno de toda aquella frontera. Este, en cuanto se vió en entera libertad para obrar, desde Tortosa, en Cataluña, donde se encontraba, formó alianza con dos condes de aquel país, Raimundo de Barcelona y Armengol de Urgel, hijos y sucesores de Borrel. Wadhih, al frente de un ejército compuesto de tropas catalanas y musulmanas, llegó á Toledo

y se puso á las órdenes de su soberano Mohammed, que tenia dispuesto el suyo para entrar en campaña. Al-Mahadí y Wadhih reunidas que hubieron sus fuerzas, se pusieron en marcha hácia Córdoba. Noticioso Solaiman del avance de aquellos tres ejércitos aliados para sitiarle en la capital, dispuso armar el vecindario para combatir al enemigo; pero los cordobeses, inconstantes y ligeros de carácter, y además contrarios á los Bereberes á quienes aborrecieron en todos tiempos, se escusaron pretestando que no sabian pelear, (pretexto ó escusa que el suceso de la batalla de Kantisch justificaba cumplidamente). Solaiman se dejó persuadir y salió de la capital al frente de sus tropas veteranas. Los ejércitos beligerantes se avistaron en Akabato-el-bakar, á unas diez millas de Córdoba, en uno de los dias entre el 5 y el 15 de junio de 1010. Los generales Bereberes situaron á Solaiman en la retaguardia compuesta de ginetes africanos, y le encargaron no abandonase aquel puesto aun que se viese arrollado por la caballeria enemiga. Esto hecho, los Bereberes y catalanes como movidos por un mismo resorte, cargaron impetuosamente los unos sobre los otros. Segun las reglas de la estratégia Oriental, los Bereberes volvieron muy luego grupas al enemigo, con propósito de hacerle frente en el momento oportuno, y volver á la carga cuando los contrarios cebados en la persecusion hubiesen perdido su órden de batalla. Todo lo cual hubiera sucedido, probablemente, si Solaiman ateniéndose estrictamente á las instrucciones que se le habian dado,

hubiese permanecido firme en su puesto, y contenido el torrente de la caballería catalana, para dar lugar á que se rehiciese la berebere. Pero el Califa que desconocia aquella táctica, viendo la vanguardia de su ejército huir á la desbandada, creyó perdida la batalla y se lanzó en pos de los fugitivos seguido de los ginetes africanos. Sin embargo, los Bereberes cesaron en su huida, dieron frente á retaguardia y cargaron con tanto furor al enemigo que mataron sesenta gefes catalanes entre ellos al conde Armengol de Urgel; mas viendo que Solaiman continuaba huyendo á la desbandada, retrocedieron sobre Medina Azahara, y los catalanes quedaron dueños del campo de batalla. Asi fué como por ignorancia y por cobardía, Solaiman perdió la célebre batalla de Akabato-el-bakar (cerro de los bueyes) en la que, segun todas las probabilidades, hubiera salido vencedor, si hubiese comprendido la táctica de sus capitanes, ó cumplido las instrucciones que estos le dieran. La victoria fué ganada por los catalanes, pues las tropas de al-Mahadi y las de Wadhih tomaron poca parte en la accion; pero es preciso confesar que los Bereberes combatieron como leones, y que por su valor se hicieron acreedores al triunfo.

Solaiman, que se habia refugiado en Medina Azahara, abandonó durante la noche esta ciudad, y se retiró hácia Xátiva (?) Segun cálculo de an-Nowairi, su reinado solo habia durado siete meses.

Mohammed al-Mahadi regresó á Córdoba con las tropas catalanas, que cometieron los mayores

escesos en la ciudad. Los Bereberes salieron muy luego de Xátiva (?) y quemando y saqueando los pueblecillos que encontraban á su paso, llegaron cerca de Algeciras. Al-Mahadí marchó contra ellos con las tropas catalanas y las de Wadhih. El dia 21 de Junio de 1010, los ejércitos enemigos llegaron á las manos cerca del rio Guadiaro, en las inmediaciones de Algeciras. En este encuentro los Bereberes vengaron cumplidamente su derrota de Akabato-el-bakar: al-Mahadí tuvo que huir en desórden dejando muchos capitanes eslavos y mas de tres mil cristianos muertos sobre el campo de batalla..

Dos dias (?) despues de este aciago suceso, los vencidos entraron en Córdoba. Furiosos los catalanes con su derrota cometieron todo género de tropelias y dieron muerte á cuantas personas tenian algun parecido con los Bereberes. Habiéndoles suplicado al-Mahadi y Wadhih que los acompañasen en una nueva espedicion contra Solaiman, negáronse obstinadamente á ello, pretestando que con la muerte de su gefe Armengol y la de otros muchos capitanes habian sufrido pérdidas harto considerables. En su consecuencia salieron de Córdoba para regresar á su país, el viernes 18 de Julio de 1010.

Sin embargo, Mohammed y su fiel Wadhih, salieron de nuevo á campaña al frente de las tropas cordobesas y de los regimientos mandados por generales eslavos. Pero desde la retirada de los bravos caballeros catalanes el ejército de al-Mahadí habia caido en el mayor desaliento. Asi que, á pe-

nas se hubo alejado unas treinta millas de la capital, apoderóse de aquellos soldados un terror pánico, y regresaron precipitadamente á Córdoba creyendo que los temibles Bereberes les iban á los alcances. Convencido Mohammed de que con semejantes tropas no era posible tomar la ofensiva contra el enemigo, se resignó á esperarlo en la capital, cuyas fortificaciones mandó reparar y rodear con un ancho foso.

Entre tanto los Bereberes se acercaban á Córdoba. Al-Mahadí, príncipe débil y dado al libertinaje, se habia enagenado las simpatías de los cordobeses; por otra parte, Wadhih, no le habia perdonado la conducta que observara con los Ameridas. Mohammed, pues, viéndose rodeado de peligros que no podia conjurar ni vencer, pensó en salvarse por medio de la fuga. Al efecto, reunió todas las riquezas que existian en el pala io, y dió órden á uno de sus confidentes para que las llevase á Toledo, con propósito de seguirle de cerca. Pero el domingo, 24 de Julio de 1010, Wadhih, con las tropas de la frontera y los regimientos eslavos, se lanzó por las calles de la capital victoreando á Hixem II, á quien sacara de su encierro, y vestido con las insignias reales lo condujo á la mezquita, invitándole á sentarse en la *maksura* ó tribuna destinada á los Califas.

Mohammed al-Mahadí encontrábase en el baño cuando estalló aquella inesperada sublevacion militar. Informado de lo que estaba pasando en la ciudad, salió apresuradamente del alcázar y se dirigió

á la mezquita. Ya en ella, tomó asiento en la tribuna al lado de Hixem; pero el eunuço Anbar le asió por un brazo, le arrojó del púlpito y le obligó á sentarse frente al califa. Este le echó en cara su mal proceder, los ultrajes que le habia inferido, y le cubrió de injurias y denuestos. Anbar volvió á asirle por un brazo y lo arrastró hasta la azotea de la mezquita donde desenvainó la espada para cortarle la cabeza. Al-Mahadí se abrazó con el eunuco á fin de librarse del golpe fatal. Vano intento; los eslavos que habian seguido á Anbar, acribillaron á estocadas al desdichado Mohammed, y muy luego su cadáver yació en el mismo sitio donde hiciera arrojar el del general Ibn-Askaledjah, gobernador de Córdoba, á quien mandára dar muerte, diez y siete meses antes, cuando entró en Córdoba á la cabeza de los conjurados que le habian ayudado á destronar á Hixem II.

El segundo reinado de al-Mahadí, duró cerca de un mes, segun an-Nowairi. Diez meses reinó por todo. Murió á la edad de treinta y cinco años, desastrosamente como mueren los grandes usurpadores cuyo génio no está á la altura de su ambicion.

El movimiento insurreccional que sacó de una tumba simulada y restableció en el trono de sus mayores al Califa Hixem, que despues de treinta y cuatro años de reinado bajo la regencia de su madre y de los presidentes de su Consejo de ministros, tomaba por primera vez las riendas del gobierno, fué obra del partido Amérida, y por consiguiente

fué infecundo para el bien; no tanto por efecto de lo desesperado de la situacion que atravesaba la España musulmana y por la incapacidad de aquel fantasma de rey, sino porque fué dirigido por una parcialidad desconceptuada y odiosa, cuyos intereses estaban en perpétua guerra con los del país. Los eslavos, ó esclavos germanos (partido Amérida,) al apostatar del cristianismo para bienquistarse con sus señores y ponerse en aptitud de ejercer en palacio cargos mas elevados de los que por su condicion de eunucos estaban llamados á desempeñar, no habian renunciado ciertamente á los instintos políticos que trajeron de su pátria germánica, donde imperaba el régimen feudal tan opuesto al despotismo puro de los Orientales. Así que vióseles desde luego ambicionar y obtener de los Califas, y mas particularmente de Almanzor, que tuvo la debilidad de halagar sus instintos como medio de atraerlos á su servicio, grandes propiedades territoriales, que ellos erigieron en feudos, ó casi feudos, y que los constituian en una clase privilegiada, especie de aristocracia nueva, rival naturalmente de la rancia nobleza andaluza é independiente, hasta cierto punto, del gobierno central de Córdoba. Este es, y no otro, á nuestro juicio, el origen de las grandes perturbaciones políticas y sociales que desde los primeros años del siglo x de la Hegira prepararon la inmediata desmembracion y completa ruina del Califato de Córdoba; y esta la causa de lo infecundo de la revolucion que restableció en el trono al lejitimo soberano; porque, siendo obra de

esta nueva aristocracia quiso convertirla en provecho esclusivo de sus particulares intereses sin cuidarse de buscar el remedio á los grandes males que arrastraban el imperio al abismo.

El profundo disgusto con que de un lado la nobleza andaluza, y del otro el partido Berebere todavía muy poderoso, puesto que tenia un ejército considerable y aguerrido en campaña, vieron la marcha que seguía la revolucion que habia destronado al usurpador Mohammed al-Mahadi, degeneró en profunda irritacion al ver que el imbécil Hixem, desconociendo el estado del país y menospreciando las lecciones de la esperiencia, inauguraba su restauracion con una política igual y semejante á la que tan funesta habia sido para la grandeza del imperio y para su propio trono y dinastía; es decir, depositando su confianza solo en los Eslavos ó Alameries que habian desprestigiado su trono y causado los inmensos males que aflijian al país, reponiendo á los unos en los antiguos cargos que habian ejercido durante su larga y vergonzosa minoría, y confirmando á los otros en la posesion de sus feudos, ó dándoles á título de perpetuidad gobiernos, alcaldías y tenencias en Andalucía, Lusitania, Murcia, Cartagena, Alicante, Valencia, Aragon, en suma, en todas las provincias del imperio.

Dicho se está con esto, cual sería la situacion de toda Andalucía y en particular de la Capital, donde los partidos, las ambiciones personales, y la impia discordia habian convertido en un verdadero infierno el paraiso que los Califas, desde Abderrah-

man I hasta Al-Hakem II habian formado en esta magnífica region.

Entre tanto, Solaiman y sus Bereberes continuaban estragando las comarcas andaluzas; no cesando en sus vandálicas correrías hasta que informados de que el ódio de los cordobeses contra Hixem II, que de imbécil se habia convertido en tirano, les facilitaria la entrada en la capital, siempre que se presentaran á sus puertas con fuerzas respetables, pasaron la Sierra Morena en busca de auxiliares en la España Oriental y central. Solaiman visitó ó escribió á los walíes de las ciudades mas importantes de aquellas regiones ofreciéndoles la posesion heriditaria á título de feudo de sus respectivos gobiernos, si le ayudaban á libertar á Córdaba del tirano protector de los aborrecidos eslavos. Todos ellos aceptaron sus proposiciones y se le reunieron con sus respectivas banderas. De esta manera, pues, Bereberes y Ameridas destruian el imperio fraccionándolo en pequeños estados.

Contando ya con un ejército imponente Solaiman se acercó á Córdoba, y acabó por cercarla estableciendo sus reales en Medina Azahara, que se hizo el refugio de todos los descontentos de la capital. Muy luego el hambre, la peste y la miseria hicieron sentir sus estragos en aquella, hasta entonces, opulenta ciudad que diera envidia á todas las del mundo, hasta tal punto que el Hadjib de Hixem II, Wadhih, llamó á Córdoba, ó entró en tratos con Ali ibn-Hammud, wali Edrisita de Ceuta y Tánjer, para que le ayudase á combatir á los Bereberes.

Parece que indignado el Califa al saber las negociaciones entabladas sin su conocimiento por el Hadjib, condenó á muerte á aquel servidor á quien debia la vida y el trono, y lo reemplazó en su cargo con el wali de Almería, Khairán, eslavo tambien, pero hombre dotado de valor y de grandes cualidades para el mando.

Aquella inícua sentencia decretada y llevada á cabo en situacion tan grave y comprometida como la que estaba atravesando la capital, fué la gota de agua que hizo rebosar el vaso del descontento público. Aumentóse el número de los parciales que Solaiman tenia en la ciudad, y puesto de acuerdo con ellos, un dia del mes de Abril de 1013, en tanto que el grueso de su ejército atacaba un punto de la plaza, el populacho arrolló la guardia que defendia una puerta y la franqueó á una division Berebere.

Dueño de Córdoba por segunda vez, Solaiman, que hasta entonces habia fingido combatir solo en defensa de los derechos del Califa, quitóse la máscara y manifestó á las claras, que si habia desnudado la espada, fué para conquistar el trono para sí, no para devolvérselo á Hixem II. Así que muy luego circularon rumores de que habia hecho asesinar al mísero nieto del grande Abderrahman y eterno pupilo de sus ministros; con lo cual los pocos Amêridas y el aura popular que á última hora habian aclamado su causa, se declararon enemigos suyos. Muerto ó no muerto en aquella ocasion, lo cierto es que desde entonces desapareció para siempre, ó no se encontró vivo al Califa Hixem II.

Solaiman en el poder se vió arrastrado por la fatal pendiente que llevara al abismo á todos sus predecesores. Cuando la política de partido llega á dominar en un pueblo, no es posible arrancarla de su seno, sino es destruyéndolo ó haciéndole retroceder violentamente al punto donde se encontraba cuando las dementes ambiciones de los menos se sobrepusieron al interés de los mas. Solaiman, pues, remuneró generosamente á los walies y caudillos que le habian auxiliado, confirmóles en la soberanía que les habia concedido en sus respectivas provincias y distritos, y sustituyó en todos los cargos públicos de su córte y gobierno á los Ameries y Eslavos con los africanos.

La nobleza andaluza y los amerides se coaligaron para derribar aquella situacion. El eslavo Khairan, último *Hadjib* de Hixem que se habia desterrado de Córdoba despues de la entrada de Solaiman, fué el alma de aquel complót. Pasó al África, avistóse con Ali ibn-Hammud, y le persuadió que Hixem II le habia instituido heredero del trono de Córdoba en el caso de que fuera asesinado por Solaiman. Halagado con tan brillante perspectiva, Ali, se comprometió á ayudar á Khairan á reponer en el trono al Califa, á quien se suponia todavia vivo. En su consecuencia, acompañado de su hermano al-Kasim y de las guarniciones de Ceuta y Tánjer se dirigió á España y desembarcó en Málaga donde se le reunieron los Ameridas, que le confiaron el mando del ejército aliado, y con él emprendió á marchas forzadas el camino de Córdoba.

Acudió Solaiman sin pérdida de momento á combatir tan temible enemigo; mas lo hizo con tan poca fortuna, que perdió dos acciones de guerra, la última en las cercanías de Sevilla, donde se vió abandonado por las tropas andaluzas, y cayó herido y prisionero en manos del nuevo pretendiente.

Muy pocos dias despües Ali ibn-Hammud y su hermano al-Kasim entraron en Córdoba (junio de 1015) que no les opuso ninguna resistencia por falta de medios de defensa y sobra de bandos y parcialidades. Los primeros actos de Ali, encumbrado con tanta rapidez al sólio de los Califas de Occidente, fueron decretar la muerte de Solaiman; mandar buscar á Hixem, que no fué encontrado, y dirigirse á los walies de las provincias exijiéndoles juramento de fidelidad y obediencia como lejítimo sucesor del califato designado por el mismo Hixem II. Pero los walies que se hallaban muy bien con la soberanía independiente que ejercian en sus respectivas provincias, no solo no se tomaron la molestia de contestar á su requerimiento, sino que se confederaron para derribar el intruso y colocar en el trono á un individuo de la familia Ommiada.

El nuevo pretendiente elegido por los walies confederados, lo fué el príncipe Abderrahman ben-Mohammed, quien á los trece ó quince meses de la entrada de Ali en Córdoba, fué proclamado Califa, en Valencia, y reconocido con el nombre de Abderrahman IV; al-Mortadhá, en todas las provincias y ciudades que estaban en poder de los Amerides, entre otras Xátiva (S. Felipe) y Tortosa. El princi-

pe al-Mondhir de Zaragoza tambien se declaró por él. Hasta dentro de Córdoba se fraguó una conspiracion, dirigida por los Ameridas en favor de al-Mortadhá. Los conjurados cohecharon á los eslavos del servicio personal de Ali, quienes le asesinaron en el baño á fines del año 1017.

Sin embargo; la muerte de ibn-Hammud no aprovechó al titulado Abderrahman IV, puesto que los africanos, muy poderosos todavia en Córdoba, le dieron por sucesor á su hermano al-Kasim. Poco tiempo gozó en paz el nuevo Califa de la fortuna que le habia deparado el destino. Un hijo de Ali, llamado Yadhia, que se hallaba en Ceuta, al tener noticia de la muerte de su padre, cruzó el estrecho con crecida hueste de bárbaros africanos, y desembarcó en Málaga donde se hizo proclamar Califa sucesor de su padre. Acudió al-Kasim desde Córdoba para combatir á su sobrino, con el cual, despues de varios sucesos convino en una cesacion de hostilidades, visto que sus diferencias guerreras redundaban en provecho de Abderrahman el Ommiada.

En efecto, el partido de al-Mortadhá, crecia de dia en dia reforzado con los Ameridas que en masa se pasaban á su bando, y con el vasallaje que se ofrecian á tributarle los walies de las ciudades desafectas á la parcialidad Berebere, cuya ignorancia, rusticidad y tiranía sublevaban los ánimos, particularmente en la culta Andalucía, que lloraba con lágrimas de sangre los desaciertos que habian concluido en horas con su grandeza y prosperidad.

Abderrahman IV habia reunido en la España

Oriental un formidable ejército, en el que se contaban muchos auxiliares cristianos, el cual al mando del ambicioso Khairán señor de Almería, de Modjehid que lo era de Denia y de Mondir de Zaragoza, marchó sobre Córdoba en el año 1019. Detuviéronse los confederados cerca de Granada, cuyo príncipe Zawi ibn-Zairi, era berebere, y por consiguiente partidario de al-Kasim. Al-Mortadhá le escribió en términos muy atentos intimándole que le reconociera por Califa. Zawi le contestó con templanza, pero negándose á lo que se le exijia. Irritado al-Mortadhá le remitió una segunda carta, en la que le decia, entre otras cosas: «Marcho contra tí acompañado de todos los valientes de Andalucia, y de los cristianos. ¿Podrás resistir? La carta terminaba con este versículo del Corán: «Si sois uno de los nuestros, salud á vos: si no lo sois tened entendido que todos los males van á caer sobre vuestra cabeza.»

La respuesta de Zawi acabó de exasperar el ánimo de al-Mortadhá, quien se dispuso á combatir al príncipe de Granada.

Entre tanto Khairan y Mondhir (dice Dozy á quien seguimos en esta relacion), se apercibieron que Abderrahman IV no era el Califa que convenia á las miras de su ambicion. Importábanseles, en realidad, muy poco los derechos de la familia Ommiada, y si combatian en favor de las pretensiones de un Ommiada era con la esperanza de reinar ellos bajo un principe débil que hubieran impuesto como soberano lejítimo á los Bereberes. Pero al-Mortadhá era hombre de carácter enérjico y altanero,

que no se prestaba á representar el papel que le querian hacer representar Khairán y Mondhir, y cometió la imprudencia de hacerlos enemigos suyos. Cierto dia les vedó la entrada en su tienda. Ofendidos por aquel desaire y porque Abderrahman se mostraba deferente con los gefes de Valencia y Xátiva, escribieron á Zawi, diciéndole que atacase el ejército de al-Mortadha, durante su marcha sobre Córdoba, y ofreciéndole que abandonarian al Califa en cuanto la accion estuviera empeñada.

Trabóse la batalla que duró algunos dias. Zawí rogó á Khairán que cumpliese su promesa, y este le respondió: «Si he tardado en hacerlo ha sido para daros lugar á conocer cuál es nuestro valor y cuantas son nuestras fuerzas, y que si combatiéramos de buena voluntad por el Califa, á estas horas estaríais aniquilado. Pero poned mañana vuestro ejército en órden de batalla y vereis como abandonamos al príncipe.»

Al dia siguiente, en lo mas empeñado de la refriega las tropas aragonesas volvieron la espalda al enemigo, y dejaron á al-Mortadha solo son los verdaderos partidarios de su familia y con los cristianos. Los restos de aquel grande ejército con el que Abderraman creyó fácil reconquistar el trono de sus abuelos, intentaron resistir; mas fueron muy pronto derrotados por los Bereberes de Zawi que se apoderaron del campamento enemigo del cual sacaron cuantiosas riquezas.

«Esta derrota fué tan completa, dice Ibn-Hai-

yan, que superó á cuantas recordaba la memoria de los vencidos. Desde aquel dia el partido andaluz quedó tan quebrantado que no le fué posible volver á reunir un ejército y tuvo que darse por vencido para siempre.» El historiador anónimo copiado por al Makkari, dice así mismo: «Despues de esta funesta batalla el pueblo español se sometió á los Bereberes, y desde entonces no pudo reunir un ejército para combatirlos. Los desleales Khairán y Mondhir expiaron, pues, con la ruina de su propio partido la infame traicion que cometieron con al Mortadhá.

Este desventurado príncipe pudo escapar de las manos de los vencedores; y ya habia salvado los límites del territorio berebere y llegado á Guadix, cuando algunos espias enviados en su persecucion por Khairán descubrieron el lugar de su refujio, y le dieron muerte. Su cabeza fué llevada á Almería, donde Khairán y Mondhir se habian retirado.

De la misma manera que la muerte de Alí Ibn-Hammud no aprovechó á Abderrahman, la de este Ommiada tampoco fué motivo para consolidar en el trono de Córdoba á Kasim sucesor de Alí. Parece que despues del armisticio celebrado con su sobrino, había pasado á Ceuta con objeto de dar solemne sepultura á los restos mortales de su hermano; circunstancia que aprovechó Yahiah para esplotar en su favor la anidmadversion pública que Kasim habia concitado con su tiranía contra su persona, y hacerse proclamar por una parcialidad africana y los bárbaros procedentes del desierto de Sus que

habia traido consigo del Magreb, Califa del imperio musulman español.

Súpolo en Ceuta al-Kasim, y dióse prisa á regresar á España resuelto á castigar la alevosía de su sobrino. Llegó con crecida hueste á la vista de Córdoba, donde Yahiah, que no podia contar con el apoyo del pueblo no se atrevió á esperarle, y huyó con sus parciales hácia sus estados de Málaga. Entró, pues, al-Kasim (1025) sin encontrar resistencia en la capital, donde muy luego la indignacion pública largo tiempo comprimida, rompió en un espantoso motin contra la aborrecida raza berebere, que habia convertido la metrópoli del imperio musulman de Occidente, la *lumbrera de Andalucía* en un inmenso aduar africano. El pueblo todo, armado y unido en el fin que se habia propuesto, de dar muerte á Kasim, acometió el alcázar, que no pudo tomar por la vigorosa resistencia que opuso la guardia africana. No desmayaron los sublevados con el mal éxito de su primera tentativa; por el contrario establecieron una especie de bloqueo en derredor del edificio, y permanecieron cincuenta dias sobre las armas combatiendo á sus mortales enemigos; hasta que al fin, falto ya de provisiones el Califa dispuso efectuar una vigorosa salida para terminar de una manera ó de otra aquella insostenible situacion. Largo tiempo duró la sangrienta refriega entre el pueblo de Córdoba y los Africanos, que al fin tuvieron que darse por vencidos. Al-Kasim fué salvado por algunos caballeros que lo arrancaron de las manos del pueblo, lo sacaron de

Córdoba y lo escoltaron hasta Jerez.

Con la derrota de los Bereberes y la fuga de al-Kasim, los partidarios de la dinastía Ommiada y los Ameridas se hicieron dueños de la situacion. En su virtud, muerto Abderrahman IV, apellidado al-Mortadhá, los vencedores eligieron para ocupar el trono vacante, á un hijo de Hixem, hermano de Mohammed al-Mahadi, que fué muy luego proclamado en los púlpitos de todas las mezquitas de Córdoba, con el nombre de Abderrahman V, al-Mostadir Billá. Cuentan los cronistas arábigos, que Abderrahman, jóven en quien la prudencia, el saber y las altas dotes de mando superaban con mucho á los años, parecia el soberano mas á propósito para restaurar la grandeza del Califato, si el destino no le hubiese condenado fatalmente á perecer. Mes y medio llevaba aquel docto é ilustrado príncipe de regir con mano hábil y vigorosa los destinos de su pueblo, cuando un primo suyo llamado Mohammed ibn-Abderrahman, hombre ambicioso y de carácter turbulento, tomó pretesto del descontento que en la guardia andaluza y eslavona, así como en esa clase de individuos que medran en las épocas de grandes trastornos políticos, habia causado la abolicion decretada por al-Mostadhir, de ciertos irritantes abusos ú odiosos privilegios, que asi en la administracion pública como en beneficio de la clase militar se habian introducido á resultas de las revoluciones y contra-revoluciones que se venian sucediendo en Córdoba, desde la muerte del hijo segundo del grande Almanzor, tomó pretesto, repe-

timos, para desconceptuar al Califa y promover una sedicion militar, que auxiliada por el populacho, que Mohammed habia ganado á fuerza de oro y ofreciéndoles libertad para el saqueo, llegó hasta la puerta del Alcázar de los Califas, pidiendo la cabeza de al-Mostadhir. La guardia esclavona que daba aquel dia el servicio de palacio, resistió denodadamente á los amotinados y empeñó con ellos una sangrienta y desigual pelea. El vocerío y estruendo del combate llegaron á oidos del Califa, quien con mas valor que prudencia se arma, sale á combatir como el último soldado y muere acribillado por los golpes de una soldadesca desenfrenada. Ebrio el populacho con su criminal victoria, arrastra el cadáver de aquel príncipe tan digno de mejor suerte; y en tanto que los menos se entretienen en despedazarlo, los mas recorren las calles proclamando á Mohammed, y saqueando las casas de los wazires y jeques adictos á la causa de su víctima. La sublevacion fué tan imprevista y arrebatada, que el vecindario honrado, los nobles, los generales, todas las personas, en fin, de representacion y respeto, quedaron atónitas y sorprendidas, y como siempre sucede en toda sociedad que se encuentra en el período de su decadencia, se acobardaron en términos que nadie intentó levantar un dique que contuviera de alguna manera aquel torrente desbordado artificialmente.

A favor de aquella situacion obra de los escesos de los unos y de la cobardía de los otros, pudo Mohammed satisfacer su ambicion, haciéndose procla-

mar Califa, sin obstáculo alguno, el mismo dia del asesinato de Abderrahman V. Dicho se está, que el sistema que inauguró fué diametralmente opuesto al que iniciara su antecesor. Es decir, que amplió los privilegios que aquel intentara restringir, y autorizó mayores abusos que aquellos cuya abolicion habia causado el motin popular. Con esto y con repartir entre sus amigos los empleos, los honores y las dignidades, creyóse asegurado en el trono; que por lo visto no codició por ambicion de reinar en la verdadera acepcion de la palabra, sino por entregarse á sus gustos é inclinaciones, en una esfera donde ningun mortal pudiese competir con él. En efecto; cuando todavia zumbaban en el aire los desaforados gritos de su escandalosa proclamacion, trasladóse á los dorados salones del Alcázar de Medina Azahara y en ellos se entregó á una vida de placeres entre músicos, poetas, esclavos, eunucos, juegos, zambras y festines.

Entregado el gobierno á manos de hombres desautorizados ó famélicos, que carecian de freno y de responsabilidad, perdió la poca fuerza y prestigio que le dejaran los pasados desconciertos políticos, y ya no hubo órden, administracion ni cosa que en la España musulmana pudiera llamarse Estado. Los pocos walies y alcaides que por falta de fuerza material se habian mantenido hasta entonces en la obediencia de los Califas, aprovecharon lo favorable de las circunstancias para desentenderse completamente de ella, y retuvieron, como es consiguiente, las rentas con que sus provincias contri-

buian al Tesoro público. Este fué el mas grave mal de aquella situacion, como lo es de todas las que se le asemejan. Para acudir á su remedio, el gobierno inventó arbitrios, envió apremios, vejó á todos los contribuyentes cristianos, musulmanes y judios que permanecian todavia bajo la férula de su administracion, queriendo cubrir, con los recursos de los menos, el déficit que le ocasionaba la negativa á pagar de los más. Los pueblos, pues, de Andalucia, sufrieron impuestos y recargos inauditos; y, sin embargo, no fué posible hacer cesar la penuria del Tesoro, dada la falta total del producto de las rentas de las demás provincias. La miseria pública comenzó á mostrar su escuálida faz, y el descontento del pueblo llegó á degenerar en conatos de revolucion.

En tanto Mohammed pasaba la mayor parte de los dias en Medina-Azahara, entre fiestas y banquetes, y rodeado de una numerosa córte de sábios y poetas, entre los que ocupaban distinguido lugar el célebre Ibn-Zeidun, el primero de los poetas orientales, y la hermosa Habibah, hija del Califa, llamada la *Safo arábiga*, (sus poesías se conservan manuscritas en la biblioteca del Escorial. Casiri las tradujo) y otros muchos poetas, sábios y prosistas de esclarecido renombre.

Como se vé, Mohammed cubrió de flores su inícua usurpacion y se mostró, por su amor á la literatura, digno de haber ocupado el trono de Córdoba en tiempos mas bonancibles. No eran, aquellos ciertamente, tiempos literarios; faltábales el am-

biente de la paz y sobrábanles apuros pecuniarios. Así que, comenzaron á faltar los recursos, hasta al mismo Califa, y la nube de aduladores que le rodeaba, no pudiendo ya contar con sus prodigalidades se separó de su lado y fuese á engrosar las filas de los descontentos cada dia mas numerosos á medida que se aumentaba la miseria pública. Por último; llegaron las cosas á tal estremo, que estalló un motin popular cuyas oleadas invadieron las casas de los hadjibes, wazires y cadíes pidiendo la destitucion de los unos y la cabeza de los otros. Triunfante el pueblo en su primera acometida, resuelve atacar el palacio de Medina Azahara; pero avisado á tiempo, Mohamed, abandona á deshora el palacio, y acompañado de su familia y de una escolta de caballeria africana, huye de Córdoba y se refugia en la fortaleza de Uclés, en la provincia de Toledo. Allí murió, parece que envenenado, en mayo ó junio de 1025, Habia reinado unos diez y seis meses.

Despues del prematuro y desastroso fin del reinado de los dos últimos Califas de la dinastia Ommiada, no era posible que los partidarios de esta desventurada estirpe pensasen por el pronto, en sentar una tercera víctima de aquella familia en el funesto sólio de Córdoba. De este desaliento se aprovechó el partido berebere para apoderarse de la situacion y restablecer en el trono al sobrino de Kasim, lanzado de él en 1021. Al efecto, acudieron sus parciales á Málaga, desde donde el Edrisita Yahiah, hijo de Ali ibn-Hammud gobernaba con cor-

dura sus estados de Andalucía, de Ceuta y Tánjer, le aclaman Califa de Occidente y le brindan con aquel trono tan codiciado que se halla vacante y al que nadie, en aquellos momentos, se atreve á aspirar. Yahiah, cede á la tentacion y marcha hácia Córdoba llevado en triunfo por sus parciales. No le habian ilusionado estos con vanas promesas, pues el vecindario de la capital descontento con la interinidad y temeroso de ver agravarse aquella oscura y aflictiva situacion, le hizo un recibimiento sino entusiasta, al menos bastante lisonjero para inspirarle la necesaria confianza en las disposiciones del pueblo para someterse á su gobierno. Yahiah ibn-Hammud no carecia de dotes de hombre de gobierno; así que una vez calmados los ánimos y dictadas las disposiciones convenientes para que la nueva administracion comenzase á funcionar dentro del sistema recien establecido, envió comunicaciones á todas las autoridades superiores de las provincias para que pasasen á Córdoba á prestarle juramento de obediencia. Este paso, aconsejado por la necesidad de robustecer su poder y de dar unidad de accion á su gobierno, le fué, sin embargo, fatal. Los walíes, grandes feudatarios y jeques de tríbus ó se desentendieron de aquellas comunicaciones, ó si contestaron fué, los unos alegando que la distancia á que se encontraban de la capital y el mal estado de sus provincias no les permitia cumplimentar la órden que habian recibido, y los otros negándose á reconocer su autoridad.

Entre estos últimos se distinguió por lo categó-

rico de su negativa el wali de Sevilla Mohammed ibn-Ismail, quien desde mucho tiempo atrás era enemigo declarado de Yahyah. En su vista, el califa, convencido que solo por la fuerza y con la victoria podria establecer su autoridad, dispuso hacer un señalado escarmiento, y eligió para primera víctima de su justicia al walí de Sevilla, por ser el rebelde que se hallaba mas próximo á la capital. Al efecto, mandó reunir las banderas de Málaga, Sidonia y Jerez, é incorporado con ellas al frente de las tropas de Córdoba y caballería de su guardia, marchó resueltamente sobre Sevilla. Mas ya no eran aquellos los tiempos de los temidos y respetados califas de Occidente, á cuya voz se levantaban los pueblos entusiasmados y obedientes, creyendo servir la causa de Dios combatiendo bajo las banderas de sus legítimos soberanos; ni la inobediencia de Mohammed ibn-Ismail podia reputarse en Andalucia como crimen de alta traicion, dado que Yahyah, á título de Berebere, era considerado como un intruso, un usurpador hechura del partido mas despreciable para la ráncia nobleza andaluza. En tal virtud, fuéle fácil al walí de Sevilla reunir un numeroso y brillante cuerpo de ejército, con el cual salió á campaña, no bien supo que Yahyah se dirigía contra él. A los pocos dias se avistaron Sevillanos y Cordobeses en un paraje donde Mohammed supo atraer diestramente á sus contrarios. Las tropas del seudo Califa fueron gallardamente acuchilladas por los caballeros de Sevilla, y el mismo Yahyah murió lanceado en la refriega, (febrero

de 1026). El walí de Sevilla mandó cortar la cabeza al cadáver del desdichado usurpador, y la envió á la capital con la noticia de su victoria.

Al saberse en Córdoba el suceso de la muerte de Yahyah Ibn-Ali, último principe de la dinastía Edrisita que reinára en España, juntáronse los altos dignatarios de la córte y del imperio para providenciar en aquellas difíciles circunstancias. Tres meses duró el interregno, durante los cuales los partidos y las ambiciones no se dieron un momento de descanso en Córdoba. Al cabo de este tiempo por mayo de aquel año, á propuesta del walí Dejhwar, varon de consumada prudencia, fué proclamado Califa Hixem, hijo de Mohammed, hermano de Abderrahman IV apellidado al-Mostadhá. Hallábase el elegido retirado, huyendo de las últimas turbulencias, en la fortaleza de Albonte, (puede ser Alpuente, en el reino de Valencia) cuando le fué anunciada la nueva de su proclamacion. Recibióla mas bien como una contrariedad que como un beneficio; y así que contestó á los enviados de Dejhwar, que agradecia con toda su alma la señalada honra que le dispensara el Divan y el pueblo de Córdoba; mas que no podia aceptarla por conceptuarla carga harto pesada para sus débiles hombros. Pasáronse muchos meses en negociaciones, hasta que al fin, vencido por las instancias con que sin cesar le asediaban, aceptó aquel trono, ya verdadera silla de espinas. Sin embargo, resuelto á diferir cuanto le fuera posible su entrada en Córdoba, nombró Hadjib á Dejhwar y le encargó el gobierno del

imperio, en tanto que él, con pretesto de hacerse digno de la confianza que le dispensara el pueblo Cordobés, reunió un ejército, á cuya cabeza marchó contra los cristianos de las fronteras de Cataluña, Castilla y Leon; los cuales á favor de las últimas guerras civiles que habian ensangrentado el imperio musulman de España, y de la cesion de territorio que en pago de sus auxilios les hicieran los pretendientes de uno y otro bando, habian estendido sus dominios muy adentro de las antiguas fronteras del Califato, al mismo tiempo que combatian sin cesar por apoderarse de nuevas poblaciones y fortalezas.

Tres años, desde principios del 1027, hasta diciembre de 1029, mantuvo el Califa Hixem III aquella guerra de fronteras, cuyos resultados fueron de poca importancia para los musulmanes, puesto que, por su parte, tuvo mas bien el carácter de defensiva que el de agresiva.

Entre tanto, la desesperada situacion de la capital y del imperio se agravaban mas y mas; era un enfermo completamente deshauciado, cuya muerte llegaba á pasos precipitados y que aceleraron los estériles triunfos obtenidos por el Califa sobre los cristianos de las fronteras, puesto que fueron causa de la ausencia y distraccion del soberano, único hombre que podia prolongar su agonía con el prestigio de sus virtudes y autoridad. Los antiguos vínculos qne mantuvieran unidas las provincias á la metrópoli se iban rompiendo definitivamente; cada gobernador se habia constituido en soberano in-

dependiente en su respectiva provincia; las rentas del Estado no existian ya ni aun en guarismos, y el descontento público tocaba en los limites de la desesperacion. Así las cosas, el Hadjib Dejhwar, que con una energía, prevision y talento habia podido sostener la autoridad del Califa y una sombra de órden público en Córdoba, conociendo que sus fuerzas y recursos de gobierno estaban ya agotados y que una terrible revolucion era inminente, envió repetidas y apremiantes comunicaciones á Hixem III, presentándole bajo su verdadero aspecto el estado de los negocios públicos y rogándole se personara ejecutivamente en la capital, si no queria ver derrumbarse en una hora y para siempre el trono de sus mayores. Resolvióse Hixem al sacrificio que las circunstancias exigian de él, y abandonando el ejército de las fronteras, se presentó en Córdoba á mediados de Diciembre de 1029.

Recibióle el pueblo entre ruidosas aclamaciones, y apellidándole su salvador, le condujo en triunfo hasta el Alcázar. El prestigio de sus recientes victorias, su fama de justiciero, su notorio desinterés y las altas dotes de mando que le caracterizaban, facilitáronle los medios de poner desde luego en ejecucion importantes medidas para restablecer el órden en el gobierno de su imperio, que en realidad, estaba ya reducido á los límites de Córdoba con sus territorios. Entre otras providencias tomó la de enviar sus cartas á los walies de las provincias exigiéndoles el reconocimiento y obediencia á su autoridad. Eluden todos ellos bajo frívolos pre-

testos el cumplimiento de sus deberes; y si bien ninguno se niega á conceder al Califa su carácter de Iman, ni uno solo se aviene á reconocer su soberanía y menos á enviarle tropas ó caudales.

La cuestion, pues, tal cual quedaba planteada por los walies, era cuestion de *ser ó no ser* para Hixem III y para el Califato de Córdoba. No habiendo tiempo que perder, el soberano dispuso recurrir á la fuerza para someter á los rebeldes, dando comienzo por los mas cercanos. Al efecto envió un cuerpo de ejército á los Algarbes, donde estaban mandando las hechuras del último Califa Edrisita, Yahyah ibn-Hammed, y redujo á la obediencia los alcaides de las fortalezas de Niebla, Osonoba, Silves y otras varias. A tan mezquinas proporciones se redujo el esfuerzo de autoridad de Hixem, puesto que no le fué dado ni aun iniciar las hostilidades contra los walies de Zaragoza, Denia, Almería, Granada, Málaga, Sevilla, Carmona y Sidonia que levantaron francamente el estandarte de la rebelion.

Al cabo de dos años de guerra que solo sirvió para consolidar el poder de los walies rebeldes, Hixem se vió en la necesidad de entrar en negociaciones con ellos, á fin de conseguir por medio de la política lo que no le fué dado obtener con las armas. Tomaron pretesto los cordobeses de aquellas negociaciones para murmurar del Califa, á cuya mala estrella atribuian el malogro de la guerra. Cunde el descontento y dejenera en abierta hostilidad contra Hixem III; quien escudado con la tran-

quilidad de su conciencia, se propuso resistir la insolencia de aquella generacion, que *no sabia gobernarse ni dejarse gobernar*. Dos años luchó el noble Ommiada contra todos los partidos conjurados contra él, y no por conservar un trono en el que le sentaron como otro Wamba, por la fuerza, sino por su honra propia y la salvacion del país. Al cabo de este tiempo, en los dia 29 y 30 de noviembre de 1031, estalló una desatentada sublevacion popular, que con desaforados gritos y entre el ruido de las armas pidió el destronamiento y destierro, no atreviéndose á mas por un resto de pudor, de aquel príncipe digno de mejor pueblo y de mejores tiempos. El Hadjib Dejhwar acudió desalado al alcázar para dar cuenta al Califa del suceso y tomar disposiciones que pusiesen su vida á cubierto de un atentado del populacho. No se aturde ni se intimida el valeroso Hixem III; por el contrario, revístese de ese sereno heroismo propio de las almas grandes, y contesta al primer ministro que le anuncia su destitucion: *Demos gracias á Dios que así lo ha dispuesto;* y en el mismo dia abandona el alcázar y sale de Córdoba con su familia y una escolta de algunos centenares de ginetes. Acompañáronlo en su destierro varios sábios y poetas, amigos y servidores leales, que se acogieron con él á una fortaleza llamada Hisn-abi-Scherif, situada en las asperezas de Sierra Morena; donde muy luego se vieron amenazados por los cordobeses que no se conceptuaban muy seguros con la próxima vecindad del Califa. Hixem abandonó aquel retiro sin intentar ni un

amago de resistencia y se refugió cerca del wali de Lérida, Soleiman Ibn-Hud, su particular amigo, de quien reçibió los mayores agasajos así como todos los individuos que componian su familia y séquito. Al amparo de uno de sus súbditos vivió el Califa Hixem III hasta el año 1036, en el que la muerte le sorprèndió en su pacífico retiro.

En él feneció la dinastía de los Ommiadas de España, que comenzó en 756 con Abderrahman I descendiente de Moawia hijo de Abu-Sofian, el idólatra y el mayor perseguidor de Mahoma, y concluyó en 1036 con Hixem III; habiendo durado 284 años musulmanes, ó 276 solares.

IX.

Disolucion del Califato de Occidente.

Emiratos independientes. República musulmana de Córdoba.

No parece sino que el pueblo de Córdoba, que en los años trascurridos desde la muerte del hijo segundo de Almanzor, *Sanchuolo*, hasta el destronamiento del último Califa de la dinastía Ommiada, habia tomado á empeño borrar, en 22 años de revolucion, anarquia y desórdenes, dos siglos y medio de sin par grandeza y prosperidad debida á su cultura y notoria sensatez; no parece, sino, repetimos, que con la caida de Hixem III abrió los ojos á la luz de la razon, y se propuso enmendar sus errores, asi como desmentir el dicho de este último príncipe, que le calificó de pueblo que no sabia gobernarse ni dejarse gobernar. En efecto; en lugar de entregarse á nuevos y sangrientos disturbios para dar un sucesor al califa depuesto, y coronar una cabeza que á los pocos dias intentaria derribar, tuvo la suficiente cordura para no tratar de reconstruir un

trono que el huracan de las revoluciones habia reducido á polvo, y se dió un gobierno diametralmente opuesto al que rigiera hasta entonces entre todos los pueblos cultos de raza musulmana; si nó con el propósito de constituirlo definitivamente, dada la imposibilidad de conciliarlo con su cónstitucion política y religiosa, al menos como un medio de llegar sin desórdenes y violencias á la rehabilitacion del Califato en la forma tradicional en que habia subsistido hasta la muerte del ilustre Al-Hakem II.

Córdoba, pues, se constituyó en república aristocrática, por consentimiento y aclamacion de todas las clases de aquella inmensa poblacion, y confió su gobierno á una asamblea de notables, llamada *Djamaa;* especie de Senado con un presidente que ejercia á la vez el poder ejecutivo y el mando de los ejércitos con el título de *Dhu-l-wizaratain*, (generalísimo). Si acertada fué la solucion provisional que dió al pavoroso problema planteado por aquella larga y no interrumpida série de sangrientos desórdenes, no menos lo fué la eleccion que hizo de presidente del Senado en la persona de Abu-el-Huzam Djehwar ben-Mohammed, varon cuerdo y atinado que habia gobernado el derruido imperio con aplauso general durante la ausencia del último califa Hixem III.

En alas de su buen deseo y contando siempre con el Senado, á cuyas deliberaciones sometia todos los negocios del gobierno, Djehwar, no solo restableció el órden político y la seguridad individual en aquella vastísima ciudad de donde parecia haberse

desterrado completamente desde algunos años, sino que reformó la administracion económica, introdujo grandes economía en los gastos públicos, abasteció abundantemente al vecindario de Córdoba, é hizo estensivas las mejoras de su sábia y providente administracion á todos los pueblos de la provincia.

Restablecido el órden interior y funcionando ya con desembarazo el nuevo gobierno, el presidente Djehwar dirigió sus miradas con ahinco hácia lo que podemos llamar situacion general del pais. No pudiéndosele ocultar, que aflojados los lazos que mantuvieran en la subordinacion y obediencia las provincias con el poder central, á virtud de la série de revoluciones que se habian sucedido desde los últimos años de la larga minoria de Hixem II habian acabado por romperse difinitivamente con la nueva forma de gobierno establecida en Córdoba,—acontecimiento que justificaba la conducta de los walies convertidos en emires en sus respectivas provincias—de lo cual tenia que resultar indefectiblemente la ruina del imperio musulman de España por falta de medios para resistir los embates cada vez mas formidables de los cristianos, intentó reconstruir aquella unidad de gobierno y accion que veinticinco años antes hiciera tan poderoso dentro y fuera de España el Califato de Córdoba. Al efecto envió repetidas y atentas comunicaciones á los gobernadores de las provincias, no exijiéndoles, como algunos historiadores pretenden, un juramento de sumision y obediencia al gobierno central, pues el orígen y naturaleza de su poder no le

daba autoridad para tanto, sino encareciéndoles la necesidad de gobernar sábia y prudentemente sus respectivas provincias en interés del bien general y de la defensa del islamismo en España, y de caminar de comun acuerdo á fin de conservar unidas todas las fuerzas vivas del imperio para resistir con éxito al enemigo de todos, que sabria aprovecharse de la discordia que los dividia para destruir á poca costa y en detal la grandiosa obra del imperio musulman de Occidente.

Mas todas sus gestiones fueron inútiles. ¿Cómo habia de obtener, el presidente de una república musulmano-aristocrática, lo que no pudieron conseguir los califas con su inmenso prestigio y poder? Asi que, los gobernadores eludieron responder categóricamente á las comunicaciones de Djehwar; distinguiéndose entre todos por lo explícito de sus negativas á reconocer la autoridad del presidente del Senado de Córdoba, los walies de Sevilla, Granada, Málaga, Badajoz, Toledo y Zaragoza.

De esta suerte, al año poco mas de la caida del último califa de la familia de Ommiada, Hixem III, que arrastró consigo al sepulcro su dinastia, el imperio que los Abderrahman habian dilatado por el Africa, y que Almanzor estendió hasta los Pirineos y el Occéano al N. y O. de la Peninsula Ibérica, se encontró reducido á las murallas de Córdoba; dado que el resto, despues de haber retrocedido otra vez hasta el Duero, se fraccionó en once estados soberanos que se gobernaban con entera independencia de Córdoba. Hélos aquí, con los nombres que les

ha conservado la historia: la república aristocrática de Córdoba, gobernada por un Senado y su presidente Djehwar; los reinos de Sevilla; Elvira, ó Granada y Jaen; Málaga; Almería; Badajoz; Murcia; Denia con las islas Baleares; Toledo; Zaragoza; Valencia y Albarracin.

Basta esta sucinta relacion de nombres para comprender desde luego la situacion en que se encontró el imperio musulman de España, precisamente en la época en que los reinos cristianos del norte del Duero y la Navarra iban á reunirse bajo una sola y poderosa mano; que á haber andado mas acertada, y á no haber participado del error político dominante todavía en Europa desde la caida del imperio Romano, hubiera puesto término en el siglo onceno á la dominacion de los árabes, y hubiese hecho imposible la de los moros en Andalucía.

Por efecto de uno de esos fenómenos no muy frecuentes en el órden natural de las cosas, aquella situacion tan ocasionada á producir un desquiciamiento politico y social, solo en el primer concepto dió sus legítimas consecuencias, en tanto que en el segundo fué altamente favorable al desarrollo de otro linaje de intereses. Es así, que en tanto que los estímulos de la ambicion, la impaciencia por asegurar una soberanía independiente y el afan de supremacía entre los gobernadores convertidos en emires, produjo un sin número de rivalidades, celos, alianzas y guerras, consecuencias inevitables de aquel régimen aristocrático, que hizo llover sobre Andalucía todo género de calamidades públicas; las

ciencias, la literatura y las artes musulmanas no solo se mantuvieron á la altura en que las pusieron los ilustrados Abderrahman III y Al-Hakem II, sinó que llegaron á su apogeo; del cual muy luego comenzaron á descender, cuando los feroces y fanáticos emires Almoravides sustituyeron en Andalucía á los cultos y tolerantes emires Árabes.

«Poco tiempo despues, dice el sábio Dozy, de la muerte de Almanzor, vemos á la aristocracia levantarse mas pujante y vigorosa que nunca. El trono de los Califas que aquel grande (funesto) hombre habia minado por su base vacilaba sobre sus cimientos, y la aristocracia (su enemiga de siempre) aprovechando la debilidad de aquellos soberanos sin prestigio ni poder, se negó á obedecerles y erigió los paises que gobernaba en Estados independientes. A partir de aquel dia, la nobleza se constituyó francamente en protectora de los *libres pensadores*. Un autor contemporáneo, Ibn-Zair de Toledo, dice: «Despues de la caida de los Ommiadas, fué posible cultivar con inusitado ardor el estudio de las ciencias especulativas (literalmente, *de la ciencia antigua*, la de los Griegos y de los Romanos,) las capitales de los reyes de las pequeñas dinastías se hicieron poco á poco grandes ciudades (donde se cultivaban las ciencias) y hoy en dia, á Dios gracias, la condicion de la ciencia es mejor de lo que nunca lo ha sido en España, puesto que se toleran las ciencias especulativas, y nadie intenta ya poner obstáculos á los que las cultivan.» (Traduccion de Dozy.) Hé aquí, pues, un testimonio fehaciente, que prueba como en el

siglo v de la Hegira (xi de J. C.) en España y sobre todo en Andalucía se cultivaron las ciencias especulativas con mas entusiasmo que nunca. Y, todavia mas; algunos sábios y no pocos príncipes, atacaron audazmente con burlas y amargas ironías los dogmas del Islamismo.

En cuanto á la literatura no podia subsistir sin la proteccion y el estímulo de los nobles. Entre los Árabes, como en los demás pueblos, la primera necesidad del literato era el vivir. No habiéndose inventado todavía la imprenta, los manuscritos solo se reproducian á costa de una enorme pérdida de tiempo, y por consiguiente, la venta de sus obras producia muy poco á los autores; empero en todos tiempos, los nobles amigos de las letras, recompensaron generosamente á los literatos que les dedicaban sus obras; y este rasgo característico de la aristocrácia musulmana salvó las ciencias y la literatura en España del naufrajio en que quedaron sepultadas en el resto de Europa. Los nobles, pues, y los príncipes de las pequeñas dinastias españolas, tomando por modelo á los soberanos de Oriente y á los Califas de Córdoba, señalaron pensiones á los sábios y literatos que vivian en sus respectivas cortes, convirtiéndolas en verdaderas academias del saber. Un Soberano, por muy ilustrado, poderoso y opulento que fuera, no podia hacer él solo, en beneficio de las letras, tanto como hicieron aquellos numerosos príncipes independientes, que premiaban y recompensaban á cual mas á los poetas, filósofos, filólogos, naturalistas, médicos, matemáticos

y astrónomos que se ponian bajo su proteccion.

Hé aquí, descrita en grandes pero espresivos rasgos la situacion de Andalucía en los primeros años que sucedieron á la desmembracion del Califato de Córdoba: la guerra civil con todos sus horrores en los campos; las intrigas, las luchas de bastardas ambiciones en los divanes (gabinetes) de cada uno de aquellos pequeños soberanos, y las córtes de estos ilustrados principes convertidas en otros tantos templos donde se rendia culto al saber.

Desgraciadamente aquellos templos se vieron muy luego convertidos en ruinas, entre cuyos escombros quedó sepultada por espacio de tres siglos la antorcha del saber que durante los cuatro precedentes habia iluminado el suelo andaluz y difundido su viva claridad por todo el mundo entonces conocido.

Para mayor claridad y consecuentes con el órden que nos hemos propuesto seguir en el curso de nuestra historia, vamos á hacer una breve escursion por los reinos cristianos del Norte del Duero, visto que, á partir de la época que venimos historiando, la guerra entre las dos razas que se disputan el suelo de España toma una nueva faz, cambia de carácter y se convierte por parte de los cristianos en ofensiva de defensiva que vino siendo hasta entonces. Este cambio fué demasiado importante para que despues de haber expuesto la parte

que en él tuvieron los Andaluces dejemos de espresar la que les cupo á los Leoneses y Castellanos.

Dijimos en la pájina 175, con referencia al célebre historiador arábigo Ibn-Khaldun, que por los años de 1008, muerto el conde de Galicia, Menendo Gonzalez, regente durante la minoria del hijo de Bermudo el Gotoso, los grandes del reino anticiparon la mayoría de Alfonso, que comenzó á reinar con el número cinco en la série de los reyes de aquel nombre. Desde aquella fecha hasta 1020, Alfonso V solo se ocupó en reparar y fundar iglesias y monasterios, en dotarlos de rentas y hacerles cuantiosas donaciones, y en devolver á Leon parte de la antigua grandeza y esplendor de que las armas de los musulmanes le habian despojado en repetidos sitios y saqueos. En esta ciudad y en la fecha antes citada, congregó el célebre concilio llamado de Leon, que fué la mas importante de las asambleas reunidas en la época de la reconquista, y la que mas influjo ejerció en la reorganizacion política y civil de España. Este memorable concilio y los fueros y cartas-pueblas que concedió al reino, le hicieron acreedor al nombre de *el rey de los buenos fueros,* con que le enaltece la historia. Pocos años despues, en mayo de 1027, Alfonso V de Leon murió en el cerco de Viseo, en Lusitania, herido por una flecha lanzada de lo alto de una torre. Habia reinado 28 años, y dejó dos hijos jóvenes, Bermudo y Sancha, que reinaron despues.

De la paz y prosperidad que disfrutó el reino de Leon en tiempo de Alfonso V, participó el condado

de Castilla, cuyo soberano, Sancho, dilató considerablemente las fronteras de sus estados á beneficio de los auxilios que prestara á los Califas de Córdoba, en el curso de sus no interrumpidas guerras civiles. Distinguióse, además, este soberano, en haber precedido al monarca Leonés en la concesion de fueros y cartas-pueblas, mereciendo tambien de la posteridad, por su carácter justiciero y organizador el dictado de *Sancho el de los buenos fueros*. Murió Sancho en 1021, dejando por sucesor en el condado, á su hijo Garcia, muy jóven aun, puesto que habia nacido el mismo año que su padre entró en Córdoba á título de aliado de Solaiman.

De la misma manera procedia á la sazon en sus estados de Navarra Sancho el *Mayor*, á quien, con solo que nos hubiera quedado su célebre Fuero de Nájera, tendriamos que llamar gran príncipe.

Hé aquí como en tanto que el espléndido Califato de Córdoba se derrumbaba, no bajo el peso de una grandeza superior á sus fuerzas ni empujado por las armas de un conquistador afortunado, sino falto de espacio y de atmósfera que respirar, encerrado, é inmóvil como se encontraba dentro del estrecho círculo de hierro que le trazaba su constitucion política, inmutable y en tal virtud opuesta á todo progreso, y dentro de lo absurdo de su constitucion religiosa aun mas estacionaria que la primera, los reinos cristianos de Leon, Castilla y Navarra se robustecian y consolidaban, no á impulso de las victorias de sus armas, ni á resultas de la debilidad en que habia caido el enemigo comun, sino á

beneficio del rápido progreso de las *nuevas ideas políticas* que jerminaban en la mente de sus monarcas, de sus obispos, de sus hombres de Estado y lejisladores, que con aquellas franquicías y derechos contenidos en los fueros y cartas-pueblas concedidos á los pueblos, echaban los cimientos del edificio de la libertad; y despojando, ó despojándose de una parte de las atribuciones que los códigos antiguos y la tradicion concedian á la dignidad real, llamaban á los pueblos á compartir con el trono la facultad de gobernar la nacion. Es decir, allí estancamiento político-religioso que anonada la inteligencia y aniquila todas las fuerzas de la sociedad; aquí el progreso ordenado y santo que redobla la actividad moral y material del hombre y de la sociedad. Allí el Corán y la Sunna se conservan todavía al cabo de mas de cuatrocientos años como salieron de las manos de Mahoma y de aquellos de sus discípulos que recojieron y escribieron sus dichos y hechos; aquí el *Fuero de Leon* que fué un progreso en el órden de la libertad de los pueblos sobre el *Fuero Juzgo*, y los *Fueros particulares y cartas-pueblas*, que fueron el noble orígen de las libertades municipales de Castilla, y el de las *Behetrias*, ó pequeñas repúblicas, con derecho propio y libertad ilimitada fundadas en medio de la monarquía.

En 1028, Bermudo III, hijo y sucesor de Alfonso V, se unió en matrimonio con la hermana de García II hijo de Sancho. Otra hermana del conde de Castilla estaba casada con Sancho de Navarra; de manera que los tres soberanos de Leon, Castilla

y Navarra estaban emparentados en igual grado de afinidad.

Con objeto de estrechar mas estos lazos, se concertó el matrimonio de García II con Sancha la hermana de Bermudo III. Ajustadas las capitulaciones, García pasó á Leon para unirse á su prometida (1029). Mas á los pocos dias de su llegada á aquella ciudad, fué asesinado traidora y alevosamente en las mismas puertas del templo de San Juan Bautista, por los Velas, nobles castellanos é implacables enemigos de los condes de Castilla desde el tiempo de Fernan Gonzalez, que habian sido desterrados de sus estados hácia los años 1017 por el conde soberano Sancho.

Con la muerte de García II terminó la línea masculina de la estirpe de Fernan Gonzalez, y solo quedaron dos princesas casada la una con Bermudo III de Leon, y la otra con Sancho el Grande de Navarra. Así, pues, el condado de Castilla quedó expuesto á las pretensiones de dos monarcas igualmente fuertes para defender su derecho. Anticipóse el navarro penetrando con un poderoso ejército en Castilla, donde muy luego quedó reconocido por los pueblos y la nobleza como conde soberano de aquellos estados.

De esta manera Sancho de Navarra se hizo el mas poderoso de los reyes cristianos de la Península. La facilidad con que habia acrecentado su reino, y la corta edad del príncipe que ocupaba el trono de Leon, estimularon su afan de engrandecimiento á espensas de Bermudo III. La casualidad

favoreció sus intentos, y tomando pretesto de un liviano accidente, le declaró la guerra. Esta no tuvo, por el pronto, fatales consecuencias, á beneficio de la oportuna intervencion de los obispos de ambos reinos, que en el momento de llegar los dos reyes á las manos lograron hacerles suscribir un tratado de paz sobre la base del casamiento de la infanta Sancha hermana de Bermudo III, antes prometida esposa del malogrado García de Castilla, con el príncipe Fernando hijo segundo de Sancho de Navarra, á quien el de Leon concedió la soberanía independiente de aquellos estados con el titulo de rey de Castilla (1032.)

En el año siguiente Sancho el Grande, bajo un nuevo y frívolo pretesto volvió á llevar sus armas al territorio Leonés. Apoderóse de Astorga, y se erigió en Soberano de Leon, Astúrias y el Vierzo hasta las fronteras de Galicia, donde se refujió Bermudo. De esta manera, es decir, usando del derecho del mas fuerte, Sancho el Grande de Navarra se encontró soberano del mas vasto imperio de la España cristiana, puesto que se estendia desde mas allá de los Pirineos hasta las fronteras de Galicia, entre el Occéano y el Duero.

Pocos años despues, en febrero de 1035, murió Sancho el Grande, dejando repartido aquel reino tan trabajosamente unificado, entre sus cuatro hijos en la forma siguiente: al mayor, García, la Navarra; á Fernando el condado de Castilla con la parte conquitada sobre el reino de Leon; á Ramiro, los estados de Aragon, y á Gonzalo el señorío de

Sobrarve y Ribagorza. Este funesto error político que retardó algunos siglos la ejecucion de la grandiosa obra de la unidad española, fué, como dejamos dicho anteriormente, la enfermedad de que adolecieron todos los grandes hombres que se educaron en las tradiciones del imperio romano. Por huir de un estremo vicioso cayeron en otro que lo fué mas; á una unidad virtualmente insostenible cuando se estiende mas allá de los límites que marcan la razon y la posibilidad de hacer llegar con eficacia la accion del poder central á todos los estados ó provincias del imperio, opusieron la division, el fraccionamiento que empequeñece las naciones y es fuente perenne de celos, envidias, ambiciones y guerras civiles, que solo terminan bajo la planta de un conquistador que reconstituye la unidad racional.

Esto fué lo que aconteció en la España cristiana á la raiz de la muerte de Sancho el Grande. Ramiro de Aragon descontento con el lote que le habia tocado en la particion hecha por su padre, movió guerra, infructuosamente para él, á su hermano García de Navarra, en tanto que Ramiro III, reinstalábase en Leon y se disponia á recuperar todos los Estados que heredara de sus mayores de los que la despojara Sancho de Navarra. En vista de la tormenta próxima á estallar sobre su cabeza, Fernando, rey de Castilla llamó en su auxilio á su hermano García de Navarra, y juntos derrotaron en el valle de Tamaron al ejército Leonés, que dejó á su rey Bermudo muerto sobre el campo de batalla (1037.)

En aquella funesta jornada quedó estinguida, con la muerte de Bermudo III, la línea masculina de los reyes de Asturias y Leon, que se remontaba hasta Pelayo y se enlazaba con los antiguos monarcas godos; y vinieron á reunirse las coronas de Castilla y Leon en la frente de un príncipe navarro, hijo de doña Mayor, hija del conde de Castilla, y marido de doña Sancha, hermana de Bermudo III.

Tenemos, pues, que en tanto que por un *accidente ú cosa*, como dice el padre Mariana hablando del suceso, los estados cristianos del Norte del Duero tendian á su definitiva unificacion, y se organizaban política y civilmente á beneficio de los Fueros y Cartas-pueblas, bajo una nueva constitucion liberal, el imperio árabe de España se fraccionaba y disolvía para siempre, aferrándose cada vez mas y mas en su constitucion estacionaria y en el respeto al absolutismo de un sin número de reyezuelos que se habian hecho independientes para hacer irresponsable é inviolable su tiránico despotismo.

Terminada esta breve reseña de la situacion de los estados cristianos defendidos por el Duero, reseña que hemos creido indispensable para que se comprenda sin trabajo, como en el trascurso de poco mas de medio siglo los reyes de Leon, que habian pagado tributo hasta por sus Estados de Galicia al Califa de Córdoba en los tiempos de Almanzor y de su primogenito, lograron hacer tributario

de su corona al mas poderoso de los emires musulmano-andaluces, volvemos á reanudar el hilo de nuestra interrumpida historia de Andalucía.

Entre los walies de Andalucia que se habian declarado francamente independientes en las provincias de su respectivo mando, á la caida del último Califa de la dinastía Ommiada, el mas poderoso por su saber, inmensas riquezas, y la estension del territorio de su gobierno fué el de Sevilla, Mohamed ben-Ismayl, apellidado Abu-l-Kasem, de la alcurnia de los Beni Abed. Hombre astuto, hábil político y esforzado caballero, Mohamed Ben-Abed, fué tambien de los primeros gobernadores que se negaron á reconocer esplícita ó implícitamente la hejemonia que se quiso atribuir el Senado y la ciudad de Córdoba, como resto de su antigua soberanía y poder; dado que el reconocimiento de aquella preeminencia envolvia la obligacion de someter todo acto político al arbitraje del Senado y del presidente de la república cordobesa; y Mohamed abrigaba planes demasiado ambiciosos, para sujetarse á la autoridad del presidente de una república perecedera, él que aspiraba á la herencia de los califas de Occidente. Así es que en cuanto vió afirmado su poder con la impotencia en que la defeccion de todos los walies habia reducido el gobierno de la antigua capital de los Califas españoles, dió rienda suelta á su afan de engrandecimiento territorial, y comenzó, bajo un liviano pretesto, por sitiar la importante plaza de Carmona, (1034) que le abria el camino de Córdoba objeto de su desmedida ambi-

cion. El Señor, ó pequeño emir independiente de aquella ciudad, Mohamed ben-Abdallah, viéndose estrechamente bloqueado y en la imposibilidad de prolongar la resistencia, abandonó en secreto la plaza, y seguido de una reducida escolta de ginetes acudió en demanda de auxilio á los Emires de Málaga y Granada. Estos, á quienes no podia menos de hacerse sospechoso para su propia seguridad, el proceder del Emir de Sevilla, se apresuraron á auxiliar al de Carmona; el primero facilitándole un numeroso ejército al mando de su wazir, y el segundo acudiendo personalmente en su socorro con un brillante cuerpo de caballería.

Noticioso Ebn-Abed, de la marcha de los aliados, envió contra ellos á su hijo Ismail con un ejército que en el primer encuentro fué completamente derrotado perdiendo su caudillo, cuya cabeza fué remitida, cual trofeo de victoria, al emir de Málaga. Grande fué la afliccion y el sobresalto del de Sevilla recelando que de aquel suceso tomase ocasion el presidente Djehwar para vengarse de él formando liga con los tres emires que se habian aliado para combatirle. A fin de dar alguna apariencia de razon y justicia á su causa, que pretendía hacer pasar por la de todo el pueblo musulman de España, ideó la peregrina ocurrencia de suponer reaparecido en tierras de Calatrava al difunto califa Hixem II, á quien segun dijo, mantenía oculto en su propio alcázar hasta el momento en que pudiera restablecerle en el trono de sus mayores. Para dar mas colorido á tan grosera impostura, comunicó oficialmente á los

walies de las principales ciudades de España y de África la reaparicion de Hixem, é hizo acuñar moneda en Sevilla con el nombre del Califa (1036.)

Entre tanto el ejército aliado de Málaga, Granada y Carmona habia establecido su campamento en Alcalá del Rio á dos leguas de Sevilla, desde donde inquietaba sin cesar la ciudad y su término, llegando frecuentemente sus algaradas hasta penetrar en el mismo arrabal de Triana. Ebn-Abed, reunió un poderoso ejército, con el cual merced á la superioridad de su caballería, derrotó en campal refriega el de los emires aliados y los espulsó definitivamente de sus dominios.

El año 1039, falleció El-Edris ben-Aly, emir de Málaga, y le sucedió su hijo Yahya ben-Edris. Llegada la noticia de estos dos sucesos á Ceuta, el eslavo Nahjah, gobernador de aquella plaza, cruzó el estrecho acaudillando una numerosa hueste de africanos con el propósito de coronar en Málaga al jóven Hasan ben-Yahya su pupilo, á cuya sombra se proponia mandar en aquel emirato y en el de Ceuta. De esto resultó una porfiada guerra civil, en la que el nuevo emir de Málaga quedó vencedor, merced á los auxilios que le prestó su pariente Mohammed ben-Kasim, emir de Aljeciras, y á la desastrosa muerte del ambicioso Nahjah.

Estos dos episodios que acabamos de relatar en términos tan concisos, suministran una elocuente prueba de la situacion en que se encontró Andalucía desde los primeros dias de la disolucion del Califato de Córdoba; subdividida, vejada y tiranizada por

cien reyezuelos que aspiraban á ensanchar el menguado territorio de sus dominios; á espensas del de sus vecinos. En vano el presidente de la república de Córdoba se esforzaba en atajar con sus consejos y ejemplo los bandos y las discordias que ponian en peligro inminente la existencia de la raza musulmana en Andalucía; hasta que cansado de ver desatendidas sus patrióticas amonestaciones resolvió acudir á las armas para hacerlas respetar. Al efecto dispuso dar comienzo á las operaciones por aquellos emires rebeldes á sus consejos, cuya vecindad y falta de medios de resistencia le permitia esperar una pronta y fácil victoria. Fué el primero en esperimentar el rigor de las armas cordobesas el pequeño emir de Santa María de Oriente (territorio de Ebn-Razin, *Albarracin*) quien viéndose en la imposibilidad de hacer frente á las tropas del Presidente Djehwar, imploró el auxilio de su vecino el poderoso emir de Toledo, Ismayl ben-Dzy el-Nun. Dióselo con tanta prontitud y eficacia que los de Córdoba perdieron en pocos dias todos los pueblos y territorios de que se habian apoderado al principio de la campaña.

En 1042, falleció el poderoso emir de Sevilla, Mohammed Ebn-Abed, dejando á su hijo y sucesor, Abed apellidado al-Motadhid, un Estado el mas importante y de mayor representacion entre todos los que se formaron con las ruinas del Califato de Córdoba. Fué al-Motadhid, príncipe de buen injenio y arrogante presencia; pero cruel, sensual y motejado de impío y poco guardador de la ley del Corán.

No bien se hizo cargo del gobierno de Sevilla, renovó la guerra contra el emir de Carmona, que habia vuelto á recuperar sus estados, y contra los de Málaga y Granada que continuaban amparando el derecho de aquel.

El año 1044, falleció en Córdoba el Presidente Djehwar, llorado por todos los súbditos de aquella república á la que tantos años de paz y prosperidad habia proporcionado con su celo, prudencia é imparcial justicia. El Senado y pueblo de Córdoba agradecidos, elijieron Presidente á su hijo Mohammed ben-Djehwar, varon discreto y virtuoso digno heredero de su padre. El primer acto de su administracion fué pedir al Senado autorizacion, que le fué concedida, para negociar un tratado de paz con el emir de Toledo. Dzy-el-Nun, contestó con altaneria á sus proposiciones, en vista de lo cual ben-Djehwar encargó á su hijo Walid, y al caudillo Hariz, caide de la raya de Calatrava, que entrasen en son de guerra las tierras del emirato de Toledo. (1045.)

Entretanto al-Motadhid de Sevilla y los emires de Málaga, Granada y Carmona continuaban guerreando, tomando pueblos, talando campiñas y robando ganados. El primero supo ganar á su partido al emir de Algeciras Mohammed ben-Kasim, quien sin tener en cuenta los lazos de parentesco que le unian á Edris II de Málaga, por servir los intereses de al-Mortadhid y satisfacer su propia ambicion, acometió la capital del Edrisita y se apoderó de su trono. Mas el pueblo de Málaga se sublevó en favor

de su lejítimo soberano, venció las tropas de Mohammed y se apoderó del usurpador. Edris tuvo la generosidad de perdonarle y le desterró á Larache.

Mas afortunadas las armas del presidente ben-Djehwar que las de su padre en la guerra contra el emir de Toledo, combatiéronle con tanto acierto que le obligaron á ajustar tréguas con los cristianos de Castilla y Leon, y á pedir auxilio á sus aliados los emires de Valencia y de Cuenca, asi como á todos los caudillos y caides de su emirato para rechazar á los cordobeses. Hízolo con tanta fortuna, que no solo logró espulsarlos de su territorio, sino que entró con grande ejército en tierras de Córdoba, y se apoderó de muchos pueblos y fortalezas de la raya. En su vista ben-Djehwar envió un mensaje á los emires de Sevilla y de Badajoz proponiéndoles una tríple alianza para resistir las ambiciosas pretensiones de Dzy-el-Nun de Toledo, que amenazaba la seguridad é independencia de todos los estados soberanos de Andalucía. Tuvieron sus gestiones diplomáticas un éxito favorable, puesto que se firmó en Sevilla la propuesta alianza entre los emires de esta ciudad, de Badajoz, y el presidente del Senado de Córdoba, bajo las bases de auxiliarse mútuamente en la defensa de su respectivo territorio, y de no inmiscuirse en los asuntos interiores de cada Estado (1051). En conformidad á lo pactado, al-Motadhid de Sevilla envió á Córdoba un cuerpo de quinientos ginetes al mando de su general ben-Omar de Oksonoba, y otro semejante, el de Badajoz, Mohammed al-Modhaffar.

Esta alianza no distrajo de sus planes al ambicioso emir de Sevilla, que continuó combatiendo sin trégua, ya al emir de Carmona, de cuya plaza se apoderó definitivamente, ya al de Málaga, que acudiera á la defensa de Abdallah, ya, en fin, al de Granada en cuyo emirato fomentaba la discordia civil (1052).

Dejemos por un momento, puesto que así cumple al órden y claridad de la historia, entregada Andalucía á las calamidades sin cuento de la guerra civil que asola sus fértiles comarcas; y dirijamos una mirada sobre el reino cristiano del Norte del Duero, cuyos soberanos vamos á ver muy luego arrojar su espada en la balanza donde se pesan los destinos de la España musulmana meridional. Cercano el dia en que la Cruz de Covadonga va á salvar los montes Marianos y á atravesar, no en son de guerra todavía, sino en son de anuncio de su definitivo triunfo sobre el estandarte musulman, la Andalucía toda hasta el Estrecho, en cuyas aguas lavára sus cascos el caballo del sexto Alfonso, forzoso no es hacer una breve narracion de los sucesos que precedieron aquel memorable acontecimiento.

Dejamos, en la página 238 sentado en el trono de Castilla y Leon á Fernando, hijo segundo de Sancho el Mayor de Navarra, despues de la muerte de Bermudo III acontecida en la batalla del valle de Tamaron. Los primeros años del reinado de aquel gran monarca transcurrieron para él entre los afanes del gobierno de sus vastos Estados, los disturbios interiores, que así allende como aquende el

Duero ensangrentaban al país, y los cuidados, en lo cual Fernando se mostró muy solícito, de la educacion de sus hijos; hasta que á resultas de la batalla de Atapuerca, (1054) donde quedó vencido y muerto el rey de Navarra Garcia, hermano del de Leon, pudo este dar por terminadas todas las disensiones intestinas que habian hecho imposible el establecimiento de la paz interior en su reino, y entregarse desahogadamente al penoso trabajo de la reconquista obedeciendo á los impulsos de su gran corazon. Asi que, en la primavera del año siguiente (1055) abrió la campaña contra los musulmanes, penetrando por las cercanías de Almeida en Lusitania, donde se apoderó por asalto, de la importante fortaleza de Sena, hoy Cea. En la del inmediato (1056) renovó su militar espedicion y tomó á Viseo; en la de 1057, la inespugnable fortaleza de Lamego, cuyos recios murallones resistieron largo tiempo al formidable tren de máquinas de batir con que abrió anchas brechas en ellos, y, por último, en 1058, rindió la ciudad de Coimbra despues de seis meses de asedio. Con aquellas cuatro venturosas campañas arrebató definitivamente al poder de los musulmanes toda la parte superior de la Lusitania lindante con Galicia, y lanzó sus banderas allende el rio Mondego (monje de Silos.)

En alas de su entusiasmo religioso y guerrero, el inclito Fernando no quiso dar un momento de reposo á los musulmanes; y en el año 1059, abrió la campaña contra los que poblaban las fronteras del Duero. Caminando de victoria en victoria, y sin

sufrir un sólo revés, se apoderó de San Esteban de Gormaz, Valde Rey, Berlanga, Aguilera, del castillo de San Yuste, del de Guermos, en suma, de cuantos pueblos, castillos y atalayas encontró en poder de los musulmanes. En la primavera inmediata, traspuso á Somo-Sierra, hizo tributaria la floreciente ciudad de Talamanca; se apoderó de Alcolea, Madrid, Guadalajara y llegó delante de la antigua Compluto, que á la sazon comenzaba á llamarse Alcalá de Henares. Cercó estrechamente esta plaza, y ya tenia abierta brecha en sus muros cuando llegó á los reales cristianos el emir de Toledo, quien con riquísimos presentes y ofrecimientos de alianza, recabó de Fernando que levantase el sitio de Alcalá.

No fué tanto cediendo al natural temor que el progreso de las armas cristianas debia inspirarle, lo que movió al emir de Toledo á solicitar la paz del rey de Castilla y Leon, cuanto por que comprometidas sus armas en la guerra contra los cordobeses no le era posible sostenerla contra dos formidables enemigos á la vez. En efecto, no bien hubo ajustado treguas con Fernando, el emir de Toledo entró al frente de un numeroso ejército en los Estados de Córdoba, donde despues de varios encuentros favorables para sus armas, derrotó en batalla campal el ejército aliado de Córdoba, Sevilla y Badajoz. Los vencedores siguieron el alcance de los vencidos hasta las cercanias de Córdoba, cuyos habitantes se llenaron de conternacion, presintiendo que los toledanos intentarian combatir la ciudad, precisamen-

te en los momentos en que una grave enfermedad tenia postrado en cama al Presidente ben-Djehwar, y cuando carecian de tropas para su defensa. En vista de lo apurado de la situacion el Senado de Córdoba recurrió al emir de Sevilla exijiéndole, en cumplimiento deltratado de la triple alianza, que acudiese en su auxilio. Hizolo así al Motadhid enviando un numeroso cuerpo de ejército á las órdenes de su hijo Mohammed, para reforzar la division de caballería que acaudillada por su general Omar habia combatido al lado de los cordobeses desde el comienzo de la campaña. Cuando llegaron las tropas sevillanas, el ejército de Dzy-el-Nun tenia ya estrechamente bloqueada la plaza. Los auxiliares acamparon á la vista del enemigo; y sin darse mas descanso que el de una noche durante la cual el general Omar hizo sus preparativos y dió secretas instrucciones á los capitanes de su hueste, atacó á los sitiadores al amanecer del siguiente dia, y les obligó á levantar el cerco, despues de haberlos derrotado en campal refriega que duró hasta la puesta del sol. Pronunciados los toledanos en desordenada fuga, el ejército aliado les fué á los alcances; mas en tanto que la caballería cordobesa y la de Badajoz perseguian á los fugitivos, Omar con sus tropas dió frente á retaguardia y se dirigió al galope de sus escuadrones sobre Córdoba, de cuyas puertas, murallas, torres y defensas se apoderó ejecutivamente, así como del alcázar donde yacía moribundo el Presidente Djehwar.

Cuando los cordobeses vueltos del alcance de los

Toledanos se encontraron con que sus auxiliares de Sevilla, dueños de todas las entradas de la ciudad, les cerraban el paso y los rodearon intimándoles la entrega de sus armas y caballos, contestaron arremetiendo desesperadamente á sus fementidos aliados; empero combatidos por fuerzas superiores y ventajosamente situadas, tuvieron al fin que rendirse y sufrir la dura ley que al pérfido vencedor le plugo imponerles. De esta manera el aleve general Omar, ó por mejor decir, el emir de Sevilla, al-Motadhid, cuyas órdenes obedecía aquel, se apoderó de Córdoba, sin encontrar resistencia por parte de su inconstante vecindario, que justificó plenamente en esta ocasion el dicho del último Califa Ommiada, Hixem III; puesto que se dejó arrebatar, sin alzar siquiera la voz en su defensa, el gobierno que se habia dado, y con él los únicos años de paz, abundancia y prosperidad que habia disfrutado desde la muerte del hijo mayor de Almanzor.

El presidente ben-Djehwar sobrevivió pocos dias á la destruccion de la república que las virtudes y el desinterés de su padre habian fundado. El pueblo no lloró su muerte, distraido en los festejos públicos que decretó el emir de Sevilla para solemnizar su fácil conquista; y eso que á partir de aquel dia, Córdoba, la espléndida capital del imperio musulman de Occidente, la Atenas de Europa en la Edad Media, la ciudad mas vasta, rica y populosa del mundo se vió convertida en un pueblo de segundo órden, y tuvo que sufrir la supremacía de

Sevilla, cuyo engrandecimiento caminaba en proporcion de la decadençia de su antigua metrópoli.

A tan deplorable estremo redujeron á esta insigne oiudad las luchas de los partidos Amerida y Africano, la política de Almanzor, y las ambiciones de los grandes que sacrificaron la unidad del imperio á sus bastardas miras de engrandecimiento personal.

X.

INVASION DE ANDALUCÍA POR LOS ALMORAVIDES.

No mucho tiempo pudo gozar en paz al-Motadhid el fruto de su negra perfedia. Aquel mismo año el rey de Castilla y Leon, Fernando el Grande, que se habia propuesto por modelo al gran capitan Almanzor, en esto de señalar cada uno de los años de su reinado con una campaña contra los enemigos de su fé—si bien el católico rey obraba á impulsos de un sentimiento mas patriótico y levantado que el terrible *Hadjib* de Hixem II—convocó á los obispos, ricos-hombres y grandes vasallos de su corona para llevar la guerra á los Estados del emir de Sevilla; de la misma manera que en los anteriores la habia llevado á los de la Lusitania y del emir de Toledo. En esta campaña como en todas las anteriores la victoria acompañó por do quiera las armas cristianas, que penetraron en Andalucía por Estre-

madura, ó sea por la parte de la Lusitania que cae al sur del Mondego, y llegaron hasta el territorio del emir de Sevilla. Sobresaltado al-Motadhid con aquella impetuosa invasion que no podia rechazar y que amenazaba llegar en horas sobre los mismos muros de Sevilla, pidió la paz á Fernando el Grande ofreciéndole una cuantiosa indemnizacion de guerra. Concediósela el monarca cristiano, mas impuso por condicion que le fuera entregado el cuerpo de Sta. Justa, mártir de la persecucion romana en tiempo de Diocleciano. Avínose á ello al-Motadhid, gozoso de conjurar á tan poca costa la tormenta que amenazaba descargar sobre sus Estados; empero no fué posible, por mas diligencias que se hizo, dar con las reliquias de la Santa; en cambio de las cuales Fernando pidió y obtuvo el cuerpo de S. Isidoro de Sevilla, aquella lumbrera la mas esclarecida de la Iglesia hispano-goda, que fué conducido á Leon y depositado en la iglesia de S. Juan Bautista, que desde aquel dia tomó el nombre y la advocacion de aquel Santo. (1063.)

Dos años despues, en 1065, falleció Fernando I el Magno, en cuyo glorioso reinado, Castilla y Leon adquirieron la preponderacia que los constituyó en los Estados mas poderosos de la España cristiana, á partir del siglo XI. Sin embargo; ni aquella grandeza, ni la ruina que ocasionó al imperio musulman la desmembracion del Califato de Córdoba, ni el ejemplo reciente de la funesta particion hecha por su padre Sancho el Mayor de Navarra, fueron enseñanza bastante para Fernando I; que aquejado de

la misma enfermedad de que adolecieron todos los grandes monarcas de aquellos siglos, cometió el error de romper de nuevo la unidad del reino cristiano tan laboriosamente realizada, repartiéndolo entre sus hijos. En tal virtud, dejó á Alfonso los Estados de Leon; á Sancho los de Castilla; á García la Galicia, y á sus hijas Urraca y Elvira las ciudades de Zamora y Toro. Esta funesta particion, consecuencia precisa de no existir ley alguna de primogenitura para la sucesion al trono, en unos tiempos en que solo á beneficio de ella podia constituirse la nacionalidad española en condiciones para espulsar en poco tiempo y definitivamente la raza musulmana de la Peninsula, dilató muchos siglos todavia la obra de la reconquista; fué orígen de guerras civiles enconadas y sangrientas entre todos los hijos de Fernando, y costó á España veintiun años despues, el mar de sangre cristiana que inundó los campos de Zalaca.

Entre tanto, el poderoso emir de Sevilla, aprovechando de un lado la paz estipulada con los cristianos de allende el Duero, y del otro la debilidad y anarquia en que vivian la mayor parte de los Estados musulmanes de Andalucía erigidos en pequeñas soberanías independientes, continuaba engrandeciéndose á espensas de sus émulos y rivales, y tal vez acariciando el magnífico proyecto de reconstruir el Califato de Occidente en provecho de su propia familia y de Sevilla, que parecia llamada á heredar la fama y prosperidad de la que fué opulenta córte de la dinastía Ommiada. Asi es, que en

los años de 1067 y 68, el ambicioso al-Motadhid, se veia dueño de Sevilla, Córdoba, Carmona y de todos los estados de la provincia de Huelva, y guerreando venturosamente contra los emires de Málaga, Granada y Ecija.

En medio de su prosperidad vino á sorprenderle la muerte, en el mes de abril de 1069, á la edad de 57 años, habiendo reinado 28. Sucedióle su hijo Abu el-Kasem Mohammed, que tomó el dictado de El-Muwayad Billa (el apadrinado de Alá). El nuevo emir, jóven espléndido y valeroso, notable protector de las ciencias y de las letras, dió, sin embargo, motivo á las murmuraciones de los austeros muslimes por el trato frecuente é íntimo que mantenia con los doctos literatos cristianos y judios á quienes reunia en tertulia en su alcázar. No entibió el amor á las letras el ardor guerrero y la ambicion que heredara de su padre. Asi es, que en los primeros meses de su proclamacion, marchó al frente de un brillante cuerpo de ejército contra los emires de Granada y Málaga que le disputaban, como disputaran á su padre, al-Motadhid, la supremacía que ejercia sobre todos los emires soberanos de Andalucia, desde la caida del Califato de Córdoba.

Embargado se hallaba Ebn-Abed en la guerra contra sus dos rivales, cuando tuvo noticia de que el emir de Toledo, Dzy-el-Nun, ansiando desagraviar sus armas de la derrota que sufrieron delante de los muros de Córdoba, en 1060, y juzgando la ocasion oportuna con la muerte de al-Motadhid,

habia entrado con las banderas de Toledo, Valencia y Albarracin en tierras de Murcia y Tadmir, cuyos emires eran amigos y aliados del de Sevilla, y en tal concepto le auxiliaban contra sus enemigos. Á solicitud de los que se veian comprometidos por su causa, al-Muwayad envió un cuerpo de ejército en su socorro acaudillado por el general Omar, que llegó sobre Murcia en ocasion que Dzy-el-Nun tenía puesto sitio á la ciudad. La superioridad de las fuerzas toledanas obligó á Omar á pedir refuerzos á su soberano, quien se apresuró á marchar en persona en auxilio de su general, al frente de la caballería selecta de Sevilla y de Jaen. Mas antes de que se hubiesen reunido los dos cuerpos de ejércitos andaluces, el emir de Toledo atacó vigorosamente á Omar y le puso en completa derrota. Los fujitivos de la batalla se encontraron en las orillas del Guadalmena con la hueste que llegaba tarde en su auxilio, é introdujeron tal pánico en ella que le fué imposible al caudillo llevarla contra el enemigo. En su vista, el emir de Sevilla regresó á marchas forzadas á Andalucía, donde muy luego se le incorporaron los restos del ejército de Omar.

Despues de su victoria, Dzy-el-Nun volvió sobre Múrcia que se le rindió, así como las fortalezas de Auriola y Mulaque; tras de lo cual, y despues de dejar la tierra sujeta á su dominio, regresó á Toledo revolviendo en su mente grandes proyectos de guerra contra su rival de Sevilla.

Así fué que en el año siguiente (1075) reunió de nuevo sus banderas, y auxiliado por el rey de los

cristianos de allende el Duero (éralo á la sazon Alfonso VI), penetró con un formidable ejército por las campiñas de Córdoba, tomó por sorpresa esta ciudad, y despues de dar en ella algunos dias de descanso á su ejército, marchó sobre Sevilla, de la que se apoderó tambien sin encontrar resistencia, por hallarse desguarnecida, estando todas las fuerzas del emir Mohammed al-Muwayad Billa ocupadas en las guerras de Jaen, Granada y Málaga.

No bien el emir tuvo noticias de la pérdida de su capital, reunió todas sus tropas y se encaminó á marchas forzadas hácia sus estados para libertar á Sevilla. Hiciéronse fuertes en ella los toledanos; mas al fin hubieron de abandonar la plaza despues de muchos meses de tenaz resistencia, y haber perdido á su emir, el-Mamun ben-Dzy-el-Nun, que falleció en ella á resultas de una aguda dolencia, en junio de 1077. Retiráronse los toledanos á Córdoba de donde muy luego los espulsó el emir el-Muwayad, quien recobró de esta manera la integridad de sus estados.

El infatigable y ambicioso emir de Sevilla no quiso dar un momento de reposo á su guerrera actividad. No bien repuesto en el trono, del cual se viera despojado durante dos años, no solo renovó la guerra contra los soberanos de Jaen, Granada y Málaga, á quienes queria hacer vasallos suyos, sino que envió á su general Omar con un brillante cuerpo de ejército á tierra de Múrcia para rescatarla del dominio de Toledo. La victoria coronó en aquella campaña las armas sevillanas, que se apo-

deraron de Alicante, Cartajena, Lorca, Orihuela y por último de Múrcia (1079).

Entre tanto, Ebn-Abed, continuaba guerreando sin trégua y con incansable fortuna, contra los emires de Granada y Málaga, al último de los cuales arrebató su capital y la plaza de Algeciras, y le obligó á refugiarse en África con su familia.

El año siguiente, 1080, estalló en Toledo una sublevacion contra Hixem el-Kader, hijo y sucesor de el-Mamun emir de Toledo muerto en Sevilla en 1077, acusado por los intolerantes faquiés de mal muslim por la cordial amistad y estrecha alianza, en que, á imitacion de su padre, vivia con el rey de los cristianos Alfonso VI. Esta revolucion que elevó al trono del emir depuesto, á un hermano suyo llamado Yahya, quien inauguró desde luego una política diametralmente opuesta á la que siguieran sus antecesores con los cristianos, preparó la ruina del poder musulman en la España central; abrió las puertas de la Península á los MOROS; aceleró la destruccion de la raza árabe, y estableció definitivamente la superioridad de las armas cristianas sobre las musulmanas.

Sus mas inmediatos resultados fueron el rompimiento de la paz ajustada entre Alfonso VI y los emires de Toledo desde el reinado de Dzy-el-Nun, y un tratado de amistad y alianza entre aquel soberano y el emir de Sevilla, en virtud del cual éste se comprometió á ceder á Alfonso cuantas conquistas hiciese por el nordeste de Sierra Morena; en tanto que el monarca cristiano se obligaba á auxi-

liarle en sus empresas por las provincias de levante, ofreciéndole el musulman como prenda de amistad, y lazo que estrechase y asegurase su alianza, la mano de su misma hija, la hermosa Zaida, que habia de llevarle en dote cierto número de pueblos que el de Sevilla se comprometia á conquistar en el emirato de Toledo. Alfonso VI, aunque casado á la sazon en segundas nupcias con Constanza de Borgoña, aceptó el ofrecimiento; y Zaida pasó como consorte, *quasi pro uxore*, segun el cronista Lúcas de Tuy. al tálamo del rey de Castilla y Leon.

Es decir, que la humillacion que noventa años antes sufrió el nombre cristiano con la *entrega, que en bien de la paz* hiciera el rey Bermudo el Gotoso de su hija Teresa al Hadjib Almanzor, quedaba suficientemente vengada con la que de su hija Zaida hizo el soberano de Sevilla á Alfonso VI; solo que si bien la política y la razon de Estado pudieron en aquel tiempo disculpar tan nefanda condicion ó cláusula de un tratado de paz, la moral de todos tiempos, el sentimiento de la dignidad del hombre y de la familia lo anatematizaron entre los cristianos por boca de sus sacerdotes, y entre los musulmanes por la de sus faquíes, que acusaron al emir de Sevilla de sacrificar los intereses del islamismo y el honor de su propia familia para comprar una paz vergonzosa.

Este suceso perfectamente histórico, aparte de lo que subleva la recta conciencia es muy digno de particular estudio, porque describe gráficamente las costumbres de aquellos tiempos, cuya pintura ha

llegado hasta nosotros tan desfigurada por la pasion política y religiosa de los cronistas é historiadores de la Edad Media, y por que revela la superioridad ya incontestable del pueblo cristiano sobre el musulman.

Unos dos años despues, esto es, en mayo de 1085, Alfonso VI se apoderó por fuerza de armas de la ciudad de Toledo, despues de 374 años cumplidos que estaba bajo el dominio musulman. Con la reconquista de la antigua corte de los reyes godos lás fronteras del reino de Castilla y Leon se trasladaron del Duero al Tajo. De manera, que en menos de un siglo, aquellos príncipes cristianos que, por los años de 990, segun el dicho del historiador Ibn-Khaldun, *parecian gobernadores puestos por el Califa de Córdoba en los Estados del Norte del Duero*, en 1085 se habian convertido de vasallos en soberanos, y daban leyes é imponian tributos á sus antiguos dominadores.

Dueño de Toledo y su provincia, Alfonso á quien sus repetidas victorias habian hecho concebir la esperanza de vengar durante su reinado la afrenta del Guadi-Becca, llevó sus armas á la España musulmana Oriental y á la Occidental, y por último se adelantó hácia Andalucía. Aterrado el emir de Sevilla con aquella invasion triunfante en todas partes, y que amenazaba ya de cerca sus propios estados, escribió al rey cristiano recordándole la fé de los recientes tratados y los lazos de estrecha amistad que los unian. Contestóle Alfonso dando por pretesto de la espedicion el cumplimiento

de aquellos tratados y su leal amistad, que le imponian el deber de auxiliarle contra todos sus enemigos, y en particular contra los de las costas meridionales de Andalucía. Ebn-Abed, quiso escusarse de aquel *interesado* auxilio participando al rey cristiano que estaba en vísperas de ajustar un tratado de paz con aquellos; mas Alfonso VI se desentendió de las observaciones del Emir, y penetró en el territorio de Sevilla al frente de una division de caballería que acampó durante tres dias en las afueras de la capital. De Sevilla se dirigió por Arcos hácia Medina Sidonia, donde se encontraba el emir quien repitió sus instancias para obligar á Alfonso á regresar á sus estados.

Ni ruegos ni desabrimientos fueron bastantes para hacerle renunciar á su propósito de visitar el estrecho que separa el Africa de España. En su consecuencia se dirigió á la península de Tarifa al frente de mil y quinientos caballos. Llegado á aquel memorable y funesto lugar, Alfonso VI descendió hasta la playa, espoleó su caballo y lo lanzó en medio de las olas del mar, (Ebn-Abd-el-Halim) que besaron mansamente las rodillas del primer monarca cristiano que desde 711, es decir, al cabo de trescientos setenta y cinco años humedecía sus plantas en ellas.

Despues de esta audaz toma de posesion, Alfonso regresó á Toledo revolviendo en su mente grandiosos proyectos de conquista sobre los musulmanes. En efecto, en aquel mismo año exijió del emir de Badajoz la entrega de varias fortalezas y el pago de

un crecido tributo amenazándole con ir en persona á tomar lo uno y lo otro. Cruzáronse entre los dos soberanos ágrias contestaciones, hasta que por último el musulman, recurrió al poderoso emir de los Almoravides, Yussuf ben-Taschfin en solicitud de auxilio contra el rey cristiano.

La atrevida escursion de Alfonso hasta la estremidad meridional de Andalucia, habia enfriado notablemente las relaciones políticas y amistosas entre los dos soberanos suegro y yerno, y un acontecimiento fatal é inesperado acabó por romperlas definitivamente. Parece, segun Conde (p. 3.ª c. 13) que en el año siguiente y en la época prefijada, llegaron á Sevilla los comisionados del rey de Castilla para percibir el tributo anual que el emir al-Muwayad Ebn-Abed se habia obligado á pagarle, (sin que nos sea dado precisar bajo qué concepto.) El pueblo de Sevilla, que desde mucho tiempo atrás murmuraba contra la humillacion que su soberano le hacia sufrir, y exasperados con la visita que en son de mal disimulada amenaza le hiciera el monarca cristiano el año anterior, se amotinó contra los comisionados castellanos, y asesinó al judío ebn-Ghaleb tesorero del rey Alfonso y enviado por él para percibir el tributo.

La noticia de aquel atentado causó la mas viva indignacion en el ofendido monarca, quien en su virtud envió una nueva embajada para pedir estrecha cuenta de aquella criminal infraccion del derecho de gentes. Los embajadores pusieron en manos del emir una carta de su soberano en la que

en términos arrogantes le amenazaba con la misma suerte que sus armas hicieran sufrir á Toledo si no le daba cumplida satisfaccion del ultraje recibido. Contestóle el emir de Sevilla con otra no menos soberbia y altiva; y desde aquel momento pudo considerarse como declarada la guerra entre los dos soberanos y parientes.

Mas no era ya el emirato de Sevilla lo que fuera un siglo antes aquel opulento Califato de Córdoba que dictara leyes á la España entera y al África desde Túnez hasta Fez, ni el reino de Castilla y Leon bajo el cetro del conquistador de Toledo, lo que fué en tiempo de Bermudo el Gotoso tributario de Hixem II; así que Ebn-Abed, reconociendo su impotencia para resistir solo ni auxiliado de todos los emires de Andalucía las armas de Alfonso VI, convocó en su capital una asamblea de todos los príncipes musulmanes andaluces, que se convinieron vista su debilidad para hacer frente á la tormenta que les amenazaba, en enviar un mensaje al príncipe de los Almoravides de África, en solicitud del socorro de sus armas, como el único medio de salvar de su próxima y completa ruina la raza musulmano-española.

Recibió Yussuf en Medina Fez la embajada de los Andaluces, y prévia consulta con sus capitanes y katibes, contestó al emir de Sevilla, que en cumplimiento del deber impuesto á todo musulman de auxiliar a sus hermanos que creen en Dios y en su Profeta, estaba dispuesto á darle ayuda y socorro bajo la condicion de que le fuera entregada la pla-

za de Algeciras para tener libre y espedito el paso entre España y África.

Accedió Ebn-Abed á la peticion del caudillo de los Africanos, y Yussuf se dispuso para cruzar el estrecho acompañado del mas formidable ejército musulman que viera nunca el suelo español.

El imprudente emir de Sevilla cuyos rencores y debilidad llamaron sobre su pátria aquella asoladora tormenta, creyó proceder como hábil político anticipándose á todos los emires de Andalucía en granjearse la amistad del príncipe a ricano para los fines de su ambicioso afan de supremacia sobre todos sus rivales. Al efecto resolvió pasar á África acompañado de una brillante comitiva portadora de ricos presentes, y dió la vela para la costa mas cercana del Magreb. Desembarcó cerca de Tánjer, y se encaminó al campamento de Yussuf, q e á la sazon estaba situado á unas tres jornadas de Ceuta. La entrevista entre los dos príncipes fué afectuosísima; despues de la cual Ebn-Abed dió la vuelta para Sevilla, en la creencia de que á beneficio de su sagaz política se veria muy luego enteramante libre de sus enemigos los cristianos de Castilla y Leon, y único soberano en toda la Andalucía.

Yussuf ben-Taschfin movió su campo sobre Ceuta, en cuya plaza estableció sus reales, y convocó los guerreros muslines que se ofrecieron á concurrir á la Guerra Santa, que con grande estrépito hizo publicar en toda el Africa. Unas en pos de otras y en alas del entusiasmo religioso llegaron numerosas tríbus procedentes del Zahará, de los pai-

ses meridionales del Africa, de Zab, del Magreb el Awsat y de Ifrikia. Reunidos al fin, y dispuestos los bajeles, dióse comienzo á su trasporte á España, y el ejército invasor tomó tierra en Aljeciras en Junio de 1086.

Fué tan crecida la muchedumbre de Africanos desembarcados en las playas españolas, que su campamento cubrió á manera de una inmensa sábana de nieve las campiñas del Guadalmesí y el rio de la Miel, cuyas corrientes apenas alcanzaban á templar la sed de aquellos feroces soldados.

Antes de dar comienzo á la narracion compendiada de los dramáticos sucesos que tuvieron lugar en Andalucía con la invasion de los bárbaros Africanos, que de auxiliares llamados por los Árabes se convirtieron en insolentes dominadores de los mismos que fiaran en ellos su salvacion, cúmplenos decir quienes fueron aquellos nuevos conquistadores de la region andaluza, y dar á conocer al poderoso caudillo que dirigió el ejército invasor.

En tanto que las discordias intestinas y la guerra civil, dice un reputado historiador estrangero moderno, destruian fatalmente el poderoso imperio musulman de Occidente, levantábase en los desiertos de la antigua Getulia al otro lado de la inmensa cordillera del Atlas, un hombre cuyo génio y audacia habian de apuntalar durante algunos siglos el ya ruinoso edificio que la raza musulmana habia construido en España. Este hombre, hijo de la tribu de Lamtuna, fraccion de la de Zenaga, era el berberisco Yussuf ben-Taschfin. Los Lamtunas si bien so-

metidos desde los tiempos de la conquista del Africa por los Arabes á la religion musulmana, habíanse mantenido ignorantes ó cuando menos estraños á la inteligencia de los dogmas y de la moral del Islam hasta el año 414 Hegira, (1026 de J. C.) en cuya época llegó á vivir entre ellos un afamado morabita de Suz, llamado Abdallah ben-Yasim. El nuevo Profeta, hombre de ciencia y de reconocida virtud, esplicó é inculcó en el alma de los Lamtunas los preceptos de aquella religion que recomendaba el proselitismo por medio de la espada, y los lanzó en alas de su entusiasmo por la nueva fé contra las tribus berberiscas que hasta entonces se habian negado á confesar los dogmas del Islam. La victoria coronó todas sus empresas guerreras, y Abdallah, para recompensarlos de su celo religioso é inquebrantable constancia en el campo de batalla, llamó á los Lamtunas *Alh-Morabith* (los hombres de Dios) y les anunció que conquistarían todo el Magreb sobre los degenerados musulmanes.

En cumplimiento de su profecía, Abdallah salvó con ellos la cadena del Atlas, conquistó la Sijilmesa, el Darah, y plantó sus tiendas entre las montañas y el mar en la estensa llanura de Agmat. Murió Abdallah (1068) dejando por sucesor en la obra religiosa y guerrera que habia emprendido, al lamtuna Abu Bekr ben-Omar, quien supo corresponder dignamente á la confianza que en él depositara el Santo Morabita. Bajo su gobierno estendióse de tal manera la fama de santidad y justicia de los Almoravides, que de todas partes acudian tribus y fami-

lias para establecerse entre ellos, y oir la palabra del sábio Abu Bekr. Así las cosas, y cuando el pueblo de *los hombres de Dios*, estendia y consolidaba su imperio en las regiones comprendidas entre el mar y las montañas, recibióse la noticia de que los Lamtunas que habian quedado en lado opuesto del Atlas, se encontraban reciamente combatidos por las tríbus ve inas que resistieran á su dominacion en los tiempos de Abdallah. Abu Bekr, á instancia de los jeques tuvo que acudir en su socorro, y tomó el camino del desierto dejando el cargo de continuar su obra á Yussuf ben-Taschfin, guerrero nacido en humilde cuna (su padre habia sido alfarero) pero que se habia ilustrado notablemente en las guerras de los Lamtunas contra las tribus berberiscas.

Poco tardó Yussuf en ganarse el afecto de los Almoravides, y confiado en él y en su fortuna, resolvió convertir en definitiva la autoridad provisional de que estaba revestido. Conocedor del genio de su pueblo trató de realizar sus ambiciosas miras por el camino de la gloria; y al efecto hizo la guerra á las tríbus árabes vecinas, no sometidas aun, y las obligó á confesar su ley. Alentado con este primer triunfo proyectó apoderarse del antiguo reino de Fez, para cuya grandiosa empresa convocó todas las tribus que reconocian su autoridad. Ochenta mil ginetes respondieron á su llamamiento. Al frente de esta formidable masa de caballos, realizó gloriosa y ejecutivamente su pensamiento. Hecho lo cual se lanzó sobre el pais de Tlemcen, arrojó de

él á los Zenetas y extendió sus conquistas hasta Argel. Despues, regresó al país de Agmat, y puso los cimientos de la ciudad que mas tarde se llamó Marruecos.

Entre tanto, Abu-Bekr, despues de haber arreglado satisfactoriamente los asuntos de la tribu de los Lamtunas, regresó entre los Almoravides. Muy luego conoció que en su ausencia su lugar teniente se habia creado un imperio, prestigio y autoridad de que no era fácil despojarle; visto lo cual, renunció á todas sus pretensiones y se dispuso á regresar á su pais.

Mas antes de llevar á cabo tan prudente determinacion solicitó una entrevista con Yussuf, quien se apresuró á concurrir al lugar que fué señalado. En ella Abu-Bekr felicitó cordialmente al nòble caudillo por sus victorias y engrandecimiento: le aseguró que si habia abandonado sus desiertos solo fué por darse la satisfaccion de regocijarse con la gloria de su discípulo; le proclamó su sucesor y la mas robusta columna de la honra de los Almoravides, y le anunció que considerando terminada su mision se retiraba á su tribu con el firme propósito de concluir su vida en el seno de su familia. Esto dicho, Abu-Bekr abdicó solemnemente la sobèranía Yussuf ben-Taschfin y juró y firmó el acta de cesion.

Alejado con este inesperado suceso todo pretesto para revueltas intestinas en el naciente imperio Almoravide, Yussuf solo pensó ya en dilatarlo por medio de las armas y de la predicacion. En alas de

su fortuna y ambicion llevó sus ejércitos hácia el Oriente, sojuzgó todas las tribus árabes que en otro tiempo tuvieran subyugadas á las berberiscas, y dueño, en fin de Bujía y de Túnez dejó establecida su dominacion sobre las costas del Mediterráneo. Cubierto de gloria y arrastrando un rico botin, Yussuf regresó á Marruecos (1082) donde á ruegos de los walíes, jeques, çaides y katibes, tomó el título de Emir de los musulmanes y defensor de la ley; empero se negó á recibir el de Califa, que rechazaba su modestia.

Tal fué el hombre estraordinario escojido por un destino fatal para restablecer el ruinoso edificio de la dominacion musulmana en Andalucía. Nuevo *Azote de Dios* fué para las razas española y arábiga, con sus bárbaros Moros, lo que Atila y sus Hunos fueron para el imperio romano y para los bárbaros que les habian precedido; con la diferencia que este pasó como un relámpago por el medio dia de Europa, y aquel dejó establecida su dominacion en España por espacio de cuatro siglos.

XI.

Conquista de la España Musulmana por los Almoravides.

Batalla de Zalaca.

Desembarcado (Junio de 1096) con toda felicidad el innumerable ejército de los Morabitas en las playas de Algeciras, donde lo esperaba Ebn-Abed al frente de todos los emires y príncipes de Andalucía, Yussuf, no pudiendo desconocer los riesgos de la gigantesca empresa que habia acometido, dado que no eran los cristianos de España enemigos tan fáciles de vencer y catequizar como las tribus africanas, y no pudiendo tampoco abrigar una ciega confianza en convertir sin resistencia en provecho propio el auxilio que de sus armas habian solicitado los árabes andaluces, juzgó conveniente para su seguridad, fortificar sólidamente la plaza de Algeciras y guardar el Estrecho á fin de tener franca la retirada para el caso de una derrota.

Esto hecho, [illegible] te la plaza, [illegible] compuesta de los [illegible] pertenecientes á [illegible] y se puso en marcha con [illegible] de Ebn-Abed [illegible] y raciones para [illegible] Algeciras hasta [illegible]

[illegible] Alfonso VI [illegible] la noticia del de[illegible] grande ejército [illegible] te el cerco [illegible] sus capitanes [illegible] de Aragon y Be[illegible] príncipes al [illegible] Castilla y Galicia y [illegible] Navarros y Franceses, [illegible] el cual cruza [illegible] y llega [illegible]

[illegible] de haber reunido [illegible] la España musulmana [illegible] dividido en [illegible] por el gran[illegible] el otro, [illegible] la misma comar[illegible] que los cronistas [illegible] para representa[illegible] que comen[illegible]

[illegible] nos re-

servamos para la segunda parte de nuestra Historia de Andalucía, los dos ejércitos vinieron á las manos en las estensas llanuras llamadas de Zalaca, no lejos de Badajoz, el viérnes 23 de Octubre de 1086, á los tres meses y veintitres dias del desembarco de Yussuf y sus Morabitas en las playas de Algeciras.

Rara coincidencia; el mismo espacio de tiempo con corta diferencia medió entre el desembarco de Tarik en el golfo de Gibraltar y la batalla en que fueron barridos los Godos de la haz de la tierra, que entre la ocupacion de Algeciras por Yussuf ben-Taschfin, y la funesta rota de Zalaca.

No nos detendremos, en este lugar, en la relacion de los detalles de aquel tremendo desastre, sobre el cual nuestros cronicones de la Edad Media pasan como sobre ascuas, tan doloroso fué para la cristiandad el acontecimiento que los historiadores arábigos celebran como el mas fausto para el Islamismo. Mas no podemos renunciar al deseo de reproducir el parte que de la batalla dió Yussuf ben-Taschfin al meschuar de Marruecos, segun aparece en los manuscritos arábigos del Escorial.

Hélo aqui.

Despues de las alabanzas á Dios y de la salutacion á Mahoma dice: «Al acercarnos al tirano (á quien Dios maldiga) y ya frente á frente con él le hicimos la intimacion dándole á escojer entre hacerse musulman, pagarnos el tributo, ó pelear. Atúvose á lo último, y en su virtud convinimos mútuamente en dejar la batalla para el lúnes 15 de rejeb,

diciendo el rey de los cristianos que el viérnes era festividad de los musulmanes, el sábado de los judíos, de los que contaba muchos en su hueste, y el domingo para los cristianos. Nos retiramos á nuestras posiciones; mas habiéndosenos dicho que los tales cristianos eran unos embusteros y quebrantadores de los convenios jurados (Yussuf, al calificar tan duramente á los cristianos, se olvidó, sin duda, que el Corán autoriza la mentira *solo en el caso* que sirva para engañar en la guerra al enemigo) nos mantuvimos sobre el quien vivè dispuestos á la pelea y enviamos escuchas y esploradores para observar sus movimientos. Con efecto, el viérnes al amanecer nos avisan que el enemigo viene sobre los musulmanes; mas estos estaban ya preparados para la batalla. Al aparecer los cristianos nuestros valientes se arrojan con sus caballos sobre ellos en alas de su fervor religioso, como el águila sobre su presa, como el leon que ve la caza que va á devorar. Cuajan nuestras banderas la campiña despejada y anchurosa. Las tropas de Lamtuna marchan á vanguardia. Al ver los cristianos nuestros estandartes ondeando al viento; al mirar nuestros jinetes dispuestos para dar la carga; las hojas de nuestras espadas centelleando á la sombra del bosque de lanzas que se estiende por el campo; al oir el redoble de nuestros atambores y de los cascos de nuestros caballos, se llenan de inquietud: mas ya no les era posible retroceder.

«El tirano Alfonso y sus guerreros se enardecen y disparan con ímpetu desaforado; pero los Mora-

bitas se mantienen inmóviles, elevando su ánimo á Dios y poniendo en él toda su confianza. Entonces sopló furioso el viento de la matanza; los sables y las lanzas desgarraron las carnes, y la sangre corrió á torrentes. Dios, en aquel supremo trance nos envió desde el alto cielo la victoria, como esquisito maná para reparar las fuerzas y dar consuelo á los que creen en él. Alfonso, herido en una rodilla de un golpe que le imposibilitaba el uso de la pierna, huye desatentado con quinientos guerreros, tristes reliquias de los ochenta mil caballos y doscientos mil infantes conducidos por Dios á una muerte anticipada. Tan solo se salva Alfonso (así Dios lo maldiga) guareciéndose en una sierra desde donde contempla el saqueo é incendio de sus reales. Allí permaneció sufriendo los tormentos de la ira del despecho y de la desesperacion, hasta que á favor de la oscuridad de la noche pudo ponerse en salvamento. El Emir de los musulmanes se mantuvo inmóvil en medio de su caballería victoriosa, dando gracias al Señor á la sombra de sus banderas triunfantes, alzando los brazos y humillándose ante nuestro Dios altísimo por los inmensos favores que habia derramado sobre su persona, aun mas allá de sus súplicas y ardientes anhelos. Los príncipes andaluces que se habian retirado del campo de batalla y ocultándose en las cuevas y accidentes del terreno junto á Badajoz, al oir los gritos con que los musulmanes celebraban la victoria, salieron temiendo la vergüenza de su fuga; pues ninguno se portó como bueno, escepto El Mothamed Ebn-Abed, blason

de los caudillos andaluces, que se presentó al Emir con las muñecas dislocadas, doliente del quebranto de sus huesos y del estrago de sus heridas, y fué el primero en felicitarle por su esclarecido triunfo y por las proezas que se habian acometido en tan memorable jornada.

«Alfonso se salvó por senderos estraviados y favorecido por la lobreguez de la noche. Perdió en el camino hasta cuatrocientos jinetes de los quinientos que sacó de la batalla, y así con solo ciento pudo regresar á Toledo. Gracias sean dadas por tantos beneficios á Dios Todopoderoso, dueño soberano del universo; pues solo él es vencedor, y solo él es grande y ha de reinar sin fin en la eternidad.»

A parte de la concisa ampulosidad de este parte es indudable que la victoria que los Almoravides obtuvieron en Zalaca, fué la mas señalada, (por más que sus resultados póliticos, con respecto á los reinos cristianos de la Península no estuvieron en proporcion con su importancia,) de cuantas rejistra la historia de la dominacion musulmana en España, y la que mas sangre costó á los españoles. El ejército que reunió Alfonso VI, el conquistador de Toledo, siendo el mas numeroso y brillante que hasta aquel dia habia combatido en España bajo los estandartes de la Cruz, desde la gloriosa batalla de Simancas, fué completamente destrozado en aquel luctuoso dia; y si á su derrota no se siguió una segunda conquista como la de Tarik y Muza, debido fué á que los andaluces se negaron á contribuir á la realizacion de los proyectos que meditaba el empera-

dor de Marruecos, y á que la España de 1086 era ya la de los españoles y no colonia ó feudo de raza alguna extranjera.

Sin embargo, es muy posible que la derrota de Zalaca hubiese tenido inmediatas y mayores consecuencias para los cristianos que la sangre vertida en la comarca de Badajoz, si en la noche que siguió al dia en que el Corán hizo dar un paso atrás al Evangelio, no hubiese llegado á Yussuf la noticia del fallecimiento de su hijo el mas querido, que dejara en África. Hondamente afectado con tan triste nueva, el emir Almoravide abandonó el país teatro de su mas espléndido triunfo, y pasó inmediatamente á África, deseoso de abrazar el cadáver de su hijo y de asistir á sus funerales.

En ausencia de Yussuff quedó al frente del ejército Almoravide uno de sus mas afamados caudillos llamado Sir Abu-Bekr, quien desde los campos de Zalaca marchó con sus africanos contra los estados cristianos del Norte del Duero, en tanto que el emir de Sevilla se dirigió con los andaluces á tierra de Toledo, donde recobró por fuerza de armas los pueblos y las fortalezas que cediera á Alfonso VI á título de dote de su hija Zaida. Los fáciles triunfos que Ebn-Abed obtuvo en las nuevas fronteras de reino de Leon y Castilla le alentaron para llevar sus armas al país de Murcia, donde los cristianos acaudillados por Rodrigo Diaz de Vivar, el Cid, le hicieron sufrir una série de reveses que le obligaron á retirarse á Sevilla.

No mucho mas afortunado fuéron Sir Abu-Bekr

y los africanos en sus guerras contra los castellanos y leoneses; de forma que á los dos años del regreso de Yussuf á la Mauritania, los cristianos se habian repuesto del desastre de Zalaca, y los musulmanes desavenidos como siempre y entregados á todos los escesos de sus tradicionales discordias intestinas, exacerbadas á la sazon por la ambiciosa inquietud del emir de Sevilla, recurrieron de nuevo á Yussuf para que los librase de la ruina que les amenazaba.

El poderoso caudillo Almoravide desembarcó por segunda vez (1088) en Algeciras, y de allí pasó á Sevilla donde mandó pregonar la *Guerra Santa*, señalando á los muslimes como punto de reunion de las banderas los campos de Aledo en el distrito de Lorca. Reunido Yussuf y sus Morabitas al ejército musulman confederado, puso sitio á la fortaleza de Aledo. La heróica resistencia de la guarnicion cristiana y la discordia que estalló entre los emires andaluces obligó al caudillo africano á levantar el cerco de la plaza. Malogrados los planes de aquella campaña á resultas de las desavenencias ocurridas en el campo musulman, y noticioso Yussuf de que el rey Alfonso VI se dirigia hácia el territorio de Murcia, licenció el ejército y se encaminó con su guardia africana á Almería en cuyo puerto se embarcó para Mauritania, descontento de los andaluces á quienes acusaba de haber frustrado en dos ocasiones sus esperanzas de conquista en la Península.

Embargado se encontraba Yussuf en Africa arreglando los asuntos del gobierno de su dilatado im-

perio, cuando recibió (1090) apremiantes comunicaciones de su lugar teniente en España, Sir Abu-Bekr, participándole el mal estado en que se encontraban los negocios de los Almoravides, comprometidos gravemente de un lado con las incesantes hostilidades de los cristianos y del otro á resultas de las interminables rivalidades de los emires andaluces. En su vista, el héroe africano dispuso pasar por tercera vez á España; pero en esta ocasion lo verificó con el decidido propósito de combatir en su propio particular provecho.

A pretesto de hacer la *Guerra Santa* desembarcó en Algeciras al frente de un numeroso ejército formado de tribus mauritanas; y sin dar tiempo á que se le incorporasen las banderas andaluzas, cuyos caudillos, que comenzaban á arrepentirse de haber llamado en su auxilio á los africanos no se dieron mucha prisa á unirse á él, marchó ejecutivamente á tierra de Toledo, cuyas poblaciones y campiñas saqueó y asoló, sin serle posible entrar en la capital donde se hiciera fuerte el rey Alfonso. Logrado el primer objeto de su espedicion, que fué demostrar que no necesitaba el apoyo de los árabes españoles para combatir con éxito contra los cristianos, retrocedió con su ejército victorioso sobre Granada importante ciudad que le abrió sus puertas y de la que tomó posesion á despecho de su emir y guarnicion en Setiembre de 1090. Dos meses despues destituyó al emir y lo desterró con toda su familia á África. Considerando completamente sometida á su dominio aquella feraz y rica provincia, regresó á

fines de Noviembre á sus estados de Mauritania, dejando en ella por gobernador á un caudillo de su entera confianza con un numeroso cuerpo de tropas Almoravides.

El suceso de Granada llenó de inquietudes el alma del emir de Sevilla; quien arrepentido demasiado tarde de haber franqueado á los moros las puertas de la Península y temiendo para él y su familia la misma suerte que cupo á su rival de Granada, se preparó para resistir el tremendo golpe de que se veia amenazado fortificando su capital y poniendo en estado de defensa todas las plazas de su emirato.

Poco tardó Yussuf en tener noticias de los aprestos guerreros que hacía Ebn-Abed, y juzgándose en su vista, desligado del compromiso que adquiriera con los príncipes andaluces, dispuso el envio á España de un formidable ejército africano, que á las órdenes de su lugar-teniente, Sir Abu-Bekr, debia tomar posesion de la Península en nombre del emir supremo de África.

Verificado el desembarco en las playas de Algeciras, los Almoravides se dividieron en cuatro numerosos cuerpos de ejército, para operar el primero á las órdenes de Abu-Bekr, contra Sevilla y Badajoz, y los otros tres contra Córdoba Ronda y Almería. El general de Yussuf abrió ejecutivamente la campaña en tierra de Sevilla, donde encontró una inesperada resistencia en la caballeria andaluza que en mas de un encuentro derrotó gallardamente las numerosas taifas Almoravides.

A fin de obligar á Ebn-Abed á dividir sus fuerzas, Sir Abu Bekr envió una fuerte division sobre Jaen. Atacada y rendida esta plaza, la hueste vencedora retrocedió sobre Córdoba, sitiada tambien á la sazon por los africanos, quienes alentados con el refuerzo estrecharon el cerco en términos que la antigua córte de los Califas se vió obligada muy luego á capitular, (fines de Marzo 1091.)

Un mes despues de la toma de Córdoba, esto es, á fines de abril, las armas Almoravides dominaban todas las plazas y fortalezas del vasto emirato de Sevilla, á escepcion de esta ciudad y de la importante plaza de Carmona. En tan desesperada situacion Ebn Abed acordó recurrir á su yerno el rey de Castilla y Leon, Alfonso VI, ofreciéndole en pago de sus auxilios no solo devolverle las plazas que formaron parte del dote de Zaida sino reconocerle por señor de todos aquellos estados que pudiera recuperar ó conquistar con su ayuda. Alfonso á quien causaban vivisimas inquietudes los progresos de las armas Almoravides en Andalucía, se apresuró á suscribir á la alianza propuesta, y en su virtud reunió un ejército de veinte mil caballos y cuarenta mil infantes, y lo envió en socorro del emir de Sevilla.

La hueste cristiana cruzó las asperezas de Sierra Morena por el puerto de Muradal, y llegó sin tropiezo hasta Almodovar del rio, donde encontró el ejército Almoravide. Despues de algunos dias de tenaces y sangrientas refriegas, en las que la victoria se mantuvo indecisa entre los beligerantes, el

ejército cristiano emprendió la retirada sin haber conseguido el objeto de su expedicion. Desembarazado el general Almoravide del mas terrible de sus enemigos, dirigióse sobre Sevilla cuyo cercó formalizó ejecutivamente. Agotados todos los medios de resistencia, Ebn-Abed rindió la ciudad al general Abu Bekr, lugar-teniente de Yussuf, bajo condicion de respetar su vida y hacienda y la de los vecinos de Sevilla.

En los primeros del mes de Setiembre de 1091, los Almoravides tomaron posesion de Sevilla, y en la misma hora Ebn-Abed se embarcó con sus hijos mugeres y esclavos con direccion á Ceuta, donde estaba esperando á los tristes desterrados el emir de Africa Yussuf ben-Taschfin.

Así acabó la poderosa y esclarecida familia de los Abedides de Sevilla, á los setenta años de reinado, víctima de la desatentada ambicion que concitando contra ella el ódio de todos los principes andaluces, malgastó eu guerras civiles los recursos del país, y la fé y el entusiasmo de los árabes que habian sobrevivido á la ruina del Califato de Córdoba, poniendo á estos en el duro trance de tener que elegir entre el vasallage de los reyes de Leon y el de los bárbaros Almoravides.

En el mismo año de la toma de Sevilla por los Africanos, los generales de Yussuf se apoderaron de los Estados de Almería y Murcia; de manera que en el breve trascurso de unos diez y ocho meses, toda Andalucía quedó sometida á las armas del poderoso emir fundador de Marruecos; y desapareció

para siempre de su suelo, con las dinastías que se erigieron en soberanas sobre las ruinas del Califato de Occidente, el predominio que la raza árabe ejerciera sobre las demás razas musulmanas establecidas en España desde la conquista de Muza, y con él la cultura y el genio civilizador de aquellos hombres que durante tres siglos y medio llenaron el mundo conocido con la fama de su saber y grandeza.

En el curso del año siguiente (1092), las armas Almoravides se apoderaron de los emiratos de Badajoz, Valencia, y de las islas Baleares; salvándose solo de la general conquista el de Zaragoza, cuyo emir, era príncipe tan valeroso, opulento y amado de sus súbditos, que Yussuf no se atrevió á combatirle, y cuya alianza aceptó con júbilo.

En menos de tres años, pues, los Africanos á quienes tan imprudentemente enseñara el camino de la Península el grande Almanzor, se apoderaron de la España musulmana y sustituyeron su dominacion á la de los Árabes, Sirios y Egipcios. Nuevos Cartagineses llamados á Andalucía por sus correligionarios, y hasta pocos años antes sus señores, convirtiéronse como los hijos de la rival de Roma en dominadores y tiranos de los mismos que habian fiado en ellos su salvacion.

Entre tanto el rey de Castilla y Leon, Alfonso VI, repuesto muy luego del desastre de Zalaca, obtuvo un cumplido desquite de aquel funesto revés,

venciendo en campal refriega á los Almoravides en Toledo, en la provincia de Murcia, y realizando una gloriosa espedicion por las de Estremadura y Portugal, donde se apoderó en la primavera de 1093, de Santarem, Lisboa y Cintra. Habianle acompañado en estas victoriosas campañas, entre otros nobles franceses venidos á España para guerrear contra los infieles, dos caballeros de la casa de Borgoña y parientes de la reina de Castilla, Constanza, su segunda mujer. Llamábanse Raimundo y Enrique, y eran primo-hermanos. De tal manera supieron granjearse la estimacion del rey, que les dió en matrimonio sus dos hijas Urraca y Teresa. Á Raimundo la primera con el condado de Galicia, y á Enrique la segunda con el señorío de las tierras que habia conquistado á los musulmanes en la Lusitania. «Principio fué este de grandes excesos, origen del reino que habia de erijirse en Portugal y fundamento que habia de servir para que dos estrangeros fuesen tronco y raiz de dos dinastías reales en España.

Alarmado Yussuf con las noticias que llegaban á África referentes á las repetidas victorias que alcanzaban las armas del rey de Castilla sobre los musulmanes, y convencido de que no podia contar con la eficaz cooperacion de los andaluces para defender un país que solo por la fuerza mantenia en su obediencia, envió refuerzos y órdenes terminantes á su lugar teniente, Sir Abu-Bekr, para que abriese ejecutivamente la campaña contra los cristianos en Estremadura y Lusitania. Hizolo así el

general Almoravide, y en breve tiempo recobró Evora, Silves, Lisboa y otras poblaciones importantes del Occidente de la Península. Alfonso VI regresó á Toledo, y aunque perdida por el momento parte de sus conquistas en la Lusitania, entró en su capital cubierta la frente de laureles y arrastrando un rico botin fruto de sus venturosas espediciones.

Las nuevas que de Valencia llegaron al campo de Sir Abu-Bekr, participándole que la ciudad estrechamente sitiada por el Cid Campeador estaba á punto de rendirse, obligaron al Almoravide á acudir en auxilio de la plaza ante cuyos muros fué derrotado por Rodrigo, que al fin conquistó aquella importante ciudad en mayo ó junio de 1094.

En el año siguiente (1095) Alfonso VI, viudo de Bertha princesa oriunda de Toscana, y repudiada por Enrique IV de Germauia, con la cual se casara el rey de Castilla despues del fallecimiento de la reina Constanza ocurrido en 1093, contrajo matrimonio con la bella Zaida, la hija del Emir de Sevilla al-Muwaya Ebn-Abed, quien se la entregara, muy niña todavía en 1084, como prenda de amistad y alianza; y en cuya compañía vivió hasta que desligado de todo compromiso político ó de honor, y habiendo la gentil musulmana abrazado la religion cristiana y tomado en el bautismo el nombre de María Isabel, pudo el conquistador de Toledo compartir con ella á la faz de sus pueblos su lecho y el trono de Castilla.

Pasáronse algunos años durante los cuales, si

bien Andalucía no tuvo que lamentar los estragos de la guerra, vivió, sin embargo, cual viuda desconsolada arrojada por un destino fatal en brazos de un nuevo y aborrecido esposo, llorando sin cesar la memoria de aquel que supo merecer su primero y mas acendrado amor.

En el de 1103, conceptuando Yussuf realizada la conquista de la España musulmana y en tal virtud incorporada en calidad de provincia al imperio Almoravide de África, dispuso pasar por cuarta vez á Andalucía para ordenar definitivamente los asuntos de su gobierno. Acompañáronle sus dos hijos Abu Taher Temin y Abu el-Hasan Aly, con quienes recorrió varias provincias de la España musulmana, mostrándose altamente complacido de la valiosa riqueza de aquellos nuevos estados con que habia engrandecido su dilatado imperio.

Terminado el viaje convocó en Córdoba á los imanes, jeques y caides principales de África y España, y nombró en presencia de la asamblea por su futuro sucesor en el imperio á su hijo Aly, y mandó que en el acto se le reconociese por tal y se le jurase obediencia. Apresuráronse todos los asistentes á cumplir su mandato; hecho lo cual dispuso que el wazir Abu Mohammed ben-Abd-el-Gafir, estendiese el acta de su declaracion en los términos siguientes:

«Alabanza á Dios dispensador de misericordia sobre cuantos le sirven, y ensalzador de los reyes y y caudillos de los estados para la paz y concordia entre los pueblos. El emir el-Moslemyn Nasredin

Abu Yakub Yussuf ben-Taschfin, á quien Dios ha constituido en guardian y defensor de tantos pueblos que están sirviendo á Dios siéndole fieles, conceptuando que Dios habrá de pedirle cuenta mañana del uso que ha hecho del supremo poder puesto en su manos, sobre todo en lo relativo al sucesor que deja para la gobernacion de los pueblos, asunto que abarca tantos intereses así los generales como los particulares de todos sean pobres ó sean ricos, ha dispuesto, despues de haberlo pensado maduramente y despues de un exámen prolijo de las dotes así guerreras como religiosas de su hijo segundo, Abu el-Hasan Aly, descargar sobre sus hombros todo el peso y desempeño de la gobernacion del imperio; en cuya virtud lo señala, nombra, aclama y encumbra á la suprema gerarquía del imperio, poniendo á su cargo el gobierno de los Morabitas y pueblos conquistados, previo el dictámen y consentimiento de los sabios, jeques y hombres principales de las tribus, quienes han manifestado libremente que aceptan gustosos la declaracion de sucesor; y así declaran y reconocen, como lo acreditan sus firmas, á Aly ben-Yussuf por su emir, con arreglo á la eleccion y declaracion de su padre, quien le ha conceptuado como el mas capaz para el desempeño de la suprema soberanía.»

Dada lectura del acta á la asamblea por el secretario de Estado, el príncipe Aly juró en manos de su padre; firmaron todos los asistentes, y luego el secretario en nombre del príncipe, con lo cual se dió por terminado aquel solemne acto, que se veri-

ficó en Córdoba en setiembre de 1103 (Ábu-l- Fedah. Casiri.)

Despues de haber decretado todo cuanto estimó conveniente para el gobierno de la España musulmana, Yussuf dispuso su regreso á África. Mas antes de abandonar para siempre este hermoso país cuya administracion dejaba confiada á su hijo Aly, dióle entre otras las siguientes instrucciones: Que cuidase de confiar los mandos militares superiores y las altas magistraturas asi en las plazas fuertes como en las capitales de provincia solo á los Morabitas de Lamtuna. Que mantuviese constantemente sobre las armas en España un ejército bien pagado y equipado, fuerte de diez y siete mil caballos Almoravides, repartidos de la siguiente manera; siete mil en Sevilla, mil en Córdoba, tres mil en Granada, cuatro mil en la España Oriental y los demas por las fronteras del poniente; y que á cada uno de estos soldados le señalara once escudos mensuales ademas de la racion y del pienso para los caballos. Que encomendase la defensa de las fronteras y la guerra contra los cristianos á los musulmanes españoles, como hombres mas conocedores que los africanos del pais. Que tratase con mucha consideracion y miramiento á los musulmanes andaluces, premiando con armas, caballos, ropas y dinero á aquellos que se distinguieran por su valor en la guerra y por sus servicios en el gobierno; y, por último, que mantuviese amistad y alianza con los emires de Zaragoza.

Como se vé, en estos consejos no se hizo el

mas pequeño lugar para los cristianos andaluces que vivian entre los musulmanes. Esta politica tan opuesta á la que observaron los árabes durante su larga dominacion, no tardó en dar sus naturales frutos en perjuicio de los nuevos conquistadores sectarios de Islam. A partir de este dia, los que hasta entonces vivieran sumisos á la dura ley de la necesidad y obedientes á los que por costumbre consideraban como sus señores naturales, sin abrigar ideas de emancipacion, comenzaron á conspirar por sacudir el aborrecido yugo de aquellos bárbaros que venian á sustituir su fanatismo y salvaje rudeza á la tolerancia y cultura de los árabes; sus costumbres semi-salvajes todavia, á la brillante civilizacion de la aristocracia musulmana andaluza y su grosera supersticion á la despreocupada inteligencia de los filósofos de las escuelas de Córdoba y Sevilla.

Arreglados los asuntos del gobierno de la España musulmana, y conceptuándola ya del todo sometida á su imperio, Yussuf regresó á Africa. Tres años despues, esto es, en el creciente de la luna de moharrem del año 500 de la Hejira (3 de setiembre de 1106) falleció en su capital de Marruecos, á la edad de *cien años;* despues de un reinado glorioso de cuarenta, á contar desde la abdicacion de Abu-Bekr ben Omar, sucesor del Morabita de Sus, Abdallah ben-Jasim.

«Este fué, dicen sus biógrafos, Yussuf ben-Taschfin el Berebere, fundador de Morrakesch, vencedor de Zalaca, emperador temporal de los Morabitas, entronizador de la casta africana y vencedor en

Africa y España de los Árabes. Apellidáronle el *Excelente*, el *norte de la religion*, el que sigue el camino recto en el imperio, y en suma, Nasir-el-Dyn-Alá (el defensor de la ley de Dios).

El mismo dia de la muerte de Yussuf, se hizo en Marruecos la proclamacion de su hijo Ali Abu-el-Hasan. Fué su madre cristiana, y se llamaba Kamra; pero Yussu» solia llamarla Kasné (tesoro excelente)

La dominacion Almoravide no mejoró en nada, ni aun transitoriamente, la situacion de Andalucía; puesto que aun antes de consumada, comenzó el general arrepentimiento por haber abierto las puertas del pais á la conquista de la raza Africana tan aborrecida siempre y mas que nunca desde los tiempos de la disolucion del califato de Córdoba. Los andaluces puestos en la dura necesidad de elegir entre los reyes cristianos de Toledo y los emperadores de Africa, obtaron por estos últimos única y esclusivamente por motivos religiosos. Esta desacertada eleccion anticipó de algunos siglos la ruina de sus templos y la de su grandeza y prosperidad moral y material.

En efecto; cuando se compara la situacion en que quedó el reino moro de Granada despues que las armas cristianas se hubieron apoderado de toda España, salvo de aquel delicioso vergel, con la que tuvieron los demás reinos musulmanes bajo la dominacion de los Africanos Almoravides y Almoha-

des, no es posible desconocer que los Andaluces cometieron un gravísimo error político, escojiendo entre Alfonso VI y Yussuf, á este último. Porque si los reyes moros de Granada, abandonados á sus solas y exiguas fuerzas obtuvieron de los monarcas cristianos condiciones tan ventajosas que pudieron subsistir en España durante cerca de dos siglos y medio como soberanos independientes, y el pueblo musulman conservó su culto, su autonomía y su libertad, ¿con cuánto mas motivo hubieran obtenido las mismas condiciones en un tiempo en que los Árabes eran dueños todavia de Andalucía, Estremadura, la mayor parte del Portugal, las provincias todas de Levante desde Almeria hasta la desembocadura del Ebro, y las islas Baleares?

Cierto es que Granada subsistió como reino feudatario de Castilla; pero conservó, repetimos, su autonomia, y tuvo sus reyes propios; al paso que Andalucia bajo la dominacion de los Mauritanos, se vió convertida en provincia del imperio de Africa, y en provincia vejada y maltratada; porque á un tiempo que con su riqueza escitaba la codicia de los gobernadores que le enviaba Marruecos, con los restos de su cultura pasada, con las gloriosas tradiciones de su grandeza y civilizacion, avergonzaba la pobreza, ignorancia y semi-barbarie de los moros de ambos Magrebs.

El sentimiento religioso, y la ambicion de los Beni-Abed de Sevilla, cegó á aquella noble y desventurada raza hasta el estremo de forjarce con sus mismas manos y con pleno conocimiento de causa,

las cadenas en que quedó aprisionado, y bajo cuyo peso muy luego sucumbió.

Los cristianos del Norte y del Oriente de la Península respetaron, admiraron y estimaron siempre á los árabes-andaluces; los africanos, desde los primeros dias de la conquista, los odiaron de muerte; y cuando el destino convirtió á estos de súbditos en señores los trataron con el mas soberano desprecio, con la mas humillante altivez. Los primeros se manifestaron tolerantes con ellos en punto á religion; los segundos le quemaron sus libros de filosofía en las plazas de Córdoba, de Marruecos y de Kairwan. Cuando los castellanos entraron por vez primera en Córdoba, como auxiliares de Solaiman, respetaron la Aljama bajo cuyas naves resonaba la doctrina de la Sunna; cuando los mismos castellanos entraron en Córdoba como auxiliares tambien del *último Almoravide*, ataron sus caballos á los muros de la mezquita bajo cuyas naves ya solo se oia la voz de los fanáticos Morabitas. Los cristianos concurrian á las Academias, á las tertulias científico-literarias de los árabes: los almoravides y los almohades destruyeron aquellas academias y dispersaron á sablazos los sábios que se reunian en ellas. Los árabes, andaluces en suma, se acercaban lenta pero irresistiblemente á los cristianos, y á caso hubieran acabado por fundirse en ellos-¿no comenzaban ya á avergonzarse del Corán?—los Moros fueron sus enemigos irreconciliables por ódio de secta, que es el ódio más feroz en materia de religion. Árabes y cristianos se llamaban recíprocamente *infieles*: Arabes y moros

se calificaban los unos á los otros de *herejes, impíos* y *miembros podridos* de la gran comunion de fé musulmana.

Y no fué solo bajo el punto de vista delas creencias religiosas que la conquista de los Almoravides fué funesta para Andalucía; sino que tambien, y mucho mas, lo fué bajo el de los intereses morales y materiales del pueblo. La anarquía, el desórden y la guerra civil que se habian entronizado en este desgraciado país desde la disolucion del califato de Córdoba, continuaron con mayor intensidad; y no ya solo movidas por la ambicion de los emires que aspiraban á la supremacía de sus Estados sobre los del vecino, sino que tambien por las inveteradas antipatías de raza; por el instinto de conservacion de los unos y por el afan de esterminio de los otros.

Así como los godos, en los comienzos del siglo VIII, tiempos de su decadencia y grandes discordias civiles, llamaron como auxiliares á los árabes que inmediatamente se convirtieron en señores, así los árabes, á fines del XI, recurrieron para poner término á las suyas y salvarse de un peligro todavia imajinario, á los reyes Mauritanos, que *entraron vendiendo* proteccion *por salir mandando.*

CRONOLOGIA

DE LOS EMIRES, GOBERNADORES, DE ESPAÑA, DEPENDIENTES DE LOS CALIFAS DE DAMASCO, DESDE 711 HASTA 756.

Año en que empezaron á gobernar.	Mes.	Nombres.	Año en que concluyeron.	Mes.
711	Abril.	Tarik ben-Zeyad. . . .	712	Abril.
712	Abril.	Muza ben-Noseir. . . .	714	Set.
714	Set.	Abdelazis ben-Muza. .	715	Agost.
715	Agost.	Ayub-ben-Habib. . . .	717	Abril.
717	Abril.	El-Hor ben-Abderrahman..	718	Nov.
718	Nov.	El-Samah ben-Melek. .	721	Mayo.
721	Mayo.	Abderrahman el-Ghafeky	721	Nov.
721	Nov.	Ambesa ben-Schsohim.	725	Mayo.
725	Mayo.	Hodeirah ben-Abdallah-l-Fehri	726	Abril.
726	Abril.	Yahyah ben-Salemah. .	727	Octub.
727	Octub.	Hodheifa ben-l-Haus. .	728	Abril.
728	Abril.	Otman ben-Abu-Nesa. .	729	Octub.
729	Octub.	El-Haitam ben-Obeid. .	730	Enero.
730	Enero.	Mohamed ben-Abdallah	730	Abril.
730	Abril.	Abderrahman el Ghafeky, 2.ª vez.	732	Octub.
732	Octub.	Abd-l-Melek ben-Kotan	736	Enero.

736	Enero.	Okbah ben-l-Hedjadj. .	741	Feb.
741	Feb.	Ald-l-Melek ben-Khotan (2.ª vez).	742	Abril.
742	Abril.	Baledji ben-Baschr. . .	742	Octub.
742	Octub.	Taalaba ben-Salemah. .	743	Marz.
743	Marz.	Abu-l-Khatar ben-Deraz.	745	Set.
745	Set.	Tucba ben-Salemah . .	746	Set.
746	Set.	Yusuf el-Fehry.	756	Mayo.

DINASTÍA OMMIADA, EMIRES DE CÓRDOBA INDEPENDIENTES DEL CALIFATO DE ORIENTE.

756	Mayo.	Abderraman I.	788	Set.
788	Set.	Hixem I, ben-Abderrahman	796	Abril.
796	Abril.	Al-Hakem I, ben-Hixem	822	Mayo.
822	Mayo.	Abderrahman II, ben-al-Hakem	852	Agost.
852	Agost.	Mohammed I, ben-Abderrahman.	886	Agost.
886	Agost.	Al-Mondhir ben-Mohammed	888	Julio.
888	Julio.	Abdallah, hermano de al-Mondhir.	891	Octub.

CALIFATO DE OCCIDENTE.

CALIFAS DE LA DINASTÍA OMMIADA.

912	Octub.	Abderrahman III, nieto de Abdallah	961	Octub.
961	Octub.	Al-Hakem II, ben-Abderrahman.	976	Set.

976	Set.	Hixem II, ben-Al-Hakem	1009	Feb.
1009	Feb.	Mohammed el-Mahadi Billá. (usurpador.) .	1010	Julio.
1010	Julio.	Hixem II, por 2.ª vez.	1013	Abril.

Califas impuestos o aclamados revolucionariamente.

1013	Abril.	Solaiman.	1015	Junio.
1015	Junio.	Aly ben-Hammud, el Edrisita	1018	Marz.
1018	Marz.	Al-Kasim, hermano de Aly.	1023	»
1023	»	Abderrahman IV. . . .	1023	»
1023	»	Abderrahman V.	1024	»
1024	»	Mohammod III.	1025	»
1025	»	Yahyah ben-Ali *el edrisita*.	1026	Feb.

Interregno.

1026	Mayo.	Hixem III.	1031	Nov.

Emires independientes despues de la disolucion del Califato de Córdoba.

República aristocrática de Córdoba.

Presidentes.

Abu-el-Huzam Djehwar.
Mohammed ben-Djewar.

EMIRES INDEPENDIENTES Ó REYES DE SEVILLA.

(SEGUN CONDE.)

Abu-el-Kasim Mohammed Ben-Abed.
Abn Amru.
Mohammed al-Motamed.

DE CARMONA Y ÉCIJA.

Mohammed ben-Abdallá.

DE HUELVA Y LIBLA.

Abdelazis al-Bekri.
Abdallá ben-Abdelazis.

DE GRANADA.

Abus ben-Maksan.
Habus, (su sobrino).
Badis ben-Habus.
Abdallah ben-Balkin.

DE MÁLAGA.

Aly ben-Hammud.
El-Kasim ben-Hammud.
Yahya ben-Aly.
Edris ben-Aly.
El-Kasim ben-Aly.
Edris ben-Yahya.
Mohammed al-Mahadi.
El-Kasim al-Mosthali.
Zagud ben-Mohammed.

DE ALMERÍA (SEGUN DOZY.)

Khairán (el eslavo).
Zohair (id).
Abu-el-Ahwaz Man.

Zomadih; rejente durante la menor edad de su sobrino.
Mohammed ben-Man Motacim.
Yz-ad-daula, ben-Motacin.

CRONOLOGÍA DE LOS REYES DE ASTÚRIAS Ó DE OVIEDO.

718	Pelayo.	737
737	Favila, su hijo	739
739	Alfonso I el *católico* yerno de Pelayo .	757
757	Fruela I, hijo de Alfonso	768
768	Aurelio, sobrino de Alfonso I	774
774	Silo, yerno de Alfonso.	783
783	Mauregato, hijo natural de Alfonso. .	789
789	Bermudo I, el *Diácono*, hermano de Aurelio	791
791	Alfonso II el *Casto*, hijo de Fruela I. .	842
842	Ramiro I, hijo de Bermudo el *Diácono*.	850
850	Ordoño I, hijo de Ramiro.	866
866	Alfonso III el *Grande*, hijo de Ordoño.	909

DE LEON.

909	García hijo de Alfonso III	914
914	Ordoño II, hijo tambien de Alfonso. .	924
924	Fruela II, idem.	925
925	Alfonso IV el *Monje*, ó el *Ciego*. . . .	930
930	Ramiro II.	950
950	Ordoño III.	955
955	Sancho I el *Gordo*	956
956	Ordoño IV el *Malo*	960
960	Sancho el *Gordo* por 2.ª vez.	967
967	Ramiro III.	982
982	Bermudo II el *Gotoso*.	999

999	Alfonso V	1027
1027	Bermudo III	1037
1037	Sancha	
	Fernando I.	1065
1065	Sancho II.	1072
1073	Alfonso VI.	

CONDES DE CASTILLA.

	Fernan Gonzalez.	970
970	Garci Fernandez.	995
995	Sancho Garcés.	1021
1021	García II.	1029

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

Páginas.

I.

II.

III.

IV.

V.

VI.

VII.

HIXEM II.

Biin... Ejem... 1/1532

HISTORIA GENERAL

DE

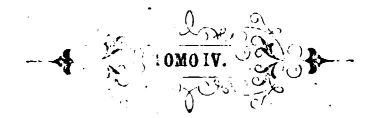
ANDALUCIA

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870.

POR

JOAQUIN GUICHOT.



E. PERIÉ.
SEVILLA.
Libreria de los Hijos de Fé.

F. PERIÉ.
MADRID.
S. Andrés núm. 1 duplicado 3.º

1870.

HISTORIA
GENERAL
DE ANDALUCÍA.

IV.



SEVILLA.—Imp. y lib. de Hijos de Fé, Tetuan 35 y sierpes 21.

HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCIA,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870,

POR JOAQUIN GUICHOT.

1.ª PARTE.

HISTORIA GENERAL.

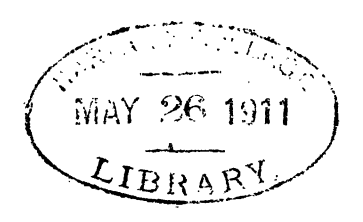
TOMO IV.



E. PERIÉ.
SEVILLA.
Lib. de Hijos de Fé, Tetuan 35.

F. PERIÉ.
MADRID.
Calle S. Andrés 1, duplicado 3.º

1870.


MAY 26 1911
LIBRARY

HISTORIA GENERAL
DE ANDALUCÍA.

Andalucía bajo la dominacion de las razas Africanas.

I.

Pocos ejemplos nos presenta la historia de una decadencia tan rápida, de una trasformacion tan radical como la que sufrió la Andalucía de los Árabes, que en el breve trascurso de unos veinte años, cayó para no volverse á levantar desde la inmensa altura en que la habian colocado el génio y la fortuna de los Abderrahman, Al-Hakem y Almanzor en un abismo tal de degradacion y miseria, que andando algunos años mas cometió el último y mas funesto de sus errores, que fué llamar en su auxilio las feroces tribus y kábilas moradoras de las faldas del Atlas, para conservar siquiera un palmo de tierra donde sepultarse despues de haber llenado el mundo, por espacio de cerca de cuatro siglos, con la fama de su ciencia, de su grandeza mi-

litar y de su admirable cultura de la cual hoy todavía se envanece la Europa.

Despues de los siglos III y IV de la Hejira (IX y X de J. C.) durante los cuales Andalucía fué considerada como la region mas civilizada de nuestro continente; Córdoba como la Atenas de la primera mitad de la Edad Media, y la dinastía Ommiada como la de los príncipes mas esclarecidos é ilustrados del mundo, nos sorprende á manera de una horrible pesadilla el siglo V en cuyos primeros años tuvo lugar la desmembracion del Califato de Occidente; comenzó la destruccion de la raza árabe-andaluza, y nació aquella espantosa anarquía que redujo á la nada en poco tiempo la obra de trescientos veinte años.

Sin embargo, en los albores de aquella funesta centuria conservábanse todavía en ella, con el génio de la raza árabe, los seiscientos mil volúmenes de la Biblioteca del palacio de Merwan, y el blanco pendon de los Ommiadas ondeaba desde Fez hasta Pamplona, desde Almería hasta el *Farum Brigantium*, y desde el nacimiento del Segre en los Pirineos Orientales, hasta la desembocadura del Tajo en el Océano.

Revolucion estraordinaria fué aquella, que concluyó en una hora con tanta grandeza, fruto del penoso é incesante trabajo de diez generaciones que se sucedieron sin interrupcion de labor; desde la batalla del Guadi-Becca 711, hasta la muerte del hijo segundo del grande Almanzor, en 1009. Fenómeno singular que solo puede comprenderse estudiando

detenidamente las múltiples causas que produjeron aquella catástrofe, y confesando la infalibilidad de esas leyes providenciales que rijen los destinos de las sociedades, y á las cuales no puede desafiar impunemente ningun pueblo, ninguna raza.

«Con el mundo, dice M. Michelet (*Histoire Universelle*) comenzó una guerra que solo con el mundo acabará. Guerra del hombre contra la naturaleza, del espíritu contra la materia, de la libertad contra la fatalidad.»

Si á alguna raza tienen esacta aplicacion estos conceptos—tomados en un órden de investigaciones menos trascendentales menos abstractas que las que se revelan en las palabras del célebre historiador—esta es la raza musulmana-andaluza de oríjen árabe puro, que luchó mas que otra alguna durante largos siglos contra el despotismo, la fatalidad, el materialismo y los dogmas absurdos contenidos en el Corán. Lucha que se manifestó con rasgos indélebles en Córdoba y Sevilla cuyas escuelas filosóficas tuvieron la gloria de ser anatematizadas por las de Oriente; porque los filósofos andaluces ya en el el V siglo de la Hejira, anticipándose á la profecía que en el XVII de J. C. hizo el sábio orientalista y teólogo sajon, Himkelmann, se burlaban audazmente de los dogmas del Islamismo.

Sin embargo; no seria razonable atribuir á estas solas causas morales la ruina del imperio musulman de Occidente y la estincion de la raza árabe-andaluza; puesto que aquel y esta subsistieron tres siglos con los vicios injénitos en su constitucion re-

ligiosa. Otras dos no menos impulsivas y mas inmediatas produjeron aquel terrible é inesperado acontecimiento. En efecto; con la gloria y casi simultánea decadencia del Califato de Córdoba, coincidió la formacion de las nacionalidades Española, Francesa y Alemana; el Oriente, pues, dejó de pesar sobre el Occidente, y la reaccion de este último sobre el primero le atacó en su desarrollo, le limitó el espacio y le obligó á encerrarse en sí mismo, es decir, en su sepulcro. La civilizacion del Corán se oscureció ante la luz que comenzó á irradiar en el siglo XI la civilizacion del Evangelio. Aquella fué una triple, simultánea é irresistible reaccion guerrera, religiosa y filosófica que se operó y coincidió, repetimos, con la decadencia del Califato de Córdoba, y que, para hacer mas inevitable su ruina se significó, bajo el punto de vista político y guerrero, en el pueblo mas *político* y mas *guerrero* de aquella edad, que se habia constituido allende el Tajo, frontera artificial entre los dos imperios cristiano y musulman de España. Esta fué la primera de las dos causas indicadas. La segunda veremos de encontrarla en la monstruosa organizacion política de aquella sociedad.

El principal fundamento de su constitucion política se encontraba en un libro pura y esclusivamente religioso, que reconcentraba en una sola mano todos los poderes civiles y religiosos; es decir, constituia la indivisibilidad del poder llevada hasta el absurdo de la exageracion. El soberano, supremo majistrado inviolable é irresponsable en el órden

civil, èra al mismo tiempo gran pontífice de la religion á título de Vicario ó sucesor del Profeta; juez, además, de cuyas sentencias solo ante Dios se podia apelar, y frecuentemente ejecutor con sus mismas manos de los decretos de muerte que pronunciaba sin formacion de causa; generalísimo de sus ejércitos los conducia en persona á la Guerra Santa, á fin de que solo una frente en la nacion se viera sombreada con los laureles de la victoria; y, por último, señor de vidas y haciendas dejaba la primera como una gracia especial á sus súbditos y les concedia la segunda solo en usufructo.

Bajo este réjimen absurdo imperando en un pueblo sin tradiciones, historia ni educacion política; que no conocia iglesia propiamente dicha, ejércitos permanentes, nobleza de pergaminos, clero, clase media ni pueblo, en fin, tal cual entendemos estas cosas en nuestros dias, sino *fieles creyentes sometidos á la voluntad de Dios*, y un príncipe de estos mismos fieles que tenia en una mano las llaves del Paraiso y en la otra la balanza y la espada de la justicia humana—pero sin venda en los ojos—compréndese la posibilidad de aquella monstruosa unidad de poder, suceptibles sin embargo, de hacer próspero y temido á este pueblo de origen y costumbres patriacarles, cuando el depositario de aquel inmenso poder se llamaba Abderrahman, Al-Hakem ó Almanzor.

Mas suprimid estos grandes hombres cuyo génio, virtudes y saber compensaban los mortales vicios de aquella organizacion político-social: poned

en su lugar en el trono un príncipe débil, inepto, falto de luces y valor para regir aquel pueblo tanto más difícil de gobernar cuánto que sus costumbres domésticas fueron siempre las que trajo del desierto, y que careciendo de leyes positivas y de leyes escritas para resolver muchas y trascendentales cuestiones de derecho comun, administrativo, de gentes, y sobre todo la vital de sucesion al trono, era, no obstante, vivo, impresionable, apasionado y ardiente, y se encontraba en pleno goce de una relevante cultura moral, de una civilizacion que habia alcanzado un alto grado de perfeccion intelectual; dad el gobierno de este pueblo á un principe débil é inepto, repetimos, y vereis romperse inmediatamente la unidad y desplomarse á seguida el edificio político por falta del único cimiento que su monstruosa construccion permite; esto es, un grande hombre que sostenga sobre sus robustos hombros y apuntale con su mano vigorosa aquella inmensa balumba primorosamente enlucida y deslumbrante con el oropel que la cubre á trechos.

Esto es lo que sucedió en el imperio musulman de Oriente siglo y medio antes de que aconteciera en el de Occidente. El sanguinario y disoluto al-Motawah, fué al Califato engrandecido por el génio de Arun-al-Raschid y Al-Mamun, lo que el débil y perpétuamente menor. Hixem II, al que ennoblecieron el génio de Abderrahman y Al-Hakem.

Así como bastó la imprudente creacion (833-842) en la corte de los Califas de Bagdad de una guardia de esclavos turcos para destruir desmembrando

aquel imperio, así bastó en la de Córdoba la de los eunucos eslavos y la de los Africanos para desmembrar y destruir el musulman español. Tan débiles eran los cimientos sobre que se apoyaban aquellos dos colosos, que bastaron algunos miles de esclavos libres del freno y del látigo de un amo déspota para derribarlos y reducirlos á pequeños fragmentos.

En cuanto bajó al sepulcro el último Ommiada digno de este nombre, alzáronse audaces en Córdoba los partidos estrangeros, nacidos de las intrigas cortesanas y tolerados por los Califas omnipotentes que se sirvieran de ellos para humillar á la rancia nobleza. No sintiendo ya la férrea mano del déspota que los tuviera sujetos, se apoderaron del gobierno que les abandonó el sucesor de Al-Hakem II, niño que reinaba bajo la tutela de una muger—primer ejemplo de minoría que se daba en la constitucion musulmana.

Entonces se rompió aquella unidad de poder único cimiento del edificio político, habiéndose hecho fatalmente necesario el confiar el mando de los ejércitos y la direccion de los negocios del Estado á uno ó mas hombres que no eran el Califa; y no siendo el Califa hubieron de emplear la parte del poder de que cada uno se veia investido mas bien que en favor del trono, de la dinastía reinante y de los grandes intereses que á la sombra de esta habíanse creado, en beneficio del partido que los habia elevado y de cuyo auxilio no podian prescindir.

Aquí, pues, tuvo comienzo la ruina de aquel

imperio cuya constitucion política entrañaba, por otra parte, tantos elementos de destruccion. En un pueblo que vivia en perpétua guerra con todos sus vecinos y que, por lo tanto, hacia de la guerra la condicion indispensable de su existencia, bastaba poner á un hombre al frente de los ejércitos y darles poderes ilimitados para conducirlos contra los enemigos esteriores é interiores para que este hombre, teniendo génio y ambicion usurpase al poco tiempo todos los demás poderes.

Esto fué lo que aconteció con el primer ministro del inepto Hixem II, Almanzor. El mismo dia en que el terrible Hadjib empuñó la espada de la dictadura militar y las riendas de la gobernacion del Estado, dispuso tambien del Tesoro público; y como este no bastaba á satisfacer la prodigalidad que se veia obligado á usar para hacerse muchos amigos y parciales, tuvo que recurrir á otro órden de estímulos y recompensas, concediendo gobiernos, feudos y tierras en propiedad á sus hechuras. Este último ataque á la integridad del poder único y supremo fué el golpe de gracia que acabó con el prestigio y omnipotencia de los Califas, rompiendo definitivamente los lazos de la servidumbre ó dependencia que unian todos los intereses, todas las voluntades al interés y voluntad del soberano, fuente hasta entonces de todos los derechos y señor absoluto de la vida y hacienda de sus súbditos.

El ejemplo de lo que acontecia en Leon, Castilla, Navarra y Barcelona debió necesariamente influir en la trascedental innovacion introducida en el

modo de ser politico del califato de Córdoba. Mas al llevarla á cabo, Almanzor, desconoció ó cerró los ojos sobre un hecho de la mayor importancia; y fué, que la constitucion de los pueblos cristianos no se basaba, como la de los musulmanes, única y esclusivamente en la absoluta unidad del poder y en el despotismo de los reyes, y que, por lo tanto, en aquellos, la division del poder era una consecuencia racional y lógica; de la misma manera que el feudalismo que establecia una dependencia de derecho y una independencia de hecho entre los grandes vasallos y la corona, era la constitucion natural de los cristianos de origen Godo ó Germánico, al paso que era artificial é imposible entre las razas Árabe, Siria, Egipcia y Africana educadas por el Coran.

Débense, pues, reconocer como causas impulsivas que determinaron la ruina del califato de Córdoba en los primeros años del siglo XI: la reaccion del Occidente contra el Oriente, el principio y rápido progreso de la civilizacion europea que nacia del Evangelio, y el rompimiento de la unidad del poder entre los musulmanes andaluces, comenzado en 976 cuando el cetro de los Ommiadas pasó de las robustas manos de Aberrahman III y Al-Haken II á las de un niño débil y afeminado, y continuado y realizado por la política de Almanzor durante el último tercio del siglo IV de la Hejira (X de J. C.) Politica que dió, en interés de su fundador, la supremacía á los partidos estranjeros, eslavos y africanos, sobre la raza árabe-andaluza; que introdujo en aquel

gobierno esencialmente unitario y absoluto el régimen feudal, y que se atrajo la adhesion del pueblo, no otorgándole franquicias y libertades sinó remachando hábilmente las cadenas de su servidumbre, escitando su fanatismo religioso contra los filósofos y contra las familias ilustres ó acaudaladas acusadas de poco celosas en la observacion de los preceptos del Corán; esta política, en suma, que creó una situacion de fuerza sostenida por un ejército permanente, el primero que se conociera en la España musulmana, dió por resultado inevitable y en el breve trascurso de seis años, la completa ruina de aquel colosal imperio que habia resistido durante mas de trescientos á las armas de los Califas de Oriente, á las de los reyes de Francia, á las de los emires de África y á todas las fuerzas vivas y activas de la cristiandad española.

Mientras vivieron Almanzor y su hijo primojénito heredero del talento, poder y fortuna del terrible Hadjib, los partidos en Andalucía se prestaron mal su grado, á ser instrumentos de aquella funesta política que tenia por objeto el engrandecimiento de una familia que no era la del lejítimo soberano; empero se odiaban de muerte y asechaban la ocasion de dar rienda suelta á sus rencores. El mas poderoso, á la sazon, era el de los mercenarios Africanos, el único que estaba constantemente sobre las armas, y el que, en tal virtud, se imponia por el temor á los demás. Mas á la muerte del último de aquellos dos grandes hombres, alma y brazos de la situacion, los partidos volvieron á levantar la

cabeza; y Ommiadas, nobleza andaluza, Ameridas y el país todo á una sola voz y como un solo hombre se alzaron contra aquellos insolentes mercenarios, que perdieron en un solo dia honores, privilegios, distinciones, feudos, grandes propiedades y todo cuanto habian atesorado durante los treinta años que ejercieron el poder, y guerrearon sin sufrir una derrota contra todos los príncipes cristianos de la Península.

A haber sido posible reconstruir en aquel dia y en toda su integridad la unidad del territorio y la del poder soberano en la forma que se conoció en los tiempos de Abderrahman, el imperio Árabe de Occidente hubiera prolongado su existencia algunos siglos mas. Pero aquella unidad habiase roto de manera que no cabia en lo humano rehacerla.

Sin embargo; intentaron la empresa los emires de Sevilla de la alcurnia de los Beni-Abed, y tambien los emires de la Mauritania. Mas unos y otros naufragaron á pesar de su fortuna y decidido empeño. Los primeros porque quisieron reconstruir el edificio con sus mismos escombros cuando lo que se necesitaba eran materiales nuevos; y los segundos porque si bien trajeron estos materiales eran tan toscos y tan viles que los rechazó el país, y tan exóticos que fué imposible aclimatarlos en Andalucía.

Y, hay mas todavía; aquella unidad á que aspiraron los emires andaluces y africanos era ardientemente deseada por el pueblo musulman, que sufria todo género de calamidades, resultado inevita-

ble del fraccionamiento y del régimen aristocrático que se sustituyó, sin preparacion, al régimen monárquico absoluto que existiera desde la fundacion del califato de Córdoba. Aquel réjimen, ó mejor diremos, las condiciones sobre que se estableció, produjeron un estado de guerra contínuo entre los emires de las pequeñas dinastías. Así que, «el pacífico labrador (Dozy) que veia á cada instante sus tierras taladas por los indisciplinados jinetes á sueldo del emir; el honrado ciudadano que vivia atormentado incesantemente con el temor de ver su pueblo, su casa y su familia entrada á saco de improviso, no por un príncipe cristiano sino por un príncipe musulman cuyos feroces soldados llevaban la deshonra y la muerte en la punta de sus sables; las poblaciones todas, en fin, que se veian recargadas con crecidos impuestos para que sus señores pudiesen mantener sobre pié de guerra un ejército, único elemento de existencia con que contaba su efímero poder, deseaban como en los tiempos del primero y tercer Abderrahman, ver la España musulmana reunida bajo un solo cetro; de tal manera que cuando el Almoravide Yussuf Ben-Taschfin entró en Andalucia al frente de sus Morabitas, recibiéronle con los brazos abiertos, secundaron sus proyectos de conquista y le ayudaron á derribar las pequeñas dinastias. Desde entonces la aristocrácia andaluza cayó para no volverse á levantar, y desde entonces tambien la literatura árabe entró en plena decadencia.»

La unidad política y la unidad de territorio,

eran, pues, la aspiracion vehemente y universal en Andalucía, que comprendió á costa de una dolorosísima esperiencia que solo con ella podrian volver los dias de su prosperidad y grandeza. Pero los medios puestos en juego para satisfacer tan generosa aspiracion fueron precisamente los que la hicieron imposible. El pueblo la queria para el bien general; pero el pueblo que á la sazon en ninguna parte, y menos entre la raza musulmano-andaluza, representaba un poder, confiaba su reconstruccion á quien quiera que se brindaba á la empresa; y en cuanto á los emires cada uno pretendia rehacerla en su propio particular beneficio: y como los emires eran muchos y se consideraban como otros tantos centros de aquella unidad, acabó por no encontrarse en ninguna parte por lo mismo que estaba en muchas.

Como remedio heróico para tan mortal enfermedad el emir de Sevilla buscó el auxilio de los africanos, como en otro tiempo lo hiciera el grande Almanzor; pero lo hizo no reclutando soldados en aquella region sino llamando al poderoso fundador del imperio de Marruecos. Yussuf convertido de auxiliar en soberano restableció, en efecto, aquella deseada unidad; mas no lo hizo con elementos andaluces, sino con elementos africanos, tan odiosos para el pais que se le sometió de grado ó por fuerza. Así es que siendo ficticia y no pudiéndose arraigar en un suelo que la repelía instintivamente de su seno, solo subsistió en tanto que unos cuantos descontentos no alzaron la bandera de la insur-

reccion en un apartado rincon del Algarbe y llamaron para que los auxiliase en la empresa á una nueva raza africana, á los bravíos Almohades vencedores de los Almoravides.

Cosa estraordinaria: esta nueva irrupcion de Bárbaros procedentes del África estuvo á punto de reconstruirla bajo el gobierno de los dos primeros Emires sucesores de Abd-el-Mumen; Mecenas de los Averroes y de los Aben-Zohar, y fundadores y restauradores de la belleza monumental de Sevilla. Si no lo consiguieron, si su dominacion en Andalucía pasó mas rápida que cualquiera de las que le precedieron, y si ahondó mas y mas la profunda division que dió por resultado la ruina de la raza musulmana en España, debido es á que fueron principes muy superiores á la raza que gobernaron y acaudillaron; inculta, fanática y grosera esta, sábios é ilustrados aquellos. Y debido fué tambien á la intolerancia religiosa de los Unitarios; al ódio de secta que estalló entre árabes-andaluces, Almoravides y Almohades; á la providencial victoria de las Navas de Tolosa, y á la infatigable actividad guerrera de los Alfonsos de Castilla, Leon, Aragon y Portugal, y de Fernando III que trabajaban impelidos por la Providencia para constituir la verdadera unidad nacional de España; en tanto que las armas de los Beni-Taschfines y Beni-Abd-el-Mumen obraban arrebatados por la ambicion de conquista y por el deseo de esterminarse las unas á las otras.

No debemos terminar estas breves consideracio-

nes acerca de las causas que produjeron la ruina del imperio musulmano-andaluz y la conquista de la España Mahometana por los reyes Mauritanos, sin detenernos un momento sobre el suceso verdaderamente providencial del simultáneo desbordamiento, en los siglos XI, XII y XIII, de la Europa en Asia por el canal de Constantinopla y del Africa en Europa por el estrecho de Gibraltar. Acontecimiento el mas estraordinario é importante que rejistra la historia de toda la Edad Media, dispuesto por la Suprema Sabiduría, en el preciso momento en que sólo ella podia salvar al cristianismo de una inminente catástrofe, ó cuando ménos de una nueva ocultacion en las Catacumbas, así como disipar las tinieblas de la semi-barbárie que todavía envolvian la mayor parte de nuestro continente y abrir nuevos horizontes al progreso de las ciencias, de las artes, del comercio y de la libertad y gobierno de los pueblos de raza latina y germánica. El importante papel que España, y sobre todo Andalucía, tuvo en aquel drama heróico en el que las víctimas se contaron por millones, cual si solo por la sangre del hombre el hombre se pudiera regenerar, nos obliga, en justo desagravio de la indiferencia con que la historia ha mirado á uno de los *protagonistas*, á dedicarle algunas palabras.

Durante el siglo XI, á pesar de la disolucion de los grandes Califatos de Bagdad y de Córdoba, la religion de Mahoma parecia haber vuelto á encontrar sus antiguos bríos conquistadores y recobrado de nuevo su ciego afan de proselitismo. En efecto;

los Turcos Selyúcidas habianse apoderado del Egipto, de la Siria y del Asia menor, y devuelto al imperio del Profeta su antigua grandeza. Los Sultanes del Rum, establecidos en Nicea solo esperaban una escuadra para cruzar el Bósforo de Tracia y plantar la media luna sobre la cúpula de Santa Sofiá. El Africa toda era musulmana y el Corán penetraba en Europa por Andalucía, por la Sicilia y por el canal de Bizancio.

El génio de Gregorio VII comprendió que no habia redencion, salvo Dios, para la cristiandad si no se ponia un dique á aquel torrente asolador, si la Europa entera no se arrojaba sobre el Asia. Al efecto ánunció desde el púlpito cristiano la primera *Guerra Santa* contra los infieles; la cual se realizó veinte años despues bajo el pontificado de Urbano II. A la voz del Vicario de Cristo, á los gritos de venganza de Pedro el Ermitaño, respondió Europa tomando la Cruz y desbordándose sobre el Asia (1095.)

Godofredo de Bouillon llegó hasta Jerusalem con unos cuarenta mil guerreros, glorioso resto de los seiscientos mil Cruzados que emprendieron desde Europa el camino de la Tierra Santa. Ya era tiempo; las hordas turcas dirijian desde Scutari miradas codiciosas sobre Constantinopla, y la *cruzada* Almoravide acababa de cubrir con una tupida alfombra de cadáveres cristianos los campos de Zalaca. Con la toma de la Ciudad de David la invasion musulmana del Asia en Europa quedó contenida para mas de tres siglos. Mucho fué; pero noto do cuanto

el cristianismo tenia derecho á esperar de los inmensos sacrificios que habia hecho para rescatar el Santo Sepulcro. Un año despues de la conquista de Jerusalem, Godofredo de Bouillon solo contaba con trescientos caballos para defender su reino; los demás abandonaron cobardemente las banderas de la Cruz. Dos años despues de la espantosa derrota de Zalaca los cristianos de España se habian repuesto enteramente de aquel desastre; y mas entusiastas y numerosos que nunca tomaban por do quier sobre los musulmanes un sangriento desquite de su pasada humillacion.

A fines del siglo XII, unos cien años despues de la conquista de Jerusalem y de la derrota de Zalaca, renovóse la *Cruzada* cristiana y musulmana. La cristiana dirigida por el emperador de Alemania y los reyes de Francia y de Inglaterra, que tenia por objeto vengar el desastre que en 1147 á 1149 sufrieron dos ejércitos cristianos en el Asia menor, fué destruida por los turcos en una batalla empeñada en las llanuras de Cilicia y en el sitio de Toleimada (1189-1193.) La musulmana, acaudillada por el emperador Almohade de Marruecos, Yakub ben-Yussuf, destrozó completamente en los campos de Alarcos (1195) uno de los mas brillantes y numerosos ejércitos que la España cristiana opusiera á la conquista musulmana.

El Corán, pues, y las armas mahometanas triunfaban en todas partes de los cristianos. Jerusalem y la Tierra Santa quedaban perdidas para la cristiandad, y el entusiasmo por las cruzadas habíase es-

tinguido en el Occidente. Nada se oponia ya á la invasion de Europa por los musulmanes; nada, sinó la heróica España que renacia de sus derrotas como el Fénix de sus cenizas. Despues del desastre de Federico Barbarroja que pereció ahogado en las aguas del Cidno, y del tratado celebrado entre Ricardo Corazon de Leon y Saldino, la Europa, que habia dejado sembrada de cadáveres toda la Tierra Santa, obtuvo como único resultado directo de su sangriento y titánico esfuerzo por recobrar el Santo Sepulcro, el paso libre y seguro para ir en peregrinacion á Jerusalem. Despues de la desastrosa batalla de Alarcos, los cristianos españoles pasearon sus banderas por las tierras de Jaen, Baeza y Andújar, y dieron de beber á sus caballos en el Guadalquivir.

Así como al finalizar el siglo XI la Europa y el África desbordáronse simultáneamente, aquella sobre el Asia y esta sobre la Europa, así tambien en los primeros años del décimo tercero se realizaron las dos últimas Guerras Santas que como postrer esfuerzo intentaron los cristianos y los musulmanes para decidir de una vez la contienda entre el Evangelio y el Corán. Con la diferencia que la cristiana solo fué una inocente farsa representada en 1212 por *cincuenta mil niños* franceses y alemanes, que tomaron la cruz para morrilos unos al cruzar los Alpes y los otros como esclavos vendidos en África por mercaderes sin entrañas, y la musulmana fué la del *esfuerzo supremo* que arrojó mas de medio millon de hombres sobre España.

Muy pocos de aquellos inocentes volvieron al regazo de su madre; muy pocos de estos guerreros bravíos regresaron á sus desiertos. En las Navas de Tolosa (1212) quedaron casi todos sepultados. La Europa, pues, comprometió la causa del cristianismo, que era su propia causa, dejándose vencer por sus desaciertos mas bien que por las armas de los Mahometanos en el Ásia menor, en la Siria, en la Palestina y en el Egipto; franqueó á los turcos el camino de Constantinopla primera etapa para llegar á Roma, y si consiguió por medio de las cruzadas importantes y beneficiosos resultados para el renacimiento de su cultura moral y material, no fueron ciertamente estos los que fué á buscar con su inmortal y guerrera peregrinacion á la Tierra Santa. España, á pesar de sus desastres de Zalaca y Alarcos salvó la Europa del yugo mahometano con su victoria de las Navas. Si los Africanos hubiesen pasado victoriosos el puerto de Muradal ¿hubieran sido el Tajo, los Pirineos, el Ródano y los Alpes barreras capaces para detener al nuevo Alarico y sus seiscientos mil bárbaros Mauritanos que se sentian empujados hácia Roma?

No olvidemos que en 1453 los turcos, *al fin*, tomaron á Constantinopla y se establecieron en Europa donde todavía permanecen; y que en 1492 los españoles barrieron del suelo de esta misma Europa los restos del Islamismo. Y sin embargo, ningun historiador de las Cruzadas se ha dignado hacer un lugar á España en aquella maravillosa epopeya, que se dice libró á Europa de verse convertida en

provincia del vasto imperio fundado por Mahoma. Los que blasonan de mas benévolos con nosotros se limitan á decir, que los españoles no tomaron parte en ellas porque tenian harto que hacer en su propio territorio con resistir á la invasion de los moros; pero la crítica imparcial, la verdad histórica no pueden menos de confesar que en el estrecho de Gibraltar, no en el Bósforo de Tracia existia el verdadero peligro para la cristiandad; y que cuando los españoles vencieron, *solos*, en las Navas, los franceses, ingleses, italianos y alemanes, solo conservaban ya Tiro y Tolemaida en la Tierra Santa.

No queremos empequeñecer el renombre ni escatimar la gratitud que han merecido de la cristiandad Pedro el Ermitaño, Godofredo de Bouillon, Felipe Augusto, Ricardo *Corazon de Leon*, Federico Barbarroja y San Luis cuyos heróicos esfuerzos salvaron *por algun tiempo* á Europa de la invasion de los turcos; pero no cambiamos por aquella gloria la que se conquistaron Alfonso el *Batallador*, Alfonso Enriquez, Alfonso VIII, el arzobispo D. Rodrigo de Toledo, Jaime I y San Fernando que salvaron *para siempre* á Europa de la invasion de los africanos.

Terminada esta corta digresion que estimamos como preliminar indispensable para entrar con desembarazo en la nueva situacion que vamos á encontrar á Andalucía durante la época de transicion que medió entre la dominacion árabe y la restauracion cristiana, reanudaremos el hilo de su historia; que á partir de este momento se nos presenta con rasgos enteramente nuevos, sino mas interesantes,

originales y conmovedores que los que dejamos bosquejados en los tomos precedentes, al menos tan importantes, dado que en ellos comienza á dibujarse la fisonomía moral con que ha llegado hasta nuestros dias, y á acentuarse ese carácter original que ha distinguido siempre á esta magnífica region de las del resto de la Península.

A partir tambien, de esta época, que podemos considerar como la aurora del renacimiento de las letras hispano-latinas, y como la del nacimiento de la lengua vulgar, se hace menos penoso el trabajo del historiador, visto que comienzan á multiplicarse las crónicas españolas que en cada reinado aparecen escritas por un contemporáneo y muchas veces testigo ocular de los sucesos que refiere. Desgraciadamente no podemos decir lo mismo con respecto á los restos de la dominacion musulmana en Andalucia, pues comienzan á escasear las fuentes, ó al menos las que traducidas han llegado hasta nosotros. Verdad es, por otro lado, que este período de la dominacion musulmana no se distinguió por su cultura literaria, y que, además, su historia dejó de ser la privativa del país para convertirse en accesoria y seguir á remolque la cristiana. Así que tendremos que contentarnos con lo que acerca de él nos han dejado los autores traducidos por Conde y el historiador magrebino Ebn-Abd-el-Halim el Gharnaty (de Granada), á quienes seguiremos en todo lo perteneciente á los hechos de los moros que quedaron establecidos en Andalucía hasta su definitiva espulsion por S. Fernando y su hijo D. Alfonso X.

II.

Desde la batalla de Uclés hasta la conquista de Coria.

1108 á 1142.

Muerto en 1106, Yussuf ben-Taschfin, fundador de Marruecos, fué proclamado en la capital del nuevo imperio de Africa, su hijo Ali ben-Yussuf, apellidado Abu-l-Hasan, que fuera jurado sucesor de su padre, en Córdoba, en setiembre de 1103.

Desde el advenimiento de Ali al trono de los Morabitas hasta el año 1109, nada turbó la paz material entre cristianos y musulmanes, si se esceptuan las obligadas escaramuzas de los primeros en las fronteras de Andalucía. Pero en este último año, el nuevo emir de Africa queriendo continuar la empresa entablada por su padre en España, dispuso pasase á la Península al frente de un numeroso ejército de Lamtunes, su hermano Abu Taher Temin;

quien en cumplimiento de las órdenes que recibiera, marchó ejecutivamente sobre la ciudad é importante fortaleza de Uclés, (en la provincia de Cuenca) defendida por una fuerte guarnicion castellana.

Al rumor de tan recia acometida, el rey Alfonso VI, envió una formidable hueste en socorro de la plaza sitiada mas fué completamente derrotada por los Almoravides, pereciendo en la sangrienta refriega veinte mil cristianos, siete condes, que dieron este número por nombre á la batalla, y con ellos el príncipe Sancho, hijo de la hermosa Zaida y único varon que logró D. Alfonso VI de las seis esposas que tuvo, que en ella hizo sus primeras armas á la edad de once años. A tan lamentable derrota se siguió para los cristianos la pérdida de Uclés, Cuenca, Huete, Ocaña, Consuegra y otras poblaciones importantes, con cuyas ciudades y territorios se habian dilatado recientemente aquende el Tajo, las fronteras del reino de Leon.

La noticia de aquel funesto acontecimiento llenó de mortal congoja el corazon del esforzado conquistador de Toledo, que falleció de sus resultas en la noche del 30 de junio de 1109, dejando por sucesora de la corona de Castilla, á su única hija lejitima, Urraca, viuda, por fallecimiento en 1107 de Raimundo de Borgoña, á quien D. Alfonso diera con la mano de la infanta el condado de Galicia.

Turbulento hastá el esceso y calamitoso fué para Castilla el tristemente célebre reinado de D.ª Urraca, del cual, sin embargo, no nos ocuparemos

porque no ejerció influencia alguna en los destinos de Andalucía; bastando á los fines de nuestra historia anotar aquellos rasgos mas señalados para que no se interrumpa la ilacion de los sucesos.

Tuvo D.ª Urraca de su matrimonio con Raimundo de Borgoña, primo hermano de Enrique, de la misma ilustre casa, casado con Teresa, hija bastarda de D. Alfonso IV—dos hijos, Alfonso y Sancha. Muerto su primer esposo, trató su padre de que se enlazara con Alfonso de Aragon, hijo de Sancho Ramirez á fin de reunir asi las dos coronas. Quedó en proyecto este matrimonio, hasta que en octubre de 1109, reunidos los condes y magnates en el Castillo de Muñon, con propósito del bien del Estado, resolvieron casar «é auyentaron, dice el Anónimo de Sahagun escritor contemporáneo, á la dicha, D.ª Urraca con el rey de Aragon.» Matrimonio funesto que fué origen de los infortunios y grandes calamidades que afligieron desde luego el reino.

Entre tanto, criábase en Galicia bajo la tutela del conde de Trava, el príncipe Alfonso hijo de D.ª Urraca y de su primer esposo Raimundo, de cuyo nombre se servian los ambiciosos de todos los bandos, incluso sus tios D. Enrique y D.ª Teresa de Portugal, para mantener viva la sangrienta discordia que habia estallado entre los dos esposos D.ª Urraca de Castilla y D. Alfonso de Aragon, y echar combustible á la hoguera de la guerra civil que ardia en todos los estados del reino Castellano.

En medio de aquellos desórdenes y calamidades sin cuento, el Papa declaró nulo, por incestuoso, el

matrimonio de D.ª Urraca, sin que por eso llegasen á término los sangrientos disturbios de la monarquía Castellano-Leonesa; hasta que falleció en marzo de 1126, despues de un reinado el mas tempestuoso, aquella desdichada reina.

Muerta D.ª Urraca de Castilla, su hijo Alfonso Raimundez, rey nominal de Galicia que ejerciera mucha influencia en los asuntos del reino desde algunos años antes del fallecimiento de su madre, fué proclamado rey de Castilla y de Leon bajo el nombre de Alfonso VII, celebróse su coronacion con general aplauso y contentamiento por la nobleza y el pueblo castellano y leonés, que veian en el jóven monarca el iris de paz que anunciaba el término de la deshecha borrasca que habia puesto el reino á dos dedos de su ruina.

En tanto que tenian lugar en Castilla los memorables acontecimientos que dejamos brevemente apuntados, Andalucía atravesaba una dolorosa crisis, durante la cual renováronse para ella, hasta cierto punto, los calamitosos acontecimientos de la invasion de los Bárbaros, en los comienzos del siglo V de nuestra era. La sustitucion de sus príncipes indígenas de gloriosa memoria, con un monarca africano, que favorecido por las circunstancias habiase trocado de amigo y aliado en amo déspota é insolente, causó en el país una violenta y funesta revolucion. Aquella sábia y brillante cultura que tan célebre la hizo un siglo antes, retrocedia ruborizada ante la barbárie de la tríbus de la mauritania que se complacian en humillarla; aquella clara

inteligencia é ilustrada tolerancia de que tan relevantes pruebas diera en los buenos tiempos del Califato de Córdoba, se veian reemplazadas por la estúpida intolerancia y el supersticioso fanatismo de sus nuevo dominadores los Morabitas de Lamtuna. «El pais, dice un autor de nuestros dias, gemia bajo el sofocante régimen del clero y de la soldadesca; en lugar de las sábias y discretas discusiones de las academias, de las doctas disertaciones de los filósofos de la escuela hispano-musulmana y del canto armonioso de sus inspirados poetas, solo se oia la voz monótona de los sacerdotes en las mezquitas, y la grosera palabreria de los soldados que circulaban por las calles.

«Empero si la situacion de los andaluces era aflictiva, infinitamente mas lo era la de los cristianos que vivian entre ellos. Los Morabitas africanos estremaban su brutal fanatismo contra ellos, declamaban incesantemente contra lo que llamaban impía y criminal tolerancia que se habia tenido con los cristianos. Miraban las iglesias como monumento de oprobio para la Península y pedian un dia y otro que fueran destruidas todas hasta sus cimientos. No menos fanático y mojigato que los faquíes, el *Príncipe de los fieles* se hizo un deber de dar cumplimiento á los *fetfas* (declaraciones) de aquellos energúmenos. ¿Qué aconteció además? Es imposible saberlo; los escritores musulmanes nada dicen acerca de este particular, y en cuanto á los cristianos carecian de cronistas; pero es de presumir que los faquíes no se limitarian á pedir la des-

truccion de los templos católicos. El ódio que profesaban á los cristianos era demasiado violento para que dejasen de vejarlos y perseguirlos de todas maneras.

«Los cristianos sufrieron silenciosos y durante una larga série de años aquel doloroso martirio; hasta que al fin, colmada la medida del sufrimiento, suplicaron al rey de Aragon, que viniese á libertarlos del insoportable yugo que los agobiaba.»

Éralo, á la sazon, Alfonso el *Batallador*, de triste memoria para Castilla, á quien tantas lágrimas y sangre hizo verter durante los años de su funesto matrimonio con D.ª Urraca. Mal esposo, pero príncipe ilustre y guerrero hazañoso, Alfonso I no bien vió rotos los lazos que le unieran á la reina de Castilla, vinculó todos sus conatos en hacer una guerra de esterminio á los musulmanes de España. En alas de su valor y fortuna, ganóles Ejea, Tauste, Tudela y otras importantes poblaciones y fortalezas, hasta que en 1116 puso sitio á Zaragoza, cuya conquista preocupaba su animcso corazon; rindiéndola despues de cien combates venturosos que le valieron el dictado de *Batallador*, en el verano el año 1118.

Despues de la conquista de aquella memorable ciudad, paseó su victoriosa bandera por las riberas del Ebró, poniendo bajo el dominio de las armas aragonesas un gran número de poblaciones musulmanas, y por último Calatayud en 1128. Poco tiempo despues, en Cutanda, cerca de Daroca, derrotó en campal refriega una numerosa hueste Almora-

vide, que, al decir de los mismos historiadores musulmanes, dejó veinte mil hombres tendidos sobre el campo de batalla.

Conquistado el emirato de Zaragoza, el único cuya independencia habian respetado los príncipes Almoravides, Alfonso I el Batallador salvó los Pirineos y realizó una atrevida escursion en la Gascuña francesa (1122); de vuelta de la cual llevó sus armas victoriosas por el emirato de Valencia; y devastando la tierra y demoliendo fortalezas musulmanas, avanzó de la otra parte del Jucar, entre la vega de Denia y prosiguió victorioso por el emirato de Murcia hasta cerca de Almeria de donde regresó á su reino.

Este fué el ínclito y poderoso monarca á quien recurrieron los mozárabes andaluces, pidiéndole les libertase de las crueles persecuciones de los bárbaros y fanáticos Morabitas. Alfonso respondió á su llamamiento y marchó sobre Andalucía.

«La espedicion de Alfonso (Dozy, *Recherches*, t. 1.° p. 344 y siguientes) que fué el desquite ó reparacion de la que poco mas de un siglo antes verificára Almanzor contra Santiago de Compostela, ha sido narrada por dos cronistas cristianos, Orderico Vital, y el autor de una antigua crónica aragonesa, que se ha perdido, pero que tuvo á la vista Zurita. Conviene completar aquellas relaciones con las de dos historiadores arábigos, Ibn-al-Khatib, y el autor anónimo de un libro que tiene por título *al-Holal al-manchia*. La narracion de el *Holal*, ha sido traducida por Conde, y aunque esta traduccion no

está exenta de faltas, es, sin embargo, una de las mejores del académico español.

»Desgraciadamente todos los nombres de los pueblos y lugares teatros de los acontecimientos, están desfigurados hasta el punto de que es imposible reconocerlos; asi es que no me extraña que un sábio aleman haya manifestado el deseo de que la espedicion de Alfonso I el *Batallador* en Andalucía, fuese tratada como asunto especial á fin de fijar con exactitud la situacion de las localidades.

»Deseando satisfacer este deseo, voy á dar en este lugar una traduccion del relato de Ibn-al-Khatib, y del autor del libro *al-Holal al-manchia*, que he reunido en uno solo; cosa no difícil, puesto que uno y otro autor han copiado la narracion de Ibn-az-Zairafi de Granada, quien escribió hácia mediados del siglo XII, una historia de los Almoravides.»

La siguiente narracion, traducida por un crítico y sábio Orientalista tal como es Dozy, tiene además del mérito de la novedad y de ser obra de un historiador árabe contemporáneo, el de arrojar una brillante ráfaga de luz sobre uno de tantos puntos oscuros todavía, no solo de la historia de Andalucía, sino tambien de la situacion en que se encontraban los cristianos que vivian entre los musulmanes.

Dice, pues, el historiador arábigo, describiendo la

ESPEDICION DE ALFONSO EL BATALLADOR
A ANDALUCIA, EL AÑO 1125.

«Breve y sucinta relacion de lo que aconteció

en esta provincia entre los musulmanes y sus aliados cristianos.

«Dice el autor: Cuando el islamismo se estableció en esta noble provincia, y que el emir Abu-l-Khattar hubo domiciliado en ella las tribus árabes de la Siria, y señaládoles para su mantenimiento la tercera parte de los productos de las tierras de los cristianos, aquellas tribus se establecieron entre estos que quedaron en pacífica posesion de sus bienes y de sus pueblos bajo el gobierno de gefes de su religion. Estos gefes eran hombres experimentados, inteligentes y conciliadores que sabian cuanto debia pagar cada uno de sus correligionarios por su capitacion. El último lo fué un hombre que gozaba mucha celebridad y la consideracion de los gobernadores de la provincia: llamábase Ibn-al Callas (hijo de Calas.)

«Aquellos cristianos tenian una hermosa iglesia situada á dos tiros de ballesta de la ciudad, frente á la puerta de Elvira. Habiá sido mandada edificar por un noble principal de su religion á quien un príncipe habia dado el mando de un poderoso ejército de *Rum* (romanos), y era reputada como única en su clase por la belleza de su fábrica y de su ornamentacion. Pero el emir Yussuf ben-Taschfin, cediendo á las repetidas instancias de los faquíes, que habian dado una declaracion en este sentido, la mandó destruir. Ibn-az-Zairafí, dice lo siguiente acerca de este particular.—Los granadinos dieron comienzo á su demolicion un lunes, último dia de Djumada 2.ª, del año 492, (23 de mayo de 1099.)

Fué arrasada hasta los cimientos y cada cual se llevó un trozo de sus escombros ó alguno de los objetos que servian para el culto.—Hoy todavia subsiste un trozo de los muros de aquel templo, cuyo espesor revela la solidez que tuvo. En una parte del terreno que ocupó existe en la actualidad el conocido cementerio de Sahl-ibn-Malie. (Este fué un célebre predicador.)

«En el reinado de los Almoravides, cuando las armas del rey Ibn-Rademiro (Alfonso el Batallador hijo de Ramiro) el enemigo de Dios; triunfaban en todas partes.—El Eterno, como es sabido, destruyó mas tarde su poder en la batalla de Fraga —los cristianos de esta provincia concibieron la esperanza de vengarse de los musulmanes y erigirse en señores del pais. Al efecto se dirigieron á Ibn-Rademiro con repetidas cartas y mensajeros, rogándole que se aprestase para venir contra Granada: mas viendo que vacilaba en acometer la empresa, le enviaron una lista en la que estaban inscritos doce mil de sus mejores guerreros, sin que entre ellos se contase un solo anciano. Anunciáronle tambien que además de los hombres comprometidos contaban con otros muchos que vivian en lejanas tierras, pero que no faltarian en su puesto en cuanto el rey se presentase. Al mismo tiempo trataron de excitar su codicia ponderándole la escelencia de las cosas que abundaban en Granada y que hacen de este pais el mas hermoso del mundo. Describiéronle su magnifica Vega y la abundancia de sus trigos, cebadas, sedas, viñas, olivares y frutas de todas clases; sus

ricos manantiales y numerosos rios; sus recias fortalezas; el buen trato de la gente de campo y la urbanidad de los ciudadanos, en fin, la belleza de sus mujeres y la dignidad de sus nobles; y añadieron que conquistada por sus armas esta ciudad mil veces bendita, podria hacer de ella la base de sus operaciones para conquistar otras muchas; en suma, dijéronle que en las historias de la provincia se aseguraba que esta era la mejor de toda España. Pintáronle el cuadro con tan vivos colores que al fin movieron el ánimo del rey en la medida de su propio deseo.

»El rey reunió la flor de sus guerreros y se puso en campaña al frente de cuatro mil caballeros aragoneses seguidos de sus escuderos, gente toda briosa y lucida que habia jurado sobre los Evangelios auxiliarse los unos á los otros.

»El rey salió de Zaragoza en los primeros dias de Chavan del año 519 (principios de setiembre de 1125) ocultando el objeto de su espedicion. Acercóse á Valencia donde se encontraba una guarnicion Almoravide capitaneada por el Caid Abu-Mohammed ibn-Bedr ben-Warcá. Mientras combatia la ciudad reuniéronse muchos cristianos á su ejército para servirle de guias ó para indicarle lo que debia hacer en daño de los musulmanes y en provecho de su empresa. De Valencia pasó á Alcira que sitió inútilmente durante muchos dias. Despues marchó sobre Denia que combatió en la noche que terminó el ayuno, (31 de octubre) y recorrió todo el Este dia por dia y etapa por etapa, saqueando los distritos

por donde pasaba. Cruzó el desfiladero de Játiva, llegó sobre Murcia, despues á Vera, luego á Almanzora (no el rio, sino la ciudad que lleva este nombre) y por último hácia Purchena, permaneciendo ocho dias acampado en las márjenes del rio Ti:ola (rio que pasa entre Purchena y Seron.) De aquí se dirijió sobre Baza, ciudad situada en una llanura y mal fortificada de la que intentó apoderarse; pero Dios no le prestó su ayuda.

»El viernes, principios de Dhulcada (4 de diciembre) se puso sobre Guadix y atacó la ciudad por el lado del cementerio, hasta el lunes (7 de diciembre.) El martes (8) se retiró hácia el Zenete donde se puso en emboscada. El miércoles (9) levantó su campo, y lo puso en el villorro de Ghayena (hoy Graena) y combatió la ciudad de Guadix por el lado del Oeste. Trasladó su campo al villorro que tiene por nombre Alcázar y volvió á combtair la ciudad, mas sin conseguir el entrarla. Un mes permaneció en los alrededores de Guadix.

«El autor de un libro intitulado *al-anwar al-djalia*, se expresa en los siguientes términos.—En el entretanto habíase descubierto el complót fraguado por los cristianos de Granada y adquirido el convencimiento de que el rey habia sido llamado por ellos. El emir de España Abu-t-Tahir Temim ibn-Yussuf, que residia en Granada, quiso ponerlos presos á todos; mas tuvo que renunciar á su propósito. Los cristianos favore idos por las circunstancias se dirijieron por diferentes caminos al campo del rey, en tanto que las tropas musulmanas se reconcentra-

ban en Granada á las órdenes del Emir, cuyo hermano, el príncipe de los musulmanes, le enviaba desde África crecidos refuerzos. Asi es que los ejércitos formaban un círculo cuyo centro era Granada.

«Ibn-Rademiro levantó el cerco de Guadix y vino á acampar en el pueblecito de Dejma (hoy Diezma). El dia de la fiesta de los sacrificios (10 Dhu-l-hidja 7 de Enero de 1126), los granadinos armados como para entrar en batalla hicieron la oracion del temor (rezo ordinario, pero abreviado) y en la mañana del dia siguiente distinguieron las tiendas de los romanos (aragoneses) en an-Nibal, al este de la ciudad. Diéronse algunos combates parciales á poca distancia de Granada. El populacho abandonó la ciudad, y los ciudadanos se agolpaban en las calles.

«Ibn-Rademiro se aproximó á Granada al frente de cincuenta mil hombres. El dia de la fiesta del Sacrificio (7 de Enero), acampó en las orillas del Fardes; de aqui se trasladó á.... (el nombre está confuso en el manuscrito) y luego al villorro de an-Nibal, cerca de Granada, donde permaneció mas de diez dias. Como llovia sin cesar y la niebla envolvia los campos, no pudo destacar tropas por aquellos contornos; pero los cristianos abastecieron de víveres su ejército.

«Viendo que no podia tomar la ciudad, levantó el campo el 25 de Dhu-l-hidja del año 519 (22 de Enero de 1126), mostrándose muy enojado contra los que le habian llamado y sobre todo con su gefe Ibn-al-Callas; pero los cristianos se disculparon di-

ciendo que solo al rey debia atribuirse el mal éxito de la expedicion; pues con la lentitud de su marcha y sus frecuentes detenciones, habia dado lugar á que se reuniesen las tropas musulmanas; y añadieron que ellos lo habian sacrificado todo y quedaban expuestos á la venganza de los musulmanes.

«Desde Maracena el rey se trasladó á Pinos. Al dia siguiente llegó á as-Sicca, en el distrito de Cala-Yahzob (Alcalá la Real) despues á Luque, luego á Baena, Ecija, Cabra y Lucena, en tanto que las tropas musulmanas le seguian de cerca. Detúvose algunos dias en Cabra y luego se dirijió sobre Polei (hoy Aguilar) seguido siempre de las tropas musulmanas que de vez en cuando hostilizaban su retaguardia. Por último, ambas huestes se detuvieron en Arnisol cerca de Lucena. Al despuntar la aurora los musulmanes atacaron el campamento cristiano y le tomaron algunas tiendas. A la hora de medio dia, Ibn-Rademiro se armó, puso su ejército en batalla y formó con él cuatro divisiones cada una de las cuales tenia una bandera. Entonces los cristianos cargaron sobre los musulmanes, que estaban desprevenidos, merodeando ó encerrados en su campo y Dios permitio que estos sufriesen una completa y vergonzosa derrota. A la entrada de la noche el emir mandó trasladar su tienda desde una cañada en que se encontraba sobre una altura; este movimiento fué mal interpretado por los tímidos, comenzó el desconcierto, siguióse el desórden y por último cada uno buscó su salvacion en la fuga. El

enemigo se acercó al campo, lo entró á altas horas de la noche y lo saqueó. (La batalla de Arnisol tuvo lugar el dia 9 de Marzo de 1126).

«A seguida, Ibn-Rademiro, se dirigió hácia la costa; cruzó la provincia de Reya, y las Alpujarras cuyos habitantes no esperaban ciertamente aquella visita. Un Caid de aquel país asegura, que cuando el rey pasó por los profundos valles del rio Salobreña (rio de Motril) que corre entre peñas escarpadas, esclamó en su lengua, dirijiéndose á uno de sus principales capitanes—¡Oh qué gentil sepultura si alguno arrojase puñados de arena sobre nosotros!—Luego torció á la derecha y llegó á Velez, (Velez Málaga) cerca del mar. Allí mandó construir una barca y en ella entró en el mar, donde cojió algun pescado que comió. ¿Hizólo en cumplimiento de un voto, ó fué con el propósito de que en lo futuro se hablase de él? Lo ignoro. Despues rompió la marcha hácia Granada, y puso su campo en el pueblecillo de Dilar al Sur de la ciudad. Dos dias andados se trasladó al pueblo de Hemden (Alhendin) donde los musulmanes le combatieron encarnizadamente. Los granadinos tenian una profecía acerca de los sucesos que debian cumplirse un dia en aquel lugar. Esta llanura, dice Ibn-az-Zairafi se encontraba señalada en algunos libros de adivinacion con una letra que significa *de los huérfanos y de las viudas*, y aquel dia parece que la profecía debia tener cumplimiento. Pero Dios protejió á los Granadinos.

«Dos dias despues Ibn-Rademiro se trasladó á la

Vega, que llenó con sus tropas. Habiéndole los granadinos obligado á levantar el campo, fuese á ponerlo en las cercanías del manantial de....

«Pasando por Sierra Nevada llegó á Alicun y luego á Guadix. En estas marchas y contramarchas perdió algunos miles de sus mejores soldados. Además, la peste se habia declarado en su ejército.

»Por último regresó á su pais alabándose de haber derrotado á los musulmanes, recorrido su tierra de un estremo al otro y tomado en ella muchos prisioneros y un cuantioso botin. Sin embargo, no se habia apoderado de ningun pueblo fortificado grande ó pequeño; limitando su correría á destruir las casas de campo abandonadas por sus habitantes, en tanto que su ejército habia tenido pérdidas considerables sin haber combatido á penas. Ibn-Rademiro permaneció un año y tres meses en el territorio musulman.

»Cuando los musulmanes hubieron adquirido pruebas de la traicion de sus vecinos los cristianos llenáronse de inquietud y de coraje; y en tanto que tomaban las precauciones que dictaba la prudencia, el Cadi Abu-l-Walid ibn-Rochd (el abuelo del célebre Averroes) creyó hacer una obra meritoria dirigiéndose al Africa. Pasó, pues, á Marruecos, y manifestó al emir Alí ibn-Yussuf ibn-Taschfin la situacion de los negocios de España. Rifirióle las tribulaciones de los musulmanes á resultas del crimen cometido por los cristianos que habian llamado á los Rum, y dijo que aquellos cristianos ha-

bian perdido, en consecuencia el derecho á ser protegidos. Luego dió una declaracion por la cual, los culpables se habian hecho acreedores, cuando menos, á la pena de ser desterrados del país. Tomóse su consejo, y en este sentido se publicó un edicto del emir.

»En el mes de Ramadhan de este año (Setiembre—Octubre de 1128) muchos cristianos fueron embarcados para África, sufriendo mucho en el viaje á resultas de los temporales y de los malos caminos. Sin embargo, no pocos cristianos permanecieron en Granada bajo la proteccion de algunos príncipes, y su número volvió á crecer considerablemente. Pero en el año 559 (1164) se dió una batalla en la cual todos fueron pasados al filo de la espada. Hoy solo existe una reducida tropa de ellos, que vejeta en el desprecio y en la humillacion. ¡Dios quiera dar el triunfo definitivo á sus servidores!»

Tal fué la memorable y por demás arriesgada espedicion de Alfonso el *Batallador* á Andalucía; ruidoso acontecimiento no mencionado por ningun cronista cristiano, escepto Zurita, por mas que llene una de las páginas mas gloriosas de la historia de España. De la sucinta pero gráfica relacion que de ella nos han dejado los escritores musulmanes, se deduce lo mucho que habia cambiado, en el discurso de poco mas de un siglo, la situacion de las

dos razas que venian batallando sin tregua desde 718, por el triunfo de su respectiva fé religiosa, y por la definitiva posesion del suelo de la Península, cuando le fué posible á un príncipe cristiano penetrar en son de guerra y permanecer muchos meses recorriendo Andalucía, no ya como auxiliar de alguna de las parcialidades que con tanta frecuencia encendian la guerra civil en esta region, á la manera que lo fueron los reyes de Leon y los condes de Castilla, sino como conquistador bastante fuerte para luchar de poder á poder con la raza musulmana de España y de África.

Cierto es que de aquella temeraria y victoriosa empresa guerrera, el rey de Aragon no obtuvo fruto alguno material, y que de sus resultas se empeoró notablemente la situacion que los fanáticos Morabitas habian hecho á los Mozárabes; pero su efecto moral fué inmenso, puesto que abrió camino para las nuevas espediciones que el emperador Alfonso VII verificó en Andalucía, en los años de 1133 y 1138, y despertó, por primera vez desde la conquista musulmana, el deseo de emancipacion en el pecho de los cristianos andaluces, que hasta entonces habian vivido sumisos á los Califas y emires de raza árabe, y por último dejó establecida la superioridad de las armas de Castilla y Aragon sobre las de los vencedores de Zalaca.

Ocho años despues de aquel suceso, durante los cuales los cristianos de Toledo y los Almoravides dominadores de Andalucía se hostilizaron haciendo frecuentes correrias en sus respectivos territorios,

AlfonsoVII, victorioso en una campal refriega empeñada contra un numeroso cuerpo de ejército Africano, resolvió dar un nuevo impulso á la guerra atacando al enemigo en el mismo corazon de sus estados. Al efecto reunió en Toledo una escojida hueste, y puesto á su cabeza se dirigió á tierra de Andalucía, renovando la atrevida empresa que acometiera en 1125 su padrastro el rey *Batallador*.

Era el tiempo de la recoleccion, segun refiere la crónica de Alfonso VII, y los soldados de Castilla, en cumplimiento de las órdenes del rey entraron en la tierra de Andalucía, talando é incendiando los panes, viñas y olivares. Aterrados los Almoravides y los musulmanes andaluces huyeron, abandonando sus campos y los pueblos que no podian defender, para refugiarse en las plazas fuertes, en las sierras, en los montes y en las islas del mar. El ejército cristiano llegó sin encontrar resistencia hasta Sevilla, al pié de cuyos muros plantó sus tiendas. De aquí se dirigió sobre Jerez que entró por fuerza de armas, y luego adelantó sus avanzadas hasta las cercanias de Cádiz. Los estragos que por todas partes causaba la hueste cristiana saqueando pueblos, arrasando fortalezas, incendiando mezquitas y pasando al filo de la espada los faquies morabitas, aterraron de tal manera á los principes Andaluces, que enviaron en secreto un mensagero al emir Safad-Dola (hijo del antiguo soberano de Zaragoza Abd-el-Melek Amad-Dola, lanzado de sus estados por la espada del *Batallador*. (Safad-Dola, cansado del humillante protectorado del rey de Aragon, se habia re-

conocido vasallo del de Castilla (1132) recibiendo de de él, grandes mercedes y la honra de capitanear una division del ejército espedicionario de Andalucia) para suplicarle hablara al rey de los cristianos á fin de que los *librase de los Almoravides*, ofreciéndole, si lo hacia, reconocerse vasallos suyos y servirle como le servia el mismo Safad-Dola. Este despues de consultar al rey respondió al mensajero: «Anda y dí á mis hermanos los principes de Andalucia, que se apoderen de todas las plazas fuertes, hagan guerra á los Almoravides, y el rey de Leon y yo acudiremos en su socorro.» Sin embargo, Alfonso VII conseguido el objeto que se habia propuesto en su espedicion, no quiso esponerse á los azares contingentes á una larga permanencia en pais enemigo y regresó á sus estados arrastrando consigo un cuantioso botin (1133)

En el año siguiente (1134) los Almoravides obtuvieron un tremendo desquite de las repetidas humillaciones que les hicieran sufrir las armas cristianas. Alfonso I de Aragon, el infatigable *Batallador*, rey y soldado siempre victorioso, despues de haber paseado su triunfante bandera por las comarcas de Molina y Cuenca, y por las riberas del Ebro, del Cinca y del Segre plantó sus reales delante de la inespugnable fortaleza de Fraga, que resistió gallardamente todos los esfuerzos del ínclito aragonés.

Sin embargo, á punto estaba ya de rendirse la fortaleza, cuando llegó en su socorro el walí de Lérida, cuyas tropas se habian reforzado con diez mil Almoravides recien venidos de Africa. El *Batalla-*

dor á fuer de entendido capitan, levantó el sitio de la plaza y presentó la batalla al ejército auxiliar. Trabóse porfiada y sangrienta y en ella fué completamente derrotado el aragonés que huyó dejando el campo cubierto de cadáveres entre los cuales se contó el heróico Alfonso el *Batallador*.

«Así acabó el conquistador de Tudela, Zaragoza, Tarazona, Calatayud, Daroca, Mequinenza y de mil otras plazas y ciudades; el vencedor de cien batallas, la gloria de Aragon y el terror de los moros. D. Alfonso I de Aragon fué un rey cual convenia en aquellos tiempos, batallador, activo, incansable; jamás hizo alianza ni transijió con los infieles.»

Muerto D. Alfonso, las córtes reunidas en Monzon acordaron poner la corona en las sienes del monje Ramiro, hermano del *Batallador*, á quien los grandes y el pueblo llamaron por menosprecio el *Rey-Cogulla*. Mas el de Castilla que se creia con mas derecho á título de biznieto de Sancho el Mayor de Navarra, se dirigió con poderoso ejército sobre Zaragoza. Entró en la ciudad sin resistencia, en diciembre de 1134; y Ramiro el monje que se encontraba en ella se la cedió con una buena parte de sus Estados, reconociéndose vasallo del rey de Castilla por la que se habia reservado.

Satisfecho con el buen resultado de su espedicion, D. Alfonso VIII dejó en Zaragoza un cuerpo de tropas castellanas y regresó á Leon, donde muy luego se le presentó el rey de Navarra solicitando su alianza que obtuvo á condicion de hacerse vasallo suyo.

Es cosa muy digna de notarse, y que solo se comprende estudiando la constitucion política y el conjunto de leyes que rejian los dos pueblos que mas encarnizáda y directamente se disputaron en aquellos siglos el dominio total de la Península, el castellano y musulman, que en medio de las discordias intestinas, y guerras civiles y estranjeras que perturbaban sin cesar y con la misma intensidad así al uno como al otro, el primero se engrandecia y consolidaba á pesar de los disturbios interiores que atormentaban su existencia, y el segundo, en situacion igual y semejante, se empequeñecia y debilitaba en términos de anunciar su próximo é inevitable fin. El largo período de calamidades públicas que sucedió en Castilla y Leon al glorioso reinado de Alfonso VI, fué un doloroso paréntesis entre la conquista de Toledo sobre las orillas del Tajo en 1085, y la de Jaen y Andújar sobre las del Guadalquivir en 1151 y 1155. El período de anarquía que se inauguró en toda la España musulmana á la muerte del hijo segundo de Almanzor se convirtió muy luego en estado normal del pueblo musulman, y solo cesó cuando despues de haber devorado á la raza Árabe y á la raza Mauritana establecidas en Andalucía entregó la Alhambra de Granada á los Reyes Católicos. El Islamismo erijió en España un alcázar soberbio y deslumbrante que tenia por cimientos las arenas que sus arquitectos trajeron del desierto; es decir, el despotismo puro de sus reyes, la inmovilidad del pueblo, y el dogma de la fatalidad consagrado en

las pájinas del Corán. El cristianismo fundó en España un edificio severo y majestuoso estribado sobre la moral evangélica, el progreso y la libertad.

Esto considerado, no nos sorprende, que en la época que venimos historiando los poderosos califas de Córdoba hubiesen degenerado en gobernadores puestos por los emires de África, y que los reyes-caudillos cuya córte, cuyo pueblo y cuyo ejército cupieron un dia juntos todos en un pequeño valle de la montañosa Astúrias, llegado el año 1135, se hiciesen coronar en la iglesia de Santa Maria de Leon; *Emperadores de España.* Que quien, como Alfonso VII, habia hecho vasallos del trono de Castilla á los reyes de Aragon y Navarra, á los condes de Portugal y Estremadura, y recibiera ofrecimientos de vasallaje de los príncipes musulmanes andaluces, bien ganado tenia este título con que le recompensó la gratitud nacional.

Todavia resonaban en las orillas del Tajo y del Duero las aclamaciones con que fué celebrada la imperial coronacion, cuando Alfonso VII despues de haber zanjado dignamente ciertas diferencias ocurridas entre él, el rey de Navarra y el conde de Portugal, resolvió una segunda espedicion contra los Almoravides del Mediodia. Al efecto, reunió las milicias de algunas de las principales ciudades de Castilla y Leon, y con ellas penetró en Andalucía (1138) hasta poner sus reales á orillas del Guadalquivir. El recuerdo de la terrible invasion de 1135 en lugar de servir de aguijon á los musulmanes para que se aprestasen á la defensa de sus templos y

de sus hogares, los acobardó en términos que huyeron á refugiarse á los montes; dejando á la merced de las tropas castellanas las comarcas y pueblos de Andújar, Baeza, Ubeda y Jaen que sufrieron todos los horrores de aquella campaña. Un descalabro imprevisto que tuvieron las banderas de Estremadura, á orillas del Guadalquivir, y la proximidad de la mala estacion, obligaron al emperador á dar por terminada la campaña y á regresar á Toledo.

En Julio del año siguiente (1159) el conde de Portugal, Alfonso Enriquez, hijo de Enrique de Borgoña, no queriendo ser menos que los reyes de Castilla y Aragon en esto de acometer temerarias invasiones en territorio musulman, y alentado ademas por las discordias que habian estallado en Andalucía entre los Árabes y los Almoravides, y en África entre estos últimos y los Almohades, pasó el Tajo al frente de su ejército y entró á sangre y fuego las tierras de los sarracenos. Saliéronle al encuentro los walies y alcaides del Algarbe, y le presentaron la batalla en una llanura que se estiende al S. de Beja, al pié de la sierra, donde se asentaba el castillo de Ourique. El resultado fué fatal para los musulmanes, que huyeron derrotados dejando el campo cubierto de cadáveres. Los soldados portugueses ébrios de gozo con tan señalado triunfo, proclamaron rey sobre el campo de batalla al bizarro caudillo que los habian conducido á la victoria. La batalla de Ourique verificada el dia 25 de Julio de 1159, fué el memorable cimiento de la mo-

narquía portuguesa. Alfonso Enriquez alcanzó por el camino de la gloria lo que su padre, el borgoñon, intentó en vano por el de la perfidia.

Entre tanto continuaba como de costumbre la guerra de fronteras entre los Cristianos de Castilla y los Musulmanes de Andalucía; hasta que en el año 1142 el emperador D. Alfonso dispuso una espedicion formal contra la antigua y fuertísima ciudad de Coria (en la provincia de Cáceres) que rindió despues de un sitio largo y sangriento.

III.

Invasion de los Almohades en Andalucía. Guerra civil entre Árabes, Almoravides y Almohades. Espulsion de los Almoravides.

1142—1161.

Basta la breve y compendiosa narracion que dejamos hecha de los sucesos de mas bulto que tuvieron lugar en Andalucía durante la primera mitad del siglo XII, para tener una idea bastante apróximada de la calamitosa situacion en que se encontró este país durante los años que contaba de verse convertido en provincia de África. Empero mucho se equivocaria quien atribuyese solo á las armas cristianas los males sin cuento que cayeron sobre él. Por muchos que estos fuesen, aun mas numerosos fueron los que le causó la insufrible dominacion de los Almoravides. Los primeros eran, indudablemente, de una naturaleza feroz y vandálica; pero los atenuaba y servia de alivio la *costumbre* y las *represalias*; y eran, ademas, una consecuencia

precisa, que nadie podia desconocer, del duelo á muerte empeñado entre las dos razas instintivamente enemigas, verdaderamente irreconciliables; en tanto que los segundos herian mas á lo vivo el sentimiento de los pueblos de Andalucía y causaban mas desastrosos efectos en el órden moral, por cuanto que procedian de unos correligionarios que en los instantes de una crísis suprema fueron llamados para conservar y no para destruir: cosa la primera que no hicieron, mientras que la segunda la llenaron superabundantemente.

En efecto; los Almoravides no solo destruyeron todos los príncipes andaluces apoderándose de sus Estados, á despecho de la palabra empeñada, sinó que aniquilaron moral y materialmente aquella egrejia aristocracia de orígen árabe, que supo captarse el respeto y la admiracion del mundo por su ciencia, por sus virtudes y por su valor. Dicho se está, que con ella desaparecieron todos los rasgos. todas las manifestaciones características de aquella civilizacion que tan alto nivel alcanzó; en los siglos IV y V de la Hejira, en Andalucía, y que á partir de aquel dia, la ciencia fué un sambenito, y la filosofía, sobre todo la especulativa, un crímen perseguido, de muerte allí mismo donde medio siglo antes tenia fundada una escuela rival de las mas afamadas de Oriente. Aquel fué uno de tantos episodios de la implacable guerra entablada en todos los tiempos entre la civilizacion y la barbárie; episodio tanto mas cruel cuanto que en él tomaron parte los ódios de sectas nacidas en el seno de una mis-

ma religion. Los andaluces eran, como es sabido, Schiitas, y los africanos Sunnitas; los primeros eran motejados de tibios muslimes, sus filósofos acusados de racionalistas y muchos de sus príncipes fueron anatematizados por impíos; los segundos se encontraban en el primer hervor de un fanatismo grosero y supersticioso, y en tal virtud pasaban el arado lo mismo sobre las iglesias cristianas que sobre las academias de los sábios andaluces, y quemaban en una misma hoguera el libro de los Evangelios y los libros de la biblioteca del palacio de Merwan.

La situacion, pues, se habia hecho intolerable para la nobleza andaluza que se sentía arrastrada violentamente hácia su total extincion, y para el pueblo víctima de «la insolencia de los almoravides que hacian todo género de agravio á los naturales y vecinos de las ciudades,» (Conde T. 2.° C. 24) pues no solo les robaban sus bienes y estragaban sus jardines, sino que entraban en sus casas y les forzaban sus hijas y mujeres.» Así que la indignacion llegó á tal estremo, que viéndose desahuciados por el rey de Castilla, Alfonso VII, de quien se ofrecieron vasallos en 1133, por conducto de Safad Dola, á condicion que los libertarse del yugo de los Almoravides, resolvieron apelar á las armas, como última razon de su derecho contra sus tiranos.

Las circunstancias eran las mas favorables para la rebelion que proyectaban los andaluces; dado que la guerra civil que ardía entre Almoravides y Almohades desde algunos años, estaba en vísperas de resolverse por el triunfo definitivo de estos últi-

mos; lo cual obligaba á los primeros á desatender la defensa de una de sus provincias, por acudir á la de su imperio de Africa amenazado de una próxima destruccion.

El emir Taschfin,—hijo de Ali ben-Yussuf, emperador de Marruecos—que habia reemplazado en el gobierno de España, á su tio Abu Taher Temir, muerto en Granada en 1126, encontrándose en 1143 en la ciudad de Cuenca, donde acababa de sofocar una insurreccion de su vecindario contra los Almoravides, recibió cartas de su padre en las que le apremiaba para que pasase á Africa para darle el mando y direccion de la guerra, contra los victoriosos Almohades. Apresúrose el príncipe á cumplir las órdenes del Emperador, y pasó á Africa llevándose la flor de la la caballería Almoravide, y cuatro mil ginetes escogidos de Andalucía, con lo cual el fuego de la sublevacion lanzó sus primeros resplandores, alentados los descontentos con la falta de fuerzas en que quedaron los generales Morabitas para combatirlos.

Así fué que en principios del año 1144, estalló en el Algarbe una sublevacion acaudillada por Ahmed ben-Kosai, Mohammed ben-Omar y Mohammed Sid Ray, hombres nobles y principales, que puestos al frente de numerosas bandas de insurrectos, se apoderaron denodadamente de las fortalezas de Mertula (hoy Mertola en la provincia de Alem-tejo) de Merdjek y de la ciudad de Beja (tambien en el Alem-tejo) defendidas por los Almoravides. Animados con aquellas victorias, y viendo el

eco que encontraba en el país su grito de guerra contra los Mauritanos, pasaron el Guadiana y fueron á poner sitio á Huelva, de cuya importante ciudad se apoderaron sin tener que vencer mucha resistencia; despues de Huelva tomaron á Libla por asalto, tras muchos dias de rigoroso sitio.

Habiendo dejado guarnicion en estas plazas, se dirigieron, engrosando sus filas con numerosos parciales durante la marcha, hácia la comarca de Sevilla, donde ocuparon Hisn Alcazar y Talyata, y por último entraron en el barrio de Triana donde se fortificaron. La noticia de aquella formidable sublevacion llegó á Córdoba donde se encontraba Abu Zakarya ben-Ganya, mayor general de las tropas Almoravides, quien reuniendo aceleradamente un numeroso cuerpo de ejército, marchó sobre Sevilla para combatir á los sublevados. Estos no estimaron prudente aguardar en Triana las aguerridas tropas de ben-Ganya, y se retiraron á marchas forzadas allende el Guadiana. El general Almoravide los persiguió hasta el waliato de Huelva, donde se detuvo con propósito de recobrar la fortaleza de Libla.

Tres meses llevaba ben-Ganya asediando la plaza sublevada, cuando se vió obligado á levantar el cerco por noticias que le llegaron de haberse pronunciado contra los Almoravides Córdoba y Valencia. En su consecuencia se puso en marcha hácia la primera ciudad. Mas antes de llegar á ella, recibió nuevas comunicaciones anunciándole que Murcia y Almería tambien se habian sublevado, y que el vecindario de Málaga habia batido á los Al-

moravides, obligándoles á evacuar la poblacion y á encerrarse con el gobernador en la Alcazaba, donde los tenian estrechamente sitiados. Estas malas nuevas y otras semejantes que le llegaban de distintos puntos, le hicieron temer que la España entera quedase muy luego perdida para los Almoravides; en cuya virtud envió una órden al wali de Sevilla, para que dispusiese inmediatamente el embarque de los Almoravides que daban guarnicion á esta ciudad, y se trasladase con ellos á Mallorca, único punto de España donde se conceptuaba seguro.

Sus órdenes fueron cumplidas. El mismo dia en que salieron de Sevilla las tropas y los buques Almoravides se sublevó la ciudad, y muy poco despues los distritos de Jerez, Arcos y Sidonia.

El fuego de la insurreccion no tardó en comunicarse á Granada, cuyo vecindario atacó con tan desesperado empuje á los Almoravides, que estos se vieron obligados á encerrarse y atrincherarse en la Alcazaba, donde se vieron estrechamente sitiados por el victorioso pueblo granadino.

Aquel mismo año de 1144, falleció en Marruecos el emperador Ali ben-Yussuf, habiendo reinado cuarenta y nueve años y medio. Sucedióle en el vacilante trono de los Almoravides su hijo Taschfyn, que fué inmediatamente reconocido y proclamado *Emir de los Musulmanes*, así en África como en España. En los comienzos de su reinado el nuevo Emperador de Marruecos obtuvo algunas señaladas ventajas sobre los bárbaros Almohades; pero á los dos años fué vencido por ellos y murió de una ma-

nera desastrosa, á fines de 1145, dejando por sucesor de su desmoronado imperio, á su hijo Abu Ishac Ybrahim.

Entre tanto continuaba la guerra civil en Andalucía entre Árabes y Almoravides, con fortuna varia para los beligerantes, en los emiratos de Córdoba, Sevilla, Granada y Málaga; pero decididamente favorable para los sublevados en el Algarbe, donde su caudillo Ahmed ben-Kosai, dominaba casi todo el país desde la fortaleza de Mertula. Noticioso aquel infatigable iniciador de la insurreccion, de la muerte del Emir Taschfyn y de la prosperidad que acompañaba en África las armas Almohades, envió mensajeros á su príncipe Abd-el-Mumen, proponiéndole una alianza contra sus enemigos comunes los Almoravides, y ofreciéndole reconocer su autoridad en Andalucía. Aceptó Abd-el-Mumen el ofrecimiento, y en su virtud nombró á ben-Kosai wali del Algarbe. Estos tratos disgustaron á muchos caudillos sublevados, y fueron motivo de profundas desavenencias entre ellos, que dieron por resultado la destitucion de ben-Kosai y su reemplazo con Mohammed Sid Ray.

Sin embargo, hubieron de producir sus naturales y amarguísimos frutos en daño de Andalucía; pues en el año siguiente, terminada la conquista del Magreb con la toma de Fez, Aghmat, Sale, Mequineza y otras ciudades y plazas importantes, el príncipe de los Almohades, Abd-el-Mumen, dispuso, en cumplimiento de lo pactado con ben-Kosai, que su general Abu Amran ben-Said, pasase desde

Ceuta y Tánjer á España al frente de un respetable cuerpo de ejército.

A mediados de abril del año 1146, verificóse el primer desembarco de los Almohades en las playas de Algeciras. Tomada esta ciudad despues de una corta resistencia que opusieron los almoravides que la guarnecian, los vencedores marcharon sobre Gibraltar que rindieron igualmente. De aquí se dirigieron á marchas forzadas sobre Jerez ante cuyos muros pusieron sus tiendas dispuestos á sitiar la plaza; lo cual no tuvo lugar, por haberla evacuado los Almoravides, y entregádose á discrecion su vecindario. Abu Amran trató con mucha consideracion á los jerezanos y permaneció entre ellos hasta el mes de Diciembre, en cuya época, habiendo recibido refuerzos de sus auxiliares los sublevados del Algarbe, marchó sobre Sevilla. Tampoco tuvieron necesidad de recurrir á las armas los Almohades para entrar en esta ciudad; pues sus habitantes les abrieron las puertas recibiéndolos como á libertadores, y los Almoravides, temerosos de las manifestaciones del ódio popular, y de la saña de los vencedores, huyeron á refugiarse en Carmona. En la mañana del dia siguiente al de la entrada de Abu-Amran hízose la oracion pública en todas las mezquitas de Sevilla por Abd-el-Mumen, Emir de los fieles.

Creemos llegado el momento oportuno de dar á conocer el origen de estos bravíos dominadores de Andalucía; *nuevos Bárbaros* que procedentes de los desiertos y vertientes del Atlas entraron en ella á mediados del siglo XII como manadas de lobos hambrientos para devorar el cadáver putrefacto del que fué magnífico Califato de Occidente; de la misma manera que en el V. los Bárbaros salidos de las regiones setentrionales de Europa, Vándalos, Suevos, Alanos y Godos llegaron á la Bética donde saciaron su voracidad con los despojos corrompidos del cadáver del imperio de los Césares de Roma.

Tomamos por guias en esta narracion á Conde y á la traduccion que del escelente *Karlasch menor*, de Ebn-Abd-el-Halim de Granada, en la parte relativa á los Mowabhidynes y Beni-Merinyes, ha publicado Cárlos Romey en su Historia general de España.

Por los años 500 de la Hejira (1107) salió de Herga, pueblo de su naturaleza, en el Sus Aksah, un hombre llamado Abu-Abdalla, y pasó á Andalucía para estudiar ciencias en Córdoba. De aqui se trasladó á Oriente, y en Bagdad asistió á las lecciones del gran filósofo Abu-Hamid Al-Ghazaly, autor de un libro intitulado: *Hyyau ulawmi Eddyni*—libro que por contener doctrinas contrarias á las opiniones ortodoxas, fué condenado por la Academia de Córdoba y declarado, así como su autor, herético é impío: el Emir de los Musulmanes Ali ben-Yussuf, dió en vista de esta declaracion, un decreto mandando recojer todas las copias de él que pudiesen

encontrarse en África y España y quemarlas públicamente. Creemos escusado hacer notar, que aquel *auto de fé,* hecho con una obra en que se trataba DEL RENACIMIENTO DE LAS CIENCIAS Y DE LA LEY, y aquella persecucion decretada contra aquel filósofo *racionalista*, no tuvo lugar en España y África durante la dominacion Árabe, sino durante la de príncipes Mauritanos.

Cuenta el autor del *Salat,* que el filósofo Al-Ghazali, viendo un dia entre sus oyentes á un hombre vestido con un traje raro, entabló con él el siguien- diálogo: ¿de qué país sois?—De Sus el-Aksah, en tierras de Occidente—¿Habeis estado en Córdoba, la escuela *mas afamada del mundo?*—Sí.—¿Conoceis mi libro que trata del *Renacimiento de las ciencias y de la ley?*—Lo conozco.—¿Y qué se dice de él en Córdoba?—Vuestro libro ha sido condenado al fuego por la Academia de Córdoba como impío y contrario á la fé pura del Islam. Ali ha confirmado la sentencia, y han sido quemados los ejemplares en Córdoba, en Marruecos y en Fez. Al-Ghazaly se inmutó, y con los brazos levantados al cielo hizo la siguiente plegaria: «¡Oh Dios; aniquila el imperio y destruye los estados de este hombre, así como él ha destrozado mis libros!» Abu-Abdallah que era el estrangero con quien conversaba el filósofo, esclamó:—Y que sea yo, oh ilustre iman, el ejecutor de vuestros votos.—Así sea, prorumpió Al-Ghazali; Señor, cúmplase mi deseo por manos de este hombre.

Desde aquel momento, Abu-Abdallah, creyén-

dose el ejecutor de los decretos divinos, emprendió la ímproba tarea de destruir el imperio Almoravide. Regresó á su patria en África y comenzó á predicar con fervoroso celo, de ciudad en ciudad, la doctrina del filósofo Al-Ghazali, tronando contra la relajacion de las costumbres de los musulmanes y dando ejemplo con la austeridad de las suyas. No tardó en reunir algunos prosélitos, y se dió á sí mismo el nombre de El-Mahedy (el conductor). Empero sus predicaciones le valieron una persecucion que le obligó á huir. En su peregrinacion apostólica, encontró en una aldehuela cercana á Budjica un jóven de noble raza y arrogante figura llamado Abd-el-Mumen, hijo de Alí, y le hizo su compañero, anunciando que con el tiempo vendria á ser su sucesor.

De allí se dirigió á Marruecos, residencia del emir de los musulmanes, Aly ben-Yussuf, donde la desmoralizacion y corrupcion de las costumbres enardeció su fé y puso á prueba su celo religioso. Hallándose en una ocasion en la mezquita Aljama en presencia del *Emir*, le dirigió estas palabras: «Pon remedio á los abusos de tu gobierno y á los males de tu pueblo, porque Dios te pedirá cuenta del poder que te ha confiado.» En otra ocasion cometió un grave desacato con una hermana del emperador á quien encontró al paso á caballo acompañada de sus esclavas, todas jóvenes que dejaban sus rostros descubiertos, contraviniendo el expreso mandamiento del Corán.

Este celo imprudente concitó en su daño, el

de los doctores de Marruecos, que obtuvieron una órden de destierro contra él. No se alejó mucho de la capital el nuevo Profeta, puesto que puso su tienda en medio de los sepulcros del cementerio (al-Djebanat). Allí se le reunieron sus discípulos, y mucha parte del pueblo que acudia á oir su palabra.

El-Mahedy que acusaba á los Morabitas de hereges é impíos porque suponian á Dios forma corporal, predicaba una doctrina que se encerraba en la fórmula sencillísima de la unidad de Dios, por lo que apellidó á sus discípulos *Almohades* (esto es *Unitarios*) y les compuso, en lengua berebere, un libro con su doctrina arreglada por divisiones y subdivisiones al estilo del Corán. Estas predicaciones llegaron á inquietar sériamente al soberano, quien mandó prender al peligroso ajitador; mas avisado del peligro que le amenazaba, huyó arrebatadamente y seguido de buen número de prosélitos hácia la ciudad de Aghmat; y cruzando las asperezas del Atlas, entró por el pais de Sus, y las tribus de la alcurnia de Masmuda, hasta llegar á la ciudad de Tinmal (1120.)

Allí se hizo reconocer por sus discípulos como Iman, conductor del pueblo de Dios, y soberano fundador de un nuevo imperio. Aclamáronlo así los habitantes de Tinmal y de los aduares inmediatos; y reuniendo un ejército de 10.000 caballos y mayor número de infantes, se encaminó con él hácia Aghmat, en ocasion que el emir, Alí, volvia de España á Marruecos (1121.)

Las alarmantes proporciones que habia tomado aquella insurreccion, obligaron al walí de Sus á marchar contra los rebeldes, á quienes, sin embargo, no se atrevió á combatir. Noticioso de tales sucesos, el emir Ali, envió un considerable cuerpo de ejército al mando de su hermano Ibrahim para sosegar el país de Sus; pero el caudillo Almoravide fué derrotado dos veces por los soldados del Mahedy. No mas estuvo afortunado un nuevo y mas formidable ejército enviado contra los Almohades. Estos le esperaron atrincherados en las alturas de las sierras del Atlas, y lo derrotaron completamente como á los anteriores.

Durante los tres primeros años que sucedieron á estos señalados triunfos, el Profeta solo se ocupó en allegar los grandes medios que conceptuaba necesarios para llevar á cabo la colosal empresa que meditaba contra la misma capital del imperio Almoravide. Reunidos que los hubo, envió una hueste de hasta cuarenta mil hombres, los más procedentes de las feroces kábilas del Atlas, al mando de los caudillos Abu-Mohammed el Wenscherijschy y su favorito Abd-el-Mumen, contra Marruecos. Tras una victoria ganada en abierta campaña, los Almohades pusieron sitio á la plaza; empero mas diestros en la pelea que en expugnar baluartes, se dejaron sorprender una noche en su campamento por las tropas de Lamtuna, y fueron casi todos pasados á cuchillo (1125.) Cuando llegó á Tinmal la noticia de aquel desastre, el Mahedy, que se habia quedado alli enfermo preguntó si se habia salvado Abd-

el-Mumen; y como le contestasen que sí, exclamó· «Que yazcan allí los difuntos, puesto que les llegó la hora, pero con Abd-el Mumen se ha salvado nuestra causa.»

Poco tiempo despues agravóse la enfermedad del Profeta, quien sintiendo su fin próximo, congregó los principales de sus sectarios, y en presencia de la asamblea proclamó á Abd-el-Mumen, *Emir el-Alumenin* (príncipe de los fieles) le entregó el libro de la fé que él habia recibido de manos del mismo Al-Ghazaly, y falleció cuatro dias despues (Diciembre de 1129.)

Las campañas del valeroso sucesor del Mahedy, contra los Almoravides, fueron desde luego tan venturosas, que en no mas de tres años encerró en los mas reducidos límites el vasto imperio de los Morabitas de Africa; habiéndose él hecho dueño de todo el país comprendido entre las montañas de Darah y Salé. Aterrado el emperador Alí, con la incontrastable supremacía que habian adquirido las armas y doctrinas de los *Unitarios*, apeló al supremo recurso de confiar á otras manos la direccion de los negocios del Estado; y al efecto, asoció al imperio á su hijo Taschfin, que se habia granjeado reputacion de caudillo afortunado y valiente en la guerra de España. Pasó, pues, Taschfin á Africa, donde todo su talento militar no fué bastante á contener la marcha victoriosa del invencible Abd-el Mumen.

Muerto desastrosamente Taschfin, y perdidas para el imperio Almoravide las importantes plazas de Tremecen y Oran, las pocas ciudades de Africa

que aun reconocian la soberanía de los sucesores del gran Yussuf, proclamaron á Ibrahim Abu-Ishak hijo de Taschfin. Poco tiempo le duró al nuevo Emir el ruinoso imperio que le legaron su padre y abuelo. El infatigable y victorioso Abd-el Mumen envió sobre Fez sus mas afamados caudillos y mejores tropas para poner sitio á la ciudad. Como este se dilatara mas de lo que consentia la mpaciencia del príncipe de los Almohades, pasó este á dirigir en persona las operaciones del cerco. Dióse tan buenas trazas que merced á una atrevida estratajema, cual fué desviar el curso de un rio para lanzar sus aguas contra las murallas de la plaza, logró hacerse dueño de ella. Tomada Fez, Abd-el-Mumen se hizo proclamar emperador de los Almohades, y coronó, por último, su gigantesca empresa, rindiendo todas las ciudades y plazas del Magreb, hasta solo dejar al desdichado Ibrahim Abu-Yshak, reducido á las murallas de Marruecos, donde se encerraban su corte y las reliquias de su imperio.

Por este tiempo fué cuando toda Andalucía levantada en armas contra sus insolentes dominadores los Almoravides, reclamó el auxilio de los Almohades, que Abd-el-Mumen se apresuró á prestarle, enviando á su caudillo Abu-Amran para tomar posesion en su nombre de este hermoso país que consideraba como suyo, puesto que formaba parte del imperio africano.

En tanto que el blanco pendon Almohade, ondeaba sobre los muros de Aljeciras, Medina-Sidonia y Jerez y que se acercaba á Sevilla, bén-Ganya, el mayor general de los ejércitos Almoravides en España, habia celebrado un tratado de amistad y alianza con el emperador de Castilla en virtud del cual Alfonso VII entró con poderosa hueste en Andalucia. Despues de apoderarse de Andújar, Baeza y otras plazas importantes, los cristianos se reunieron al ejército Almoravide que estaba sitiando á Córdoba, sublevada en favor delos Almohades, que al fin tuvo que capitular no pudiendo resistir á tan considerable número de sitiadores.

Pocos dias permanecieron los aliados en la antigua corte de los Califas, pues noticiosos de que Abu-Amrán habia salido de Sevilla dispuesto á tomar á Córdoba, convinieron el emperador Alfonso VII y el general ben-Ganya en que no pudiendo mantenerse en la plaza debian retirarse á sus respectivas tierras para reunir el mayor número de tropas posible contra los nuevos invasores.

La situacion de la raza musulmana en España, y particularmente en Andalucía donde Árabes, Almoravides y Almohades batallaban sin tregua mas bien por esterminarse los unos á los otros que por asegurar su dominacion en el país, era tan comprometida é insostenible en aquella época que brindaba con fáciles triunfos á las armas cristianas. Asi debió comprenderlo Alfonso VII, cuando en el año siguiente acometió una de las empresas mas gloriosas de su reinado, cual fué la conquista de Alme-

ría; ciudad musulmana la mas opulenta en la costa del Mediterráneo y puerto de donde salian multitud de buques corsarios que inquietaban todas las ciudades del litoral de Cataluña é Italia y causaban perjuicios incalculables al comercio marítimo. Como la empresa era de sumo interés no solo para la España cristiana, sinó que tambien para los puertos de Italia, fácil fué á D. Alfonso obtener auxilios de los condes de Barcelona, Provenza, de los Estados de Génova y Pisa y aun de los Pontificios, con los cuales y con las fuerzas de toda la cristiandad de España, cercó por mar y tierra á Almería, que al fin se rindió en 17 de Octubre de 1147.

En el año siguiente, 1148, la bandera Almohade obtuvo dos señaladas victorias que decidieron su completo triunfo en África y la supremacía de sus armas en España contra los Almoravides. Abd-el Mumen conquistó la ciudad de Marruecos, donde perecieron mas de cien mil persónas á los rigores del hambre, y su general Abu-Amrán entró en Córdoba que los Almoravides le rindieron á instancia del vecindario.

Poco tiempo despues, el mayor-general ben-Ganya, convencido de que no podia sostener la campaña contra los Almohades con sus solas fuerzas, reclamó de nuevo el auxilio del emperador de Castillà, quien le envió un brillante cuerpo de caballería al mando del conde Manrique de Lara. Con este refuerzo pudo mantenerse ben-Ganya en tierras de Jaen peleando con fortuna varia, hasta que noticioso que los Almohades habian pe-

netrado en la vega de Granada, salióles al encuentro resuelto á aventurar el éxito de la guerra al trance de una batalla. El resultado le fué fatal; su hueste fué completamente destrozada y él quedó en el campo cubierto de heridas, de las que falleció á los pocos dias. Lloráronle sus amigos como al *último Almoravide.* Con la muerte de este bizarro caudillo acabó de eclipsarse la estrella de los Morabitas en Andalucía.

Resuelto Abd-el-Mumen á terminar de una vez la conquista de España, cuya posesion le disputaban de un lado los exiguos restos de la parcialidad Almoravide y del otro las potentes armas del rey de Castilla, dispuso, en 1151, abrir una campaña formal y decisiva, para lo cual envió un numeroso ejército Almohade al mando de su hijo Cid Abu-Said y del caudillo Abu-Hafs, que debian dar comienzo á sus operaciones con la reconquista de Almería. Con arreglo á estas instrucciones los generales de Abd-el-Mumen cercaron estrechamente por mar y tierra aquella importante plaza que los cristianos defendieron gallardamente durante seis años. En tanto que seguian las operaciones del sitio de Almería, un cuerpo de ejército de Almohades tomó por asalto, despues de una desesperada resistencia de su guarnicion, la ciudad y fortaleza de Libla (Niebla) y otro no menos afortunado recorrió las tierras de Granada, batió á los Almoravides en varios encuentros, y finalmente entró en la ciudad que se le rindió por capitulacion. Mas al poco tiempo, aprovechando la ausencia de la mayor parte de la guar-

nicion que habia salido á una empresa militar, los granadinos se sublevaron y dieron muerte al gobernador y soldados Almohades que habian quedado en la plaza.

Entre tanto las armas de Castilla no permanecieron ociosas, si bien no guerrearon con la actividad que lo favorable de las circunstancias se lo aconsejaba. Limitáronse, pues, á dos espediciones que hizo el emperador en persona, en Andalucía la una en 1151 donde tomó y saqueó á Jaen, regresando á Toledo sin haber intentado nada contra Córdoba, que guarnecian los Almohades, y la otra en 1155, en que se apoderó de Pedroche, Andújar y Santa Eufemia, que abandonó despues de haber tomado en estas ciudades cuantiosa presa.

A principios del año 1157, rindióse Almería á las armas Almohades, bajo la condicion de respetar la vida á los cristianos que la defendieran tan heróicamente. A la sazon desembarcó un nuevo ejército mauritano acaudillado por otro hijo de Abd-el-Mumen, llamado Cid Yussuf, cuyas fuerzas incorporadas con las de su hermano Cid Abu-Said, el reconquistador de Almería, marcharon sobre Granada, que despues de recios combates tomaron por asalto. Perdida esta ciudad, último baluarte de los Almoravides en Andalucía, retiránrose hácia la costa, y en ella se embarcaron rumbo á Mallorca los pocos parciales é indivíduos de la famila del valiente ben-Ganya. el último Almoravide.

Así terminó á los 71 años, á contar desde la batalla de Zalaca, la dominacion de los Morabitas de

Lamtuna en Andalucía. Venciòla mas que otra cosa alguna el ódio del país, que concitaron contra sí con su insolencia y desenfado militar y con la feroz intolerancia que desplegaron contra los cristianos y contra sus propios correligionarios, los Árabes, cuyos libros quemaron, cuyos filósofos persiguieron y cuyas academias religiosas, científicas y literarias cerraron ó convirtieron en cuadras para sus caballos. Sustituyóla la de los Almohades, Africanos de raza pura, que hicieron del orígen Árabe un título de proscripcion.

A partir de este dia, la poblacion musulmana de Andalucía se compuso de Moros africanos... Dicho se está con esto que se acerca con asombrosa rapidez la hora de la emancipacion de este hermoso suelo de todo yugo extranjero.

Sin embargo; todavia le queda que atravesar el mar de sangre de Alarcos, para vengar de una vez y para siempre en las Navas de Tolosa ciento veintiseis años que vivió afrentado, escarnecido y flajelado por las feroces tríbus procedentes de los desiertos de Sus y de las faldas del Atlas.

El mismo año del definitivo triunfo de los *Unitarios* sobre los *Morabitas* de Lamtuna, falleció, el dia 21 de agosto, á resultas de una enfermedad aguda, el emperador Alfonso VII de Castilla y Leon. Fué su lecho mortuorio una encina nacida en un sitio llamado Fresneda, cerca del puerto de Muradal. Lloróle el ejército que acababa de conducir á la victoria, y toda la España cristiana como á uno de sus mas grandes, mas gloriosos y mas infatigables re-

yes. Sucediéronle sus hijos Sancho III y Fernando II, entre quienes el emperador, siguiendo las fatales huellas de sus abuelos Sancho el Mayor de Navarra y Fernando el Magno, dejó dividida la monarquía, Sancho quedó reinando en Castilla y Fernando en Leon.

En 31 de agosto del año siguiente (1158) falleció en la flor de su edad, D. Sancho III, nombrado el *Deseado*, dejando por sucesor de su corona á un hijo de menos de tres años, llamado Alfonso, cuya larga minoría fué origen de grandes perturbaciones y turbulencias, como aconteció siempre en España durante las regencias y tutorías.

Aquellas turbulencias movidas por las rivalidades entre las poderosas familias de los Laras y de los Castros, que se disputaban la regencia del príncipe Alfonso, y la guerra civil que hizo necesaria la intervencion en Castilla de D. Fernando II de Leon, deseoso de poner término á las calamidades que afligian al reino de su sobrino, así como la que se continuaba en la España musulmana entre los exiguos restos de la parcialidad Almoravide y los prepotentes Almohades, libraron á Andalucia, por espacio de algunos años, de las terribles invasiones que á título de justas represalias verificaban en ella los reyes cristianos de allende el Tajo, que ya miraban como feudo de su corona esta opulenta region, de la que durante tantos siglos recibieran leyes.

VI.

Dominacion de los Almohades en Andalucia. Derrota de Alarcos, Victoria de las Navas de Tolosa 1161 á 1224.

Terminada con la toma de Marruecos la conquista de todo el Magreb, y aniquilada la dinastía fundada por el gran Yussuf ben-Taschfin, el no menos grande y afortunado Abd-el-Mensun, verdadero fundador del vasto imperio de los Almohades, dirigió sus invencibles armas contra los estados del Oriente de Africa. Despues de haber conquistado entre los años 1158 y 1160, Kairwan, Tunez, Mahadya (ciudad fuertísima junto á Tunez) que ténian los cristianos en nombre de Rojer, rey de Sicilia, y en suma, todos los pueblos de la provincia de Yfrikya desde Barca á Tlemcen, el príncipe de los Almohades, hallándose en Tanjer, el año 1160, volvió los ojos hácia Andalucia, codiciado pais que

á pesar del abatimiento y postracion en que le habian sumido ciento cincuenta años de indescriptible anarquía é incesante guerra civil, todavia se resistia á sufrir resignada el aborrecido yugo de los bárbaros de la Mauritania. Esto unido á la inquietud que no podia menos de causarle el progreso de las armas cristianas, que lenta pero incontrastablemente iban acortando el diámetro del círculo de hierro en que se veia encerrado el imperio musulman de España, movieron Ab-el-Mumen, á pasar el Estrecho. Desembarcó en Gibraltar en 1161 y se dirigió por Sevilla á Córdoba, donde acudieron los walies y jeques de Andalucía á renovar el juramento de obediencia al Emir de los Musulmanes. Mandóles activar la guerra por todos lados contra los cristianos, y envió al caudillo ben-Abu Hafs, con crecida hueste hácia Estremadura y el Algarbe donde los Almohades conquistaron Badajoz, Evora, Bejar, el Castillo de Alcocer y otras ciudades y fortalezas importantes, regresando victoriosos á Córdoba y Sevilla con rica presa y considerable número de cautivos. Detúvose Ab-el-Mumen dos meses en Andalucía, al cabo de los cuales volvió á sus estados de África, despues de haber puesto en órden los negocios del país.

El año 1163, en el waliato de Jaen, estalló una sublevacion contra los Almohades, que se corrió por las tierras de Guadix y las Alpujarras hasta Almuñecar. Los sublevados con fuerzas considerables reforzados con tropas de Valencia y Murcia acaudilladas por los emires de aquellos estados, llegaron

á poner sitio á Granada. Pero los Almohades salieron de esta ciudad y los derrotaron en campal refriega.

Estas repetidas é infructuosas sublevaciones que mantenian constantemente en jaque la dominacion de los Unitarios en Andalucía, obligaron al Emir de los Musulmanes á pensar sériamente en atajarlas, combatiendo el espíritu de rebelion y principalmente á los castellanos que le alentaban. Al efecto publicó en África la *Guerra Santa* contra los cristianos de España, y muy luego reunió un formidable ejército compuesto de Almohades, Bereberes de las tribus del desierto, Lamtunes, Gomares y Zenetas. Empero al mover aquel torrente de bárbaros hácia la costa para embarcarlos y lanzarlos sobre Andalucía, Abd-el-Mumen enfermó de improviso y falleció el dia 18 de Mayo de 1163.

Sucedióle en el trono de Marruecos su hijo Yussuf Abu-Yakub, que á la muerte de su padre se hallaba en Sevilla de donde pasó inmediatamente á África. Sin embargo pasarónse dos años antes de que fuera solemnemente proclamado Emir el-Mumenin, á resultas de la oposicion que le hicieron sus hermanos Cid Mahommed walí de Bujía y Cid Abu-Abdallah walí de Córdoba. Uno de los primeros actos de su reinado fué licenciar el ejército reunido en Sale, por su padre, para hacer la *Guerra Santa* en España: hecho lo cual se dedicó con activo y perseverante celo al arreglo de los negocios de su dilatado imperio, y á consolidar su poder por medios blandos y conciliadores.

El año 1169, el emperador Yussuf envió á Andalucía su hermano Abu-Hafs, para activar mas y mas la guerra contra los cristianos. El principe desembarcó en Tarifa al frente de veinte mil Almohades; cruzó de Sur á Norte toda la Andalucía y penetró en la provincia de Toledo, donde guerreó con fortuna varia. En el mes de Safar (mediados de Junio á mediados de Julio) de 1170, el poderoso Emir de los fieles granadinos, vino á Andalucía, y estableció su corte y gobierno en Sevilla. En el siguiente dirijió en persona una campaña contra Toledo, de la que volvió ufano y triunfante á la capital. Celoso cual ningun otro soberano musulman de la grandeza y embellecimiento de la reina del Guadalquivir, heredera de los grandiosos restos de la opulenta cultura de Córdoba, Yussuf decretó (1171) la construccion de la mezquita mayor de Sevilla, llamada *Djema Mukyarrim*. El primer katib que dió pláticas en ella fué el faki Abu-el-Kasem de Niebla. El mismo año en que se concluyó el edificio Yussuf, mandó construir sobre el rio un puente de barcas encadenadas, y en sus inmediaciones grandiosos almacenes para la comodidad del comercio (Abd-el-Halim). Además, se labraron muros de contension y muelles por ambas orillas para facilitar la carga y descarga de los buques; finalmente, mandó reformar las carreteras que partian de la puerta de la ciudad, y poner cañerías para la distribucion de agua por los barrios de la poblacion. La permanencia en Sevilla de aquel príncipe Mauritano que tanto se desveló por su embellecimiento, fué de seis años y diez me-

ses, al cabo de los cuales regresó á Marruecos en los primeros dias del mes de Enero de 1176.

Dirijamos una ojeada sobre lo que aconteció en Castilla y Leon durante estos últimos años. Encuéntranse tan intimamente enlazados los sucesos que tuvieron lugar en los dos reinos enemigos mortales, y á la sazon ya solo separados por los montes Marianos, que no es posible desentenderse mucho tiempo de ninguno de ellos si hemos de seguir la ilacion lógica de los acontecimientos.

Proclamado (1166) en Toledo el jóven rey Alfonso VIII, todavía no salido de menor edad, por astucia y diligencia de un noble caballero llamado D. Estéban Illan, proclamacion que fué confirmada por las cortes reunidas en Búrgos en 1170, y casado el mismo año con la princesa doña Leonor, hija del rey Enrique II de Inglaterra, terminaron las turbulencias que durante tantos años habian lacerado el reino de Castilla. En su vista, uno de los primeros cuidados de D. Alfonso, cuando tuvo en sus manos las riendas del gobierno del reino, fué tomar ejecutiva satisfaccion de las usurpaciones que durante su menor edad habia hecho el rey de Navarra en la Rioja. Al efecto estrechó la amistosa alianza en que viviera con el rey de Aragon, y ambos soberanos unidos declararon la guerra á Sancho de Navarra. Duró aquella hasta fines del año 1176, en que habiendo el de Castilla recuperado las plazas que el Navarro le usurpara, se celebró entre los belijerantes una suspension de hostilidades.

Mas en tanto que las armas cristianas se teñian

en la sangre de sus hermanos, las de los moros fronterizos no permanecieron ociosas aprovechando lo favorable de las circunstancias. Es así que los de Cuenca, numerosos y además prevalidos de los grandes recursos de que disponian y de la fortaleza de la ciudad que les servia de abrigo, hacían frecuentes correrías y devastaban las comarcas cristianas limítrofes de su comarca. En su vista, Alfonso VIII de Castilla á su regreso de Navarra, dispuso apoderarse á toda costa de aquel nido de salteadores que estragaban sus estados. El jóven y animoso rey puso sitio á la ciudad, y al cabo de nueve meses de porfiado acedio, durante los cuales tuvo que luchar con un ejército Almohade que acudiera en socorro de la plaza, la rindió por capitulacion, y entró en ella el dia 21 de Setiembre de 1177.

La conquista de Cuenca, importante por muchos conceptos y sobre todo por el militar, dada su situacion topográfica, realizada por el rey de Castilla; las de Santarem, Cintra, Lisboa, y sitio de Badajoz, verificadas algunos años antes por el denodado Alfonso Enriquez rey de Portugal, y la señalada victoria obtenida por Fernando II de Leon contra un ejército Almohade que intentara apoderarse de Ciudad-Rodrigo, produjeron la mas viva inquietud en el ánimo del Emir Yusuf, que consideró en inminente peligro de perderse para el imperio Almohade los estados de España y su predilecta provincia de Andalucía. En su consecuencia dispuso dirijir personalmente la guerra en la Península,

para lo cual cruzó el Estrecho en principios del verano de 1184, y desembarcó en Algeciras con un formidable ejército de moros. De Algeciras se encaminó á Sevilla por Sidonia, Jerez y Lebrija. En aquella ciudad convocó las banderas de Andalucía, y reunidas estas, así como todo el material de guerra que necesitaba para emprender la campaña, marchó hácia el Occidente de España, hata poner sus reales ante los muros de Santarem. Un mes hacia que duraba el sitio de la plaza, heróicamente defendida por su guarnicion portuguesa y reciamente combatida dia y noche por los Almohades, cuando llegó al campo musulman la noticia de la próxima llegada de un ejército leonés al mando de su rey Fernando II en auxilio de los cercados. Yussuf como prudente capitan, levantó el sitio, y salió al encuentro del ejército que venia á sitiarle en su propio campo. Avistáronse las dos huestes; pero en el momento de dar principio á la batalla, el Emir Yussuf cayó del caballo para no levantarse mas, (Julio de 1184) no se sabe si acometido de un repentino accidente. La muerte del emperador difundió el espanto en el ejército musulman, que huyó á la desbandada perseguido por el cristiano.

Fué, Yussuf bu-Yakub hijo de Abd-el-Mumen, príncipe, segun sus historiadores de grandes y relevantes dotes de gobierno; benévolo y afable con sus súbditos y amigo y protector de los sábios. Debióle Andalucía y sobre todo Sevilla importantes mejoras así morales como materiales, y dispensó señalado aprecio á los andaluces. Tuvo dos secreta-

rios de Estado, españoles, y por médicos los dos sábios mas ilustres de aquella época. Abu-el-walid ben-Roschd (Averroes) y Abu-Merwan ben-Zohard (Abenzoar) natural de Sevilla y judio, á quien nombró wali del tesoro de Marruecos.

Sucedióle en el imperio su hijo primojénito Yussuf, apellidado Almanzor, digno heredero de las virtudes y grandezas de su padre.

En principios de Diciembre 1185, falleció cargado de años y de gloria el ilustre fundador de la monarquía portuguesa Alfonso Enriquez, dejando por sucesor de su corona á su hijo Sancho. Tres años despues (enero de 1188) falleció tambien Don Fernando II rey de Leon, sucediéndole en el trono, por voluntad unánime y decidida de los nobles leoneses su hijo primojénito D. Alfonso habido en su primera esposa doña Urraca de Portugal.

El mismo año de su proclamacion, D. Alfonso XI, que contaba entonces 17 de edad, se presentó en las Córtes que celebraba su primo don Alfonso VIII, en Carrion, y en ellas se hizo armar caballero por el rey de Castilla. En aquellos dias fué tambien armado caballero por Alfonso VIII el príncipe Conrado de Suabia, hijo del emperador de Alemania Federico Barbaroja, que viniera á Castilla á desposarse con doña Berenguela primojénita de Alfonso VIII. Celebróse esta matrimonio; mas antes que se consumara, fué anulado por el Papa á instancias de doña Berenguela, quien quedó *innupta*, que es la espresion de que se vale el historiador D. Rodrigo de Toledo. Esta princesa estaba

destinada por el cielo para ser la gloriosa madre de Fernando III el conquistador de Córdoba y Sevilla.

Alfonso VIII, desentendiéndose del tratado de paz y alianza que habian celebrado los reyes de Leon, Portugal y Aragon, celosos del creciente poder del de Castilla, y sin cuidarse del aislamiento en que le habian dejado sus émulos, realizó por los años de 1193 atrevidas escursiones en Andalucía, haciendo muchos cautivos y talando los distritos de Ubeda, Jaen y Andújar. Alentado con el éxito de aquella algarada y con el terror que sus armas infundian á la morisma, el rey de Castilla ejecutó en el año 1194, una grandiosa espedicion militar contra Aljeciras, atravesando como conquistador toda la Andalucía musulmana hasta sentar sus reales á la vista de aquella plaza. Desde su campo bañado por las aguas del Estrecho, el esforzado Alfonso VIII, (Conde part. 3., c. 51) envió un cartel de desafío al emperador de Marruecos, quien á la sazon, se encontraba gravemente enfermo en Fez.

No tanto aquel temerario reto como los estragos que las armas castellanas hacian sin cesar en Andalucía, y las portuguesas en el Algarbe, donde en 1190 se habian apoderado de Bejar y Evora, obligaron al emperador Yakub ben-Yussuff á proclamar en todo su vasto imperio la *Guerra Santa* contra los infieles de España. Acudieron de Yfrikya y de todo el Magreb, enjambres innumerables de moros armados y pertrechados para tomar parte en el Djihed.

Aquella hueste mas numerosa que las arenas

del mar, como dice el arzobispo D. Rodrigo, historiador contemporáneo, desembarcó en las playas de Tarifa. Marchó ejecutivamente á Sevilla, de aqui se encaminó á las campiñas de Córdoba, y por fin, sin darse un momento de descanso, sin cuidarse de los que se detienen ó rezagan, llegó como un torrente impetuoso y desbordado agostando la yerba bajo los cascos de sus caballos, volcando los peñascos que le atajaban el paso, tramontando encumbradas sierras y agotando las corrientes de los rios hasta plantar sus tiendas á dos jornadas de la ciudad de Alarcos (término de Ciudad-Real).

El rey Alfonso VIII se habia retirado hácia Toledo, no conceptuándose con fuerzas suficientes para oponerse al desembarco de aquel formidable ejército. Desde alli hizo un llamamiento á los reyes de Leon, Aragon, Navarra y Portugal, pidiéndoles su auxilio en interés de la cristiandad y de la conservacion de sus propios reinos, amenazados como nunca de ser avasallados por las armas musulmanas. Prometiéronle aquellos príncipes ayudarle con todas sus fuerzas, y le anunciaron que muy luego se pondrian en marcha para reunirse á su ejército en Toledo.

Entre tanto el torrente Almohade salvaba los montes Marianos. Impaciente D. Alfonso con la tardanza de sus aliados y temiendo comprometer su honra si retardaba el combate que habia provocado arrojando su manopla al rostro del emperador de Marruecos, desoyó las razones de los que le aconsejaban no se arriesgase solo contra fuerzas

tan inmensamente superiores, y salió denodado al encuentro del ejército africano, al que avistó en la llanura de Alarcos.

«El dia 9 de la luna de Xaban del año 591 de la Hejira (19 de julio de 1195) dice el historiador Ebn-Abd-el-Halem el granadino, cuya relacion de la batalla de Alarcos extractamos, ambos ejércitos tenian puestos sus escuadrones en órden de batalla; el de los musulmanes cubria la llanura, y el de los cristianos ocupaba el cerro donde estaba situada la fortaleza de Alarcos. Los infieles fueron los primeros en atacar destacando del grueso de su hueste una masa de caballería fuerte de siete á ocho mil ginetes, cubiertos de malla y lorigas ellos y sus veloces potros. Los muslimes resistieron á duras penas dos briosas cargas de aquellos guerreros cubiertos de hierro, y amagada la tercera, sus filas comenzaron á vacilar cuando Ebn-Senadid, cadi Andaluz que mandaba la vanguardia compuesta de las banderas españolas, voceó volviendo la cabeza á todos lados: «Vergüenza, musulmanes. no haya temor; que Alá afirmará vuestros piés contra esta acometida.» Los caballeros cristianos se revolvieron con tal empuje y coraje sobre el centro que acaudillaba Abn-Yahia, primer visir del emperador, á quien tomaron por el Emir, que rompierou y desbarataron los escuadrones musulmanes, y lancearon al mismo Yahia que cayó peleando por su ley entre montones de cadáveres de los hijos de las tribus de Henteta y Motawahes. Acuden arrebatadas para contener el descalabro numerosas taifas

de voluntarios africanos que envolvieron á los cristianos por todos lados. Zenetes, Gomares y otros se lanzaron como un alud sobre el cerro en que estaba el rey Alfonso, cuyas tropas rompieron de manera que no pudieron rehacerse. Allí fué mas empeñada y sangrienta la refriega, muriendo en ella unos diez mil caballeros escojidos que llevaban la bandera de Alfonso (probablemente fueron estos los caballeros de las órdenes militares). Los cristianos que combatian en la llanura viéndose ya perdidos intentaron retirarse hácia el collado donde se encontraba su rey; mas viéndose atajados por los musulmanes de Ebn-Senadid que les cortaron el paso, revuelven despavoridos sobre el llano y alli fenecen casi todos al filo de las espadas musulmanas. Algunos africanos acudieron á la tienda del Emir El Mumenin, y le dijeron: «Alabanza á Dios, que ha derrotado á los infieles.......»

«El príncipe Yakub Almanzor salió con las reservas Almohades para acelerar la hora de la victoria. Alfonso se mueve tambien para disputársela al Emir. Corre la sangre á torrentes. Pelean con igual rabioso teson ambos ejércitos, cuando de improviso sintió el rey de Castilla el ruido de los atambores á su derecha, y vió por entre la densa polvareda que cubria el campo, ondear el blanco pendon de los Almohades: «¿Qué es esto? preguntó:—¿Qué ha de ser, enemigo de Dios....? ¡El Emir de los fieles que te ha vencido!

»Desordénanse los cristianos; entra el pánico en los corazones y huyen despavoridos arrojando

las armas y todo cuanto puede embarazarles en su desesperada fuga. Siguen su alcance los muslimes cebando las espadas en su sangre, hasta las puertas de la fortaleza de Alarcos, que entran de rebato creyendo encontrar en ella al rey Alfonso. Mas este habia entrado por una puerta y salido por la otra. Dueños los vencedores de la ciudad la entregaron al mas horroroso saqueo. Entre los innumerables prisioneros que en ella hicieron se contaban veinticuatro mil soldados veteranos, á quienes el generoso Emir mandó poner inmediatamente en libertad sin pedir rescate; cosa que desagradó á los Almohades, que la calificaron de extravagancia caballeresca propia de reyes.

»Despues de la batalla de Alarcos, la mas insigne y memorable que ganaron las armas Almohades, el Emir dirigió su ejército por tierra de cristianos hasta llegar á la sierra de Soleiman (cerro de Zulema, situado á la orilla izquierda del Henares), arrasando pueblos, aldeas y fortalezas, talando los campos y haciendo cautivos cuantos hombres, niños y mugeres encontró á su paso. Luego regresó á Sevilla arrastrando un cuantioso botin, cuyo quinto aplicó al realce de la mezquita mayor y *construccion de su Giralda.*»

La desastrosa jornada de Alarcos, una de las mas tristes que registran las páginas de la historia española, ha sido descrita en las crónicas cristianas casi en los mismos términos que en las magrebinas; aquellas confiesan haber muerto en ella mas de veinte mil cristianos. Cifra exagerada; pero es sa-

bido que este género de exageraciones fué achaque comun á todos los escritores de la Edad Media.

Es digno de notarse, que las invasiones de las tres razas musulmanas que se verificaron en España, iniciaron y realizaron su dominacion cada una con una espantosa batalla que perdieron los cristianos; los Árabes la de Guadi-Becca en 711; los Almoravides la de Zalaca en 1086, y los Almohades la de Alarcos en 1195. Las distancias se estrechan; se acerca la de las Navas de Tolosa, en que quedaron completamente vengados aquellos tres luctuosos dias.

Despues de la *gran matanza de cristianos en Alarcos*, lacónica frase con que los Anales Compostelanos describen aquella memorable batalla, el rey D. Alonso se retiró con su destrozado ejército á Toledo, donde encontró al de Leon con su hueste. Mediaron entre los dos primos sérias contestaciones y dirigiéronse recíprocos cargos, el uno por no haberle acudido á tiempo y el otro por no haberle esperado, y se separaron desavenidos, ó mejor diremos, enemigos, puesto que al poco tiempo vinieron á las manos y se entraron en son de guerra sus respectivos reinos.

Esta nueva guerra civil entre los cristianos, en ocasion en que mayor necesidad tenian de reunir sus fuerzas para resistir al enemigo comun, facilitó al emir Yakub Almanzor el emprender nuevas correrías y devastaciones en territorio cristiano. Asi que en 1196 se apoderó de las ciudades fuertes de Calatrava, Guadalajara, Madrid, Alcalá de Hena-

res y Uclés, y saqueó las comarcas de Maqueda, Talavera, Santa Olaya, Plasencia y Trujillo, regresando despues á Sevilla, donde destinó el q into de la p esa general, fruto de la campaña que le pertenecía, á las obras de la mezquita mayor y á la construccion del alcázar de Hisn-el-Faradj sobre el rio Gua'alquivir. Poco tiempo desp es, á fines de junio de 1198, regresó á su capital de Marruecos, donde falleció á los siete meses menos algunos dias de su salida de Andalucía (enero de 1199).

En el reinado de Yakub, hijo de Yussuf, y nieto de Abd-el-Mumen, el imperio de los Almohades llegó á su apojéo; este diase en África desde Suifala de los Beni-Matkudes, montañeses del África oriental, hasta Beled Nun, al estremo del Sus-el-Aksah y hasta el de Kibla; y en España desde Tudela, en la part oriental, hasta Santarem en el Algarbe. «Fué Yakub, dice Abd-el-Halim, príncipe el mas señalado entre todos los reyes Almohades por su discrecion, religiosidad, esplendidez y comedimiento.» Con su muerte se eclipsó para siempre en Andalucía la estrella de la dinastía fundada por Abd-el-Mumen.

Muerto Yakub sucedióle en el trono de Marruecos su hijo Mohammed Abu-Abdalá, que fué proclamado en el Magreb, África y España *Emir-el-Mumenin* con el dictado de *Nasre-dino Aiá* (defensor de la ley de Dios.) Las empresas militares mas señaladas de los primeros años del reinado de El-Nasr, fueron la pacificacion de la Yfrikya que se ha-

bia sublevado contra su autoridad, y la conquista de Mallorca (1203) que llevó á cabo con una escuadra equipada en el puerto de Al-Djezais, (Argel). Mallorca fué el postrer asilo de los restos del partido Almoravide expulsado de España.

Por los años de 1208, 9 y 10, encontrándose El Nasr en Marruecos, recibió frecuentes y alarmantes comunicaciones de los walies y jeques de Andalucía, dándole cuenta de las incesantes correrías que hacian los cristianos en territorio musulman, talando los campos, arrasando las fortalezas y cautivando hombres, niños y mugeres. En su vista, el Emir-el-Mumenin mandó pregonar en todos sus estados la *Guerra Santa* contra los cristianos de España, señalando como punto de reunion de las banderas la ciudad de Marruecos.

En efecto, los temores de los moros acampados en Andalucía, estaban por demás fundados. Ni la derrota de Alarcos, ni la guerra que se siguió entre Castilla y Leon, fueron obstáculos para contener la patrióticas empresas del noble Alfonso VIII, quien despues del casamiento de su hija D.ª Berenguela—la desposada en otro tiempo con el príncipe Conrado de Alemania—con el rey D. Alfonsó IX de Leon, cuyo matrimonio con D.ª Teresa de Portugal acababa de ser disuelto por bula pontificia, y despues del casamiento con el Delfin hijo de Felipe Augusto rey de Francia, de su hija menor D.ª Blanca, madre que fué de San Luis, viéndose, en fin, en paz desacostumbrada con todos los reyes cristianos de España, desnudó la espada contra los músulma-

nes y entró en Andalucía (1209) llevando á sangre y fuego las tierras de Jaen, Baeza y Andujar; espedicion que repitió al año siguiente con mayores fuerzas, mas aparato y mayores daños para los musulmanes.

El año, seicientos siete de la Hejira (1211), terminados en África los preparativos militares para llevar la *Guerra Santa* á España, el Emir-el-Mumenin cruzó el Estrecho al frente del ejército mas numeroso y formidable que nunca pisara el suelo español. Componíanse, segun el historiador Ebn-Abd-el-Halim, de 160,000 voluntarios, 300,000 reclutas de diferentes paises, 30,000 negros de la guardia personal del emir, 10,000 ballesteros de la tribu de los Aghzares, é inumerables flecheros Zenetas, Árabes y de las tribus semi-bereberes de ambos Magrebes. Dos meses (desde el 17 de Marzo al 14 de Mayo), tardó en cruzar el mar entre Alcazar-el-Adewah y las playas de Tarifa aquel huracan de bárbaros africanos, que inundaron todo el Sur de Andalucía como un rio salido de madre.

El dia 1.° de Junio de 1211, llegó el Emir-el-Mumenin á Sevilla, donde se detuvo para dar lugar á que se le incorporasen las banderas de Andalucía, y reunir todo el material de guerra indispensable para emprender aquella campaña decisiva; puesto que debia resolver de una vez y para siempre la lucha empeñada en España, hacía cinco siglos justos, entre el Evanjelio y el Corán; aquella verdadera campaña del *poder supremo*, que como la de 939 emprendida por el glorioso califa Abderrah-

man III, debia resolverse en una sola batalla por el esterminio del soberbio y audaz invasor.

Debiendo tratar en la segunda parte de nuestra historia general de Andalucia, este memorable episodio que decidió de la suerte de España, con la conveniente estension y teniendo á la vista las crónicas y documentos cristianos contemporáneos que se refieren á él, nos limitaremos á dar en este lugar un estracto de la traduccion publicada por Carlos Romey (Historia de España, parte 3.ª c. 4.ª) de la descripcion de la batalla de las Navas de Tolosa, hecha por el historiador magrebino Ebn-Abd-el-Halim; descripcion ó narracion sumamente interesante, toda vez que siendo obra de un cronista de la raza de los vencidos, contiene detalles curiosos no consignados en las crónicas cristianas, y pormenores que á la par que confirman muchos de los referidos en la historia de D. Rodrigo arzobispo de Toledo, testigo y actor en la batalla, nos dará una idea del efecto moral y material que produjo aquel desastre en la raza vencida, que de sus resultas quedó relegada á un rincon de Andalucía, despues de haberla poseido toda entera asi como la mayor parte de España durante quinientos años.

«Cunde el estruendo, dice Ebn-Abd-el-Halim, de la llegada del Emir-el-Mumenin con tan formidable aparato guerrero á España. Los reyes cristianos se llenan de pavor; algunos le envian mensajeros pidiéndole la paz, y entre ellos el rey de Navarra que además solicitó su permiso para venir á saludarle en persona. Concedióselo El-Nasir, y le en-

vió un salvo conducto para que pasase los estados musulmanes sin sufrir contrariedad; mas bien fué obsequiado espléndidamente á su paso por todos los walies y caides de fortaleza. En esta forma llegó á Carmona, donde le retuvieron la escolta con que saliera de su reino. El rey de Navarra traia entre otros regalos para El-Nasir, la carta que escribió el Profeta á Heraclio rey de los Romanos; conservaba el de Navarra esta carta, habida por sucesion, envuelta en una tela verde y encerrada en un cofrecillo de oro perfumado con almizcle. Dispúsole el emir de los fieles un pomposo recibimiento, y desde las puertas de Carmona hasta las de Sevilla, mandó que se tendieran sus tropas, ginetes é infantes, formando calle á derecha é izquierda de la carretera; y asi el rey de Navarra vino á pasar las seis leguas que separan á Carmona de Sevilla á la sombra de las espadas y lanzas de los musulmanes.

«El-Nasir habia mandado poner un elegante pabellon en las afueras de Sevilla, y en él recibió al rey de Navarra con quien conversó largo rato por medio de un intérprete. Terminada aquella primera entrevista los soberanos montaron á caballo y seguidos de los altos funcionarios de la corte del Emir y de la guardia negra armada de alabardas, entraron en Sevilla por la puerta de Carmona, entre el inmenso gentio que se agolpaba para saludar al Emir y á su régio huésped.

«En los dias que el rey de Navarra permaneció en Sevilla celebró varias conferencias con el Emir. Por último, ajustaron un tratado de paz, firmado el

cual y recibidos los preciosos regalos que le destinó El-Nasir, el rey cristiano regresó á sus estados.

A la misma temporada, dice Cárlos Romey, corresponde la no menos estraña embajada que recibió en Sevilla el emperador de Marruecos Mohammed ben-Yakub, del rey de Inglaterra Juan-sin-Tierra, cuando aquel indigno hermano de Ricardo Corazon de Leon, andaba mendigando auxilios donde quiera contra el papa y contra los ingleses. Refiere sus particularidades Mateo de Paris que las sabia por un hermano suyo que formó parte de aquella embajada.

«El dia 1.° de Safar del año 608, (14 de Julio de 1211) salió el Emir-el-Mumenin de Sevilla al frente de su formidable ejército. A los pocos dias llegó á la vista de Salvatierra, fortaleza grandiosa e inexpugnable asentada en la cúspide de una alta sierra. Detiénese asombrado ante ella El-Nasir, y dando oidos á los imprudentes consejos de su primer wasir y Hadjib, Abu-Said-ben-Djamea, acuerda poner sitio á la plaza. Era este Abu-Said de humilde origen y hombre vano y pretencioso, cuya desapoderada conducta traia profundamente disgustados á los Almohades principales y á los jeques de la nobleza andaluza. Puso el Emir sus reales delante de la fortaleza y la cercó durante tanto tiempo, «que las golondrinas-como dice el historiador, labraron sus nidos en las tiendas, empollaron sus huevos y volaron los pajarillos antes de que lograse estrechar el fuerte. El ejército musulman permaneció ocho meses delante de la plaza sin gloria ni provecho. So-

brevino el invierno, escasearon los abastos, y perecieron á miles hombres y caballos de hambre y de enfermedad.

«Cunde el desaliento, desmoralízase el ejército, y jeques y caudillos murmuran sin reparo de una dilacion que malogra la campaña y deja en libertad al rey de Castilla para allegar los medios de combatir á los musulmanes.

«Así es, que Alfonso VIII, viendo al Emir empeñado y ciego delante de una fortaleza solitaria, cuya rendicion ningun provecho político podia reportarle, levantó cruzes y pregonó una cruzada por toda la cristiandad, á la que respondieron los reyes rumes (romanos) de todas partes, que le enviaron hombres y caballos.

—En efecto, el pontífice Inocencio III publicó en Roma una cruzada concediendo indulgencia plenaria á los que concurriesen á la guerra de España contra los enemigos de la Fé. La predicacion del pontífice y la voz del ilustre arzobispo de Toledo, D. Rodrigo, escitaron el fervor religioso y guerrero de multitud de caballeros de Francia, Italia y Alemania que se dirijieron á Toledo ansiosos de tomar parte en la gran cruzada española.—

«Junta Alfonso y acaudilla sus tropas, y abre la campaña poniendo sus reales ante una fortaleza musulmana llamada Kalaat Rabah (Calatrava) donde se hallaba de caide el esclarecido y afamado Abu-el-Hedjad ben-Kades, quien la defendió con heróico teson; que hasta apurados todos sus recursos en víveres y armas arrojadizas y viendo que quedaban

sin respuesta sus comunicaciones al Emir pidiendo socorro,—por haberlas detenido el wasir Ebn-Djamea—capituló con los cristianos y les entregó la fortaleza bajo seguro de la vida para la guarnicion. El sin ventura ben-Kades se presentó en los reales de Al-Nasir para darle cuenta de los motivos de su capitulacion; pero el cruel Ebn-Djamea lo hizo prender y alancear por los negros, produciendo aquel asesinato sumo descontento en el ejército y sobre todo en los andaluces, quienes lo manifestaron sin reparo. Airado el wasir contra ellos, llamó á sus jeques y caides, y en presencia del Emir los maltrató de palabra y los mandó acampar y prestar su servicio separados de los Almohades.

«Actívase, sin embargo, el sitio de Salvatierra, que combatida con inaudito rigor tuvo al fin que rendirse, *por hambre, ó por cohecho*, dice el historiador Ebn-Abd-el-Halim, en 1.° de junio de 1212.

«Noticioso de la toma de Salvatierra, Alfonso con los reyes cristianos sus aliados (al enumerarlos el historiador nombra con desprecio al de Navarra, á quien hemos visto ajustar un tratado de paz con el Emir-el Mumenin en Sevilla, y ahora encontramos guerreando contra él) marchó resueltamente sobre Andalucía; muy mermado su ejército con la cobarde defeccion de los cruzados estrangeros, que despues de la conquista de Calatrava pretestando no poder sufrir los rigorosos calores propios del clima y de la estacion, desertaron las banderas de la Cruz y regresaron á su país.

El-Nasir, impaciente por medirse con los cristianos movió su campo hácia ellos.

«Por fin, avistáronse ambos ejércitos en un sitio llamado Hins-el-Ycab (el fuerte de la Cuesta—Las Navas de Tolosa) el Emir-el Mumenin mandó poner sobre un alto cerro su vistoso pabellon encarnado, y él sentóse á su sombra sobre un escudo, teniendo cerca su caballo de batalla ensillado. Los negros de su guardia personal rodearon la tienda á manera de impenetrable muralla erizada de espadas y lanzas. Las reservas compuestas de tropas selectas, los estandartes mayores y los timbales bajo el mando del wasir Abu-Said ben-Djameà, se escuadronaron al frente. Delante y dando cara al enemigo formáronse en batalla las gruesas masas de voluntarios compuestas de las varias tribus Árabes, Bereberes y del Magreb en número de 60.000 hombres.

«Avanzan las tropas cristianas en demanda de los musulmanes, tan numerosas que parecen enjambres ó nubes densas de langostas. Lanzánse los nuestros á la carga. Abrense los escuadrones cristianos y dejan pasar el torrente de nuestras banderas que penetra mas y mas en la llanura. Cierránse los infieles; rodean á los muslimes, los encierran en un círculo de espadas, lanzas y ballestas, y los cubren de manera que ya no se los vió mas. Reñidisimo es el encuentro; espantosa la carnicería; dura algunas horas la refriega y al cabo triunfan los cristianos. Los voluntarios quedaron todos muertos, (*martirizados* dice el historiador) *ni uno solo se salvó*.

«Los Almohades árabes sometidos y los andaluces contemplaban inmóviles y absortos aquella feroz m tanza, hasta que terminada los cristianos revolvieron contra ellos con irresistible empuje. Renovóse la batalla con no menos furor; cuando de improviso y en lo mas recio de ella, los Andaluces volvieron grupas y h yeron á toda brida dejando desamparado á Ebn-Djamea, aquel wasir hombre oscuro, engreido y despótico que los habia escarnecido é insultado, y á quien odiaban de muerte sobre todo por el asesinato de Ebn-Kades, el Alcaide de Calatrava.

Recordarán nuestros lectores, que el autor del *Akhbar-Madjmua*, al dar cuenta de la batalla de Simancas, atribuyó la derrota del grande ejército musulman acaudillado por Abderrahman en persona, á la conjuracion de los generales de noble orijen, que se convinieron en dejarse derrotar, resentidos del Califa, porque habia puesto s confianza y la direccion de los negocios del Estado en manos del esclavo Nadjda de Hirá, hombre nulo, arrogante y estúpido que se complacia en humillar á la rancia nobleza andaluza.

«Con la defeccion de los caides andaluces, la victoria se decidió inmediatamente por los cristianos; pues los Almohades al ver muertos todos los voluntarios y en precipitada fuga á los andaluces, se llenaron de espanto y huyeron á la desbandada en todas direcciones, dejando desamparada la persona del Emir. Cebados los cristianos en su persecucion, llegaron rompiendo todo cuanto se oponia

á su paso, hasta el parapeto reforzado con gruesas cadenas y defendido por los negros de la guardia personal de El-Nasir. Estréllanse contra él en su primera embestida; *vuelven grupas y presentan las ancas de sus caballos bardados con cota de malla* á las lanzas de los negros y los arrollan.

«Entre tanto el emir-el-Mumenin permanecia sentado bajo su tienda encarnada, y repitiendo sin cesar: *Sahek-el-Rohman, we-kadeb-el-Schytan* (Dios será quien diga verdad, y el diablo quedará por embustero; palabras que vienen á formar en árabe una cadencia ó sonsonete aconsonantado). Inmovil se mantenia el-Nasir en su sitio, en tanto que los cristianos pasaban al filo de la espada los diez mil negros que le defendian. Un momento mas y llegan hasta él, cuando un árabe jinete en una yegua se acercó á él diciéndole: «Hasta cuando, ¡oh príncipe de los fieles, permanecerás ahi sentado... La voluntad de Dios está manifiesta; hoy es el último dia de los muslimes! Levantóse el-Nasir y pidió su alazan volador; pero el árabe se apea y le dice: «Monta, señor, esta castiza yegua, que no sabe dejar mal al que la cabalga; y Dios quiera ayudarte porque en tu vida consiste la salvacion de todos.» Monta el emir en la yegua y el árabe en su caballo y huyen á toda brida seguidos por un crecido escuadron de negros, en cuyo alcance se dispararon los cristianos, arrollando y matando musulmanes á diestro y siniestro hasta la noche, en términos que apenas vinieron á salvarse de cada mil uno, pues los heraldos de Alfonso anduvieron voceando sin cesar

durante la refriega: «No hay cuartel para los cautivos; el que traiga un esclavo muere con él,» y así ningun musulman quedó prisionero.

»Este tremendo y pavoroso descalabro quebrantó el denuedo de los musulmanes, que perdieron el estandarte de la dicha y nunca mas volvieron á rehacerse, ocurrió el lunes 14 de Safar de 609 de la Hejira (16 de Julio de 1212).

Desde el campo de batalla de las Navas de Tolosa, el Emir-el-Mumenin Mohammed El-Nasir, se refugió en Jaen donde acudieron los exiguos restos de aquel formidable ejército que hubiera renovado el desastre del Guadi-Becca, si otra raza que la raza pura española, hubiese cerrado el paso del puerto de Muradal. De Jaen pasó á Sevilla, y aquí desahogó su despecho, haciendo decapitar á los jeques Andaluces que pudo haber á las manos, en castigo de su defeccion á la que atribuia la derrota y esterminio de los Almohades en Hisn-al-Ycab.

En diciembre del año siguiente, 1213, Mohammed El-Nasir falleció en su Alcázar de Marruecos, víctima de una ponzoña que le hizo dar un wasir por mano de una de sus mujeres. Sucedióle en el imperio su hijo Cid Abu-Yakub Yussuf, apellidado el-Mostansir.

Tres dias despues de la memorable batalla de las Navas de Tolosa, cuyo gloria pertenece á los Castellanos, auxiliados por los Aragones y Navarros, pues los Leoneses y Portugueses no asistieron á la cruzada contra el *Miramamolin*, el ejército cristiano

se apoderó de los castillos de Vilches, Baños, Ferral y Tolosa, que venian á ser las llaves de Andalucía, y mas tarde de Baeza y finalmente de Ubeda ciudad que les opuso una desesperada resistencia. Dejó el rey de Castilla suficiente guarnicion en las fortalezas conquistadas y regresó á Toledo.

Á principios del año de 1213, D. Alfonso VIII de Castilla, despues de dejar arregladas las diferencias que habian surjido entre él y sus dos yernos D. Alfonso II de Portugal y D. Alfonso IX de Leon, á resultas del abandono en que le dejaron en la campaña decisiva del año anterior, rompió de nuevo las hostilidades contra los musulmanes de Andalucía. Con las banderas de Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca, y Uclés, apoderóse de la fortaleza de Dueñas situada en la falda de Sierra-Morena, diósela á los Caballeros de Calatrava, y despues de realizar la conquista de otros castillos avanzó sobre Alcañiz plaza inespugnable que los moros defendieron con teson, mas que hubieron al fin de rendir á las armas castellanas el dia 22 de mayo. Terminada esta corta y feliz campaña, D. Alfonso regresó á sus estados.

Al despuntar la primavera de 1214, malogrósele una nueva espedicion en Andalucía que le obligó á firmar una trégua con los moros; por último, á principios del otoño, en ocasion en que se dirigia á Plasencia para celebrar una entrevista con el rey de Portugal, le acometió en el camino una fiebre maligna de la que falleció en una aldea de la provincia de Avila, el dia 6 de Octubre de 1214, á los

57 años de edad y unos 55 de reinado.

«Asi como al nombrar á Alfonso VI se añade siempre: *el que ganó á Toledo*, así al nombre de Alfonso VIII acompaña siempre la frase: *el de las Navas*, que fueron los dos grandes tri nfos que decidieron de la suerte de España y preparаron su libertad. S s restos mortales fuero.ı llevados al cementerio de las Huelgas de Búrgos una de sus mas célebres fundaciones.»

Con la victoria de las Navas de Tolosa que dió comienzo á la rápida decade cia de la dominacion Almohade en Andalucía, quedó definitivamente establecida la supremacia de las armas cri tianas sobre las musulmanas en España; superioridad que ya venia caminando en progresion ascendente desde la Conquista de Toledo por Alfonso VI. Verdad es que desde algunos años antes de que los reyes cristianos del norte de la Peninsula trasladasen las fronteras de sus estados del Duero al Tajo, sostenian la lucha con un imperio moral y materialmente desorganizado; y que despues la continuaron con enjambres de africanos que se encontraban en un estado próximo á la barbárie; pero no es menos cierto, que tanto ó mas que á la espada debieron á la constitucion politica, religiosa y civil de sus reinos, aquella superioridad de la que nunca mas se vieron despojados.

Así, pues, á la muerte de Alfonso VIII, digno continuador de la política de sus predecesores el VI y el VII, la España cristiana se encontraba caminando por las anchas vias del progreso, en tanto que la musulmana retrocedia á los primeros años de la conquista de Tarik y Muza; aquella constituia su nacionalidad y trazaba los rasgos de esa su fisonomía original, que ha llegado hasta nosetros; mientras que esta lo perdia todo, hasta el nombre que la hizo tan grande á los ojos del mundo, durante tres siglos.

Y, cosa que nos pareceria estraña, si no tuviésemos su esplicacion á la vista; las mismas causas que destruyeron el imperio musulman, existian con tanta ó mayor intensidad en el cristiano; es decir, la discordia, la anarquía, el espíritu de rebelion, las ambiciones bastardas que sacrifican los intereses de la pátria al interés individual, y ese funesto instinto que aborrece la unidad y tiende tenazmente al fraccionamiento del imperio. Pero estas causas morbíficas evidentes las unas y ocultas las otras, se veian modificadas entre los cristianos por su constitucion politica y por su constitucion religiosa ambas madres de la libertad y del progreso, en tanto que entre los musulmanes, residia en su misma constitucion el principio deletéreo, mortífero que aniquilaba sus fuerzas vitales.

Por eso vemos que en Sevilla, Málaga, Granada, Badajoz, Murcia, Valencia y Zaragoza, fracciones del Califato, estados independientes formados con los escombros del imperio musulman de Oc-

cidente, subsiste en ellos inmutable la constitucion política que rigió durante tres siglos y medio en Córdoba, á donde llegó desde la Meca pasando por Damasco. En tanto que los de Oviedo, Leon, Burgos y Toledo uno en pos de otro y á las veces simultáneamente, modifican la constitucion que heredaron de los godos, siempre en un sentido liberal y progresivo. Entre los primeros, lo mismo en los tiempos de Muza que en los de Abderrahman III, de Yussuf ben-Taschfin y del Emir-el-Mumusin Mohammed El-Nasir, no se conoce mas que un pontífice-rey y un pueblo que se arrastra á sus piés; entre los segundos existe un rey cuyo poder está limitido por la Constitucion; las cortes *de la nacion* formadas por la nobleza, el clero y los *cibdadanos* ó estado llano, y un pueblo con privilegios, inmunidades, fueros y cartas pueblas que le ponen á cubierto de la tiranía dándole medios legales para defenderse.

Este es el secreto de la supremacía que, en los siglos que venimos historiando, adquirió la raza hispano-cristiana sobre la raza hispano-musulmana, y esta la causa impulsiva del progreso de la primera y del retroceso de la segunda. Una vez destruidas por el fanatismo y superstición Almoravide y Almohade las academias de Córdoba y Sevilla, ya no fué posible restablecerlas; pero una vez abiertas las universidades de Palencia y Salamanca por los Alfonsos VIII de Castilla y IX de Leon, ya no ha sido posible cerrarlas en los siglos que van trascurridos desde su creacion. De la misma manera

que una vez adulterada y corrompida la hermosa, la sonora, la aristocrática y eleganta lengua Arabe con la jerigonza que importaron á España los Bereberes procedentes de las sierras que se estienden desde el Sur que ciñe el Océano hasta las de Oleletys que dominan las llanuras del Kairwan en el reino de Tunez, ya no es posible encontrarla como no sea en los pocos manuscritos que pudieron salvarse de la catástrofe que destruyó para siempre al pueblo que la hablaba, de la misma manera, repetimos, una vez dado el primer impulso á la formacion del romance castellano, á fines del siglo XI, ya no fué posible contenerle en el camino que emprendió hácia su perfeccion; camino ó marcha tan rápida, que ya, casi en su primitivo orígen, produjo los poemas del Cid y de fray Gonzalo de Berceo, y esto cuando todavia Italia ni Francia poseian un solo libro escrito en lengua vulgar.

Desgraciadamente ese progreso, esa cultura cristiana que se vé ya próxima á salir de la adolescencia, no se deja sentir todavía en Andalucía. Atraviesa un periodo de transicion; debátese en las convulsiones de una crísis suprema. Ha dejado de ser árabe; no es todavía cristiana y se resiste con todas sus fuerzas á ser africana. Sin embargo, el pueblo cristiano que se agita en su seno, comenzó, en aquel período, a dar señales de vitalidad. El llamamiento de Alfonso el *Batallador* á Andalucía, y la sublevacion de los cristianos de Granada, acontecida despues de aquel memorable suceso, el año 1194, son una prueba irrecusable de que ya los

cristiano-andaluces suspiran por una nueva Sion.

No se hará esperar mucho el cumplimiento de sus votos. Tres años despues de la muerte de D. Alfonfo VIII, su hija primojénita D.ª Berenguela, esposa separada por bula pontificia del rey de Leon D. Alfonso IX, y declarada heredera del reino por su padre en el caso de morir sin sucesion varonil, abdicará la corona que puso en su frente la prematura muerte de su hermano D. Enrique I, en su hijo Fernando III, príncipe elejido por la Providencia para plantar el estandarte de la cruz sobre la *casa santa* de los musulmanes de Occidente, y sobre la torre (Giralda) de la gran mezquita de Sevilla.

Antes de entrar de lleno en la nueva situacion en que va á encontrarse Andalucía á resultas de la victoria del 16 de Julio de 1212, y de la superioridad que sobre las musulmanas adquirieron las armas cristianas, creemos conveniente para el órden y claridad que nos hemos propuesto seguir en el curso de nuestra historia, condensar en breves renglones los sucesos de mas bulto que tuvieron lugar en Castilla y en Leon desde la muerte de D. Alfonso el *Noble* hasta el dia que por primera vez aparecieron en Andalucía las banderas de su nieto D. Fernando III.

Terminados los funerales de D. Alfonso VIII de Castilla, fué alzado y jurado su hijo D. Enrique I, jóven á la sazon de once años bajo la tutela de su madre D.ª Leonor, hija de Henrique II, rey de Inglaterra. Habiendo fallecido esta señora á los 25 dias despues de la pérdida de su esposo, los prela-

dos y magnates de Castilla, nombraron con arreglo á las disposiciones testamentarias de D. Alfonso, tutora-regente de D. Enrique á D.ª Berenguela su hermana mayor. Borrascosa y casi anárquica fué la menoria de D Enrique I, á influjo de la ambicion y codicia de mando de la familia de los Laras, que acabó por despojar de la regencia á la princesa D.ª Berenguela. Siguiéronse de aquí bandos y parcialidades entre la nobleza de Castilla, á los que puso término un funesto y casual accidente que privó de la vida al jóven rey. Fué el caso, que hallando un dia el rey niño jugando con otros donceles de su edad en el pátio del palacio del obispo de Palencia, desprendióse de lo alto de la torre una teja que hirió al rey en la cabeza con tal gravedad que falleció del golpe á los pocos dias (6 de Junio de 1217.)

Al tener noticia D.ª Berengnela de la muerte del rey su hermano, solicitó de su marido D. Alfonso IX de Leon, (de quien como sabemos estaba hacia mucho tiempo separada) le enviase á su hijo D. Fernando. Complacióla su esposo, y ella se dirijió con el infante á Valladolid. En esta ciudad reunió las cortes del reino, que la reconocieron y proclamaron heredera lejítima del trono de Castilla por haber muerto todos sus hermanos varones. En los dias mismos de su proclamacion, abdicó generosamente la corona en su hijo D. Fernando, que fué solemnemente proclamado rey el dia 31 de Agosto de 1217.

Diez y ocho años contaba el hijo de D. Alfonso IX de Leon y de D.ª Berenguela de Castilla cuando

ascendió al trono de Toledo. Durante los dos primeros años que sucedieron al dia de su proclamacion, vióse réciamente combatido por su padre D. Alfonso y por la incorregible familia de los Laras; mas vencidos al fin todos sus adversarios de con ayuda de sus pueblos y de los sábios consejos su madre, pudo dar por sofocadas las discordias que habian inquietado su reino. Por consejos de D.ª Berenguela, contrajo matrimonio (Noviembre de 1219) con la princesa Beatriz hija de Felipe de Suabia y prima hermana del emperador de Alemania Federico II, en la cual tuvo un hijo (23 de Noviembre de 1221) que recibió en la pila bautismal el glorioso nombre de Alfonso.

En paz su reino, feliz en su casa y ardiendo en deseos de proseguir por la noble senda que le habian dejado trazada sus abuelos, Fernando III dispuso llevar la guerra al territorio musulman. En la primavera de 1224 traspuso la sierra Morena al frente de una brillante hueste y acompañado del arzobispo de Toledo, el historiador, y de muchos y principales caballeros. En aquella su primer campaña contra los moros conquistó várias fortâlezas é hizo vasallo suyo al Emir de Baeza. Alentado con la fortuna que acompañaba sus armas, cada año, en la buena estacion hacia una entrada en Andalucia. Así es, que en el de 1227 era ya dueño de Andujar, Martos, Priego, Loja, Alhama, Capilla‘ Salvatierra, Burgalimar, Alcaudete, Baeza y otras plazas y fortalezas.

V.

Termina la dominacion de los Almohades en Andalucía.

Conquista de Córdoba, Jaen y Sevilla. Reinado de Fernando III. 1224 a 1252.

Hemos dicho en una de las últimas pájinas del capítulo precedente, que con el desastre de las Navas de Tolosa comenzó á decaer rápidamente el poder y prestijio de la raza Almohade en Andalucía. Y no podia ser de otra manera; un pueblo como aquel que habia llegado fatalmente á hacer de la guerra su *único* elemento de existencia, las derrotas le condenaban irrevocablemente á perecer. Así pues, de un lado el desprecio público que recayó sobre los *unitarios* cuando se les vió vencidos y en la imposibilidad de rehacerse, y del otro la torpe ferocidad del vengativo El-Nasir, que pretendió avar su afrenta en la sangre de los andaluces, á

quienes acusaba de ser causa de su ruina, sublevó al pueblo y nobleza de Andalucía contra los Almohades, que respondieron al desden ó provocaciones de sus víctimas con violencias y tropelías de todo género, que acabaron de exasperar á los pueblos y los dispusieron para alzar la bandera de la insurreccion contra sus tiranos, á quienes motejaban de Bárbaros y acusaban además de herejes y escomulgados.

Muerto el hijo y sucesor de El-Nasir, el consejo de los jeques proclamó en Marruecos á Abd-el-Wahid, á quien depusieron muy luego aclamando en su lugar á Cid Abu-el Ola el-Mamun, que con su hermano Cid Abu-Mohammed gobernaban tiránicamente la España musulmana en nombre de los emperadores de Marruecos.

Dicho se está cual seria la situacion de Andalucía durante aquellos calamitosos tiempos, víctima de las vejaciones y rapacidad de los Almohades y de las armas cristianas, que penetraban periódicamente por sus fronteras arrasando pueblos y fortalezas y cometiendo todo género de tropelías. Llena al fin la medida del sufrimiento, recurrió á las armas como la última razon de su derecho; y en agosto de 1228 juntáronse los descontentos en una fortaleza del término de Ujijar, en la falda meridional de Sierra Nevada, y proclamaron Emir de los musulmanes de España á un gallardo caballero llamado Abdalla Ebn-Hud, descendiente de los antiguos Emires de Zaragoza. Muy luego acudió bajo las banderas del nuevo Emir la flor de la nobleza de

Andalucía deseosa de vengarse de los bárbaros Almohades, y con ella, ginetes y peones en número bastante para constituir un respetable ejército.

Al rumor de tan imponente sublevacion en sus dominios de Andalucía, el emperador El Ola-el-Mamun se dió prisa á ajustar una trégua con el rey Fernando III, y salió de África con un cuerpo de ejército dispuesto á destruir los rebeldes. Ebn-Hud acudió para rechazar el desembarco, y en las campiñas de Tarifa, los caballeros andaluces derrotaron completamente á El-Mamun (julio de 12.9) que perdió en la refriega sus mejores generales. Este primer descalabro le obligó á regresar precipitadamente á África dejando encargados del gobierno de España y de la continuacion de la guerra á su hijo Abu-el-Hasan y á sus hermanos Cid Abu-Abdalla, y Cid Abu-Mohammed.

La sublevacion de Andalucía tuvo eco en Valencia y en Murcia, de donde fueron arrojados los Almohades por Abu-Djomail en la primera provincia, y por Mohammed ben-Yussuf ben-Hud en la segunda. Todo, pues, favorecia los intentos de Ebn-Hud, y permitia á Andalucía congratularse con la esperanza de verse pronto libre de sus bárbaros é insolentes dominadores africanos. En el otoño del año 1231, el wali de Sevilla Cid Abu-Abdalla, fué completamente derrotado en batalla campal por el Emir de Andalucía, junto á Albanche, y obligado á refugiarse en Mérida. Con este nuevo triunfo la fama y el ejército de Ebn-Hud crecieron lo bastante para hallarse en condiciones de hacer frente al

poder de los emperadores de Marruecos.

Entretanto las armas cristianas de Toledo no permanecieron ociosas. D. Fernando III, quien por muerte de su padre D. Alfonso XI, acaecida el dia 24 de Setiembre de 1230, y renuncia de sus hermanas consanguineas D.ª Sancha y D.ª Dulce, acababa de reunir sobre su cabeza las dos coronas de Castilla y Leon, que ya nunca debian separarse, D. Fernando III, repetimos, en alas de su celo religioso y entusiasmo guerrero, continuaba sus campañas anuales en Andalucía favorecido por las discordias y guerras civiles que tenian divididos á los musulmanes, y en la imposibilidad de oponerle una formal resistencia. Asi, pues, de correría en correria tomando fortalezas, saqueando los pueblos y los campos y cautivando moros de todas edades sexos y condiciones, llegó á la vista de Córdoba; pero no conceptuándose todavia con fuerza suficiente para intentar su conquista, continuó su marcha triunfante y asoladora, sin encontrar tropiezo, hasta los términos de Sevilla y Jerez. Es decir, atravesó toda la Andalucía de N. O. á S. siguiendo la orilla derecha del Guadalquivir.

El titulado Emir de los musulmanes de España, Ebn-Hud, á pesar de hallarse en guerra con los Almohades y profundamente desavenido con el Emir de Granada, Alhamar, no vaciló un momento en acudir contra los cristianos á quienes sorprendió acampados á las orillas del Guadalete en las cercanías de Jerez. (1233) Obligóles á aceptar la batalla, que fué porfiada y sangrienta. Las crónicas cristia-

nas conceden la victoria á los castellanos, lo cual nos parece probable, visto que las musulmanas dejan en duda el éxito. Las priméras niegan que asistiera á ella Fernando III; las musulmanas dicen que concurrió en persona.

A fines de verano del año siguiente (1234) el infatigable Fernando III, abrió la campaña de Andalucía por la provincia de Jaen. Puso sitio á Ubeda, plaza fuerte bien abastecida y mejor guarnecida; pero el rey de Castilla y Leon, la cercó y combatió tan reciamente con todo género de máquinas é ingenios de batir, que su gobernador tuvo que rendirla sin mas condicion que salvar la vida de sus defensores.

La venturosa espedicion militar que paseó las banderas cristianas á la vista de Córdoba, Sevilla y Jerez; la muerte del emperador de Marruecos Abu-el-Ola el-Mamun, acontecida en 1232; la ocupacion de Loja, Alhama y todas aquellas sierras por Alhamar de Granada, proclamado por su parcialidad, Emir de los musulmanes el mismo año de la muerte de el-Ola, y finalmente, la conquista de Ubeda por Fernando III, señalan el término de la dominacion Almohade en Andalucía.

Justamente alarmado el Emir Ebn-Hud con lá conquista de Ubeda por los cristianos, desde cuya plaza se les podia considerar enseñoreados de la parte oriental de Andalucía y en situacion de amenazar los waliatos de Jaen, Córdoba y Granada, dispuso hacer un vigoroso esfuerzo para recobrarla, á cuyo efecto convocó en Ecija las banderas de Anda-

lucia dispuesto á abrir inmediatamente la campaña. Mas en el entretanto, la guarnicion de Ubeda anticipándose al ataque que se proyectaba contra ella ideó acometer una de esas empresas temerarias y desaforadas, contando con el refran que dice: *De audaces es la fortuna.* Hé aquí la empresa cuya relacion estractamos de los autores musulmanes, reservándonos para la Historia particular de Córdoba, el dar mas ámplios detalles tomándolos de las crónicas cristianas y en particular de la historia del Arzobispo D. Rodrigo de Toledo.

Noticiosa la guarnicion cristiana de Ubeda de lo mal guardada que estaba la ciudad de Córdoba por falta de tropas y del mal estado de sus defensas, ideó un golpe de mano atrevido para apoderarse de ella. Al efecto se pusieron de acuerdo con los fronterizos de Andújar, y juntos todos marcharon sigilosamente sobre Córdoba. Érase una noche muy lóbrega cuando llegaron al pié de las murallas. Escalan las almenas y se apoderan de una torre despues de haber degollado á los centinelas y á la guardia á quienes cojieron descuidados. Aquella torre caia á levante. Al amanecer enterados los cordobeses de la sorpresa acuden denonadadamente para arrojar á los cristianos; mas la torre era fuertísima y los cristianos bizarros, de manera que no pudo ser recobrada por los musulmanes. Los notables de la ciudad enviaron correos al Emir Ebn-Hud dándole cuenta de la ocurrencia y pidiéndole auxilio. en vista de que el rey Fernando acudia á marchas forzadas para apoderarse de Córdoba. Eben-Hud mandó

acelerar en Ecija los preparativos para la campaña, y acudió en su socorro con las banderas que tenia reunidas. Pero á mitad de camino recibió nuevos pliegos que le anunciaban que los cristianos eran dueños de todo el arrabal de levante, y que el rey Fernando habia llegado con numerosas fuerzas y puesto sus reales en Alcolea. El Emir reunió en consejo á sus generales para tomarles parecer; unos fueron de opinion que se debia marchar inmediatamente en socorro de Córdoba; otros, que la prudencia aconsejaba enterarse de las fuerzas con que contaba el enemigo para obrar en consecuencia. Prevaleció este último dictámen, y Ebn-Hud envió á un Don S ar, que se encontraba en un campamento para reconocer al enemigo; pero aquel, que lo era de Dios volvió mintiendo y exajerando el poder de los cristianos; con lo cual, y con motivo de unos pliegos enviados por Djomail, walí de Valencia, en los cuales este le rogaba que volase en su auxilio para librarle de las manos del rey D. Jaime de Aragon, el Emir dejó lo de Córdoba para mejor ocasion, y se puso en marcha en auxilio de Djomail. La noticia de la retirada del ejército libertador sembró la consternacion entre los habitantes de Córdoba, quienes despues de haber peleado como leones durante muchos meses viéndose faltos de recursos y abandonados á sus solas fuerzas, pidieron capitulacion bajo honrosas condiciones; mas los cristianos seguros ya de su triunfo, solo les concedieron la vida y la libertad para marcharse donde lo tuvieran por conveniente.

Así se perdió la ciudad principal de Andalucía, rindiéndose al enemigo el 23 de Sehawal del año 623 (30 de Junio de 1236), en cuyo dia vióse enarbolada la cruz sobre las mezquitas, y convertida la grande Aljama de Abderrahman en templo cristiano. Salieron de Córdoba los desventurados musulmanes para buscar refujio en otros pueblos de Andalucia, y los cristianos se repartieron sus casas y herencias. Al tener noticias de la rendicion de Córdoba, muchas fortalezas, poblaciones y ciudades entre ellas Baeza, Estepa, Ecija, y Almodóvar se entregaron sin resistencia al rey Fernando, ó se hicieron tributarias suyas.

En tanto que la lumbrera de Andalucía, la madre de los sábios pasaba á formar parte integrante del reino de Fernando III, Ebn-Hud, el titulado emir de los musulmanes de España se dirijia con su ejército á Almería, resuelto á embarcarse para acudir en auxilio de Valencia, estrechamente cercada por D. Jaime I de Aragon. Llegado á la antigua capital del pequeño reino de los Beni-Zomadih, el caide de la ciudad, Abd-el-Rahman, le obsequió y agasajó espléndidamente asi como á todos los oficiales generales de su ejército; mas el alevoso huésped le hizo ahogar en su lecho la noche misma de su llegada á Almeria (15 de Enero de 1238). Asi feneció víctima de una negra traicion, Abdalla-Ben-Hud, príncipe valeroso y digno de mejor fortuna. El pérfido caide de Almería hizo circular el rumor de que habia muerto de un ataque de apoplejía fulminante, creyólo asi su ejército, y en el acto se

disolvió renunciando á la empresa proyectada en auxilio de los Valencianos.

En Setiembre de aquel mismo año (1238) rindióse Valencia, por capitulacion, al rey D. Jaime I. La conquista de esta hermosa ciudad puso fin al imperio de los musulmanes en aquella magnífica rejion de España: de la misma manera que la de Sevilla realizada diez años despues por Fernando III de Castilla y Leon, terminará la de Andalucía, salvo el reducido vergel donde quedó engastada la perla de Alhamar.

La miserable situacion en que se encontró la antigua y opulenta capital del imperio musulman de Occidente despues que las armas cristianas la hubieron conquistado y despoblado á resultas de la radical trasformacion que operaron en ella, hizo necesaria, algunos años despues (1241), la presencia de Fernando III, para restablecer el órden, la administracion comunal y una sombra siquiera de aquella prosperidad que la hizo en otro tiempo la envidia del mundo.

Ocupado se hallaba el rey en estos asuntos de gobierno y apercibiéndose á compás para continuar la guerra contra los moros, cuando adoleció de una enfermedad que le obligó á aplazar la ejecucion de sus proyectos. Sin embargo, no fué este deplorable acontecimiento motivo para detener las banderas castellanas en medio del glorioso camino que habian emprendido, puesto que á fines del año 1242 y principios del 43, avasallaron á la corona de Castilla el reino de Murcia, conduci-

das por el príncipe Alfonso, hijo primojénito de Fernando III.

Aquella venturosa campaña, obra mas bien que del afan de conquista de la rivalidad entre el emir de Granada y el de Murcia, el primero de los cuales aspiraba á dominar los estados del segundo, quien obligado por la necesidad pidió auxilio al rey de los cristianos de Toledo, y se reconoció su vasallo para vengarse de las humillaciones que le hacía sufrir su ambicioso correligionario, tuvo por desenlace un sensible descalabro que padecieron los castellanos en tierra de Jaen.

Como preliminar para la conquista definitiva de aquel waliato, Fernando III habia dado órden á sus caudillos de frontera que entrasen y talasen sus campiñas. Hiciéronlo tan briosa y ejecutivamente, que en muy pocos meses (fines de 1244), se apoderaron de Arjona y varias poblaciones y fortalezas importantes entre otras Pegalhajar, despues de cuyas conquistas dirijieron sus banderas hácia el territorio granadino. Saliólesal encuentro el titulado emir Mohamed al-Ahmar al frente de tres mil jinetes y alguna fuerza de infantería, y en una brava refriega batió á los castellanos y les arrebató la cuantiosa presa recojida en su correria. Este acontecimiento puede decirse fué el cimiento del reino de Granada, de cuyo orijen vamos á ocuparnos brévemente en este lugar.

Mohamed I Ebn-al-Ahmar, el emir de Granada, tronco de la dinastía que reinó en ella hasta 1492, era natural de Arjona, hijo de una familia de labra-

dores, descendiente de un Ansary, esto es, de uno de los ciudadanos de Medina que acompañaron á Mahoma. En el comienzo de la decadencia de los Almohades sublevóse contra ellos con Ebn-Hud, y mas tarde contra este, haciéndose proclamar emir en Arjona pueblo de su naturaleza. Cuando se vió á la cabeza de suficiente número de partidarios para intentar empresas mayores, marchó sobre Jaen, que tomó por asalto en 1232, y luego sobre Guadix Baeza y otras poblaciones y fortalezas importantes donde se hizo aclamar Emir de los musulmanes. Despues del asesinato de Ebn-Hud, el alevoso caide de Almería reconoció la autoridad de Ebn-al-Ahmar; siguió su ejemplo el de Jaen y por último el de Granada, con lo cual su poder hasta entonces disputado y vacilante llegó á establecerse sobre sólidas bases, consolidándose, al fin, con el triunfo que obtuvo sobre los cristianos en las Fronteras de Granada y Jaen.

El descalabro de 1244 debió ser de poca monta y no influiria en la ejecucion de la empresa que meditaba Fernando III, cuando desde principios del año siguiente puso sitio á Jaen. El wali de la plaza la defendió gallardamente hasta el punto que el rey de Castilla llegó á dudar de rendirla sino dentro de un plazo mucho mas largo del que se habia propuesto. Entre tanto Ebn-al-Ahmar reunió un numeroso cuerpo de ejército, con el que acudió á la defensa de sus estados. Salióle al encuentro el de los cristianos en Hins-Bollullos, y sufrió una completa derrota que le obligó á retroceder acele-

radamente hácia Granada. Volvió Fernando III sobre Jaen, cuyo cerco estrechó con mayor enerjia esperando su próxima rendicion en vista del desamparo en que habian quedado sus defensores. No se engañó en sus cálculos sinó en cuanto á la manera como estos se realizaron.

Fué el caso, pues, que Ebn-al-Ahmar, no menos astuto político que incansable guerrero, apeló diestramente al recurso de sacrificar la menor parte de su reino por conservar enhiesta la mayor. Al efecto, presentóse sin acompañamiento alguno en el campo cristiano, y se hizo conducir á la tienda del rey. Ya en ella, besó la mano á Fernando III en señal de acatamiento, y le pidió la paz bajo las condiciones de entregarle la ciudad de Jaen y reconocerse vasallo suyo por el resto de sus estados. Suscribió Fernando á la pregunta; mas agregó nuevas condiciones por su parte; y fueron: que Ebn-al-Ahamar quedaria, con respecto al trono de Castilla, en la misma dependencia natural que los ricos-hombres cristianos, esto es, obligado á servir al rey en la guerra con cierto número de ginetes; que asistiria á las córtes siempre que se convocasen por el rey, y que pagaria un tributo anual de 300,000 maravedises de oro. Firmado y canjeado este tratado por las dos altas partes contratantes, el Emir Ebn-al-Ahmar regresó á Granada, y Fernando III entró en Jaen, en Abril de 1246.

Ocho meses despues,—durante los cuales Fernando III concertó por razones de alta política el matrimonio de su hijo primogénito D. Alfonso con

la infanta D.ª Violante hija del rey D. Jaime de Aragon, y perdió á su magnánima y virtuosa madre D.ª Berenguela, blason y honor de Castilla.—Ebn-al-Ahmar recibió en Granada pliegos del rey castellano, convocándole, como gran vasallo de su corona, para asistirle con sus lanzas á la conquista de Sevilla, dominada todavia por los moros Almohades. Dióse prisa en acudir al llamamiento de su señor natural, en la forma convenida en el tratado de paz de Jaen; no solo porque así se lo aconsejaba el interés de la independencia de su propio reino, sino porque á fuer de buen andaluz odiaba de muerte á los Almohades.

Incorporóse, Ebn-al-Ahmar, al ejército cristiano con quinientos jinetes escojidos, y tomó desde luego una parte muy activa en todas las operaciones de esta memorable campaña. Las primeras poblaciones musulmanas que sufrieron los estragos de la guerra, fueron Carmona, Constantina, Reina, Lora, Alcolea, Cantillana, Jerena, Guillena y Alcalá del Rio, reuniéndose, por último, el dia 20 de agosto de 1247 los diferentes cuerpos espedicionarios que habian llevado á cabo la conquista de aquellos pueblos, delante de los muros de Sevilla, cuyo sitio quedó formalizado ejecutivamente con todos los medios que conocia y poseia la ciencia militar en aquellos tiempos. El rey estableció desde luego un estrecho bloqueo en derredor de la ciudad, no solo por tierra sino que tambien por agua; á cuyo efecto mandó á Ramon Bonifaz, primer almirante de Castilla, equipar una flota con la cual el hábil y en-

tendido marino se situó en la desembocadura del Guadalquivir y estendió su crucero por la costa hácia el Estrecho. Avisada fué la precaucion de Fernando III, pues al poco tiempo de abierta la campaña, el almirante Bonifaz tuvo que sostener un combate naval contra treinta cárabos y zabras morunas, que procedentes de Ceuta y Tánger acudian en socorro de los sevillanos.

Diez meses contaba el ejército cristiano delante de los muros de la plaza combatiéndola reciamente, sin que flaquease la entereza de los moros, cuando el rey Fernando, comprendiendo que la resistencia procedia de la facilidad que tenian los sitiados para abastecerse por el puente de barcas que mantenia la comunicacion entre la ciudad y el arrabal de Triana, dispuso romper aquella comunicacion á fin de cortar todo socorro y mantenimiento al vecindario. Al efecto, dispusiéronse dos gruesas naves convenientemente reforzadas y lastradas, y aprovechando el impulso de un viento duro y favorable lanzáronlas con ímpetu á toda vela y remo contra las barcas del puente. La primera no hizo mas que quebrantarlo; pero la segunda, en la que iba embarcado el mismo almirante, rompió el puente cuyos trozos se vieron arrebatados por la coriente (mayo de 1248.)

Desde entonces comenzó á flaquear el teson de los sitiados, y ya no fué dudoso para nadie la rendicion de la ciudad en un plazo mas ó menos corto. La escaséz de víveres que muy luego se sintió en ella; la absoluta imposibilidad en que se encontraba de recibir socorros de ninguna parte, y la ani-

mosídad con que los combatian sus mismos correligionarios los jinetes granadinos, acobardaron en tales términos al vecindario y guarnicion sevillana, que desde algunos meses antes del dia de la rendicion, la defensa que hacian solo tenia por objeto obtener las condiciones mas favorables para la entrega. Finalmente, los sitiados se ofrecieron á capitular bajo condiciones que no fueron aceptadas por el rey, que exigió la entrega á discrecion. La necesidad les obligó á pasar por tan dura condicion, y el dia 23 de noviembre dia de San Clemente del año 1248, el walí de Sevilla Abu-el-Hasan (el rey Axataf de nuestra crónica) entregó á Fernando III las llaves de la ciudad.

El mismo dia de la entrada triunfal del ejército cristiano en la memorable ciudad que fué *asiento y residencia de la ciencia sagrada y profana en tiempo de los Romanos*, de los godos y de los árabes, salieron de su recinto TRESCIENTOS MIL MUSULMAMES; pobres desterrados que con los ojos bañados en lágrimas y volviéndolos hácia atrás á cada paso que daban alejándose para siempre de Sevilla, fueron á buscar un asilo en las inhospitalarias playas africanas donde los aborrecian como las tinieblas aborrecen á la luz, ó en el Algarbe español, ó detrás de las murallas de Granada, último reflejo de aquella brillante luz que difundió Andalucía en la triste oscuridad en que vivió toda Europa durante la primera mitad de la Edad Media.

La conquista de Sevilla señala el término de la dominacion musulmana arábigo-africana en Anda-

lucía. Primera ciudad donde los árabes establecieron su gobierno, fué la última de reconocida importancia y de primer órden que el Evangelio arrebató al Corán. A partir de aquel suceso, Andalucía perdió completamente su genio y fisonómía mahometana, y aceptó de lleno, pasando por una rápida transicion, el genio, la fisonomía y el carácter del pueblo cristiano, que se reintegró en ella como de una de las alhajas mas valiosas de que se viera despojado durante quinientos treinta y siete años, por una raza digna de la mas alta consideracion y aprecio, puesto que *mejoró considerablemente la finca* en los cinco siglos y un tercio que la tuvo detentada. Si los recuerdos tanjibles y las tradiciones de aquella noble, generosa é ilustrada raza no viven todavia con rasgos originales y trazós profundamente gravados en el carácter, costumbres y pasiones de los andaluces de nuestros dias, no culpemos al pueblo árabe ni á la conquista de los cristianos: culpemos á la raza africana grosera, fanática y supersticiosa, que fué quien entregó á Fernando III una Andalucía que no era ya la de los Ommiadas sino la de los Almoravides y Almohades; es decir, una Andalucía flaca, empobrecida y dejenerada, que ocultaba los escuálidos restos de su pasada sin par bellèza entre los pliegues del oscuro albornoz con que la cubrieron los *Morabitas* de Lamtuna y los *Unitarios* de el-Mahadi.

Cuando los ejércitos cristianos tómaron posesion de su suelo, encontraron muy pocas cosas en él dignas de admiracion y de respeto; á lo sumo al-

cázares cuya distribucion interior no se acomodaba á las costumbres y necesidades domésticas de los hombres del norte, y mezquitas cuya mayor parte no se podian convertir en templos cristianos, ó cuyo gusto arquitectónico estaba muy lejos de tener la grandiosidad é imponente majestad de la arquitectura gótica, á la sazon en su mayor apojeo en Europa. Todo lo demás Academias, líceos, bibliotecas, artes, agricultura, industria, comercio, járdines, vergeles y deliciosas alquerias habia sido destruido pór los Bárbaros de la Mauritania, que dejaron en su lugar un ódio profundo é inestinguible entre *Moros* y *Cristianos.*

Dueño Fernando III de Jaen, Córdoba y Sevilla, y reconocida la independencia del reino de Granada en el concepto de vasallo y tributario de la corona de Castilla, pudo darse por terminada la obra de la reconquista de Andalucía, puesto que en la campaña siguiente las huestes cristianas rindieron y en pocos meses, las importantes ciudades de Lebrija, Sanlúcar, Rota, Jerez, Arcos, Puerto de Santa María, Cádiz, Medina-Sidonia, todas las poblaciones, castillos y fortalezas situadas «de la mar acá en aquellas comarcas» las unas por fuerza de armas y las otras por convenios ó cápitulaciones.

Es muy digno de notarse, porque con ello se confirma que tambien en politica hay verdades que son de todos los tiempos, que inmediatamente despues de redondeada la conquista de Andalucía, Fernando III volvió los ojos hácia el África. Es decir, que así como los Romanos dueños de la Bética,

y los Árabes dueños de Al-Andalos, el rey de Castilla soberano de esta magnífica region, comprendió que todo el peligro que en adelante pudiera amenazar la tranquilidad é independencia de sus nuevos estados, solo podia venir del otro lado del Estrecho. Para conjurarlo, dispuso, á imitacion de los romanos y de los Árabes, llevar la guerra á las playas Africanas; y, á no serle posible agregarlas á título de provincias á su imperio, al menos establecer en ellas un ante mural que resistiera el primer empuje de nuevas y posibles oleadas de bárbaros mauritanos, que intentaran realizar una cuarta invasion en España.

Dispuesto lo tenia ya todo; un numeroso ejército de desembarco acaudillado por los capitanes que mas se habian distinguido en la pasada guerra, y la escuadra al mando del Almirante Bonifaz pronta á darse á la vela, cuando le sorprendió la muerte en Sevilla, el jueves 30 de mayo de 1252, á los 54 años no cumplidos de edad. Habia reinado 35 años y 11 meses en Castilla, y 22 en Leon.

Fernando III, el gran rey que levantó hasta el primer cuerpo el edificio de la unidad nacional española, mereció por sus preclaros hechos y por sus virtudes el título de *Santo* que se le dió públicamente, y el ser canonizado en 1671 por el papa Clemente X.

Como á partir del fallecimiento del primero que conservó y trasmitió á sus sucesores el título de rey de Castilla y de Leon, el interés todo de la política del gran reino cristiano de la Península pasó

de las orillas del Duero y del Tajo á las del Guadalquivir; como de hoy mas España comienza á sonar tomando una parte mayor ó menor en los asuntos de las demás naciones de Europa; y como, en fin, Andalucía continuará siendo, despues de su reincorporacion á la pátria comun, lo que fué bajo el dominio musulman; es decir, el gran palenque donde se discutirán todavía durante siglos los destinos de España, y donde batallarán sin tregua las ambiciones ya de los príncipes de la dinastía reinante á la sazon, ya de una nobleza soberbia y turbulenta que hubiera seguido los pasos de los magnates Godos, y de la aristocracia musulmano-andaluza, si el trono no hubiera contado para enfrenarla con el auxilio del pueblo, libre en tanto que el poder real le necesitó para robustecerse, creemos conveniente comenzar desde ahora á consignar en las páginas de nuestra historia los nombres de los infantes hijos de los reyes de Castilla, Leon, Córdoba y Sevilla; porque habremos de encontrarlos no pocas veces en lo sucesivo capitaneando los bandos y parcialidades que turbaron la paz de Andalucía, devastaron sus campos y ensangrentaron las calles de sus ciudades como en los tiempos de las rivalidades de las castas musulmanas.

Así, pues, diremos, que Fernando III, dejó al fallecer los siguientes hijos: D. Alfonso; D. Fadrique; D. Enrique; D. Felipe, arzobispo electo de Sevilla; D. Sancho que lo era de Toledo; D. Manuel y tres hijas, habidos todos en su primera mujer doña Beatriz de Suabia: y D. Fernando Alonso, Don

Juan, D. Luis y doña Leonor, en su segunda esposa doña Juana, hija de Simon conde de Ponthieu y biznieta de Luis VII rey de Francia.

Sin perjuicio de estendernos en mas ámplios detalles respecto á las conquistas de Córdoba, Jaen y Sevilla, y á los hechos particulares de Fernando III *el Santo*, en las historias particulares de cada una de estas provincias, no queremos terminar el rápido bosquejo que acabamos de hacer de aquellos memorables sucesos y de la vida del gran rey vencedor de los *moros*, sin consignar dos curiosas particularidades referentes á él, que las crónicas cristianas dejaron pasar desapercibidas, y que los autores musulmanes apuntan en sus libros.

Hélas aquí:

«Alfonso tuvo por sucesor en el trono (Historia de los reyes cristianos de España, por *Ibn-Khaldun*. Dozy, *Recherches*, t.° 1. p. 117) á su hijo Fernando (San Fernando) apellidado el VIZCO, que ganó Córdoba y Sevilla á los musulmanes.»

El mismo historiador (p. 115 de la obra citada) dice: «Léese en las crónicas de los Almohades, que en tiempos de Almanzor Yakub, hijo de Yussuf ibn-Abd-el-Mumen, reinaban tres reyes entre los cristianos; Alfonso (VIII de Castilla), el BABOSO (Alfonso IX de Leon) é Ibn-Henri (hijo de Eurique de Borgoña)»

Este Alfonso IX, el BABOSO, fué, como es sabido, el padre de San Fernando. Ahora bien; hé aquí lo que dice Dozy acerca de este particular:

«Dábase en la Edad media á este apodo (BABOSO

un sentido mucho mas injurioso que el que le damos en el dia; era sinónimo de *loco* porque los locos babean con frecuencia. Los españoles daban, pues, el epíteto de *loco* á D. Alfonso IX de Leon, cosa que sabemos solo por los autores arábigos que nos han conservado los apodos que se daban á los reyes cristianos: los cronistas latinos se abstenian de consignarlos en sus libros ya fuese por consideciones fáciles de comprender, ya porque temiesen faltar al respeto que se debe á la historia. ¿Merecía, Alfonso, aquel épiteto? ¿Tenia realmente el cerebro trastornado? El cronista latino de aquella época, Lucas de Tuy, no lo dice; verdad es que escribiendo en el reinado del hijo del *Baboso*, no podia espresarse con franqueza en este punto. Empero lo que no dice lo indica de una manera embozada. Habla de Alfonso como de un hombre cuyos jestos, cuando estaba á caballo y armado para entrar en batalla, espresaban mas bien la ferocidad que el valor. Propenso á encolerizarse su voz entonces se parecia al rujido del leon; pero se apaciguaba muy pronto y se mostraba el mas afable de los hombres. Hé aquí todo cuanto Lucas de Tuy podia decir sin faltar al respeto debido al rey; mas estas palabras son bastante significativas.»

Haremos notar que los epitetos con que se señalaba á Alfonso IX de Leon y á Fernando III, no les fueron dados por los musulmanes, sino por los cristianos segun se desprende de la narracion de Ibn-Kaldun, puesto que este historiador no pone ambos vocablos en lengua arábiga, sino en la vul-

gar que á la sazon se hablaba en Castilla.

El mismo año de la muerte de Fernando III, falleció, el 1.° de diciembre en Melun, su tia Blanca de Castilla, viuda de Luis VIII, madre de San Luis rey de Francia y regente del reino durante la larga y dolorosa peregrinacion de su hijo en el Egipto. Blanca de Castilla, hermana de la discreta y magnánima doña Berenguela madre de San Fernando, fué «mujer tierna y enérgica, piadosa y elegante, magnánima y fiel, cuya vida es un testimonio de lo que habian hecho del corazon y del espíritu de las mujeres el cristianismo y la caballería.» San Luis la amó como él decia «mas que á ninguna otra criatura mortal,» y se gloriaba de obedecer «á la voluntad de su señora y muy querida madre.»

VI.

Andalucia despues de la expulsion de los moros. Constitucion del reino de Granada. Reinado de D. Alfonso X. 1252 á 1274.

Asi como la conquista de Toledo resolvió en favor de los reyes de Castilla y Leon el problema planteado por las armas en Andalucía, entre estos y los príncipes de la raza Árabe, así la rendicion de Sevilla dió por terminado el dominio que la raza Africana venia ejerciendo en ella desde los tiempos de Yussuf ben-Taschfin. Á partir, pues, de la muerte de Fernando III, es decir, desde los primeros albores de la segunda mitad del siglo XIII, la historia de Andalucía cambia completamente de carácter y fisonomía. Ya no es la de un Estado corazon y cabeza del imperio musulman de Occidente; la de un pueblo soberano, libre, feliz é independiente; ni la de una raza original con su carácter propio y sus condiciones fundamentales: no es tampoco la de un país conquistado, ó que lucha por su independendencia, ó que se anexiona á otro por la libre volun-

tad de sus pobladores; es la historia de una vasta estension de territorio que se mantuvo largos siglos segregada del gran todo de que formara parte integrante bajo el punto de vista geográfico, en cuya posesion se ha reintegrado aquel á quien de derecho correspondia, y que entra, por consiguiente, á vivir la misma vida de este que se le reincorporó.

Es necesario tener presente, que en la época á que nos referimos, Andalucía habia dejado de pertenecer á la raza Árabe por haberse estinguido esta; que no pertenecia tampoco á sus destructores los moros desde la victoria de las Navas y la conquista de Jaen, Córdoba y Sevilla por las armas castellanas, y que por consiguiente estaba en manos de sus hijos naturales los españoles musulmanes que solo se diferenciaban de los españoles cristianos en el principio religioso. Esta circunstancia especialísima es lo que imprime, como dejamos indicado, un carácter nuevo á su historia que empieza con la segunda mitad del siglo XIII; que obliga á considerarlo bajo otro punto de vista, en todas sus relaciones con la madre pátria á cuyo regazo volvió, y que dá un nuevo aspecto á las guerras de que fué teatro su suelo, convirtiéndolas en civiles, de estranjeras ó de conquista y reconquista, que fueron hasta aquella fecha.

Si la nueva y dilatada fase bajo la que se nos presenta no tiene ni con mucho la originalidad de la que le precedió, es en cambio acaso mas interesante, puesto que vamos á presenciar durante su curso la

laboriosa jestacion de la gran nacionalidad española, tal cual ha llegado hasta nuestros dias. El suelo de Andalucía continuará siendo el vasto palenque donde se discuten y deciden con la palabra y con las armas los destinos de España. Veremos formarse en él la importancia internacional, la influencia política y diplomática que á partir de fines del siglo XV tuvo la corona de Castilla en Europa, y adquiriremos el convencimiento de que esta importancia nació el dia que los reyes de Toledo agregaron á este título el de reyes de Jaen, Córdoba y Sevilla. Admiraremos el fenómeno del desarrollo y perfeccion de la lengua vulgar en España, aquí donde durante cinco siglos y medio se habia hablado el Árabe con esclusion de todo otro idioma. Asistiremos á la creacion, primeras victorias y desastres de la marina militar castellana. Presenciaremos las dos grandes y memorables batallas que decidieron la lucha empeñada desde los albores de la monarquía española entre el trono y la nobleza; en la primera de las cuales quedó vencido aquel por la falta de energia del rey, y esta reducida en la segunda á la impotencia como poder político, por el génio y la entereza de un *fraile*. Contemplaremos el embarque de Colon en el puerto de Palos de Andalucía, y victorearemos su regreso, y con él el anuncio de la existencia de un nuevo mundo desconocido, al parecer, de los hombres desde la época de la creacion, hasta que el gran génio del inmortal genovés borró el dia 8 de octubre de 1492, la leyenda gravada en las columnas de Hércules. Admiraremos

la formacion, desarrollo, grandeza, larga agonia y dramática muerte de un reino tan pequeño por la reducida estension de su territorio como grande por su cultura y por sus hechos, cuyo recuerdo vive y vivirá mientras viva la historia; porque la poesía, su elegante y florido sepulcro, se ha encargado de honrar y eternizar su memoria; veremos, en suma, reconcentrarse en Andalucía bajo el cetro de los reyes de raza española como en los tiempos de Augusto, como en los del glorioso Abderrahman III, todo el interés histórico, toda la cultura, toda la vida y toda la grandeza de España durante los últimos años de la Edad Media y primeros de la moderna.

Dicho se está con esto cuán fértil en acontecimientos estraordinarios es el periodo histórico en que vamos á entrar, y cuán numerosos, vários é importantes fueron los sucesos en él acaecidos; de tal manera que se hace necesario un criterio muy superior al nuestro para apreciarlos, y dotes de inteligencia de que carecemos para esponerlos con claridad, para ordenarlos y clasificarlos metódicamente, á fin de evitar la confusion que hace ininteligibles las lecciones de la historia. En el convencimiento de nuestra insuficiencia para llenar cumplidamente el objeto que nos hemos propuesto, esplicando los importantes sucesos de este periodo de la Historia de España bajo la forma dogmática ó filosófica, recurriremos con preferencia al método cronológico y seguiremos con regularidad el curso de los tiempos y de los acontecimientos, por ser el

que está mas á nuestro alcance, y el mas fácil y desembarazado para el historiador; sobre todo cuando, como dejamos dicho en el capitulo I de este tomo, en estos tiempos comienzan á multiplicarse las crónicas españolas, que en cada reinado aparecen escritas por un contemporáneo y muchas veces testigo ocular de los sucesos que refiere.

Dijimos en la página 115 que á partir del triunfo obtenido en 1244 por Mohamed Ebn-al-Ahmar sobre la hueste cristiana que habia invadido las fronteras de sus Estados, pudo darse por resuelta la constitucion del reino de Granada, y que quedó definitivamente confirmada y asegurada en virtud del tratado de Jaen (Abril de 1246) celebrado entre Fernando III y Ebn-al-Ahmar, fundador este último de aquella larga dinastía de reyes que mantuvieron enhiesto hasta 1492 el estandarte del Islam sobre las torres de la Alhambra. Las crónicas de aquellos tiempos hacen el mas cumplido elojio de este ilustrado príncipe, que supo hacer de su pequeño estado, refujio de los musulmanes desterrados de las ciudades conquistadas por las armas cristianas, un reino relativamente poderoso, cuya casi escesiva densidad de poblacion, y la cultura que hizo su asiento en él, mantenia viva la memoria del opulento Califato de Córdoba.

Mohamed I, Ben-al-Ahmar, dicen los cronistas

musulmanes, dotó su reino de leyes sábias; estimuló con generosos prémios el estudio de las letras que tuvieron en él un entendido y decidido protector, y fundó colejios y escuelas cuyos maestros y profesores recompensaba pródigamente. Afanóse en hacer marchar de consuno la prosperidad intelectual y material, fomentando la agricultura, la industria y el comercio; estableciendo franquicias y exenciones en favor de los labradores, industriales y artesanos, ya naturales de su reino, ya procedentes de otros paises que venian á establecerse en él; protejió con marcada predileccion el arte de la seda, que llegó á perfeccionarse en Granada hasta el punto de ser preferida en los mercados á la fabricada en Siria; hizo beneficiar con grande aprovechamiento minas de oro, plata y estaño: por último, visitaba personalmente las aulas en los colegios y escuelas; inspeccionaba los talleres, se mezclaba entre los artistas y alarifes que construian y decoraban el magnífico palacio de la Alhambra; examinaba los baños públicos, los hospicios y los hospitales, y daba audiencia en su Alcázar dos dias en la semana para administrar justicia sin distincion de ricos y pobres. Con un príncipe de tan relevantes prendas y un pueblo tan vivo, intelijente y apasionado por todo lo bello, por todo lo grande como el musulman andaluz que se habia refujiado en Granada—porque es de advertir, repetimos, que las razas Árabe y Africana, si no habian desaparecido totalmente á la sazon, habian perdido toda significacion é influencia;—no es de estrañar que aquel

pequeño Estado tuviere toda la importancia de un reino en condiciones para subsistir rodeado de monarquías interesadas en su ruina é infinitamente superiores á él en estension territorial y en recursos para combatirlo hasta su destruccion.

Verdad es, tambien, que Mohamed I poseia entre otras virtudes la de la prudencia y tacto político, y comprendia que no por medio de la guerra sino por los de la paz y de la religiosa observancia de los tratados podia conservar su pueblo y su mal segura soberanía. Así que no bien llegó á su noticia el fallecimiento de Fernando III, y la proclamacion de su hijo primojénito Alfonso X, verificada en Sevilla el dia 1.° de Junio de 1252, envió al nuevo rey de Castilla una solemne embajada para darle el pésame y pedirle la renovacion del tratado de amistad y alianza que habia suscrito con su ilustre padre, bajo las mismas condiciones estipuladas en el convenio de Jaen.

A los dos años (1254) mejor empleados por el rey de Granada que por el de Castilla y Leon, puesto que en tanto que el primero vinculaba todos sus afanes en derramar la felicidad por sus estados, el segundo puso en ejecucion una medida económica inmensamente perjudicial para los intereses materiales de sus pueblos, cual fué alterar el valor de la moneda, á pretesto de lo mucho que escaseaba el dinero á consecuencia de las largas guerras anteriores, Alfonso X envió sus cartas á Ben-al-Ahmar, pidiéndole, en cumplimiento del vasallaje de la corona de Castilla en que se habia constituido,

un cuerpo de caballería para auxiliarle en la guerra que tenia que hacer en los distritos de Lebrija, Jerez, Arcos y Medina Sidonia donde habia estallado una sublevacion musulmana escitada por los escasos restos de los moros Almohades que permanecian en Andalucía. Acudió puntualmente Ben-al-Ahmar al frente de un cuerpo selecto de ginetes granadinos y tomó una parte activa con los castellanos en la reconquista de aquellas ciudades y sus distritos.

En este año verificóse en Búrgos el enlace del príncipe Eduardo, hijo del rey de Inglaterra, Enrique III, á quien sucedió despues, con la infanta de Castilla D.ª Leonor hija de Fernando III y de Juana de Ponthieu. Alfonso X dió á su hermana en dote la Gascuña con todos sus derechos y los condados de Ponthieu y Montreuil heredados por su madre. Como se vé, en estos años la familia real de España estaba emparentada con las de Alemania, Francia y de Inglaterra, abriéndose por este medio nuevos horizontes á la actividad española, cuya política tanto se habia de hacer sentir andando algunos años mas, en Europa.

Muy á los principios de su reinado, D. Alfonso, fiel continuador de los proyectos de su padre contra el África, eterna amenaza contra España, dispuso llevar sus armas á aquella region, á cuyo efecto mandó edificar las Atarazanas de Sevilla donde habian de construirse los buques necesarios para la espedicion. Atajóle por entonces en su propósito una enérjica reclamacion que se vió en la necesi-

dad de hacer al rey Alfonso III de Portugal, sobre ciertas plazas del Algarbe, que al fin le fueron entregadas. Vencido este asunto y la rebelion de la Andalucía meridional, D. Alfonso volvió á insistir en su espedicion á África (1255) á la que por segunda vez tuvo que renunciar, por las mu has complicaciones que con sus ambiciosos proyectos se atraia sobre los brazos.

De aquella contrariedad recibió en el año siguiente, 1256, dos cumplidas satisfacciones. Fué la primera el nacimiento de su primer hijo varon, D. Fernando de la *Cerda* (así llamado por un largo cabello con que nació en el pecho) y la segunda una embajada que recibió, hallándose en Soria con ocasion de celebrar una entrevista con su suegro D. Jaime de Aragon, enviada por la República de Pisa para ofrecerle oficiosamente el sólio del imperio de Alemania, vacante á la sazon por muerte del emperador Guillermo conde de Holanda. Admitió D. Alfonso la investidura, si bien se abstuvo de usar el título toda vez que la República de Pisa carecia de derecho electivo.

El año 1257 fué todavia mas fecundo en acontecimientos de suma entidad para Andalucia. Desde luego verificóse en él de una manera mas lejítima y mas autorizada la eleccion de Alfonso X para la corona de Alemania. Hé aqui condensado en pocas palabras lo mas importante del suceso.

El emperador Guillermo uno de los sucesores de Federico de Suabia, habia muerto, como dejamos dicho anteriormente, en una guerra contra los Fri-

sones, y el jóven *Conradino,* á quien el papa Inocente IV habia prohibido bajo pena de excomunion que le fuera dado el imperio, habia muerto en el cadalso despues de haber perdido la batalla de Tagliacoso. Reuniéronse para dar un sucesor á Guillermo los *siete electores,* tres arzobispos, el rey de Bohemia, el duque de Baviera, el de Sajonia y el margrave de Brandeburgo que tenian, desde hacia mucho tiempo, el derecho de *pretextations* (indicacion) que trasformaron en derecho esclusivo de elejir emperador. Dividiéronse los electores y los unos nombraron, en Francfort, á Ricardo conde de Cornualles hermano del rey Enrique III de Inglaterra y tio del príncipe Eduardo casado con una hermana de D. Alfonso X, y los otros nombraron en Tréveris á Alfonso de Castilla, descendiente de la ilustre dinastía de Suabia, por su madre, Beatriz, primera esposa de Fernando III, hija de Felipe de Suabia y prima hermana de Federico II, emperadores de Alemania. Los primeros dieron posesion á Ricardo de Inglaterra en Aquisgran, y los segundo enviaron una embajada al monarca español participándole su eleccion é instándole para que aceptase una corona que Alfonso X recibió con el mayor júbilo, y que no llegó á ceñir por su conducta v. cilante, débil é irresoluta.

Vinieron á distraerle pasageramente de esta preocupacion, que fué la de toda su vida, las apremiantes atenciones del gobierno de sus reinos, y la necesidad cada vez mas imperiosa de acelerar, en cuanto cabia la unidad de sus estados, lanzando de

ellos las reliquias de la raza africana que todavia se enseñoreaba del Algarbe y de una porcion de territorio en la Andalucía Occidental. En efecto; á poco de recibida la embajada de los principes electores de Alemania, reunió un ejército para hacer la guerra á los Almohades que se habian reconcentrado y fortificado en los paises de que queda hecha reciente mencion. A fin de activar las operaciones de la campaña, y dar á su empresa un carácter mas bien nacional que religioso, llamó en su auxilio por segunda vez á Ben-al-Ahmar invitándole á combatir al enemigo comun. El rey de Gradada expidió órdenes terminantes á sus walies y en particular á las de Málaga, los Beni-Escaliolas para que se le incorporasen con sus repectivas banderas, y formada la hueste marchó con ella á reunirse á Alfonso X, quien dió principio á la campaña talando el país de Schaltis y sitiando la importante ciudad de Niebla. Lo récio de los muros de la plaza y la numerosa guarnicion que se amparaba en ella detuvieron nueve meses al ejército cristiano; hasta que el hambre y la ninguna esperanza de recibir socorro de fuera obligaron al wali de la plaza á pedir capitulacion. Concedíósela Alfonso X con tanta generosidad, que no solo aceptó las condiciones que el general Almoravide, Ebn-Obeid, le propuso, sinó que otorgó á este el señorio de *la Algaba* de Sevilla, la *Huerta del Rey*, y el diezmo del aceite del Aljarafe que producia una pingüe renta. A este precio, Alfonso tomó posesion de todo el Algarbe, y de las ciudades de Huelva, Niebla, Schaloyan, Serpa,

Mora, Alaucin, Tabira, Faro, Saule é Inibos.

Esta importante conquista, así como la fortuna con que Alfonso X habia vencido, tres años antes, la rebelion de los musulmanes de las comarcas de Jerez y Sidonia, alarmaron al rey de Granada, que veia en la desmedida extension de poder que adquirian los cristianos en Andalucía un peligro eminente para la seguridad de sus propios estados. Así que dispuso, para estar en situacion de hacer frente á cualquiera contingencia, poner en estado de defensa todas las plazas fuertes de su reino. A fin de acelerar los trabajos de fortificacion y allanar con facilidad todos los obstáculos que se opusieran al cumplimiento de sus órdenes, dispuso visitar las plazas mas importantes y donde su presencia se hiciese mas necesaria. Recorrió, pues los distritos y capitales de Guadix, Málaga, Tarifa, Aljeciras y Gibraltar. Estando en esta última plaza dirigiendo la reconstruccion de sus murallas, llegáronse á él en secreto enviados de Jerez, Arcos, Sidonia y aun de Murcia á pedirle en nombre de sus representados auxilio y proteccion para levantarse contra los cristianos, cuyo pesado yugo habíase hecho insufrible para los musulmanes, comprometiéndose en pago á reconocerle por soberano. Tentador era el ofrecimiento; mas el prudente Ben-al Ahmar pidió tiempo para pensarlo y ofreció responder lo mas antes posible á la solicitud.

De regreso en Granada juntó el Consejo de Estado, y expuso en él la peticion de los musulmanes súbditos de los reyes cristianos. La mayoría fué de

opinion que se debia acudir en socorro de sus correligionarios; y aprovechar aquella favorable coyuntura para poner coto al engrandecimiento de Alfonso. Aplaudió Mohamed el celo de sus consejeros; pero hizo presente que lo arriesgado de la empresa exigia para no esponerse á una funesta derrota recurrir á las artes de la política antes de comprometerse con las armas. Propuso, pues, que se auxiliase secretamente á los Murcianos, que se facilitasen recursos á los de Jerez, y que se promoviese una sublevacion en el Algarbe, á fin de que estallando la rebelion en tres puntos á la vez y distantes entre sí, el rey Alfonso tuviese que dividir sus fuerzas y dejar desguarnecidas sus posesiones de Andalucía; en cuya situacion los granadinos buscarian un pretesto para romper los tratados que los ligaban al rey de los cristianos y le obligarian á declararles la guerra. Fué aprobado el proyecto de Eben-al-Ahmar, y desde aquel momento se buscaron todos los medios para ponerlo en ejecucion.

Cerca de cuatro años, desde 1299 tardaron los musulmanes en urdir y asegurar el éxito del vasto complot que, dirigido por los granadinos, tenia por objeto sacudir el yugo de los cristianos exterminando á los que vivian entre ellos en tierras de Murcia, de la Andalucía meridional y del Algarbe. Cuando todo estuvo dispuesto, en la primavera de 1261, reuniéronse los conjurados con el mayor sijilo, y en un mismo dia y hora estalló la tremenda sublevacion en Murcia, Lorca, Mula, Jerez, Arcos, Lebrija y otras poblaciones mas ó menos importan-

tes, donde todos los muslimes á una voz y como un solo hombre se lanzaron espada en mano contra sus enemigos entre rujidos de venganza y víctores al emir de los musulmanes Mohamed Ben-al-Ahmar. Fué tan general é inesperada la acometida que ni aun las guarniciones de las plazas fuertes se libraron del degñello. En Jerez, fué mas espantosa la carniceria que en otra ciudad alguna, debido á la heróica é inútil resistencia que opusieron las tropas cristianas acaudilladas por el Conde D. Garcia Gomez que tenia la fortaleza por D. Alfonso X. Pocos meses despues, la sublevacion triunfante en todas partes, podia congratularse con la esperanza de haber devuelto la libertad al pueblo musulman. En Murcia, sobre todo, la victoria habia sido completa.

Veintiun años despues, (30 de marzo de 1282,) debia ocurrir en Palermo un suceso análogo, consignado en las páginas de la historia con el nombre de *Vísperas Sicilianas*.

Solo Sevilla y Córdoba permanecieron bajo el dominio de los cristianos; por mas que en la primera de estas ciudades estallara tambien la sublevacion y que los conjurados intentaran apoderarse de la reina de Castilla.

La noticia de aquel alevoso atentado que tantas víctimas inocentes sacrificara, causó la mas viva indignacion á D. Alfonso, hasta el setremo de obligarle á aplazar el viaje que estaba á punto de emprender á Alemania con objeto de gestionar personalmente cerca del papa y de los príncipes alemanes

la validez de sus derechos y eleccion al trono imperial. En su virtud dió órdenes terminantes y ejecutivas á los caudillos de sus tropas para que combatieran á sangre y fuego y en todas partes la insurreccion, y escribió al rey de Granada mandándole marchar sobre Murcia con un cuerpo de ejército. Escusóse Ben-al-Ahmar alegando el cumplimiento de las obligaciones contraidas con sus pueblos; visto lo cual D. Alfonso mandó á las tropas fronterizas entrar en territorio granadino y tratar como enemigos á sus habitantes.

Ben-al-Ahmar convocó en Granada las banderas musulmanas y los walíes de las provincias de su reino, y salió en busca de los cristianos al frente de un numeroso ejército. No mucho tardó en encontrar al cristiano acaudillado por Alfonso X, en las campiñas de Alcalá de ben-Zayde (Alcalá la Real) donde se empeñó una sangrienta refriega en la que los granadinos quedaron dueños del campo de batalla. Este fué el único combate de importancia que tuvo lugar en esta campaña, que se continuó y terminó con encuentros parciales y diarias escaramuzas que nada resolvieron en definitivo.

Sin embargo; ocurrió en ella un suceso que tuvo no poca influencia en aquella primera y larga guerra empeñada con los cristianos desde la fundacion del reino independiente de Granada; Ben-al-Ahmar, como los últimos califas de Córdoba, como Almanzor, como los emires de las pequeñas dinastías, y en fin, como todos los déspotas musulmano-andaluces, libraba la conservacion de su poder en

los mercenarios africanos con los cuales formaba el nérvio de sus ejércitos. La nobleza andaluza, enemiga irreconciliable en todos tiempos de aquella raza, miraba con enojo la conducta del Emir. Es así que habiendo Ben-al-Ahmar premiado generosamente los servicios que aquellos soldados le prestaron en la campaña de 1262 y manifestádoles, además, una señalada preferencia, los walíes de Málaga, de Guadix y de Comares, se dieron por ofendidos y regresaron á sus respectivas provincias con ánimo de apartarse de la obediencia de su señor natural.

A fines del verano de 1263, el rey de Castilla movió sus armas contra los sublevados de Murcia, y el de Granada convocó sus banderas para acudir en auxilio de sus aliados. Negáronse los walíes descontentos á asistir á su rey en aquella campaña alegando livianos pretestos; pero temerosos de las consecuencias de su defeccion, asi como anhelando vengar las ofensas que creian haber recibido de su rey, mancomunáronse y juntos enviaron mensajeros á D. Alfonso X, ofreciéndole declararse vasallos suyos bajo la condicion de que los protejiera contra las armas granadinas. Aceptado su ofrecimiento, y trazado en tal virtud un nuevo plan de campaña, los walies rebeldes entraron en son de guerra en el territorio granadino, en tanto que D. Alfonso, libre por este medio de su mas formidable enemigo, marchó hácia la Andalucía meridional y puso cerco á Jerez.

Cinco meses duró el sitio, al cabo de los cuales

sus defensores pidieron capitulacion que les fué concedida, sin mas condiciones que salvar su vida. Dueño D. Alfonso de la plaza espulsó de ella todo su vecindario musulman. Despues de Jerez rindiéronse bajo las mismas estrechas condiciones Rota, Sanlúcar, Arcos, Sidonia y Lebrija, cuyos habitantes moros tuvieron que espatriarse en masa, pasando los unos á África, y los otros en mayor número se refujiaron en Granada: Por este tiempo una escuadra de galeras castellanas, al mando del Almirante Villamayor, apareció de improviso en las aguas de Cádiz y se apoderó por un atrevido golpe de mano de aquella importante ciudad, que los moros tenian mal defendida confiados en su fortaleza natural.

En tanto que las armas castellanas vencian la rebelion de los moros de Andalucía y estrechaban con rigor al rey de Granada, D. Jaime I de Aragon en virtud de convenios celebrados con su yerno D. Alfonso X, combatia sin tregua los rebeldes de Murcia á quienes arebató todas sus plazas y ciudades importantes incluso la capital que se rindió por capitulacion. No menos afortunado D. Alfonso, obligó á Ben-al-Ahmar á pedir tréguas que le fueron concedidas bajo las siguientes condiciones: Que el rey de Granada y sus sucesores renunciarian todos sus derechos y pretensiones sobre el reino de Murcia; que el de Castilla romperia su alianza con los walies de Málaga, Guadix y Comares; que Mohamed I pagaria á D. Alfonso X un tributo anual de 50,000 marcos en tiempo de guerra, y que quedaba en la

obligacion de asistir á las córtes que se celebrasen en Castilla. La conquista de Murcia por D. Jaime y la entrega que de este reino hizo á D. Alfonso dejó sin efecto parte de las condiciones de este tratado (1266).

En este mismo año celebráronse los esponsales del príncipe D. Fernando *de la Cerda,* primojénito de D. Alfonso con Blanca, hija de San Luis rey de Francia. D. Fernando tenia á la sazon once años, y Blanca, nacida en Siria durante la primera cruzada de su padre, tenia catorce, lo cual hizo retardar tres años los desposorios. Ambos príncipes descendian al par en línea recta de D. Alfonso VIII de Castilla.

La union de las armas castellanas y aragonesas, y la cordial inteligencia que reinara entre los dos mas poderosos reyes cristianos de España para vencer la imponente rebelion de los moros verificada en 1261, así como la inmensa superioridad que el pueblo cristiano tenia adquirida sobre el musulman en Andalucía, hicieron comprender á Mohamed I de Granada lo precario de su situacion, puesto que solo por medio de ardides y á virtud de condescendencia, podia conservar una soberanía que habia dejado de ser independiente de hecho y de derecho. Así que hostigado por lo difícil de las circunstancias y por los clamores de su pueblo que veia cercano el dia de la completa estincion del Islamismo en España, no bien espiró la trégua de tres años que habia concertado con Alfonso X, abrió de nuevo la campaña contra los walies rebeldes, á quienes no pudo reducir á la obediencia

por las armas ni por las artes de la política.

En el año de 1269, fué Sevilla teatro de un acontecimiento político poco importante de suyo, dada la constitucion del poder público en aquellos tiempos en España, empero que fué causa ó pretesto para grandes y profundas perturbaciones de todo género en el país.

Es el caso, pues, que vino á Sevilla, donde se encontraba la córte castellana, D. Dionisio, hijo de Alfonso III de Portugal y de Beatriz de Castilla, á rogar á su abuelo Alfonso X relevase á su padre del vasallaje y feudo que por los estados del Algarbe prestaba á Castilla. Lo grave de la pretension que envolvia la desmembracion de una parte del territorio de la corona, obligó á D. Alfonso á consultar á los infantes y ricos-hombres de su córte acerca del negocio. Dividiéronse los pareceres; la mayoría por servil condescendencia con el rey votó por que se alzase al rey de Portugal del feudo y vasallaje que debia al rey de Castilla; pero la minoría se opuso á esta decision, y formuló una protesta en las siguientes palabras pronunciadas por el conde don Nuño Gonzalez de Lara, uno de los mas poderosos magnates castellanos: «*Que vos tiredes, señor, de la corona de vuestros reinos el tributo que el rey de Portugal y su reino son tenudos de vos facer, yo nunca, señor, vos lo aconsejaré.*» A pesar de esta protesta, que desagradó mucho al rey, fuéle alzado el vasallaje al portugués.

Algunos años hacia, desde los últimos del reinado de San Fernando, que la nobleza castellana es-

taba profundamente disgustada con el trono, y acechando una ocasion, un pretesto, que tuviese apariencias de justicia para rebelarse contra él. Este pretesto se lo facilitó el suceso que dejamos mencionado. Así que de sus resultas el conde D. Nuño de Lara regresó á sus estados de Castilla; y reuniendo en Lerma, villa de su señorio, á diez y siete ricos hombres, muchos barones castellanos, y á D. Felipe, hermano del rey, urdió con ellos una tremenda conjuracion que tenia por objeto levantarse en armas contra el rey, en demanda de satisfaccion de los agravios que la nobleza castellana decia haber recibido del monarca.

Hallábase, á la sazon (1271), Alfonso X en Murcia, y en lugar de acudir en persona para reducir á los conjurados en Lerma, recurrió á las negociaciones, con lo cual perdió un tiempo precioso que los nobles ayuntados aprovecharon grandemente. Por último, D. Alfonso regreso á Castilla; mas tuvo la debilidad de entrar en transacciones con D. Nuño, quien le espuso sin rodeos el capítulo de agravios que la nobleza castellana tenia contra él. Siete fueron los puntos fundamentales de aquellas quejas, cuya satisfaccion exijió en términos depresivos para la autoridad real. Satisfizo D. Alfonso la mayor parte de estas demandas; empero, á seguida los nobles formularon otras nuevas, que tambien satisfizo el rey.

Alentados con la debilidad del monarca, los peticionarios exijieron que las concesiones fuesen ratificadas en Córtes del reino. Tambien fué satisfe-

cha esta peticion por D. Alfonso, que al efecto las congregó en Burgos (1272). Mas ni con esto cesaron las exijencias de los nobles, que buscando nuevos pretestos de disgusto—dado que las verdaderas causas del descontento (que mas adelante apuntaremos), permanecian veladas—se desavinieron completamente con el rey; y usando del derecho que el *Fuero* les concedia (Fuero viejo de Castilla. L. I, T. III, L. III) se *desnaturalizaron*, salieron atropelladamente de Búrgos y de Castilla, y fueron á la Córte del rey de Granada, sin que bastasen á volverlos al buen camino los ruegos que el rey y la reina les dirijieron antes y despues de llevar á cabo su defeccion. Ben-al-Ahmar los recibió con inequívocas muestras de satisfaccion, los colmó de obsequios y agasajos, y los alojó, al infante D. Felipe en el palacio de Abu-Seid, y á los demás nobles tránsfugas en casas principales.

No dió Alfonso X toda la importancia que debiera á aquel acto de incalificable deslealtad de una porcion numerosa de sus grandes vasallos, preocupado como estaba casi esclusivamente con sus pretensiones al imperio de Alemania, tan mal paradas á la sazon, dado que el pontífice Gregorio X, no solo la combatía con mas empeño que ninguno de los Papas sus antecesores, sino que las desechó (1272) resueltamente y con desden, é influia para que los electores del Imperio procediesen á nombrar nuevo emperador. No se desanimó D. Alfonso con tan grave contrariedad, y se propuso abogar en persona por sus derechos ante el mismo Grego-

rio X; á cuyo efecto pidióle una entrevista que el papa le concedió, fijando el punto de reunion en Belcaire, que por su situacion sobre el Ródano, entre España é Italia, parecia el punto mas conveniente para la conferencia.

Ben-al-Ahmar trató de utilizar la estancia de los nobles castellanos en su córte para combatir á los walíes rebeldes, á quienes D. Alfonso no podia auxiliar con eficacia, debilitado como se encontraba á resulta de la grave perturbacion en que se encontraban sus reinos. Al efecto dispuso enviar contra ellos una hueste al mando de su hijo y sucesor Mohamed, á la que se unieron en calidad de auxiliares, los trásnfugas castellanos. Durante aquella campaña, que no tuvo resultados decisivos para la pacificacion del reino de Granada, amistáronse estrechamente con el príncipe Mohamed el infante D. Felipe y el poderoso magnate D. Nuño de Lara, en tanto que los nobles castellanos que seguian su parcialidad se hacian acreedores á la gratitud de los musulmanes, derramando su sangre en favor de una causa que no era la suya. El mal éxito de aquella guerra y las incesantes gestiones de D. Alfonso á fin de atraer nuevamente á su servicio á sus antiguos vasallos, movieron á Ben-al-Ahmar á pedir auxilios al emperador de Marruecos y Fez, Yakub Abu-Yussuf para que le ayudase á poner término de una vez á la angustiosa situacion en que se encontraba el pueblo musulman, víctima entonces como siempre de sus discordias intestinas.

Mas antes de que le contestase el príncipe de

los Beni-Merines, no pudiendo Ben-al-Ahmar dominar la impaciencia que le atormentaba por reducir á la obediencia los walíes rebeldes, mandó reunir las banderas leales, y puesto al frente de su ejército, de que formaron parte el infante D. Felipe y los nobles cristianos refujiados en su córte, salió á campaña con los brios de un mozo, á pesar de su avanzada edad, que frisaba en los ochenta años. Empero á la media jornada de su capital. camino de Málaga, atacóle un grave accidente, del que falleció á las pocas horas el dia 21 de enero de 1273. Aquel príncipe de tan relevantes prendas habia reinado con gloria durante treinta y seis años. Fué su cadáver conducido á Granada y enterráronlo con estraordinaria pompa en el cementerio general, en un ataud de plata (Casiri).

Terminadas las exequias de Mohamed I, fué aclamado entre las mayores demostraciones de popular regocijo su hijo único Mohamed II, príncipe no menos distinguido por sus grandes merecimientos que el difunto rey. El primer acto de su gobierno fué proseguir la campaña empezada por su padre contra los walíes rebeldes; y mas afortunado que éste logró alcanzarlos y derrotarlos completamente cerca de Antequera. De regreso en Granada donde fué recibido en triunfo, honró y premió generosamente á los nobles castellanos que le habian acompañado en la guerrera espedicion, y á cuyo esfuerzo debió en gran parte la victoria que coronó sus armas.

Entre tanto D. Alfonso X no cesaba en sus ges-

tiones por atraer de nuevo á su servicio á D. Nuño de Lara y sus parciales. Aviváronse estas gestiones despues del suceso de Antequera, en términos que el rey se ofreció á satisfacer la mayor parte de las pretensiones de aquella altiva nobleza, que se negaba á transijir en tanto no le fueran reconocidas todas. Esta era ya demasiada humillacion para D. Alfonso, que si bien pudo resignarse á que se motejase de débil su proceder para con los vasallos rebeldes, no podia sufrir el desprestigio y casi anulacion en que quedaría el trono, si pasaba por las duras condiciones que le imponian aquellos. En su virtud resolvió recurrir de nuevo á las armas contra el sultan de Granada, para lo cual hizo un llamamiento general á todos sus reinos, y escribió en demanda de auxilio á su suegro D. Jaime de Aragon.

No era sin embargo, tan llano de realizar el propósito que en un momento de justa y arrebatada indignacion hiciera D. Alfonso; porque si bien tenia en su favor la guerra civil que mantenian los walies rebeldes, y el auxilio del rey de Aragon, Mohamed II podia contar con la cooperacion de los nobles castellanos refugiados en su córte, y con la intervencion que en favor de los musulmanes de España ofreciera á su padre el príncipe de los Beni-Merines de África. Estas consideraciones movieron al prudente rey de Castilla, á intentar por última vez la via de las negociaciones; mas dirijiéndose desde luego y directamente al de Granada á fin de facilitar el arreglo de aquellas lamentables disidencias. Abiertas de nuevo las negociaciones

por medio de la reina y del infante D. Fernando de Castilla, que se encontraban en Córdoba, resultó el acuerdo para celebrar una entrevista en Sevilla entre todos los interesados en dar una solucion satisfactoria á estos asuntos.

En el mes de abril de 1273, dirigiéronse á esta última ciudad, residencia á la sazon de la córte de D. Alfonso, el sultan de Granada Mohamed II, el infante D. Felipe, D. Nuño de Lara, D. Lope Diaz de Haro y demás nobles castellanos. Noticioso de su próxima llegada, salió á recibirlos el rey de Castilla seguido de un brillante y numeroso séquito, y los acompañó hasta Sevilla donde alojó en su própio alcázar al gallardo Mohamed de Granada. Lo que las armas ni los recursos de la política habian podido conseguir en tantos años de contínuo batallar, obtuviéronlo la cortesanía y la afectuosa intimidad en que vivieron durante algun tiempo los dos monarcas rivales. En efecto, ajustaron un tratado de paz y amistad sobre las siguientes bases: renovacion del convenio de Alcalá de Ben-Zaide celebrado entre D. Alfonso X y Mohamend I; obligacion del sultan de Granada de pagar un tributo anual al de Castilla en relevo del contigente de caballería con que Ben-al-Ahmar se obligara á asistir al de Castilla en la guerra; reconocimiento de las mismas franquicias y seguridades á Cristianos y Granadinos en sus tratos comerciales, y, por último, á solicitud de la reina de Castilla, la concesion de un año de trégua á los walíes de Málaga, Guadix y Comares; gracia que otorgó muy á su pesar Mohamed II, conocien-

do que aquella peticion llevaba envuelto el pensamiento de dejar encendida en su reino la guerra civil. No pudo D. Alfonso congratularse con un resultado tan lisonjero en lo relativo al segundo, y acaso principal asunto, que motivara aquella entrevista, puesto que á instancias de Mohamed II, tuvo que confirmar lo que ya antes y sin su consentimiento habian otorgado á los nobles disidentes, en los preliminares de aquellas negocianiones, la reina D.ª Violante y el infante D. Fernando en Córdoba; esto es, la satisfaccion á D. Nuño de Lara y sus parciales «en todos sus pleitos y posturas.» De esta manera, pues, el sultan de Granada quedaba vengado del rasgo diplomático con que los monarcas castellanos le habian dejado á la merced de sus rebeldes walíes, y los antiguos magnates de Castilla volvieron al servicio de su rey. Firmada la paz y satisfechas, al menos en la apariencia, las altas partes contratantes del resultado de su entrevistá, el sultan de Granada regresó á sus estados, acompañándole hasta Marchena los infantes D. Felipe, D. Manuel y D. Enrique, hermanos de D. Alfonso X; y el rey de Castilla creyéndose al fin libre de complicaciones interiores se dirigió á Toledo con objeto de activar los preparativos de su viaje á Belcaire, donde se proponia defender personalmente ante el Papa, sus derechos á la corona imperial de Alemania (1274).

VII.

Desde la Invasion de los Beni-Merines en Andalucia, hasta la muerte de D. Alfonso X.

1274-á-1284.

No bien espiró el plazo de la tregua, que á solicitud de la reina D.ª Violante, otorgara á los walies rebeldes de Málaga, Guadix y Comares, Mohamed II reunió sus banderas leales y puesto á su frente marchó ejecutivamente contra ellos. El éxito de aquella campaña no correspondió á las esperanzas que en ella fundaron los granadinos; asi que, llena ya la medida del sufrimiento y perdida la confianza en sus propias fuerzas, Mohamed, renovando la pretension de su padre, se arrojó desatentado en una empresa que tan funesta habia sido en todas las ocasiones para la raza musulmano-andaluza, y que si en esta no llegó á serlo en la medida

que otras veces, debido fué á que la oleada africana se encontró con el pueblo cristiano, ya suficiente robusto para resistir su empuje y obligarla á retroceder.

El Emir de África, Yakub Abu-Yussuf, hijo de Abd-el-Hak fundador del imperio de los Beni-Merines, habiase apoderado en 1269 de Fez y Marruecos despues de dar muerte al postrer Emir de la dinastía Almohade. Consolidado con este suceso su poder estendióse la fama de su grandeza por toda el África, y llegó, como no podia menos de suceder, á España. A este victorioso emperador recurrió, pues, Mohamed II, en solicitud de auxilio, y le envió una solemne embajada para proponerle que se constituyese en mediador de las sangrientas diferencias que existian entre él y sus rebeldes walies, tan perjudiciales al Islamismo cuya destruccion aceleraban en España, como favorables á las armas cristianas vencedoras en todas partes de los musulmanes. A fin de mover su ánimo á aceptar el arbitraje, ofrecióle en pago de sus buenos oficios las importantes plazas de Tarifa y Algeciras, llaves de España en el Estrecho. Yakub se apresuró á aceptar tan ventajosas proposiciones, contestó á Mohamed II en este sentido y comenzó desde luego á hacer grandes preparativos para realizar una empresa, que desde el emperador Almoravide YussufBen-Taschfin, habia sido la mas señalada de cuantas acometieron los Emires africanos que se habian sucedido en el discurso de ciento noventa años.

Al rayar la primavera del de 1275, el princi-

pe de los Beni-Merines salió de Fez para Tánger, punto de reunion señalado á las tribus africanas convocadas para la *Guerra Santa*, y en el cual debia verificarse el embarque del ejército espedicionario. En el entretanto que este se reunia en número suficiente para acometer tan arriesgada empresa, Yakub Abu-Yussuf envió á su hijo Abu-Zeyan al frente de cinco mil ginetes escojidos para tomar posesion de Tarifa y Aljeciras. El jóven caudillo desembarcó en la primera de las dos plazas en el mes de abril de aquel año, y tres dias despues del acto de la toma de posesion en nombre del emperador de Fez y Marruecos, verificó una espedicion por los distritos de Aljeciras y Sidonia hasta las cercanías de Jerez. Cargado de cautivos y despojos, que envió á Mauritania, regresó á Tarifa, y de aquí pasó á Aljeciras, donde se habian reunido el sultan de Granada y los walies rebeldes, despues de haber celebrado una tregua al tener noticias del desembarco de los africanos en las costas de Andalucia.

Desde aquella primera y venturosa correria hasta el mes de agosto permanecieron en suspenso las hostilidades esperando la llegado del Emir, que al fin desembarcó en Tarifa á las diez de la mañana del 15 de aquel mes, al frente de un innumerable enjambre de moros. En el mismo dia pasó á Aljeciras donde permanecian Mohamed II y sus ya dóciles walies, á quienes Yukub Abu-Yussuf reconcilió, al menos en la apariencia.

Realizado el primer objeto de la espedicion, tratóse de llevar á cabo el segundo y mas importante,

que era el reconquistar la Andalucía para la raza musulmana y espulsar de su suelo ó imponer la dura ley del vencedor á los cristianos. Al efecto púsose á discusion en consejo de generales los medios y la manera conducente al propósito, y se convino entre otras cosas, que el ejército aliado granadino-africano se dividiera en tres cuerpos: el primero al mando del Emir Yakub deberia operar en la Andalucía occidental tomando á Sevilla para hacer de esta ciudad la base de sus operaciones; el segundo capitaneado por los walies de Málaga, Guadix y Comares, marcharia sobre la central, teniendo á Córdoba por punto objetivo, y el tercero á las órdenes del sultan de Granada operaria en la oriental haciendo de Jaen el centro de sus operaciones. Como se vé, el plan de la campaña estaba hábilmente combinado dentro de los preceptos del arte de la guerra en aquellos tiempos. El innumerable ejército invasor debia marchar de frente, de Sur á Norte, obrando á manera de una inmensa red barredera, uno de cuyos estremos se apoyaria en el Guadalquivir y el otro en la línea que separa las provincias de Almería y Granada de la de Murcia.

El ejército musulman (dice el *Kartasch menor* de Ben-Abd-el-Halim, en su diario circunstanciado del reinado de Abn-Yussuf-Yakub. Cárlos Romey) avanzó por el territorio de Andalucía y sus tropas se estendieron á manera de un torrente impetuoso ó como un enjambre descomunal de hambrientas langostas. La vanguardia, compuesta de cinco mil ginetes, acaudillados por Abn-Yakub, uno de los

hijos del Emir, se adelantó sin encontrar resistencia hasta Almodóvar en la comarca de Córdoba, y de aqui se corrió por el Este hasta Úbeda y Baeza, dejando un mar de sangre cristiana á sus espaldas, y una inmensa hoguera en la que se consumieron pueblos, aldeas, alquerias y cortijos; en términos, dice el *Kartasch menor*, que no quedó casa sin quemar, árbol que no fuera cortado ni camqo sin talar. Llenaron los Beni-Merines sus manos con todo género de despojos, hombres, niños y mugeres cautivos, alhajas y caudales bajo cuyo peso sucumbian las bestias de carga. Veíanse aquellos bárbaros los unos correr hácia adelante con la espada desnuda y la tea encendida, y á los otros retroceder pastoreando inmensos rebaños de potros, bueyes y ovejas y conduciendo largas cuerdas de cautivos, obedeciendo la órden del Emir, que dispusiera la reunion de toda la presa en un solo punto para trasportarla al África. Por espacio de muchas semanas se vió correr paralelo al Guadalquivir, desde su nacimiento hasta la confluencia del Genil un rio de sangre que acarreaba mil despojos de la muerte y la riqueza de las comarcas mas fértiles de Andalucía.

Talado y despoblado el pais, pues sus habitantes, muertos los unos al filo de los sables africanos, esclavos los otros y huyendo los mas, lo dejaron abandonado, el Emir de los musulmanes con noticias que tuvo de haberse puesto en movimiento un ejército cristiano que á marchas forzadas se dirigia hácia Andalucía, renunció á combatir las grandes

ciudades ante las cuales se hubiera visto detenido por los trabajos de un largo sitio, y mandó reconcentrar todas las divisiones en las cercanías de Ecija para esperar al enemigo. Reunido estaba el emperador de Fez y Marruecos con los principales caudillos y jeques de los Beni-Merines para tomar consejo acerca de lo que convenia hacer en aquellas circunstancias, cuando les llegó un correo con la noticia de la próxima llegada del ejército cristiano. En efecto, á los pocos momentos aparecieron las masas de infantería enemiga formadas en dos líneas y seguidas por la caballería. Era la hueste del Adelantado de aquella frontera, conde D. Nuño de Lara, el antiguo motor de la rebelion de los Ricos-hombres castellanos, quien en alas de su bizarra arrogancia no bien avistó los pendones africanos, sin contar los enemigos, sin cuidarse de la enorme desproporcion numérica, se lanzó á la carga como caudillo jamás vencido en el campo de batalla. El Emir de los musulmanes envió sus escuadrones zenetas para contener á los cristianos, y en tanto que unos y otros se acuchillaban gallardamente, la infantería africana se corrió por los flancos de la hueste castellana, y haciendo luego converjer las dos estremidades superiores de sus líneas sobre un punto, y apoyando las inferiores en su caballería formaron un círculo inquebrantable en el centro del cual combatieron largo tiempo y como leones los cristianos, hasta sucumbir todos, salvo un corto número que huyó á la cercana ciudad de Ecija, cada soldado en el puesto que ocupaba. Entre las

víctimas de aquel temerario arrojo se contó al esforzado D. Nuño de Lara con cuatrocientos escuderos de su casa y escolta. La funesta batalla de Ecija, «acaeció, dice el *Kartusch menor*, en sábado del bendito mes de rabi-el-awal, aniversario del nacimiento de nuestro profeta Mahoma (S. S. S.) en el año 674 de la Hejira (8 de setiembre de 1275).» El Emir Abu-Yussuf, envió la cabeza del sin ventura D. Nuño al rey Mohamed de Granada, y cuenta la crónica que al recibirla y contemplar las lívidas facciones del antiguo amigo de su padre y suyo, se cubrió el rostro con las manos, y esclamó: «Guala! que no merecía tal muerte mi buen amigo!»

Lo inesperado y tremendo de la invasion de los Beni-Merines en Andalucía habia conmovido hondamente la España toda, que desde la batalla de las Navas y la espulsion de la raza mauritana por las armas de Fernando III y D. Jaime de Aragon, se creia ya libre de tan espantosa calamidad. El príncipe D. Fernando de la Cerda, que gobernaba el reino durante la ausencia de su padre Alfonso X, hizo un llamamiento en Búrgos donde se encontraba, á todos los ricos-hombres y consejos para que acudiesen á la defensa general. Reunida parte de la hueste y despues de dar órden que en el camino se le fuesen incorporando las tropas de los paises que tenia que atravesar, se puso en marcha hácia Andalucía; más al llegar á Ciudad-Real, enfermó y falleció á fines de agosto, pocos dias antes de la desgraciada batalla de Ecija. Este malogrado prín-

cipe pocos momentos antes de espirar, recomendó *mucho afincadamente* á D. Juan Nuño de Lara, hijo mayor de D. Nuño, á quien esperaba una muerte gloriosa en el campo de batalla, cuidase de su esposa é hijos, y preparáse los medios para que su primogénito Alfonso sucediese en el reino á la muerte de su padre D. Alfonso X.

Entre tanto D. Sancho, hijo segundo de D. Alfonso, bizarro príncipe que á los diez y ocho años se habia señalado por su valor en la guerra, al tener noticia del fallecimiento de su hermano se dirijió á marchas forzadas con su hueste hácia Ciudad-Real, dispuesto ó recoger la herencia de don Fernando de la Cerda. Llegado á esta ciudad confederóse inmediatamente con D. Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, y otros ricos-hombres que supo ganar á su partido, y se hizo reconocer y proclamar *hijo mayor del rey, sucesor y heredero de estos reinos.* Con propósito de mostrarse digno de tan elevado título, dispuso continuar sin pérdida de momento la guerra que el malogro de su hermano dejára en suspenso. Al efecto, púsose en marcha con la hueste castellana hácia Córdoba, dió á D. Lope Diaz de Haro el cargo de defender la frontera, y mandando reforzar las guarniciones y reparar las defensas de las plazas pasó á Sevilla donde dispuso que la armada de Castilla se hiciese á la mar y cruzara por las cercanias del Estrecho para impedir que los Beni-Merines recibiesen socorro de Africa.

En aquellos dias las armas cristianas sufrieron un nuevo descalabro, acompañado de circunstan-

ciasanálogas á las que tanto se señalaron en la derrota de Ecija. El infante D. Sancho, arzobispo de Toledo y hermano de la reina D.ª Violante, con menos prudencia y esperiencia en las armas que animoso corazon, acometió con escasas fuerzas de caballería en las mismas puertas de Martos, (11 de octubre) una division de Africanos que hacia mucho tiempo estaba estragando la comarca de Jaen. El resultado de su temerario arrojo fué el esterminio de sus soldados, y la muerte cruel que recibió, despues de hecho prisionero, de manos de un Granadino, que dirimió con tan bárbara manera la cuestion que se habia suscitado entre Andaluces y Africanos sobre quien dispondria del cautivo. Dos dias despues llegó sobre Jaen D. Lope de Haro con su hueste, sorprendió á los Africanos cerca de Him-Azahara, y trabó con ellos una refriega sangrienta en la que la victoria quedó indecisa. En aquella accion de guerra comenzó á distinguirse el jóven Alfonso Perez de Guzman, que figura en la galeria de los héroes con el sobrenombre de *el Bueno*.

Apesar de sus venturosas y vandálicas correrias por la Andalucía central y de la fortuna que acompañó á sus armas en todos los encuentros, el emperador de Fez y Marruecos no pasó de Ecija, y tuvo que replegarse sobre Aljeciras, sin haber conseguido apoderarse de una sola plaza importante, ni haber poseido mas tierra que la que pisara, ni obtenido mas fruto de su formidable invasion que el cuantioso botin que hizo trasportar á Africa. Comprendió muy á su costa, que habian pasado

para nunca mas volver los tiempos en que la envidiada y codiciada Andalucía estaba á la merced de cualquier raza estrangera que tuviera empeño en apoderarse de ella.

En este estado encontró Alfonso X las cosas de su reino cuando regresó á España de su deplorable entrevista con el Papa en Balcaire. Habia conseguido como único fruto de sus dementes afanes por ceñir sus sienes con la corona de los Emperadores de Alemania, un cruel desengaño y una sangrienta humillacion que le hizo sufrir el pontífice Gregorio X; en tanto que su destino inexorable le arrebataba su hijo primogénito, dejando en su lugar sembrada sobre el suelo de España la funesta semilla de una guerra civil parricida, y en tanto que los feroces Africanos daban muerte gloriosa á su cuñado, arzobispo de Toledo, y al poderoso magnate D. Nuño de Lara. Sin embargo, no se le presentó tan desesperada la situacion de Andalucía, á pesar de encontrar en ella todo el ejército granadino en campaña, y ocupada toda su estremidad sur con una formidable irrupcion de bárbaros mauritanos, merced á las acertadas medidas que habia dictado su hijo D. Sancho para hostilizar sin trégua por mar y tierra á los invasores, y merced al socorro que le enviaba su suegro D. Jaime de Aragon para ayudarle á espulsar la morisma. En Toledo, donde se habia detenido, recibió D. Alfonso mensajeros que le enviaba Abu-Yussuf, pidiéndole una trégua de dos años, que el rey de Castilla se apresuró á suscribir, por mas que la situacion de los Beni-Me-

rines en Aljeciras fuese la mas comprometida, bloqueados como se encontraban por tierra, é incomunicados con el Africa por haberse apoderado la armada española del Estrecho.

Profunda indignacion causó al sultan de Granada aquel concierto llevado á cabo sin haber contado con él; mas comprendiendo que no le era posible mantener la guerra con sus solas fuerzas contra los ejércitos aliados de Castilla y de Aragon, enfrenó su despecho y pidió á D. Alfonso ser comprendido en el convenio. De la misma manera los walies de Málaga, Guadix y Comares disculpándose con que se habian visto obligados por la fuerza á terciar en la pasada guerra, suplicaron al rey de Castilla que los admitiese otra vez en su gracia.

Este fué el resultado de la primera *Guerra Santa*, ó mas bien diremos, pasajera mansion de los Beni-Merines en Andalucía. Duró cinco meses y tres dias, desde el 15 de agosto de 1275 en que desembarcó Abu-Yussuf en Tarifa, hasta el 18 de marzo de 1276 en que regresó á la ciudad de Fez, donde entró el 15 de Schaban del año 674 de la Hejira, ó sea el 2 de febrero de 1276 (Kartasch el Saghyr.)

En cuanto á Mohamed de Granada, víctima de la política falaz de su aliado el Emir de África, y arrepentido demasiado tarde de haberle entregado Tarifa y Aljeciras, llaves de Andalucía, aprovechó los dos años de paz que le proporcionó la tregua asentada entre D. Alfonso y Abu-Yussuf en continuar la obra del embellecimiento de Granada, empezada y tan adelantada por su padre, y en fomen-

tar el desarrollo de la cultura y riqueza moral y material de su pueblo. Poeta y orador distinguido, Mohamed, hizo de su alcázar una academia donde concurrian los hombres mas doctos de Andalucía filósofos, literatos, médicos, astrónomos y cuantos hombres cultivaban con provecho las ciencias y las letras. Así aquel pequeño reino olvidado del mundo entero en medio de sus pintorescas sierras se habia convertido en un templo donde se refugiaran los restos de aquella sábia y brillante cultura del califato de Córdoba; en tanto que el eterno é irreconciliable enemigo de aquella egréjia y desgraciada raza árabe-andaluza, el reino de Castilla, cualquiera de cuyas provincias media mas estension territorial que los estados que se mantenian fieles al hijo de Ben-al-Ahmar, hervia en discordias intestinas, que arrancando del seno de la familia real se propagaban por todos los ámbitos de la monarquía.

En efecto, la ambicion de gloria que atormentaba al infante D. Sancho mantenia al reino todo en un estado de inquietud que anunciaba dias de grave perturbacion. No bien ajustadas las treguas entre su padre y el Emperador de Marruecos, acudió desalado á Toledo para solicitar del rey que lo declarase su inmediato sucesor, con esclusion de los hijos de su hermano D. Fernando de la Cerda. Vaciló D. Alfonso en asentir á los deseos de su hijo, dado que ya tenia fijado en su célebre código de las Partidas el órden de sucesion á la corona con arreglo al derecho romano, por el cual el príncipe muer-

to traspasa todos sus derechos á la persona de sus hijos. Empero, de un lado el no ser todavia ley en Castilla, y del otro hostigado por las instancias de su hermano el infante D. Manuel, del señor de Vizcaya D. Lope Diaz de Haro y aceptando el dictámen de su consejo, asintió á la pretension de su hijo segundo, y convocando córtes en Segovia hizo reconocer y jurar en ellas á D. Sancho sucesor y heredero del trono de Castilla (1276).

Motivo fué esta declaracion de sérios disturbios interiores y de graves complicaciones con Francia, cuya relacion omitimos por no haberse hecho sentir las unas ni las otras en Andalucía. Afortunadamente fueron dominadas por el momento, gracias á la eficaz intervencion en este asunto del papa Juan XXI y de su sucesor Nicolás III.

En tanto que aquellos lamentables sucesos traian desasosegado el reino de Castilla, la fé púnica de los africanos volvió á encender la guerra en Andalucía. El emperador de Marruecos atropellando el convenio firmado en el año anterior con D. Alfonso, desembarcó en junio de 1277 en Aljeciras, y se dirigió con numerosa hueste á Ronda; donde se le incorporaron al frente de sus respectivas banderas los walies de Málaga y Guadix. Con ellos marchó sobre Sevilla ante cuyos muros puso sus reales el dia 22 de julio, con ánimo de apoderarse de tan importante ciudad. No bien tuvo noticia D. Alfonso de la perfidia del Emir que poco tiempo antes habia solicitado una tregua para salvarse de la dificil situacion en que se veia comprometido, llénose de

justa saña y dispuso salir ejecutivamente á combatir al perjuro invasor. Reunida la hueste marchó en busca de los Beni-Merines á quienes avistó en las orillas del Guadalquivir. Ambos ejércitos se dispusieron para la batalla. «El de los cristianos (dice el *Kartasch menor* única crónica que da noticia de la campaña de 1277, no referida por Conde ni por ningun autor español, que sepamos) se escuadronó en vistosa formacion. Sus guerreros lucian bruñidos cascos, cotas de malla completas y blandian espadas que relampagueaban heridas por los rayos del sol. Los musulmanes se llenaron de temor ante aquel marcial aparato; empero los reanimó y fortaleció el Emir. Empeñada la refriega (13 de agosto) Dios concedió el laurel de la victoria á los fieles.» El rey D. Alfonso se refugió en Sevilla donde se preparó para sostener un sitio. El Emir se desentendió de él, y marchó sobre Alcalá de Guadaira cuyo pueblo y fortaleza tomó por asalto. De Alcalá retrocedió hácia Jerez en cuyo distrito se le unió el rey de Granada. Juntos revolvieron sobre Córdoba que intentaron ocupar por fuerza de armas. Perdida la esperanza de conquistar la antigua córte del Califato dirijiéronse sobre Jaen, cuyas tierras talaron é incendiaron. Hallándose en Baeza el Emir de los musulmanes recibió cartas y mensajeros de Alfonso, pidiéndole la paz. Concediósela Yussuf de acuerdo con el rey de Granada, y ajustaron un tratado que fué ratificado en Aljeciras á fines de Ramadan del año 676 (Febrero 1278).

Esta es la sucinta narracion de la campaña de

1277, de la cual, repetimos, no dan noticia Conde ni las crónicas españolas, pero que tenemos por cierta no solo en atencion al crédito que merece el historiador magrebino que la refiere, sino porque en aquel mismo año D. Alfonso X tomó la iniciativa en una nueva guerra entre cristianos y moros, y la inauguró con un hecho de armas, que si bien desgraciado y decisivo para aquella campaña, revela que el suceso pasado le habia abierto los ojos sobre la verdadera situacion de su reino en sus relaciones con la raza africana. Es así que no podia ocultarse á la clara inteligencia de aquel monarca, tan digno de mejores tiempos, que Andalucía no se consideraría completamente protejida y resguardada de nuevas invasiones procedentes de África en tanto que sus plazas fuertes sobre el Estrecho estuviesen en poder de los reyes mauritanos, que encontraban en ellas toda la comodidad y toda la seguridad necesaria para verificar sus irrupciones en la Península; dado que carecian de una marina militar suficientemente respetable para trasladar en poco tiempo y facilitar el desembarco de los innumerables ejércitos con que aseguraban el éxito de sus empresas en Andalucía. En tal virtud se propuso conquistar aquellas plazas como preliminar indispensable para llevar á cabo la definitiva espulsion de la raza musulmana enseñoreada todavía de una parte del territorio español.

Al efecto, mandó aparejar en los puertos de sus reinos cuantas naves de guerra estuviesen disponibles para hacerse á la mar. Reuniéronse estas en

número considerable, pues ascendia á 24 buques de gran porte, 80 galeras armadas para la guerra y un enjambre de barcos lijeros. En tanto que se disponia esta escuadra, verdaderamente formidable para Castilla en aquellos tiempos, reuníase en Sevilla un ejército numeroso cuyo mando confió el rey al infante D. Pedro, su hijo tercero.

A principios del verano de 1278 las aguas de Aljeciras y las cercanías de la ciudad se vieron cubiertas de naves y de tropas de tierra, que establecieron un estrecho cerco sobre la plaza. Trascurrieron muchos meses de infructuosos ataques, pero de tan apretado bloqueo que el vecindario y la guarnicion musulmana de Aljeciras se vieron reducidos á los estremos de la desesperacion, por falta de víveres y de todo auxilio humano. No era ciertamente mejor la situacion de las fuerzas sitiadoras. A los escesivos calores de la estacion en aquel abrasado clima, y á la falta casi total de dinero y de vitualla en el campamento vino á agregarse una mortífera epidemia que se declaró en la escuadra. A fin de contener sus estragos se dispuso que las tripulaciones desembarcasen en la playa con lo cual la peste invadió tambien los reales castellanos. Tantas privaciones y miserias causaron una horrorosa mortandad en los sitiadores, que comenzaban á desesperar del éxito de la empresa, cuando un suceso doloroso é inesperado aceleró el desenlace de aquella funesta situacion.

Noticioso el emperador de Marruecos del miserable estado en que se encontraban la armada y el

ejército cristiano así como del aprieto en que se encontraba la plaza,—que no pudo socorrer cuando fué requerido al efecto, á causa de los grandes temporales que durante mucho tiempo tuvieron interceptado el Estrecho—dispuso, en cuanto abonanzó el tiempo, que su hijo Yussuf pasase á Tángér donde se habilitó una flota de veinticuatro galeras, con las que el príncipe africano cayó de improviso sobre las casi abandonadas naves castellanas, que fueron todas quemadas ó apresadas con muerte de su escasa y enferma tripulacion. Entre los pocos marinos cristianos que los moros hicieron prisioneros se contaron el almirante, un pariente del rey de Castilla, el príncipe de Bayona y varios capitanes principales. Este desastre marítimo y el incendio de los reales castellanos que los africanos realizaron á seguida de la destruccion de la escuadra, obligaron al infante D. Pedro á levantar apresuradamente el sitio (julio de 1279) y á huir dejando abandonados los bagajes á la rapacidad del enemigo. Tal fué el desenlace de aquella la mas importante empresa naval y militar que D. Alfonso X acometió contra los moros en los años de su reinado.

En el año siguiente, 1280, el sultan de Granada, juzgando la situacion favorable á sus miras con e duro quebranto que las armas cristianas habian sufrido delante de los muros de Aljeciras, abrió la campaña entrando por los estados del de Castilla en Andalucía y haciendo víctimas de sus depredaciones las comarcas de Ecija y Córdoba. D. Alfonso acudió en persona al frente de una hueste para rechazar á

los granadinos; mas habiendo adolecido de la vista entregó el mando á su hijo D. Sancho. Esta campaña no fué menos desgraciada que la del año anterior para las armas cristianas; pues habiendo caido D. Sancho con su ejército en una emboscada los granadinos le mataron mas de tres mil soldados y entre ellos muchos caballeros principales.

Entre tanto el rey Felipe de Francia, enojado por el desheredamiento de sus sobrinos los infantes de la Cerda, hijos de su hermana Blanca y del malogrado primogénito de D. Alfonso, se disponia á renovar las hostilidades contra Castilla, cuando por nueva intervencion del pontífice ambos reyes convinieron en desagraviarse mútuamente, para lo cual acordaron celebrar una entrevista en Bayona. El resultado de aquellas conferencias fué, que don Alonso X, abuelo de los infantes de la Cerda, concedió al mayor D. Alfonso el reino de Jaen, con la obligacion de hacerle pleito homenaje por él como á su soberano. Felipe de Francia, aceptó la cesion en nombre de su sobrino, y en tal virtud se firmó el tratado que debia garantizar la ejecucion del convenio.

Mas el infante D. Sancho, considerando aquella cesion como atentatoria á la integridad del reino que estaba llamado á heredar de su padre, se opuso á su ejecucion, protestando tumultuariamente en union de sus muchos parciales contra el tratado de Bayona. Enconáronse mas y mas los ánimos; menudearon los tratos y conferencias entre los conjurados y los reyes de Portugal y Granada que espera-

ban obtener ventajas de las discordias que agitaban el reino de Castilla, y preparábase, en fin, el total rompimiento entre el padre y el hijo, que tantas calamidades habia de ocasionar á Castilla.

La campaña que en 1281 abrió el rey D. Alfonso contra los Granadinos aplazó por poco tiempo el suceso de la guerra civil que ya se consideraba como inevitable. Tan desgraciados como en las dos anteriores, los cristianos que acaudillados por don Alfonso y D. Sancho se acercaron á las puertas de Granada fueron completamente derrotados por Mohamed II (junio) y regresaron á Córdoba sin haber sacado provecho alguno de esta jornada.

«Desde este tiempo, dice un historiador moderno, subieron de punto los errores y desaciertos de Alfonso X de Castilla, errores que acabaron de enajenarle las voluntades de sus vasallos, ya no muy satisfechos de su gobierno, que le atrajeron los enemigos de su hijo y heredero D. Sancho, y que ocasionaron grandes discordias y perturbaciones en el país, y que costaron la corona y la vida á un monarca que mereció el dictado de Sábio, pero que habia empleado su sabiduría mas en el conocimiento de las cosas de los astros que en el de los hombres que aquí en la tierra tenia que regir y gobernar.»

Con el fin de atajar los males que afligian á su reino y prevenir los mayores que se veian en cercana perspectiva, D. Alonso convocó córtes en Sevilla (1281). Mas esta asamblea fué un nuevo combustible echado á la hoguera; dado que en ella jer-

minaron nuevos resentimientos entre el padre y el hijo. Por último, tras visicitudes mil, cuya narracion no es de este lugar, D. Sancho se declaró en abierta rebeldía contra su padre, y se hizo proclamar rey en las córtes que de su propia autoridad convocó en Valladolid (1282), donde concurrió toda la nobleza castellana y leonesa.

Apurados, por parte de D. Alfonso, todos los medios conciliadores, reunió su consejo en Sevilla, y ante este y el pueblo llamado á presenciar el acto, declaró desheredado de la corona á su hijo D. Sancho, y lo escomulgó por impío, parricida, rebelde y contumaz; (Zurita. A. de Aragon).

D. Sancho se desentendió de aquella escomunion; y D. Alfonso reducido á la sola ciudad de Sevilla, abandonado de todos los príncipes de la cristiandad á quienes habia implorado infrúctuosamente, y privado hasta de medios para atender al decoro de su persona, recurrió al estremo de solicitar la alianza del emperador de Fez y Marruecos, y le remitió su corona para que sobre ella le prestase alguna cantidad. El Emir de los musulmanes le envió sesenta mil doblas de oro y con ellas la promesa de acudir en su socorro.

Sobresaltado D. Sancho çon aquella alianza que amenazaba producir una larga guerra civil en España, solicitó con premura la del sultan de Granada, ofreciéndole el fuerte de Arenas por prenda de su palabra. Aceptóla Mohamed II, y en una entrevista que tuvo en Priego con el príncipe rebelde, rati-

ficaron aquella alianza y trazaron el plan de la campaña.

En julio de 1282, desembarcó Abu-Yussuf Yakub, en Aljeciras (Kartasch menor) y continuó su marcha hasta Zahara. Acudió D. Alfonso á esta ciudad para estrechar su alianza con el emperador de Marruecos, y convenidos los dos soberanos marchó unida al ejército africano la corta hueste cristiana sobre Córdoba, donde se habia hecho fuerte D. Sancho. Al mes de puesto el sitio tuvieron que levantarlo noticiosos de la aproximacion de un numeroso ejército granadino que acudia en socorro de la plaza. El cristiano-africano se retiró talando las cercanías de Andújar y Jaen; fué alcanzado y derrotado cerca de Úbeda por Mohamed II, despues de cuyo descalabro D. Alfonso regresó á Sevilla y el Emir retrocedió sobre Aljeciras.

En abril de 1283, el Emir, resentido de la derrota que le hiciera sufrir el sultan de Granada en los campos de Úbeda, pasó á Málaga, tomó á Kartama, Schil y otros castillos del reino de Granada, y se disponia á continuar la guerra contra Mohamed, cuando este recurrió para conjurar la tormenta que se cernia sobre sus estados á la mediacion del príncipe Yussuf, hijo de Yakub; quien negoció en secreto la paz entre los dos soberanos musulmanes, y recabó de su padre que se desentendiese mañosamente de los granadinos y solo hiciese armas contra los cristianos. En su consecuencia, Yussuf-Yakub, abrió la campaña en territorio de Córdoba contra D. Sancho, á quien derrotó en un encuentro.

Despues de esta victoria dejó la presa y principal bagaje en la fortaleza de Baeza, y marchó á lijera á tierra de Toledo, cuyos pueblos y campos corrió á hierro y fuego, hecho lo cual se volvió á Aljeciras, cargado de despojos y cautivos. Durante esta campaña, no solo respetó los estados del rey de Granada, sino que impidió que la hueste de D. Alfonso causase en ellos el menor desman. Sospechando los castellanos alguna alevosía de parte del Emir, abandonaron sus reales y se volvieron á Sevilla, donde infundieron en el ánimo de D. Alfonso sus propias inquietudes acerca de los tratos secretos entre el emperador de Marruecos y el rey de Granada.

Dióles oido D. Alfonso, y en este sentido escribió al Emir de los musulmanes. Yakub se disculpó, y en prueba de la lealtad con que habia suscrito á la alianza le ofreció abrir de nuevo la campaña contra todos sus enemigos. Mas la proximidad del otoño y los negocios de su gobierno en Africa le retrajeron de cumplir el ofrecimiento, en cuya virtud, desde Aljeciras regresó á la Mauritania en octubre de 1283 (Kàrtasch el Sahir).

Pocos meses despues, en abril de 1284, falleció en Sevilla D. Alfonso X, á los 62 años de edad, y 32 de reinado. Diéronle sepultura en la iglesia de Santa María, junto al rey D. Fernando, su padre, segun él lo dejara dispuesto.

Fué D. Alfonso X, mas conocido con el nombre antonomástico de *El Rey Sábio*, uno de los mayores monarcas que tuvo España, considerándolo como

legislador, filósofo, historiador, matemático, astrónomo y poeta. Dedicado desde sus mas tiernos años á estudios fundamentales, y versado en cuantas ciencias se conocian á la sazon, dió á España un vigoroso impulso por el camino de la cultura intelectual. Fomentó la universidad de Salamanca, creada por su abuelo D. Alfonso IX, estableciendo en ella cátedras de derecho civil, dos de canónico, otras dos de filosofía y una de música, cuyos profesores dotó generosamente. Como filósofo, supónenle autor de un tratado de filosofía intitulado *El Tesoro*; como historiador, compuso la *Crónica general de España*, una de las joyas literarias de nuestra nacion; como matemático y astrónomo tomó una parte principal en la formacion de las *Tablas Astronómicas* llamadas de su nombre, *Alfonsinas*; como poeta, mostró gran copia de erudicion, atildado y galano decir en sus *cántigas* y en sus *querellas*. Y en estas, como en todas sus obras escritas, es forzoso concederle el envidiable mérito de haber creado la prosa castellana «no esta descolorida prosa de nuestros dias falta de carácter y de individualidad, que con harta frecuencia es pura y simplemente el idioma francés traducido palabra por palabra al español; sino la verdadera prosa castellana, la de los buenos tiempos antiguos, prosa que espresa con tanta fidelidad el carácter español; prosa, en fin, sonora, armoniosa, rica, grave, noble y sencilla al mismo tiempo;— y esto en un tiempo en que los demás pueblos de Europa, sin esceptuar los italianos, estaban muy le-

jos todavia de haber producido una obra que se recomendase por su buen estilo.» (Dozy. *Recherches*, p. 384.)

Por último, como lejislador, y en esto se funda su mayor gloria, «estableció la unidad del derecho, tan necesaria ya á un Estado que habia dado tan grandes pasos hacia la unidad material, con el *Fuero Real de España*, coleccion legislativa interesante y útil como obra de actualidad y de inmediata aplicacion; y terminó y dejó á la nacion como un precioso regalo para el porvenir, el célebre código de las *Siete Partidas*, la obra mas grande y colosal de la edad media, y el monumento que nos asombra todavia al cabo del trascurso de seis siglos.» (Lafuente).

Precisamente en esta envidiable gloria que como legislador se conquistó entre sus contemporáneos y en la posteridad el *Rey Sábio*, encontramos nosotros la causa secreta pero verdadera del descontento y de la rebelion que por los años de 1270 estalló en Castilla contra D. Alfonso X.

Opinamos, pues, que no hay que atribuir precisamente aquellas profundas alteraciones en el reino, aquella incalificable defeccion que teniendo el enemigo en frente cometió la nobleza castellana, á la alteracion de la moneda decretada con acuerdo de las cortes en dos ocasiones por D. Alfonso; ni á la renuncia que hizo en el príncipe Eduardo, hijo del rey Enrique III de Inglaterra, con motivo de su casamiento con la infanta D.ª Leonor su hermana (1294), de todos los derechos que tuviera ó pudiera tener al ducado de Gascuña, que pertenecia á la

corona de Castilla desde el matrimonio de la princesa Leonor de Inglaterra con D. Alfonso VIII; ni á la donacion que por los años de 1265 hizo á su hija bastarda D.ª Beatriz, casada con el infante Don Dionisio de Portugal, del dominio y jurisdiccion del Algarbe, á título de feudo, de que mas tarde, en 1269, quedaron relevados por voluntad espresa del rey de Castilla; ni á sus legítimas pretensiones al imperio de Alemania, que mantuvieron á España falta de gobierno durante muchos años, y la empobrecieron con el mucho oro que de ella sacó el rey de Castilla para cohechar en Roma y comprar en Alemania votos favorables á su eleccion; ni á la cesion que del reino de Jaen hizo á su nieto el infante de la Cerda para desarmar al rey Felipe de Francia, tio materno de los príncipes desheredados; á ninguno de estos motivos, en fin, que, cuando mas pudieron servir de liviano pretesto á una trascendentalísima rebelion, que andando el tiempo acabó por atraer á sus miras al príncipe declarado heredero de la corona de Castilla, sino á la publicacion del *Fuero del Libro,* ó *Fuero Real*, que en 1259 dió D. Alfonso X á los Consejos de Castilla, para anular con él todos los fueros municipales que venian sirviendo de regla y norma en los tribunales de Castilla.

«Sintieron desde luego los Nobles é Hijosdalgos castellanos, (Asso y Manuel. Discurso preliminar al Fuero Viejo de Castilla) el que por estas disposiciones se les despojase de sus antiguas leyes, y lo resistieron con empeño hasta que en el año 1270

hicieron el último esfuerzo para oponerse á su ejecucion, reuniéndose ya amotinados y conjurados contra la magestad en la villa de Lerma. Hubo entre el rey D. Alfonso X y el estado noble de Castilla bastantes motivos de resentimiento; hasta que convencido el primero de las fatales consecuencias que amenazaban á sus Estados, á pesar de lo opuesto que desde el dia de su coronacion se habia manifestado á los privilegios y exenciones que gozaba la nobleza castellana, se avino á restituir á los Hijosdalgos de Castilla sus antiguas leyes y *Fuero*, conforme lo gozaban en los tiempos de D. Alfonso el Noble y de su Santo padre D. Fernando.»

Debemos advertir que el *Fuero Real*, cuya publicacion causó tan lamentables perturbaciones en el reino, fué adoptado desde luego y sin resistencia en Sevilla, Córdoba, Jaen, y en toda la Andalucia cristiana.

VIII.

DEFINITIVA ESPULSION DE LA RAZA MAURITANA DE ANDALUCIA. REINADO DE D. SANCHO EL BRAVO.

1284 Á 1295.

Al morir D. Alfonso X dejó, por sus dos testamentos hechos en Sevilla, el primero á 8 de Noviembre de 1283, y el segundo á 22 de enero de 1284, por herederos de todos sus reinos á los infantes de la Cerda D. Alfonso y D. Fernando sus nietos; derogando, por consiguiente, la declaracion que hiciera en favor de su hijo D. Sancho ántes de que se levantara en armas contra él. Sin embargo, asegúrase que le perdonó poco ántes de su fallecimiento. De todas maneras, es evidente que ratificó sus primeras disposiciones testamentarias, puesto que dejó los reinos de Sevilla y Badajoz á su hijo el infante D. Juan, y el de Murcia á D. Jaime, con obligacion de reconocerse vasallos del rey de Castilla.

Hallábase D. Sancho en Ávila cuando recibió la

nueva del fallecimiento de su padre. Manifestó gran desconsuelo, lo cual no le impidió pasar inmediatamente á Toledo, donde desentendiéndose del testamento y última voluntad de D. Alfonso, se hizo jurar rey de Castilla y de Leon (Abril de 1284.) Terminada la ceremonia de la jura, dirijióse sobre Sevilla, de cuyo reino el infante D. Juan, su hermano, habia tomado posesion. La sola presencia de D. Sancho bastó para despojar al infante de su soberanía, y el rey hizo su entrada en Sevilla en medio de las aclamaciones del pueblo.

En esta ciudad recibió una embajada granadina que venia á felicitarle en nombre de Mohamed II, su antiguo amigo y aliado. No muchos dias despues llegó el caudillo Merinita Abd-el-Hae, con cartas del emperador de Marruecos, en las que el Emir de los Musulmanes brindaba al nuevo rey de Castilla con la misma amistad y alianza que habia tenido con su padre. D. Sancho recibió con destemplada arrogancia aquel acto de cortesía con que un principe Africano mostraba su acatamiento al derecho de gentes, y contestó al enviado: «Decid á vuestro Señor que hasta ahora no me ha hecho la guerra; pero que ni la temo ni la deseo. Que estoy dispuesto á todo, *teniendo en una mano el pan y en la otra el palo*.»

No mucho tardaron en dejarse sentir las consecuencias de aquellas altivas palabras, pues á fines de aquel mismo año el emperador Yussuf desembarcó en Aljeciras con un crecido cuerpo de ejército, y corrió en son de guerra los distritos de Alcalá

de los Gazules, de Sidonia y de Jerez.

D. Sancho habia previsto sin duda este suceso, puesto que algun tiempo ántes de la invasion de los Beni-Merines, habia tomado á su servicio al célebre marino genovés, Miser Benito Zacharias, para que con doce galeras de su nacion tuviese la guarda del Estrecho. Entretanto llegaban, el rey de Castilla reunió los Consejos y milicias que estimaba necesarias para aquella campaña, y puesto á su frente marchó hácia Sevilla con ánimo de poner la ciudad en estado de defensa. Ya en ella no tardó en presentarse en las puertas de la ciudad una formidable division de caballeria musulmana, fuerte de 12,000 hombres, destacada desde los campos de Jerez por el Emir de los Musulmanes, y acaudillada por su hijo Abu-Yakub. A pesar de su número, y merced á una estratagema de que se valió Don Sancho, los Beni-Merines no se atrevieron á atacar la ciudad, y se retiraron á dar cuenta al Emir del mal éxito de su expedicion. Esto visto, el rey de Castilla salió de Sevilla al frente de una crecida hueste de «caballería, así de Cristianos como de «Musulmanes, y partió contra el rey Yussuf, que «tenia estrechamente cercada la ciudad de Jerez. «Noticioso de su llegada, el Emir no quiso aventu«rar una batalla con aquella gente tan osada y con«ducida por un rey *jóven y belicoso, lleno de esperan«zas y sin género de temor*. Asi que, Abu-Yussuf le«vantó el sitio y se retiró á Aljeciras.» (Conde. t. 3. c. XII.)

Poco tiempo despues el rey D. Sancho recibió

en Sevilla proposiciones de paz, así del emperador de Fez y Marruecos como del sultan Mohamed II de Granada. Pidió consejo á sus ricos-hombres sobre cual de las dos amistades le convenia aceptar; y como se desaviniesen los pareceres el rey obtó por la de los Beni-Merines, con disgusto del infante D. Juan y de algunos caballeros de su córte, que despechados se retiraron á sus tierras y señoríos, donde muy luego tomaron una actitud sospechosa, que fué orígen de funestas perturbaciones en el reino. En su consecuencia el rey de Castilla y el emperador de Marruecos tuvieron una entrevista en la que ajustaron una trégua de tres años, que costó al de África dos millones de maravedís. Hecho lo cual D. Sancho volvió á Sevilla, donde al poco tiempo su esposa D.ª Maria de Molina dió á luz un infante (6 diciembre de 1285) á quien se puso por nombre Fernando; y Abu-Yussuf regresó á Aljeciras, y «allí enfermó y pasó á la misericordia de Dios el año 685 en la luna de Safer» (1286) Conde, t. 3.° c. XII).

Las tréguas recientemente asentadas entre el rey de Castilla y el emperador de Marruecos se prolongaron mucho mas allá del plazo señalado en el convenio ajustado por ellos. Así que, durante aquellos años las armas cristianas y musulmanas permanecieron en reposo en Andalucía; si bien las discordias civiles y las complicaciones interiores é internacionales no se dieron un momento de descanso así en los Estados de D. Sancho como en los de Mohamed II. La poca influencia que tuvieron las

primeras y la no muy grave trascendencia que tuvieron las segundas en nuestra region, nos obliga á referir muy de lijero aquellos sucesos; limitándonos, por lo tanto, á señalar sus rasgos mas salientes, con objeto solamente de no dejar rezagado ningun acontecimiento importante, visto que todos ellos contribuyeron mas ó menos directamente á la realizacion de los dos grandes hechos históricos de aquel período de la Edad Media en España; estos son, la trabajosa consolidacion del poder real, y la laboriosa formacion de la unidad nacional.

Desembarazado D. Sancho de la guerra con los musulmanes, abrió negociaciones con el rey Felipe el *Hermoso*, para que Francia retirase la proteccion que dispensaba á los infantes de la Cerda, nietos de San Luis y sobrinos del rey de Castilla. Las negociaciones fracasaron por falta de tacto político de los enviados de D. Sancho. A la sazon tuvo principio la privanza de D. Lope de Haro, señor de Vizcaya, que andando el tiempo adquirió tan desmedido poder que acabó por eclipsar momentáneamente la majestad y persona del rey. Aquella privanza y el rigor con que D. Sancho trató á la nobleza produjeron alteraciones y alzamientos de parte de los ricos-hombres y señores á quienes capitaneaba el infante don Juan, hermano de don Sancho, que tuvieron un sangriento término en las córtes de Alfaro (1288). En la misma sala de las casas del rey, donde se celebraban las sesiones, fué muerto á golpes de espada D. Lope de Haro; mal

herido de mano de D. Sancho, su hermano D. Diego Lopez, y puesto en prision cargado de grillos el infante D. Juan.

Siguióse á esta escandalosa escena una guerra civil, en la cual los nobles descontentos unidos á la familia de Haro, proclamaron por rey de Castilla al infante D. Alfonso de la Cerda, auxiliados por el rey de Aragon, quien hostilizó al de Castilla si bien con poca fortuna. En situacion tan calamitosa continuó el reino hasta 1291, en cuyo año el rey Felipe de Francia renunció en nombre de los infantes de la Cerda todos los derechos de estos al trono de Castilla, obteniendo en compensacion, para el mayor D. Alfonso, el reino de Murcia en el concepto de feudatario de la corona de Castilla. Por otro lado, D. Jaime II, hermano y sucesor de D. Alfonso III de Aragon, propuso á D. Sancho su amistad, lo cual unido á la fortuna é inexorable justicia con que el rey de Castilla combatió y ahogó la rebelion en sus estados, devolvieron la paz al reino, y permitieron al esforzado monarca, con razon llamado el *Bravo*, volver toda su atencion hácia la *guerra del moro*, base principal de la política española en aquella edad.

En tanto que tenian lugar en los reinos cristianos los acontecimientos á que acabamos de aludir, en el musulman de la Península habian acontecido otros muchos sucesos menos graves y de carácter puramente político en sus relaciones con el soberano de Marruecos. Sin embargo, andando el tiempo complicáronse lo bastante para producir la guerra en-

tre Mohamed II de Granada, y Yussuf Abn-Yakub, hijo y sucesor en el imperio Mauritano, de Abu-Yussuf, muerto en 1286.

Resentido el nuevo Emir de los musulmanes de la doblez con que habia procedido en sus tratos el Sultan de Granada, cruzó el Estrecho (1291) al frente de un ejército y desembarcó en Aljeciras. A seguida abrió la campaña por los Estados de su enemigo, y llegó talando la tierra hasta Verger, cuyo cerco formalizó. Resistió la fortaleza el ataque; y en tanto se continuaban las operaciones del sitio, el Sultan de Granada renovó sus pactos de amistad y alianza con D. Sancho el Bravo; quien en su virtud se dispuso á marchar á Andalucía, despues de dar órden á su almirante Benito Zacharias para que con la flota castellana ocupase el Estrecho. Estas nuevas causaron la mas viva inquietud en el ánimo del emperador Abu-Yakub, quien temeroso de que le fuera cortada la retirada á África se dió prisa á levantar el cerco de Verger, y á embarcarse secretamente en Algeciras para Tánger.

En esta ciudad convocó las banderas de las provincias cercanas; y reunido que las hubo en número de doce mil caballos dió órden de aparejar suficientes barcos para conducirlas á Andalucía. Disponiéndose estaba el embarque del ejército espedicionario africano, cuando apareció la flota castellana que á la vista del Emir y de las numerosas fuerzas que tenia reunidas, quemó impunemente todos los barcos sarracenos que habia en la costa de Tánger (1292.) El Emir Abu-Yakub partió ardiendo en

impotente rabia hácia Fez, donde le llamaban atenciones urgentes de su reino.

Alentado con el éxito feliz de las primeras operaciones terrestres y marítimas de aquella campaña, D. Sancho de Castilla resolvió proseguirla con actividad y en mayor escala, acometiendo la empresa intentada por su padre D. Alfonso de arrebatar á los musulmanes todas las plazas que constituian la llave del Estrecho en las costas de Andalucía. Al efecto, mandó armar en los puertos de Galicia y Asturias todos los buques de guerra disponibles, con órden de incorporarse á la flota de Benito Zacharias que cruzaba los mares de Gibraltar, en tanto que el rey, reunida su hueste, llegaba á Sevilla, donde le acompañó la reina, que le seguia en todas sus campañas, y que dió á luz, en aquellos dias, en esta ciudad, al infante D. Felipe.

Terminados los preparativos, decidióse en Consejo de Ricos hombres y capitanes, conquistar la plaza de Tarifa por ser mas fronteriza al Africa y dominar mejor el Estrecho, por mas que el parecer de D. Sancho se inclinase á la de Aljeciras.

Poco despues, el rey Sancho de Castilla (conde t. 3.° C. XII,) fué á poner cerco á Tarifa y la redujo á grande aprieto combatiéndola sin cesar con muchas máquinas é injenios por mar y tierra; y aunque los de la ciudad la defendian bien, al fin la entró por fuerza de armas causando gran matanza en los musulmanes.» (21 de setiembre de 1292.)

Con la posesion de tan importante plaza, y en vista de la proximidad de la mala estacion, D. San-

cho resolvió dar por terminada la campaña de aquel año y regresó á Sevilla dejando en ella con una fuerte guarnicion al maestre de Calatrava, D. Rodrigo Perez Ponce, quien se obligó á pagar todos los gastos de su conservacion y defensa, mediante una indemnizacion que le otorgó el rey de dos millones de maravedis por año.

Sin embargo, en la primavera del año siguiente (1293) D. Alonso Perez de Guzman, que se habia enriquecido extraordinariamente, asistiendo al emperador de Marruecos en las guerras que durante los años anteriores habia mantenido con otros príncipes africanos, y que con aquellas riquezas adquiridas en la forma mas usual de aquellos tiempos, esto es, con la punta de la espada, habia comprado grandes territorios en Andalucía que unidos al señorio de Sanlúcar de Barrameda que heredara de sus mayores le constituian en uno de los mas opulentos magnates de la tierra, D. Alfonso de Guzman, repetimos, se ofreció á tener la plaza por el rey de Castilla por la suma anual de seiscientos mil maravedís, ofrecimiento á que suscribió D. Sancho.

Trascurrió aquel año en paz para Andalucía, provincia á quienes no podian afectar las perturbaciones del resto del reino, ni los graves disgustos que aquejaron á la sazon á D. Sancho, promovidos por la turbulenta nobleza castellana y mas principalmente por el incorrejible infante D. Juan, hermano del rey, que perseguido por este se refujió en Portugal, de donde fué espulsado á peticion del monarca de Castilla. Mal aconsejado por la ira, el des-

dichado infante abandonó aquel reino y pasó á Tánger donde ofreció su espada al emperador de Marruecos.

Aceptó sus servicios el Emir; y aun consintió en poner á sus órdenes una hueste africana para que hiciese la guerra al rey de Castilla su hermano, bajo la condicion de que abriría la campaña cercando y reconquistando á Tarifa. Una vez celebrado el convenio, el infante D. Juan al frente de cinco mil caballos mauritanos pasó de Tánger á Aljeciras donde se le incorporaron nuevas tropas con las que fué á poner sus reales delante de la plaza de Tarifa, cuyos muros comenzó desde luego á batir con un tren completo de máquinas é ingenios.

La bizarra guarnicion y su esforzado gobernador rechazaron gallardamente todos los ataques, en términos que el infante D. Juan, perdida la esperanza de cumplir por medios nobles la palabra que habia dado al Emir de los musulmanes, recurrió á un estremo cuya inaudita barbarie no es sin embargo tan espantosa como el acto de heroismo á que dió lugar. Habíase apoderado el desleal infante de un niño de muy corta edad, hijo de D. Alfonso Perez de Guzman, con el cual se puso á la voz de los de la plaza, y envió á decir á su gobernador que si no se la entregaba haria degollar en el acto aquella inocente víctima. El heróico Guzman contestó sin vacilar: *Antes querré que me mateis este hijo y otros cinco si los tuviese que non vos dar esta villa del rey mi señor, por la que le fice omenaje* (cron. gen. c. 10.) Y esto diciendo arrojó, desde el adarve al cam-

po, su propio cuchillo. El inhumano D. Juan mandó cercenar en el acto la cabeza al hijo de D. Alfonso, con el mismo puñal de su padre. Luego para colmo de feroz barbárie, mandóla arrojar con un *trabuquete* por encima de la muralla dentro de la plaza. El clamor que aquel horrible espectáculo levantó entre los cercados, sobresaltó á D. Alfonso de Guzman, quien despues de arrojar su puñal al infante se habia retirado á dar consuelo á su atribulada esposa. «*Cuidé*, esclamó, despues de enterado de la causa del vocerio *que los moros habian entrado la ciudad:*» y esto dicho volvió la espada á la vaina y se retiró con sereno continente.

Tan feroz sacrificio en lugar de cohibir el ánimo de la víctima que habia sobrevivido, aumentó, si cabe, su entereza para defender la plaza. Así que el bárbaro príncipe cristiano y sus auxiliares los moros tuvieron al fin que levantar el cerco de la plaza y retirarse vergonzosamente á Aljeciras (1294).

Aquel acto de heroismo sin ejemplo en los anales del mundo, valió á D. Alfonso el renombre de *Guzman el Bueno* conque ha llegado hasta nosotros su memoria, y con el que vivirá eternamente en la historia.

El suceso de Tarifa y el creciente é incontrastable poder terrestre y marítimo de las armas castellanas hizo comprender al emperador de Marruecos lo imposible que le seria conservar la ciudad de Aljeciras, única fortaleza que los moros poseian á la sazon en España. En su vista vendiósela al rey de Granada en una crecida cantidad de mitcales de

oro, con lo cual no quedó á los africanos un solo palmo de terreno en la Península donde asentar el pié.

Recobrada Aljeciras á tan poca costa, Mohamed II de Granada pensó en recuperar tambien por aquel medio la plaza de Tarifa. Al efecto, «solicitó del rey D. Sancho (conde t. 3.° cap. XIII) la restitucion de Tarifa que era suya habiéndosela usurpado el emperador de Marruecos. D. Sancho de Castilla le contestó que la plaza era suya por derecho de conquista, y que si valia alegar títulos antiguos él podia pedirle toda la tierra de Granada. Esto fué causa de que se rompiese la paz entre los dos reyes. El año 1294 entraron los fronteros de Granada en tierras de cristianos, y las talaron y saquearon. D. Sancho, hijo de Alfonso, sembró el terror entre los muslimes; é impetuoso y bravo, conquistó con gran hueste la fortaleza de Quesada, despues puso cerco á Medina-Al-Cabdat, combatida con máquinas é injenios, y la entró por fuerza de armas pasando á cuchillo y cautivando todos sus moradores; así mismo se apoderó de otros castillos de aquella tierra.»

Entretanto habiasele agravado á D. Sancho la enfermedad que contrajo en el cerco de Tarifa, en términos que sintiendo próximo su fin, pasó á Alcalá de Henares, donde otorgó su testamento ante el arzobispo de Toledo. En él dejó por heredero del trono á su primojénito D. Fernando, y nombró por tutora del rey y gobernadora del reino durante la menor edad del príncipe, á su mujer la reina

D.ª María de Molina, señora de gran prudencia y discrecion.

Esto hecho, hízose trasladar á Madrid, de donde fué llevado en hombros humanos á Toledo, y allí espiró en la noche del 25 de Abril de 1295 á los treinta y seis años de edad y once de reinado. Tuvo D. Sancho III, el *Bravo*, de su mujer D.ª María de Molina cinco hijos lejítimos y dos hijas: D. Fernando que le sucedió en el trono; D. Alfonso que murió poco antes que su padre; D. Enrique, D. Pedro, D. Felipe, D.ª Isabel y D.ª Beatriz.

En tiempo de este malogrado rey, cuyo amor á la integridad, dignidad é independencia de su reino rayó á la mayor altura, y que fué, indudablemente, el monarca español en quien brilló con mas intensidad aquella virtud, no solo no se desmembró una pulgada el territorio de Castilla, sino que se estendió y consolidó con la total y definitiva espulsion de España de la raza Mauritana; obra empezada con tanto vigor por Fernando III; proseguida con fortuna por Alfonso X y terminada de una vez y para siempre por Sancho el Bravo.

IX.

Reinado de Fernando IV.

1295 á 1312.

La arrogancia, el carácter independiente y el espíritu turbulento y batallador de la nobleza castellana, se exacerbaban y cobraban nuevos brios á medida que se robustecia y adquiria mas estension el poder real. Así que, vémosla aprovechar ó provocar todas las ocasiones para disputar á los reyes un poder que á ella se le iba de las manos, porque habia terminado su mision, desde el momento en que el reino de Castilla se dió por fronteras al norte el Occéano y al sur el Estrecho de Gibraltar, en tanto que este mismo poder se reconcentraba y fortalecía sobre el trono soberano, que comenzaba resueltamente la suya, y que no debia terminarla hasta el dia en que quedase definitivamente establecida la unidad nacional.

Si la sociedad debiera rejirse únicamente por las leyes que hacen los hombres, es indudable que el

derecho de la nobleza castellana no admitia discusion. Era un derecho no usurpado, sino lejítimamente adquirido; basado en leyes positivas y en una constitucion real, sancionada por todos los reyes de Castilla que se habian venido sucediendo desde los tiempos del conde Fernan Gonzalez. Pero como sobre las leyes que hacen los hombres con arreglo á circunstancias dadas y transitorias, están las leyes eternas que regulan la marcha y desarrollo de la sociedad, fuerza le es al historiador, aun á aquel que de mas imparcial blasone, absolver á los reyes castellanos de aquella época—instrumentos de que se valía la Providencia para los fines de su sábia voluntad—de las arbitrariedades y de los abusos de fuerza que cometieron, y calificar de facciosa la actitud que tomó la nobleza castellana para resistir el inmenso y necesario poder de que se queria rodear el trono.

Por otro lado, parece que un destino fatal se complacia en dar alimento á aquel espíritu faccioso de la nobleza castellana, inaugurando la mayor parte de los reinados con una larga minoría; espacioso campo donde podian batallar á sus anchas todas las ambiciones, y en las cuales se perdia, en la hora en que un niño ceñia la corona, todo cuanto habia granjeado su padre y antecesor, durante largos años de porfiada lucha, en beneficio de la unidad y estension del poder real.

Este triste espectáculo al cual nos viene acostumbrando la série de hechos que dejamos brevemente apuntados en el curso de nuestra historia,

se nos presenta bajo un aspecto mucho mas imponente todavia á partir del reinado de D. Fernando IV hasta el advenimiento de los Reyes Católicos. Fueron las últimas batallas empeñadas entre una institucion político-social que pasa y otra institucion de la misma índole que llega, traida de la mano por la Providencia, para llevar á cabo una grande evolucion social.

Afortunadamente Andalucía se libró de aquellos desórdenes, de aquella indescriptible anarquia y calamidades sin cuento que trabajaron durante una larga série de años el reino de Castilla allende los montes Marianos. Verdad es, que no radicaban en su suelo familias tan poderosas *á par de reyes*, como las de los Castros, de los Laras y de los Haros, y que su nobleza se constituyó desde los primeros dias de la reconquista sobre el *Fuero Real*, publicado para derogar el *Fuero de los Hijos-dalgos*, privativo de la nobleza Castellana. Sin embargo, andando el tiempo, dos familias poderosas nacidas en su suelo, arrastradas por ese espíritu ambicioso turbulento y batallador que caracterizó á la aristocracia española durante la Edad media, provocaron con sus rivalidades lamentables desórdenes y derramaron mucha sangre en sus campos y ciudades principales; mas no fué en guerra contra el trono, harto poderoso ya para que nadie osara alzarse contra él; sino por celos de supremacía la una sobre la otra, por afan de prestigio, influencia y respetabilidad en Andalucía.

Esto sentado, no hay que estrañar que pasemos

rápidamente sobre los lamentables acontecimientos que mancharon con sangre y con todo género de escesos el curso de los años de la minoría de don Fernando IV, sucesor de su padre Sancho III el Bravo, bajo la tutela-regencia de su Madre D.ª María de Molina; «¡noble carácter, como dice de ella un escritor ilustre, ideal y casta figura que resalta sobre este fondo monótono de crímenes y de infamias, y consuela al historiador de este cuadro de miserias que se vé precisado á delinear!»

En efecto; pocos ejemplos nos ofrece la historia de España, ya de suyo muy ocasionada á ellos, de una situacion mas vergonzosa é incalificable que la que subsistió en Castilla durante aquellos años; y «pocos príncipes de menor edad subieron al trono «en circunstancias mas difíciles y espinosas, y po«cos habrán encontrado reunidos y prontos á esta«llar mas elementos de discordias, de ambicion, de «turbulencias y de anarquía que las que entonces »fermentaban en derredor del trono Castellano. «Príncipes de la sangre real, monarcas estraños y «deudos, apartados y vecinos, sarracenos y cristia»nos, magnates tan poderosos como reyes y con «mas orgullo que si fuesen soberanos, aliados que «se convertian en traidores, y vasallos inconsecuen«tes y desleales, enemigos entre sí y enemigos del «tierno monarca, cuya legitimidad, por otra parte, «como rey y como hijo, no era tan incuestionable «que faltaran razones para disputarla; todo conspi«raba contra la tranquilidad del reino, todo contra «la seguridad del rey, sin que valiera á su madre la

«prevision con que procuró captarse la voluntad de los pueblos..........»

«El primero que levantó la bandera de la rebe-«lion fué el tio del rey, el bullicioso y turbulento «infante D. Juan, el perturbador del reino en tiem-«po de D. Sancho el Bravo, el aliado del rey de «Marruecos contra su hermano, el que asesinó al «hijo de Guzman el Bueno en el campo de Tarifa, «el que habia debido su vida y su libertad á la ma-«dre del jóven Fernando: aquel inquieto príncipe, «apoyado ahora por el rey moro de Granada, se hi-«zo proclamar en aquella ciudad rey de Castilla y «de Leon, y con el auxilio de tropas musulmanas «invadió los estados de su sobrino aspirando á ar-«rancarle la corona. Por otra parte don Diego de «Haro, que se hallaba en Aragon, apoderóse de «Vizcaya, y corria las fronteras de Castilla. La rei-«na, contando con la lealtad de los hermanos Laras, «á quienes D. Sancho encomendara la guarda de su «hijo, los llamó para que combatieran al conde de «Haro, y les suministró recursos para que levanta-«ran tropas. Mas estos correspondieron á la con-«fianza que en ellos depositaran el padre y la ma-«dre del niño rey, uniéndose á los rebeldes á quie-«nes habian de combatir y siendo dos enemigos mas «del nuevo monarca y de su madre.» (Lafuente, Historia de España. Par. II L. III.)

Llegaron á tal estremo los escesos en aquella calamitosa temporada, que se formó una confederacion contra el jóven rey de Castilla entre los infantes de la Cerda, el rey de Granada, los de Portugal,

Aragon, Francia y Navarra, para proclamar la lejitimidad de D. Alfonso de la Cerda. El alma de aquella confederacion lo fué el infante D. Juan, quien puesto de acuerdo con el de la Cerda, repartieron los reinos dependientes de la corona de Castilla de la siguiente manera: reservábase D. Alfonso Castilla, Toledo y Andalucía; D. Juan tomaba para sí Leon, Galicia y Asturias; ecdíase al Aragon el reino de Murcia y ofrecíase á Portugal muchas plazas fronterizas, amen de otras concesiones hechas á Francia, Navarra y al rey de Granada. Afortunadamente la varonil é imperturbable D.ª Maria de Molina acudió á todo con discreta y maravillosa prontitud.

La miserable situacion del reino de Castilla brindaba coyuntura favorable á los granadinos para enriquecerse con sus despojos; asi es que su rey Mohamed II rompió por tierras de Andalucía talandó los campos y apoderándose de poblaciones y fortalezas. (1296). Esto visto, el viejo infante D. Enrique, hermano de D. Alfonso X, nombrado regente por las Córtes de Vàlladolid, sin perjuicio de los derechos que como tutora del rey menor se reservó D.ª Maria de Molina, dispuso marchar con numerosa hueste contra los Granadinos. El resultado de aquella campaña fué desgraciado, y estuvo á punto de ser fatal para Andalucía. Vencido el infante D. Enrique en un encuentro por el sultan Mohamed, entró en tratos con el musulman, para venderle por 20.000 doblas de oro la fortaleza de Tarifa; «*y si bien don Anric venia en ello los wasires de la reina y el*

alcaide que tenia la ciudad no lo consintieron. (Conde T. 3.° cap. XIII.) Rotas las negociaciones para la cesion de aquella importante plaza, el Sultan de Granada corrió la tierra, y dió una batalla á los cristianos cerca de Arjona en que los venció y rompió su caballeria con gran matanza. Fuése luego sobre Tarifa y la combatió con injénios y máquinas, pero no fué posible tomarla que los cristianos (D. Alfonso Perez de Guzman el Bueno) la defendia muy bien. Revolvió Mohamed con su hueste por Andalucía, puso cerco á Jaen, quemó los arrabales de Baena y dió recios combates á la ciudad; mas considerando difícil por entonces su conquista, levantó el campo, corrió aquella tierra y se apoderó de la fortaleza de Belmar.» (Conde)

Entre tanto continuaban en Castilla las rebeliones, las guerras, el perjurio, la falsía y el tráfico de conciencias que constituian un estado mas fácil de comprender que de describir Sin embargo, en los dos últimos años del siglo XIII y primeros del XIV la situacion del reino mejoró un tanto. Las córtes de Valladolid concedieron nuevos subsidios á la reina viuda y tutora de D. Fernando; D. Juan le prestó juramento de obediencia; el papa lejitimó los hijos de D. Sancho III habidos en su esposa D.ª Maria de Molina; el jóven rey de Castilla contrajo matrimonio con la infanta de Portugal; las córtes leonesas convocadas en Medina del Campo hicieron justicia á la integridad con que la reina tutora habia administrado las rentas de su hijo, y, por último el hijo primojénito de D. Fernando de la Cerda re-

nunció á sus derechos á la corona mediante una indemnizacion de cuatrocientos maravedís de renta.

En 1302 falleció el sultan de Granada Mohamed II. Sucedióle su hijo Abu-Abdala Mohamed, príncipe de grande injenio y belleza varonil, excelente poeta, distinguido orador, afable y muy celoso por el buen gobierno de sus pueblos; empero de menguada fortuna durante su reinado, que comenzó con la rebelion del walí de Guadix, que tardó cerca de tres años en sofocar. Menos afortunado en la guerra contra los cristianos, vióse en la necesidad de pedir la paz, que le fué otorgada por Fernando IV, á condicion de que se reconociese vasallo suyo. En el curso de aquellas negociaciones, Abu-Abdala solicitó del rey de Castilla que le vendiese ó cambiase por otra plaza la de Tarifa, lo cual no pudo conseguir. La conquista de Ceuta (1306) le indemnizó de aquel quebranto; asi como la derrota que hizo sufrir al wali de Almeria, que intentara hacerse independiente con su waliato (1307), restableció el crédito de sus armas.

Por mas que hubiesen cesado los *grandes pretestos* que invocaba la turbulenta nobleza castellana para mantener viva la discordia civil en el reino; subsistian, sin embargo, las intrigas, las querellas y las rivalidades que hacian imposible el definitivo establecimiento de la paz. Como remedio heróico para tan pertinaz dolencia, Fernando IV, por consejo de su madre, recurrió á la política de sus antecesores; esto es, á promover la guerra contra los musulmanes. Con este pensamiento coincidió feliz-

mente D. Jaime II de Aragon—á quien incitara á acometer la empresa el walí rebelde de Almería, que se refugió en su córte (Conde).—Puestos de acuerdo los dos monarcas cristianos, solicitaron y obtuvieron del papa Clemente V. las gracias espirituales que solian otorgar los pontífices para este género de empresas, y además el tercio de las rentas de la iglesia por el tiempo de tres años.

Por su parte las Córtes de Madrid convocadas en este mismo año de 1308, no solo aprobaron el proyecto del rey, sino que tambien votaron cuantos subsidios les fueron pedidos para llevarlo á cabo; acordando, por último, en union con el rey, que durante su ausencia quedaria encomendada la gobernacion del Estado á la reina madre D.ª Maria de Molina.

Terminados los preparativos para emprender la campaña, el ejército castellano, numeroso y bien pertrechado salió de Toledo y llegó sobre Aljeciras, ante cuyos muros puso su campo en principios de julio de 1308, en tanto que el rey de Aragon cercaba por mar y tierra la ciudad de Almería. Los momentos eran los mas oportunos para hacer aquella guerra. El África ardia en el fuego de la discordia civil, y en cuanto al sultan de Granada, falto de aliados, no podia resistir á tan poderosos enemigos aunados en su daño.

Sin embargo, Mohamed III hizo un esfuerzo supremo, «y allegó su caballería para acudir en socorro de los cercados de Algeciras (Conde). Pero las copiosas lluvias y récios temporales no le deja-

ron hacer cosa de provecho. Como el rey de Castilla entendiese que la fortaleza de Gibraltar estaba mal guardada, envió una parte de su hueste que combatió la plaza con injénios y *máquinas de trueno* (cañones de artillería) tan réciamente que los cercados hubieron de rendirse por capitulacion, salvando sus personas y bienes. Como unos quinientos muslimes se pasaron á África, los cristianos repararon los muros, la torre del monte y las Atarazanas de la plaza que estaban medio caidas.» (Conde).

No le escasearon los disgustos al rey D. Fernando IV, en el cerco de Aljeciras. El versatil infante D. Juan que concurrió á la hueste, desamparó el cerco arrastrando consigo mas de quinientos caballeros, entre ellos el infante D. Juan Manuel, tio del rey de Castilla. Este quedó al frente de la plaza con su hermano D. Pedro y un reducido cuerpo de ejército fuerte de unos seiscientos hombres de armas; luchando denodado contra los enemigos, la crudeza de los temporales, la escases de mantenimientos y una epidemia que arrebató á D. Diego de Haro y otros ricos-hombres, y «mostrando (como »dice su Crónica cap. 55), muy gran esfuerzo y »muy gran reciedumbre, y por muchos afincamien»tos que le hicieron á la cima, respondió que antes »querria allí morir que no levantarse dende des»honrado.» Al fin acudieron en su auxilio el infante D. Felipe su hermano y el arzobispo de Santiago con un refuerzo de cuatrocientos caballeros, que restablecieron la confianza en el ejército sitiador.

El inquebrantable teson con que D. Fernando mantenia el cerco de la plaza, á pesar de tantos elementos conjurados en su daño, y la apurada situacion en que se encontraban los sitiados, movieron á Mohamed III de Granada apremiado, además, por la situacion de Almería estrechamente bloqueada por las armas de Aragon, á pedir la paz al rey de Castilla, ofreciendo entregarle las fortalezas de Bezmar, Quesada y otras dos plazas fronterizas, pagarle cincuenta mil doblas de oro y hacerle pleito homenaje de su reino á condicion que levantase el cerco de Aljeciras. El rey Fernando aceptó la proposicion, y firmada la paz, se retiró á Búrgos para asistir á las bodas de su hermana la infanta Isabel con el duque Juan de Bretaña (Enero 1310).

La paz de Aljeciras dió ocasion á una numerosa parcialidad que maquinaba en Granada por destronar al Sultan Mohamed III. y dar la corona á su hermano el príncipe Nazar, para alzarse en armas contra su lejítimo soberano. A pretesto de que el rey estaba enfermo de los ojos, y de que de esta dolencia le imposibilitaba para mirar por los intereses de su pueblo, que necesitaba un príncipe de *hermosos y penetrantes ojos*, estalló un espantoso motin popular á la hora del alba del dia de la fiesta de Afiltra, ó salida del Ramazan, que obligó al buen Mohamed á escojer entre la muerte y la abdicacion en favor de su hermano. El atribulado Sultan obtó por el segundo estremo, y aquel mismo dia quedó proclamado rey de Granada, Muley Nazar, quien mandó conducir á su hermano Mohamed á Almu-

ñecar, donde sobrevivió pocos años á su infortunio.

No bien llegó á Castilla la noticia de la revolucion de Granada, D. Fernando dispuso una nueva espedicion á Andalucía. Las córtes de Valladolid votaron cinco servicios y una *moneda forera* para los gastos de la guerra. El ejército castellano bien pertrechado y al mando del infante D. Pedro, llegó sobre Alcaudete, en la provincia de Jaen, y puso sitio á la plaza. Dos meses hacia que el infante la tenia cercada, cuando se presentó en los reales el rey D. Fernando, cuyo paso por Martos quedó señalado con un hecho memorable que ha dado motivo á que se conozca en la historia al hijo y sucesor de D. Sancho el Bravo, con el sobrenombre de *el Emplazado*.

Hélo aquí: Cuenta la crónica, quc al salir una noche del palacio real en Palencia, D. Juan de Benavides favorito del rey, fué asaltado y muerto por dos hombres. A su paso por Martos, D. Fernando encontró dos caballeros de quienes se sospechaba fuesen los asesinos de Benavides. Mandólos prender; y aunque ellos ofrecieron hacer una plena justificacion de su inocencia, inexorable D. Fernando se negó á admitirla, y sin forma de proceso los mandó «despeñar de la peña de Martos.» Al tiempo de morir apelaron de tan inícua sentencia ante el tribunal de Dios, y emplazaron al rey para que compareciese con ellos á juicio dentro de treinta dias. Eran estos caballeros D. Pedro y D. Juan de Carvajal.

Verificada la ejecucion D. Fernando se dirijió al campamento de Alcaudete donde le acometió una

dolencia que hizo necesaria su traslacion á Jaen. A los pocos dias recibió en esta ciudad la noticia de haber rendido por capitulacion la plaza, su hermano el infante D. Pedro, y haber solicitado el rey de Granada una tregua que le fué concedida.

No mucho tiempo despues, el 7 de setiembre de 1312, dia en que cumplia el plazo de los treinta que le habian señalado los hermanos Carvajales para comparecer con ellos ante Dios, halláronlo muerto en su cama. Suceso extraordinario por el que mereció el nombre de *el Emplazado* con que le designa la historia.

Murió Fernando IV de edad de veinticinco años, de los cuales reinó algo mas de diez y siete. Dejó un hijo varon, el infante D. Alfonso, de tan tierna edad, que solo contaba un año y veinticuatro dias cuando fué aclamado sucesor de su padre.

X.

Reinado de D. Alfonso XI.

1312 á 1340.

Parecía imposible que el reino de Castilla se pudiese encontrar en una situacion mas anárquica, ni presentar un cuadro mas lastimoso y desconsolador, que el que ofreció durante el tormentoso reinado de D.ª Urraca, la hija de Alfonso VI, y durante las menorías de D. Alfonso VIII y D. Fernando el Emplazado; y, sin embargo, la situacion en que se vió en los años de la larga menor edad de D. Alfonso XI, fué indudablemente, mas anárquica y calamitosa que aquellas que tan hondo y vergonzoso surco dejaron en la historia de Castilla.

Un distinguido escritor de nuestros tiempos, ha dicho, que en España á falta de grandes génios ha habido abundancia de grandes caractéres. Nuestra historia de todos los tiempos responde de la esactitud de esta observacion, y da testimonio de que á esta señalada circunstancia debe el país su salvacion.

En efecto; no el génio sino el gran carácter de los Alfonsos VII, VIII y XI, pudo hacer que despues del espantoso desórden político y social que acompañó los años de sus largas menorías, al poco tiempo de tomar en sus manos las riendas del gobierno quedasen borradas las huellas de aquel indescriptible caos, y llegase el primero á constituir un imperio feudal, el único posible en aquellos tiempos; el segundo salvase con la victoria de las Navas de Tolosa, á la Europa de verse convertida, en provincia del imperio de Marruecos, y el tercero pusiese entre el Africa y la península Ibérica el mar de sangre del Salado, que los reyes de la Mauritania no se han atrevido á cruzar desde 1340.

Hemos dicho anteriormente, que los años de la larga menoria de D. Alfonso XI—que sucedió á su padre cuando á penas contaba trece meses—fueron los mas anárquicos y turbulentos que rejistra la historia del reino de Castilla, tan anárquico y turbulento de suyo desde su primitivo orijen en las montañas de Astúrias y Leon, y ahora añadimos, que lo fueron tanto, que no acertamos á esplicarnos como se salvó el país de su completa disolucion y ruina, dado el espíritu indisciplinado y faccioso de su altiva y poderosa nobleza; la tendencia al fraccionamiento, que caracterizó á toda la raza ibérica, y esa oposicion general, sistemática á la unidad que constituye el rasgo mas señalado de su fisonomia moral en aquella edad.

Andalucía no participó de los indescriptibles desórdenes que acompañaron los años de la larga me-

noría de D. Alfonso XI; lo cual, y es una satisfaccion para nosotros, nos exime, á fuer de historiadores particulares, del penoso trabajo de narrar aquel tráfago de intrigas, rebeldías y bastardas ambiciones; aquel desquiciamiento social que no se dejó sentir aquende los montes Marianos, sino es para buscar en los campos de batalla una gloriosa compensacion á los vergonzosos escesos que se cometian allende. Tan vergonzosos como se desprende de la siguiente compendiada, gráfica y á la par elocuente narracion de aquellos acontecimientos, hecha por un cronista que creemos contemporáneo de los sucesos que refiere.

Dice asi:

«Y puesto que en este año (1325) cumplió el rey »los catorce y salió de las tutorías, la historia con»tará de qué manera estaba la tierra en aquel tiem»po.»

«Habia en el reino muchas opiniones y muchas »maneras de administrarle y hacer justicia; con lo »cual las villas del rey y los demás lugares de su »reino, recibian mucho mal y se veian estragados; »dado que, todos los ricos-hombres y los caballeros »vivian de robos y de talas que hacian en la tierra; »y los tutores (regentes durante la menor edad de »D. Alfonso) se lo consentian cada uno de ellos por »que se mantuviesen en su partido. Cuando algu»no de los ricos-hombres ó caballeros se apartaba »del bando de alguno de los tutores, este en ven»ganza destruia los lugares y los vasallos del de»safecto, pretestando que lo hacia para castigarle

»de los desafueros que cometiera en el tiempo que »estuvo á su servicio, por mas que se los hubiera »tolerado mientras fueron amigos. Los vecinos de »las villas estaban divididos en bandos en su mis»ma localidad, así las que habian tomado partido »por un tutor como las que no habian querido »abanderizarse por ninguno de ellos. En las villas »que habian tomado parte por uno de los tutores »del rey menor, hervian las rencillas y los ódios; »unos porque pretendian sacarla del poder de aquel »tutor, otros porque querian conservarse en su »obediencia, y todos pugnaban por destruir á sus »contrarios. En algunas villas que no habian reco»nocido la a toridad de ninguno de los tutores, los »hombres principales que entendian en su regi»miento disponian á su antojo de las rentas del »rey, mantenian con ellas gente armada, imponian »escandalosas contribuciones y apremiaban y atro»pellaban á los que no podian pagarlas. Los desa»f eros cometidos en algunas de estas villas produ»jeron grandes asonadas, en las que unidos los la»bradores á voz de comun, mataron á los que los »apremiaban y destruyeron toda su hacienda. En »ninguna parte del reino se hacia justicia ni se am»paraba el derecho; y llegaron las cosas á tal esta»do que los hombres no osaban andar sino arma»dos y en grandes compañias por los caminos para »defenderse de los salteadores. Las poblaciones no »fortificadas quedaron desiertas; y las que estaban »muradas manteníanse en su mayor parte del robo »y de las rapiñas á que se entregaban muchos ciu-

»dadanos, labradores é hijos-dalgos. El desórden y »la impunidad en el crimen llegó á tal estremo que »nadie estrañaba encontrar hombres muertos por »los caminos; ni causaba novedad la noticia de ro»bos, rebatos, daños y estorsiones causados en los »pueblos y en el campo. A mayor abundamiento »de males los tutores imponian exorbitantes con»tribuciones al país, sin perjuicio de los servicios »anuales con que hacian contribuir la tierra; es»tas fueron causas para que quedasen despobladas »muchas villas y yermos muchos campos así del »rey como de los ricos-hombres y caballeros. De »esta suerte, pues, cuando el rey salió de menor »edad, encontró su reino en un estado de ruina y »miseria que no es para dicho, pues las gentes en «vista de tantos crímenes y desafueros desampara»ban sus casas y heredades y huian á los reinos de »Aragon y Portugal.»

Con estas lacónicas y sentidas frases, se describe la angustiosa situacion en que se encontró el reino de Castilla durante la menor edad de D. Alfonso XI, en la muy apreciable crónica (cap. 40) de este rey, que su hijo D. Enrique II, hermano bastardo de D. Pedro I de Castilla, mandó á «Joan Nuñez de Villasan, Alguacil mayor de la su casa «que la *ficiese* TRASLADAR *en pergaminos*».

Émpero, si Andalucía, como dejamos anteriormente indicado, no participó de aquellas aciagas turbulencias que fueron durante tantos años el estado normal de Castilla, no por eso puede decirse que toda ella disfrutara, ni mucho menos, de una

paz octaviana. En el reino Musulman, lo mismo que en el Cristiano, subsistian en toda su intensidad los vicios órgánicos de su constitucion político-social á pesar de las duras y costosas lecciones recibidas. Así, pues, en tanto que en Castilla los principes de la familia real y la poderosa nobleza de este reino se disputaban con las armas y con todo género de malas artes la regencia y tutoría del rey niño, los príncipes de la familia del sultan de Granada ascendian al trono por medio del puñal y de los amaños palaciegos.

Recordaráse que en 1310, á consecuencia de la paz de Aljeciras ajustada entre Fernando IV y Mohamed III, estalló en Granada una conspiracion que destronó á este sultan y alzó en su lugar á su hermano Muley Nazar. Unos cuatro años despues bajo nuevo y frívolo pretesto urdióse en Granada otra conspiracion que destronó á Muley Nazar, y aclamó en su lugar á Ismail Abu-el Walid, sobrino del sultan depuesto. Mas este en los últimos dias de la crísis que le despojó del trono, pidió auxilio al infante D. Pedro de Castilla, vencedor de Alcaudete, tio de D. Alfonso y uno de sus tutores, cuya amistad solicitara Nazar en los primeros años de su reinado. D. Pedro, que á la sazon se hallaba en Córdoba, se apresuró á acudir al llamamiento del sultan, y con crecida hueste se dirijió hácia Granada. Noticioso en el camino de que la rebelion habia triunfado y de que el príncipe depuesto se retiraba á Guadix, desistió de su propósito; mas no queriendo dejar sin resultados los preparativos que

habia hecho para aquella campaña, revolvió sobre la fortaleza de Rute que combatió y entró por fuerza de armas, pasando á cuchillo ó cautivando su guarnicion que se habia defendido gallardamente. Contento con su victori , se retiró á Córdoba y de aqui pasó á Castilla llamado por las incesantes revueltas que ajitaban el reino.

El nuevo sultan de Granada, Ismail Abu-el Walid, fervoroso muslim, y deseoso de granjear el áura popular con alguna de esas empresas que tanto halagaban los instintos musulmanes, buscó y aprovechó la primera coyuntura favorable para hacer la guerra á los cristianos. Es así que al saber que los castellanos que vivian en buenas relaciones con el ex-sultan Nazar, desterrado en Guadix, le remitian, á peticion suya, un gran convoy de provisiones fuertemente escoltado por los fronteros de Martos, envió su caballeria para apoderarse del convoy. «Eran los cristianos muchos y esforzados y se trabó entre ambas huestes una reñida batalla, en la que los granadinos tuvieron que ceder el campo, y retirarse dejando tendidos en él mil y quinientos jinetes. Esta fué la batalla llamada de Fortuna, que para los fieles fué bien infausta. Verificóse á principios del año 1316.» (Conde t. 3.° cap. 18.)

Alentados con este próspero suceso los castellanos, continuaron con éxito y sin levantar mano la campaña abierta por casualidad en aquel año. Combatieron las fortalezas de Cambil, Matame os, Bejijia y Tiscar; asaltaron y entraron los castillos de Cambil y Alhawar en el reino de Granada, y corrie-

ron y talaron los panes, viñas y huertas de la tierra. En vista de aquellos estragos dispuso el sultan Ismail el envio de un crecido ejército para combatirlos; mas al saber su aproximacion los cristianos emprendieron la retirada hácia sus fronteras contentos con la rica presa que acarreaban.

No habiendo podido el ejército granadino avistar al enemigo, dispuso el sultan aprovechar su reunion para realizar alguna empresa provechosa á su reino. Al efecto lo envió contra Gibraltar, llave de sus estados que estaba en poder de los castellanos, y ademas presa codiciada por el emperador de Fez y Marruecos que estaba en posesion de Ceuta. Los Granadinos combatieron reciamente la plaza; pero habiendo acudido en su socorro las banderas y naves de Sevilla, los sitiadores tuvieron que retirarse no atreviéndose á aventurarse en una batalla.

Encendida formalmente la guerra entre castellanos y granadinos, el infante D. Pedro acudió á Andalucía para dirijirla en persona. Activo, emprendedor y buen caudillo, recorrió tódo el país comprendido entre Jaen y la Sierra, y llegó á cinco leguas de Granada (Conde) sobre Isnallos cuyo arrabal quemó con muchas provisiones que allí habia almacenadas. De aquí pasó á Pinar donde hizo las mismas devastaciones, luego á Montejicar donde taló y quemó una hermosa huerta; en este punto tuvo noticia que el sultan llegaba á combatirle al frente de la caballería granadina. No contando con fuerzas suficientes para resistir, levantó el campo

y se retiró, perdiendo mucha presa y cautivos, siguiendo la falda oriental de la Sierra del Rayo, por Cambil y Jaen á Ubeda.

Fué una fortuna para Castilla que en aquel largo período de turbulencias, el génio díscolo y batallador de su nobleza encontrase siempre abierto un vasto campo donde dar rienda suelta á sus instintos guerreros, y donde granjearse el aplauso del país á quien encontraba siempre propicio á secundar sus proyectos. Es así que al año, ó á los dos años siguientes al de la campaña de 1316 del infante D. Pedro en Andalucía, este infatigable caudillo dispuso una nueva y mas formal espedicion contra el reino de Granada. Desde Jaen, donde reunió su ejército, marchó sobre Belmez (de la Moraleda) poblacion fuerte por la situacion; combatióla y la entró por fuerza de armas, y luego sitió el castillo donde se habian retirado y hecho fuertes sus moradores. Acudieron en auxilio de la plaza los fronteros granadinos, mas hubieron de retirarse sin intentrr nada contra los castellanos vista la superioridad de sus fuerzas, por lo cual los cercados del castillo se rindieron á discrecion.

Entre tanto el infante D. Juan de Castilla,—Señor de Vizcaya, hermano de D. Sancho el Bravo, y rejente del reino con su sobrino D. Pedro y la reina viuda D.ª María de Molina abuela de D. Alonso XI—veia con celosa emulacion el crédito y autoridad que se granjeaba su sobrino D. Pedro con sus esclarecidas hazañas en la guerra contra los Granadinos, y mortificábale la estimacion é influjo en los

negocios del reino que su compañero de regencia iba ganando. Tenia á la sazon, D, Juan, una creçida hueste sobre las armas en Castilla la Vieja, y cediendo, parece, á juiciosas indicaciones de D.ª María de Molina, consintió en dirijirla contra el Sultan de Granada, obrando en combinacion con don Pedro, á fin de asegurar el triunfo de aquella campaña atacando al enemigo por dos lados á la vez. Puestos de acuerdo los dos infantes operaron su conjuncion sobre la importante fortaleza de Tiscar, en el reino de Granada. Defendióla conteson su alcaide Mohamed Hamdun; «pero en una noche muy oscura (Conde Cap. 18) los cristianos escalaron la peña negra, escarpada altura que domina el Castillo, sorprendieron á los que la guardaban que confiados en su escabrosidad y natural defensa no velaban como debieron, y los pasaron todos á cuchillo,—*justo castigo porque no velaban como convenia.* —Al dia siguiente ocuparon por fuerza la villa, y el alcaide Mohamed y los vecinos se retiraron peleando como valientes al castillo, cuya defensa se habia hecho imposible estando la peña negra en poder de los sitiadores. Sin embargo; resistió su guarnicion hasta que la falta de provisiones y el desaliento la obligaron á capitular bajo las mejores condiciones, puesto que todos salieron con sus armas, vestidos y cuanto pudieron llevar, en número de cuatro mil y quinientos hombres con sus mujeres é hijos que se refugiaron en Baeza.

Dueños de la fortaleza de Tiscar, los dos infantes D. Pedro y D. Juan entraron talando la Vega

desde Alcaudete hasta Alcalá la Real; combatieron el fuerte de Illora cuyo arrabal incediaron; luego marcharon sobre Pinos, y en la mañana del dia de San Juan, del año 1319 aparecieron con su hueste á la vista de Granada. Lo nuevo y audaz de la empresa y la série de victorias que la habian precedido sembraron la consternacion en Granada, cuyos habitantes temieron ser acometidos por la numerosa y vencedora hueste castellana. No menos sobresaltado é indignado el Sultan Ismail, reunió sus caudillos y los hombres principales de la ciudad, y haciéndoles presente el peligro que les amenazaba á todos y la afrenta que á los musulmanes hacian los castellanos con sus incesantes y victoriosas correrías por el país granadino, despertó su valor y exaltó su entusiasmo en términos que todos clamaron por salir á combatir al enemigo. En su consecuencia dispuso el sultan que se armase toda la juventud de la ciudad, y que unida á la caballería de su guardia, bajo las órdenes del caudillo Mahrajian, saliese á dar batalla á los cristianos. No menos numeroso que entusiasta y bien pertrechado salió al campo el ejército Granadino, seguido de las reservas capitaneadas por el Sultan en persona. Al avistar al enemigo el esforzado Mahrajian ordenó sus haces, y dió el primero la señal de ataque. El encueutro fué recio y desesperado por ambas partes; mas el ejército castellano, inferior en número, debilitado por las penalidades de la campaña, y embarazado con el inmenso botin que habia recogido, no pudo resistir el empuje de las tropas Gra-

nadinas descansadas y animadas todavía con los primeros hervores del entusiasmo, y comenzó á perder terreno concluyendo por pronunciarse en desordenada fuga. Los dos esforzados infantes de Castilla hicieron prodigios de actividad y valor por contener la derrota de sus soldados; pero tuvieron la desgracia de morir ambos en lo mas encarnizado de la refriega, peleando como *bravos leones.*—Así dice la crónica musulmana traducida por Conde; la de D. Alfonso XI da á entender que el pundonoroso infante D, Pedro, se *suicidó* desesperado al verse desobedecido por sus caballeros que se negaban á batirse contra el enemigo, y que D. Juan al saber la muerte de su sobrino cayó como muerto en tierra: «D. Pedro, dice la citada crónica Cap. 17, metió mano á la espada por los acapdillar, é nunca pudo: et á *golpes se tolló todo el cuerpo,* et perdió la fabla, et cayó del caballo muerto en tierra... et desque lo sopo el infante D. Joan tomó tan gran pesar que perdió luego el entendimiento et la fabla, et toviéronle así desde media dia fasta hora de vísperas, que nin moria nin vivia..... et desque fué la noche morió el infante D. Juan, et en llevándolo, perdiéronlo como era de noche, et fincó (su cádaver) en tierra de moros..... et al infante D. Pedro pusiéronlo en un mulo atravesado et fueronse su camino.»

Reclamado el cadáver del infante D. Juan por su hijo D. Juan el Tuerto (el torcido ó corcovado), fuéle devuelto en un féretro cubierto con ricos paños bordados de oro y acompañado de muchos ca-

balleros hasta tierra de cristianos, por mandato del Sultan.

Despues de aquel memorable triunfo que fué celebrado con grandes fiestas en Granada, el vencedor Ismail recobró todas las fortalezas que los castellanos habian conquistado en tierra de Granada, y concedió á estos una trégua de tres años que solicitaron.

Por muerte de los dos infantes y de conformidad con el acuerdo de las Córtes de Burgos, quedó única tutora del rey D. Alfonso su nieto, la reina viuda D.ª Maria de Molina, cuya prudencia, discrecion y larga práctica de los negocios del gobierno no alcanzaron á remediar la discordia que continuó en el reino despues de la muerte de sus dos co-rejentes, á quienes pretendieron suceder los infantes D. Juan Manuel y D. Felipe, y D. Juan el Tuerto, hijo del infante D. Juan, el vencido y muerto en la vega de Granada, á quien se unió D. Fernando de la Cerda.

En tan borrascosa situacion, sorprendió la muerte á D.ª Maria de Molina, en Valladolid en Julio del año 1321, dejando encomendada á los caballeros y rejidores de la ciudad, la guarda y educacion del régio menor, que á la sazon contaba solo diez años de edad. «Faltando á Castilla el amparo de la mujer fuerte, única que en tres reinados consecutivos habia impedido con su brazo siempre aplicado al timon y al remo que acabara de naufragar la nave del Estado, quedó este á merced de sus encontrados y desencadenados vientos, sufriendo el azote

de los partidos y de las miserables ambiciones,» hasta que en 1325, llegado D. Alfonso XI á los 14 años empuñó el cetro de sus mayores para ver de poner término á tan deplorable anarquía y á tan lastimoso desórden.

«A penas tomó D. Alfonso las riendas del gobierno que manifestó en su corta edad, los mayores talentos para reinar, conoció los males de que adolecia el Estado, y aplicó desde luego el remedio conveniente. Limpió el reino de forajidos y malhechores, restableció la tranquilidad pública, contuvo á los señores y ricos-hombres dentro de los límites de la debida moderacion, vindicó los derechos de la soberanía, dió fuerza y valimiento á las leyes, y estableció la uniformidad de ellas, que tanto desearon y nunca consiguieron sus antecesores. En la crónica de este rey, cap. 83, se insinua que en las Cortes de Madrid de 1329 se arreglaron los tribunales de justicia; y que era tanto el temor de los hombres á lo recto y justiciero de D. Alfonso XI, que todos los comestibles se abandonaban de noche en las plazas públicas y quedaban seguros.» «Asso y Manuel, discurso preliminar al Ordenamiento de Alcalá.)

En este tiempo espiró el plazo de las tréguas ajustadas en 1319 entre castellanos y granadinos. El Sultan Ismail noticioso de las revueltas que inquietaban el reino de Castilla, juzgó la ocasion oportuna para hacer la guerra á los cristianos. Así que, convocó las banderas musulmanas y puesto á su frente salió de Granada y fuese á cercar la ciu-

dad de Baza de la que los castellanos se habian apoderado en la guerra pasada, y en la que se mantenian sólidamente fortificados. Puesto su campo frente á la ciudad, combatió sus muros dia y noche con máquinas é injenios que *lanzaban globos de fuego con grandes truenos, todo semejante á los rayos de las tempestades* (conde, t. 3.° cap. I.), y hacian grande estrago en las fortificaciones de la plaza. Tanto la estrechó y tan réciamente la combatió, que al fin hubo de entregársele por capitulacion. Al año siguiente el Sultan Ismail se dirijió al frente de una numerosa hueste, y bien provisto de máquinas é injenios, á sitiar la ciudad de Martos. Combatióla muchos dias con incesante fuego de máquinas de trueno y se apoderó de ella por fuerza de armas. Entraron los granadinos á sangre y fuego en la ciudad, y á penas si dejaron un hombre á vida en ella; así que las calles estaban inundadas de sangre y cubiertas con una tupida alfombra de cadáveres. Despues de esta victoria regresó Ismail á Granada, donde fué recibido triunfalmente.

Entre las cautivas que los Granadinos hicieron en Martos, venía una hermosa cristiana que un primo del Sultan, llamado Mohamed, habia libertado con riesgo de su vida de los ultrajes de la soldadesca. Prendóse de ella Ismail, y se la apropió como parte de su presa. Quejóse Mohamed de aquel abuso de fuerza y autoridad; pero recibió por contestacion á sus reclamaciones una órden de destierro. El ofendido interesó en la venganza de su ultraje á sus parientes y amigos, que eran numerosos, y

á los tres dias de acontecido el suceso, Mohamed acompañado de algunos de sus deudos cosió á puñaladas en una de las puertas del alcázar de la Alhambra al Sultan Ismail. Cuando acudieron los eunucos y la guardia de palacio, ya los asesinos se habian puesto en salvo.

«Este virtuoso rey (Conde t. 3.° cap. 19,) en el »tiempo que sus guerras le permitieron edificó en »Granada hermosas mezquitas, labró fuentes, plan»tó jardines y mejoró la policía de la ciudad; distri»buyó los gremios, distinguió las clases, y en los »ratos que hurtaba á estas sérias ocupaciones, se »entretenia en la caza de aves y en ejercicios de »caballeria y otras gentilezas.»

Muerto Ismail, fué jurado y proclamado principe Mohamed su hijo primogénito, que á la sazon contaba solo doce años.

Como se vé, dos príncipes niños, y los dos de muy semejantes prendas y fortuna, ascendieron al trono en la misma temporada; el uno en Castilla y el otro en Granada. D. Alfonso XI comenzó su reinado dando muestras de aquella entereza de carácter que tan célebre le ha hecho en los fastos de la historia de España, reuniendo desde luego córtes en Valladolid, y exijiendo en ellas la renuncia á sus tutores. Prestáronse mal agrado á ella; mas no fué de larga duracion su obediencia, puesto que en el mismo año renováronse las confabulaciones de los ambiciosos ex-tutores contra la autoridad del rey, produciendo nuevas perturbaciones en el reino, que al fin fueron vencidas por la inexorable severidad

de aquel rey de quince años, que hizo dar de puñaladas en su propio palacio al turbulento infante don Juan el Tuerto.

Una vez pacificado el reino, D. Alfonso determinó proseguir la guerra contra los granadinos, utilizando la favorable circunstancia de las revueltas que á la sazon traian desasosegado aquel reino. Con este propósito salió de Segovia y se dirigió por Mérida á Sevilla donde fué recibido con trasportes de alegría y en medio de públicos festejos dispuestos por los Ricos-hombres, caballeros y ciudadanos que celebraron en tal forma la visita del rey y la terminacion de su larga y calamitosa minoría. (1327).

Esta primera campaña de D. Alfonso XI contra los musulmanes no produjo grandes resultados puesto que se limitó á combatir las villas de Olvera y Pruna, y los castillos «que decian al uno Ayamonte y al otro la Torre del Alfquin.» Sin embargo, se señaló por una victoria naval que obtuvo el almirante Jufre de Tenorio, sobre una flota combinada africana y granadina, que perdió en el combate tres galeras apresadas y cuatro echadas á pique, con mil y doscientos hombres entre muertos y cautivos, que fueron, estos últimos, conducidos á Sevilla.

Esta guerra no fué motivo suficiente para que en Castilla y en Granada cesasen un punto las revueltas intestinas, los amaños y las escandalosas defecciones que eran desde tantos años el tema obligado de la política en ambos reinos; y cuya

relacion condensaremos, tanto por no ser de este lugar su esplanacion, cuanto porque merecen marcada preferencia los importantes sucesos de otro órden que se sucedieron sin interrupcion hasta la batalla del Salado, y la reconquista de Aljeciras; acontecimientos militares los mas trascendentales que tuvieron lugar en Andalucia, si se esceptuan las batallas del Guadi-Becca y de las Navas de Tolosa, desde su conquista por Muza y Tarik.

El año 1327, D. Alonso XI cediendo á la presion de las circunstancias, admitió las proposiciones del rey de Portugal para enlazarse con su hija D.ª María, y anuló su matrimonio, no consumado todavia, con D.ª Constanza hija del infante D. Juan Manuel, quien justamente indignado de aquel ultraje se desnaturalizó de los reinos de Castilla, y buscó por aliados á los reyes de Aragon y de Granada. Este suceso y la mala administracion y altanería de los favoritos del rey, Garcilaso de la Vega y Alvar Nuñez de Osorio, fueron causa de graves turbulencias en Castilla que D. Alfonso XI ahogó en sangre.

Vencidos los rebeldes y descontentos, y verificado su enlace (1328) con D.ª Maria de Portugal, el rey de Castilla pensó en renovar la guerra de reconquista y religion. Para el mas pronto y feliz éxito de su empresa recabó el auxilio de su suegro el de Portugal, quien le envió un cuerpo de quinientos ginetes, que se unieron en Córdoba á la hueste pronta á entrar en campaña, contra el sultan de Granada, cuya situacion política era bastante comprometida en aquellos momentos.

En efecto, habíase levantado una poderosa faccion que pretendia destronar á Mohamed ben-Ismail para poner en su lugar á un hermano de su padre llamado Mohamed ben-Feray, residente, á la sazon en Africa, de donde acudió llamado por sus parciales á España, al frente de numerosos voluntarios Beni-Merines. A pesar de los refuerzos y órdenes enviadas por el sultan al walí de Aljeciras para que defendiese el paso del Estrecho y la ciudad cuyo gobierno le estaba confiado, los africanos verificaron su desembarco y se apoderaron por fuerza de armas de Aljeciras, y á los pocos dias de Ronda y de Marbella. Con este atentado coincidió la entrada de D. Alfonso XI en territorio granadino, de manera que su soberano, se vió combatido por dos guerras á la vez, una civil y otra estranjera.

No por esto se intimidó el animoso Mohamed, IV, por el contrario, atendió diligente á todas partes, y en todas dejó bien puesto el pabellon. Estando sitiando á Casares, tuvo noticias de que la fortaleza de Gibraltar estaba mal guardada. En su vista salió de sus reales con un campo volante, y se presentó de improviso sobre la plaza que combatió y cercó en términos que se apoderó ejecutivamente de ella á «pesar de las máquinas é ingenios con que los castellanos la defendieron.» Dueño de esta importante plaza, Mohamed volvió sus armas contra los africanos y les arrebató las ciudades de Ronda, Marbella y Aljeciras, de las que poco tiempo antes se habian apoderado. Entre tanto volvieron los castellanos sobre la fortaleza de Gibraltar, y la cerca-

ron por mar tierra. Vencedor Mohamed de los Beni-Merines, retrocedió sobre Gibraltar y obligó á los cristianos á levantar el cerco. Prolongóse la campaña todavia algunos meses durante los cuales los triunfos y reveses se repartieron por partes iguales entre castellanos y granadinos.

Por estos tiempos fué, (1330) cuando D. Alfonso XI se enamoró en Sevilla de una noble dama de rara belleza, llamada D.ª Leonor de Guzman, viuda de D. Juan de Velasco, y jóven de 19 años, dos mas que el rey. De aquellos amores fatal y apasionadamente correspondidos por la hermosa viuda, fué el primer fruto un hijo nacido en Valladolid en 1331. El júbilo que este suceso causó al rey y á los aduladores de la real concubina, estuvo á punto de traducirse en un hecho escandaloso que hubiera sido fecundo manantial de desgracias para el reino, si la Providencia no hubiese dado á Castilla un legítimo heredero del trono. D.ª María de Portugal esposa de Alfonso XI, dió á luz en Valladolid (1332) un infante que recibió el nombre de Fernando; fugaz alegría para su madre, que le vió morir en el mes de setiembre del año siguiente. Por fortuna, once meses despues (agosto de 1334) alumbró en Búrgos otro hijo á quien pusieron por nombre Pedro. «Mas si la reina andaba como perezosa y tardia en dar herederos legítimos al trono, en cambio la real concubina D.ª Leonor de Guzman, daba repetidas pruebas de una fecundidad prodigiosa.»

En el curso de estos años surjió inesperadamente en Andalucia una complicacion estranjera que

imprimió una nueva marcha á la incesante guerra que los castellanos y los musulmanes-andaluces se hacian sobre su suelo. A resultas de una revolucion que lanzó del trono de Fé y Marruecos al anciano Otman Abu-Said, su hijo y parricida sucesor en el imperio, Abu-el-Hasan Aly, con objeto sin duda de hacer olvidar su criminal usurpacion, ó con el de ilustrar su reinado con una de esas gloriosas y memorables empresas que tanto lustre dieron á algunos de los emperadores sus predecesores, dispuso realizar una formidable invasion en Andalucía. Pero como careciese de plazas en el litoral español para operar un desembarco, operacion comprometida y muy arriesgada sin esta circunstancia, cruzó secretamente el Estrecho y arrrebató por sorpresa la plaza de Gibraltar á los Granadinos. Profundo pesar causó al Sultan de Granada aquel atrevido despojo; mas conociendo su flaqueza hizo de la necesidad virtud, y escribió á Abu-el-Hasan, cediéndole aquella fortaleza y pidiéndole en cambio su amistad y alianza.

Pero D. Alfonso de Castilla á quien no podia ocultársele los peligros que amenazaban á Andalucía en tanto permaneciese en poder de los africanos una de las llaves del Estrecho, marchó al frente de un numeroso ejército bien provisto de máquinas de batir, para lanzar de ella á los Beni-Merines. Sitiaron los castellanos la plaza por mar y tierra tan estrechamente, y la combatieron con tanto teson que los africanos que la guarnecian se vieron reducidos á la última estremidad, faltos de víveres

y perdida la esperanza de ser socorridos de los suyos de allende el Estrecho. En esta situacion recurrieron á Mohamed de Granada, quien acudió con presteza en su auxilio. El ejército granadino obrando en combinacion con los caudillos Beni-Merines que guarnecian la plaza de Aljeciras, combatió á los castellanos con tanto acierto y pericia militar, que obligó á D. Alfonso á levantar el cerco y á retirarse, si bien ordenadamente, hácia Sevilla.

Este triunfo fué, sin embargo, causa de la desastrosa muerte del sultan Mohamed ben-Ismail; muerte cuyos pormenores vamos á tomar de las crónicas magrebinas traducidas por Conde—que difieren algo de los que nos suministra la de D. Alfonso XI—porque en ellos se manifiesta un nuevo testimonio de lo que dejamos repetidas veces dicho acerca del irreconciliable antagonismo que en todos tiempos existió entre los cultos musulmanes Andaluces y los semi-bárbaros Africanos.

«El rey Mohamed, dice Conde t. 3.° cap. 20, co-«mo mozo y vanaglorioso de sus triunfos moteja-«ba á los caudillos africanos y les decia: *que los cris-«tianos eran muy buenos caballeros, que no se habian «querido meter con los de África* porque todos los an-«daluces lo tenian á mengua; *que habian sido muy «corteses y comedidos con sus* PAISANOS LOS GRANADI-«NOS; *que habian quebrado muy buenas lanzas y les ha-«bian cedido el campo, y la gloria y el mérito de dar «pan á los mezquinos y hambrientos africanos.* Esta «franqueza y desenfado en el decir ofendió á los

«caudillos Beni-Merines; y como entendiesen que «Mohamed trataba de despedir su hueste para pa«sar á visitar á su amigo y aliado el Emir Abu-el«Hasan, concibieron el aleve pensamiento de ma«tarle. Así fué, que despedida la caballeria grana«dina, y quedado solo con los pocos que debian «acompañarle á su paso á Africa, los vengativos «africanos pagaron ciertos asesinos para que le si«guiesen de cerca; y como al dia siguiente á la par«tida de los granadinos le viesen subir al monte con «poca compañia de su guardia, tomaron ciertas an«gosturas ásperas que allí hay, y en lo mas angosto «le acometieron y pasaron á lanzadas donde no pu«do revolver su caballo ni le pudieron defender sus «guardias, que todos iban caballero tras caballero, «por lo estrecho y áspero de la subida. El cuerpo «de Mohamed quedó abandonado y desnudo en el «monte, hecho el escarnio de los soldados de Africa «á quienes acababa de salvar de la muerte.» La Crónica de D. Alonso XI dice qué los Africanos le asesinaron en su tienda, porque sospechaban, en vista de sus tratos con el rey de Castilla, *que era Cristiano*.

Muy sentida fué en Granada la muerte de aquel principe, á quien todos lloraron como si cada uno hubiese perdido su propio padre. Los wasires y jeques proclamaron á su hermano Yussuf Abu-el-Hajiag, jóven de hermosa presencia, de trato afable, erudito, poeta, y docto en diferentes ciencias pero mas dado á las dulzuras de la paz que á las violentas emociones de la guerra. Así que no tardó

en enviar mensajeros á D. Alfonso, que se hallaba en Sevilla, para ajustar unas treguas que el rey de Castilla aceptó por cuatro años y bajo buenas condiciones. (1333)

Los años que duró la suspension de hostilidades entre Castellanos y Granadinos fueron desgraciadamente invertidas en contiendas civiles promovidas por las incesantes rebeliones de los Ricos-hombres y magnates de Castilla, acaudillados por el infante D. Juan Manuel, por D. Juan Nuñez de Lara y D. Juan Alfonso de Haro; funestas disenciones que D. Alfonso XI sofocó, aunque por corto tiempo, con su inexorable justicia que se acercaba á la crueldad, y que á las veces fué violenta hasta la traicion y alevosia para castigar á sus rebeldes vasallos.

Seguian, entre tanto, con general escándalo, los amores adulterinos de D. Alfonso con D.ª Leonor de Guzman en mengua de la dignidad del trono y en deshonra de la reina legítima de Castilla. Llegaron las cosas al estremo de que el rey de Portugal se vió obligado por su propio decoro á volver por el de su hija, tan escarnecida y humillada, y al efecto, dirijió una enérgica reclamacion á su yerno D. Alfonso, quien respondió á ella con tanta altaneria, que el portugués le declaró la guerra. (1336.)

En los comienzos de esta guerra los Ricos-hombres y los Concejos de Andalucia, en particular los de Sevilla, Córdoba y Jaen, reunidos en hueste, y sin que se lo *enviase á mandar el rey*, dieron una batalla á los portugueses, que tenian cercada á Bada-

joz, con tanta fortuna para las banderas andaluzas, que de la «mui gran compaña de caballeros de Portogal que vinieron allí con Per Alfonso, escaparon ende mui pocos, et la jente de pie morieron y todas.» (Crónica de D. Alfonso XI, cap. CLXX.)

Dos años se mantuvo aquella guerra, cuyo desenlace precipitó un triunfo naval que sobre la armada portuguesa obtuvo el Almirante de Castilla Jofre de Tenorio. Hé aquí los interesantes pormenores que de este combate se consignan en la citada Crónica:

«Estando la flota del rey de Castilla talando y saqueando las costas del Algarbe, el de Portugal dispuso armar la suya en Lisboa al mando del almirante genovés, Manuel Pezano, á quien dió órden de salir á combatir la castellana donde quiera que la encontrase. Noticioso Jofre de que los portugueses se habian hecho á la mar con el intento que queda indicado, hizo rumbo con la suya hácia Lisboa. Al amanecer de un dia avistó las naves enemigas, y haciendo fuerza de remo y vela llegó sobre ellas y les presentó el combate á la hora de tercia. En el acto *comenzaron la pelea mui bravamiente et mui fuerte de amas las partes.* La galera capitana que montaba el almirante Pezano y otra que mandaba su hijo Carlos, acometieron con denuedo la de Jofre de Tenorio que enarbolaba el estandarte de Castilla, en tanto que cada una de las otras, castellanas y portuguesas, se acometieron *mui fuerte et facian mucho por morir ó por vencer.* Dos galeras castellanas que acababan de echar á pique otras dos

portuguesas, vieron que la de su almirante Jofre estaba en *afincamiento* combatida por la de Pezano y la de su hijo Cárlos. Una de aquellas acudió en su auxilio, y atacó la de este último, con lo que las dos capitanas quedaron combatiéndose solas. Por fin la castellana tomó al abordaje la portuguesa, mató é hirió la mayor parte de su tripulacion, é hizo prisioneros á los demás, incluso al almirante Pezano. Entrada la capitana enemiga, Jofre puso la proa á la que montaba Carlos, y con ayuda de la que tan oportuno auxilio le habia dado, la apresó tambien. Los portugueses, que hasta este momento habian peleado con mucho valor y teson, viendo derribado el estandarte de su rey, apresadas las galeras que montaban el almirante Pezano y su hijo Carlos, y tomadas ó echadas á pique otras de su escuadra, perdieron ánimo y comenzaron á huir. La armada castellana perdió dos galeras en este combate, y la portuguesa catorce, ocho apresadas y seis echadas á pique. El almirante Jofre Tenorio vino con su flota y rica presa á Sanlúcar de Barrameda, y entró por el Guadalquivir hasta Sevilla. D. Alfonso XI salió á recibir con lucido cortejo á su victorioso almirante, y le colmó de distinciones y parabienes.» (1337.)

Dos años, repetimos, (1336 á 1338) duró esta funesta guerra, que malgastó en contienda, que pudiéramos llamar doméstica, la sangre y los recursos de dos pueblos hermanos gemelos que se veian amenazados, á la sazon, los primeros y mas directamente por un enemigo esterior que pretendia re-

novar el tremendo dia del Guadi-Becea, Zalaca y Alarcos. Afortunadamente las reiteradas gestiones del papa Benito XII lograron una suspension de hostilidades entre los dos reyes enemigos y parientes al mismo tiempo; suspension ó tregua de diez y ocho meses que el de Castilla firmó en Mérida y que ratificó muy luego el de Portugal.

Ya era tiempo. Años hacia que eran notorios en España los formidables armamentos que el emperador de Fez y Marruecos estaba haciendo para invadir la Península, que en su loca temeridad creia serle á él tan fácil presa como lo fué para los Emires de las dinastías Árabe, Almoravide y Almohade. La ocupacion de Aljeciras y Gibraltar realizada por sorpresa por los africanos; la actividad que desde entonces desplegara en el trasporte de sus huestes á Andalucía, donde eran acojidas por el sultan de Granada, y la incesante predicacion de la *Guerra Santa* en todas las mezquitas del imperio de Marruecos y del reino de Granada, síntomas eran inequívocos de que se acerca aquel terrible acontecimiento.

Esto visto, los reyes de Castilla, Portugal y Aragon amenazados en comun de la nueva invasion de los Beni-Merines, se concertaron para resistir al implacable é incorregible enemigo de España; y se dispusieron para combatirle, sobre todo el último, puesto que era notorio que los africanos tenian el propósito de dar principio á la reconquista por Valencia, á fin de que, segun decian, lo primero que rescatasen en la Península fuese lo último que ha-

bian perdido. Esto aconteció en la primavera de 1339, durante cuyo curso activarónse en España los preparativos de defensa. El rey de Aragon alcanzó del papa que le concediese el diezmo de las rentas eclesiásticas que era costumbre otorgar para las guerras contra los infieles; el de Castilla convocó las córtes en Búrgos y obtuvo de ellas algunos subsidios, y finalmente, los dos monarcas convinieron en enviar cada uno una armada al Estrecho para vijilar el desembarco de los africanos, en tanto que ambos darian principio á las hostilidades por tierra contra los musulmanes de España.

En cumplimiento de lo pactado, el activo y valeroso D. Alfonso XI salió de Sevilla al frente de una lucida hueste compuesta de muchos caballeros y cuerpos de las órdenes militares así como de los consejos de Castilla y Andalucía, y con ella entró ejecutivamente en los Estados del sultan de Granada, recorriendo en son de guerra y sin hallar resistencia los distritos de Ronda, Antequera y Archidona hasta el rio Genil; que encontró casi dessiertos por haber huido los granadinos á refujiarse los unos en las plazas fuertes y los otros á lo mas inaccesible de sus sierras. Talados aquellos campos y pueblos el ejército castellano regresó cargado de botin á Sevilla, donde D. Alfonso tuvo noticias de haberse unido en las aguas del Estrecho la armada aragonesa, compuesta de 12 galeras al mando del almirante Gilaberto de Cruyllas, á la castellana que capitaneaba el bizarro marino Jofre de Tenorio, fuerte de unas veinticuatro naves de combate.

No menos previsor que valeroso el ínclito don Alfonso de Castilla, dispuso el abastecimiento y refuerzo de las guarniciones que defendian las mas importantes plazas cristianas de Andalucía, aquellas que estaban amenazadas de ser lasprimeras que los africanos eombatieran en el dia su invasion. Así pues, dió la tenencia de Tarifa á D. Fernando Perez de Portocarrero; la de Arcos á D. Fernando Perez Ponce de Leon; la de Jerez á D. Alfonso de Biezma, obispo de Mondoñedo, y, por último, el mando general de la frontera al gran maestre de Alcántara D. Gonzalo Martinez de Oviedo. Cumplidas estas disposiciones, y con noticias de que la flota combinada castellana-aragonesa no podia evitar en absoluto el contínuo desembarco de los africanos en las costas de Andalucía, así como que el emperador de Fez y Marruecos activaba los formidables preparativos para realizar la invasion de España, D. Alfonso pasó á Madrid, donde reunió las Córtes, de las que obtuvo crecidos subsidios en hombres y en dinero para hacer la guerra; dispuso enviar una embajada al papa residente entonces en Aviñon, en solicitud de las gracias é indulgencias de Cruzada para los que asistiesen á la próxima campaña, ordenando, finalmente, que todo estuviese dispuesto para los primeros dias de la primavera de 1340.

VIII.

Desastres Navales. Victoria del Salado.

1340.

Entre tanto continuaba, si bien con lentitud, el trasporte de tropas Africanas á las playas de Aljeciras, punto estratéjico que el emperador Abu-el-Hasan, habia elegido, como base de las operaciones que proyectaba en Andalucía.

Al despuntar la primavera del año 1340, el príncipe Abd-el-Melik, hijo del emperador de Marruecos, que habia invernado en Aljeciras para dirigir las operaciones del desembarco de las tropas que enviaba su padre, con noticia que tuvo de la marcha del rey D. Alfonso á Castilla, intentó apoderarse de los almacenes de víveres que los castellanos tenian en Lebrija con destino al abastecimiento de la flota que cruzaba las aguas del Estrecho. Un cristiano, que cautivo tenian los Africanos en Aljeciras, pudo romper su cadena en estos dias, y pasar á Tarifa donde dió cuenta del proyecto de

Abd-el-Melik, al alcaide de esta ciudad Fernan Perez de Portocarrero; quien se apresuró á pasar aviso del suceso al consejo de Jerez y á los alcaides de los lugares y castillos fronteros de aquella comarca á fin de que estuvieran sobre aviso, en tanto que él con algunas fuerzas de caballeria acudió á Lebrija para salvar los almacenes de la rapacidad de los Africanos.

El príncipe Abd-el-Melik salió de Aljeciras con una fuerte division de caballería é infantería, marchó por Medina-Sidonia sobre Jerez, y estableció su campo en un olivar inmediato á esta plaza, para dar lugar á que sus tropas saqueasen la comarca en busca de víveres de que carecian los de Aljeciras, á resulta de la vigilancia de los cruceros castellanos en las aguas del Estrecho. Desde su campamento destacó mil y quinientos caballos para sorprender á Lebrija; lo eual no consiguió gracias á la defensa que hizo Fernan Perez de Portocarrero. Burlado su intento los Africanos retrocedieron hasta *el bodegon de Pascual Rubio, que es cerca del Guadalquivir* (copiamos textualmente la fidedigna crónica de D. Alfonso XI) y se apoderaron de cuanto ganado boyal y lanar encontraron en esta comarca, de donde revolvieron sobre la de Arcos con propósito de aumentar la presa. Fernan Perez de Portocarrero, que los seguia de cerca con cuarenta caballos de su escolta y sesenta de Lebrija, envió aviso de lo que pasaba al consejo de Sevilla, y á los caballeros que con sus mesnadas se reunian en la ciudad de Utrera siempre que los musulmanes en-

traban á correr tierra de cristianos. Estos caballeros y los jinetes enviados por el consejo de Sevilla, hicieron cuanta dilijencia pudieron para reunirse á Portocarrero. Encontrábanse á la sazon en Ecija el Maestre de Alcàntara y los caballeros vasallos al Rey, de vuelta de una expedicion contra Alcalá la Real. Noticiosos de lo que ocurria en el distrito de Jerez, acudieron en auxilio de los caballeros que seguian el rastro de los Africanos con tanto celo y buen deseo de ayudarlos, que en un dia anduvieron las catorce leguas que los separaban de la pequeña hueste de Portocarrero. Unidos todos y en número de hasta ochocientos hombres á caballo, avistaron al amanecer del siguiente dia, en un valle situado media legua mas allá de Arcos, la caballería Africana que los esperaba dividida en dos cuerpos, el uno como de mil doscientos hombres en órden de batalla, y el otro de trescientos custodiando la presa y los ganados. Los cristianos aunque menos numerosos, estaban, segun la Crónica, bien armados, llevaban buenos caballos, y *habia grandes corazones*, y no menores fuerzas para soportar el peso de las armas, y dar grandes golpes para derribar y matar muchos moros; así que la refriega fué de las mas bravas y porfiadas. Cuando mas empeñada estaba, el alcaide de Arcos, Fernan Perez Ponce, salió dela ciudad con cuanta gente de armas pudo reunir, y acometió reciamente á los trescientos africanos que guardaban la rica presa fruto de su vandálica correría. Este inesperado refuerzo decidió la victoria en favor de los cristianos, que acuchillaron gallar-

damente á los enemigos, de los cuales solo un corto número pudo salvarse de las lanzas castellanas que *siguieron el alcance fasta una legua*. Vencidos los Africanos, los nuestros cogieron el despojo del campo, recobraron el ganado y fuéronse á reposar de su gloriosa fatiga al Castillo de Arcos.

En la mañana del dia siguiente recibióse la noticia en la fortaleza de Arcos, de que el príncipe Abd-el-Melik habia levantado su campo de las cercanías de Jerez y que se dirijia con mucha presa y ganados hácia el castillo de Alcalá de los Gazules, cuyas puertas se ofreciera un desertor á abrirle. Dudosos estaban el maestre de Alcántara y los caballeros acerca del partido que les convenia tomar, visto que sus fuerzas eran poco numerosas y las del príncipe africano ascendian á cinco mil jinetes y mucha mas gente de á pié, cuando la llegada del consejo de Ecija, con su caudillo Fernan Gonzalez de Aguilar, y la del de Jerez con D. Alvaro, obispo de Mondoñedo, así como la opinion de los caballeros de génio mas batallador obligaron al Maestre á salir de Arcos en persecucion de la hueste africana, al frente de dos mil caballos y algunos mas infantes. El inmenso bagaje que arrastraba la division musulmana y un récio temporal de agua que la sorprendió en el camino hicieron su marcha lenta y trabajosa, en términos que los castellanos pudieron darle alcance y sorprenderla una mañana al amanecer, acampada en la orilla derecha del pequeño rio Alamo, tributario del Barbate. Pero unos quinientos ginetes Bereberes que velaban el cam-

po, capitaneados por un sobrino del emperador, Abu-el-Hasan, llamado Ali-Hatar, se apercibieron de la llegada de los cristianos y montaron diligentes á caballo para defender el paso del rio. El obispo, el Maestre y los ricos-hombres viéndose descubiertos no vacilaron un instante en acometer al enemigo que los rechazó con denuedo y obligó á repasar el rio. En lo mas récio de la refriega, un caballero freire de Alcántara arremetió lanza en ristre contra el caudillo Ali-Cazar, quien le esperó á pié firme, y cuando lo tuvo á conveniente distancia le arrojó con tan descomunal brio su azagaya que le atravesó un *lorigon et un gambax que traia, et salióle el fierro á las espaldas, cayendo el freire muerto del caballo á tierra.* Los castellanos volvieron con mucho empuje á la carga, y esta vez mas afortunados, rompieron los escuadrones bereberes y lancearon al valiente Ali-Hatar. Esto hecho, penetraron como un torrente en el campo musulman, donde á pesar del suceso pasado no se queria dar crédito á su llegada, y lo recorrieron á sangre y fuego sin dar cuartel á ningun enemigo que se encontró bajo el filo de sus espadas. El desórden y la confusion fué tal, que los africanos se dejaron matar sin defenderse, ó escaparon á la desbandada hácia la vecina sierra. Uno de los fugitivos fué el príncipe Abd-el-Melik, que á pié y desamparado de los suyos huyó hasta que agotadas sus fuerzas se ocultó en una breña de zarzas en la orilla del arroyo Alamo. Allí lo encontraron los cristianos, uno de los cuales, á pesar de que el príncipe se fingió muerto,

le dió dos lanzadas. Idos los cristianos, el príncipe se levantó prorumpiendo en sordos lamentos. Un africano que lograra ocultarse cerca de aquella breña, oyó sus quejidos, le conoció y acudió en su auxilio, ofreciéndose á conducirle á cuestas. Mas el príncipe que se sentía desfallecer á resultas de la mucha sangre que perdia por sus heridas, se negó á dejarse llevar, y le rogó fuese á buscarle auxilios mas eficaces. Obedeció el africano; y cuando regresó con alguno de los suyos para recojer al príncipe, encontráronlo cadáver en la orilla del arroyo donde se arrastrara devorado por la sed de su mortal agonía.

El desastre de aquella espedicion y la muerte de su hijo Abd-el-Melik, llenaron de saña y congoja al emperador Abu-el-Hasan, así como al Sultan de Granada, que se propusieron tomar rápida y cumplida venganza del infausto suceso, para lo cual hicieron un nuevo llamamiento á sus banderas y activaron el paso de las tribus africanas á España.

La alegria que este fausto suceso militar causó en Andalucía se vió muy luego turbada por el siguiente triste acontecimiento. El almirante de la flota aragonesa, Gilaberto de Cruyllas, que con la armada castellana guardaba el paso del Estrecho, operó un temerario desembarco en la costa de Algeciras, y empeñó en tierra firme un combate desigual con los africanos. En lo mas apretado de la refriega cayó muerto atravesado de una flecha; visto lo cual sus soldados y marinos se retiraron apresuradamente á las naves, que muy luego por acuerdo

de sus capitanes faltos de gefe dieron la vela para las costas de Cataluña, dejando sola la armada de Castilla para guardar el Estrecho.

Dos meses despues, esto es, en abril del mismo año 1340, D Alfonso XI, mas atento á satisfacer la ambicion y las venganzas de su favorita D.ª Leonor de Guzman, que á celar los verdaderos intereses de su reino y corona, despues de haber estremado su justicia, que tantas veces dejeneró en fria crueldad, en el castigo del mas desgraciado que desleal maestre de Alcántara el vencedor del príncipe Abd-el-Melik, regresó á Andalucía para asistir al desastre de su armada y á la heróica muerte del valeroso almirante Jofre de Tenorio.

Ya hemos dicho que deseoso de vengar la derrota y muerte de su hijo á orillas del arroyo Álamo, el emperador Abu-el-Hasan habia mandado activar el trasporte de tropas africanas á las playas de Aljeciras y Gibraltar. Tanta actividad se desplegó en el cumplimiento de sus órdenes, que en la fecha que queda indicada en el párrafo anterior, el rey D. Alfonso, que se hallaba en Sevilla, recibió comunicaciones del almirante Jofre de Tenorio dándole cuenta de haber cruzado el Estrecho una flota marroquí de doscientas setenta velas, de ellas sesenta galeras armadas para la guerra, que habian efectuado un considerable desembarco de tropas en la bahia de Gibraltar, y pidiéndole al mismo tiempo refuerzos de hombres y de barcos para combatir tan formidable armamento, dado que las naves de su mando se encontraban en mal estado, faltas de

tripulacion y muy averiadas á resultas de aquella larga campaña marítima. Envióle D. Alfonso seis galeras recien construidas en las Atarazanas de Sevilla y ademas suficiente tripulacion para guarnecer estas y otras ocho que estaban desarmadas en el puerto de Santa Maria. Con este refuerzo la flota castellana contaba treinta y tres galeras; número bastante inferior al de las africanas.

Desgraciadamente con el refuerzo llegó á conocimiento del almirante Jofre cierto rumor que circulaba en la córte del rey de Castilla, ó mas bien diremos, una falsa interpretacion de algunas palabras de D. Alfonso XI, referentes á la facilidad que las naves africanas habian encontrado para cruzar el Estrecho; rumores ó palabras que hirieron en lo mas vivo el pundonor del valeroso y leal almirante, quien en su virtud y cediendo á los impulsos de su gran corazon dispuso atacar inmediatamente con fuerzas tan desiguales las formidables que el enemigo podia presentarle en línea de combate.

Al efecto, «mandó tañer las trompas y los atabales, et movió la su galea con el estandarte del rey contra do estaba la flota de los moros. Et de las treinta et tres galeas que él tenia *fueron muy pocas con él*, et eso mesmo de las naves.» Como dice con su lacónica y vigorosa sencillez la crónica de don Alfonso XI. Visto por la flota africana el reducido número de barcos castellanos que provocaban el combate, saliéronles desaforadamente al encuentro y muy luego los tuvieron tan estrechamente rodeados, que cada uno de ellos tuvo que resistir el abor-

daje de tres ó cuatro naves africanas que los tenian aferrados. En lucha tan desigual la resistencia no pudo ser de larga duracion. Así que á los pocos momentos de empezado el combate «las mas de aquellas galeas fueron tomadas, y las otras anegadas, et las gentes de los cristianos muertas ó captivas.» Entre tanto la galera capitana que montaba el almirante castellano se defendia heróicamente de cuatro galeras enemigas que la tenian aferrada y la combatian sin cesar; pero, como dice la crónica, describiendo los pormenores de este glorioso episodio de aquel combate naval, estaban con el almirante muchos y buenos caballeros y escuderos, sus parientes ó criados de su casa que rechazaban con inaudita bravura los repetidos abordajes del enemigo. Habia seguido á la galera capitana una nave de alto bordo, cuyos tripulantes creyendo obrar bien saltaron en aquella para ayudar á su defensa. Tomaron los africanos la nave abandonada que estaba muy cerca de la galera del almirante y la dominaba siendo mas alta, y desde ella hicieron llover sobre los cristianos un diluvio de barras de hierro, piedras, saetas y toda clase de armas arrojadizas que causaron mucho estrago en la gente del almirante. Sin embargo, no se intimidaban aquellos héroes; por el contrario, *cuando alguno se sentia ferido de muerte, venia al almirante et besábale la mano, et con las feridas tornaba á morir en la pelea*. Los africanos entraron tres veces la galera capitana, y otras tantas tuvieron que abandonarla rechazados por Jofre de Tenorio, que tenia puesta una mano en el

estandarte y en la otra la espada con *la que feria en los moros, et luego que los echaba tornábase al estandarte*. Por último, *muertos todos* aquellos héroes delante de su general, este se abrazó con el estandarte y peleó con la espada que tenia en la mano *fasta que le cortaron una pierna, et ovo de caer, et lanzaron de encima de la nave una barra de fierro et diéronle un golpe en la cabeza de que morió.*

Cuatrocientos sesenta y cinco años despues, y en las mismas aguas, el héroe Alfonso Jofre de Tenorio debia encontrar un generoso émulo de su proeza en el valiente entre los valientes D. Cosme de Churruca. Esto prueba que los siglos pasan, pero la raza de los héroes no pasa en España.

Muerto el almirante castellano, los africanos le cortaron la cabeza que arrojaron al mar—contra su costumbre; sin duda porque quedaria muy destrozada á resultas del golpe descomunal que acabó con su vida—y el cuerpo lo conservaron como trofeo de su victoria para presentárselo al emperador Abu-el-Hasan. Los cristianos de las galeras que no quisieron entrar en combate, viendo derribado el estandarte real, trasbordáronse á las naves de alto bordo, y aprovechando un poco de viento que se levantó, largaron velas é hicieron rumbo al puerto de Cartajena, dejando desamparadas las galeras. Los africanos se apoderaron de ellas con todos sus remos, velas y aparejo. *Así que de toda la flota que el rey de Castilla allí tenia non escaparon mas de cinco galeas.*

Don Alfonso, que se encontraba en las Cabezas de San Juan, camino de Jerez de la Frontera, reci-

bió en aquella villa la noticia del terrible desastre que le dejaba completamente exausto de marina de guerra. No se abatió por tamaño infortunio la grandeza de su ánimo; por el contrario, en aquellos momentos se mostró mas previsor, mas político y decidido que nunca. Conceptuando que la total pérdida de su armada dejaba espuesta, en primer lugar, la importante plaza de Tarifa, y despues todos sus estados de Andalucía á ser presa de las huestes africanas, envió desde luego víveres y un crecido refuerzo de caballeros y escuderos para su defensa, y esto hecho regresó diligente á Sevilla, donde se proponia reunir todos los medios necesarios al sostenimiento de la guerra que ya conceptuaba inevitable y próxima.

Al efecto hizo que la reina D.ª Maria, que vivia retirada en un monasterio con su hijo D. Pedro, escribiese á su padre el rey de Portugal; quien no menos generoso que su hija, olvidando los agravios hechos á su honra, envió al rey de Castilla su flota al mando del almirante Pezano y de su hijo Cárlos, los mismos que dos años antes habian sido vencidos y hechos prisioneros en las aguas de Lisboa por el tan valeroso como desgraciado Jofre de Tenorio. Esto hecho comisionó á Juan Martinez de Leyva, con especial embajada á la república de Génova en solicitud de una armada, que en número de quince galeras le facilitó la *Señoría*, á precio de ochocientos florines de oro mensuales por cada una, y de mil y quinientos la capitana, al mando del almirante Ejidio, hermano de Simon Bocanegra, primer

Dux de aquella república. De regreso para España y á su paso por Aviñon, el embajador Leyva obtuvo del pontifice una bula concediendo las indulgencias de Cruzada para la guerra de Castilla contra los Mahometanos; así como negoció en Zaragoza con Pedro IV un tratado de alianza entre Castilla y Aragon en virtud del cual este último monarca debia poner á disposicion y sueldo del primero doce galeras armadas para la guerra.

Entre tanto, el activo D. Alfonso XI ajustó con su suegro el rey de Portugal un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra el emperador de Marruecos; tratado que se firmó en Sevilla, en 10 de julio de 1340, y en el cual quedaron satisfactoriamente resueltas y concluidas todas las diferencias, todos los motivos de queja que durante largos años mantuvieron mas ó menos enemistados á los dos reyes. Durante el curso de estas negociaciones, el hábil político y previsor guerrero D. Alfonso, se esmeró en reparar en cuanto pudo el desastre de su armada ocurrido en las aguas de Gibraltar, mandando construir nuevas galeras, reparar las que se encontraban desarmadas en los puertos de Andalucía y traer las pocas que existian en los de Asturias y Galicia; formando con todas ellas una reducida flota de quince galeras y algunos trasportes, que puso á las órdenes de Frey D. Alfonso Ortiz Calderon, prior de S. Juan, con encargo de cruzar las aguas de Tarifa, dado que el almirante portugués Manuel Pezano, se obstinaba, por medida de precaucion, en permanecer con su armada en Cádiz.

Dicho se está que el emperador de Marruecos aprovecharía grandemente los cinco meses cumplidos durante los cuales fué dueño absoluto del paso del Estrecho, para activar el trasporte de tropas á las playas de Andalucía. Así es que á beneficio de su numerosa armada, reforzada con las galeras castellanas que apresó en el último combate naval, con las del sultan de Granada su aliado, y con las que le enviaron el rey de Tunez y el de Bujia, pudo pasar con todo descanso y sin peligro de las costas africanas á las españolas *setenta mil caballeros, et cuatrocientas veces mil omes de pié,* como dice el cronista de D. Alfonso, que acamparon entre Gibraltar y Aljeciras. Número no exajerado si se tiene en cuenta que en él debieron figurar por una gran parte las familias y acaso tribus enteras africanas que desembarcaron con la esperanza de establecerse definitivamente en Andalucía, como habia acontecido en todas las invasiones musulmanas realizadas desde los tiempos de Musa y Tarik.

Terminado con tanta felicidad el desembarco, Abu-el-Hasan despidió su armada, «coidando que el rey de Castilla no podia haber flota ayuntada en aquel año, que le destorvase de pasar los navios pequeños con viandas,» y marchó ejecutivamente á poner sitio á Tarifa; cuya plaza bloqueó estrechamente, (23 de setiembre) salvo por el lado del mar, y cuyos muros batió con veinte máquinas é injénios de trueno que lanzaban *balas grandes de hierro con nafta,* causando terribles destrozos en sus bien torreados muros.

Defendiéronse gallardamente los sitiados al mando de Juan Alfonso de Benavides; pero combatidos réciamente por fuerzas tan superiores hubieron de pedir con repetidas instancias auxilio al rey de Castilla, quien dió órden á su almirante, el Prior de San Juan, para que con la armada, fuerte de quince galeras, doce navíos y cuatro leños, (embarcaciones pequeñas y de mucho andar) fuese en socorro de Tarifa. La vista de aquella flota colmó de alegria á los sitiados; «et á los moros pesóles mucho, ca los navíos pequeños que les traian la vianda non osaban andar por miedo de los leños, et luego encarecioles mucho la vianda en el real.»

No bien tuvo noticia D. Alfonso de haber llegado su armada sin novedad al punto de su destino, convocó en su palacio, *que es so el caracol* á los prelados, todos los ricos-hombres, los maestres de las órdenes militares, todos los caballeros y escuderos hijos-dalgo, de su señorío, y muchas gentes de las ciudades villas y lugares de sus reinos que estaban con él en Sevilla y les espuso la necesidad, en evitacion de mayores males, de ir á combatir á los africanos que tenian sitiada á Tarifa. Movióse sobre esto una larga discusion, en que los pareceres se manifestaron encontrados, hasta que «fincó el acuerdo de que fuesen á correr la villa de Tarifa, y que el rey de Castilla solicitase el auxilio de los de Aragon y Portugal para asegurar el éxito de la empresa.

En su virtud comenzóse desde luego á hacer los grandes preparativos para la guerra; y la buena y generosa reina D.ª María, á solicitud de su in-

fiel esposo, marchó á Portugal para obtener de su padre los auxilios de que tanta necesidad tenia su marido. El noble D. Alfonso IV mostróse propicio á la solicitud de su yerno, y ofreció á su hija que marcharia en persona con una hueste en socorro del rey de Castilla.

Estaba escrito en el libro del destino, que la inmarcesible gloria del Salado habia de comprarse con tremendos desastres marítimos.

Es así que en tanto que D. Alfonso XI negociaba alianzas y ajenciaba auxilios estranjeros para hacer frente á la tormenta que se cernia sobre sus Estados, y que Abu-el-Hasan en sus reales frente á Tarifa, abrigaba sérios y fundados temores de que las flotas de Aragon y Portugal llegasen á unirse á la de Castilla, cortándole toda comunicacion con África y colocándole en una situacion desesperada falto de todo socorro para mantenerse en Andalucía, pensaba ya «en catar manera como oviese alguna avenencia con el rey de Castilla,» cosas todas que parecian augurar el próximo y feliz término de la tremenda crisis que atravesaba Andalucía, cuando surjió de improviso un aciago suceso que hizo naufragar aquellas esperanzas y comprometió gravemente la causa de los cristianos.

Mantenia el prior de San Juan, Alfonso Ortiz Calderon, vijilante crucero con la armada castellana en las aguas de Tarifa, interceptando cuantos convoyes de víveres se despachaban de las costas de África para el campo musulman; motivo era este de grande regocijo para los cercados y de viva

preocupacion para el emperador de Marruecos, que, como dejamos anteriormente dicho, temia verse sitiado por hambre en sus mismos reales, y pensaba en tal virtud, proponer una avenencia al rey de Castilla. Así las cosas, y en los dias en que se entablaron los preliminares para negociar la paz, estalló en una noche del mes de Agosto, una furiosa y deshecha borrasca en los mares del Estrecho, que sumerjió ó dió al través contra las peñas de la costa doce galeras de la flota castellana, salvándose solo la que montaba el almirante y otras dos: en cuanto á las naves de alto bordo pudieron correr el temporal las unas hasta Cartajena y las otras hasta los puertos del reino de Valencia.

Aquel nuevo desastre, que en lo mas crítico de las circunstancias dejaba por segunda vez enteramente desprovisto de marina al rey de Castilla, reanimó el acongojado espíritu del emperador Abu-el-Hasan, quien viéndose otra vez dueño del mar renunció á sus propósitos de avenencia y mandó activar con desesperados brios las operaciones del sitio de Tarifa. Al soberbio arranque de su afortunado enemigo, contestó D. Alfonso XI enviando repetidas comunicaciones al gobernador de la plaza, mandándole que no desmayase por la pérdida de la flota, y que se mantuviese firme en la seguridad de que muy en breve seria socorrido por el ejército aliado castellano-portugués.

Así fué, y mas pronto de lo que podia esperarse. En los primeros dias del mes de Octubre llegó á Sevilla D. Alfonso IV de Portugal, al frente de una

division de mil caballos formada con los principales hidalgos de su reino, que unida á la hueste castellana, fuerte de *ocho mill omes de caballo, et fasta doce mill omes de pie*, constituyó un corto pero brillante y disciplinado ejército veterano, que salió de esta ciudad hácia mediados del mes, acaudillado por ambos reyes ganosos de correr los peligros y de conquistar la gloria de aquella memorable campaña.

Andando á cortas jornadas para proveerse de víveres y dar lugar á que se le fuesen incorporando las banderas y Concejos que habian sido convocados, llegó el ejército cristiano en doce dias de marcha pasando por Alcalá de Guadaira, Utrera, cabezas de S. Juan, Torres de Alocaz, Cuevas de Coyo y Jerez; de aquí continuó por Medina-Sidonia, vadeó el rio Celemin que desagua en la laguna de la Janda, luego por la mesa de Benalú y por Almodovar hasta el montecillo de la Peña del Ciervo, posicion estratéjica situada cerca de Tarifa que los africanos habian ocupado hasta el momento en que se dejó ver el ejército cristiano. En este punto estableció sus reales D. Alfonso XI; coincidiendo con su llegada á él, la aparicion en las aguas de Tarifa de la flota de Aragon á sueldo de D. Alfonso, y de las tres galeras y doce naves castellanas que se salvaron del pasado naufrajio con el prior de S. Juan, Ortiz Calderon.

Alzadas tiendas y tomadas todas las precauciones que para la defensa del campamento requeria la proximidad del enemigo, D. Alfonso mandó

practicar un reconocimiento sobre el terreno para saber las posiciones que aquel ocupaba. De él resultó que el emperador Abu-el-Hasan y su aliado el Sultan de Granada al tener noticia de la llegada del ejército cristiano, habian levantado el cerco de la plaza, mandado quemar todos los injenios con que la combatieron y tomado posiciones para dar la batalla; los africanos al pié de una colina sobre cuya meseta Abu-el-Hasam hizo poner su *alfaneque* (pabellon) rodeado de las tiendas de su familia y servidumbre, y en otra colina mas separada, pero como la primera dando vista á Tarifa, los granadinos con el Sultan Yussuf ben-Ismail, por último, que el número de los musulmanes, segun declaracion de un desertor moro, ascendia á mas de «cincuenta et tres mil caballeros, et mas que setecientas veces mill omes de pie:» cifra en la que sin duda se comprenderian las tribus y familias africanas que emigraron á España, pues los cálculos mas racionales de los historiadores cristianos y magrebinos, solo señalan 150 á 200 mil combatientes.

Acto continuo, D. Alfonso llamó á concejo á los prelados, ricos-hombres y caballeros principales de la hueste, para acordar el plan de la batalla que debia empeñarse al dia siguiente. Trazóse este en medio de entusiastas manifestaciones de adhesion al *Señor Rey* y de ofrecimientos de morir por la fé de Jesucristo; conviniéndose entre otras cosas, que el rey de Castilla atacaria con el grueso del ejército al emperador de Marruecos, y que el de Portugal, aumentada su division de mil caballos con otros

tres mil castellanos, acometería al Sultan de Granada, que contaba unos siete mil combatientes en su hueste. La militar prevision de D. Alfonso fué mas allá; pues hecho cargo de las posiciones que ocupaba el enemigo, elegidas con incalificable torpeza, dispuso que á noche cerrada los pendones de sus hijos (bastardos) D. Enrique y D. Tello con los del obispado de Jaen, en número de mil caballos y cuatro mil infantes entrasen en Tarifa, con órdenes para que la guarnicion de la plaza y la dotacion armada de las galeras de Aragon y Castilla se les reuniesen y estuviesen todos dispuestos para cargar impetuosamente al enemigo en el momento oportuno.

Verificóse con éxito lisonjero aquella atrevida operacion á la vista y á despecho del enemigo, que con tres mil caballos intentó en vano oponerse al paso del rio Salado por la fuerza castellana que entró triunfante en Tarifa antes de la media noche.

Toda ella la pasó el ejército castellano sobre las armas. Al romper el dia del lúnes 30 de Octubre de 1340, el rey D. Alfonso de Castilla y de Leon salió de su tienda, y despues de oida la misa que celebró el arzobispo de Toledo, mandó hacer la señal, «et en todas las huestes los cristianos armaronse de sus armas, et los Ricos-homes et caballeros armaron los caballos.» Esto hecho y ordenadas las hases el ejército se puso en marcha hácia el enemigo, dejando encomendada la guarda de los reales asentados en la Peña del Ciervo, á D. Pero Nuñez con parte de la infantería compuesta «de labradores et omes de

poca valía que fueron en la hueste» como los califica la Crónica. En el momento de moverse los pendones cristianos, la guarnicion de Tarifa con el refuerzo llegado la noche anterior y la dotacion armada de la flota castellana obedeciendo, sin duda, á las instrucciones recibidas, salió de la plaza y se formó en batalla delante de sus murallas amenazando la estremidad del ála izquierda del ejército Africano.

Abu-el-Hasan ordenó ejecutivamente el suyo en actitud de combate, y destacó gruesas masas de caballería para defender el paso del Rio Salado que dividia los dos campos. D. Alfonso de Castilla avanzó de frente protejido su costado derecho por el mar, contra el emperador de Marruecos; el rey de Portugal «tomó su camino por la izquierda cerca de la Sierra contra do estaba el rey de Cranada.» Entre tanto la vanguardia acaudillada por D. Juan hijo del infante D. Manuel, contraviniendo las órdenes recibidas, hizo alto al llegar á la orilla del rio. Envióle el rey con un caballero la órden de avanzar, á lo que se negó este caudillo en términos que hizo sospechar de su lealtad al rey: «et el su Alferez de este D. Joan desque oyó lo que el Rey le enviara á decir, quisiera mover con el pendon para pasar el rio; et D. Joan dióle una mazada que lo oviera derribar del caballo.» La vanguardia permaneció inmóvil. Afortunadamente en aquel critico momento en que la inesperada conducta del infante comprometía gravemente el éxito de la batalla, un cuerpo como de ochocientos hombres de caballería,

mandado por los hermanos Garcilaso, se lanzó denodadamente á la carga pasando el rio por un puentecillo de madera que defendian dos mil y quinientos jinetes Africanos que fueron arrollados. Casi en el mismo tiempo que los Garcilasos daban la carga, D. Juan Nuñez de Lara y el maestre de Santiago vadeaban el rio con sus banderas, venciendo la resistencia que les opuso el enemigo. En estos momentos llegó á la orilla del Salado D. Alfonso con sus mesnadas. Mientras que el rey pasaba el rio, las primeras banderas de la derecha que habian entrado en accion llegaron, persiguiendo á los fujitivos, hasta el cerro donde estaban los reales, el pabellon y la familia del emperador Abu-el-Hasan, defendidos por un cuerpo de once mil africanos, Zenetas, tres mil de ellos á caballo. Ni el número ni la ventajosa posicion del enemigo detuvieron el ímpetu de los Castellanos, que acaso hubieran pagado caro en aquel punto su temerario arrojo y codicia de presa, si la guarnicion de Tarifa con los refuerzos que recibiera la noche anterior no hubiese entrado en aquella hora en accion, combinando su ataque á los reales de Abu-el-Hasan con el de las banderas de D. Juan Nuñez de Lara y del maestre de Santiago. Aquella doble é impetuosa embestida desconcertó á los Zenetas, que huyeron á la desbandada los unos hácia el mar y los otros hácia Aljeciras, dejando en poder de los castellanos el pabellon y las tiendas de la familia del emperador.

Entre tanto el rey D. Alfonso habia pasado el rio, y empeñado la formal batalla con el grueso del

ejército Africano que habia tomado posiciones en el valle. Ruda y porfiada fué la refriega, y tan cerca se combatieron capitanes y soldados que D. Alfonso vió clavada una saeta en el «arzon delantero de la silla del caballo que montaba.» *Feridlos*, esclamó, levantándose sobre los estribos, *que yo so el Rey Don Alfonso de Castiella et de Leon: ca el dia de hoy veré yo quales son mis vasallos, et verán ellos quien soy*. Y esto diciendo espoleó su caballo para arrojarse en lo mas recio de la refriega; mas el arzobispo de Toledo D. Gil de Albornoz, que no se separó en aquel dia de su lado, «travóle de la rienda, et dixo: *Señor, estad quedo, et non pongais en ventura á Castiella et Leon; ca los moros son vencidos, et fio en Dios que vos sodes hoy vencedor*.

Cumplióse la profecia; pues á los pocos momentos el cuerpo de zenetas que quedara en la guarda de los reales, bajaba por el «recuesto ayuso» acosado con rigor por las espadas castellanas, introduciendo con su desordenada fuga el desconcierto en las taifas de la izquierda de la linea de batalla de los Africanos. Al mismo tiempo que esto sucedio, la hueste Granadina vencida y arrollada por la division Castellano-portuguesa acaudillada por el rey de Portugal, se precipitaba tambien huyendo á la desbandada sobre la derecha de aquella línea; que combatida simultáneamente en el centro por las armas castellanas y en sus estremos por la confusion que introdujeron en ellos los fugitivos Zenetas y Granadinos, se desordenó en toda su estension, pronunciándose muy luego toda ella en arrebatada fuga.

Unidos los dos reyes de Castilla y Portugal siguieron el alcance de los vencidos hasta el rio Guadalmesi, dejando entre este y el Salado una tupida alfombra de cadáveres africanos; cuyo número debió ser espantoso (doscientas veces mil, dice la crónica) atendido que la persecucion duró mas que la batalla; atendida la superioridad de las armas defensivas y ofensivas de los castellanos, dado que los Africanos carecian completamente de las primeras y en cuanto á las segundas eran muy inferiores, y atendido, en fin, á que, segun declaracion de los vencidos, los moros que pasaron aquende la mar tardaron cinco meses y emplearon sesenta galeras por dias, «et los que tornaron despues hicieronlo en doce galeas et quince dias.»

Cuenta la crónica de D. Alfonso XI, con su nervioso y gráfico laconismo, que los Africanos fueron cruelmente maltratados en aquella lid; pero que mucho mas los hubieran sido, «si no fuera porque muchos cristianos se detuvieron á devastar los reales del emperador de Marruecos, donde dieron muerte ó cautivaron á las mugeres é hijos de Abu-el-Hazan. Entre las primeras se contaron la hija del rey de Tunez, Fatima, esposa predilecta del emperador, una hermana de esta llamada Fomalfat, tres mugeres horras de aquel principe y otras moras, así como cautivas varias cristianas y moras de su harem. Matáronle, dice, dos hijos pequeños é hicieron prisionero á su hijo Abu-Ahmer, la mejor lanza del ejército, á su sobrino Abu-Aly, rey

que fué de la antigua Sedjelmesa, en Berberia, y otros ilustres jeques y caudillos.

Los príncipes vencidos se salvaron á uña de caballo entrando en Aljeciras donde se detuvieron el tiempo indispensable para les aparejasen las naves que los condujeron al uno á Marbella, de donde pasó luego á su capital, Granada, y el otro á Gibraltar donde se embarcó precipitadamente para ganar la costa de Africa.

Es indudable, al menos para nosotros, que la batalla del Salado, lo mismo que la de las Navas de Tolosa, mas bien que una grandiosa accion de guerra en la que la victoria se viese larga y tenazmente disputada por dos ejércitos igualmente poderosos en recursos, en soldados y en ciencia militar de sus respectivos caudillos, fué una espantosa carniceria de Africanos mal armados y medio desnudos, realizada por un ejército tan inferior en número como superior en organizacion, disciplina y armamento, y á la cual contribuyeron los musulmanes andaluces, que en su odio inveterado á la raza berberisca, ó se negaron á combatir ó lo hicieron tan flojamente que comprometieron la situacion de sus correligionarios. En 1212, el reino Castellano era, á pesar de las discordias intestinas que le trabajaban sin cesar, una potencia militar muy superior al pueblo musulman que habia quedado establecida en España, y á la raza africana que no podia conformarse con la idea de renunciar á la posesion de Andalucía; en 1340, es decir, ciento veintiocho años despues, era no solo potencia militar

sino que tambien naval y habia caminado tanto por las vias del progreso moral y material, que solo la grosera ignorancia de los reyes de la Mauritania pudo hacerse la ilusion que seria fácil presa para los *hambrientos* y *haraposos* kabilas africanos.

Entre la España de 711 y la España de 1340 habia la misma diferencia que entre el número de los Bereberes de Tarik y el número de los Africanos de Abu-el-Hasan. Por eso cien mil Godos no pudieron vencer doce mil Bereberes en las márgenes del Guadi-Becca; por eso bastaron veinticinco, ó á lo sumo treinta mil Españoles para esterminar medio millon de Africanos en las del rio Salado.

Y, cosa verdaderamente providencial, la misma region—la cora de Algeciras—testigo del desastre de la España de los Godos, fué teatro de la última y definitiva victoria de la España de los Españoles sobre sus eternos enemigos, desde el tiempo de la dominacion romana, los Bárbaros de ámbos Magrebs.

¡Seiscientos veinte y nueve años de lucha que se renovaba todos los dias, separan á Tarik de Abu-el-Hasan; á Rodrigo de Alfonso XI, á la jornada del Guadi-Becca de la jornada del Salado; rios, que de seguro no acarrean tantas aguas como sangre cristiana y musulmana se derramó en Andalucia, desde el dia en que el primero asistió á la agonia de España, hasta el en que el segundo presenció su resurreccion.

Dejando para otro lugar el dar mas ámplios detalles acerca de la batalla del Salado y sus mas in-

mediatos resultados, nos limitaremos en este á decir, que en el Salado combatieron solos los Leoneses, Castellanos y Andaluces, auxiliados de *mil* portugueses; y que si gloriosa fué la batalla bajo el punto de vista político y militar, no menos provechosa fué bajo el aspecto económico, puesto que fueron tantas las riquezas que los cristianos tomaron en los reales africanos y principalmente en las tiendas de Abu-el-Hasan, que, segun dice la Crónica (Cap. 296) «el Rey cobró mucho de ello (del haber), pero algunos de los que lo ovieron tomado, fuxieron con ello fuera del regno á Aragon et Navarra: et muchos de ellos fueron á la ciubdad de Aviñon, dó era entonces el Papa Benedicto. Et tanto fué el aver que fué levado fuera del regno, que en Paris, et Aviñon, et en Valencia, et en Barcelona, et en Pamplona et en Estella, en todos estos logares *baxó el oro et la plata la sesma parte menos de como valió.*»

La escasez de subsistencias, en medio de aquella abundancia de metales preciosos, impidió á Don Alfonso seguir el alcance de los fugitivos, viéndose obligado á regresar á Sevilla, en compañia del rey de Portugal, donde fueron recibidos en solemne procesion por el clero y el pueblo reunidos para celebrar con trasportes de júbilo aquel espléndido triunfo. El generoso portugués solo quiso aceptar como recuerdo de su participacion en los peligros y en la gloria de la jornada, algunas armas y arreos militares notables por su maravillosa labor, con lo cual se despidió satisfecho del rey de Castilla, que

le acompañó en su viaje de regreso hasta Cazalla.

No menos piadoso que guerrero y político, Don Alfonso XI dispuso enviar desde Sevilla al Papa Benito XII un magnífico regalo en memoria del triunfo que las armas cristianas habian obtenido sobre las mahometanas. El regalo, que consistia, entre otros objetos preciosos, en el pendon que enarbolara el rey, y el caballo que montara el dia de la batalla, los mejores caballos árabes tomados al enemigo, y veinticuatro cautivos africanos con otros tantos estandartes berberiscos, fué recibido en Aviñon por el papa, en su palacio, rodeado de los cardenales, obispos y todo el clero, que á la voz delpontífice, que habia bajado de su silla para tomar en la mano el estandarte de Castilla, repitió á coro el himno V*exilla Regis prodeunt, fulget Crucis misterium*. Terminado el acto, el papa decretó que se celebraran en Aviñon, en memoria del triunfo del Salado, fiestas con iluminaciones y juegos públicos.

XII.

Desde la batalla del Salado hasta la muerte de D. Alfonso XI.

Sitio y conquista de Aljeciras.

1340 á 1350.

La victoria del Salado ganada por Alfonso XI con las solas fuerzas de sus reinos de Leon, Castilla y Andalucia y sin auxilio alguno de los demás reinos de la península ni de los estranjeros, dió al rey una alta idea de sus recursos militares, y además, poderoso estímulo para intentar la realizacion del pensamiento de todos sus predecesores, desde Don Alfonso VIII, que fué el cerrar de una vez y para siempre las puertas de España á las invasiones musulmanas, reconquistando, al efecto, de los sarracenos las plazas que desde tantos siglos se vienen considerando como las llaves del Estrecho de Gibraltar, y simultáneamente combatir sin tregua hasta espulsarlos del suelo de la Península los restos de la dominacion musulmana encerrados en el pequeño reino de Granada.

Con este propósito salió de Sevilla al frente de

una lucida hueste, en la primavera de 1341, y en seis meses de activa y afortunada campaña arrebató por fuerza de armas al Sultan de Granada, las importantes villas fortificadas de Alcalá la Real; Priego, Rute, y los castillos de Locovin, Cartabuey, Benamejí y torre de Matrera. En medio de estos parciales triunfos, vino á sorprenderle la nueva que el emperador Abu-el-Hasan, equipaba, con la mayor actividad, una poderosa flota en los puertos de Africa, para intentar un nuevo y formidable desembarco en las costas españolas, siendo el punto objetivo de su proyectada invasion la plaza de Aljeciras, que en todos tiempos fué la causa de la pérdida ó de los tremendos conflictos en que se vió Andalucia desde la época de la primera conquista musulmana.

Esta noticia obligó á D. Alfonso á apresurar la ejecucion del proyecto que meditaba contra aquella plaza; para lo cual se trasladó inmediatamente á Castilla, convocó córtes en Búrgos, y obtuvo de ellas, además de los servicios ordinarios, las *alcabalas* de todo el reino, impuesto de un tanto por ciento que todo vendedor pagaba al fisco de cuanto vendia, y en el cual se comprendieron, en esta ocasion los hijo-dalgo y caballeros con una generalidad y bajo unas bases cuales hasta entonces no se habian usado. D. Alfonso pasó los primeros meses de aquel año (1342) visitando las ciudades de Castilla y Leon con objeto de hacer efectivo el impuesto que le concedieran las córtes de Búrgos, y cuando hubo satisfecho su deseo púsose en camino para Andalu-

cía á fin de activar los preparativos de la campaña contra Aljeciras.

Durante su marcha recibió frecuentes comunicaciones del Almirante de las flotas confederadas, Castellana, Genovesa y Portuguesa estacionadas en las aguas del Estrecho, dándole cuenta de haber salido de las costas de África para las de Andalucía la formidable escuadra de Abu-el-Hasan; que esta había anclado cerca de la desembocadura del rio Guadamecil, y, finalmente, de haber conseguido algunos triunfos parciales sobre las galeras Africanas y Granadinas.

Estas nuevas le hicieron apresurar su viaje á Sevilla, de donde salió á los muy pocos dias al frente de una corta hueste con propósito de tomar parte en las operaciones de la campaña naval que debia emprenderse inmediatamente.

El dia de su salida de Sevilla «fué á dormir una legua ellende la torre de los Herveros; et otro dia fué comer á la Cabezas de San Juan. Et acabado de comer llególe una carta del su almirante anunciándole que teniendo cercada la flota de los moros, salieron trece galeras de Aljeciras en ayuda de los cercados; et que envió á ellas diez galeas de las suyas que hubieron muy fuerte pelea con aquellas; pero que gracias á Dios vencieron los cristianos; que tomaron dos de aquellas galeas, anegaron cuatro et las siete que fueron quebrar en tierra vencidas......» En la noche de aquel mismo dia llegó á las Cabezas el adalid Juan Martinez Homar, anunciándole que la flota Castellana acababa de vencer

y derrotar completamente, con muerte de sus almirantes, la armada Africano-Granadina fuerte de ochenta galeras y otras naves, de las cuales perdió el enemigo veintiseis, dispersando las demás, viéndose algunas hacer rumbo para Ceuta, y que de la flota Castellana solo tres galeras se habian perdido.

Inmensa fué la satisfaccion que causó á D. Alfonso la noticia de esta victoria naval, recibida precisamente en el mismo pueblo donde dos años antes le anunciaron la destruccion de su flota y muerte del pundonoroso almirante Jofre de Tenorio. En su vista y con tan feliz presajio desplegó una actividad asombrosa para reunir los medios de sitiar y conquistar el último baluarte de los Africanos en España. Así que mandó construir nuevas galeras en las Atarazanas de Sevilla; máquinas é ingenios de batir; acopiar víveres y que se le remitieran por mar y tierra, y convocó los ricos-hombres, caballeros y concejos de Castilla y Leon. Entre tanto y en el discurso de pocas semanas viósele tan pronto en Jerez como en Tarifa, en el puerto de Jetares, donde tenia reunida la flota como embarcado en un leño, reconociendo la posicion de la plaza de Aljeciras; luego otra vez en Jerez de paso para Sanlúcar de Barrameda. De aqui marchó á Sevilla por el rio; regresó á los pocos dias á Jerez, y finalmente, despues de haber hecho componer los caminos desde esta ciudad á Aljeciras y mandado construir un puente de madera sobre un arroyo cerca de Jerez, otro de barcas sobre el Guadalete, y otro de ma-

dera tambien y sobre estribos en el rio Barbate, cerca de Vejer, para tener espeditas las comunicaciones, llegó el dia 3 de agosto de 1342 á la vista de Aljeciras, acaudillando una reducida hueste formada con los Concejos de Jaen, Córdoba, Sevilla, Niebla, Ecija y Carmona, que reunian «no mas de dos mill seiscientos omes de caballo, et cuatro mill omes de pie ballesteros et lanceros» y estableció sus reales «entre la villa et el rio de Palmones en un otero cerca de una torre, que dixieron despues la torre de los Adalides.»

En este dia, pues, tuvo principio aquel largo y memorable sitio que forma época en los anales militares de España, y del cual apenas si se han ocupado nuestros historiadores generales, latinos y musulmanes por mas que el cronista de D. Alfonso XI, que parece fué testigo ocular de los sucesos que refiere, le haya dedicado 69 capitulos de su libro; es decir, haya escrito con una prolijidad, á las veces fatigosa, un diario de aquel sitio que duró veinte meses.

Y no es, ciertamente, su larga duracion lo que le inmortaliza; es el indomable valor, el inquebrantable teson, y la sin igual constancia en el sufrimiento de aquel rey de treinta y cuatro años de edad, de aquellos Prelados ricos-hombres y caballeros, de aquellos soldados que durante veinte meses lucharon dia por dia contra todos los horrores, miserias y privaciones de la guerra, contra los incendios, las inundaciones, el hambre y las enfermedades; contra un enemigo entendido, numeroso

y valiente que sabia defenderse y ofender poseyendo todos los medios, todos los adelantos que en aquellos tiempos tenia hecho el arte de la guerra; contra el emperador de Marruecos que desde Ceuta auxiliaba eficazmente á los sitiados y acechaba el momento oportuno para cruzar el Estrecho con una poderosa armada y formidable ejército, y contra el sultan de Granada acampado con el suyo á cinco leguas de Aljeciras, á la espectativa de la pasada de los africanos para arrojarse sobre los sitiadores.

Además, otra circunstancia muy notable caracteriza la descripcion que de este sitió nos ha dejado la crónica de D. Alfonso XI; y es, que en ella están detallados con precision y claridad, y como no lo hemos visto en ninguna crónica anterior ni posterior de muchos años á ella, todos los recursos estratéjicos, todos los medios que los ejércitos de aquella época poseian para el ataque y defensa de las plazas; las armas manuales y las máquinas neurobalísticas militares usadas por los cristianos y musulmanes para arrojar toda clase de proyectiles algunos del peso hasta de mil libras; sistema de fortificacion permanente y de campaña; arte de ordenar los campamentos; estratejia y táctica terrestre y naval, y, lo que no es menos importante para el estudio de los progresos de la ciencia militar, los primeros ensayos formales que en este sitio se hicieron de la artillería, y cañones que en él se usaron, en los cuales estaba bastante bien comprendida la relacion entre las dimensiones y alcance de la pieza; en suma, puede hacerse en ella, repetimos, un

estudio completo del estado y progresos de la ciencia militar en aquella época.

Bajo este solo punto de vista lo examinaremos, dado que no es posible concederle otra importancia en atencion á que cuando D. Alfonso XI puso sus reales delante de los muros de Aljeciras, la raza africana que desde los tiempos de los emperadores romanos venian siendo una constante y temida amenaza para la independencia y tranquilidad de Andalucía, habia ya recibido el golpe de gracia en las márjenes del rio Salado, y no se encontraba ni volvió á encontrarse en aptitud para intentar nuevas invasiones en la peninsula Ibérica.

Esto sentado, vamos, pues, á condensar cuanto nos sea posible, sin quitarle nada del palpitante interés que encierra, la narracion de la crónica de don Alfonso XI reproduciéndola estractada en la forma que tiene; es decir, de casi diario de las operaciones del sitio desde que se formalizó hasta el dia de la rendicion de la plaza á las armas castellanas.

La ciudad de Aljeciras, ó *las Aljeciras*, como no sin razon la llamaron nuestros historiadores de fines de la Edad Media, era, en la época que venimos historiando, la plaza fuerte mas importante de Andalucia. Situada en la costa O. de la bahia de Gibraltar y á la márjen del rio de la Miel, dividiase en dos grandes poblaciones llamada la una la ciudad *Vieja* (verdaderaciudadela construida sobre una eminencia) y la otra la *Nueva*, ocupaba una situacion marítima de inmensa importancia militar como lo demuestra el empeño que tuvieron por po-

seerla Yussuf Ben-Taschfin y Abd-el-Mumen fundadores de las dinastias Almoravide y Almohade que reinaron en Marruecos y en España. Fué para estos soberanos mauritanos la puerta franca para verificar sin tropiezo sus invasiones en la Península, y tambien la posicion estratéjica que les aseguraba la retirada á África en todos cuantos descalabros sufrieron ó pudieran sufrir sobre el suelo Andaluz. Así es que los Africanos fortificaron ambas poblaciones en términos de hacerlas cási inexpugnables; acopiaron dentro del recinto de sus murallas víveres en abundacia y un inmenso material de guerra; defendiéronla con numerosas y potentes máquinas neurobalísticas militares y con cañones de artillería á la sazon muy poco usados en el resto de Europa, y la convirtieron, en fin, en el primer puerto militar y comercial de todas aquellas costas desde Almería hasta el promontorio Sacro y mas allá.

Cuando D. Alfonso XI llegó sobre Aljeciras el dia 3 de agosto de 1342, al frente de mil seiscientos caballos y cuatro mil infantes, la plaza contaba para su defensa con ochocientos caballeros Beni-Merines, mas de doce mil hombres de infantería arqueros y ballesteros, y otros muchos «omes para pelear de la otra jente de la ciubdat,» hasta el número total de unos treinta mil hombres.

Dicho se está que considerando lo desproporcionado de sus fuerzas, D. Alfonso cuidaria mas de establecer y fortificar convenientemente su campo que de ofender directamente á la ciudad. Así es

que en tanto le llegaban los Ricos-hombres, Caballeros y Concejos de Castilla, de Leon y las máquinas de batir, todo lo cual necesitaba para emprender las formales operaciones del sitio, asentó su campo desde la torre de los Adalides hasta el mar, protegido por las flotas de Castilla y Aragon cuyas galeras se situaron de manera á combinar sus medios de ataque y defensa con los de la hueste de tierra.

Apesar de las precauciones tomadas por el rey, de la considerable distancia que mediaba entre la plaza y su campamento, y de algunas bravas escaramuzas empeñadas desde los primeros dias con los sitiados y de resultado favorable para las armas castellanas, la hueste cristiana sufrió algun quebranto á resultas del fuego de la *artillería de la plaza;* pues los sitiados «lanzaban muchos truenos et pellas de fierro muy grandes; et lanzabanlas tan lexos de la ciubdat, que pasaban allende la hueste algunas dellas, et algunas ferian en la hueste: et otro si, lanzaban con los truenos (cañones) *saetas muy grandes et muy gruesas*, tanto que algunas habia mucho que facer un ome para las alzar de tierra.» Entre tanto iban llegando al real vários caballeros vasallos del rey y de sus hijos (bastardos) lo cual movió á D. Alfonso á acercar su campamento á la ciudad, mandando abrir para su defensa un ancho foso frente á la Villa Vieja, que se prolongaba desde el rio de la Miel hasta el mar. Dejaron en este foso tres salidas frente al enemigo, y lo guarnecieron de castillos de madera, cuyas guardias se rele-

vaban de noche para ponerse á cubierto de los tiros de la plaza. A pesar de los refuerzos recibidos no fué posible hacer el cerco estensivo á la ciudad Nueva; sin embargo, merced á ellos los castellanos se apoderaron de una fortaleza aislada llamada la torre de Cartajena, situada entre Aljeciras y Gibraltar.

A principios del mes de Setiembre el rey de Aragon pidió al de Castilla la devolucion de su flota, peticion que este último no pudo denegar por mas que infrinjia las condiciones del convenio recien celebrado entre los dos monarcas. A fin de reparar este contratiempo, D. Alfonso pidió al de Portugal el envio de la suya, y al mismo tiempo se dispuso á activar las operaciones del sitio, mandando establecer en el foso delante de sus reales, dos injenios (catapultas) para batir las dos torres mayores de los muros de la ciudad. El establecer estas dos máquinas, las primeras que jugaron contra Aljeciras, costó una recia escaramuza en la que murió Joan Niño, escudero del rey y otros varios buenos soldados. En este mes falleció de enfermedad en el real el Maestre de Santiago; y en él tambien llegó al campamento el pendon y los vasallos de Don Pedro, hijo lejítimo y heredero del rey, y con él D. Juan Alfonso de Alburquerque ayo y mayordomo mayor del infante. A estos vasallos con el Consejo de Córdoba y los del obispado de Jaen, mandó el rey que pasasen el rio de la Miel y estableciesen su campo atrincherado delante de la villa Nueva.

El mes de Octubre fué fecundo en acontecimientos. Los caballeros de Santiago no pudiéndose poner de acuerdo para la eleccion de sucesor del gran maestre de la órden muerto en aquellos dias, «determinaron ofrecer al rey aquella dignidad para su hijo D. Fadrique, sin reparar en que fuese menor de edad ni en su calidad de bastardo como hijo de D.ª Leonor de Guzman. Todo se remediaba con la dispensa del papa que D. Alfonso solicitó y obtuvo facilmente; y D. Fadrique quedó hecho gran maestre de Santiago.» Noticioso el rey de que algunas tropas africanas habian pasado el mar y unidose á un cuerpo de seis mil jinetes granadinos, envió á Granada en calidad de ajente secreto á un escudero llamado Ruy Pavon, para que le tuviese al corriente «de muchas cosas de las que querian facer los moros, como quier non todas.» Como todo anunciaba que el sitio de Aljeciras se prolongaria indefinidamente en tanto que los recursos y provisiones apenas si alcanzarian para el mantenimiento de la hueste y de las flotas castellana y genovesa durante seis meses, D. Alfonso dispuso enviar embajadores al rey de Francia en solicitud de un empréstito, dándole en prenda y garantia «sus coronas de oro con piedras de mui gran precio, et copas de oro de gran valía;» otros al papa pidiéndole las gracias de Cruzada y los diezmos de la iglesia para atender á la conquista de Aljeciras de que tantos bienes habia de reportar la cristiandad; y por último, otros al rey de Portugal, pidiéndole un empréstito de dos millones de la moneda castellana, y dejandole en

garantía del pago las villas y castillos de Jerez, Badajoz, Burguillos y Alconchel. El papa y el rey de Francia contestaron con el silencio á la peticion del rey de Castilla, y el portugués le envió diez galeras pero no el empréstito. En este mes de octubre sobrevinieron grandes temporales y lluvias tan abundantes y pertinaces, que el campamento se vió convertido en un lago, y las tiendas y barracas arrebatadas por el viento ó arrastradas por los torrentes que descendian de las montañas. El rey, ricos-hombres, caballeros y soldados vivian medio sepultados en agua y lodo y sufriendo todo género de privaciones á las que muy luego se agregaron enfermedades que arrebataban centenares de hombres y de caballos. D. Alfonso hizo trasladar su real y mesnada á las arenas de la playa, y para reparar los males que habia causado aquella calamidad, mandó ocupar maderas en los pinares de Moya, que embarcadas en Valencia fueron traidas á Aljeciras para rehabilitar el campamento. Segun cuenta la crónica trajéronse muchas casas «fechas de madera que non hubieron de facer otra cosa sino asentarlas.» Duró aquel deshecho temporal hasta muy entrado el mes de noviembre, época en la cual habiendo cesado las lluvias comenzaron de nuevo los ataques de los sitiadores, las salidas de la guarnicion, los encuentros y combates parciales empeñados todos los dias con éxito vario, así como la llgada de refuerzos que permitieron al rey estrechar mas y mas el cerco de las dos Aljeciras, en términos de que la Nueva quedó completamente cercada. En fines

de este mes de noviembre llegaron diez galeras de Aragon, al mando del «Vis-Almirante Matheos Mercader ciudadano de Valencia, et el rey mandó que estuviesen de la parte de la Villa Nueva, cerca del puerto do posaban el pendon et los vasallos del infante D. Pedro.»

En el mes de diciembre «veyendo el rey que se pasaba el tiempo, et que cumplia hacer alguna cosa mas contra la ciudad» y en tanto le llegaban los consejos de Castilla, Leon y las Estremaduras, así como otros muchos caballeros y vasallos suyos, de sus hijos y de los Ricos-hombres que estaban en sus reales, dispuso poner en juego nuevos injenios para batir las torres y muros de la ciudad. Al efecto encargó á un escudero, hombre de buen solar, llamado Iñigo Lopez de Orosco—primer injeniero militar español cuyo nombre nos ha conservado la historia—«ome que sabia muy bien servir,» que abriese una trinchera para montar dos *trabucos* de los que habian construido en Sevilla los genoveses; «que es cada uno dellos de un pie, et tienen dos arcas, et son muy sótiles, et tiran mucho,» á fin de desmontar los injenios de la ciudad que por aquella parte ofendian á la hueste. Los sitiados trataron de impedir aquellos trabajos de zapa y montaje de las máquinas haciendo una vigorosa salida y combatiendo á los trabajadores con disparos de artillería y de saetas lanzadas con ballestas de torno; mas fueron rechazados y los sitiadores dieron cabo á su labor. Terminada la trinchera y armados los dos *trabucos*—como si dijéramos, la primera paralela y

establecimiento de la bateria primera, ó de desmonte, para apagar los fuegos del enemigo y destruir sus defensas esteriores—D. Alfonso mandó armar seis injenios de mayor fuerza y potencia, que quedaron montados *en una noche*, y comenzaron á jugar al romper el alba contra las torres y muros de la ciudad. Al abrigo de esta segunda bateria armáronse otras mas próximas á las barreras, cuyos frecuentes y certeros tiros obligaron á los sitiados á «mudar á otra parte los sus engeños.»

Llegado el mes de enero de 1343, Iñigo Lopez de Orosco, gefe facultativo de las operaciones de sitio, tuvo ocasion de conocer que la parte mas débil de la villa Vieja, estaba por el lado del fonsario (foso). En su consecuencia proyectó la construccion de una *bastida* (torre de madera, colocada sobre un carro fuerte con ruedas, y de suficiente altura para dominar la muralla de la plaza sitiada) á fin de hostilizar á los sitiados, impedirles las salidas y protejer las baterías de injenios y trabucos. Aprobado el proyecto por el rey púsose inmediatamente por obra; y fué tal la actividad desplegada por Iñigo Lopez, que á los pocos dias quedó terminada la obra y guarnecida por caballeros vasallos de D. Juan Nuñez y del maestre de Santiago y por ballesteros genoveses y de las nóminas de la villa del rey. Alarmados los sitiados con el mucho daño que aquella torre les hacia, realizaron una vigorosa salida, que lanzó de la bastida á sus defensores, y le puso fuego por los cuatro costados. Acudieron crecidos refuerzos, que rechazaron á los moros y apagaron el

incendio antes de que hubiese causado grandes estragos en la torre, que quedó restablecida en las primeras veinticuatro horas. El buen resultado que daba la obra de Iñigo Orosco, movió al rey á mandar construir otra torre semejante, con lo cual los cristianos se hicieron dueños de «gran parte de la plaza del fonsario do los moros salian á pelear ante de esto mas osadamiente.»

Las frecuentes y en lo general desgraciadas salidas que la guarnicion de la villa Vieja habia verificado contra los sitiadores, así como los considerables destrozos que las máquinas de batir de estos últimos hicieron en las fortificaciones de la plaza, tenian ya en el mes de Febrero tan enflaquecido al enemigo, que D. Alfonso pudo volver su atencion hácia villa Nueva que hasta aquella fecha solo habia esperimentado las molestias del bloqueo. En su virtud dispuso atraer diestramente la guarnicion á un combate general fuera de la plaza, y lo consiguió con éxito lisonjero. La crónica describe muy al pormenor esta batalla, cuya narracion vamos á reproducir porque encontramos en ella preciosos detalles que dan una idea completa de la estratejia militar en aquella época.

Don Alfonso celebró consejo con algunos ricos-hombres y caballeros, y en él se acordó el plan de la batalla que fué el siguiente: Situar entre el Salado y la villa Nueva á los caballeros y vasallos del infante D. Pedro, al mando de D. Juan de Alburquerque; los consejos del obispado de Jaen y de Jerez de la Frontera, acaudillados por D. Pero Ponce

y D. Enrique Enriquez, á espaldas de la colina donde estaba asentado el real del infante; los pendones y vasallos de sus hijos bastardos D. Fernando y D. Tello, con los maestres de Calatrava y Alcántara, los caballeros de la mesnada del rey y otros muchos caballeros y escuderos, emboscados detrás de los reales de D. Tello y de los Maestres, y por último, que Alfonso Fernandez, alcaide de los Donules, fuese con cien caballos de esta que podemos llamar guardia personal del rey, montados á la jineta—es decir, en silla de borrenes muy altos, estribos cortos y las piernas encojidas, posicion que los antiguos conceptuaban la mas propia para el manejo de la lanza—á desafiar á los moros de la ciudad. Esto convenido, y dadas las instrucciones á los respectivos caudillos, cada division fuese á ocupar la posicion que se le habia señalado; y don Alfonso se situó en una altura desde la cual pudiese ver y ser visto, y dirijir la batalla. Hecha la señal por el rey, el Alcaide y sus cien Donceles se acercaron en son de desafío á tiro de ballesta de la plaza, que muy luego se abrió para dar salida á un crecido y gallardo escuadron de musulmanes. Dejáronlos llegar los Donceles á tiro de azagaya, y volvieron grupa á trote corto, segun les estaba mandado, hácia la emboscada de D. Pero Ponce y D. Enrique Enriquez. Cebados en la persecucion de los que creian vencidos, los moros dieron en la celada, cuyos caballeros salieron de improviso y en union con los Donceles cargaron tan impetuosamente al enemigo que le obligaron á replegarse

casi en desórden hácia una colina situada cerca de la puerta de la villa Nueva. Rehiciéronse en ella los moros; intentaron los cristianos desalojarlos de la posicion, mas fueron rechazados por un nublado de saetas que les tiraban desde las empalizadas que defendian el foso, desde las torres de la muralla y desde el campo donde estaban convenientemente apostados los flecheros y ballesteros enemigos. Iniciado el movimiento de retirada, los jinetes musulmanes se precipitaron á la carga espada en mano despues de haber lanzado las azagayas contra los cristianos. En este momento arremetió briosamente D. Juan Alfonso de Alburquerque con el pendon y los vasallos del infante D. Pedro; rehiciéronse los Donceles y volvieron á la carga sobre los musulmanes, que se mantuvieron firmes viendo llegar en su socorro gran parte de la guarnicion de la villa Vieja. Entonces se formalizó la batalla que fué bizarramente sostenida por los musulmanes, «que avian voluntad de pelear,» y por los cristianos, «que eran allí muchos buenos caballeros.» Los primeros procuraban mantenerla al amparo de las fortificaciones de la plaza para que sus tiros los ayudasen en la refriega, y los segundos maniobraban para atraer el enemigo á campo despejado. Por fin, cuando mas empeñada estaba la pelea, D. Alfonso hizo la señal para que los pendones y vasallos de sus hijos bastardos, los maestres de las órdenes y demás caballeros que formaban la tercera division situada á espaldas de los reales de D. Fernando y D. Tello, entrasen de refuerzo en la bata-

lla. Sus órdenes fueron obedecidas con puntualidad, y la nuevo division se lanzó á la carga sobre un costado del enemigo. La situacion era critica para los musulmanes que llevando algunas horas de porfiada é indecisa refriega se veian cargados y amenazados de ser envueltos por tropas numerosas y descansadas. En su virtud comenzaron á batirse en retirada procurando con el mayor empeño conservar su formacion para evitar las desastrosas consecuencias de una retirada desordenada delante de un enemigo muy superior en caballería. Mas no pudieron conservar mucho tiempo el órden en que libraban su salvacion, tan incesantes é impetuosas fueron las cargas de los caballeros cristianos, y rompieron, al fin, en precipitada fuga hácia la ciudad. Sin embargo; todavía intentaron rehacerse sobre la colina desde la que tantas veces habian rechazado en aquel dia las banderas castellanas, y de la que muy luego fueron desalojados dejando sus vertientes cubiertas de cadáveres. Persiguiéronlo los vencedores con encarnizado ardor hasta la misma puerta de la ciudad «matando et firiendo en ellos; ca los christianos que andaban en esta peléa eran muy escojidos caballeros. Tan escarmentados quedaron los moros, que non salieron luego en pos de los christianos, así como *lo solian facer las otras veces*. Los christianos salieron á su salvo et redraronse de la ciubdat, porque les ferian los caballos de muchas saetas que les tiraban de las barreras et de las torres. El rey envió mandar á los cristianos que se veniesen para el real.»

Tales son los detalles que de este victorioso encuentro nos ha conservado la Crónica de D. Alfonso XI; los cuales hemos reproducido, por que, repetimos, nos dan una idea bastante exacta de la estratejia militar de aquella época, y por escusarnos la descripcion de los combates parciales que iguales y semejantes á este se dieron cási todos los dias en el largo espacio de tiempo que duró el memorable sitio de las Aljeciras.

Pasaremos por alto otro sin número de sucesos así políticos como militares, navales y económicos de que nos da circunstanciada y fatigosa cuenta la Crónica para ceñirnos, dado el poco espacio de que podémos disponer, á la relacion de los acontecimientos mas culminantes que decidieron la última contienda entablada en Andalucía entre los estandartes de Castilla y las banderas Africanas.

Diremos, pues, que viendo los Ricos-hombres del Concejo del Rey que el sitio se prolongaba demasiado; que el papa, ni el rey de Francia ni el de Portugal contestaban á las peticiones de D. Alfonso, y que los esquilmados pueblos del reino no podian acudir con nuevos servicios para el mantenimiento de la hueste, entablaron secretas negociaciones, por conducto de Ruy Pavon, con el Sultan de Granada para que hiciese proposiciones de paz á D. Alfonso. Al efecto, el granadino envió una embajada á los reales castellanos para abrir las negociaciones, que fracasaron desde luego por las desmedidas é *intencionadas* exijencias que manifestó el inquebrantable teson de aquel rey de treinta años

que él solo valia por una escuadra y un ejército.

Entre tanto el emperador de Marruecos habíase trasladado á Ceuta donde reunia un considerable ejército de desembarco, y una poderosa flota á la que debian unirse una division de galeras Tunecinas y otra de galeras Turcas, para venir en socorro de Aljeciras. Noticiosos de estos formidables aprestos, D. Alfonso ordenó activar las operaciones del sitio; y como todos los dias le llegaban refuerzos procedentes de Leon, Castilla y Estremadura mandó aproximar los reales á la ciudad, en términos de que muy luego la tuvo toda cercada, y por algunos puntos tan inmediato á sus murallas, que desde el adarve «tiraban muchas pellas de fierro con los truenos que ferian et mataban algunos de los christianos» que trabajaban en las trincheras y en el montaje de las máquinas de batir; labores que se practicaban de noche para hacer menos certeros los tiros de la plaza.

Como en el mes de marzo abonanzara completamente el tiempo y la tierra comenzara á enjugarse, activáronse con nuevo ardor los trabajos del sitio, y menudearon tanto las salidas de la guarnicion y los encuentros parciales que raro era el dia que no se trabase una brava escaramuza, en muchas de las cuales tomó parte D. Alfonso como general y como soldado. Multiplicóse la construccion de torres de madera montadas sobre ruedas, algunas revestido su interior de adoves para hacerlas mas sólidas y resistentes, lo que no impedia que muchas fuesen destrozadas por el fuego de la arti-

llería de la plaza; púsiéronse en juego nuevas catapultas, trabucos y trabuquetes que tiraban sin cesar ya peñascos enormes, ya balas esféricas de piedra, ya cantos rodados y hasta caballos muertos, y por último, fueron tantos los refuerzos que llegaron al real procedentes de todos los concejos de los reinos de D. Alfonso, que las dos Aljeciras, la nueva y la vieja, quedaron completa y estrechamente cercadas desde los comienzos del mes abril.

Como la proximidad á los muros de la plaza dejaba espuesto á los cristianos al fuego de la artillería «de que los omes avian muy grand espanto, ca «en cualquier miembro del ome que diese, (la bala) «levábalo á cercen, como si ge lo cortasen con co«chiello; et cuanto quiera poco que ome fuese feri«do della, luego era muerto, et no avia cerugia «nenguna que le podiese aprovechar; lo uno por«que venian ardiendo como fuego, et lo otro por«que los polvos con que las lanzaban eran de tal «natura que cualquier llaga que ficiesen luego era «el ome muerto, et venia tan recia, que pasaba un «ome con todas sus armas,» como ese riego de muerte, era, repetimos, tan inminente, D. Alfonso dispuso que la cresta del parapeto del foso de circunvalacion se coronase, en los puntos de mayor peligro, *con toneles llenos de tierra y piedra* «con los que facian grandes antipechos donde se resguardaban las gentes, que maguer estaban cerca de la ciubdat non les ferian las saetas et los truenos que les tiraban de los muros et de las torres.» Dicho se está que al abrigo de este parapeto, los cristianos

hacian jugar sus máquinas de batir sin peligro de que se las desmontase el enemigo, y sus flecheros y ballesteros podian tirar á mansalva contra las almenas de la plaza.

En este tiempo, pues, la situacion de los cercados comenzaba á ser notablemente apurada, dado que si el bloqueo por tierra los estrechaba con vigor, el establecido en la mar no era menos apremiante. En efecto; además de las cincuenta galeras Castellanas y Genovesas, diez de Aragon, cuarenta naves de Castilla armadas en guerra, y gran número de zabras y de leños que andaban en la guarda del mar, (Crónica. Cap. 240.) D. Alfonso habia hecho cerrar la entrada del puerto de Aljeciras por medio de una cadena flotante de piezas de madera, unidas por anillos de hierro, para impedir que entrase durante la noche en la villa Nueva buque alguno portador de socorros á los sitiados. Desgraciadamente una deshecha borrasca que estalló á principios del mes de abril, causó grandes averías en la flota y rompió aquella cadena, dejando por algunos dias franca la entrada del puerto á las naves musulmanas.

En este mismo mes de Abril mandó el rey reunir todos los injenios que tenia puestos en derredor de la villa Vieja, para batir en brecha el lienzo de muralla comprendido entre la torre de la puerta del fonsario (foso) y la torre del Espolon que estaba cerca del mar, á fin de construir en aquel punto dos fuertes castillos de madera que protejiesen el asalto que proyectaba para entrar en la ciudad.

Con objeto de facilitar la obra de las bastidas, sin daño para los operarios, «mandó facer una cava »(foso) so tierra. Et era muy fonda mas que una »hasta de lanza de alto, et mucho ancha et muy »luenga. Dejaban encima un palmo de tierra et po»níanle tablas et cuentos de madera en que se sos»tuviesen. Et ficiéronla fasta que llegó cerca de la »mar; et desque fué fecho tiraron la madera de yu»so (de debajo) et cayo aquella poca de tierra et »fincó la cava fecha..... et pusieron luego mantas »de madera en el canto de esta cava.» Es decir, BLINDARON *con vigas y tablones el parapeto* de este foso. Aquellas obras costaron tantas peleas, que segun dice la crónica «si todas las escribieron, fuera muy luenga de contar.»

Iguales trabajos mandó D. Alfonso se practicasen contra la parte mas débil de las fortificaciones de la villa Nueva; pero mas afortunados los sitiados en este punto, obligaron á los cristianos á desistir de la empresa. En su lugar construyeron un castillo de madera para combatir por aquella parte la villa; inmenso armatoste en el que se contenian dentro y encima «muchas campañas» y que, sin embargo, segun dice la crónica, era muy lijero y le conducian sobre ruedas y con grande facilidad.

Nueve meses llevaban los castellanos sobre las Aljeciras sin que durante tan largo tiempo Africanos ni Granadinos hubiesen intentado empresa formal alguna para socorrer á los sitiados, cuando á principio del de Mayo de 1343, acampó en las márjenes del Guadiaro, cinco leguas de los reales cris-

tianos, el Sultan de Granada al frente de un numerosísimo ejército reforzado con tropas africanas que habian desembarcado en Estepona. D. Alfonso, tomó ejecutivamente sus disposiciones para sin desatender el bloqueo de la plaza, aceptar la batalla terrestre y naval que ya juzgaba inevitable; y no menos hábil político que consumado general, abrió nuevas negociaciones con el de Granada mas bien que con objeto de obtener una paz que no queria sin la rendicion de la plaza, con el de ganar tiempo á fin de que le llegasen los refuerzos que esperaba, y los recursos metálicos que necesitaba con urgencia.

Entre tanto cundia por toda Europa la fama de aquel prolongado asedio, y la cristiandad entera se estremecia de gozo oyendo contar los altos y heróicos hechos del valor y perseverancia castellana. Así es que comenzaron á llegar á los reales de don Alfonso numerosos cruzados procedentes de Francia, Alemania y de Inglaterra con los condes de Arbi y de Solusber, como los nombra la Crónica y el duque de Lancaster príncipe de la sangre real. Vinieron tambien Gaston de Bearne, conde de Foix y otros muchos caballeros de Gascuña; y el rey Felipe de Navarra envió al de Castilla una flota cargada de bastimentos, anunciándole que no tardaria en llegar en persona, como lo verificó al poco tiempo seguido de cien caballeros y trescientos infantes. El papa envió veinte mil florines y el rey de Francia cincuenta mil, que se invirtieron en pagar la flota genovesa, cuyos marinos se negaban á conti-

nuar sirviendo á D. Alfonso si no se les satisfacian sus atrasos, y por último el rey de Aragon añadió diez galeras á las que tenia en la armada castellana.

Dicho se está cuan en sazon llegarian todos estos recursos á D. Alfonso, y cuan obsequiosa y honradamente recibiria en sus reales aquellos nobles estranjeros á quienes señaló para acampar lugares escojidos á cubierto de los rebatos y sorpresas de los moros, y á quienes encargó que fuesen muy cautos en provocar refriegas con un enemigo cuya estratéjia militar desconocian así como que no entrasen en batalla sino «quando viesen salir alla el pendon del rey de Castiella.»

A pesar de estas prudentes recomendaciones, algunos estranjeros deseosos de realizar una vistosa hazaña, sin ser mandados por el rey pasaron un dia del mes de Agosto el foso de circunvalacion y acometieron á los moros entre las dos villas. El ejemplo fué contajioso y en pos de aquellos tambien pasaron los condes de Arbi y de Solusber y otros muchos caballeros ingleses y alemanes. Los moros efectuaron una vigorosa salida, y hubiéranles hecho pagar cara su temeridad, por mas que los estranjeros peleasen como buenos, si el rey don Aflonso no hubiese mandado que de muchos puntos á la vez salieran los castellanos en su auxilio.

En el mes de Julio, pocos dias despues de este suceso, declaróse un violento incendio en los reales; «et ardieron las casas del Almirante et todas »las otras casas de los que posaban en la ribera; et

»ardió la rua de los mercaderes que tenian muchos »paños de oro, de seda et de lana, et otras joyas de »grande valia; et otro si, los almacenes de pan para »el abastecimiento de la hueste y los particulares de »los mercaderes. Mandó el rey á sus alguaciles que »fuesen á atajar el fuego et evitar que se cometiesen »robos; et despues armose et fué allá, et mandó »derribar muchas casas et chozas, et con esto ata»jose el fuego.» Este deplorable acontecimiento fué causa de que se encareciese en el real, como dice la Crónica, el alquiler de las casas y el precio de los víveres, que hasta entonces habia valido la fanega de cebada seis maravedís y la de harina quince.

No mucho tardaron los reales en reponerse de aquel desastre, puesto que en este mismo mes de Julio llegaron al campamento cristiano enviados del Sultan de Granada, que continuaba acampado en las márjenes del Guadiaro, con objeto de reanudar las interrumpidas negociaciones de paz. Despues de celebrar con el rey D. Alfonso algunas conferencias en las que no se pudo llegar á un acuerdo definitivo, los enviados Granadinos pidieron permiso para visitar los reales, creyendo encontrarlos en mal estado á resultas del pasado incendio. Otorgóselo el rey, y mandó que algunos de su casa los acompañasen. Y vieron, dice la crónica, la ciudad muy bien cercada, los campamentos muy bien establecidos y defendidos por trincheras y fuertes parapetos. «Et vieron que lo que fuera quemado que «estaba todo fecho, señalamiente la calle dó ven-

nuar sirviendo á I
sus atrasos, y po
diez galeras á l
llana.

Dicho se está
tos recursos á I
honradamente r
bles estranjeros
gares escojidos
sas de los mor
muy cautos en
cuya estratéji
no entrasen e
alla el pendon

A pesar d
algunos estra
sa hazaña, si
dia del mes
acometieron ... reinos.
ejemplo fué ... muy maravi
bien pasaro ... como allí tenia el
otros mucl ... condes de Arbi y
moros efe ... mues-
les hecho ... su se-
los estran ... en su nom-
Aflonso ... de Francia; ór-
á la vez ... ecer por mas que

En e ... de asistir al de Cas-
suceso, ... de Aljeciras. D. Alfon-
les; «e ... proceder y se despidió
»las ot ... aballeros honrada y amistosa-

ocos dias despues despidiéronse tambien alegando motivos poco dignos de caballe-onde de Foix y el vizconde su hermano, que an señalado en los reales, el primero por su ía y el segundo por que «decia muchas al-ias (bufonadas truanescas) de que reian mu-s omes, et facialas sin vergüenza y siempre á od.»

a Providencia tomó á su cargo el castigo de la cobarde defeccion, puesto que no bien llegó villa el conde Gaston de Bearne falleció á resul-de una aguda dolencia; en la misma ciudad en-trábase, á la sazon, gravemente enfermo el con-de Solusber.

Con la retirada de los cruzados alemanes, fran-ses, ingleses y gascones, que, sea dicho en honor la verdad, muy poco ó nada de provecho hicie-on en el cerco de Aljeciras, coincidió el movimien-to hácia adelante del ejército Granadino-africano, que desde las márjenes del Guadiaro vino á poner sus tiendas en el arenal cerca de Gibraltar. En su vista, el rey D. Alfonso juzgando próximo el dia de la gran batalla terrestre y marítima que habia de resolver el problema planteado delante de los mu-ros de Aljeciras, tomó sus disposiciones á fuer de entendido general, y dió órden á su almirante para que situase veinte galeras en el puerto de Jetares en observacion de la flota africana que no podia tardar en salir del de Ceuta.

Sin embargo; todavia se retardó unos tres meses aquel temido y ansiado momento, durante los cua-

les no cesó un solo dia el juego de las máquinas de batir, ni tuvieron tregua las refriegas entre sitiados y sitiadores empeñadas al pié de las murallas de Aljeciras; ni hubo un momento de descanso para el esforzado D. Alfonso á quien obligaba á mantenerse en contínua vela la vanguardia del ejército Granadino-africano, que habia plantado sus tiendas en las márjenes del rio Palmones, á media legua del real castellano.

Con la proximidad del invierno moviéronse recios temporales en el mar, que no solo causaron grandes averías y pérdidas de consideracion así á la flota cristiana como á la musulmana, sino que tambien dificultaron el abastecimiento del ejército castellano. Asi que llegaron á escasear de tal manera los víveres en él, que la fanega de cebada que pocos meses antes habia valido seis maravedís, llegó á alcanzar en estos tiempos el precio de veinte maravedís y la arroba de harina veinticinco, «et mayor careza que esta en el tiempo que veno adelante.» Valíales á los castellanos para remediar en parte su cuita, las presas que en el mar solian hacer de grandes naves que cargadas de mantenimientos enviaba desde África el emperador de Marruecos para abastecer la ciudad sitiada; con lo cual, dicho se está, que si las privaciones eran muchas en el real cristiano, el hambre comenzaba á mostrar su escuálida faz dentro de los muros de Aljeciras.

Así las cosas, llegó á las playas de Gibraltar, «tres dias andados del mes de octubre» la armada Africana conduciendo una numerosa hueste á las

órdenes del príncipe Aly, hijo del emperador Abu-el-Hasan. Con este refuerzo el ejército aliado Granadino-africano ascendió al número de doce mil caballos y cuarenta mil infantes, acampados á la vista del real de D. Alfonso XI. Es así que en medio de tantos y tan inauditos trabajos, los Genoveses, antes mercaderes que militares, antes mercenarios que soldados, anunciaron al rey de Castilla que si no les mandaba dar inmediatamente las pagas que se les debian se retirarian con su flota de la guarda del mar. Recelando D. Alfonso que habian sido sobornados por el emperador de Marruecos, y que no tendrian escrúpulo alguno en pasar á su servicio siempre que se lo pagase bien, hizo cuanto pudo por conservarlos en el suyo, y al efecto, «tomó toda cuanta plata tenia en que comia, et la con que »bebian en su casa; et otrosi toda la que tenian los »ricos-omes et Prelados que estaban alli con él, et »todo lo que tenian los oficiales de su casa, et ayuntó la mas que pudo. Et con esta plata et con dineros que tomó prestados de algunas partes, fizoles »pago...... et los Ginoveses fincaron bien pagados »et bien sosegados en su servicio.» Desgraciadamente el almirante de la flota Aragonesa, á la que tambien se le debian algunos meses de paga, no queriendo ser de peor condicion que la de Génova, exigió el pago de sus atrasos con amenaza de retirarse con sus veinte galeras. D. Alfonso hizo un empréstito á mercaderes Catalanes y Genoveses, y con este dinero satisfizo el haber de dos meses á la flota de Aragon. Dicho se está con esto cual seria

la situacion del ejército Castellano. La miseria habia sustituido á la escaséz; las enfermedades cundian; moríanse á centenares los caballos y acémilas por falta de mantenimiento, y, en suma, durante los primeros diez y siete dias del mes de noviembre hubo muchos hombres que no comieron pan, manteniéndose con garbanzos y habas; «et aun muchos »omes dician et afirmaban, que en estos dias grand »pieza de la gente de los cristianos se mantovieron »comiendo carne de los caballos que se morieron en »el real. En este tiempo llegó á valer la fanega de »cebada cincuenta maravedis, et la de farina ciento »cincuenta maravedís..... ninguno de los cristianos »no tenian tiendas, ca todas eran rompidas, et las »casas que avian fecho eranles caidas las mas de »ellas, ansi que los non amparaban del sol nin del »agua quando llovia.....»

Necesitábase, dice un historiador de nuestros dias, un corazon de hierro, una constancia de héroe y una paciencia de mártir para sufrir sin desmayar tantas privaciones y fatigas, tantos desvelos y cuidados, tan contínua é incesante pelea, tantos personales peligros, tantas mortificaciones y contrariedades, así por parte de los elementos como de los hombres, así por parte de los enemigos y estraños como de los aliados y amigos.

Nada, sin embargo quebrantaba el teson de don Alfonso ni enflaquecia la grandeza de su ánimo, ni amenguaba su entereza, por mas que se impusiera las mismas privaciones que padecia el último escudero de su hueste: por el contrario, todo le da-

ban nuevos alientos para intentar mil medios de hacer daño al enemigo.

Viendo acercarse mas y mas el dia de la inevitable batalla con el ejército Africano-granadino, y sintiendo la necesidad de reforzar su hueste, harto menguada con los muchos caballeros que habia tenido que embarcar en su flota para tenerla bien guarnecida, «pensó que si pudiese destruir la de los moros quedaría seguro por el mar et podria reunir á la hueste las gentes que tenia en las galeas et en naves,» á cuyo efecto reunió su almirante, los vicealmirantes del rey de Aragon, los patrones de las galeras y maestres de las naves, y les preguntó si «avia manera como podiesen ir á quemar la flota de los Moros que estaba cerca de Gibraltar.» Dijéronle que sí, y habido acuerdo ante el rey, se dispuso, que un dia del mes de noviembre, que reinaba viento poniente contrario á la flota musulmana, apareјase la Castellana, y se moviesen luego todas las naves, galeras, leños y barcas hácia la enemiga, llevando por delante dos grandes naves y seis barcas llenas de madera seca y de materias fáciles de inflamar. Así navegaron hasta llegar á tiro de ballesta de la flota contraria, en cuyo momento pusieron fuego á las materias combustibles contenida en los *brulotes*, y los empujaron con varas largas hácia adelante. Pero los moros ya fuese que estuvieran avisados del suceso ya que tuviesen tiempo para prevenir el riesgo que amenazaba su flota, «tenian las galeas cubiertas con mantas de lana mojadas en el agua, et las proas dellas encoradas;» es decir, puestas en

ellas pieles de reses recien muertas, con la carnaza vuelta hácia fuera. Con esta precaucion, con una flotilla de lanchas tripuladas por marineros armados de largas perchas para retirar los brulotes y con buenas compañias de ballesteros para tirar sobre los que los empujaban lograron burlar la estratajema de D. Alfonso, que embarcado en una galera «andaba á todas las partes acuciando por que se posiese fuego á la flota de los Moros: et sobre esto avia y muchas saetadas de la una et otra parte, et muy fieros golpes de ballesta.» Duró la tenaz porfía desde la mañana hasta que las sombras de la noche obligaron á los combatientes á separarse, sin que de una ni otra parte se hubiese perdido una sola nave.

El mal éxito de esta tentativa ni mejoró ni empeoró la situacion de ninguno de los beligerantes que continuaron cada uno en sus respectivas posiciones celándose, combatiéndose sin tregua, y ansiando precipitar el desenlace de aquel drama heróico, en el cual no se sabe qué admirar mas, si la inaudita constancia de los cristianos ó la sin par defensa que hicieron los musulmanes de Aljeciras.

En los primeros dias del mes de diciembre, la situacion de la plaza de Aljeciras era ya completamente desesperada, en tanto que la de los sitiadores habia mejorado un poco, gracias al feliz arribo de algunas naves que habian conducido víveres, y á la llegada de buen número de caballos que el rey hiciera venir de Castilla para distribuirlos en la hueste. Asi es que D. Alfonso activó con su ardor

de siempre los trabajos del sitio, mandando abrir nuevas trincheras, construir castillos de madera y montar nuevos injenios para batir la ciudad. Á mayor abundamiento y para quitar á los sitiados toda esperanza de humano socorro, mandó cercar ambas villas la nueva y la vieja por el lado del mar con cadenas flotantes de toneles calafateados, sujetos entre dos gruesas maromas. Y para que estas maromas, dice la Crónica, «podiesen ser trabadas y estuviesen firmes trajeron piedras con las que muelen el pan, et foracabanlas en medio et metian en aquellos forados mastiles de nave: et echabanlas en la mar et fincaban los mastiles derechos, et á estos ataban las maromas conque estaban trabados los toneles.»

Hácia mediados de este mes de diciembre y en la mañana del dia víspera de Santa Lucia, la flota castellana se acercó á los muros de la villa vieja. Creyendo los moros que iban á ser combatidos por tierra y por mar simultáneamente, acudieron á los adarves y rompieron un vivo fuego de artillería sobre los buques cristianos, en tanto que hacian señales con grandes humaredas en la torre de la mezquita principal. Muy luego cundió la alarma por todo el campo, y llegó abultada con las señales de la torre y el tronar de la artillería hasta el campamento Africano-granadino situado en el arenal de Gibraltar. El Sultan de Granada y el príncipe Aly creyendo que la ciudad estaba á punto de ser entrada, movieron aceleradamente su ejército hácia el rio Palmones y tomaron posi iones en su orilla de-

recha dispuestos á obrar con arreglo á las circunstancias.

Encontrábase á la sazon D. Alfonso en la torre de los Adalides recorriendo los puestos y avanzadas, y al ver llegar el enemigo envió órden á sus reales para que repicasen las campanas en señal de que se armase todo el mundo y acudiesen al sitio donde se encontraba el rey. Sus órdenes fueron obedecidas con toda la celeridad que el caso requeria, de manera que apenas los primeros escuadrones musulmanes hubieron vadeado el rio la vanguardia del ejército castellano al mando de D. Juan Nuñez, se lanzó denodadamente sobre ellos y los obligó á retroceder causándoles grandes pérdidas. En cumplimiento de las órdenes del rey, D. Juan Nuñez se mantuvo sobre la orilla derecha del rio. Entre tanto una fuerte division castellana llegaba á paso de carga al vado del rio cerca de la Sierra, por donde intentaba pasar el Sultan de Granada con su hueste; los cristianos le obligaron á retroceder y cruzaron el rio en seguimiento de los musulmanes. Esto visto el rey mandó á D. Juan Nuñez cruzar el vado, operacion que practicó venciendo la tenáz resistencia que le opusieron los Africanos. En pos de la vanguardia pasó el rey con el centro de batalla. El enemigo retrocedió con órden hasta ocupar las cumbres de tres cerros contiguos que le colocaban en ventajosa posicion. Los tres cerros fueron embestidos simultáneamente por otras tantas diviones del ejército Castellano. Los enemigos abandonaron sus posiciones casi sin defenderlas, y

huyeron los unos hácia Gibraltar y los otros hácia Castellar. Los Castellanos siguieron al alcance haciendo una cruel carnicería en los musulmanes hasta que las sombras de la noche les obligaron á retroceder hácia su campamento frente á Aljeciras, donde llegaron pasada muy gran parte de la media noche.

Tal fué la batalla—si tal nombre puede darse al simulacro que ejecutó el ejército Africano-granadino—esperada por tanto tiempo para decidir la cuestion del sitio de Algeciras. Cuestion que, á pesar de la vergonzosa derrota del ejército que pretendia auxiliar la plaza, tardó todavia algunos meses en resolverse, por la resistencia que opuso el indomable valor de los cercados.

Sin embargo; en el mes de enero de 1344, aquellos valientes acosados por el hambre y perdida toda esperanza de recibir socorro alguno de fuera, trataron de negociar secretamente las bases de una honrosa capitulacion. Un accidente imprevisto interrumpió las negociaciones, y en su consecuencia D. Alfonso mandó emprender de nuevo y con toda cuanta actividad exijian las circunstancias, las operaciones del sitio.

Comenzó el mes de febrero con grandes temporales de agua y viento que causaron mortales quebrantos á sitiados y sitiadores, y en particular al ejército Africano-granadino, acampado en las arenas de Gibraltar. Sin embargo, no se paralizaron por esto las obras del sitio; por el contrario, el ínclito D. Alfonso á quien los sufrimientos y contra-

riedades servian de poderoso estímulo, envió por refuerzos á Sevilla, Córdoba, Jaen, Toledo, Villarreal, Trujillo, Cáceres, Plasencia, Badajoz y á la tierra de la Órden de Santiago, y llamó á sus reales los afamados ballesteros de Múrcia y Lorca, en tanto que se continuaba sin descanso la obra de construccion de nuevos injénios y torres de madera.

Por fin, llegó la suspirada hora de que los heróicos castellanos recogiesen el fruto de tan inauditos trabajos y largos y cruentos sacrificios. El dia 22 de marzo de 1344, presentóse en los reales castellanos un moro principal con la mision de proponer al monarca castellano, en nombre del emperador de Marruecos y del sultan de Granada, la entrega de la plaza, bajo las condiciones de que los sitiados saliesen libres y salvos con sus familias y haberes, que se firmasen tréguas por quince años entre los tres reyes, y que el de Granada se reconociese su vasallo, pagándole un tributo anual de doce mil doblas de oro. Consultado por D. Alfonso el negocio con los prelados y ricos-hombres de su consejo, hubo diverjencia de pareceres, opinando los unos que la ciudad debia ser entrada por fuerza pasando á cuchillo cuantos moros en ella hubiese, y apoderándose de todas sus riquezas, y otros fueron de dictámen que debian admitirse las condiciones propuestas. Adhirióse el rey á estos últimos, sin hacer mas modificacion á las proposiciones presentadas que la de limitar la trégua á diez años, en lugar de los quince que los moros solicitaban.

Ajustadas las bases de la capitulacion y ratifi-

cado el convenio por las altas partes contratantes, D. Alfonso XI de Castilla y Leon, con todos los Prelados, Ricos-hombres, caballeros y concejos de las villas y ciudades que componian aquel ejército de héroes, entró triunfante en Aljeciras, en Domingo de Ramos, dia 28 de marzo de 1344, dirijiéndose en solemne procesion á la mezquita mayor, á la que el rey puso *Santa Maria de la Palma*, en conmemoracion del dia en que los estandartes de la Cruz y las banderas de Castilla tremolaron sobre las torros y almenas de aquella ciudad, que durante seiscientos treinta años, con pocos dias de diferencia, permaneció en poder de la raza Musulmana.

Así terminó despues de veinte meses de riguroso cerco y de incesante batallar el sitio de Aljeciras, uno de los episodios mas interesantes del inmortal poema que se escribió durante siete siglos con sangre cristiana y musulmana en Andalucia. Memorable ejemplo de lo que puede la voluntad de un solo hombre asociado á un pueblo todo de héroes, y memorable ejemplo de las virtudes que atesora la raza ibérica que así sabe morir durante quince meses por defender á Numancia contra el inmenso poder de Roma, como sabe morir durante veinte meses por conquistar Aljeciras á despecho de su inespugnable fortaleza y del poder del emperador de Fez y Marruecos, aliado al sultan de Granada.

Desde el alcázar, donde moró algunos dias, Don Alfonso XI anunció al Santo Padre la conquista de Algeciras, cuya inmensa y trascendental importancia solo España en Europa supo apreciar. Despues,

el generoso rey, devolvió al de Marruecos sin rescate alguno, sus hijas que permanecian cautivas desde la batalla del Salado; rasgo magnánimo que el musulman recompensó con cuantiosos y riquísimos regalos.

Rendida Aljeciras, el ejército y armada africana regresaron á su pais; el sultan volvió á Granada, donde procuró hacer olvidar la humillacion de su derrota embelleciendo su ciudad y fomentando en ella el cultivo de las letras y todos los manantiales de la prosperidad moral y material de su reino, y D. Alfonso, sombreada su frente con los laureles de su espléndida victoria, pasó á Tarifa y de aquí á Sevilla, donde le esperaban embajadores del rey de Inglaterra para negociar el casamiento del infante D. Pedro con la princesa Juana hija de aquel rey; enlace que si bien quedó ajustado, nunca vino á cumplirse en realidad.

Cinco años despues (1348) con motivo de la rebelion del príncipe Al-Motwakil, que destronó á su padre Abu-el-Hasan, D. Alfonso creyéndose desligado del compromiso que habia contraido con el emperador de Marruecos en virtud del tratado de Aljeciras, se propusò continuar la guerra contra los musulmanes, dispuesto á no volver la espada á la vaina hasta lanzarlos á todos del suelo español. Consecuente con su patriótico propósito, resolvió arrebatarles la importante plaza de Gibraltar, último resto de la dominacion africana de Andalucía.

Al efecto, convocó las córtes del reino de Alcalá de Henares (1348), y pidióles subsidios para conti-

nuar la guerra contra los moros. Las Córtes habida consideracion al fin propuesto y atendido lo exhausto que se hallaba el tesoro del rey, concedieron, aunque no sin repugnancia, la continuacion de la *alcabala*, ruinoso impuesto cuyos inconvenientes comenzaban á tocarse.

Contando con recursos suficientes, con el entusiasmo de sus pueblos y con la buena voluntad de los Prelados y grandes vasallos de su corona, don Alfonso marchó á Andalucia al frente de un ejército castellano, y llegó en la primavera del año 1349 delante de Gibraltar, fortaleza que por haberse perdido la última vez durante su reinado tenia á empeño reconquistar. Asentó sus reales en el arenal, cerca del mar entre la plaza y Aljeciras, y comenzó desde luego á batir sus muros con toda clase de máquinas é injenios.

Pero como Gibraltar era entonces, como lo es ahora ycomo ha sido siempre una plaza muy fuerte por su posicion y por sus obras de defensa, y contaba, además, con una guarnicion numerosa y decidida, tuvo que renunciar á tomarla por asalto, y hubo de convertir el sitio en rigoroso bloqueo contando con reducirla por hambre. En su consecuencia mandó talar toda la campiña hasta el pié de sus muros y trató de incomunicarla completamente por tierra y por la mar. Sin embargo, anunciábase el cerco muy largo y porfiado por estar la ciudad bien abastecida, y no ser imposible que le llegasen algunos socorros, ya por mar, ya procedentes de Ronda, Hazara, Jimena, Marbella, Estepona, Cas-

tellar y otras poblaciones, fortalezas que todavía poseian los Africanos en Andalucía. En Agosto de este año llegaron al real de D. Alfonso cuatrocientos ballesteros y algunas galeras enviadas por el rey de Aragon, con cuyo refuerzo y otros análogos que recibió de sus reinos si bien pudo mantener el estrecho bloqueo no pudo adelantar gran cosa, dada la inquebrantable resistencia que le oponia la plaza, y las incesantes alarmas y contínuos rebatos que daban en su campo los granadinos. A pesar de tantos contratiempos no decaia el ánimo del rey y de sus bizarros castellanos cuando por desventura desarrollóse en el campamento la espantosa epidemia venida del Oriente por Italia y que en los años anteriores habia causado horrorosa mortandad en Sicilia, Toscana, Francia, Inglaterra y aun en la misma España en las provincias de Estremadura Castilla y Leon.

Declarado el contajio en la hueste sitiadora, el infante D. Fernando de Aragon, sobrino del rey hijo de D.ª Leonor su hermana; D. Juan Nuñez de Lara señor de Vizcaya; D. Fernando señor de Villena, hijo del infante D. Juan Manuel (que á la sazon habia muerto), D. Juan Alfonso de Alburquerque y otros Condes, Prelados, Maestros, Ricoshombres y caballeros que estaban con el rey en el cerco, aconsejáronle con instancia que desistiese de la empresa atendida la gran mortandad que el ejército sufria. «Mas esto nunca el rey lo quiso facer, »diciendo á los señores et caballeros que esto le de»cian que les rogaba que non le diesen tal consejo;

»que pues el tenia aquella noble fortaleza en punto »de se le rendir, et que la avian ganado los Moros »en el su tiempo, que le seria mui grand verguen»za por miedo de la muerte de la dejar en su po»der. *Et esta era la mayor mancielta que el rey D. Al»fonso tenia en su corazon, porque en su tiempo se per»diera Gibraltar.»*

Tan heróica entereza fué fatal al monarca y á la monarquía. D. Alfonso XI falleció de aquella horrible enfermedad el dia 26 de Marzo de 1350, seis años y dos dias justos despues de aquel en que hizo su entrada triunfal en Aljeciras; á los treinta y ocho años de su reinado y poco mas de treinta y nueve de edad.

España entera vistió luto por la muerte de aquel gran rey, y los mismos musulmanes, sus mayores enemigos, honraron sus cenizas con un sublime testimonio de respeto. Hé aquí las palabras con que refiere el suceso un historiador arábigo: (Conde t. 3. c. 23).

«Cuando el rey de Granada entendió la muerte »del de Castilla, como quiera que en su corazon, y »por el bien y seguridad de sus tierras holgó de su »muerte, con todo eso manifestó sentimiento, por»que decia que habia muerto uno de los mas exce»lentes príncipes del mundo, que sabia honrar á to»dos los buenos, así amigos como enemigos: y »*muchos caballeros muslimes tomaron luto por el rey »Alfonso;* y los que estaban de caudillos con las tro»pas de socorro para Gebaltarik no incomodaron á »los cristianos á su partida cuando llevaban el cuer-

»po de su rey desde Gebaltarik á Sevilla.

Su Crónica nos lo retrata de la siguiente manera: «Et fué el rey D. Alfonso non muy grande de «cuerpo, mas de buen talante, et de buena fuerza, «et rubio, blanco et venturoso en la guerra.»

En corroboracion de estas palabras, dice el historiador arábigo: «Era D. Alfonso de mediana esta«tura, bien proporcionado y de buen talle; blanco «y rubio, de ojos verdes y mirada grave; de mucha «fuerza y buen temperamento; bien hablado y gra«cioso en su decir; *muy animoso y esforzado, noble, «franco y venturoso en la guerra para mal de los mus«lines.»*

Dicho habemos, y probádolo con el testimonio de la historia arábiga, que hasta los mismos musulnes empaparon con sus lágrimas las cenizas del malogrado D. Alfonso XI; sin embargo, cúmplenos aducir nuevas pruebas de aquel respeto que todos profesaron durante su vida y despues de su muerte al *muy noble rey D. Alfonso de Castilla y de Leon*, reproduciendo integro el interesante capítulo final de su crónica, porque además vemos aparecer en él el esbozo del cuadro de calamidades, disturbios y crímenes que presenció España, y en particular Andalucía durante el reinado de su hijo D. Pedro; *príncipe no menos malogrado que su padre.*

«Muerto el rey D. Alfonso en el real delante de Gibraltar, todos los señores y caballeros que estaban en él, así como todos los del reino de Castilla y Leon, proclamaron por Rey y Señor al infante don Pedro, su hijo lejítimo y heredero natural, el cual

estaba, cuando falleció su padre, en la ciudad de Sevilla, y tenia quince años y siete meses de edad. Luego ordenaron los señores y caballeros conducir el cuerpo del rey á Sevilla, sín perjuicio de trasladarlo mas tarde á Córdoba, donde él se mandara enterrar en la capilla donde yacía el rey D. Fernando, su padre, en la iglesia mayor de Santa Maria. Mas antes de ponerse en camino mandaron aquellos señores y caballeros, que el real permaneciese delante de Gibraltar, con espresa prohibicion de que ninguno lo abandonase; que se vijilase sin descanso para evitar un golpe de mano así de los moros de Gibraltar, como de los Granadinos y de los Africanos que de los castillos fronteros, venian todos los dias á inquietar los reales cristianos, y por último, las mismas órdenes fueron comunicadas á la flota que estaba en la mar.

Sin embargo, los Moros que estaban en la Villa y castillo de Gibraltar al saber la noticia del fallecimiento del rey D. Alfonso, se convinieron entre si que ninguno fuese osado á provocar pelea con los cristianos, ni causarles la menor incomodidad; pues decian que debia respetarse la memoria de aquel noble rey y principe, que en vida no solo honrara á los cristianos, sino que tambien y muy señaladamente á los caballeros Moros que recibieron de él grandes mercedes. É hicieron mas; el dia que el fúnebre cortejo partió del real llevando el cuerpo del rey D. Alfonso *toda la guarnicion de Gibral salió del Castillo, y se formó al pié de las murallas para hacer los honores al ilustre finado.*

Los señores y caballeros que acompañaban el féretro, se encaminaron por Aljeciras á Medina Sidonia, donde se les separaron, *por recelos que habian del rey D. Pedro*, el CONDE D. ENRIQUE Y EL MAESTRE DE SANTIAGO D. FADRIQUE; D. Pedro Ponce de Leon, D. Fernando Perez Ponce, su hermano maestre de Alcántara; D. Alvar Perez de Guzman, señor de Olvera; Fernan Enriquez y otros parientes de *Doña Leonor de Guzman*, y se fueron para Aljeciras, Moron, Olvera, tierra de la órden de Santiago y otras partes. Fuéronse tambien con ellos muchos caballeros, «por recelo que avian de ser presos por el «Rey D. Pedro et por la Reyna D.ª Maria su ma«dre, que estaban en Sevilla, por algunas cosas que «eran acaecidas en la villa de Medina Sidonia, las «cuales cuenta por menudo la Crónica del Rey don Pedro.»

El infante D. Fernando de Aragon, sobrino del rey D. Alfonso, marqués de Tortosa y señor de Albarracin; D. Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya; D. Fernando, señor de Villena; D. Juan Nuñez; D. Juan Alfonso, señor de Alburqueque; D. Juan Nuñez maestre de Calatrava, y otros señores y caballeros, partieron de Medina-Sidonia acompañando el cuerpo del rey, y pasaron por Jerez de la Frontera para llegar á Sevilla.

El rey D. Pedro, su madre la reina D.ª María, los señores y caballeros y vecinos todos, salieron lejos de la ciudad á recibir la fúnebre comitiva, con la que entraron en solemne y doliente procesion hasta la iglesia de Santa María, en la que fué enter-

rado, en la Capilla de los Reyes, donde permaneció hasta el año 1371, en que lo hizo trasladar á Córdoba su hijo el rey D. Enrique, el cuerpo del muy noble D. Alfonso XI, rey, que fué, por la gracia de Dios, de Castiella, de Leon, de Toledo, de Gallicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaen, del Algarbe, de Aljeciras, é Sennor de Viscaya, é Condado de Molina.

Hemos escrito acaso con mas estension de lo que la índole de este libro permite, la historia de uno de los príncipes mas señalados que en el largo trascurso de los siglos ha tenido España; pero sírvanos de disculpa la especialísima circunstancia de haber sido Andalucía la region Ibérica donde mas laureles recojió, y donde acometió las mayores empresas militares que ilustraron su memorable reinado.

Gran rey; mal esposo: padre desnaturalizado para su hijo lejítimo, y escesivamente complaciente para sus hijos bastardos, fué su vida una mezcla de grandes virtudes políticas y de lamentables flaquezas domésticas, que si por un lado engrandeció la monarquía castellana, consolidó el trono, é inauguró una época de moral política, de justicia y de tranquilidad interior para sus pueblos, por otro dejó sembrado el gérmen de grandes calamidades públicas que hicieron del reinado de su hijo sucesor uno de los mas turbulentos que rejistran los anales de España.

Considerado D. Alfonso XI y su reinado bajo el punto de vista que nos lo presentan su Crónica, los historiadores de la Edad Media y algunos de la moderna, aparece á nuestros ojos solo como un príncipe guerrero y batallador, hábil general y afortunado caudillo en quien concurrian todas las virtudes, todas las dotes militares que forman los grandes capitanes. El plan de la batalla del Salado y los trabajos del sitio de Aljeciras son hechos históricos que bastan para labrar una de las mas envidiables reputaciones militares; por que téngase presente, que solo al génio, á la actividad, á la prevision y al golpe de vista de D. Alfonso, general y soldado al mismo tiempo, haciendo unas veces el *servicio de centinela* así en tierra como en la mar, y otras batiéndose cuerpo á cuerpo con el enemigo como el último escudero de su hueste, se deben aquellos dos grandes triunfos que cerraron definitivamente el período de las guerras Hispano-africanas, y salvaron á la cristiandad de grandes tribulaciones; si bien la cristiandad, como dice un erudito escritor estranjero, «no comprendió la importancia de aquellos triunfos.»

Y, sin embargo, la grandeza y celebridad de este rey no se funda solamente en sus altos y gloriosos hechos como soldado, en el carácter cruel y vengativo que le atribuyen algunos historiadores, cuando quizá fué tan solo justiciero, sino que tambien y muy principalmente en el desarrollo y esplendor que adquirió la legislacion castellana durante su reinado; pues, como dicen Asso y Manuel, en su

Discurso Preliminar, al ordenamiento de leyes de Alcalá:

«Dejando á parte las admirables providencias, «que sobre gobierno del Reino, Derecho de Rega-«lía, y otros puntos de policía Eclesiástica y Se-«cular se tomaron en las córtes de Valladolid del «año 1325, en las de Madrid de 1329 y 1339, en «las de Leon de 1349, y particularmente en las de «Alcalá de Henares de 1348, será obra muy se-«ñalada y gloriosa en la historia de nuestro rey, »el haber reducido la jurisprudencia á aquel es-»tado de igualdad y firmeza que hasta entonces «nunca tuvo. Gobernábanse en este tiempo to-«davía casi todas las ciudades y villas cabezas «de partido, por sus fueros municipales y cartas-«pueblas, que á imitacion unas de otras habian ob-«tenido de los señores reyes. D. Alfonso el *Sabio* «dispuso el Fuero Real y el Código de las Parti-«das con el fin de hacer un sistema general de le-«yes para todo el Reino; es constante que el Fuero «Real solo conservó su fuerza y observancia en al-«gunos lugares, y principalmente en los Tribuna-«les de Córte (y en Andalucia); y que el estableci-«miento de las Partidas desde los dias de su lejisla-«dor hasta entonces, habia experimentado en los «pueblos la mas obstinada resistencia. Continuó «D. Alfonso concediendo Fueros á manera de Pri-«vilegios á las villas de Cabra, Alcalá la Real, á la «ciudad de Badajoz y otras. Con esta juiciosa polí-«tica iba disponiendo los ánimos de sus vasallos pa-«ra poner en ejecucion las ideas que llevaba preme-

«ditadas. Conocia muy bien los inconvenientes que «resultaban de esta muchedumbre de Fueros; pues «á mas de que su distinta variedad causaba sumo «embarazo á los jueces, y hacia dificultosa la admi«nistracion de justicia, es cierto que la mayor parte «de ellos no eran tan copiosos que pudiesen deter«minar aún los casos mas obvios que ocurrian en «los tribunales.»

«El primer medio que practicó el Rey para eje«cutar sus designios, imitando la política de su «abuelo D. Alfonso el *Sábio*, fué extender la auto«ridad del Fuero Real á aquellas provincias, que en «la parte lejislativa exijian la atencion del Gobier«no.... Pero lo que acabó de establecer la armonía «y conformidad de las leyes en toda la monarquía, «fué la correccion y reforma de las Partidas que «para publicarlas ejecutó D. Alfonso XI. Esta re«forma no solo tuvo por objeto poner el Código Al«fonsino en otro lenguaje algo distinto del que se «usaba un siglo antes; sino que tambien se dirijió «á alterar y correjir sustancialmente algunas le«yes.»

Hemos examinado brevemente á D. Alfonso XI como guerrero y como lejislador; cúmplenos ahora decir dos palabras de él como político.

Don Alfonso, á diferencia de la mayor parte de los reyes sus predecesores, rehuyó todas las cuestiones, que podemos llamar internacionales, y vivió en paz con todos los soberanos de España, si se esceptúa el episodio militar de la guerra con el Portugal, la cual mas bien que movida por intereses

políticos, lo fué por cuestiones puramente domésticas. ¿Obedecia esta política al pensamiento de reconcentrar toda su inteligencia, fuerza y actividad en el *punto negro* de aquella época, esto es, en la actitud rebelde que desde los tiempos de D. Alfonso el *Sabio* habia tomado la nobleza castellana? Creemos que sí; que D. Alfonso amaestrado por la esperiencia que le dejaron su padre y abuelos y por la que adquirió en su minoría y primeros años de reinado, comprendió que despues de realizada la unidad del reino de Castilla se hacia indispensable realizar la del poder real para llevar á cabo en poco tiempo la obra empezada muchos siglos antes en Covadonga.

Si hemos de juzgar por la actitud pacífica y respetuosa en que se mantuvieron durante los últimos diez años de la vida y reinado de aquel gran rey; es decir, desde la batalla del Salado hasta la catástrofe de Gibraltar, no es posible negar la evidencia del hecho que no hacemos mas que apuntar.

Y en cuanto á sus ilícitos amores con D. Leonor de Guzman—repetimos con uno de nuestros ilustrados historiadores contemporáneos, D. Modesto Lafuente—cadena no interrumpida de flaquezas que solo se quebró cuando faltó el eslabon de la vida del monarca, y que hacia resaltar mas la fecundidad de la ilustre concubina, seriamos algo mas induljentes si á la flaqueza no hubiera acompañado el escándalo. Y en verdad nos asombra la tolerancia con que prelados y señores presenciaban el es-

pectáculo de la mujer adúltera siguiendo publicamente al rey á Sevilla, á Córdoba, á Mérida, á Leon y á Madrid y habitando en su palacio con desdoro de la majestad y con tormento y mortificacion de la que lejítimamente debia compatir sola con él el tálamo y el trono.

FIN DEL TOMO CUARTO.

ÍNDICE DEL TOMO CUARTO.

Paginas.


3 2044 035 955 541

